gaston castella

HISTORIA DE LOS PAPAS

III



GASTON CASTELLA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE FRIBURGO

HISTORIA DE LOS PAPAS

TOMO III

DE LEÓN XIII A NUESTROS DÍAS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
POR
VICTORIO PERAL DOMÍNGUEZ, Pbro.

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1970

Título de la obra original:
HISTOIRE DES PAPES
publicada en idioma francés por Stauffacher-Verlag A. G.

Depósito legal: M. 10.369—1970

Nihil obstat.
D. Vicente Serrano
Madrid, 10 de diciembre de 1969

Imprímase.
Dr. Ricardo Blanco
Vicario General

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A. Ríos Rosas, 26. Madrid

CAPÍTULO I

LEÓN XIII: 1878-1903

TAREA DIFÍCIL

A Pío IX, que bajó al sepulcro a los ochenta años, tras el más largo Pontificado de la Historia, y uno de los más memorables, sucedió León XIII (1878-1903), quien gobernó la Iglesia durante un cuarto de siglo y murió a los noventa y cuatro años. León XIII ha dejado una profunda huella en la época contemporánea. No hubo campo de la actividad humana que no iluminase con la luz de sus enseñanzas y en el que no «estableciese las armonías profundas entre la doctrina católica y los progresos realizados por la ciencia y la civilización». Este Pontificado confirma la observación tan profunda de un maestro del pensamiento italiano contemporáneo —B. Croce— de que sólo las fuerzas espirituales facilitan al historiador del siglo XIX el único hilo conductor. Aferrado a los mismos principios que Pío IX —los Papas mueren, pero no el Papa—, no cedió en lo fundamental, sino que cambió de táctica y de tono. Supo sacar a la Iglesia de su aislamiento político y llevar a cabo un intervencionismo social tan provechoso para él como para los Gobiernos y los pueblos (1).

León XIII fue el primer Pontífice elegido después de la caída del Poder temporal, y su predecesor le dejaba una herencia difícil. Pío IX se distanció de la mayor parte de los Gobiernos, si no había roto con ellos; la Iglesia católica estaba aislada y parecía vinculada a las causas vencidas. En este siglo de la ciencia, ante el empuje del espíritu positivista, ya había pasado, al pare-

---

(1) Existen varias biografías de León XIII, cuya reseña se encuentra en Schmidlin, t. II, y en Mollat, pág. 369. Podrán consultarse —en francés— la de Monseñor de T'Serclaes, *Le Pape Léon XIII, sa vie, son action religieuse, politique et sociale*, París, 1894-1906, 3 vols., y la de F. Hayward, *Léon XIII*, París, 1937, recomendable por el conocimiento que posee el autor de los ambientes romanos. Véase también el tomo IX de la *Histoire générale de l'Église*, de Mourret, y el tomo XVIII de *Peuples et civilisations*.

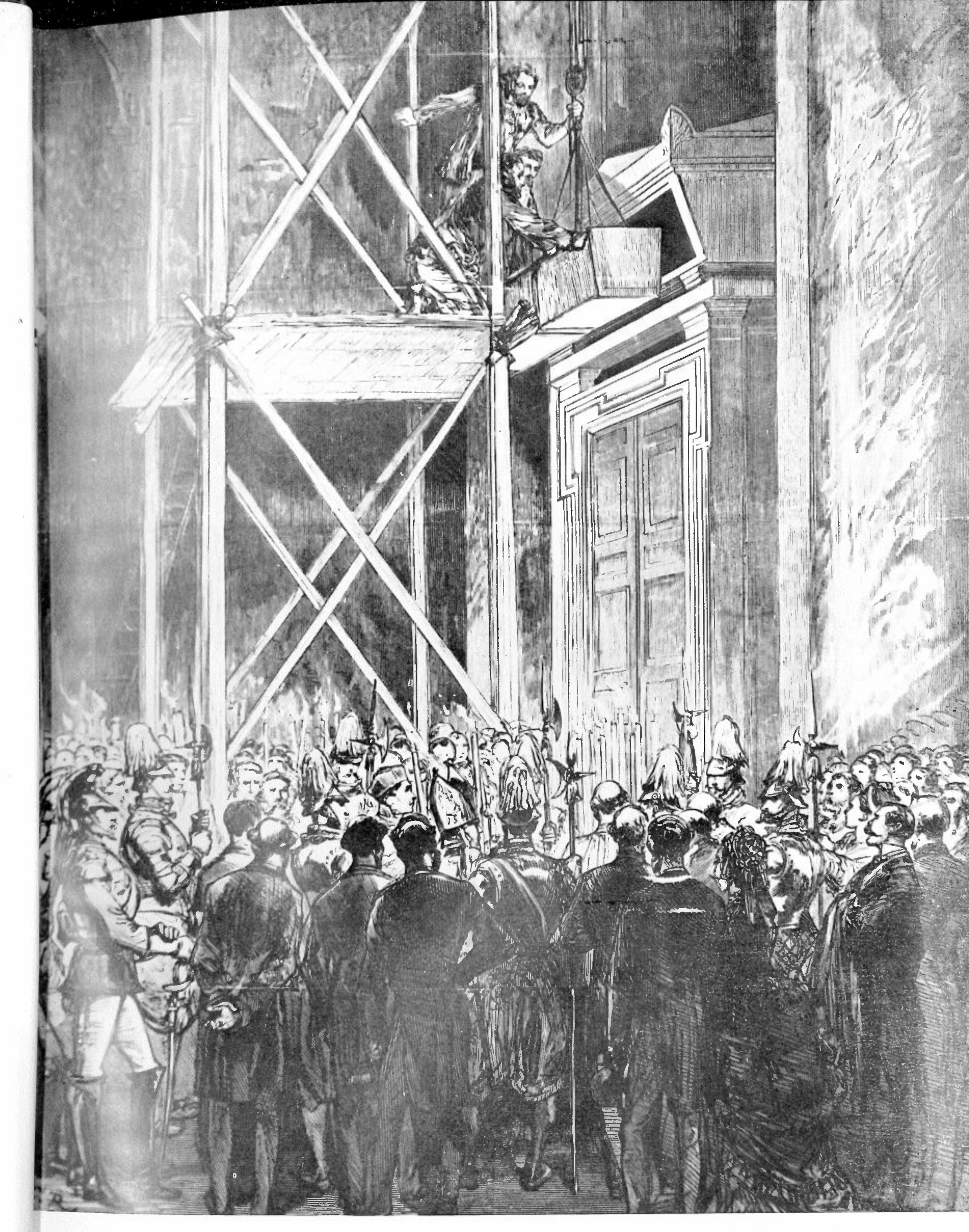
cer, la época del fervor religioso; la fe, incluso entre las masas populares, había perdido el puesto ocupado otrora. Pero si la posición de la Iglesia parecía a muchos precaria, «aureolado con la infalibilidad» el Papado era más fuerte que nunca en el terreno religioso. Su debilidad material realzaba su prestigio e imponía su autoridad moral; nunca fue tan imponente la autoridad del catolicismo. Un Papa genial, el primero que aprovechó situación tan excepcional, desempeñaría un papel de restaurador. Después de la toma de Roma, Mommsen, el gran historiador alemán, había dicho al Ministro italiano Sella: «¿Qué pensáis hacer en Roma? No se puede permanecer en ella sin un propósito universal.» Por encima de las contingencias temporales, León XIII, al ceñirse la Tiara, tenía la más clara visión de este «propósito universal» y con una sola mirada vislumbraba los más lejanos horizontes. En el nuevo «siglo de las luces» sería esa «luz en el cielo» —*lumen in coelo*—, divisa atribuida por la misteriosa profecía de San Malaquías.

Su larga carrera en la Iglesia, sus profundos estudios, la agudeza de su inteligencia permitirían a León XIII abarcar todos los aspectos de su época y todos los problemas que planteaba a la Iglesia el estado de la sociedad contemporánea.

Su primera preocupación fue restablecer, con habilidad y paciencia infinitas, las relaciones de la Santa Sede con los Gobiernos que los recientes acontecimientos habían distanciado. Al mismo tiempo reanimaba el pensamiento cristiano devolviéndole a sus orígenes: las grandes disciplinas de la teología y filosofía tomistas, a las que el Medievo había infundido un vigor y fecundidad incomparables.

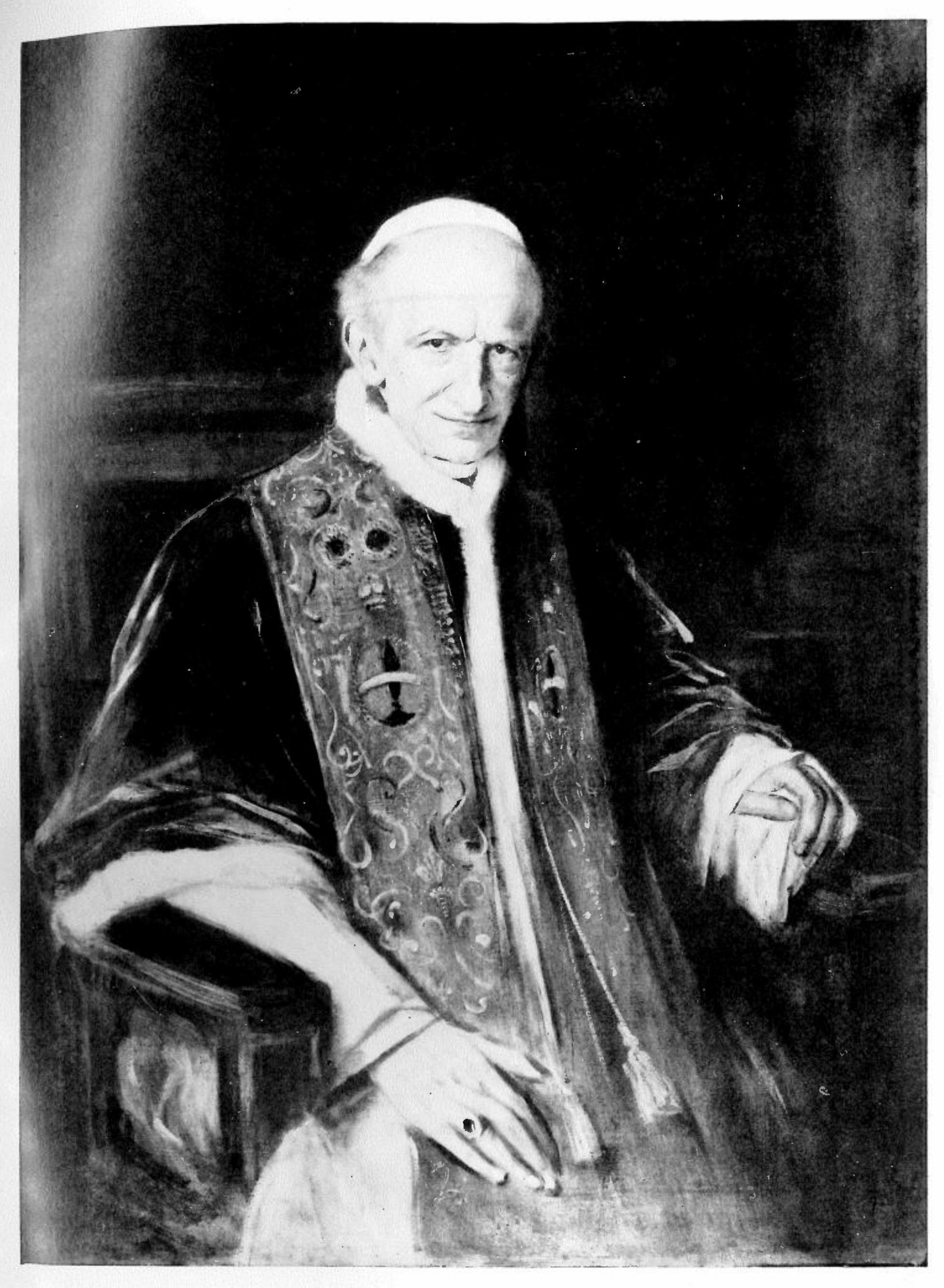
A estos desvelos añadía, necesariamente, el Papa, la preocupación por la cuestión social. La suerte que deparaba al obrero la civilización moderna, en la que triunfan el maquinismo y el capitalismo, le impresionó profundamente, a ejemplo del Maestro. Los problemas de la dignidad del trabajo, del salario justo —la justicia y no sólo la caridad— preocuparon tanto más a León XIII cuanto que el socialismo ya había realizado enormes avances que ponían en peligro la misma estructura de la sociedad y el valor de la persona humana. Al materialismo de Carlos Marx, de Engels, que sucedieron al falso idealismo de Saint-Simon, de Proudhon y de Louis Blanc, el Papa quería oponer el Evangelio. Su pensamiento social igualaría en este campo a su pensamiento político. No fue su menor mérito haber sabido apelar a las simpatías de los Gobiernos, inquietos precisamente por las doctrinas y elementos subversivos.

El mismo afán de unidad y colaboración le inspiró su conducta frente a otro problema que, desde el cisma oriental, preocupó siempre al Papado: la unión de las Iglesias. Con idéntico espíritu se le verá seguir con la más atenta benevolencia el renacimiento católico en Inglaterra, así como los progresos de las Iglesias de América, de los Estados escandinavos y las cristiandades de Oriente. En el problema de la Iglesia rusa discernía, asimismo, el aspecto político. Una Rusia reconciliada con Roma le parecía capaz de servir de contrapeso al germanismo; este pensamiento no sería ajeno a los discretos



Entierro de Pío IX en la basílica de San Pedro. Roma, febrero de 1878. Grabado de la época

Coronación de León XIII (1878-1903). Grabado italiano de la época



León XIII (1878-1903), conocido por sus esfuerzos en mejorar la condición de los obreros. Retrato al óleo de Francisco de Lenbach, siglo XIX. Museo del Emperador Guillermo. Krefeld

León XIII recibe al Emperador Guillermo II de Alemania (1888-1918) en el Vaticano. Dibujo de la época. *Illustrirte Zeitung*. Leipzig

esfuerzos de la diplomacia pontificia a fin de facilitar una alianza entre el Imperio de los Zares y Francia, por la que el Sumo Pontífice sentía una predilección nunca defraudada.

El Papa, que nunca se cansó de repetir que la Iglesia no está ligada a ninguna forma política y que le basta con que las sociedades humanas laboren por el bien común, no fue menos grandioso en el orden intelectual. Su solicitud se extendió a todas las grandes disciplinas, a todas las actividades del pensamiento. Las Universidades católicas —Lovaina y Friburgo, entre otras—, los trabajos exegéticos, el avance de los estudios históricos, el movimiento científico, el renacimiento del arte religioso en todas sus formas le eran tan queridos como el desvelo por los problemas filosóficos, sociales o políticos. Por ello la presencia en la cátedra de San Pedro de un Pontífice de tanta elevación de alma sólo podía producir una impresión profunda en las *élites* del mundo entero.

Penetrado de la grandeza única de su misión, León XIII tuvo la mira constante de probar que comprendía a su época, de asentar la autoridad de la Iglesia sobre bases cada vez más firmes y de dilatar el Reino de Dios en la Tierra. Bajo un aparente liberalismo que los adversarios —y a veces algunos fieles, a quienes las apariencias engañaban— creyeron el más adecuado para oponer a la actitud de su predecesor, tuvo la constante preocupación de afirmar la fuerza de la autoridad y la perennidad de la Sede Apostólica.

Espíritus con tendencia a poner en tela de juicio el valor del conocimiento histórico, han solido repetir —convengamos que a veces con razón— que los historiadores suponen demasiadas intenciones en los actos y demasiada unidad en los hombres. Un Pontificado como el de León XIII demuestra la vanidad de esta crítica excesiva. Sus veinticinco años son la prueba cierta de que el Pontífice cuya obra vamos a exponer supo lo que quería y adónde iba. Seguro de la asistencia divina, de su genio y de la tradición apostólica, casi dos veces milenaria, este Papa fue uno de los más grandes que empuñaron el timón de la Iglesia. Por eso, atento a fomentar la piedad, a incrementar la ciencia, a afianzar la doctrina, a desarrollar el apostolado, a introducir en la vida social la comprensión de la justicia evangélica, a salvaguardar el magisterio religioso de los conflictos con los Gobiernos humanos, cumplió plenamente cada una de sus funciones como si hubiera sido la única, y el carácter más notable de sus méritos reside en el equilibrio constante que supo mantener entre tantos deberes (1).

EL VATICANO Y EL QUIRINAL

Elección de León XIII (20 de febrero de 1878).—Al Cardenal camarlengo, Joaquín Pecci, se le había confiado el gobierno interino de la Iglesia, cuando el 8 de febrero los Cardenales se reunieron para deliberar sobre la cuestión

(1) Étienne Lamy, *La politique du dernier pontificat et du dernier conclave* (*Le Correspondant*, 10 de septiembre de 1903, págs. 797-836).

de saber en qué lugar convendría reunir el conclave. El Cardenal camarlengo —equivalente de chambelán— es uno de los principales Ministros de la corte de Roma. Preside la Cámara Apostólica, administra la hacienda y ejerce todos los actos de la soberanía pontificia durante la Sede Vacante. El Cardenal Pecci lo fue desde 1877. «Una vieja creencia romana pretende que el acceso al Pontificado es difícil al camarlengo, so pretexto de que en el ejercicio de las funciones que le corresponden durante la Sede Vacante se expone a crearse demasiados descontentos como para poder reunir después en su persona el número de sufragios requeridos (1). Desde luego no fue para cerrarle el paso para lo que Pío IX nombró camarlengo al Cardenal Pecci. Muy al contrario: se había dado cuenta de que, después de su muerte, eran necesarios ciertos cambios, si no de orientación, al menos de método, en bien incluso de la Iglesia, y es muy probable que esperase que el camarlengo demostrara sus altas cualidades.

Los pareceres de los miembros del Sacro Colegio estaban divididos en lo tocante a saber dónde había de reunirse el conclave. Pío IX había expresado el deseo de que fuese en Roma; el Gobierno italiano hizo saber que tomaría todas las disposiciones para garantizar la libertad plena del conclave (2). Con todo, cierto número de Cardenales opinaban que se celebrase en otra parte, actitud explicable por la de los anticlericales italianos. Se procedió a votar; una gran mayoría se manifestó en favor de Roma y se convocó el conclave para el 18 de febrero.

Sesenta Cardenales, de entre los sesenta y cuatro con que contaba el Sacro Colegio, estaban presentes en ese momento; la llegada, al día siguiente, del Cardenal Cardoso, Arzobispo de Lisboa, aumentó el número de los electores a sesenta y uno. Desde la primera votación se vio que el Cardenal Pecci obtenía gran número de sufragios. No se había efectuado ninguna gestión en nombre de un Gobierno para excluir a candidato alguno y ninguno de ellos pronunció la *exclusiva* contra cualquier candidato. El Cardenal Bartolini, secundado por el padre Calenzio —del Oratorio, fundado en el siglo XVI por San Felipe Neri—, trabajó activamente en favor del Cardenal Pecci para descartar la candidatura del Cardenal Bilio. Este Príncipe de la Iglesia, de la Orden de los barnabitas, pasaba por haber sido uno de los animadores de Pío IX en su lucha contra el liberalismo, e incluso se le atribuía la paternidad del *Syllabus*.

Sin embargo, no se podría afirmar que hubiese dos partidos enfrentados, y cada uno se daba cuenta de que el bien de la Iglesia exigía abreviar lo más posible la duración del conclave. Se celebraron dos escrutinios el 19 de febrero; Pecci obtuvo el mayor número de votos, sin alcanzar la mayoría; numerosos votos se habían dispersado. Al otro día, 20 de febrero, el tercer escrutinio arrojó cuarenta y cuatro votos de sesenta y uno para el Cardenal camarlengo,

---

(1) Hayward, o. c., pág. 33.
(2) Mollat, o. c., pág. 371.

más de los dos tercios requeridos. Se le proclamó electo, y cuando el Vicedecano le preguntó cómo deseaba llamarse, respondió: «Siempre admiré las virtudes de León XII, por lo que me complazco en ensalzar su nombre.» La Iglesia tenía un nuevo Papa con el nombre de *León XIII.*

En la tarde del mismo día se comunicó la noticia a la multitud concentrada en la plaza de San Pedro, que la acogió con aplausos delirantes. La costumbre exigía antaño que retumbase el cañón en el castillo de Santángelo. Esta vez correspondía al Gobierno italiano tomar una decisión. Al enmudecer el cañón, León XIII impartió su primera bendición *urbi et orbi* desde el balcón interior que da a la basílica y no en el balcón exterior. Es un simple detalle, pero refleja las susceptibilidades tanto de los amigos como de los enemigos de la Iglesia y la tensión resultante de la Cuestión Romana (1).

Joaquín Pecci.—Tenía sesenta y ocho años, pues había nacido el 2 de marzo de 1810 en Carpineto Romano, en los montes Lepini, a corta distancia de Frosinone, no lejos de Roma. Sexto hijo de Ludovico Pecci, de la baja nobleza, y de Ana Prosperi-Buzi, recibió en el bautismo los nombres de Vicente Joaquín. Su madre, muy piadosa, deseaba que dos de sus hijos, Nino (José) y Vicente, fuesen sacerdotes. Fueron confiados a los jesuitas del colegio de Viterbo, luego ingresaron en el Colegio Romano. Vicente, que en lo sucesivo prefirió el nombre de Joaquín, tenía once años. Muy pronto se distinguió por su talento y, especialmente, en la defensa de tesis teológicas en latín; el Papa León XII quedó impresionado de su inteligencia despierta y el joven sintió por él gran veneración.

Bajo el Pontificado de Gregorio XVI (1832), el sacerdote Joaquín Pecci ingresó en la Academia de Nobles Eclesiásticos, fundada por Clemente XI, y por la misma época se distinguió en la Academia Literaria de los Arcos. Delicado de salud, recuperaba energías con el aire vivificante de su tierra natal durante las vacaciones, efectuando excursiones a las montañas y partidas de caza. Recibió las órdenes menores en 1834 y fue ordenado sacerdote en 1837; el 1 de enero de 1838 celebró su primera misa, asistido por su hermano Nino. Un mes después, al neosacerdote, nombrado desde 1837 Prelado doméstico de Su Santidad y examinado brillantemente del doctorado *in utroque iure,* se le confió la delegación de Benevento.

Monseñor Joaquín Pecci se distinguió pronto por su firmeza en reprimir el bandolerismo, en hacer respetar la ley por todos sus administrados, fuese cual fuere su rango. Designado luego para ocupar el mismo cargo en las delegaciones de Espoleto y posteriormente de Perusa, demostró idéntica energía y conocimiento de los asuntos y de los hombres. Por ello Gregorio XVI, que estimaba sus brillantes servicios, le nombró en 1843 Nuncio en Bruselas;

(1) Respecto a los relatos que tenemos de este conclave, Mourret, o. c., t. IX, pág. 7, n. 1, observa acertadamente que, antes de la constitución de Pío X, del 25 de diciembre de 1904, *Vacante Sede Apostólica,* el juramento prestado por los Cardenales de guardar el secreto de lo sucedido en el conclave sólo tenía validez durante la duración de éste.

antes de salir recibió la consagración episcopal con el título de Arzobispo *in partibus* de Damieta. El joven Nuncio se distinguió al punto por sus talentos diplomáticos. Tuvo que luchar contra los liberales en el terreno de la enseñanza y se ganó mucha estima del Rey Leopoldo I y de la corte. Pero la actitud del Nuncio desagradó a Austria. El Cardenal Secretario de Estado, Lambruschini, le llamó e hizo que se le nombrase Obispo de Perusa; el mismo año 1846 fue creado Cardenal, aunque «reservado *in petto*»; fue Pío IX quien lo *publicó* en 1853.

El ministerio episcopal de Monseñor Pecci duraría treinta y dos años y el Cardenal Obispo se vio implicado en graves acontecimientos. La ocupación de Perusa por los austriacos en 1849, el hambre en 1854, el viaje de Pío IX a sus Estados en 1857, la represión de los disturbios por los suizos en 1859-1860, la visita de Víctor Manuel a Perusa en 1869 sometieron al pastor de la diócesis a rudas pruebas. Siempre fiel a sí mismo, cumplió con su deber por mucho que le costase. Su actitud frente a la nueva Italia se la inspiraba la convicción profunda de que la Iglesia era víctima del Poder secular. Hubiera acentuado su postura aún con más claridad si no se hubiera visto obligado a guardar una extrema reserva con el Cardenal Antonelli, Secretario de Estado. El Ministro de Pío IX, cuya omnipotente influencia en el ánimo del Sumo Pontífice demostramos anteriormente, no quería al Cardenal Pecci. «La agudeza, cultura, piedad, sentido diplomático de uno contrastaban vivamente con la desenvoltura y hasta el cinismo y la falta de escrúpulos del otro» (1).

El Obispo de Perusa, que sentía dolorosamente la injusta sospecha de que era objeto, redobló su celo en el cumplimiento de sus deberes espirituales. No contento con hacer de su ciudad episcopal un centro de alta cultura intelectual, defendió con magnífica riqueza doctrinal las verdades religiosas atacadas por la incredulidad contemporánea. La recopilación de sus obras pastorales demuestra la preocupación constante por la grandeza de la civilización cristiana. La idea dominante de sus cartas pastorales y disposiciones está en que la Iglesia Católica es siempre la protectora eficaz de la verdadera civilización y del verdadero progreso, inseparable de la moralidad y de la fe, y que sólo combate los vicios y los desórdenes, propagados bajo capa de grandes palabras por la herejía y por la incredulidad. La tesis que León XIII expondrá más tarde en sus encíclicas, monumento imperecedero de doctrina y de caridad, ya está contenida en los escritos del Cardenal de Perusa. En 1877 Pío IX le nombró Cardenal camarlengo; abandonó Perusa sin dejar el cargo de la diócesis, asistido únicamente por un administrador apostólico. En la cátedra de San Pedro seguiría fiel a sí mismo Joaquín Pecci, el hombre que nunca cedió.

León XIII e Italia.—La idea dominante defendida por el Cardenal Pecci en sus cartas pastorales de Perusa, inspiraría el Pontificado de León XIII.

(1) Hayward, o. c., pág. 64.

Al otro día de su elección, dijo a uno de sus familiares: «Quiero hacer una gran política.» Cumpliría su palabra, y su primera encíclica, *Inscrutabili Dei consilio*, del 21 de abril de 1878, sobre los males de la sociedad, repetía la tesis ya enunciada: una civilización que priva a la Iglesia de su influencia bienhechora y deja el campo libre a «una libertad desenfrenada y perversa» no es otra cosa que «una falsa civilización y ha de considerarse como un nombre vacío e irreal». Evocaba en ella la obra de los grandes Papas, como San León Magno, Alejandro III, Inocencio III, San Pío V y León X, quienes «conservaron floreciente la luz de las ciencias y de las artes». Y conjuraba a los Príncipes y a los pueblos a que no rechazasen «la ayuda que la Iglesia les brinda, que comprendiesen que su seguridad y tranquilidad, así como la seguridad y tranquilidad públicas, dependen de la obediencia a la doctrina de Cristo y del respeto a su Iglesia».

Semejantes palabras, que eran un acta, resultaban el complemento y desarrollo de lo enseñado por su predecesor. Por ello León XIII, en su primera alocución al Sacro Colegio —28 de marzo de 1878— había rendido homenaje a Pío IX, «insigne pastor de la grey católica, que combatió siempre invenciblemente por la verdad y por la justicia». Mas —como añadía, meses después, la gran revista católica francesa *Le Correspondant*— «ya es hora de ver si no se puede por la persuasión extirpar el error del fondo de las almas y deponer los prejuicios injustos. Dios ha confiado a León XIII el papel de pacificador» (1).

Ni electos ni electores.—El Papa no fallaría, y una de sus primeras preocupaciones fue la de las relaciones de la Santa Sede con la nueva Italia. En este punto su tarea era de las más difíciles; la Cuestión Romana surge en cada página en el período que se inicia con el advenimiento de León XIII. Los dirigentes de la política italiana se caracterizaban a la sazón por una intolerancia resultante del más mezquino sectarismo. «Francmasones fanáticos, sólo veían en los católicos a ignorantes, promotores de la reacción, oscurantistas» (2). A las más abyectas injurias se añadían las mezquindades, prueba de su falta de inteligencia. Se prohibió a los funcionarios reales asistir a los *Tedéums* cantados en las catedrales con ocasión de la exaltación del nuevo Papa. Esta actitud, proveniente, por otra parte, en gran medida, del carácter violento del presidente del Consejo de Ministros, Crispi, no contribuía a facilitar la tarea del Papa, quien no pensaba renunciar a las protestas contra la pérdida de su principado civil. León XIII mantuvo, pues, la prohibición que notificó desde 1870 su predecesor a los católicos italianos, de que no tomasen parte en las elecciones legislativas y sí en las elecciones municipales. Esta consigna, expresada con las palabras «ni electos ni electores», ya la había formulado Pío IX en los términos de *non expedit* —no conviene—, tras la

---

(1) *Le Correspondant*, 25 de octubre de 1878.
(2) Hayward, págs. 68-69.

captura de Roma, transformando un consejo en orden formal; se aplicó hasta Benedicto XV. León XIII favoreció la formación entre los fieles de sociedades políticas —por ejemplo, la *Federazione Piana*—, pero opuso una negativa a todas las tentativas, expuestas por numerosos publicistas, de rectificar su prohibición de principio.

Un terrible drama de conciencia, que el extranjero no comprendía, por desgracia, apenaba a los católicos italianos respetuosos con la consigna pontificia. Sin duda, amaban al Sumo Pontífice con amor filial, pero eran italianos y no podían olvidar cuanto de legítimo tenían las aspiraciones a la unidad de la generación precedente. No les era fácil conciliar la gloria de su patria, inseparable del catolicismo, y su unidad, incompatible con una soberanía territorial del Papa de alguna importancia. A estos «conservadores nacionales» los comprendía León XIII y apreciaba sus esfuerzos. Pero temía no tuviesen el vigor ni las cualidades requeridas para formar un gran partido en el Parlamento, que habría desempeñado un papel análogo al del *Centro* alemán. La prohibición pontificia se explica por la imposibilidad en que se hallaban de constituir un partido católico en Italia.

Hostilidad contra la Iglesia.—Pronto se dieron cuenta de que el Papa, lo mismo que su predecesor, no estaba dispuesto a transigir. Sin ilusionarse sobre la solidez de las garantías que se le ofrecían, protestó al punto, desde el 6 de junio de 1878, contra la ocupación italiana. A consecuencia de esta protesta, reiterada varias veces, la Italia oficial no se hallaba «del todo en casa», escribía más tarde un historiador que, desde luego, no era un apologista del Papado. «La queja del inmortal anciano suena como campana fúnebre, sin tregua, sobre Roma capital... ¿De qué sirve estar en Roma si todavía hay una Cuestión Romana?» (1). Realizada su fortuna, Italia reconocía que a esta fortuna le faltaba la consideración. El reinado de Humberto I se iniciaba con estos auspicios el mismo año que el de León XIII. El hijo de Víctor Manuel debía pensar en prevenirse contra un estado de cosas que ponían en situación incómoda a la joven Monarquía. Éste fue uno de los motivos que le impulsaron a buscar alianzas, reunión de potencias temible al Papado que León XIII, por el contrario, se esforzará en deshacer.

El Sumo Pontífice no se contentó con las protestas genéricas. El mismo año de su elevación al Pontificado tuvo que ocuparse de la cuestión de la enseñanza religiosa en las escuelas de Roma, al haber decidido el Ayuntamiento que tal enseñanza no se impartiría más que a los niños cuyos padres formulasen la petición expresa. En 1879 el Papa reiteró las mismas protestas ante peregrinos, luego ante periodistas italianos. Otra cuestión muy espinosa era la del nombramiento de los Obispos italianos. No había concordato entre la

---

(1) E. Lavisse, *Vue générale de l'histoire politique de l'Europe*, París, numerosas ediciones; la décima es de 1906. Este pequeño volumen, obra de uno de los mejores historiadores franceses contemporáneos, es el desarrollo de un prólogo escrito para la traducción francesa de E. A. Freeman *Historia general de Europa por la geografía política*, París, 1886.

Santa Sede y el Gobierno italiano; no por ello éste dejaba de pretender ejercer el patronato de ciertos obispados apoyándose en los privilegios otorgados hacía poco a las dinastías que reinaron en el Véneto y las Dos Sicilias; de ello resultaron numerosos conflictos.

A tales motivos de desacuerdo hay que añadir los ultrajes que la prensa anticlerical esparcía continuamente contra el Papa con desprecio de la «Ley de garantías». Pero lo peor aún fue cuando el 13 de julio de 1881 se trasladaron las cenizas de Pío IX de la basílica vaticana a San Lorenzo extra muros. La ceremonia debería celebrarse por la noche, lo más secretamente posible, y la policía había tomado medidas para llevarla a cabo sin incidentes. Una indiscreción la propaló, y al punto las sociedades anticlericales organizaron una escandalosa manifestación, durante la cual los peores granujas se abalanzaron sobre el coche fúnebre a los gritos de «Al fiume la carogna!» *(¡Al río con la carroña!)* e intentaron arrojar al Tíber los restos del venerado Pontífice. El servicio de orden quedó desbordado, y sólo en el último momento intervino la tropa para impedir que los energúmenos pusiesen por obra sus salvajes amenazas. El Gobierno no se había atrevido a desagradar a los elementos extremistas que la izquierda moderada del nuevo presidente del Consejo, Depretis, soñaba con incorporar, e incluso intentó echar sobre los católicos la responsabilidad de los desórdenes. Nada podía justificar mejor la actitud de León XIII frente a las autoridades italianas ni causarles más perjuicios ante la opinión católica. «¡Que el mundo entero vea claramente en este solo hecho —declaraba el Papa el 4 de agosto— de qué seguridad gozamos en la ciudad de Roma!» Tres días más tarde, en un gran mitin, los francmasones italianos pidieron se aboliese la ley de garantías.

Apenas si se había apaciguado el escándalo de los funerales nocturnos de Pío IX, cuando el 31 de marzo de 1882, sexto centenario de las *Vísperas sicilianas*, fue ocasión de nuevas y violentas manifestaciones contra el Papado. Los días 30 y 31 de marzo de 1282, la población de Sicilia, exasperada contra el Gobierno de Carlos de Anjou, asesinó a miles de franceses sin distinción de edad o de sexo, con refinamiento y crueldad inauditos. Con pretexto de que el Papa Clemente IV se había pronunciado en favor de Carlos de Anjou, seis siglos después se organizaron manifestaciones hostiles al Papado. La muerte de Garibaldi, acaecida el 2 de junio siguiente, deparó otra oportunidad para desfiles y discursos en los que se injurió innoblemente a la Iglesia y al Papado.

La Triple Alianza.—No por ello las manifestaciones sicilianas dejaban de estar dirigidas contra Francia; en este mismo año, el 20 de mayo de 1882, se firmaba la *Triple Alianza* que unía Alemania, Austria e Italia. La evolución de la monarquía de Saboya hacia los imperios germánicos tenía diversas causas. La postura adoptada por los partidos de derecha franceses frente a la Cuestión Romana y el asentamiento de Francia en Túnez, codiciado por Italia, el año precedente, habían deteriorado las relaciones entre el Quirinal y la República. Italia aspiraba —y era muy natural— a ocupar un puesto entre

las grandes potencias y a que la tratasen como a igual. Había otra cosa además. A falta de fuerza conservadora interna, la dinastía pensaba en hallarla fuera. El apoyo del extranjero le parecía el supremo recurso para defenderla contra las revoluciones internas, conservarle lo que había logrado y ayudarla en los engrandecimientos que deseaba, pues no consideraba perfecta su unidad; heredera de los romanos, venecianos y genoveses, pensaba en la supremacía sobre el *Mare Nostrum*, el mar latino.

Desde 1879 el Rey Humberto había viajado hasta Berlín. Pero el Príncipe de Bismarck, quien sin despreciar la ventaja de la alianza italiana sólo estimaba en poco las fuerzas del joven reino, hizo saber que «el camino de Berlín pasaba por Viena». Por otra parte, él fue quien impulsó a Francia, deseosa de afianzar su posición en África del Norte, a asentarse en Túnez para disuadirla del *desquite.* En 1881 Humberto fue, pues, a Viena y, tras largas negociaciones, se concertó la *Triple Alianza* el 20 de mayo de 1882; se renovaría varias veces hasta 1912, si bien los acuerdos francoitalianos de 1902 amortiguaron los golpes dirigidos contra Francia. El Gobierno de Roma hubiera querido que el tratado tripartito incluyese un reconocimiento efectivo de la integridad territorial y un compromiso de la garantía. Austria se abstuvo prudentemente de otorgarlo —el irredentismo italiano que ambicionaba Trento y Trieste no era el más apto para fomentarlo— y Alemania, para tener a Italia a merced suya, se servía de la Cuestión Romana como de una espada de Damocles colgada sobre la cabeza de la Casa de Saboya.

Documentos secretos publicados después de la derrota de los imperios centrales en 1918 pusieron de manifiesto tal actitud maquiavélica de Bismarck, así como la reserva austriaca (1). En efecto, León XIII había preguntado a Francisco José si Viena seguiría reconociendo y respetando los intangibles derechos del Papa sobre Roma y los antiguos Estados de la Iglesia; la respuesta imperial había sido «explícita y tranquilizadora». Por consiguiente, la Cuestión Romana pesó mucho en la política italiana durante el reinado del sucesor de Víctor Manuel.

Por lo que respecta a la actitud de León XIII respecto a Italia, se la inspiró el comportamiento, casi siempre hostil, de los hombres de izquierda que la gobernaban. Se tuvo prueba de ello en varias ocasiones. Los obstáculos que pusieron los ministerios a la normal provisión de los Obispos, los procesos, las confiscaciones de bienes eclesiásticos y, especialmente, la amortización de los bienes de la célebre *Congregación de Propaganda,* creada en 1622 por Gregorio XV, fueron otros tantos atentados graves a los derechos y fortuna de la Iglesia. Con todo, ¿qué más hubiera querido León XIII que hallar las bases de un acuerdo con el Quirinal, salvaguardando los derechos de cada cual? Pero ¿qué podía hacer frente a autoridades que no cesaban de prestar su apoyo a los peores enemigos de la religión?

---

(1) F. Salata, *Per la storia diplomatica della Questione romana. I. Da Cavour alla Triplice Alleanza,* Milán, 1929.

más.
era.
tra
los
he-
cía

ipe
sti-
lín
osa
ua-
go-
ría
rti-
era
la
ru-
nto
lia
Da-

en-
ck,
a
de-
ota
es-
or

ró
la
ue
as
os
re-
de
es
l?
su

ce



Jura de un soldado de la Guardia Suiza Pontificia. Roma
Fotografía del doctor Schwabik. Roma

Planes de León XIII para salir de Roma.—No es extraño que el Papa, resentido por las violencias ocurridas en el mes de julio de 1881, pensase en abandonar Roma. Pidió ayuda a Austria desde el mes de agosto, y escribió a Francisco José: «No disimulamos a Vuestra Majestad que preferiríamos buscar en otra parte un refugio menos triste»; la víspera de Navidad reiteró su queja. Estas justas quejas sirvieron a los propósitos de Bismarck y le permitieron presionar sobre Italia, que buscaba la alianza de los imperios centrales. El Canciller invocó hábilmente la Cuestión Romana y esparció el rumor de que se imponía un arreglo de Italia con el Papado. El Quirinal no descubrió el ardid y renunció a obtener la garantía de su posesión. Tras la visita de Humberto a Viena, el Padre Santo manifestó su deseo de abandonar la Ciudad Eterna y habló de establecerse en Trento (a la sazón austriaco) o en Salzburgo.

El Emperador de Austria, muy perplejo en el mismo momento de negociarse la Triple Alianza, despachó al Vaticano al viejo Barón de Hübner, diplomático de casta. Supo impugnar los proyectos de salida, que implicarían grandes riesgos; encareció las ventajas que, pese a todo, constituía la ley de garantías, e hizo ver al Papa lo imposible de una restauración del Poder temporal. León XIII terminó por rendirse a estos argumentos y se declaró «convencido de los inconvenientes incalculables y perjuicios» que provocaría su ausencia fuera de Roma. Así, se declaró firmemente decidido a permanecer en ella, «hasta el último extremo», en 1882. En cuanto a Bismarck, que había hecho las paces con Roma y sólo había tenido que felicitarse del comportamiento del Vaticano en el arbitraje de las Islas Carolinas —como veremos más adelante—, resumía su pensamiento en estas palabras: «Hay que saber esperar.» Tras nuevos incidentes en 1889 —la inauguración de la estatua de Giordano Bruno— y en 1891, el Papa agitó otra vez la cuestión de su salida, pero al final abandonó la idea al comprender que no agradaba a ninguna de las grandes potencias; éstas estaban decididas a dejar al Vaticano y al Quirinal que buscasen solos un nuevo *modus vivendi* (1).

En el transcurso de los mismos años, primeros de su Pontificado, León XIII tuvo el dolor de ver criticada su política en diversos sentidos por personalidades relevantes del clero. Mientras el padre Curci, ex jesuita, reprochaba al Papa su pretendida intransigencia y se veía condenado, el Cardenal Pitra le echaba en cara sus tendencias liberales. Las advertencias de León XIII tuvieron como feliz resultado: inducir al segundo a protestar contra los comentarios tendenciosos atribuidos a sus palabras.

Rampolla, Secretario de Estado.—El año 1887 señaló una tregua y fue testigo de la promoción al cargo de Secretario de Estado del Cardenal Rampolla, que lo conservaría hasta la muerte de León XIII. En Italia, Depretis sucedía otra vez al fogoso Crispi y se esforzaba por evitar todo acto de hostilidad molesta para el Vaticano; en Alemania terminaba la *Kulturkampf;* en Suiza,

(1) Según Mollat, o. c., págs. 375-398.

asimismo, el espíritu se apaciguaba; en Francia la diplomacia pontificia lograba evitar lo peor; en Inglaterra se buscaba la cooperación de Roma para pacificar Irlanda, y Rusia negociaba un concordato.

El nombramiento del Cardenal Rampolla fue un acto de alta política que tuvo repercusiones profundas. A la muerte del Cardenal Jacobini, tercer Secretario de Estado de León XIII —tuvo por predecesores a los Cardenales Franchi y Nina—, el Papa eligió en abril de 1887 al Cardenal Mariano Rampolla del Tindaro, de alta nobleza siciliana, nacido en 1843. Era un sabio conocido por una obra de erudición notable sobre Santa Melania la Joven, un exegeta y un diplomático que había sido Nuncio en Madrid; su piedad igualaba su ciencia y su conocimiento de los hombres. Durante dieciséis años sería el colaborador íntimo y de una dedicación sin precedentes del que le había escogido.

Tentativas de conciliación.—En una carta pública del 16 de junio de 1887 al nuevo Secretario de Estado, el Papa expuso las grandes líneas de su política. Insistía en la gran idea de pacificación que resumiría todo su Pontificado. Se proponía difundir la benéfica influencia de la Iglesia, no sólo por la salvación de las almas, sino para fomentar «entre los pueblos y los Soberanos y entre las diferentes clases sociales esa armonía pacífica en la que estriban la tranquilidad y el orden público». Pero al mismo tiempo el Papa reclamaba la restitución de la soberanía temporal de la Santa Sede como garantía de su independencia espiritual. Lo cual no quiere decir que exigiese la reconstitución en su integridad de los Estados de la Iglesia. Solamente deseaba ejercer una soberanía efectiva sobre un territorio que habría podido servir de modelo en cuanto Estado.

Unos meses antes, un benedictino de Montecasino, el padre Tosti, Vicearchivero de la Santa Sede, que intervino otrora en las negociaciones secretas entre Pío IX y Cavour, por mediación del Conde Nigra, había publicado un opúsculo sobre *La conciliación.* El escrito del sabio monje, que levantó mucho ruido en Roma y en el extranjero, tenía el defecto de no sugerir ninguna solución práctica, y pecaba de excesiva ingenuidad. Había creído demasiado de prisa que Crispi sería el hombre que resolvería la Cuestión Romana. En realidad, el viejo siciliano, pese a su aversión al Papado, recordaba que Cavour había declarado una vez que el mayor hombre de Italia sería quien hallase tal solución.

El padre Tosti había sido comisionado por el Papa para entablar negociaciones con Crispi, pero éste quería resolver la Cuestión Romana en su provecho. Esperaba obligar a León XIII a capitular y, tras una conversación con Bismarck, quien le habría dicho que no se ocuparía de la *conciliación,* Crispi anunció con gran escándalo que se iba a reanudar la lucha contra la Iglesia; era aniquilar el movimiento conciliador de octubre de 1887. Pronto los hechos seguirían a las palabras (1).

(1) Mollat, págs. 380-385.

El año 1888, en que el Papa celebró solemnemente en San Pedro el 1 de enero las bodas de oro de su primera misa, fue testigo del recrudecimiento de las pasiones antirreligiosas. Por instigación de Crispi, tan anticlerical como galófobo, se puso en vigor un nuevo Código penal. Su autor, el Ministro Zanardelli, había introducido en él innovaciones dirigidas contra el clero, las cuales implícitamente abrogaban la ley de garantías; numerosos artículos redactados intencionadamente de una manera vaga permitían usar de arbitrariedad. Se supo a qué atenerse sobre el espíritu de la nueva legislación al declarar el Ministro de Justicia, Guardasellos: «Por lo que a mí respecta, creo que reconocer que está abierta la Cuestión Romana es pretender tener derecho a la sedición y a la rebelión.» ¿Era el preludio a la abrogación de la ley de garantías, a lo que el Papa se negó, y lo que las logias querían abolir?

Se pudo creer cuando la masonería inició el mismo año la apoteosis de Giordano Bruno, fraile apóstata condenado por la Inquisición Romana en 1600 a la pena capital por crimen de ateísmo y apostasía. Se le elevó a la categoría de mártir de la ciencia y de la libertad, y el 10 de junio de 1889, lunes de Pentecostés, se le erigió una estatua en Roma. Esta manifestación, en la que centenares de delegaciones masónicas, anarquistas y librepensadoras procedentes de diversos países de Europa desfilaron ante el monumento, fue precedida de una sesión en el Colegio Romano, a la que asistió Crispi. El orador, que celebró la muerte de Giordano Bruno como una protesta contra la teocracia, exclamó: «Al destruir Víctor Manuel el Poder temporal, devolvió al mundo su conciencia.» El 17 de junio, la tarde de las elecciones, una multitud vociferante insultó al Papa por las calles de Roma y fue dispersada a poca distancia de la plaza de San Pedro. Estas manifestaciones han de contarse entre las razones que obligaron de nuevo al Papa a abandonar Roma.

Crispi inició ese mismo año nuevos sondeos para inducir a la Santa Sede a renunciar al Poder temporal. Un proyecto expuesto por el Obispo de Cremona preveía la constitución de un minúsculo Estado Pontificio, pero el opúsculo fue incluido en el Índice y el autor se sometió. El primer Ministro, mortificado, acentuó su política de intimidación, y en un discurso pronunciado en Palermo exaltó a «Roma intangible» y auguró el reinado próximo de la Razón. Puesto al corriente de los proyectos de marcha del Pontífice, hizo saber que, si León XIII dejaba Roma, no volvería más a ella.

El anticlericalismo de Crispi corría parejas con su galofobia. El 15 de octubre de 1890 León XIII, en su encíclica *Dal alto,* dirigida a los Obispos, al clero y a los fieles de Italia, había estigmatizado la acción de la francmasonería condenada por él expresamente el 4 de abril de 1884 por la encíclica *Humanum genus.* Crispi se propuso responder a ella en un artículo de la *Contemporary Review.* Hacía recaer las responsabilidades del fracaso sobre los jesuitas y sobre Francia. El Embajador francés tuvo que poner las cosas en su punto. Al año siguiente, con ocasión de una peregrinación a Roma de obreros y dirigentes sociales de Francia, que siguió a la encíclica *Rerum Novarum,* un incidente mínimo provocó violentas manifestaciones antifrancesas. Este episodio

indujo por última vez a León XIII a desear abandonar Roma. Volveremos más tarde sobre este momento de la política pontificia, tan importante para Francia.

Algunos años después, en 1893, el mundo católico celebraba el jubileo episcopal de León XIII. En esta ocasión el Papa insistió en la acción nefasta de la francmasonería en una encíclica al clero y a los fieles de Italia. La secta concibió una violenta cólera y el gran maestre de la francmasonería italiana, Lemmi, pronunció en Nápoles un discurso de una inusitada violencia, en el que exaltó la resistencia de Italia al Papado desde el Renacimiento y concluyó pidiendo la destrucción de la Iglesia.

Mas tres años después, la derrota de las tropas reales en Abisinia en 1896 provocó la caída de Crispi. Si bien fracasaron las gestiones del Papa para liberar a los prisioneros italianos, indujeron a muchos a pensar que el Sumo Pontífice aún podía prestar servicios a Italia. Los avances del socialismo, motivados por la triste condición de muchos trabajadores, asustaban, por otra parte, al Gobierno. El mismo Crispi había comprendido antes de su caída que se imponía una tregua de los partidos para luchar contra la Revolución. Bajo el ministerio de su sucesor, el Marqués de Rudini, el Papa no se negó a concertarse con los poderes públicos para zanjar cuestiones particulares. Pero no por ello dejó de mantener su actitud relativa a la soberanía temporal; el Papado siempre estaba atento a no dejar prescribir sus derechos. Esta firmeza en los principios bastó para incitar al Gobierno a volver a una política sectaria. En 1898, tras graves disturbios, provocados por los socialistas en Milán, Rudini, tomando pretexto de esos desórdenes, suprimió cerca de cuatro mil asociaciones que defendían la obra de los congresos católicos. El Padre Santo en una nueva encíclica protestó en términos patéticos contra la inicua medida en nombre de la justicia, de las leyes existentes y de los intereses de Italia y de la civilización. Con razón atribuía una gran importancia a dichas obras populares, que eran para él un medio de informar a la opinión pública italiana sobre el papel del Papado.

Conferencia de la paz.—La iniciativa del Zar de Rusia, Nicolás II —que sucumbiría a las balas de los bolcheviques—, en favor de la paz sería la ocasión de un nuevo vejamen de Italia al Papado. El Zar había decidido, en 1898, invitar a todas las potencias a reunirse en una «conferencia de paz», que celebraría sus sesiones en La Haya en 1899, para prevenir las guerras futuras, instituir el recurso al arbitraje y limitar los armamentos. Había solicitado de León XIII «que apoyase con toda la fuerza de su autoridad moral la gran obra del afianzamiento de la paz». El Papa no podía por menos de aplaudir el noble proyecto, y declaró que estaba dispuesto a cooperar. Nicolás II, sin pedirle expresamente que participase en la conferencia, deseaba vivamente la colaboración de la Santa Sede.

Inmediatamente intervino Italia para oponerse a ello; temía que el delegado pontificio suscitase la Cuestión Romana. El Gobierno holandés accedió

al deseo expresado por el Quirinal y no convocó al Jefe de la Iglesia a las sesiones de La Haya. Berlín había hecho saber que no participaría si alguna de las grandes potencias se abstenía de presentarse.

La Reina de los Países Bajos, Guillermina, se apresuró a reparar la descortesía cometida con la Santa Sede. Escribió una carta respetuosa a León XIII y le rogó «prestase su valioso apoyo moral a la obra emprendida». Este acto de alta deferencia desagradó a Italia, que anunció su intención de abandonar La Haya en caso de prever cualquier cooperación del Sumo Pontífice. «¿No era acaso presentar a Europa —escribe un historiador que solemos citar— la prueba irrefutable de que, por falta de una soberanía temporal, la Iglesia no gozaba de una independencia y libertad que la ley de garantías le había asegurado?» (1).

Respecto a la Conferencia de la paz, fracasó casi por completo. Todas las potencias, salvo Rusia, rechazaron el principio de limitación de los armamentos. En ella se establecieron, desde luego, reglas que definían en el espíritu de la convención de Ginebra de 1864 la situación de los combatientes, prisioneros de guerra y parlamentarios. Mas el problema esencial de la mediación y del arbitraje se soslayó, pese a los esfuerzos de Francia e Inglaterra, introduciendo una cláusula inspirada por el Gobierno alemán, a tenor de la que las cuestiones «concernientes al honor e intereses vitales de las naciones» no dependerían del arbitraje. Se habían desvanecido las grandes esperanzas despertadas por la conferencia entre los amantes de la paz. La obra, proseguida en una segunda conferencia celebrada en 1907, elaboró nuevos convenios sobre las normas del derecho de la guerra así como sobre los derechos y deberes de los neutrales.

Los principios jurídicos, codificados por eminentes jurisconsultos, fueron, por desgracia, poco respetados al sonar la hora del llamamiento de las armas, y el Tribunal Permanente del Arbitraje de La Haya no fue invitado nunca a pronunciarse sino sobre litigios de importancia secundaria. No por ello dejó de afirmar la perennidad del derecho, incluso violado por los poderosos. Por otra parte, la Historia ofrece ejemplos de arbitraje que contribuyeron a distender la situación internacional. Incluso antes de la Conferencia de la paz, León XIII impidió por su mediación —lo veremos en el capítulo siguiente— que estallase un conflicto entre la Alemania de Bismarck y España (2).

Había otro aspecto de las relaciones internacionales que preocupaba a la Santa Sede: el de las *visitas de los Soberanos católicos a Italia*. En 1883, con motivo del viaje del Príncipe real de Rusia, Jacobini, Cardenal Secretario de Estado, había hecho saber a los Nuncios: «El Padre Santo persiste en su determinación inquebrantable de no admitir en su presencia a Príncipes católicos que acepten la hospitalidad del Quirinal, así como tampoco a los Sobe-

---

(1) Mollat, pág. 401.

(2) Véanse las obras de P. de la Brière citadas más arriba con motivo de la mediación en el conflicto de las Islas Carolinas.

ranos católicos que vengan a Roma para rendir pleitesía al Rey de Italia.» El advenimiento del Rey de Italia, Víctor Manuel III, que sucedió a su padre Humberto I, asesinado en Monza el 29 de julio de 1900, causó graves preocupaciones a León XIII. El joven Soberano se dirigió a Londres, Berlín y Viena; Eduardo VII y Guillermo II le devolvieron la visita y, al mismo tiempo, ofrecieron sus homenajes al Papa.

No eran católicos. Pero ¿qué haría el Presidente de la República Francesa, M. Lobet? En el Vaticano se sabía que el Jefe del Gobierno francés tenía intención de ir a Roma, y el Quai d'Orsay esperaba encontrar un expediente, de vivir todavía León XIII, amigo de Francia, al celebrarse la visita. Se estaban tramitando entre ambas potencias latinas negociaciones políticas de la mayor importancia. En 1902 desembocaron en acuerdos secretos de gran transcendencia: Italia lograba plena libertad de acción en Tripolitania y Francia en Marruecos; además, cada parte contratante prometía su neutralidad en caso de verse la otra, no sólo atacada, sino obligada a tomar las armas en defensa de su honor y seguridad. La Triple Alianza renovada el mismo año, quedó por ello un tanto quebrantada. Italia, que hasta ese momento había unido su fortuna al bloque de Europa central, evolucionaba hacia el nuevo grupo de potencias que, tras los acuerdos francoinglés de 1904 y anglorruso de 1907, fue la Triple *Entente*. En el fondo Alemania ya no necesitaba de la alianza italiana; si aún tenía empeño en su reanudación era, sobre todo, por no dar a Europa la impresión de que se había producido un cambio importante (1).

Delcassé, Ministro de Asuntos Exteriores, insistía en que el Jefe del Estado fuera a Roma al objeto de ratificar los resultados obtenidos; M. Loubet se percataba de que su visita precipitaría la ruptura entre Francia y el Vaticano, previendo con horror esta eventualidad. Los dirigentes políticos franceses violentos anticlericales —era la época del ministerio de Combes— carecían de semejantes escrúpulos, y el Presidente tuvo que plegarse a las exigencias de la política. El viaje aconteció en 1904; León XIII, que había dejado este mundo el año anterior, al menos se ahorró la pena de sufrir la afrenta dirigida al Jefe de la Catolicidad.

Así, al final de su glorioso Pontificado, León XIII seguía frente a un estado de cosas que parecía insoluble y «colocaba a la Santa Sede y a la Iglesia en Italia en la triste condición de una incesante persecución» (2). Los católicos italianos divididos entre su filial adhesión al Padre Santo y el amor a su patria tan íntimamente ligada al Papado, torturaban su conciencia. El *Risorgimento*, que en gran parte se realizó contra ellos, no se realizó sin ellos. La Cuestión Romana persistía íntegra y aún no había llegado el tiempo en que circunstancias políticas nuevas y hombres nuevos permitieran hallar la solución.

---

(1) Sobre los asuntos diplomáticos consúltese *Histoire diplomatique de l'Europe* (1871-1914), publicada bajo la dirección de Henri Hauser, Profesor de la Universidad de París, 2 vols., París, 1929.

(2) Hayward, o. c., pág. 104.

LEÓN XIII Y FRANCIA

La Cuestión Romana, por la fuerza de las cosas, seguía en primer plano. Pero la solicitud del Papa, padre común de todos los fieles, no por ello dejaba de ser universal y, la situación, tanto interna como externa de ambos Estados, Francia y Alemania, retenía su especialísimo cuidado. El Padre Santo continuaría respecto a ellas su papel de pacificador.

León XIII sentía predilección por Francia. Sin ignorar en modo alguno las virtudes de cualquier otro pueblo, se conducía como un padre de familia que ama a todos sus hijos con idéntico amor, si bien aprecia las eminentes cualidades de uno de ellos. Entre el padre y la hija se estableció una íntima correspondencia, sin que por ello pudiesen recelar los demás miembros de la familia. El Papa amaba la generosidad de Francia, que fue y es, pese a todas las vicisitudes de la política, una nación apóstol; su espíritu sutil y su humanidad. Asimismo conocía su adhesión a la Iglesia y su grandeza cordial.

Su primera bendición fue para ella al presentar el Sacro Colegio sus homenajes al nuevo Papa. Días después, el 23 de febrero de 1878, al recibir una delegación de las Universidades católicas francesas dijo: «Francia, a pesar de sus infortunios, sigue siendo digna de sí misma... Debilitada por la división de los partidos, se ve imposibilitada de dar rienda suelta a sus nobles instintos... Pero su generosidad no podrá quedar sin recompensa.» La política de León XIII tendería a terminar con la división de los partidos para permitir a Francia salir de su aislamiento diplomático y recuperar su papel tradicional de paladín de la Iglesia. Pío IX había intuido esta política al decir a Monseñor Czacki, futuro Nuncio en París: «Mi sucesor debe inspirarse en mi devoción a la Iglesia y en mi deseo de hacer el bien; en cuanto a lo demás, todo ha cambiado en torno mío; mi sistema y mi política ya han pasado, pero soy demasiado viejo para cambiar de rumbo; será tarea de mi sucesor.» El Cardenal Guibert, Arzobispo de París, se hacía intérprete del pensamiento pontificio al invitar en su carta pastoral del 10 de febrero a los católicos a unirse para superar las cuestiones políticas y religiosas secundarias defendiendo, ante todo, la idea de Dios y el Decálogo. Incluso algunos jefes de partidos políticos parecían saludar la elección de León XIII como acontecimiento lleno de promesas. Pero las peores dificultades no tardarían en surgir.

Provenían de la situación política tal y como se había desarrollado desde la fundación de la República. Al advenimiento de León XIII se multiplicaban en Francia los signos alarmantes para la Iglesia. En 1871 la Asamblea Nacional, elegida antes de firmar la paz, era monárquica en su gran mayoría, pero no supo llevar a cabo la restauración. En 1875 Francia tenía una Constitución republicana y, de 1876 a 1879, en la Cámara y en el Senado la mayoría, republicana en su totalidad, hizo suya la fórmula de Gambetta: «¡El enemigo es el clericalismo!» Ya se evidenciaba que la República se apoyaba en una

filosofía, la de las *luces*, que preparó la Revolución del siglo XVIII. Por eso han de considerarse el nacimiento y desarrollo de la III República como una serie de victorias en el orden filosófico, pues el anticatolicismo e incluso el anticristianismo eran el fundamento espiritual del régimen. Un reducido número de católicos aceptaban la forma republicana —Étienne Lamy a la cabeza—, pero la ortodoxia laica no admitía que se pudiera ser verdadero republicano siendo católico. Para ser ortodoxo el republicano debía aceptar la Revolución considerada como un *bloque*, según la expresión que hizo fortuna. El fracaso del *Ralliement*, que más tarde preconizó León XIII, tendrá por causa esta antinomia; desde sus orígenes la República fue una antiiglesia que recibía sus consignas de las logias masónicas.

Las divisiones francesas entre católicos y republicanos, y en el mismo partido republicano entre *oportunistas* —quienes deseaban realizar progresivamente su programa— y radicales —que preconizaban reformas profundas de estructura— retenían la malévola atención de sus adversarios. Desde 1883, tras la muerte de Gambetta, jefe que se impuso durante algunos años, Bismarck estimaba que «la evolución de la República Francesa serviría de ejemplo para no seguir. Esta evolución *ad absurdum* es muy instructiva». Y añadía con realismo brutal: «No veo necesariamente en la prolongación de la República una garantía de paz, sino una probabilidad de que aumentará continuamente la debilidad interna de Francia y, en consecuencia, disminuirá su aptitud para hacer la guerra.»

León XIII no ignoraba nada de la situación de Francia. Conocía la enorme reserva de vida religiosa que constituían las fuerzas católicas, pero también sabía que la Revolución es un poder universal, como el Papado. No olvidaba, sobre todo, que Francia no conserva para sí sola sus beneficios, sino que, por una cualidad de propaganda instintiva y de ejemplo contagioso, los transmite al poseerlos. Por consiguiente, si este pueblo, el más poderoso artífice de ideas a través de los siglos, remediase sus discordias y heridas inferidas a su prestigio por la derrota de 1870, recuperaría su libertad natural y su fuerza se transformaría en generosidad y justicia para provecho del Universo. Todos esos esfuerzos tenderían a instruir al clero para que no se metiese en política y a evitar que los católicos confundiesen su causa con la de la Monarquía, que pronto consideró perdida. Quería hacer la prueba de que el catolicismo podía vivir bajo instituciones democráticas y republicanas. Los fieles debían situarse en el terreno constitucional para combatir en él las malas leyes y trabajar con provecho en las obras de reforma social. Los Nuncios, entre los que debemos distinguir a los Monseñores Czacki y Ferrata, recibieron sucesivamente instrucciones para trabajar en tal sentido y tratar al mismo tiempo de desarmar la hostilidad de los poderes públicos con la Iglesia (1).

---

(1) Acerca de estos acontecimientos, consúltese Lecanuet, *L'Église de France sous la Troisième Republique*, citada en el capítulo titulado *Pío IX y la sociedad moderna.* Los títulos de los 4 vols. son: I, *Los últimos años del Pontificado de Pío IX*, París, 1931. II, *Los*

Los republicanos victoriosos pronto pasaron a la ofensiva. Al discurso-programa de Gambetta en 1877 siguió una ley que otorgaba al Estado el derecho exclusivo de conferir los grados universitarios (1879). El artículo séptimo de la ley declaraba: «Nadie será admitido a dirigir un centro docente público o privado, del orden que sea, ni a impartir la enseñanza si pertenece a una congregación no autorizada.» Votado en la Cámara, el Senado lo rechazó. El Gobierno, en el que Jules Ferry desempeñaba la cartera de Instrucción Pública, en 1880 mandó aplicar por decreto las leyes existentes; se disolvió la Compañía de Jesús y en un plazo de tres meses las congregaciones no autorizadas tuvieron que pedir la autorización. Ocho mil religiosos y cerca de cien mil religiosas fueron dispersos; la resistencia, bastante fuerte, fue aniquilada por la fuerza. No dieron resultado las protestas del episcopado ni las del Sumo Pontífice por boca del Nuncio, Monseñor Czacki.

En 1881 y 1882 Jules Ferry coronó su obra de laicización mediante leyes que establecían la enseñanza primaria gratuita, obligatoria y laica. Este vosgiano enérgico y resuelto, protestante, positivista y masón —como varios de sus colaboradores más relevantes— fue el creador de la escuela de la República, «pilar de hierro» del régimen, verdadero fundamento del nuevo Estado que excluía a Dios de la legislación escolar. Quien pueda modelar a su antojo el alma del niño dispone del futuro. Uno de los corifeos de la escuela laica, Ferdinand Buisson, de la misma prosapia espiritual que Ferry, glorificó más tarde la obra escolar de la República declarando que tuvo «fe en el hombre y en la humanidad». La Historia demostraría dónde le llevó esta fe liberada de las «pretendidas revelaciones». «Laico» y «laicismo» tomaron así un sentido nuevo: el de un positivismo agresivo manejado por sectarios entregados a la masonería, a quienes León XIII condenó poco después mediante la bula *Humanum genus* (4 de abril de 1884).

Antes de tal condena, que apuntaba a la secta enemiga de la Iglesia, León XIII nunca cesó de seguir con profunda angustia los acontecimientos que dilaceraban a Francia. No ignoraba ni la admirable defensa de los católicos en las asambleas legislativas ni sus divergencias en el modo de resistir a las leyes escolares, pero vacilaba en aconsejar una actitud combativa. Estaba preocupado por los proyectos de leyes ya preconizados por la extrema derecha tendentes, nada menos, que a la separación de la Iglesia del Estado. Temía, asimismo, que el Gobierno lograse persuadir a las masas de que la oposición a las leyes escolares la inspiraba la hostilidad a las instituciones republicanas. Por eso, el Papa creía deber suyo extremar su política tendente a derribar los prejuicios hostiles a la Iglesia. Aquí hemos de hallar una de las razones de la política del *ralliement* —conciliación— que comenzará a perfilarse en medio de todas esas agitaciones (1).

---

primeros años de León XIII, 1910. III, *Signos precursores de la separación. El Pontificado de Pío X*, 1930. IV, *La vida de la Iglesia bajo León XIII*, 1930.

(1) El Papa León XIII propició la adhesión de los antiguos realistas a la República. Este movimiento es conocido como *Ralliement. (N. de los E.)*

El 12 de mayo de 1883 León XIII escribió, pues, al Presidente de la República, Jules Grévy, quien personalmente no era sectario, para recordarle la actitud benévola de la Santa Sede respecto a Francia y manifestar su esperanza de que los dirigentes de la República no desearían quebrantar la unión de los franceses. El Presidente respondió que también él deseaba el apaciguamiento: «Desgraciadamente puedo muy poco —escribía— contra los enemigos de la Iglesia; Vuestra Santidad puede mucho contra los enemigos de la República. Si se dignase mantenerlos dentro de esa neutralidad política, la grande y prudente idea de su Pontificado contribuiría a que diéramos un paso decisivo hacia tan ansiado apaciguamiento.» El Padre Santo, sin olvidar el papel de las sectas antirreligiosas, se complació en ver en la respuesta un signo personal de benevolencia del Jefe del Estado.

El año siguiente, 8 de febrero de 1884, el Papa dirigió a los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia la encíclica *Nobilissima Gallorum gens* —«la muy noble nación francesa»—. En ella manifestaba su pena al ver alejarse a dicho país de la tradición católica, y exhortaba al clero y a los fieles a mostrarse obedientes con los superiores legítimos y a rezar para apartar de su pueblo las calamidades, castigo de la guerra contra la Iglesia. Al mismo tiempo el Nuncio, Monseñor Czacki, se esforzaba por inducir a los católicos a unir sus esfuerzos, a adherirse a las instituciones republicanas para combatir las leyes persecutorias. Mas los realistas, en conjunto, seguían confiando en recuperar el Poder, y no ahorraban críticas a las directrices pontificias. Fue entonces cuando el Conde Alberto de Mun, realista convencido, intentó llevar a cabo la unión en el terreno social. ¿Sería la *Unión Católica* un gran partido que desempeñaría un papel análogo al del Centro Católico Alemán?

Mientras su jefe, noble idealista y gran corazón, tropezaba con la frialdad de los católicos liberales y de los realistas, las elecciones legislativas de 1885, en su primera vuelta, infundieron esperanzas a los adversarios de la República: fueron elegidos 176 *conservadores* frente a 129 republicanos. La oposición a la política colonial de Jules Ferry, criticada por la derecha y por la extrema izquierda dirigida por Clemenceau, y la caída de aquél pusieron en situación delicada al partido mayoritario. La disciplina republicana prevaleció en la segunda vuelta; la Cámara contaba ahora 202 conservadores, 200 oportunistas y 185 radicales. La «concentración republicana» se había efectuado gracias a las logias, la reanudación de la laicización desembocó en medidas anticlericales como la ley militar de 1889, que impuso el servicio a los seminaristas: «¡Los curas con el macuto!»

León XIII no esperó a esta ofensiva para hacer una nueva tentativa de pacificación. El 19 de noviembre de 1885 aparecía la encíclica *Immortale Dei*, sobre la constitución cristiana de los Estados. En ella desarrollaba con precisión y rigor admirables, en su peculiar estilo majestuoso y sobrio a la vez, tres tesis fundamentales de inmensa transcendencia: «El derecho a mandar no está por sí mismo necesariamente ligado a ninguna forma de Gobierno», lo que negaba a cualquier partido político adjudicarse el monopolio de la de-

fensa de la Iglesia. «Dios ha dividido el gobierno del género humano entre dos potencias: una, a quien se confió las cosas divinas; otra, a quien se confió las cosas humanas, y cada una de ellas es suprema en su género, actúa libremente en los límites que le son determinados.» El Papa desvanecía así los temores de los hombres de Estado, que temían las intromisiones de lo espiritual en lo temporal y moderaba a los católicos demasiado exaltados, propensos a exagerar los derechos de la Iglesia sobre el Poder civil. Finalmente desarrollaba la tercera tesis. «Si la Iglesia juzga que no es lícito poner en el mismo plano legal a los diversos cultos que a la verdadera religión, no por ello condena a los Jefes de Estado que, con miras a alcanzar un bien o a impedir un mal, toleran en la práctica que esos diversos cultos ocupen cada cual su sitio en el Estado.» Reiterando de este modo la distinción entre la *tesis* y la *hipótesis* expuesta en el comentario del *Syllabus*, el Sumo Pontífice «quería dirimir la eterna discusión del liberalismo» (1).

Con todo, la hostilidad de la francmasonería contra la Iglesia y su Cabeza no cedía, como tampoco la de los católicos franceses respecto a la República. Una y otra eran motivo constante de preocupaciones y alarmas para el Padre Santo. Los radicales ya preconizaban abiertamente la denuncia del concordato y la separación de la Iglesia del Estado, y León XIII estaba resuelto a no omitir nada para impedir esta medida extrema que consideraba como el peor mal. La celebración del jubileo sacerdotal del Papa en 1888 no dejó indiferentes, sin embargo, incluso a ciertos republicanos, y hacia final del año siguiente pareció vislumbrarse una tendencia al apaciguamiento por ambas partes. La encíclica *Libertas*, del 20 de junio de 1888, desarrolló y completó la precedente y acrecentó el prestigio del Sumo Pontífice hasta entre los incrédulos.

El año siguiente se caracterizó por el fracaso de la aventura boulangista. El apuesto General Boulanger había agrupado durante algún tiempo a numerosos partidarios, hastiados de los escándalos parlamentarios y de la baja política, en una coalición heteróclita, en la que cada cual no buscaba más que sus propios intereses. Pero en el fondo sólo era un ambicioso de poca monta y sin carácter, del que pronto triunfó la República oportunista. Una vez abatido y desacreditado el adversario, republicanos como Spuller hablaban de «espíritu nuevo», y se mostraban dispuestos a poner fin a las disensiones religiosas que dilaceraban a Francia. El 10 de enero de 1890 una tercera encíclica, *Sapientiae Christianae*, enseñaba otra vez que la Iglesia no se opone a ninguna forma de Gobierno. *L'Univers* mismo se pronunció sobre el *ralliement* a la República: «Sin duda, sería muy conveniente restablecer la Monarquía, ¡si pudiésemos! Pero, al no poder, es obvio que este país quiere la República... ¿No vamos a hacer la experiencia?» Se haría con la entrada en escena del Cardenal Lavigerie, en quien el Papa había puesto los ojos.

---

(1) Mourret, *Histoire de l'Église*, t. IX, pág. 92.

EL «RALLIEMENT»

El Cardenal Arzobispo de Argel, fundador de los Padres Blancos, esos heroicos evangelizadores del Sahara, comunicó al Padre Santo que había llegado el momento de intervenir, «pues la idea de conciliación progresaba mucho». En el mes de octubre de 1890 Lavigerie se hallaba en Roma, donde mantuvo prolongadas entrevistas con León XIII, el Cardenal Rampolla y Monseñor Ferrata, Secretario de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Se decidió que el Cardenal dirigiría un llamamiento a los católicos para aconsejarles adherirse a la República por el bien de la causa religiosa. Lavigerie previno al Ministro del Interior, Constans, de las buenas disposiciones encontradas en el Vaticano, le pidió evitase «toda manifestación irritante contra la Iglesia» y salió de nuevo para Argel, donde esperó la ocasión propicia (1).

Ésta se presentó un mes después, el 12 de noviembre. Invitado a presidir un banquete dado en honor del Estado Mayor de la escuadra del Mediterráneo surta en la rada de Argel, al que asistían los representantes de las autoridades civiles y militares, Lavigerie hizo un brindis que resultó un acontecimiento: «La unión de todos los buenos ciudadanos —exclamó— es también, permitidme que os lo diga, el primer deseo de la Iglesia y de sus pastores en todos los grados de la jerarquía. Indudablemente, no os pide que renunciéis al recuerdo de las glorias del pasado ni a los sentimientos de fidelidad que honran a todos los hombres. Mas cuando se ha afirmado claramente la voluntad de un pueblo, la forma de Gobierno nada tiene de contrario —como lo ha proclamado últimamente León XIII— a los principios que únicamente pueden permitir vivir a las naciones cristianas y civilizadas..., llega el momento de declarar por fin que la prueba ha terminado y, para poner término a nuestras divisiones, de sacrificar cuanto permiten la conciencia y el honor y mandan a cada uno de nosotros sacrificar por la salvación de la patria... Sería una locura confiar en sostener las columnas de un edificio sin entrar en éste, aunque sólo fuese por impedir a los que quisieran destruirlo todo realizar su insensata obra.» Terminado el brindis, la banda de los Padres Blancos tocó la *Marsellesa,* himno nacional y revolucionario. «A decir verdad —confesó el Papa, no sin malicia—, ¡eso no se lo pedí yo!»

Este discurso, esta *Marsellesa* tuvieron en Francia una repercusión indescriptible. Una parte de la prensa católica aceptó la consigna, pero los realistas se negaron a conformarse, mientras los periódicos del Ministerio y los republicanos moderados dispensaron una calurosa acogida a las palabras del Arzobispo de Argel. Mensajes y visitas afluyeron al Vaticano; todo el mundo quería saber en qué medida correspondía la alocución del 12 de noviembre al

---

(1) Sobre el Cardenal Lavigerie véanse los libros de Edmond Renard, París, 1926, y de Marius Ary Leblond, París, 1938.

pensamiento del Sumo Pontífice, mientras que el Cardenal recibía una enorme correspondencia en la que abundaban más los reproches que las felicitaciones. Muchas personas se negaban a creer que el orador estuviese de acuerdo con la Santa Sede y se esforzaban por hacerle aparecer como si hubiese actuado por propia iniciativa, por ambición o por espíritu de servilismo con la República.

Todo lo contrario. Lavigerie tuvo fe hasta poco antes en la causa realista, y no lo disimulaba; si se había adherido a la forma de Estado aceptada por la mayoría de los franceses era porque deseaba el bien de su país. León XIII no tardó, por lo demás, en descubrirse. En una célebre entrevista concedida el 10 de enero de 1891 a Jacques Piou, diputado católico adicto a la República y fundador de la *Derecha constitucional,* el Padre Santo reveló cuanto pensaba: «Al otorgar al régimen republicano un reconocimiento de hecho, el Papa quería, no sólo invitar a los católicos a unirse en el terreno legal, sino facilitar asimismo la alianza francorrusa, hacia la que Alejandro III empezaba a orientarse... Esperaba ver formarse un partido católico cuya influencia fuese lo bastante poderosa para transformar el régimen y mejorarle desde dentro... Frente a la Tríplice, cuyo peligro discernía por completo para el futuro de la civilización occidental, latina y católica, había deseado erigir otra Triple Alianza, la de Francia, Rusia y la Santa Sede. Preocupado como estaba por una restauración de la unidad cristiana, veía en el inmenso Imperio de los Zares una reserva inagotable de fuerzas para el día en que el pueblo ruso volviese al seno del catolicismo... Una Francia otra vez cristiana, de nuevo consciente de su misión secular, que estrechase los lazos tradicionales que siempre la unieron a la Sede Apostólica, podía ser la levadura que fermentase la masa» (1).

Con todo, la mayoría de los Obispos se encerraron en un respetuoso silencio, los fieles vacilaban, mientras el Cardenal Rampolla escribía al Obispo de

---

(1) Hayward, o. c., págs. 136 y 157. El Padre Santo concedió audiencia el mismo año a otros franceses distinguidos. Uno de ellos, realista fiel pero decepcionado, el Conde Paul de Pradel de Lamase, ha dejado interesantes recuerdos publicados por su hijo con el título de *Légitimisme et papauté. La dernière presse légitimiste. Le Ralliement,* París, 1942. Véanse en págs. 181-189 y 195 el relato de esas entrevistas con el Cardenal Vicario Parocci, el Cardenal Rampolla y León XIII, y en pág. 195 el severo juicio del Papa acerca del pretendiente, el Conde de Chambord.

La más importante fuente de este período son las *Memorias* del Cardenal Ferrata, en tres volúmenes, publicadas en Roma, en francés, por los editores Cuggiani y Desclés, 1920. El Cardenal Ferrata fue Nuncio en París de 1891 a 1896. Antes de esta nunciatura se le encomendaron misiones en Suiza (1883, 1884 y 1888), donde restableció la paz confesional, así como en Bélgica (1885). Es una de las más grandes figuras del Pontificado de León XIII, conocedor de hombres. Un buen análisis de las *Memorias* de Ferrata lo ha hecho G. Goyau en *Catholicisme et politique,* París, 1923, págs. 161-183.

La alianza francorrusa evocada aquí se bosquejó en 1888; en 1892 se firmó un convenio militar, y lo ratificó el Zar en 1893. Sus cláusulas permanecieron secretas, pero el viaje de Nicolás II a París en 1896 y el del Presidente de la República a San Petersburgo en 1897 revelaron su existencia; se precisó en 1899 por iniciativa de Delcassé. Cf. *Histoire diplomatique,* dirigida por Henri Hauser, citada en el capítulo precedente.

Saint-Flour para precisar el pensamiento e intenciones de Roma. No obstante, la oposición fingió una vez más enfrentar el pensamiento del Secretario de Estado al del Papa y la resistencia no cedió, incluso después de que León XIII enviase un breve de aprobación al Arzobispo de Argel. El nombramiento en 1891 de Monseñor Ferrata como Nuncio en París fue una nueva medida destinada a facilitar el *ralliement.* Este diplomático, muy sagaz, perfecto conocedor del ambiente francés, conquistó la estimación de varios hombres políticos, pero no logró derribar las prevenciones de los realistas. Se hicieron serios esfuerzos, por otra parte, para corresponder a los proyectos del Sumo Pontífice; no por ello los católicos dejaron sus profundas divisiones.

Una nueva encíclica a los franceses —16 de febrero de 1892—, en francés, *Au milieu des sollicitudes* —luego se tradujo al latín: *Inter innumeras sollicitudines*—, planteó la célebre distinción entre los *Poderes establecidos* y la *Legislación.* En ella el Papa invitaba a los católicos a abandonar toda oposición sistemática a la República, para combatir la legislación «por todos los medios honestos y legales». La discusión, lejos de apaciguarse, se reavivó. A los hombres que como Piou, De Mun, Lamy tomaron la dirección del movimiento del *ralliement,* se oponían católicos que combatían violenta e injustamente las directrices pontificias y otros más que las comprometían con sus torpezas o falsas interpretaciones. Muchos fieles se negaban a seguir esas orientaciones en un terreno que no era de fe. Se aconsejaba irónicamente al Papa que pusiese en práctica sus principios sometiéndose al Quirinal, se le censuraba que identificase el hecho consumado con el Derecho.

Las *Memorias* del Cardenal Ferrata exponen en estos términos el método y el espíritu de la política de León XIII con Francia: «Lo mismo que el Papado impedía otrora, en la época de las monarquías absolutas, que la religión se convirtiese en una cosa del Estado, así también hoy, bajo los regímenes democráticos, debe impedir se convierta en una cosa de partido; y cuando hombres políticos, incluso tan celosamente piadosos en el fondo del corazón, establecen tan íntima solidaridad entre sus opiniones y su fe que su religión se expone a pasar a los ojos del público por un instrumento de su política, conviene que la Santa Sede y su representante, declinando toda responsabilidad, eleven por encima de las contingencias humanas ese cristianismo cuya custodia le corresponde.»

En cuanto a la alianza francorrusa, las mismas *Memorias* muestran la influencia considerable que ejerció sobre ella la política de la Santa Sede frente a la República. El diputado católico Jacques Piou podía declarar: «El Barón de Mohrenheim, Embajador de Rusia en París y fervoroso católico, me dijo más de una vez, y lo repitió a muchos otros, que el Gobierno ruso no concertaría una alianza política con la República Francesa si el Papa no hubiese sido el primero en apoyarla con su autoridad moral.» En cambio León XIII indicaba al Cardenal Rampolla sugiriese al Embajador de Francia en Rusia, Conde de Montebello, que «tal vez pudiese aplicarse dentro de los límites permitidos por su posición oficial a lograr el cambio de actitud del Gobierno

ruso con la Iglesia católica» y «servir así, no sólo a la causa de la religión, sino también a los intereses políticos de Francia y Rusia».

En octubre de 1896, un mes antes de su salida de París, el Cardenal Ferrata, recibido por el Zar Nicolás II, que se hallaba en Francia, le decía a éste: «En tanto el Padre Santo ha puesto generosamente al servicio de esta noble nación [Francia] la fuerza moral de que dispone, Vuestra Majestad ha facilitado el apoyo de su poder militar y político. Vuestra Majestad no podía situarlo más noble y útilmente. Francia, a causa de la generosidad y ardor de sus hijos, es el país que más influencia ejerce en las ideas que agitan al mundo; en éste tiene su sitio señalado, en especial en lo concerniente a la civilización cristiana; posee, además, el genio de la propaganda; cuando toma una buena dirección, puede prestar los mayores servicios a la humanidad, lo mismo que si toma una mala puede provocar el incendio por doquier, como ya ha sucedido. La Santa Sede ha querido evitar a esta ilustre nación una lucha religiosa, que habría sido de las más funestas, y para lograr esa meta ha realizado prodigios de longanimidad y paciencia; ha querido reforzar la autoridad establecida para que no degenerase en demagogia, aportando los elementos conservadores, tan numerosos, aunque algo divididos, y aconsejándoles adherirse a la República, que representaba en ese momento la única autoridad constituida en el país. Lo importante desde ese momento es que haya en Francia un Gobierno prudente, honrado y respetuoso con la religión, para que sea fuerte dentro y respetado fuera. Éste era el primordial deseo de la Santa Sede.»

La reconciliación no se efectuó. «Estoy asustado por la Santa Sede —decía Monseñor D'Hulst— y por los católicos, a causa de ese alarde oficial de la autoridad pontificia en nuestra política interior. Temo que dentro de poco se nos contraponga esta injerencia para discutirnos el derecho de hablar y actuar como ciudadanos libres. Se nos dirá: no sois más que mandatarios de Roma; ni siquiera vuestras opiniones políticas son vuestras.» Efectivamente, los republicanos miraban a los resellados con desconfianza; sólo se habían adherido por orden, no por convencimiento. Clemenceau arrojaría a la cara de los católicos el reproche de «que no eran franceses, sino romanos». «Os habéis adherido a la República —decía un alto dignatario de las logias a un católico—, pero eso no es nada. ¿Aceptáis la Revolución?» (1). Así, lejos de acoger a los católicos, esos sectarios, para quienes no había más que una República posible —la suya—, los rechazaban con horror; su presencia en el santuario de los «inmortales principios» de 1879 les resultaba una mancha.

El *ralliement* dejaría profundas huellas en la vida política francesa, sin que la iniciativa pontificia produjese todos los resultados que esperaba su autor. León XIII vivió lo bastante para presenciar el derrumbamiento de su obra. Se deformó su pensamiento y se le acusó de haberse dejado engañar. No estaba prevenido en absoluto en favor de la forma republicana del Estado;

---

(1) *Histoire de la III[e] République*, publicada bajo la dirección de Jean Héritier, 2 vols.. París, 1933, I, 456; cf. págs. 164-168.

más aún, sus preferencias le habrían inclinado hacia la Monarquía constitucional. Pero le había parecido discernir que la causa monárquica estaba perdida en Francia y confió en inducir a los católicos a una acción que hubiera hecho de la República un régimen abierto a todos y respetuoso de los derechos de todos. Esta concepción se ajustaba a sus miras sociales, a su deseo de ir al pueblo, y creyó que la influencia de la Iglesia sobre las masas aumentaría en la medida en que dejase de parecer comprometida con los partidos que ya no tenían aceptación en el pueblo. Por eso, el *ralliement*, que constituye el hecho esencial de su Pontificado en cuanto a las relaciones con Francia, debe asimilarse a su acción social, a la que va asociada la encíclica *Rerum Novarum*. Mas ésta —de la que trataremos más adelante— tenía un alcance universal y no sólo afectaba a Francia.

La experiencia del «espíritu nuevo», en expresión de Spuller, que debía «reconciliar a todos los ciudadanos en la sociedad francesa», fracasó. Nuevas leyes sobre la contabilidad de las parroquias y tasas fiscales de las congregaciones demostraron que el espíritu de los legisladores seguía hostil a la Iglesia, y las elecciones indicaron una incursión hacia la izquierda. El *affaire Dreyfus*, iniciado en 1894 con la condena de este oficial israelita, causó una agitación todavía más honda. Los defensores del condenado emprendieron una campaña denigratoria contra el ejército y contra ciertos jefes, durante la que la Iglesia y los jesuitas —que contaban con numerosos amigos entre los oficiales superiores— fueron objeto de furiosos ataques y odiosas calumnias. La mayoría *republicana* denunciaba la acción de las Órdenes religiosas, y arrojaba a las masas como incentivo el famoso «millar de congregaciones». Las tentativas del Papa para reunir en el terreno electoral una especie de liga de los moderados y hombres honrados fracasaron, y las elecciones de 1898 reforzaron la mayoría de izquierda. En nombre de la «defensa republicana» se iniciaba un sectarismo nuevo, de aspecto jurídico, que triunfaría con los ministerios Waldeck-Rousseau y Combes.

Al proceso incoado en 1900 a los asuncionistas siguió en 1901 la famosa *ley de asociaciones*, de tono tan anticlerical, que no quedaba a las congregaciones más que pedir la autorización o emprender el camino del destierro. Waldeck-Rousseau hubiera querido aplicarla con cierta moderación, pero Émile Combes, sucesor suyo, sectario fanático, que llegó al Poder tras las elecciones radicales socialistas de 1902, estaba decidido a «asegurar la victoria de la sociedad laica sobre la obediencia monástica». Todas las peticiones de autorización, salvo cinco, fueron rechazadas. Fue el caos para los católicos, los signos precursores de la separación, el «régimen abyecto», con palabras del mismo Clemenceau; se puso a los católicos como fuera de la ley.

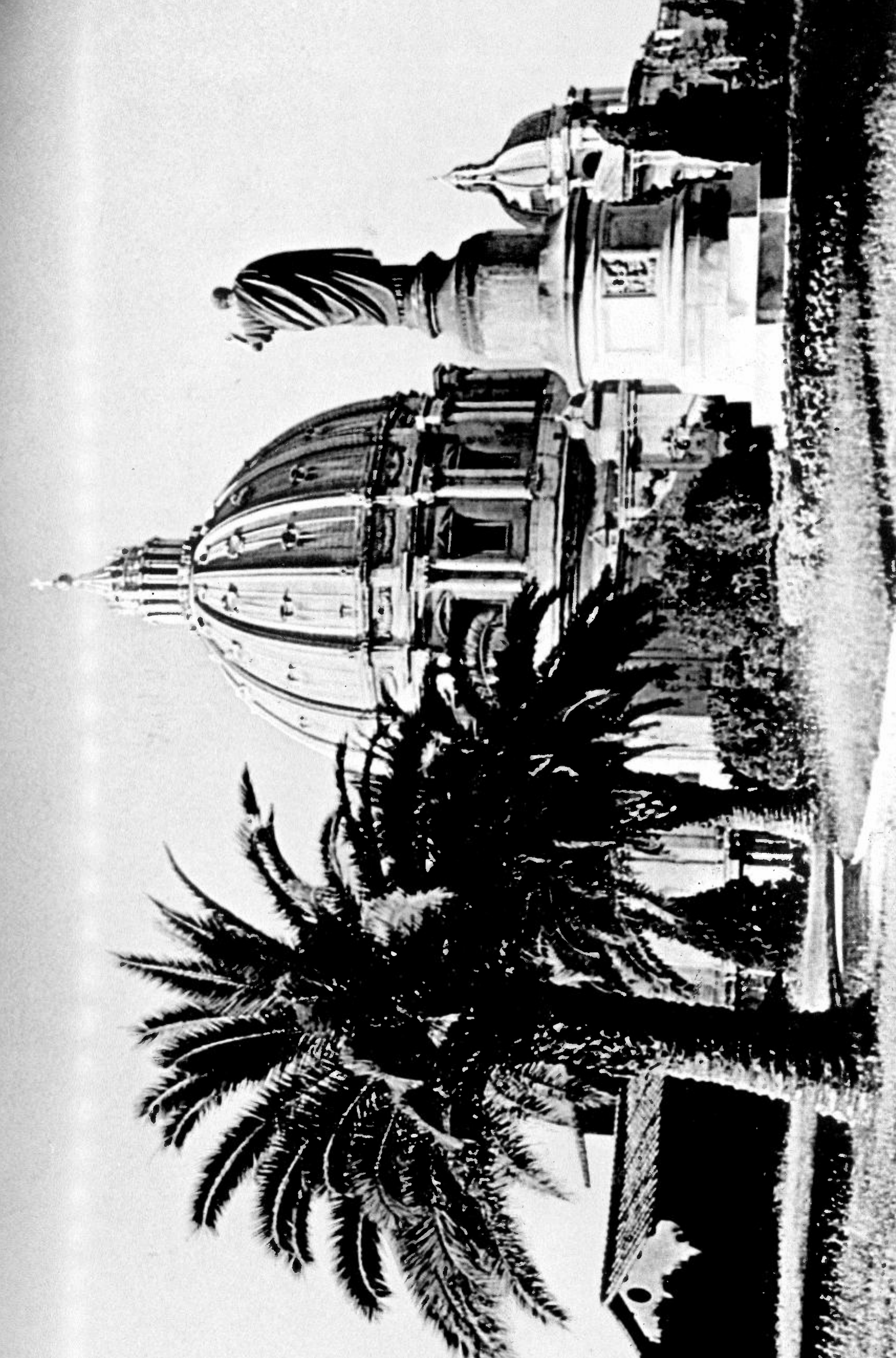
Combes se había mostrado favorable hasta entonces a mantener el concordato, pues en él veía un medio de control del Estado sobre la Iglesia. La exasperación de las pasiones políticas, la consigna de las logias aceptada por las izquierdas le determinaron a abolir el tratado secular, lo que ocurrió en 1905. Unos meses antes de morir León XIII, la querella del *Nobis nominavit*

titu-
per-
iera
ere-
de
aría
ya
e el
ebe
um.
l y

bía
vas
ega-
gle-
ire
una
una
que
ofi-
La
ro-
Las
de
or-
ni-
nis-

osa
ga-
ro.
ero
las
to-
nes
os,
ras

on-
La
or
ió
vit



Los jardines del Vaticano con la basílica de San Pedro. Roma.
Fotografía Zentrale Farbbild Agentur. Dusseldorf

demostró una vez más las disposiciones de la mayoría reinante en 1903. El Presidente del Consejo fingió ver en esta fórmula bulas de institución canónica de los Obispos, que tenía el sentido de «proponer un nombre», un atentado a los derechos del Estado en materia de nombramientos episcopales. Declaró que no lo aceptaría, y vio en juego «la independencia del Poder civil en la acción legítima y necesaria que el concordato le atribuye». Era a todas luces el pretexto de una nueva querella (1).

Todos estos acontecimientos, que deshonraban a Francia y disminuían su prestigio y poder, llenaron de dolor y amargura al anciano Pontífice, cuyos días estaban contados. Los dirigentes de la República no habían querido comprender su política de paz; no por ello el historiador podría ignorar su alta sabiduría y honda bondad.

LEÓN XIII Y BISMARCK

La Santa Sede y la Iglesia tuvieron que luchar durante el último tercio del siglo XIX contra la francmasonería en Italia y en Francia. En el joven reino de la Casa de Saboya se acusaba al Papado de poner obstáculos a la unidad; en Francia se acusaba a los católicos de pretendida hostilidad contra la República. En Alemania se había declarado una guerra no menos violenta contra la Iglesia Romana, y los últimos años del Pontificado de Pío IX se señalaron con el comienzo del *Kulturkampf*. Estas hostilidades, que se desarrollaron igualmente con más o menos violencia en otros países, son las fases del largo conflicto entre el positivismo moderno y la religión revelada, cuya depositaria es la Iglesia. Por doquier las mismas causas produjeron los mismos efectos, pero las circunstancias religiosas y políticas, diferentes de un país a otro, dieron a la guerra caracteres particulares.

En el nuevo Imperio alemán, fundado con las victorias de 1866 y 1870, las cuestiones religiosas fueron subordinadas a la política en el plan del Canciller Bismarck (2). Este plan —como pusimos de relieve— era la conquista de Alemania por la Prusia protestante y la hegemonía del mundo por Alemania unificada, y hay que remontarse más lejos de la última fase de las victorias sobre Austria y Francia para descubrir sus primeras manifestaciones. El viejo espíritu luterano está hecho de tal modo, que para él *Deutschtum* y catolicismo son antagónicos y el grito *Los-von-Rom-Bewegung!* sería el de todo alemán apegado a la grandeza nacional. ¿No fue ya acaso la pasión que animaba a Lutero y a sus adeptos? En el Príncipe Canciller el desprecio a las na-

(1) Mourret, o. c., t. IX, pág. 190, resume bien la cuestión.

(2) Consúltense el libro de G. Goyau *Bismarck et l'Église*, citado en el capítulo titulado «Pío IX y la sociedad moderna», y Lefebvre de Béhaine, *León XIII et Bismarck*, París, 1899. El autor de esta obra fue durante largos años Embajador de Francia ante el Vaticano. No menos interesante es la obra de Crispolto Crispolti y Guido Aureli, *La politica di Leone XIII da Luigi Galimberti a Mariano Rampolla*, Roma, 1912, que contiene documentos inéditos.

ciones latinas y católicas iba unido a su aversión por Roma. ¿No escribió durante la guerra francoalemana: «Cuando hayamos dado cuenta del catolicismo, las razas latinas no tardarán en desaparecer»? (1).

Era, además, de una ignorancia supina respecto al catolicismo, y su fe pietista, estrecha y árida, su formación jurídica y política no le habían preparado en absoluto para comprender las cuestiones teológicas. El Concilio Vaticano I y la proclamación de la infalibilidad pontificia, por una parte; la resistencia del espíritu particularista de las poblaciones católicas alemanas, por otra, le hicieron ver al Papado como una potencia siempre dispuesta a intervenir en los asuntos de los Estados, y a los católicos como gentes que recibían sus consignas de un poder *extranjero.*

A esta predisposición se añadieron las ilusiones que hizo nacer en él el cisma del «viejo catolicismo». Sobreestimó su importancia hasta el día en que comprendió que se había metido en un camino sin salida el grupo de profesores y fieles que habían expresado la pretensión de ser católicos contra el Papa y contra los Obispos. Después de haber buscado apoyo en todos los enemigos de la Iglesia, Bismarck terminó por deplorar el *Kulturkampf.* El advenimiento de un nuevo Papa, que tenía reputación de diplomático y pacificador; la creciente influencia del partido del *Centro,* que no daba ninguna señal de debilidad; el cansancio de los pueblos, e incluso de los funcionarios, le obligaron a confesar: «Tendremos una pequeña Canosa.» Cambiaría la situación a medida que se diese más cuenta de la creciente fuerza de los socialistas y de los *socialdemócratas.* Terminar la guerra mediante una negociación diplomática con el Vaticano le pareció la verdadera solución; contaba con su genio para hallarla.

Mas lo que el gran estadista llamaba cuestiones *jurídicas* no eran para el Papa otra cosa que los principios dogmáticos y disciplinarios fundamentales de la Iglesia. Sobre estos principios el Sumo Pontífice, por dispuesto que estuviese a las negociaciones y por inclinado a recomendar a los católicos la adhesión a los Poderes establecidos, nunca transigía. Su fuerza, plenamente moral, tenía su origen en el principio mismo de su autoridad; se apoyaba en la verdad intangible que la Iglesia encarna y defiende, Bismarck podía hablar en nombre de un Imperio que a la sazón dictaba su ley a Europa, pero sólo apelaba a intereses, variables a merced de las circunstancias, a aliados cuya colaboración dependía de las vicisitudes de la política. La historia de las relaciones del Papado y los potentados más temibles, ya fuesen los Emperadores o los Reyes de la Edad Media, Luis XIV o Napoleón, ¿no demuestra que no pudieron prevalecer contra la conciencia pontificia disciplinada y apoyada por una autoridad de origen divino?

Lo que se ventilaba en la gran lucha de Alemania eran las famosas *leyes de mayo* de 1873, que violaban los derechos esenciales de la Iglesia. De 1878 a 1887 Bismarck se verá obligado a abandonar progresivamente la política

---

(1) Citado por Mourret, t. IX, pág. 221, n. 2.

de represión de las *leyes de mayo;* la armadura bélica será desmontada pieza a pieza. La ley del 29 de abril de 1887 será considerada como la liquidación del *Kulturkampf;* la Iglesia y el Estado ya no estarán en estado de guerra declarada; sin embargo, aún no será la verdadera paz. A partir de 1887 el Canciller tratará de tomar el desquite ganando al Centro Católico para la causa del imperialismo alemán. Tras la muerte del gran Windthorst (1891), a la que siguió un año después la retirada del *Canciller de Hierro,* el Centro, absorbido por las influencias del Poder, arrastrado por el creciente poder del Estado y ebrio, como casi todos los alemanes, por los éxitos del Imperio, dejará de ser un partido de oposición para convertirse en un partido gubernamental. Aun apelando y todo a una «concepción cristiana del mundo», ya no vacilará en colaborar en la consolidación de la hegemonía germánica. Pero aunque Bismarck declarase que el abandono del *Kulturkampf* se debió al interés del Estado, que la paz con Roma sólo se había concebido con miras a obtener el apoyo del Centro para combatir al socialismo, no deja de ser verdad que el fin de la lucha aseguró a la Santa Sede un verdadero triunfo.

Al advenimiento de León XIII, el Príncipe de Bismarck aún se sentía impulsado a la persecución religiosa por la francmasonería, no menos vigorosamente organizada que en Francia, y por el partido Nacional Liberal, inspirado en el racionalismo científico como la primera, que contaba entre sus filas a numerosos adeptos. Al Canciller, como auténtico hombre de Estado, le espantaban sus exigencias; los excesos de Falk, no sin torpeza, le parecían comprometedores. Esperó los acontecimientos para reparar lo que llamaría más tarde «su gran error». Al día siguiente a su elección, León XIII escribió al Emperador Guillermo I una carta pacífica: «Apelamos a la magnanimidad de vuestro corazón para lograr que vuelva la paz y la tranquilidad de las conciencias a los católicos, parte considerable de vuestros súbditos. Éstos, por su parte, no dejarán de mostrarse, como les manda la fe que profesan y con la más concienzuda entrega, deferentes y fieles a Vuestra Majestad.»

El Emperador le contestó el 24 de marzo de 1878 con una carta llena de cortesía —el anciano Soberano era un caballero—, pero en la que manifestaba el deseo, probablemente por influencia del Canciller, de ver a «Su Santidad actuar de suerte que los servidores de la Iglesia, siguiendo en lo sucesivo el ejemplo de la población cuya educación espiritual les está confiada, obedezcan las leyes del país en que viven». León XIII replicó el 17 de abril, yendo derecho al grano, que la premisa de todo acuerdo era la abolición de las *leyes de mayo.* El Gobierno imperial quedó perplejo y reticente. Buscaba un medio de entendimiento sin repudiar de modo formal la funesta legislación, cuando dos atentados —los días 13 de mayo y 2 de junio de 1878— contra el Emperador —fue herido por segunda vez— revelaron el peligro socialista; los mejores elementos de la opinión pública se impresionaron y agitaron.

Nuevamente el Papa escribió al Soberano para manifestarle su simpatía y le reiteró su deseo de ver restablecida la paz religiosa. El Príncipe imperial —futuro Federico III— respondió por sugerencia del Canciller que «no estaba

en su mano, ni quizá en la del Sumo Pontífice, concluir una lucha de principios», pero que estaba «dispuesto a abordar las dificultades con un espíritu conciliatorio, fruto de sus convicciones cristianas». Entretanto las elecciones para el *Reichstag* —30 de julio de 1878— hicieron del Centro el árbitro de la situación. Bismarck se decidió a gobernar con el partido católico. El Congreso de Berlín, que acababa de terminar, había enfriado las relaciones entre Alemania y Rusia, defraudada en parte del fruto de sus victorias sobre Turquía y descontenta de la actitud de Bismarck. Al Oeste, Alsacia-Lorena difícilmente toleraba la dominación alemana. ¿No sería acaso posible a costa de una reconciliación con Roma hacer desaparecer de los países anexionados sus motivos de queja y, por el mismo medio, incorporar a los católicos a la política imperialista? Mientras tanto emisarios católicos oficiosos de Alemania habían dado a conocer a Roma las condiciones en que se podría negociar; el Papa se congratuló de esas disposiciones y alentó los contactos de sus íntimos son personalidades relevantes del Imperio.

El Príncipe de Bismarck deseaba conversar. Durante una cura de aguas en Kissingen, el mismo mes de julio, hizo saber al Nuncio en Munich, Monseñor Aloisi Masella, que se sentiría complacido en conversar con él; León XIII autorizó la entrevista. El Canciller desplegó todos los recursos de esa campechanía y cordialidad calculada que le cosecharon más de un éxito en sus conversaciones diplomáticas. Ya no le importaban las *leyes de mayo;* de creerle, fueron dadas contra su voluntad; tenga la Iglesia un gesto y podrían entenderse. León XIII no se dejó engañar con las vagas promesas. Se invitó al Nuncio a dejar Kissingen y la Santa Sede hizo saber a Berlín por otros medios que únicamente la abrogación de las famosas leyes o, al menos, la garantía formal de que ya no se aplicarían, podría facilitar el punto de partida de las negociaciones. La segunda fórmula, por último, se revelaría la mejor.

A la diplomacia pontificia secundó eficazmente la hábil política del Centro y de su jefe, Windthorst. Al afirmar su íntima comunión de ideas con la Santa Sede, puso condiciones a su colaboración en la lucha contra el socialismo y emprendió una activa campaña contra las leyes escolares de Falk. Éste se defendió hábilmente, demostrando que sus leyes eran demasiado recientes para haber dado ya los resultados nefastos que se les imputaban. Pero con ello había herido a Bismarck y a los conservadores protestantes. Como también el Príncipe tenía necesidad del Centro para llevar a cabo su política aduanera proteccionista, Windthorst, seguro de la aprobación pontificia, supo hacer valer el precio de su apoyo. Un año más tarde Falk presentaba la dimisión.

Fue sustituido por el Ministro De Puttkamer, más moderado, quien prometió que se acentuaría pronto el carácter confesional de la escuela primaria. Pese a todo, ya las *leyes de mayo* habían causado graves daños, pues muchas parroquias no tenían sacerdotes. El Emperador y el Canciller no ignoraban, con todo, que pronto le faltaría al Estado una fuerza moral. Para conjurar este peligro, cuyas consecuencias políticas temían, había que procurar una vez

más ganarse al Centro para la política imperial. En el mes de septiembre de 1879 Bismarck se entrevistó en las aguas de Gastein con Monseñor Jacobini, delegado del Papa. Un mes más tarde las elecciones para el *Landtag* prusiano señalaban un nuevo éxito para el Centro y una derrota de los «nacionales liberales», aliados de Falk. Puttkamer hizo nuevas concesiones, mientras Bismarck trataba de prescindir del Centro y negociar directamente con Roma; luego, al revés, prescindir del Papa para entenderse con el Centro. A principios del año 1880 el amo de Alemania estaba decidido a legislar, por propia iniciativa, «en bien de los súbditos católicos».

El 20 de mayo de 1880 Bismarck presentó, pues, al *Landtag* un proyecto de ley que otorgaba al Gobierno plenos poderes para aplicar las *leyes de mayo*. De hecho, los nuevos textos legislativos estaban redactados con tanta habilidad, que el Gobierno se hallaba en situación de hacer las paces o continuar la guerra contra la Iglesia, a elección suya. Ni los Obispos, ni el Papa, ni el Centro se dejaron atrapar. Se votó en julio el proyecto de ley, pese a la oposición del Centro, pero el celo de los católicos no cedió, y los conservadores protestantes, al sentirse también amenazados por el recrudecimiento del espíritu sectario, se acercaron a los católicos. Ese mismo año se afirmaba un movimiento antisemita dirigido por el pastor Stoecker; los polacos y los alsacianos-loreneses se agrupaban en torno al Centro; el gran ducado de Baden ponía fin al *Kulturkampf* en su territorio, y los católicos renanos se negaban a tomar parte en las fiestas celebradas por la terminación de la catedral de Colonia.

La evolución de la situación impresionaba mucho al anciano Emperador, mientras León XIII y el jefe del Centro la seguían con mirada atenta, dispuestos a sacar partido para la liberación de la Iglesia. El nuevo Secretario de Estado, Cardenal Jacobini, se entrevistó con Windthorst en Viena; los periodistas católicos alemanes se agruparon en una poderosa asociación, y el Centro multiplicó su actividad. En cuanto a Bismarck, siempre obsesionado por la idea de ganarse a todos los partidos para su gran obra de hegemonía, hacía propuestas unas veces al Centro y otras a los socialistas. La reanudación de las conversaciones por carta con el Cardenal Secretario de Estado terminó con un primer resultado: se nombraron vicarios capitulares en las diócesis de Posen, Colonia, Münster, Breslau y Limburgo. Un segundo paso hacia la reconciliación fue, en 1881, el nombramiento de un Ministro plenipotenciario ante el Vaticano en la persona del Barón de Schloezer. Pronto consiguió que Monseñor Korum fuese consagrado Obispo de Tréveris; era la primera vez desde las *leyes de mayo* que Roma y Berlín se entendían para crear un Obispo.

La situación se serenaba y Windthorst, sin dejar de ser firme en los principios, subrayaba que el Centro actuaba con la única preocupación de los intereses religiosos y ahora se podía esperar que estaba a la vista el fin de la lucha. Estaba en lo cierto. El 31 de mayo de 1881 una nueva ley aportaba importantes mejoras a la legislación sectaria y anticuada; en suma, la Iglesia y el Estado reanudaban cierta colaboración en materia de nombramientos

eclesiásticos. León XIII testimonió su reconocimiento al Emperador al mismo tiempo que le pedía terminase la obra iniciada. Guillermo I respondió distinguiendo entre las famosas leyes que podrían revocarse y las que, a su juicio, eran intangibles. La Santa Sede debía contar siempre con un adversario hábil y astuto que jamás cedía a no ser presionado por las necesidades políticas.

Con todo, Bismarck se decidió a dar un tercer paso en el camino de la paz, poniendo como condición, al reanudarse las negociaciones, que cesase toda petición *escandalosa*. León XIII se dirigió de nuevo al Emperador el 30 de enero de 1883 para garantizarle que, si el Gobierno prusiano estaba resuelto a quitar los obstáculos puestos al ejercicio del ministerio y de la formación del clero, no esperaría a revisar las famosas leyes para proveer los puestos vacantes. Entonces el Canciller presentó un proyecto de ley que, sin modificar todavía la legislación de mayo, ampliaba los plenos poderes del Gobierno para aplicarlos con un espíritu de tolerancia. El *Landtag* votó la ley en julio de 1883. El mes de diciembre el Príncipe imperial Federico, al volver de España, fue a Roma y el Padre Santo le recibió en audiencia. Ésta fue cordial, y horas después el Príncipe, en un discurso a la colonia alemana, expresó su alegría por haber conversado con el Jefe de la Iglesia.

MEDIACIÓN DE LEÓN XIII EN EL ASUNTO DE LAS CAROLINAS (1885)

Esta visita fue un acontecimiento. Ocurrió otro, auténtica sorpresa. El 24 de agosto de 1885 una cañonera alemana ocupaba la isla de Yap en el archipiélago español de las Carolinas. Sabido es que las Carolinas y Palaos son dos archipiélagos de la Micronesia, en el océano Pacífico, descubiertos por los españoles en el siglo XVI. Cuentan aproximadamente con quinientas pequeñas islas pobladas por unos mil habitantes de raza malaya, con un elemento papú. El Gobierno español había descuidado desde hacía ciento cincuenta años el sancionar su derecho de soberanía con algún ejercicio real cuando hacia el final del siglo XIX se establecieron en varios puntos factorías inglesas, americanas y alemanas. Era tal la situación, que daba cierta verosimilitud a los que consideraban los derechos de España como caducos y a los dos archipiélagos oceánicos como *res nullius,* territorios sin dueño (1).

Alemania, que gozaba de un prodigioso desarrollo industrial y comercial, habiendo llegado la última al mercado del mundo y a la repartición de los territorios coloniales, puso los ojos en los dos pequeños archipiélagos, en los que los negociantes alemanes reclamaban la protección de la bandera imperial.

---

(1) Según Yves de la Brière, *L'organisation internationale du monde contemporain et la papauté souveraine,* 1.ª serie, 1885-1924, París, 1924, págs. 235-256, así como *La communauté des puissances,* del mismo autor, París, 1932, y el artículo de François Carry, que refiere recuerdos personales, aparecido en *La Liberté* (Friburgo) del 8 de octubre de 1925 con el título de «El arbitraje de León XIII en el asunto de las Carolinas». F. Carry, de Ginebra, era uno de los publicistas mejor informados en asuntos de Roma.

Para conjurar esta sustitución de soberanía, España se decidió a reiterar su toma de posesión; los días 21 y 22 de agosto de 1885 dos navíos de guerra españoles fondearon en Yomil, en la isla de Yap. Unos días antes el Embajador de Alemania en Madrid había anunciado al Gobierno de Su Majestad Alfonso XII la intención del Gobierno imperial de proclamar el protectorado sobre ambos archipiélagos. España protestó inmediatamente por la misma vía diplomática; Bismarck, desde su residencia de Varzin, contestó defendiendo la tesis del carácter irreal de la soberanía española, lo que justificaba la toma de posesión eventual por otros ocupantes.

Mas en tanto los barcos españoles tomaban tranquilamente sus disposiciones para reinstalar su pabellón, el 24 de agosto una cañonera alemana desembarcaba tropas y tomaba posesión de los dos archipiélagos en nombre del Imperio. Los dos Capitanes españoles, quienes contaban con numerosas tropas, se contentaron con protestar en buena y debida forma jurídica. El golpe de mano alemán produjo en Europa un movimiento casi unánime de reprobación; en España se vislumbró, sin temor, la perspectiva de una guerra si el honor castellano no recibía una reparación solemne. Una nota diplomática del 10 de septiembre reivindicó la soberanía española; había que esperar una ruptura.

En Berlín el anciano Emperador y el Príncipe imperial Federico tenían intenciones pacíficas, mientras Bismarck no era hombre que tomase una resolución por un fracaso político y moral; se sentía apoyado por una fracción considerable de la opinión pública, que exigía vigorosamente la expansión colonial y marítima del Imperio. Fue en ese momento cuando surgió la acertada mediación diplomática de León XIII.

La iniciativa correspondió a Bismarck, quien supo explotar las disposiciones que sabía eran las del Gobierno y nación españoles. A decir verdad, las dos potencias rivales estaban algo agitadas por la exasperación del sentimiento nacional y las proporciones que tomaba el conflicto. ¿Era verdaderamente importante la cuestión de las Carolinas para desencadenar una guerra? Había que poder salvar la paz sin sacrificar nada del honor, ni siquiera del amor propio nacional. Si damos crédito a los recuerdos del publicista suizo F. Carry, la idea de recurrir a una mediación pontificia se la habría sugerido al Canciller un artículo del corresponsal berlinés de un periódico romano, quien habría lanzado la noticia sin ser más que una mera suposición por su parte. Por otro lado, un Ministro español, Pidal y Mon, había declarado en septiembre de 1885 que el honor de España no le permitiría nunca aceptar un arbitraje, a no ser el del Sumo Pontífice.

Sea lo que fuere, Bismarck, que gustaba de deslumbrar al mundo, aprovechó la ocasión y bruscamente, según su costumbre, hizo una declaración en tal sentido al Embajador de España en Berlín. Le declaró que deseaba acudir al arbitraje del Padre Santo, «cuya justicia e imparcialidad inspiraban la mayor confianza». El Gobierno español acogió la idea con entusiasmo y rogó al Nuncio en Madrid, Monseñor Rampolla, futuro Cardenal Secretario de Estado, se la comunicase a León XIII y al Secretario de Estado, Cardenal Jacobini. El 22

de septiembre el Nuncio en Madrid advertía telegráficamente al Vaticano; al otro día el Embajador de Alemania preguntaba al Cardenal Jacobini si el Papa aceptaría el papel que se le ofrecía, y el 25 León XIII notificaba su aceptación, en principio, a ambos Gobiernos. «Parecía que el curso de la Historia retrocedía varios siglos para ver surgir un principio de pacificación cristiana mediante el reinado del Derecho en el orden internacional.» Pero en ninguna parte como en el Quirinal se acentuó más el mal humor y en Madrid y, especialmente en Berlín, se llevaron a cabo intervenciones más o menos discretas y más o menos fuertes para que se desistiese del proyecto de arbitraje o de mediación de la Santa Sede.

España impuso, y fue aceptado por Alemania, el proyecto de una *mediación* más que un *arbitraje*. «El mediador se interpone amistosamente entre los Estados rivales, procura que acepten ciertas propuestas comunes, les induce así a concertar juntos un acuerdo pacífico. El árbitro ha de ser reconocido juez del litigio, avoca la causa a su tribunal, pronuncia una sentencia a la que deberán someterse las partes litigantes.» La Santa Sede prefería el papel de *mediador;* el arbitraje la habría obligado a responsabilizarse con los artículos del futuro protocolo, en el que habría sido delicado comprometer la autoridad moral del Papado.

A partir del 2 de octubre una nota diplomática del Cardenal Jacobini determinaba con claridad meridiana las bases sobre las que, en consideración al augusto mediador, ambas partes litigantes consentirían en concertar el acuerdo: reconocimiento de los derechos históricos de soberanía de España sobre ambos archipiélagos; necesidad de un ejercicio efectivo de esta soberanía, cuya falta dio aspecto plausible a la tesis germánica; concesión a Alemania por España de privilegios apreciables para el comercio y la navegación en los archipiélagos de Carolinas y Palaos.

El 17 de noviembre de 1885, la conclusión de las negociaciones fue el protocolo firmado en Roma por el Marqués de Molíns, Embajador de Su Majestad Católica ante la Santa Sede, y el Barón de Schloezer, Ministro plenipotenciario de Su Majestad el Rey de Prusia ante la Santa Sede. En él se recordaba que las negociaciones se habían llevado adelante «por la mediación de Su Santidad el Papa aceptada por ellos» y «habida cuenta de las propuestas que Su Santidad hizo para servir de base a su entendimiento». El incidente había terminado. El 15 de enero de 1886, en la alocución en consistorio *Etsi res de qua dicere volumus*, el Papa subrayaba: «Este resultado hay que atribuirlo a la virtud saludable y benéfica que el mismo Dios incluyó, al crearla, en la potestad de los Sumos Pontífices y, más fuerte que la envidia de sus enemigos y la iniquidad de los tiempos, nunca se destruye ni altera.»

Los resultados de la mediación pontificia no fueron mínimos. Se salvaguardó la paz europea, zanjándose con una solución justa la controversia hispanogermánica. España conservó hasta 1898 su derecho de soberanía sobre los dos archipiélagos. Vendió este derecho a Alemania tras la pérdida del Imperio colonial español después de la infausta guerra con los Estados Unidos

de América. Las Carolinas y Palaos fueron arrebatadas a Alemania por el Japón en el transcurso de la guerra de 1914-1918 y el Imperio del Mikado siguió en su disfrute en forma de un *mandato* de la Sociedad de Naciones; desde entonces se ha arrogado la soberanía.

Desde el punto de vista político, la mediación pontificia tuvo como consecuencia indirecta contribuir a liquidar el *Kulturkampf* y al retorno progresivo de la pacificación religiosa en Alemania. Con el propósito de laborar por la paz, el Papa escribió el 31 de diciembre una carta elogiosa al Príncipe Bismarck, a la que el Canciller contestó el 13 de enero de 1886. Sin asumir ningún compromiso relativo a la Cuestión Romana ni a los asuntos religiosos de Alemania, rindió un significativo homenaje a León XIII, que tuvo considerable repercusión. Para reconocer la soberanía personal del Papa, no le otorgaba el título religioso de «Muy Augusto Pontífice» —usado por los Príncipes no católicos en lugar de «Santísimo Padre»—, sino el calificativo imperial o real de *Sire*, de transcendencia que nadie ignoraba.

El prestigio moral de la Santa Sede fue el resultado más seguro de la mediación. Desde entonces, especialmente, fue cuando León XIII ejerció en el orden de las relaciones internacionales y en la opinión pública de Europa «ese brillante y benéfico papel que es uno de los grandes recuerdos de su Pontificado». Prueba de ello fue la brillantez incomparable de las fiestas del jubileo sacerdotal del Papa en 1887-1888. Precisamente en esos años se había hecho realidad la pacificación religiosa en Alemania.

Algunos días antes de la hábil respuesta de Bismarck, el 6 de enero de 1886, el Papa había dirigido al episcopado prusiano una carta —*Jampridem Nobis*— en la que declaraba de nuevo que la única base de acuerdo con el Estado era la abrogación de las *leyes de mayo*. Se declaraba dispuesto a entablar negociaciones con el Gobierno prusiano en espíritu de conciliación. Guillermo I, por su parte, manifestaba su deseo de entendimiento llamando a la Cámara de los Señores *(Herrenhaus)* a Monseñor Kopp, Obispo de Fulda, futuro Cardenal. Bismarck se decidió a nuevas concesiones, que presentó como resultado de su buena disposición cuando en realidad cedía ante la tenacidad de León XIII y del Centro. No por ello dejó de obtenerse un feliz resultado. El 21 de mayo de 1886 se promulgaba una ley estableciendo una primera revisión de las *leyes de mayo*. Como ha ocurrido frecuentemente en la historia parlamentaria y diplomática de todos los países, la criticaron los dos extremos: algunos liberales vieron en ella una capitulación de Prusia ante Roma; algunos católicos, un éxito demasiado insignificante.

Fiel a su política de pacificación, León XIII fue más lejos todavía. Sin dejar de reconocer al Centro la libertad respecto a las directrices pontificias para las leyes no eclesiásticas, obligó a sus jefes a votar la ley de ampliación de los efectivos del Ejército, llamada el *septenio militar*, pues valía para siete años. El Emperador negoció con el Papa para vencer la oposición del Centro. En la votación del 11 de marzo de 1887, exceptuados siete Diputados de noventa y ocho, el Centro se negó a votar el *septenio* que, por otra parte, obtuvo

la mayoría en las Cámaras. León XIII no censuró lo más mínimo al partido católico y Bismarck, al haber conseguido el voto que deseaba, tampoco exteriorizó su descontento; aún necesitaba del Centro para otras leyes. Comprendiendo que el *Kulturkampf* perjudicaba la unidad del Imperio, el Gobierno prusiano sometió a aprobación una segunda ley que revisaba las de mayo de 1873. Fue promulgada el 29 de abril de 1887 y abría otra vez Prusia a las congregaciones que tuviesen una misión de caridad, contemplativa, pastoral o misionera.

León XIII había confiado a Monseñor Galimberti, enviado extraordinario a Berlín con ocasión del jubileo del anciano Emperador, que sondease al Canciller sobre la revisión de las leyes y le preguntase qué pensaba del papel que el Sumo Pontífice podría desempeñar en la solución de los asuntos europeos y, especialmente, si una acción de esta naturaleza podría considerarse a propósito de Alsacia-Lorena. Tal pensamiento no podría sorprender por parte de León XIII que amaba a Francia, y a quien impresionaba sobremanera la potencia alemana. Soñaba con una reconciliación entre ambos adversarios. Si lograba un arreglo justo del asunto Alsacia-Lorena, siempre irritante, Francia y Alemania, reconciliadas y unidas a la Santa Sede, podrían inducir a Italia a devolver Roma o, por lo menos, una porción de territorio que habría constituido un minúsculo Estado pontificio.

El enviado papal celebró entrevistas con Guillermo I, la Emperatriz Augusta —a quien Bismarck reprochaba sus simpatías francesas y católicas— y el Canciller. Galimberti tuvo que defender a los jesuitas ante el terrible hombre de Estado, así como la causa de los polacos súbditos alemanes. Se trató de una neutralización de Alsacia-Lorena, que Bismarck declaró imposible; si hemos de creerle, era demasiado tarde. La fórmula que se elegiría para la vuelta de las Órdenes religiosas se discutió con el Ministro de Cultos, Gossler (1). La ley del 29 de abril de 1887 fue el resultado de tales negociaciones; era más o menos el fin del *Kulturkampf*. La noticia provocó en la Alemania católica una alegría muy comprensible, que compartieron los católicos de todo el mundo. Se celebraron oficios solemnes; los sacerdotes y religiosos desterrados o expulsados de su patria pudieron regresar libremente, excepto los jesuitas, quienes hubieron de esperar hasta 1903. En esta fecha una nueva ley autorizó su retorno, si bien permitía expulsarlos si fuesen extranjeros y prohibirles o imponerles la permanencia en ciertos distritos si fuesen alemanes. En el consistorio del 23 de mayo de 1887, León XIII expresó su satisfacción por los resultados obtenidos gracias a la cooperación de los católicos y a la asistencia de Dios, «consolador y vengador de su Iglesia».

No obstante, el Padre Santo no tardaría en sufrir una nueva decepción. Crispi, que alcanzó el Poder, celebró un encuentro con Bismarck en Friedrichsruhe, en el mes de septiembre de 1887 —se renovó la Triple Alianza dicho año— y pronto fue notorio que la entrevista de ambos estadistas tenía

(1) Sobre estas conversaciones, véase el libro citado de Crispolti y Aureli.

por objeto una solución de la Cuestión Romana conforme a los deseos del Gobierno italiano.

A Guillermo I, fallecido en 1888, sucedió su hijo Federico III, quien aquejado de un mal incurable sólo reinó tres meses; le sucedió su hijo Guillermo II, ocupante del trono de 1888 a 1918. Con motivo del fallecimiento de Guillermo I, el Padre Santo envió una embajada extraordinaria a Berlín, integrada por los Monseñores Galimberti y Merry del Val, Prelado español muy distinguido, futuro Secretario de Estado de Pío X. Cuando su entrevista con el Príncipe imperial, luego Guillermo II, éste desplegó sus talentos de seducción, no sin resultado, para conquistar al primer delegado pontificio. Con Bismarck se trató del viaje de Crispi a Alemania en el año precedente. El Ministro italiano se había quejado de que Galimberti hubiese suscitado la Cuestión Romana con motivo de las fiestas jubilares de Guillermo I. A las propuestas del enviado del Papa, respondió el Canciller que había que dejar hacer al tiempo y que cada día trae su propio afán. Añadió que, si la revolución estallase en Italia, y provocase la instauración de una República, intervendría para restablecer el Poder temporal y, quizá, el reino de Nápoles y el gran ducado de Toscana (1).

El joven Guillermo II —había nacido en 1859—, al tener que visitar al Rey Humberto, había solicitado una audiencia del Papa. León XIII, deseoso de hablarle con el corazón en la mano de la política religiosa de Alemania y de las maniobras de Bismarck y de Crispi, consintió de buen grado en recibirle. Mas en el momento en que el Pontífice iba a tratar esta cuestión, se abrió la puerta del despacho pontificio para dejar paso al Príncipe Enrique de Prusia, hermano del Emperador, y al Conde Herbert de Bismarck, hijo del Canciller. Era ignorar por completo —a no ser que se hiciera a propósito— el protocolo y las costumbres. El Papa pronunció todavía unas palabras para recomendar a los católicos alemanes a la benevolencia de Guillermo II, y terminó la entrevista. Poco tiempo después un telegrama de Bismarck a Crispi indicó el sentido del viaje que el Soberano hizo a Roma: sellar la alianza de dos grandes naciones.

Sean las que fueren las razones de alta política que motivaron el estrechamiento del pacto germano-austro-italiano —se había agravado en 1887 la situación europea con un recrudecimiento del antagonismo francoalemán y la efervescencia en los Balcanes— León XIII, muy sensible, no olvidaría el desenfado con que se trató a la persona del Sumo Pontífice. Los sentimientos que ello le provocaron, compartidos por el Cardenal Rampolle, Secretario de Estado, no dejaron, probablemente, de influir en su orientación hacia Francia.

Pronto empeorarían las relaciones entre el joven Emperador y el viejo Canciller: el primero quería ser Primer Ministro de sí mismo; el segundo estaba habituado, desde hacía veinte años, a ver que todo el mundo se doblegaba ante él. No nos hemos propuesto en esta obra exponer los diversos mo-

(1) Hayward, o. c., pág. 195.

tivos que pronto los dividieron profundamente. El 20 de marzo de 1890 Bismarck se retiraba de la vida pública; comenzaba un *nuevo rumbo* —dicho en expresión naval querida de Guillermo II— para la política del Imperio, que tendría repercusiones profundas en la Historia del mundo. Un año después, el 19 de marzo de 1891, se extinguía Windthorst, el gran jefe del Centro, quien luchó con indomable coraje por la libertad de la Iglesia. Los católicos alemanes acababan de celebrar su nonagésimo aniversario y León XIII, para asociarse a los homenajes, le había enviado la gran cruz de la Orden de San Gregorio. En su lecho de muerte el noble anciano recibió otra prueba de la simpatía eficaz del Sumo Pontífice: su bendición apostólica en el umbral de la eternidad. Al comparar el destino del héroe católico caído en el campo de batalla —víctima de un ataque en pleno Reichstag— con el de Bismarck, su terrible adversario, un publicista francés escribía entonces, no sin razón: «Windthorst ha muerto y vive: Bismarck vive y ha muerto» (1). El *Canciller de Hierro*, caído en desgracia, quien no cesaba de tascar el freno, le siguió al sepulcro el 31 de julio de 1898; tenía ochenta y tres años. Con la desaparición de ambos hombres de Estado, quienes habían encarnado dos concepciones opuestas del mundo, acababa de cerrarse una fase decisiva de la historia de Alemania y de Europa. Ni uno ni otro tuvieron sucesores de su talla.

El Emperador alemán, preocupado por ejercer una política personal, no trató de perseguir a los católicos, sino de atraerlos al Poder imperial y a la grandeza del Imperio. Aún había que realizar progresos en el modo de tratar a la Iglesia. Asociaciones hostiles al catolicismo, como la Liga Evangélica, se esforzaban en combatirla, y la burocracia prusiana, totalmente en manos de los protestantes, estaba prohibida a los adeptos de la fe romana. El Emperador intentó conseguir su propósito situándose en el terreno social y se jactó de estar «en perfecta comunión de ideas y de principios con Su Santidad León XIII sobre la cuestión obrera». El Papa se había preocupado siempre mucho de las cuestiones sociales —expondremos su obra en otro capítulo—, pero no creyó poder aceptar el ofrecimiento que le hizo Guillermo II de estar representado en la conferencia internacional convocada en Berlín bajo los auspicios del Emperador en 1890.

La historia de esta conferencia es lo bastante instructiva como para recordar aquí sus principales peripecias. Está en correlación con las medidas represivas de Bismarck contra los socialistas, el antagonismo entre el Canciller y el Emperador, el grave incidente germanosuizo —conocido con el nombre de *Affaire Wohlgemuth*, e incluso con la retirada del Canciller (2). La policía imperial alemana había enviado a Suiza como agente provocador y espía al Inspector policiaco del mismo nombre —ironía de las palabras— para vigilar

---

(1) Víctor Cherbuliez, de origen genovés, en la *Revue des Deux Mondes* del 1 de abril de 1891, pág. 679. Firmaba con el seudónimo de Jean Valbert crónicas que apreciaban mucho los lectores de la gran revista.

(2) *Dictionnaire historique et biographique de la Suisse* (palabra: *Allemagne*), t. I, páginas 178-179.

los manejos de los socialistas alemanes. Fue detenido, y Suiza, segura de su derecho, no se doblegó ante las amenazas de Bismarck, que exigía su puesta en libertad; el Inspector fue al fin expulsado en 1889. Todo el país se había puesto al lado del Consejo Federal, en el que Numa Droz dio pruebas de una notable firmeza. Pronto tuvo Bismarck ocasión de mostrar su resentimiento. El mismo año, al continuar un proyecto ya formulado ocho años antes, el Consejo Federal invitó a los Estados industriales a estar representados en Berna en una conferencia que examinaría la oportunidad de un acuerdo internacional sobre la reglamentación del trabajo y la protección a los obreros. Al surgir entre tanto el *Affaire Wohlgemuth*, el Consejo Federal decidió aplazar la conferencia. La cuestión se reanudó en 1890, y el 5 de febrero se dirigió a los Gobiernos una invitación. El mismo día Guillermo II convocaba en Berlín una conferencia análoga; Bismarck, hostil al proyecto, ocultó la invitación suiza a su Soberano. Por cortesía, el Gobierno suizo se inclinó ante el Emperador. Este incidente no dejó de influir en la situación del Canciller ante Guillermo II, quien el 19 de marzo le pidió la dimisión, que presentó el viejo servidor al día siguiente.

Al declinar con mucha deferencia la invitación imperial, el Papa quiso, simplemente, acentuar las condiciones que la Santa Sede podría aceptar para una colaboración eficaz con el Emperador. «El sentimiento religioso —decía en su respuesta— es el único capaz de garantizar toda la eficacia de las leyes, y el Evangelio es el único código en el que están consignados los principios de la verdadera justicia y de la verdadera caridad. Ahora bien, es misión de la Iglesia difundir estos principios en todo el mundo.» La conferencia se celebró y preparó los caminos con vistas a medidas acertadas para la clase obrera. Por otra parte, Alemania había sido una auténtica iniciadora en materia de seguros sociales, y sus leyes protectoras de los trabajadores contribuyeron eficazmente a realizar la unión de la nación en torno a su Jefe y a reforzar su poder en constante auge.

Tras la muerte de Windthorst, el Centro se orientó cada vez más hacia la colaboración con el Gobierno imperial, aunque también en la política general, y no siempre reveló suficientemente las restricciones que se imponían a veces. En adelante la unidad alemana era inquebrantable y todos los partidos adictos a la *Weltpolitik*. Guillermo II protestaba respeto por el Jefe Supremo de la Iglesia. Todavía fue dos veces a Roma —en 1893 y en 1903— con gran solemnidad. Su segundo viaje —3 de mayo de 1903— se anticipó muy poco a la muerte de León XIII. Ya el *Kulturkampf* no era entonces más que un «lejano y desagradable recuerdo», y los católicos alemanes habían conquistado en su país, tras las largas luchas mencionadas, un puesto de primera fila.

El Sumo Pontífice aún tuvo el consuelo de ver cómo mejoraba lentamente la situación religiosa en varios Estados alemanes, en los que el espíritu del *Kulturkampf* o el febronianismo no habían hecho más que propagar sus efectos durante demasiado tiempo: Baviera, Baden, Wurtemberg, Sajonia, Hesse-Darmstadt. En Alsacia-Lorena siguió vigente el concordato francés de

1801 después de la anexión. Los Gobernadores del «país de imperio» no aplicaron, en lo posible, las leyes del *Kulturkampf* y pronto la libertad religiosa fue aquí mayor que al otro lado de la frontera, en la que arreciaba la política anticlerical de la República. «Así, durante los veinticinco años de su Pontificado, el gran Papa conciliador y pacificador no cesó de luchar por defender los derechos de la Iglesia en Alemania... Un gran Papa —León XIII—, un defensor intrépido de la Iglesia —Windthorst— supieron demostrar que entre el espíritu y la fuerza bruta siempre termina prevaleciendo el espíritu» (1).

LA SANTA SEDE Y LAS OTRAS POTENCIAS

Las directrices que León XIII daba al mismo tiempo a las Iglesias de Austria, de los países ibéricos, Bélgica y Suiza y, en general, a todas las Iglesias del mundo, revelan la misma unidad que en Italia, Francia y Alemania. Por doquier hallamos, según la expresión de uno de sus biógrafos, «ese maravilloso maridaje de rigidez y flexibilidad, de condescendencia y firmeza, de rectitud y habilidad de donde emerge la gran idea maestra del Pontífice: hacer que todo convergiese en el triunfo moral de la Iglesia para el mayor bien de la humanidad».

Austria-Hungría causaba muchas preocupaciones al Sumo Pontífice. El trágico destino de la doble monarquía estaba como inscrito en la constitución étnica y política de este Estado, en el que veinte millones de alemanes y magiares, que se habían hecho los amos por el compromiso *(Ausgleich)* de 1867, discutían sus derechos a veinticinco millones de eslavos. Habría que rehacer aquí toda la historia de la monarquía de los Habsburgos, que únicamente el federalismo hubiera podido salvar, para comprender las dificultades que surgían continuamente y se planteaban a sus Gobiernos y al Jefe de la Iglesia.

La unidad de fe católica aparecía como el medio más eficaz de realizar y perpetuar la unidad nacional, y el elemento eslavo era, a los ojos del Papa, más apto que el germánico para realizar dicha unidad. «El elemento germánico estaba expuesto a ser absorbido más pronto o más tarde por la Prusia luterana, mientras el elemento eslavo, bajo el impulso de un gran Obispo como Strossmayer, era capaz de irradiar el catolicismo sobre los hermanos separados de Grecia y de Rusia» (2). Tal fue la idea rectora de la encíclica *Grande Munus*, del 30 de septiembre de 1880.

Esta solicitud no tuvo nada de exclusivista; la simpatía que León XIII testimonió a los húngaros es la prueba. La carta encíclica al pueblo húngaro del 12 de agosto de 1886 —ducentésimo aniversario de la liberación de Buda sitiada por los turcos— recordó el papel de la religión y del Papado en la

---

(1) Hayward, o. c., pág. 204.
(2) Mourret, o. c., t. IX, pág. 251.

historia del reino fundado por San Esteban. Como lo haría en 1891 con Austria, el Padre Santo se vio obligado a manifestar el deseo de que se reformasen las leyes hostiles a la Iglesia respecto al matrimonio, la escuela, los seminarios y el clero en general. Austria-Hungría, en la Triple Alianza, iba a la zaga de Alemania, y la monarquía bicéfala, sea en Viena, sea en Budapest, se había conformado con las ideas de Bismarck y hecho su *Kulturkampf*, la que, con ser menos violenta y brutal que la prusiana, no por ello dejaba de revelar las influencias que profundamente se ejercían en la corte.

Viena estaba dominada por diversas influencias, todas hostiles a la Iglesia. Al viejo josefismo, cuya política inspirada en el siglo de las *luces* expusimos en el volumen anterior, se añadían las de la francmasonería, del germanismo a la prusiana y del judaísmo con conexiones internacionales. La monarquía de los Habsburgos se proclamaba católica, y Francisco José lo era de corazón. Mas parecía que sólo procuraba reclamar el privilegio de inmiscuirse en todas las cuestiones eclesiásticas para sustraerse a sus deberes para con la Iglesia; la pompa de las manifestaciones públicas no engañaba a la Santa Sede ni a los observadores atentos de la vida y de la sociedad austriacas. La ley de 1894 sobre el matrimonio civil, que debía preceder a la unión religiosa, demostró que el Soberano cedió a la presión de las influencias hostiles al catolicismo. Lo cual no quiere decir que el episcopado y el clero austriacos hubiesen permanecido sordos al llamamiento del Papa, quien tendía a renovar las costumbres cristianas y a luchar contra la legislación laica. Pero quedaba mucho que hacer a fin de renovar la sociedad y el espíritu de las leyes.

Está demostrado que los principales cabecillas de la campaña contra la Iglesia eran judíos muy poderosos en la prensa, la hacienda y la corte. Para luchar contra ellos, el Príncipe Aloys de Lichtenstein y el doctor Lueger, apelando a las doctrinas sociales del Barón de Vogelsang, fundaron el partido Cristiano Social, que terminó por conquistar a viva fuerza la municipalidad de Viena. La Santa Sede se hizo defensora de este movimiento democrático, al que se oponía la mayor parte de la aristocracia y de la alta burguesía. En diversas ocasiones, finalmente, los defensores del germanismo, quienes sólo pensaban en absorber a Austria en el Reich alemán, se esforzaron por soliviantar a los austriacos contra el Papa al famoso grito de *Los-von-Rom-Bewegung!* Los acontecimientos, que se acercaban a pasos agigantados al término del Pontificado de León XIII, demostrarían que el peligro para la doble monarquía no venía de Roma.

Suiza.—El advenimiento de León XIII, el fin del *Kulturkampf* en Alemania y la entrada en el Consejo Federal de hombres más conciliadores, tales como Luis Ruchonnet, De Vaux, trajeron asimismo la pacificación religiosa en Suiza. El conflicto concluyó en las diócesis de Lausana, Ginebra y Basilea. En la primera, Monseñor Mermillod fue nombrado Obispo en 1883, tras un acuerdo de la Santa Sede con el Consejo Federal y los Gobiernos cantonales. En la segunda fue el nombramiento de Monseñor Fiala como sucesor de Mon-

señor Lachat, quien había renunciado a sus funciones para asumir las de administrador apostólico de Tesino. En 1888, por último, un convenio entre el Gobierno Federal y la Santa Sede zanjó la cuestión pendiente, desde hacía mucho tiempo, de un obispado tesinés. Tesino fue erigido en diócesis, pero incorporado canónicamente *(aeque et principaliter)* a la diócesis de Basilea, cuyo Obispo llevaría el título de Obispo de Basilea y de Lugano. Por consiguiente, la diócesis de Lugano fue regida por un administrador apostólico con carácter episcopal, nombrado por la Santa Sede de acuerdo con el Obispo de Basilea y dependiente, de modo directo, de la Santa Sede. El futuro Cardenal Ferrata desempeñó un papel muy importante en estas negociaciones, como ha referido en sus *Memorias,* precioso documento para nuestra historia contemporánea.

En *España* las divisiones de los católicos preocuparon más a León XIII que la acción de los partidos anticristianos. A intransigentes y liberales el Papa les dio como consigna unirse en el terreno de la acción social. Los primeros habían llegado incluso a atacar con vehemencia al Nuncio, Monseñor Rampolla, futuro Cardenal Secretario de Estado. Los segundos fueron muy afectados por el retorno al catolicismo de uno de sus jefes, Emilio Castelar, a quien los acontecimientos habían hecho comprender el alcance, para la civilización, del conflicto entre la Iglesia y el siglo.

En *Bélgica,* de régimen democrático y parlamentario, el Papa tuvo que combatir dos peligros: las divisiones de los católicos y la persecución masónica dirigida por ciertos liberales, como Frère-Orban, quien había laicizado la enseñanza. Tras un corto período de luchas, los elementos liberales moderados y los católicos recuperaron la ventaja y aseguraron a la valerosa nación belga instituciones respetuosas con los derechos de la Iglesia y del Estado. Después de la publicación, en 1891, de la encíclica *Rerum Novarum* sobre la cuestión social, el Papa se esforzó por restablecer la unión entre los conservadores y demócratas cristianos pidiendo se aplicase íntegramente la carta pontificia sobre los derechos y deberes respectivos del trabajo y del capital. Bélgica emprendería el camino de las reformas sociales para ser, gracias a la Universidad de Lovaina, uno de los más luminosos focos del pensamiento cristiano.

En el punto a donde hemos llegado de la Historia, tan fecunda en resultados excelentes o nefastos para la Iglesia y para los Estados, no está de más «tomar la altura», como dicen los marineros, y destacar lo que podríamos llamar el gran pensamiento de León XIII. De él se deduce a las claras una verdad olvidada con harta frecuencia: la importancia del papel del Papado y del hecho religioso, incluso para hombres de Estado y pueblos que se habían jactado de eliminarlos de sus cálculos.



La plaza de San Pedro con la basílica de San Pedro. Roma.
Fotografía Zentrale Farbbild Agentur. Dusseldorf

«Si alguna vez una sociedad humana logra que la Iglesia, ajena a los conflictos de los gobernantes, se encierre en su obra de perfección espiritual, será una sociedad en la que los Gobiernos, respetuosos también de sus límites, dejarán a la Iglesia la libertad de su acción religiosa. No fue éste el mundo en que vivió León XIII» (1). El gran Papa, extinguido en el momento en que Alemania había recuperado la paz religiosa, objetivo constante de los esfuerzos del Padre Santo, cuando Francia llegaba al paroxismo en la lucha contra la Iglesia, buscó la paz en todo. A todos hizo propuestas, ya para disipar la desconfianza hacia el Papado y el catolicismo, y para deshacer el temor —que existió en más de un país— de una solidaridad entre el catolicismo y los Gobiernos impopulares, ya, finalmente, para deshacer la acusación de que la Iglesia es enemiga necesaria y perpetua de toda libertad humana. Pero al mismo tiempo, al presentarse en nombre de Dios como la verdad, se había visto obligada a pedir a los hombres la obediencia sin reservas a las leyes divinas. Afirmaba también la necesidad de que el Papado sea libre en el país donde reside y gobierna; que su soberanía territorial ha sido establecida y sólo el universo católico es, por consiguiente, competente para determinar qué garantías pueden asegurar la libertad de su Jefe.

Asimismo, pareció a León XIII que se formaba, al principio de su Pontificado, una agrupación de potencias temibles contra el Papado. Creyó discernir en la Triple Alianza una preponderancia militar de pueblos convertidos en un solo ejército, pues Italia había vinculado su fortuna al bloque de Europa Central y logrado una adhesión de Gobiernos a la toma de Roma. El Papa vio en el acuerdo entre Francia y Rusia, de una parte, y en la transformación de Austria, de otra, los medios de equilibrar esta preponderancia. Puso su influencia al servicio de estos cambios, que preparaban la situación general de Europa y el estado interno de la monarquía austrohúngara. Sobre Austria era sobre la que tenía mayor influencia. Al tratar de demostrar a la monarquía de los Habsburgos que la docilidad a la preponderancia germánica, el abandono del Papado a Italia, el mantenimiento del compromiso austrohúngaro y la desigualdad política de los eslavos en Austria constituían peligros para la larga tradición católica que encarnaba, había procurado consolidarla y desintegrar el bloque considerado temible para la acción del Papado. Los esfuerzos de León XIII para apoyar a Viena contra el movimiento de *Los-von-Rom-Bewegung!*, medio indirecto para absorber a Austria en Alemania, para ayudar a los eslavos católicos del Imperio a defender sus derechos y a los socialcristianos de la capital a luchar contra la plutocracia judía, no habían tenido otra finalidad, y nadie se llamó a engaño.

En Francia es conocido el vigor con que el Papa actuó para decidir a los católicos a una aceptación leal del régimen republicano. Sin embargo, fue en Francia donde resultó mayor la oposición a la política de la que el país sacó mayor ventaja, y quienes mejor comprendieron el propósito pontificio fueron

(1) Artículo de E. Lamy, citado en el capítulo precedente, pág. 799.

los que temían su éxito. Los republicanos moderados habrían debido apoyar la acción del Papa para escapar a la influencia del ala izquierda radical y socialista y los católicos para asegurarse su justa participación en la vida política. La obra nefasta de los socialistas, árbitros de la situación a raíz de las elecciones de 1898 y de 1902, por la lucha de clases y la sospecha, que se hizo recaer sobre el Ejército, contribuyó más que cualquier otra a la desintegración de la potencia francesa. Un internacionalismo agresivo, que minaba la política exterior, cuyas consignas eran seguidas con harta fidelidad, arruinaban el prestigio y la fuerza de Francia, que el Papa había querido consolidar. La Revolución internacional y anticristiana trabajó por manos francesas en el debilitamiento de Francia.

No obstante, está lejos de nosotros concluir precipitadamente que el fracaso de León XIII se deba a un error por su parte. «Allí donde hubo lucha, para juzgarla hay que conocer, no sólo sus resultados, sino su causa (1). Más de una vez tenían razón aquéllos a quienes los resultados demostraron estar equivocados. Esta superioridad del derecho sobre los acontecimientos se reconoce especialmente en la vida del Papado, inmortal vencido por los hechos que condena y acostumbrado a llevar a través de las derrotas la obstinación de una verdad que les sobrevive.»

LAS IGLESIAS SEPARADAS

La obra del Pontificado de León XIII ha podido ser definida con una sola fórmula que la expresa por completo: promover la verdadera civilización. Las páginas consagradas a su obra política demostraron la exactitud de esta expresión. Pero las eminentes cualidades del hombre político no deben dejar en la sombra otros aspectos de su labor. En las manifestaciones múltiples de su acción y en todos los dominios descubrimos siempre la preocupación del gobierno del mundo para que triunfe el reinado de Cristo. Ahora hemos de tratar de dar una visión de conjunto de la acción pontificia en sus relaciones con las Iglesias separadas, las misiones y los actos realizados por el Pontífice o por su inspiración para desarrollar la vida cristiana. Finalmente, al referir sus esfuerzos en secundar el progreso del movimiento intelectual y resolver la cuestión social, habremos terminado de demostrar la irradiación de León XIII. Examinar todos esos hechos animados de una piedad ardiente, que sostuvo y vivificó toda su obra, será el tema de los dos apartados siguientes.

Inglaterra.—Uno de los primeros actos de León XIII fue completar el restablecimiento de la jerarquía católica en Inglaterra, iniciada por Pío IX confiriendo la púrpura cardenalicia a John Henry Newman, fundador y superior del Oratorio de Birmingham, antiguo jefe, con Pusey, del movimiento de

---

(1) Ibíd., pág. 834.

Oxford. A un inglés de alta alcurnia, recibido en audiencia por el Papa algunos años más tarde, al pronunciar el nombre de Newman, León XIII le dijo radiante: «¡*Mi* Cardenal! Siempre le tuve veneración. Estoy orgulloso de que me haya sido dado honrar a tal hombre.» Hacía a la sazón medio siglo que Newman era católico y el catolicismo había hecho grandes progresos en las Islas Británicas. El innato liberalismo del pueblo inglés había logrado que pasase la libertad religiosa a las costumbres, y las leyes ya sólo pedían a los católicos que fuesen leales súbditos de Su Graciosa Majestad.

No por ello dejaban de subsistir obstáculos, que se oponían a la reanudación de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y el Reino Unido, interrumpidas desde hacía tres siglos. Uno de ellos eran los sentimientos de la Reina Victoria, más inclinada hacia el presbiterianismo que hacia la Alta Iglesia Anglicana. Existían otros inherentes a la misma índole del catolicismo inglés y al problema irlandés, aún no resuelto desde la edad heroica de O'Connell. Con motivo de nuevas agitaciones en Irlanda, el Papa dirigió el 3 de enero de 1881 una carta apostólica al Arzobispo de Dublín sobre la necesidad de la moderación, la preocupación por la justicia y la obligación de la legalidad; en ellas condenaba el *fenianismo* de Parnell como viciado de espíritu revolucionario. La Reina Emperatriz quedó muy conmovida por este gesto y correspondió acreditando un agente oficioso en Roma.

Es entonces cuando el Cardenal Manning, favorable a las reivindicaciones políticas y sociales de los irlandeses, desautorizó la iniciativa diplomática del Sumo Pontífice. «¡La Iglesia Católica en el mundo de lengua inglesa —afirmaba— representa, no a las cortes, sino al pueblo, y su independencia frente a todos los Poderes civiles constituye su fuerza!» No entraba, desde luego, en las intenciones de León XIII —el Papa *social* por excelencia— no tener en cuenta los intereses del pueblo; trataba únicamente, en esta ocasión, como en tantas otras, de no contraponer tales intereses a los Poderes establecidos. No había llegado la hora de reanudar las relaciones diplomáticas, y sólo durante la guerra mundial de 1914-1918, bajo el Pontificado de Benedicto XV, fue cuando el Gobierno de S. M. Británica creó ante el Vaticano una legación, subsistente desde entonces.

Los acontecimientos de Irlanda seguirían reteniendo la atención del Papa. El Cardenal Manning había alentado —como acabamos de ver— el movimiento autonomista en favor del *Home Rule*, dirigido por Parnell, quien no retrocedía ante las maniobras demagógicas condenadas por León XIII. Volvió sobre este punto el 24 de junio de 1888 en la carta *Saepe nos*, insistiendo en el deber de los católicos de no violar el derecho natural, incluso para conseguir el triunfo de las legítimas aspiraciones. Especialmente condenó el boicoteo a las autoridades británicas, que daba lugar a lamentables violencias, si bien eran explicables por el rigor de las leyes inglesas en Irlanda. La firmeza del Padre Santo frente a los excesos de los patriotas irlandeses no le impedían en absoluto, por otra parte, felicitar a los habitantes de la *Verde Erín* por su inquebrantable adhesión a la Iglesia y a su cabeza visible.

Por eso no es en el plano político donde hay que buscar los más perseverantes esfuerzos de León XIII en Inglaterra, sino en las tentativas de traer de nuevo a la unión con Roma ese vasto Imperio que ofrecía el espectáculo de una dominación casi universal. De todas las Iglesias separadas, la Iglesia anglicana era la más próxima al catolicismo. Cerca de trescientos Obispos diseminados por todas las partes del mundo donde flotaba la *Union Jack* se agrupaban en torno al Arzobispo anglicano de Canterbury. La fracción del anglicanismo más conforme con el pensamiento de Pusey y de John Keble, la *High Church* (la Alta Iglesia) había tomado una importancia creciente, orientándose hacia una concepción del cristianismo que la acercaba al catolicismo. Así, pues, si el espíritu de organización jerárquica y de unidad llegase a prevalecer sobre el espíritu de libre examen, ¿no podría la Iglesia Romana concebir grandes esperanzas? El deber del Padre Santo quedaba, por lo mismo, señalado, y León XIII no era hombre que fallase, si bien la prudencia, que en él iba unida a la audacia de ideas, le aconsejase no precipitarse. Contaba mucho con la oración y esperaba la hora de Dios; la acción, en un Papa, no se separa de la oración.

El encuentro en Madera (1888) de un representante de la alta aristocracia inglesa, Lord Halifax, de veintiocho años de edad, con un lazarista francés, el padre Portal, hizo entrar en una nueva fase la cuestión de «la unión de las Iglesias». El Vizconde Halifax era el presidente de la importante *English Church Union*, que aspiraba a restablecer la unión visible de la Iglesia anglicana con Roma. Esta asociación, que contaría años después con más de 25.000 adeptos, de los cuales eran *clergymen* 4.000, favorecía la vida religiosa entre el pueblo con la práctica de los sacramentos y se esforzaba por hallar los medios de concertar un acuerdo con la Iglesia Romana. No buscaba como Newman y Pusey conversiones individuales, sino que preconizaba un acercamiento masivo de sus miembros hacia Roma, de la que esperaba fuese a su encuentro. Lord Halifax, al conversar con el padre Portal, profundo conocedor de las cosas inglesas, y especialmente del ritualismo anglicano, creyó hallar un punto de contacto con el catolicismo en la cuestión de la *validez de las ordenaciones anglicanas*.

Se expuso ante un extenso público (1894) el libro de Portal —con el seudónimo de Fernand Dalbus— intitulado *Las Ordenaciones anglicanas*. En él se planteaba el problema con una amplitud de miras y una emoción vibrante en un espíritu tan favorable como posible al anglicanismo. Además, el autor dirigía en París la *Revista anglorromana* y pretendía demostrar que la solución de las ordenaciones anglicanas era posible, «si se reconocía a la Iglesia, como teólogos cada vez más numerosos tendían a hacerlo, el poder de cambiar la materia y la forma de ciertos sacramentos» (1). La controversia —que no sería posible exponer aquí— tenía su origen en la consagración del presbítero Parker en 1559 por Barlow, Obispo destituido de Bath, con tres

(1) Mourret, o. c., t. IX, pág. 275.

Obispos asistentes, de los cuales uno había sido consagrado según el Ordinal de la Iglesia Católica y los otros dos según un Ordinal de Eduardo VI. Inmediatamente después Parker, asistido por Barlow y uno de los dos susodichos Obispos, había consagrado otra vez nuevos Obispos, que ocuparon el puesto de católicos fallecidos o excluidos de sus sedes por la Reina Isabel. ¿Se podía concluir que la jerarquía anglicana actual, de la que Parker es el tronco, había recibido y conservado el sacerdocio?

Tras prolongados y doctos debates en los que tomaron parte, junto al padre Portal y Lord Halifax, teólogos e historiadores eminentes de ambos partidos, el Cardenal Vaughan, Arzobispo de Westminster, concluyó que no se podía afirmar la validez de las órdenes anglicanas y que la Santa Sede nunca podría aceptarla.

León XIII puso mucho tino en no disgustar a los anglicanos que procuraban acercarse a Roma, y su carta apostólica *Ad Anglos*, del 15 de abril de 1895, se dirigió a los hermanos separados en términos llenos de afecto y de paz. Inmediatamente instituyó una comisión romana para estudiar a fondo la cuestión. Presidida por el Cardenal Mazzella, Prefecto de la Propaganda, asistido por miembros recomendados por su ciencia e imparcialidad, celebró doce sesiones. En ellas se destacaron el benedictino inglés dom Gasquet; el historiador francés que alcanzaría la celebridad, el futuro Monseñor Duchesne; un capuchino español, que fue el Cardenal José Vives y Tutó; el Secretario era el futuro Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Pío X. Entretanto, el Papa publicó una nueva carta apostólica —29 de junio de 1896—, en la que vinculaba la jerarquía católica a la unidad doctrinal infalible del sucesor de San Pedro.

La comisión pontificia entregó pronto sus conclusiones al Sumo Pontífice. Se pronunciaba contra la validez de las órdenes anglicanas, y el 15 de septiembre de 1896 la carta apostólica *Apostolicae curae* disipó todos los equívocos. Los católicos, quienes temían que el acuerdo se efectuase sobre equívocos, fueron tranquilizados y los anglicanos no se molestaron al ver que la situación quedaba definitivamente aclarada con el documento pontificio. Éste tuvo como consecuencia activar el acercamiento a Roma de los decididos a sacrificarlo todo a la integridad de la fe. En 1897 León XIII fundó una asociación universal de oración y apostolado «para acelerar la unión de Inglaterra con la Iglesia Romana». Erigida en archicofradía y dotada de un boletín trimestral, vio crecer el número de sus miembros hasta tal punto, que contaba varios centenares de millares a la muerte de León XIII. Las conversiones al catolicismo, activadas por una sociedad de misioneros fundada en 1903 por el Cardenal Vaughan, aumentaron incesantemente, y en ella figuraron nombres ilustres de la vieja Inglaterra.

La obra apostólica de León XIII quedó completa con el restablecimiento en Escocia, desde 1878, de la jerarquía católica. Instituyó dos arzobispados: el de Edimburgo, con cuatro obispados sufragáneos, y el de Glasgow. Veinte

años más tarde —25 de julio de 1898—, por la carta *Caritatis studium*, dirigida al episcopado escocés, fijó las normas del apostolado católico en país protestante.

Las Iglesias cismáticas de Oriente y de Rusia.—Desde el cisma oriental de Miguel Cerulario, que expusimos en nuestro primer volumen, la constante preocupación de la Santa Sede fue traer de nuevo a la unidad de la fe a las Iglesias separadas de Roma. El gran obstáculo estribaba en la pretensión de Constantinopla de rechazar el primado romano; sus Patriarcas se habían proclamado *ecuménicos*, es decir, universales, y *ortodoxos*, esto es, depositarios de la verdadera fe. Mas para lograr su objetivo necesitaban siempre apoyarse en el Poder imperial. Después de la caída del Imperio bizantino en 1453, habían sabido obtener de los Sultanes, gracias a prodigios de flexibilidad, la dominación de las cristiandades del Oriente. Constantinopla lo consiguió proclamando el principio de que la supremacía religiosa ha de corresponder a la capital política. Por eso, los pueblos que constituían esas cristiandades formaron sucesivamente: primero, los rusos; luego los búlgaros, los rumanos, servios, griegos, Iglesias nacionales y *autocéfalas*, es decir, autónomas. A su vez los armenios, los nestorianos de la antigua Mesopotamia, los sirios jacobitas, los coptos de Egipto y los abisinios no vacilaron en esquivar la unidad ficticia proclamada por el Patriarca de Constantinopla. Cada una de tales Iglesias se aferraba celosamente a su propio rito, que era como una garantía de su vida religiosa y nacional a la vez.

El régimen de las *capitulaciones*, privilegios atribuidos a los súbditos de las principales potencias europeas con relación al libre ejercicio de su religión, su comercio y su Derecho, tanto civil como criminal, complicaba más la situación. El congreso de Berlín de 1878, que acrecentó la independencia de los países balcánicos, desarrolló también las tendencias separatistas al mismo tiempo que reforzaba, pese al semidescalabro infligido a Rusia, el paneslavismo, engendrador de futuros conflictos. El Imperio de los Zares era, más que nunca, el protector de todos los eslavos ortodoxos que dirigían sus miradas hacia él, y la religión era un poderoso elemento de la vida y de reivindicaciones nacionales. Pero tantas complejidades no eran suficientes para desanimar la grande alma de León XIII, que sabía emplear para los nobles fines de su apostolado cuantos recursos podían ofrecerle las aspiraciones religiosas de los pueblos, así como las circunstancias políticas.

Los esfuerzos del Padre Santo, por consiguiente, se dirigieron, en primer lugar, hacia Rusia, donde el Zar *autócrata* era el Jefe del Estado y de la Iglesia a la vez. Deseoso de reanudar ante todo las relaciones diplomáticas con el inmenso Imperio, León XIII no estaba menos interesado por las manifestaciones de ciertos medios de la Iglesia ortodoxa, cuyo portavoz era un pensador original y poderoso, Vladimiro Soloviev (1853-1900), quien se convertiría más tarde al catolicismo. Soloviev, en su juventud, sufrió la influencia de la filosofía racionalista alemana y de Renan, mas había vuelto a la fe con la lec-

tura de Leibnitz. Protestó enérgicamente contra el cesaropapismo ruso encarnado en el famoso Santo Sínodo creado por Pedro el Grande, y defendió la tesis de que si la jerarquía así instituida era cismática, el pueblo, ajeno a las controversias dogmáticas, no se había apartado formalmente de la fe católica, y era posible restablecer la unidad religiosa mediante un simple reconocimiento de la autoridad detentada por el Papa infalible. La Santa Sede no se pronunció sobre esas ideas del pensador ruso, a quien un historiador especialmente versado en las cuestiones orientales denominaría «Newman ruso». Mas León XIII, fiel a la táctica tan querida por él, se decidió a actuar simultáneamente sobre los Poderes públicos y sobre la opinión.

Por ello, desde el principio de su Pontificado escribió una carta al Zar Alejandro II, para expresarle su deseo de reanudar con él relaciones diplomáticas rotas el año precedente bajo el Pontificado de Pío IX. Meses después, en su encíclica *Quod Apostolici Muneris* —28 de diciembre de 1878— sobre el socialismo, el comunismo y el nihilismo, León XIII señalaba los peligros a que exponían al orden social las doctrinas subversivas, e indicaba la ayuda que la Iglesia podía aportar a los Gobiernos en la lucha contra tales teorías. Era manifiesto que el Papa había tenido a la vista el nihilismo, la expresión más avanzada del anarquismo más radical, que hacía progresos y estragos terribles en el Imperio absolutista de la *Santa Rusia*. El Emperador lo comprendió mejor todavía cuando el Pontífice le manifestó su simpatía tras los atentados contra su vida de 1879 y 1880. Alejandro autorizó al administrador de la diócesis de Varsovia a comunicar la encíclica a su clero, con orden de leerla y comentarla a los fieles.

León XIII no tardó en publicar una nueva encíclica, *Grande Munus* —30 de septiembre de 1880— dirigida a las naciones eslavas. En ella recordaba todo lo hecho por los Papas en su favor y, en particular, la autorización otorgada a los dos grandes apóstoles de esos pueblos, los Santos Cirilo y Metodio, para introducir la lengua eslava en su liturgia y conservar sus costumbres nacionales. Ordenaba la celebración en todo el orbe de la fiesta de los dos grandes Santos. Se organizó una peregrinación a Roma como respuesta a la encíclica, por el ilustre Obispo de Diakovar, Monseñor Strossmayer, que encontramos en el Concilio Vaticano I. El Padre Santo, al acoger a los peregrinos, formuló votos por la nación eslava, cuyas virtudes exaltó pidiéndoles rogasen por el retorno a la unidad.

Los prejuicios del Zar, quien prohibió a sus súbditos que participasen en esa peregrinación, no se derrumbaron por ello. Se había sentido ofendido con el restablecimiento de la jerarquía católica en Bosnia-Herzegovina, cuya ocupación se había autorizado a Austria por el Tratado de Berlín. Creyó ver en ello una medida destinada a favorecer la doble monarquía en detrimento de la influencia eslava, cuando el Papa había querido, por el contrario, secundar esta influencia para contrarrestar la del elemento protestante de raza alemana. Alejandro II había reconocido su error cuando cayó —1 de marzo de 1881— bajo las bombas de los nihilistas. Estaba reservado a su sucesor, Alejandro III

(1881-1894), la reanudación de una política más conciliadora. Ésta tuvo por resultado la adopción de medidas de justicia con los Obispos polacos exiliados bajo el reinado anterior, la reorganización de la Iglesia rutena y, finalmente, en 1888, la reanudación de relaciones diplomáticas. El Zar acreditó ante el Vaticano a un hombre llamado a representar más tarde un papel de primer orden en la política europea, Iswolski, uno de los futuros Ministros de Asuntos Exteriores del último Zar, Nicolás II.

La influencia de Soloviev, totalmente intelectual y espiritual, siguió en progresión. Su pensamiento no cesó de evolucionar hacia el catolicismo, al que prestó su completa adhesión en 1897. Sus esfuerzos se encaminaron a refutar los principios revolucionarios y del materialismo histórico, con miras a realizar la unión de las Iglesias, tan querida para él, como patriota ruso, como por filósofo cristiano. Muy ligado a Monseñor Strossmayer, a Anatole Beaulieu —uno de los mejores conocedores franceses de la civilización rusa en ese momento de la historia europea, en el que Francia descubría con Eugène Melchior de Vogüé la literatura rusa—, Soloviev escribió en francés uno de sus más importantes libros, *Rusia y la Iglesia universal.* Hizo escuela, y varios de sus discípulos le imitaron en el camino de la conversión. Pronto el pensamiento de Soloviev desbordó las fronteras de su patria, y los historiadores del movimiento intelectual en el siglo XIX saludan en él a un precursor e intermediario tan comprensivo como profundo entre el mundo eslavo y Occidente.

Las otras Iglesias orientales.—La obra de unidad y la solicitud de León XIII por las cristiandades de Oriente no se extendieron sólo a Rusia. Con su encíclica *Orientalium dignitas* —30 de noviembre de 1894—, el Papa había declarado que deseaba emprender la reconstitución de la unidad cristiana por el Oriente, cuna del cristianismo, y aplicarse a salvaguardar la disciplina y los ritos tradicionales de las Iglesias orientales. Pedía a los delegados apostólicos y a los misioneros latinos que respetasen las venerables instituciones de los orientales, y les indicaba las reglas a seguir. «Efectivamente, nada manifiesta mejor tal vez —escribía admirablemente el Sumo Pontífice— la nota de catolicidad en la Iglesia de Dios como la singular veneración de esas ceremonias de diversas formas, celebradas en lenguas venerables por su antigüedad, consagradas todavía más por el uso que de ellas hicieron los Apóstoles y los Padres. Es casi la renovación del selecto culto tributado a Cristo, Divino Fundador de la Iglesia, por los Magos de los diferentes países de Oriente que vinieron a adorarle.» Se instituyó una comisión de Cardenales por el *Motu proprio* del 19 de marzo de 1895 para velar por la aplicación de estas prescripciones.

El Padre Santo pretendía disipar el temor de ciertos orientales de que los latinos quisiesen atentar a sus derechos y privilegios. Perseguía un triple objetivo: esforzarse por traer de nuevo al redil romano a los ortodoxos sometidos a la jurisdicción del Patriarca griego de Constantinopla; finalmente, defender

a los cristianos contra el fanatismo de Abdul Hamid, el *Sultán rojo*, tristemente célebre por las matanzas de armenios, de los cuales más de trescientos mil sucumbirían bajo los golpes de las hordas kurdas o de las tropas otomanas.

Sin atenernos aquí estrictamente al orden cronológico, recordemos que los primeros frutos de la solicitud pontificia se manifestaron en Egipto, donde en 1890 cuatro mil coptos cismáticos reconocieron la obediencia romana. En Grecia y Turquía, donde los disidentes eran cerca de dos millones, un manifiesto del Patriarca, que en un principio había mostrado disposiciones conciliadoras, reiteró las viejas objeciones de Focio y Miguel Cerulario contra la Iglesia de Roma. León XIII le respondió con una alocución —2 de marzo de 1895— en la que recalcaba que el Vicario de Cristo consideraba su deber primordial realizar la promesa evangélica de un solo rebaño y un solo pastor. En compensación, el Padre Santo tuvo el consuelo de recibir la sumisión del Patriarca de Armenia y de ver cómo las misiones de los jesuitas y religiosas francesas daban magníficos frutos. Una carta apostólica —25 de julio de 1888— al clero de rito armenio le exhortó a trabajar en la extinción del cisma.

No tardaría en caer sobre la desgraciada Armenia una sangrienta tormenta y en dar al Papa la ocasión de intervenir en favor de los cristianos entregados al fanatismo musulmán. Los años de 1894, 1895 y 1896 estuvieron señalados por matanzas sistemáticas por Abdul Hamid. En 1878, los tratados que pusieron fin a la guerra ruso-turca habían prometido reformas a los armenios como a las otras naciones cristianas sometidas a la autoridad de la Sublime Puerta.

Las *atrocidades búlgaras* cometidas por los turcos en este país habían contribuido a despertar las simpatías de las potencias cristianas —Gladstone se había hecho su elocuente intérprete en el Parlamento inglés— y a determinar a Rusia a la guerra. Después del final de las hostilidades, la parte más sana y tranquila de los armenios se había contentado con reclamar la ejecución de las reformas. Pero los elementos más turbulentos agrupados en sociedades secretas montadas según el modelo de los revolucionarios rusos e irlandeses, proporcionaron a los turcos el pretexto buscado para ejercer nuevas represalias.

Europa —si es que aún había una Europa— se contentó con realizar gestiones diplomáticas apoyadas en amenazas demasiado vagas. Inglaterra, quien demostró mayor energía, no fue secundada. Y es que, en el fondo, las potencias se entendían para no suscitar la cuestión otomana por miedo a favorecer las empresas de tal o cual de ellas. El Sultán sabía demasiado bien que sus envidias impedían toda acción eficaz y, al prodigar promesas, rehuiría las sanciones que habría merecido. El Imperio otomano, una vez más, evitó la destrucción mediante el juego de los intereses convergentes y opuestos de las grandes potencias que se jactaban, no obstante, de efectuar el «concierto europeo».

Sólo el Papa mantuvo una actitud firme, a la vez que moderada, y se esforzó en promover la intervención que habría podido detener las matanzas. Los Nuncios recibieron instrucciones de actuar ante los Gobiernos y Embajadores otomanos acreditados ante ellos, mientras León XIII escribía directa-

mente al Sultán, enviaba una importante suma a las víctimas y estimulaba la colecta iniciada en los países cristianos. El Sultán sólo supo responder que las provocaciones de los armenios eran la causa de la represión. Pero la actitud generosa del Pontífice motivó el reconocimiento de la nación armenia, donde no tardaron en producirse numerosas conversiones. Lo que motivó el fin de las matanzas no fue tanto la clemencia del Sultán, a la que no estaba dispuesto, cuanto el temor a complicaciones políticas que hubieran perjudicado gravemente su Poder.

La progresiva extinción del viejo cisma nestoriano de Caldea por esa misma época fue motivo de consuelo para el Padre Santo.

Otras peripecias, a fines del siglo XIX, exigieron la atención vigilante del Sumo Pontífice. La primera fue la pretensión del Emperador alemán de suplantar la influencia de Francia sobre los católicos del Imperio otomano. En 1898 Guillermo II fue a Palestina, a la sazón provincia turca, para realzar el prestigio del Imperio luterano preparando el camino para su penetración económica y política. Presidió la inauguración de un templo protestante en Jerusalén y multiplicó, al mismo tiempo, las propuestas a los católicos, esforzándose por demostrarles que el protectorado varias veces secular de Francia ya no era más que un contrasentido por parte de un Estado que había declarado la guerra a la Iglesia. Prometió solemnemente «su imperial protección» a las obras católicas alemanas de Oriente, pero al mismo tiempo declaraba con su énfasis habitual que «las puertas del Infierno no prevalecerán contra nuestra Iglesia Evangélica».

León XIII puso pronto las cosas en su punto. En una carta dirigida el 29 de agosto al Cardenal Langénieux, Arzobispo de Reims, declaró sin ambages: «Francia tiene en Oriente una misión aparte que la Providencia le confió; noble misión que ha sido consagrada, no sólo por una política secular, sino también mediante tratados internacionales, como reconoció en nuestros días nuestra Congregación de Propaganda con su declaración del 23 de mayo de 1888. Efectivamente, la Santa Sede no quiere tocar para nada al glorioso patrimonio que Francia recibió de sus antepasados y quiere, sin duda alguna, merecer conservar mostrándose siempre a la altura de su tarea.» Era rendir homenaje a la obra misionera de Francia, que nunca defraudó, a pesar de todas las tristes vicisitudes de la política, y distinguir entre el país fiel y su Gobierno, que tan mal recompensaba los esfuerzos del Sumo Pontífice.

Otro dolor había afligido, entretanto, el corazón paternal del Padre Santo. El Príncipe de Bulgaria, Fernando de Sajonia-Coburgo, esposo de la Princesa María Luisa de Parma, resobrina del Conde de Chambord, había prometido bautizar según el rito católico romano a los hijos que nacieran de su matrimonio. En 1894 su hijo Boris fue bautizado, en efecto, en la Iglesia Católica. Mas para complacer a Rusia, que se mostraba fría con el nuevo principado —Bulgaria sólo fue reino en 1908—, Fernando hizo confirmar a su hijo según el rito cismático. Las advertencias de León XIII no pudieron apartarle de semejante acto, inspirado en consideraciones de mera política, con desprecio

de sus solemnes compromisos. La consecuencia del gesto de Fernando fue detener el movimiento intentado por numerosas notabilidades búlgaras de llevar a su país hacia Roma y privar al Padre Santo de los resultados que tenía derecho a esperar para la unidad de la Iglesia.

LAS MISIONES EXTRANJERAS

Los asuntos europeos, ya políticos o religiosos, no fueron los únicos en retener la atención de León XIII. Nunca le desviaron de la preocupación, que fue la de todos los Papas, de la propagación de la fe en el mundo entero.

Ya vimos que el Papa se había vuelto con predilección hacia el Próximo Oriente. En los Santos Lugares, donde Cristo quiso nacer y morir por la salvación de los hombres, fue donde el Padre Santo organizó una de las más importantes manifestaciones religiosas de su Pontificado: el congreso eucarístico de Jerusalén, en mayo de 1893. El Patriarca melquita y el Patriarca latino de Jerusalén, veintinueve Obispos de Occidente y diecinueve de Oriente se reunieron en torno al Cardenal Langénieux, Arzobispo de Reims, designado como legado de la Santa Sede. La empresa podía parecer temeraria. El envío extraordinario después de las cruzadas de un legado pontificio a Jerusalén, ¿no despertaría las susceptibilidades de la Rusia *ortodoxa* y pondría en un brete a la Sublime Puerta?

León XIII procedió con prudencia y habilidad consumadas. Le favorecía el acercamiento francorruso, por el que había trabajado. Las cortes europeas recibieron la seguridad de que el congreso no tocaría en modo alguno las cuestiones políticas y sólo tendría una meta: irradiar la piedad cristiana. El mismo Gobierno turco prometió que garantizaría el mantenimiento del orden. Se respetó, y las fiestas se desarrollaron con gran pompa y dignidad perfecta. Al celebrar el sacramento de la Eucaristía, que simbolizaba la unidad, el legado, fiel intérprete de la Cabeza visible de la Iglesia, fue aclamado cuando recordó la promesa que hizo de ser «el enviado de vuestro corazón para dar a conocer vuestro amor». Y en su discurso de clausura recordó, entre los aplausos de la asamblea, que «la Iglesia de Jesucristo... ni es griega ni latina, sino católica, universal como la paternidad divina y la Redención de Cristo».

Esta solemne declaración, que expresa la eterna doctrina de la Iglesia, se confirmaría en una nueva expansión de la fe por todos los continentes. Palestina conoció peregrinaciones más frecuentes cada vez. La fundación de un seminario griego y la Escuela Bíblica de Jerusalén, en la que se ilustrarían sabios exegetas expertos en los métodos científicos y de nombradía universal, como el reverendo padre Lagrange, aseguraron al mismo tiempo los progresos de la crítica escriturística y de la fe. Las misiones de Siria, Bagdad, Mosul y Mardin, Persia, Macedonia y Constantinopla conocieron un nuevo y fructuoso esfuerzo gracias a los trabajos apostólicos de los jesuitas, dominicos, capuchinos, asuncionistas, lazaristas, carmelitas y agustinos; la Universidad de Beyrut,

ayudada con las subvenciones de la República Francesa, fue, entre tantas otras obras, una de las más originales y fecundas.

La expansión misionera no se confinó en esos países, más accesibles a los europeos, sino que irradió sobre los más lejanos pueblos del Extremo Oriente —la India, Indochina, China y Japón—. En el mundo hindú, sometido a la dominación inglesa, los Gobiernos de Su Majestad Británica, pese a los favores otorgados a las misiones protestantes, tan ricamente dotadas, reconocieron de modo leal que los cristianos católicos se distinguían por su fidelidad hacia los Poderes establecidos. A la muerte de León XIII, si el número de los convertidos —entre los que se contaban ya numerosos brahmanes— era ínfimo en comparación con la inmensa población, los resultados alcanzados por los Obispos y el clero, tanto regular como secular, eran de lo más alentador.

En *Indochina* y *China* los apóstoles del cristianismo tropezaban, como en la India, con el budismo y el islamismo, sin contar multitud de supersticiones y fetichismos. El confucianismo era el adversario más temible, por el hecho de ser la religión de los letrados, es decir, de hombres imbuidos del orgullo de una casta que se reclutaba con difíciles exámenes que les abrían la puerta de la Administración. La fraternidad evangélica arruinaba su prestigio, y fueron ellos los responsables de las sangrientas persecuciones sufridas por las cristiandades indígenas. Supieron explotar el odio al extranjero, desencadenar en China los motines de las sociedades secretas nacionales, de esos *luchadores* a los que los ingleses dieron el nombre tristemente célebre de *boxers*. Sus matanzas diezmaron cruelmente las fundaciones cristianas en 1883 y de nuevo en 1900, en que el sitio de las legaciones europeas, que opusieron la más heroica resistencia, sólo terminó con el envío de una expedición militar internacional a las órdenes del Mariscal alemán Von Waldersee.

En esta época China seguía siendo un inmenso Imperio, en el que la independencia de los Virreyes al frente de provincias mayores que los más grandes Estados europeos era casi completa. El *Japón*, por el contrario, era un Estado moderno desde la revolución antifeudal de 1868, inaugurando con el Emperador Mutsu-Hito el *Meiji*, «la era de las luces». Al advenimiento de León XIII se había cancelado definitivamente el período de las persecuciones sangrientas, y en 1889 una nueva Constitución otorgó a los súbditos japoneses «la libertad de creencia religiosa en todo cuanto no perjudicaba la paz y el buen orden ni es contrario a sus deberes de súbditos». Dos años más tarde el Papa, quien ya había creado un cuarto vicariato apostólico, estableció en el Japón la jerarquía católica; Tokio fue elevado al rango de arzobispado con los tres obispados sufragáneos de Nagasaki, Osaka y Kakodaté. La formación del clero indígena, la fundación de escuelas, de obras de beneficencia y prensa absorbieron la actividad de la Iglesia del Japón y de los misioneros. La propagación del catolicismo, sin embargo, tropezaba con grandes obstáculos. Eran, y lo son todavía, el culto a los antepasados que implicaba la xenofobia y la unión íntima del sintoísmo, religión nacional, y de la Constitución política del país, a la vez, pese al principio de libertad de creencias, pues las costumbres son

más fuertes que las leyes. E, igualmente, era la influencia de la filosofía racionalista y del positivismo europeo que la sociedad japonesa había asimilado con precipitación al abrirse al progreso de Occidente.

La influencia del Japón en *Corea*, tras el resultado favorable para el primero de la guerra chino-japonesa de 1894, tuvo favorables consecuencias para la propagación del catolicismo.

Las misiones de *Oceanía* y *África*, sobre todo las segundas, adquirieron un desarrollo alentador bajo el Pontificado de León XIII. La acción del Cardenal Lavigerie, apoyado por el Papa, se dejó sentir profundamente en el inmenso continente negro; los Misioneros de África o Padres Blancos ganaron para Cristo millares de almas en África del Norte, y el Protectorado francés en Tunecia, establecido en 1881, fue su mejor apoyo. En 1884 León XIII restableció la sede arzobispal de Cartago, y el Cardenal Lavigerie, por privilegio especial, conservó los títulos de las sedes de Cartago y de Argel. Por la misma época, en *Uganda*, el atroz martirio de centenares de cristianos nativos hacía germinar nueva mies, testimonio de la extraordinaria vitalidad de la joven Iglesia negra. Hablando a principios del siglo XX de la evangelización del continente africano, esa inmensidad, un escritor belga que se calificaba a sí mismo de «algo incrédulo» declaraba que no hay «poder más apto para la civilización en África que el de los misioneros. Hay que oponer la Cruz al avance arrollador del Islam. Únicamente en ello está la salvación».

América.—Entre todos los países y pueblos hacia los que se volcaba la solicitud del Sumo Pontífice, había uno que le deslumbraba por sus progresos, rayanos en el prodigio: la joven Iglesia de América. «El Papa comprendió —escribe acertadamente uno de sus biógrafos— que no se podría juzgar la situación del catolicismo de allende el Atlántico con los mismos criterios que en la vieja Europa. La separación de la Iglesia y del Estado la condena en tesis el *Syllabus;* en la democracia americana existía de hecho, pero con el correctivo de una libertad total y de una ausencia completa en los gobernantes de espíritu sectario o irreverente» (1).

En los comienzos de su Pontificado —en 1883—, León XIII alentó a los Obispos de los Estados Unidos a reunirse en concilio en Baltimore, como lo hicieron ya en 1852 y 1866. El Papa designó a Monseñor Gibbons Presidente de la asamblea y Delegado apostólico. En el concilio se elaboró una legislación eclesiástica completa, admirablemente adaptada a las particularísimas circunstancias de esa inmensa y joven nación, cuyo clima político es tan distinto al de nuestra Europa. En 1888 el Presidente Cleveland hizo entregar al Papa, con ocasión de su jubileo sacerdotal, un ejemplar ricamente encuadernado de la Constitución de la Unión, Cartas de las libertades americanas. El Padre Santo le dio las gracias con una carta en la que felicitaba a la gran República donde «la religión es libre de extender cada vez más los límites del cristianismo y

(1) Hayward, o. c., pág. 268.

la Iglesia de desarrollar su acción bienhechora». Cuatro años más tarde, con motivo del cuarto centenario —1492-1892— del descubrimiento de América por España y Cristóbal Colón, León XIII delegó a Washington a Monseñor Satolli, luego promovido Cardenal, para representarle. Después se quedó como Delegado apostólico permanente y el Papa escribió al Cardenal Gibbons para recomendarle que multiplicase las escuelas católicas.

Tal gestión del Sumo Pontífice motivó otra de Monseñor Ireland, Arzobispo de Saint-Paul, en el Estado de Minnesota, quien había consentido el año anterior que los niños católicos fuesen instruidos en las escuelas neutras del Estado. La Congregación de Propaganda, teniendo en cuenta la penuria de recursos de los católicos y el espíritu de tolerancia reinante en dichas escuelas, aceptó el acuerdo establecido por el Arzobispo con las autoridades civiles. Mas el Padre Santo insistió en que los católicos hiciesen los esfuerzos posibles para crear escuelas confesionales.

La cuestión de las atenciones religiosas a los emigrados de las diferentes naciones preocupaba al mismo tiempo vivamente a la Santa Sede. La obra alemana llamada *Obra del Arcángel Rafael,* fundada en 1868, trabajaba por dotar a los católicos alemanes de un clero propio, enseñándoles en su lengua. El episcopado americano había rechazado tales peticiones, que estimaba injuriosas para su clero, y recalcaba que la ley emigratoria debía ser «la tendencia a la asimilación», no «la constitución de un Estado en el Estado». Los alemanes habían perseverado en su propósito e impulsado a los austriacos y belgas en sus reivindicaciones. El Cardenal Rampolla no veía con buenos ojos esas tendencias, y la paz sólo se restableció con la intervención del Cardenal Ledochowski, Prefecto de Propaganda, quien sin dejar de aprobar el celo religioso de los católicos germanoamericanos zanjó con la negativa la cuestión de los Obispos nacionales en 1892.

El 6 de enero de 1895, en la festividad de la Epifanía, el Padre Santo dirigió a los católicos americanos la encíclica *Longinqua Oceani,* documento de forma perfecta, como gustaba, tan amante de las humanidades clásicas. En ella comparaba las naves de Colón con el arca de Noé, que encerraba la esperanza del género humano, y destacaba que «el primer fruto que Colón quería sacar de sus navegaciones y trabajos era abrir al nombre cristiano una ruta a través de nuevas tierras y de nuevos mares». La encíclica recomendaba a los fieles y al clero todas las obras católicas, insistiendo en la de la enseñanza en todos los grados y en la obediencia a las leyes de la República. La palabra del Papa tuvo un extraordinario eco; un Obispo protestante no vaciló en llamarla, en un gran diario americano, «documento desbordante de esplendor».

Acababa justamente de retener la atención de la Santa Sede un singular acontecimiento, que lleva un sello específicamente americano. En 1893 se había inaugurado en Chicago un inmenso congreso o «Parlamento de las religiones». Esta manifestación de «un ecumenismo un tanto particular» podía favorecer «el indiferentismo» contra el que se habían insurgido siempre los Papas vigorosamente. Con todo, miembros del episcopado americano, el Car-

denal Gibbons y Monseñor Mac Quaid, Obispo de Rochester, no temieron participar en él. Una manifestación de esta índole, con asistencia de altos dignatarios de la Iglesia, no se hubiera concebido en Europa, pero en América el ambiente era tan distinto que el Rector de la Universidad Católica de Washington, Monseñor Keane, pudo sostener que en Chicago «la Iglesia se había sostenido en pie como San Pablo entre los griegos paganos en medio del Areópago». Por abierto que fuese León XIII a las más generosas y audaces iniciativas, no dejó, sin embargo, de censurar aquélla a causa de los peligros que ofrecía. Lo hizo en términos paternales y mesurados en una carta del 8 de septiembre de 1895 a Monseñor Satolli: «Parece más prudente —escribía el Padre Santo— que los católicos celebren sus congresos aparte..., indicando que la puerta estará abierta a todos, incluidos los que están fuera de la Iglesia.» Era una discreta desaprobación para dejar en buen lugar al Cardenal Gibbons, cuyas eminentes cualidades conocía y apreciaba el Jefe de la Iglesia. Pero al mismo tiempo era como un preludio a otras advertencias que el Papa daría años más tarde al episcopado de los Estados Unidos, cuando se inició la gran controversia sobre el *americanismo.*

La Historia ha dado ese nombre a tendencias pragmáticas preconizadas con la mejor buena fe por el padre Hecker, fundador de la congregación de los *Paulistas* americanos. En 1898 el padre Félix Klein, Profesor del Instituto [Universidad] Católico de París, publicó con una introducción previa la traducción francesa de una *Vida del padre Hecker* por el padre Eliott, de la misma congregación. Monseñor Ireland, muy conocido en Francia y muy amado por los católicos sociales, había escrito el prefacio. La biografía del Apóstol americano incluía una distinción suscitadora de polémicas entre las virtudes *activas* y las *pasivas.* El autor, procedente del protestantismo al catolicismo, había insistido principalmente en las primeras —coraje, iniciativa y celo— más que en las segundas —obediencia y humildad.

El libro tuvo en Francia mayor repercusión que en América la edición inglesa original. A los elogios tributados por miembros del clero, quienes, al mismo tiempo que admitían que los métodos del padre Hecker no triunfarían en cualquier parte, declaraban que su doctrina era segura, pronto sucedieron vehementes ataques. En las cátedras de San Sulpicio y Santa Clotilde, en París, los jesuitas llevaron a cabo el proceso del *americanismo,* y en su libro *¿El padre Hecker es un Santo?,* el Abate Maignen creyó discernir, al menos en la traducción francesa, errores doctrinales y disciplinares; las revistas y periódicos franceses tomaron partido en pro y en contra del padre Hecker y de sus contradictores. A su vez se agitaron Obispos americanos; el Cardenal Gibbons y Monseñor Ireland escribieron a Roma para protestar contra el libro de Maignen, que estimaban injurioso para la Iglesia de los Estados Unidos. El Cardenal Satolli, ex Delegado apostólico, Prefecto de la Congregación de Estudios; el Cardenal Mazzella, Prefecto de Propaganda; el padre Martin, General de los jesuitas, y Monseñor Merry del Val se habían opuesto vivamente a las tendencias *americanistas.*

León XIII consideró llegado el momento de intervenir. Por una carta ya célebre, *Testem benevolentiae* —22 de enero de 1899—, dirigida al Cardenal Gibbons, condenó con dulzura y firmeza, según su costumbre, ciertas ideas de la *Vida del padre Hecker.* Eran la tendencia a silenciar ciertos artículos doctrinales o a atenuarlos con miras a atraer con más facilidad a los disidentes a la fe católica; la restricción impuesta al poder y vigilancia de la Iglesia para permitir a los fieles desarrollar más libremente sus iniciativas y actividades; la repulsa de toda dirección exterior como superflua a los que inspira el Espíritu Santo mediante un secreto instinto; el desdén por los votos de las Órdenes religiosas, considerados únicamente como convenientes a almas débiles; el desprecio de las virtudes llamadas *pasivas* en beneficio de las virtudes *activas* (1). Si había que entender por *americanismo* —concluía el Sumo Pontífice— «ciertos dones del espíritu que honran a esos pueblos de América como otros honran a otras naciones o asimismo las leyes y costumbres políticas de los Estados Unidos, no había en ello ningún motivo de condenación. Pero si este término designaba las tendencias que acababa de denunciar, el Padre Santo no dudaba de que la Iglesia de los Estados Unidos no vacilaría en repudiarlas.

Un mes más tarde, el 22 de febrero de 1899, Monseñor Ireland escribía al Papa para darle las gracias por su carta al Cardenal Gibbons y protestar de su fidelidad a la Santa Sede; fue imitado por gran número de Obispos americanos. Relevantes personalidades del clero de Francia y el mismo padre Klein pronto manifestaron igualmente su entera sumisión al parecer pontificio. Roma había hablado, la causa había terminado. Los mismos errores reaparecerían más tarde en otra forma o inspirados, al menos, en un espíritu análogo en ciertas manifestaciones del modernismo social y en las exageraciones de la democracia cristiana, que tuvo que condenar el sucesor de León XIII.

En el dominio inglés del *Canadá*, la cuestión de las escuelas suscitada por una ley del Estado de Manitoba provocó la oposición de los católicos y, en particular, de los canadienses franceses. El Papa zanjó el debate con la encíclica *Affari vos* —24 de diciembre de 1897—, bien acogida por todo el mundo. Mientras tanto, León XIII completó la jerarquía religiosa en el Canadá, nombrando Cardenal a Monseñor Taschereau, Arzobispo de Quebec.

América del Sur, de civilización española o portuguesa, esencialmente católica, era también un nuevo mundo en formación, objeto de las solicitudes del Papado. León XIII resolvió dar un nuevo impulso a las reformas urgentes de las Iglesias sudamericanas. En Roma se celebró en 1899, bajo la presidencia de honor del doctísimo capuchino padre José Calasanz de Llevaneras, promovido Cardenal con su apellido Vives y Tutó, un congreso que reunió a sus representantes; fue el punto de partida de una verdadera restauración religiosa. Las relaciones con los Estados particulares variaron según las disposiciones

(1) Mourret, o. c., t. IX, pág. 153.



Castelgandolfo, residencia estival de los Papas. Fotografía de León de Matt. Buochs

de los Gobiernos; la influencia de la francmasonería, muy poderosa en algunos de ellos, suscitó grandes dificultades.

En el inmenso Brasil, escasamente poblado, seguía planteándose a fines del siglo XIX la cuestión de la esclavitud de los *Indios* (1). León XIII alentó en éste el movimiento antiesclavista como sostuvo el del Cardenal Lavigerie en el África Negra. Enérgicas medidas tomadas por la Condesa De Eu, hija del Emperador don Pedro y Regente durante una ausencia de su padre, provocaron la vehemente oposición de los intereses lesionados. El partido republicano aprovechó la ocasión para derrocar el Imperio y proclamar la República en 1889. El nuevo régimen pronunció la separación de la Iglesia y el Estado, reconoció como religión oficial el positivismo de Augusto Comte —lo que bastó para dar su medida—, pero dejó a la Iglesia una libertad tolerable. El Padre Santo, por su encíclica del 18 de septiembre de 1899, *Paternae providaeque*, dirigida al episcopado brasileño, fijó las normas de la acción católica, preconizando las obras de prensa para contrarrestar la influencia de las publicaciones masónicas y la participación de los católicos, clero y fieles, en la vida parlamentaria y social. Para la formación de una *élite* entre el clero sudamericano, León XIII desarrolló el Colegio Pío Latinoamericano, fundado en Roma por su predecesor y confiado a los jesuitas.

LEÓN XIII Y LA VIDA CRISTIANA

El mismo año 1899, León XIII, mediante su encíclica *Annum Sacrum* —25 de mayo—, consagró el género humano al Sagrado Corazón de Jesús. Esta consagración se la sugirió, o al menos evocó, una revelación particular a sor María del Divino Corazón, María de Droste-Vischering, resobrina del célebre Arzobispo de Colonia del mismo nombre; no dejó por ello de ser presentada como una mera aplicación teológica.

Toda la obra de este Papa, en el que las cualidades de hombre político impresionaban a todos sus contemporáneos, estuvo dominada por un pensamiento de apostolado y de piedad. Incluso su actividad diplomática contribuyó a dejar en la sombra las cualidades del sacerdote, en quien la más fervorosa piedad se aliaba con una ciencia profunda y una caridad sin límites, siempre dirigida por el espíritu de justicia. Se ha podido decir, con razón, que «las enseñanzas impartidas por las encíclicas de León XIII sobre la vida cristiana... fueron tan abundantes y completas que de ellas se podía sacar un tratado de espiritualidad» (2).

A las grandes encíclicas como *Exeunte anno* —25 de diciembre de 1888—, sobre la vida cristiana en general; *Divinum illud* —9 de mayo de 1897—, sobre la gracia y el Espíritu Santo; *Quamquam pluries* —15 de agosto de 1889—, so-

---

(1) En español en el texto. *(N. del T.)*
(2) Mourret, o. c., t. IX, pág. 443.

bre San José; a la constitución apostólica *Condita in Christo* —8 de diciembre de 1900—, sobre los institutos religiosos, hay que añadir las numerosas canonizaciones de Santos realizadas por León XIII. Como todas las grandes almas —la Historia lo ha demostrado mil veces—, pensaba que la mejor apologética es la del ejemplo. Los avances de la hagiografía, paralelos al desarrollo de los estudios históricos a finales del siglo XIX, alegraron su alma. Es que se esforzaba por promover la búsqueda de la verdad, sabiendo que una vida de Santo bien hecha es, por sí misma, una lección de ascética y de mística. En el viraje del siglo, mientras el viejo Pontífice se encaminaba hacia la tumba, tuvo la dicha y el consuelo de ver el puesto que había ocupado el misticismo ante la filosofía contemporánea. Decididamente habían pasado los tiempos de ese racionalismo estrecho y seco de los despreocupados que creían afirmar su superioridad y sólo revelaban su indigencia, relegando a Dios entre las hipótesis inútiles.

Las ciudadelas de la vida religiosa, según la imagen heroica de la gran mística española, Santa Teresa, eran ante todo para León XIII las Órdenes religiosas. Benedictinos, franciscanos, dominicos y jesuitas recibieron, alternativamente, las muestras de su paternal solicitud; de cada uno de ellos discernía, con penetración infalible, el papel particular en el gran ejército de Cristo. Entre los benedictinos resolvió crear un vínculo permanente entre todos los monasterios de San Anselmo, confiriendo el título de Abad primado al Abad del nuevo monasterio de San Anselmo, fundado por el Papa en el Aventino en 1893. León XIII, nombrado Cardenal protector de la Orden Tercera Franciscana por Pío IX, no tenía menos solicitud por la gran familia del *Poverello* de Asís. Reunió en una sola Orden a los Frailes Menores de la Observancia en 1897. Con los dominicos se empeñó en desarrollar la devoción del Rosario y demostró qué alta estima profesaba a los hijos de Santo Domingo y la enseñanza teológica y filosófica de Santo Tomás de Aquino y de San Alberto Magno, confiándoles la enseñanza de esas dos disciplinas fundamentales en la Universidad de Friburgo [Suiza], cuya fundación en 1889 recordaremos más tarde. Antiguo alumno del Colegio Romano dirigido por la Compañía de Jesús, confirmó en 1886 todos los antiguos privilegios de la Orden para testimoniarle su confianza y afecto en el momento en que era objeto —como vimos— de nuevas persecuciones por parte de varios Gobiernos. Al mismo tiempo proveía activamente al desarrollo de otras congregaciones suscitadas por las necesidades de los tiempos nuevos: salesianos de Dom Bosco, misioneros de Steyl [Austria], hermanitas de la Asunción o canónigos regulares de la Inmaculada Concepción.

Entre las obras de piedad debemos señalar, en razón de su importancia, los congresos católicos nacionales, los congresos eucarísticos internacionales, cuya iniciativa remonta, en 1879, a Monseñor de Ségur, el Apóstol de la comunión frecuente, y los congresos en honor de la Santísima Virgen. Las grandes peregrinaciones de penitencia a Jerusalén, las peregrinaciones a Nuestra Señora de Lourdes y, particularmente, las peregrinaciones de hombres aparecían como manifestaciones benéficas y santificantes en este final de siglo en que ya

se oían en un mundo minado por gérmenes sediciosos los crujidos de un edificio resquebrajado y carcomido. Todas estas obras, todos estos movimientos los alentaba León XIII, tan devoto de la Virgen del Rosario, con toda su alma para invocar sobre el mundo enfermo la misericordia de la Madre del Salvador. Y seguiremos encontrando la irradiación de esta ferviente piedad en el pensamiento y acción social del gran Papa.

EL MOVIMIENTO INTELECTUAL

La defensa de la verdadera civilización y el restablecimiento del orden cristiano que León XIII quería emprender, debían comenzar por la restauración del pensamiento. Se aplicó a ello con extraordinaria potencia de trabajo —una inteligencia siempre indefectible habitaba en este frágil cuerpo—, y al echar una ojeada sobre su obra queda uno confuso por su extensión, variedad y grandeza. Las encíclicas en las que expuso la doctrina sobre todos los problemas concernientes a la vida intelectual y la cuestión social, constituyen una admirable síntesis teológica, filosófica y sociológica y una guía segura para el exegeta y el historiador; y eran al mismo tiempo actas de Gobierno. Se ha podido decir muy oportunamente que la historia de semejante Pontificado, por razón misma del espíritu enciclopédico del Papa, «tiene el interés de una historia de la civilización general en un estadio de su evolución» (1).

El punto de partida fue la filosofía tomista, la síntesis incomparable del «Ángel de las Escuelas», Santo Tomás de Aquino, quien unía el pensamiento aristotélico al pensamiento cristiano. Las principales orientaciones de León XIII podemos hallarlas ya en su segunda encíclica, *Quod Apostolici Muneris* —28 de diciembre de 1878—, sobre el socialismo, comunismo y nihilismo, en la que hacía remontar la responsabilidad de los males del pensamiento, así como los de la sociedad, al «racionalismo ateo más impío que el mismo paganismo». Nada duradero puede establecerse, ni en el orden intelectual ni en el social, sin una filosofía cristiana; el desprecio a los preceptos divinos engendra todos los males. La doctrina pontificia integral se resume en estos preceptos, cuyas líneas pueden encontrarse ya vigorosamente perfiladas en los escritos pastorales del Obispo de Perusa.

Es la doctrina inmutable de la Iglesia, pero León XIII quería restaurar la enseñanza de la filosofía escolástica y levantarla del descrédito en que la habían sumergido en el siglo XIX tendencias ruinosas provenientes de diversas direcciones. El 4 de agosto de 1879, la encíclica *Aeterni Patris* urgía al episcopado y a los fieles a restaurar la enseñanza tomista. El Papa recordaba en ella la gloria de Santo Tomás de Aquino y de San Buenaventura y los títulos de la filosofía escolástica que ambos genios llevaron a la perfección, para dirigir el pensamiento cristiano. León XIII estaba preparado por su educación y sus

(1) Mourret, o. c., t. IX, pág. 360.

trabajos a poner sus ojos en esta doctrina. Discernía su espíritu de sabiduría, mesura y unidad, la armonía y moderación que brotaba de ella con tanto vigor como claridad; en ella encontraba la respuesta a los problemas que plantean las nociones de libertad, autoridad y propiedad. El Padre Santo insistía en el origen de los males que padece la sociedad: «las opiniones erróneas que escuelas filosóficas introdujeron en muchas almas».

Pronto acometería el examen de esos males para señalar sus remedios, y todas sus encíclicas siguientes se inspirarían en la que había conducido las almas a la fuente de la filosofía cristiana. La encíclica *Arcanum Divinae Sapientiae* —14 de febrero de 1880— se remontaba a la célula del cuerpo social —la familia— y exponía con tanta suavidad como rigor doctrinal la dignidad del matrimonio cristiano, sin el cual la sociedad cae de nuevo en la peor forma naturalista del paganismo decadente. En 1881 la encíclica *Diuturnum* —29 de junio—, sobre el principado civil y la organización de los Estados denunciaba la concepción naturalista de la sociedad política. El Papa no se pronunciaba —ya lo recalcamos en otro capítulo— sobre las diversas formas de Gobierno. Basta con que el Gobierno sea justo y se aplique a procurar el bien común de la sociedad. Pero no se ha de olvidar que, al elegir la primacía, lo que en ciertos casos efectúa la multitud, no son los derechos de la primacía los que se le confieren; «no se delega el mando, sino que se establece quién lo ejercerá». Todo Poder legítimamente establecido y ejercido con justicia ha de ser considerado como proveniente de Dios y acatado en conciencia como proveniente de Dios.

El Sumo Pontífice continuaba obedeciendo a la misma idea rectora cuando condenó la francmasonería como tantos predecesores suyos, en la encíclica *Humanum Genus* —20 de abril—. En ella desenmascaraba a quienes «sólo hablan de su celo por el progreso y de su amor por el pobre pueblo» y únicamente aspiran a propagar el naturalismo ateo, destructor de toda religión y de toda moral. A esta encíclica seguiría una serie de ellas en las que León XIII determinó la aplicación de los principios y normas que han de dirigir a los Estados en sus relaciones con la Iglesia, y a los ciudadanos en sus relaciones con el Estado. En la encíclica *Immortale Dei* —19 de noviembre de 1885—, ya mencionada, sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado, se recordaba que Dios ha dividido el género humano en dos Poderes: «uno, encargado de las cosas divinas; el otro, de las cosas humanas», siendo cada uno supremo en su dominio. Las encíclicas *Libertas praestantissimum* —20 de junio de 1888—, sobre las libertades civiles y políticas, y *Sapientiae christianae* —10 de enero de 1890—, sobre los derechos y deberes de los ciudadanos, completaban la precedente, aunque cada una fuese perfecta en su género.

El Papa se elevaría aún más alto glorificando la grandeza, hermosura y santidad de la Iglesia Católica. Fueron las encíclicas *Satis cognitum* —25 de junio de 1896—, sobre la unidad de la Iglesia; *Divinum illud* —15 de mayo de 1897—, sobre el Espíritu Santo; *Tametsi futura* —1 de noviembre de 1900—, sobre Cristo Redentor, preludio a la de Pío XI sobre Cristo Rey. El año an-

terior a su muerte, la encíclica *Mirae charitatis* —28 de mayo de 1902— sobre la Eucaristía fue la coronación de la obra dogmática del gran Papa.

Estas encíclicas determinaron un vasto y profundo movimiento filosófico y teológico en la Iglesia y en el desarrollo o fundación, dispuesta también por causas particulares, de Universidades o Altas Escuelas. Aquéllas prepararon igualmente al gran público, ya avisado por los debates suscitados sobre el liberalismo y racionalismo, para cuestiones dogmáticas y de erudición religiosa. Si queremos apreciar exactamente la obra completa de este Pontificado, no hay que perder nunca de vista la unidad de pensamiento que inspiró todos sus actos.

La difusión de la filosofía escolástica en los Seminarios, Universidades y sociedades católicas fue uno de los resultados más fecundos de las orientaciones pontificias. En las Universidades romanas, el Papa escogió personalmente a los mejores maestros del tomismo, tales como el padre Zigliara y Monseñor Lorenzelli. En la Universidad de Lovaina, Monseñor Mercier, el futuro purpurado que sería el alma de la resistencia moral del heroico pueblo belga en 1914-1918, dio un renombre universal al Instituto Superior de Filosofía. La *Goerresgesellschaft* en Alemania y la *Leogesellschaft* en Austria se inspiraban en las mismas enseñanzas.

En Suiza, la fundación de la *Universidad de Friburgo*, impulsada por un hombre de Estado genial, Georges Pythou, colmaba los deseos del Padre Santo, de los Obispos y de los católicos suizos a la vez. La idea de fundar una Alta Escuela preocupaba a estos últimos desde la época de la Reforma Católica en el siglo XVI. Se realizó en 1889, y las enseñanzas de filosofía y teología se confiaron por el Papa a la Orden dominicana. El Padre Santo esperaba que la teología y la filosofía tomistas podrían tener una influencia en las Universidades de ciertos países vecinos de Suiza (1). Dos concepciones se enfrentaban en el caso. Monseñor Mermillod, Obispo de Lausana y Ginebra, preconizaba la creación de un Instituto de enseñanza libre, sólo dependiente de los Obispos, según el modelo del Instituto Católico de París y de otras partes. Georges Pythou, por el contrario, quería fundar una Universidad estatal como las ya existentes en varios cantones protestantes, capaces de conferir los grados académicos reconocidos en Suiza y en el extranjero.

El estadista que dirigiría de 1886 a 1927 el Departamento Cantonal de Instrucción Pública —el ministerio como se diría en un gran país— había acertado, y el Obispo lo comprendió al punto. Apoyado por todo el pueblo friburgense, al que supo imprimir el impulso de tantas acertadas creaciones y reformas escolares, Georges Pythou dio a la joven Universidad maestros de tan gran valía, que en pocos años se convirtió en un foco de alta cultura católica e internacional. «El libre pensamiento —exclamaba Monseñor Mermillod el día de la inauguración de la nueva Universidad, 4 de noviembre

---

(1) Abate Ch. Comte, *Le Cardinal Mermillod d'après sa correspondance*, París y Ginebra, 1924, págs. 209-210.

de 1889— ha querido acaparar y confiscar en provecho propio esta palabra tan católica de internacional. Hay que arrebatársela otra vez. Es preciso que la verdad científica, igual que la religiosa, irradie por todos los países.» Recordemos aquí, para no hablar más que de algunos desaparecidos, los nombres de teólogos y filósofos tales como el padre P. Berthier, Coconnier, Weiss y Del Prado; historiadores como el padre Mandonnet, G. Schnürer y A. Büchi; lingüistas de la importancia de J. Bédier y G. Bertoni, del padre M. Masson, en quien la erudición más minuciosa iba unida al gusto literario más seguro; de Monseñor Dévaud, consumado pedagogo; de Monseñor Beck, sociólogo y apóstol, para quien la doctrina social del Papa era algo más que un tema de retórica; de Jean Brunhes, uno de los creadores de la geografía humana; de De Westermaier, botánico de nombradía universal. Y podíamos citar muchos más no menos ilustres. Desde 1897 se reunía en Friburgo un congreso de sabios católicos; entre los delegados y ponentes figuraba Monseñor Aquiles Ratti, Prefecto de la Biblioteca Ambrosiana de Milán, futuro Papa Pío XI. Y así, en el mismo ambiente y con idéntico impulso, nacería la *Unión de Friburgo,* cuyo papel de iniciador del movimiento católico social recordaremos más tarde, papel que en 1891 dio como resultado la encíclica *Rerum Novarum.*

El Papa humanista, cuyos escritos alcanzaban una forma perfecta, también poeta latino, que se distraía releyendo una oda de Horacio, no carecía de menor gusto por la Historia. ¿Cómo habría ignorado que su siglo conoció la renovación de los métodos críticos y que los adversarios de la Iglesia, de Strauss a Renan, pretendieron invalidar las conclusiones tradicionales de los estudios escriturísticos? Se habían publicado innumerables textos patrísticos, conciliares, epigráficos, litúrgicos tanto por sabios católicos como por otros, y la arqueología cristiana se enriqueció con descubrimientos de importancia capital para la historia de los orígenes cristianos. No escapaba al Sumo Pontífice que los apologistas del cristianismo habían vivido en la primera mitad del siglo XIX en la tranquila posesión de la Biblia, considerada como autoridad histórica e incluso científica, y que se había descuidado en demasía la exégesis en la enseñanza de los Seminarios. Importaba, por consiguiente, precisar la autoridad y alcance de los textos escriturísticos y la medida en que la inspiración garantiza la verdad científica e histórica.

León XIII seguía atentamente la polémica de teólogos y exegetas y, tras haber consultado a los más eminentes, publicó el 18 de noviembre de 1893 la encíclica *Providentissimus Deus,* sobre los estudios bíblicos. La índole peculiar de estos doctos trabajos, que únicamente los especialistas estaban califificados para apreciar, no nos permite insistir en ellos competentemente. Sin embargo, séanos lícito destacar el carácter esencial de la encíclica, que en expresión de un exegeta, «nos dirige con seguridad entre los dos escollos que pueden comprometer en la misma medida el estudio de nuestros Santos Libros: un conservadurismo exagerado y la temeridad». Por ello, la encíclica, frente a la crítica racionalista, fue el punto de partida de un rejuvenecimiento de

esos estudios, sin que desaparecieran dos escuelas de exégesis: la de los conservadores y la de los progresistas. El Papa, respetuoso con la investigación científica, se contentó con poner en guardia a los fieles contra las opiniones audaces. La encíclica fue acogida con respeto y deferencia por los exegetas, incluso por uno que más tarde se separaría de la Iglesia incurriendo en su condena: Alfredo Loisy. León XIII, hacia el fin de su vida, siguió con tristeza los avances de las tendencias que su sucesor, Pío X, condenó solemnemente en la encíclica *Pascendi Dominici Gregis* con el nombre de *modernismo.*

El Papa insistió en el mismo tema en su carta *Depuis le jour* al clero de Francia —9 de septiembre de 1899— que abarcaba la totalidad de los estudios históricos. Estaba persuadido de que la Iglesia debe alentar por todos los medios las investigaciones de los sabios honrados, capaces de aniquilar los errores o las calumnias de sus adversarios. León XIII resolvió, pese a los exagerados temores de ciertos espíritus que le rodeaban, abrir desde 1881 los archivos secretos del Vaticano. «Dios no necesita de nuestras mentiras (Job, 13, 7) —escribía al clero francés—. El historiador de la Iglesia será tanto más fuerte para resaltar su origen divino, superior a todo orden puramente humano y natural, cuanto más leal haya sido en no disimular nada de las pruebas que las faltas de sus hijos y, a veces, incluso de sus Ministros hicieron sufrir a la Esposa de Cristo en el transcurso de los siglos. Estudiada así la historia de la Iglesia, por sí misma constituye una magnífica y concluyente demostración de la verdad y divinidad del cristianismo.» La obra de Luis Pastor, autor de la monumental *Historia de los Papas;* la de Gustavo Schnürer, tan a menudo citadas por nosotros, y muchas más aún, ilustran y justifican plenamente las ideas del gran Papa.

Las había desarrollado en otro documento, más célebre que el de 1899 —el breve *Saepe numero considerantes*—, dirigido el 18 de agosto de 1883 a los Cardenales De Lucca, Pitra y Hergenroether. Repitiendo los mismos términos de Cicerón en su *De Oratore,* 2, 15, el Papa desarrollaba en una lengua digna del escritor romano la norma intangible de la Historia. *Quis nescit primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat?* Fue una vez más el afán de guiar a las almas lejos de los caminos del error lo que inspiró a León XIII la reforma del *Index,* publicada el mes de febrero de 1897 por la constitución apostólica *Officiorum ac Munerum.* En ella encontramos ese espíritu y sabiduría comprensiva y prudente que eran una de las virtudes fundamentales de su elevada inteligencia.

El *renacimiento* de las *artes litúrgicas* iniciado bajo el Pontificado de Pío IX tampoco debe silenciarse en la historia de León XIII. Su nombre está vinculado a la restauración de esa gran forma sintética de arte y poesía que sedujo al genio de un Chateaubriand: la liturgia católica. Su solicitud se volcó en todas sus manifestaciones, ya fuesen de índole erudita, como los *Orígenes del culto cristiano* del Abate Duchesne, más tarde Monseñor Duchesne; o artísticas, como el canto gregoriano restaurado en sus orígenes venerables por Dom Pothier y dirigido por el reglamento pontificio de 1894.

Asimismo, a los consejos de León XIII y a su vigilancia se debe asociar la renovación de la ciencia católica a finales del siglo XIX. Las orientaciones pontificias contribuyeron —en proporción tan amplia que necesitaríamos un libro para exponerla— a dirimir el pretendido conflicto que ciertos sabios modernos habían denunciado entre la ciencia y la religión. Si era exagerado concluir —como lo hizo Brunetière en páginas famosas— al «fracaso de la ciencia» (1), no era menos lícito reaccionar contra el *cientificismo* que negaba el misterio y afirmaba precipitamente que la ciencia contradice a la fe. Los progresos que la primera no cesó de registrar desde esa época dieron la prueba de que la ciencia, lejos de apartar de Dios, acerca a Él.

Sin embargo, aún existía otra gran crisis que dilaceraba al mundo contemporáneo y que permanece insoluble: la del trabajo; su examen nos lleva a exponer ahora la actitud de León XIII frente a la *cuestión social.*

LA ENCÍCLICA «RERUM NOVARUM» (15 DE MAYO DE 1891)

Las preocupaciones sociales de León XIII venían de muy lejos. Nuncio en Bélgica hacia el final del Pontificado de Pío IX, había observado las condiciones de los trabajadores de las fábricas y del campo. Arzobispo de Perusa, en una carta pastoral de 1877 sobre la Iglesia y la civilización, tras haber referido la historia del trabajo a través de los siglos, demostraba la eminente dignidad y «el indigno abuso de los pobres y débiles por parte de los que quieren explotarlos en provecho propio». Un año después, el Cardenal Pecci se había convertido en el Papa León XIII, y en su primera encíclica, *Inscrutabili Dei consilio* —21 de abril de 1878— demostraba que los males padecidos por la sociedad moderna se deben al abandono de las máximas cristianas y al divorcio ocurrido entre ella y la Iglesia. En dicha encíclica estigmatizaba «el desprecio a las leyes que regulan las costumbres y protegen la justicia, la insaciable codicia por las cosas perecederas y el olvido de las eternas». Al final del mismo año, la encíclica *Quod Apostolici Muneris,* del 28 de diciembre de 1878 —evocada más arriba—, condenaba el socialismo, el comunismo y el nihilismo, destructores de los fundamentos de la sociedad civil, haciendo remontar la anarquía social a la anarquía intelectual (2).

---

(1) En la *Revue des Deux Mondes,* 1 de enero de 1895.

(2) Existen numerosísimas obras sobre León XIII y el movimiento social, y ni siquiera podríamos dar aquí los títulos. Nos limitaremos a indicar: León Grégoire (seudónimo de George Goyau), *Le Pape, les catholiques et la question sociale,* París, 1893. O. P. Rutten, *La doctrine sociale de l'Église résumée dans les encycliques «Rerum Novarum» et «Quadragesimo Anno»,* Editions du Cerf, Juvisy, 1932, que contiene los textos. Asimismo, en la edición económica de *L'Action Populaire* hay un buen análisis y notas que acompañan al texto: *La encíclica «Rerum Novarum»,* edición del canónigo P. Tiberghien, París, Edic. Spes; la 6.ª edición es de 1936. Un buen análisis de la encíclica se halla en Hayward, o. c., págs. 221-228. Sobre el desarrollo industrial, el socialismo, los problemas económicos y sociales, véase

Los problemas sociales en este período de la Historia comprendido en el Pontificado de León XIII, ya ocupaban el primer puesto en sus preocupaciones sobre el mundo moderno. Los mismos problemas políticos ya no lograban apasionar los espíritus sino cuando servían de banderas o de máscaras a realidades más profundas. Nuevas fuerzas ejercían su influencia en la acción de los partidos; otras cuestiones, además de las querellas, e incluso los principios políticos, preocupaban a las masas, que veían afirmarse el contraste entre la extrema riqueza y la extrema miseria. En un mundo en el que la industrialización aumentaba considerablemente la población obrera, en el que el socialismo arraigaba, el proletariado, que crecía a la par que el capitalismo, aspiraba a la emancipación, y la *cuestión social* se convertía en uno de los fenómenos esenciales de la Historia.

El movimiento social católico, al que el Papa invitaría a asociarse a todos los miembros de la Iglesia, es contemporáneo de la aparición de la *cuestión social*. Mientras estadistas imbuidos de la doctrina liberal —Cavour, Thiers, Gambetta— comenzaron por negarla, los eclesiásticos, en cambio, empezaban a querer resolverla. El primero entre ellos fue el Barón *Guillermo Manuel de Ketteler*, Obispo de Maguncia, en 1850. «El día en que se reconocieron las injusticias y miserias, consecuencia del régimen actual de la industria, y el día en que, para hacer reinar la justicia y proteger a los débiles, se propuso rehabilitar en las estructuras y restaurar en las costumbres los principios del cristianismo, nació el movimiento social católico. Desde entonces existió allí donde los católicos, no contentos con llevar a los miserables los consuelos de la caridad, hicieron oír en favor suyo las protestas de la justicia y sustituyeron los planes de una reforma y legislación sociales inspiradas en el espíritu del Evangelio a los remedios arbitrarios y provisionales ofrecidos por la filantropía» (1).

Ketteler ejerció su ministerio entre las poblaciones industriales de Renania, donde —como ya observamos— un proletariado católico tenía que soportar condiciones impuestas por patronos, en su mayor parte liberales y protestantes. Con la misma energía combatió desde 1848 las doctrinas liberales y comunistas relativas a la propiedad, pues las primeras otorgaban el derecho de usar de ella sin restricciones y las segundas discutían hasta su legitimidad. El gran Obispo se adelantó a las protestas de los socialistas Carlos Marx y Lassalle contra las iniquidades del régimen económico moderno. Alemania era el único país del continente europeo donde con espontaneidad «el clero católico se atrevió a criticar enérgicamente esos abusos sin esperar las imperiosas demandas del peligro socialista» (2). En ese momento el Centro apoyaba

---

Peuples et civilisations, t. XVIII. En español, cf. *Colec. Enc. y Doc. Pontificios*, edic. A. C. E., Madrid, 1955. Existen muchas obras y comentarios editados por el Instituto Social «León XIII» de Madrid.

(1) L. Grégoire, o. c., pág. 3.

(2) Ibíd., pág. 10.

el movimiento con todas sus fuerzas, y las leyes protectoras de los obreros emanaron de él; todavía no era un partido gubernamental demasiado dócil a las solicitaciones del Poder.

En Francia los iniciadores fueron el Conde Alberto de Mun y su amigo el Marqués de la Tour du Pin Chambly, oficiales prisioneros en Alemania en 1870, quienes aprovecharon su cautiverio para leer la obra de Émile Keller sobre *La encíclica de 1864 y los principios de 1789*. De regreso a Francia participaron en la represión de la Comuna y quedaron profundamente impresionados por el espectáculo de la guerra y de la insurrección. Fundaron círculos de obreros bajo la dirección de católicos deseosos de estudiar el problema social. La obra dio demasiada sensación de ser una oficina electoral al servicio de la Monarquía; la «contrarrevolución en nombre del *Syllabus*» asustaba a demasiada gente; la *corporación*, otra consigna suya, era demasiado vaga. El coraje de los hombres animosos no por ello dejó de dar los mejores frutos, obligando a los católicos a encararse con su deber y suscitando una vigorosa y oportuna crítica de las iniquidades sociales.

En Austria el estudio precedió a la acción parlamentaria y popular del movimiento social católico, asociado a los nombres del Barón de Vogelsang, del Príncipe de Lichtenstein, de los Condes Kuefstein, Blome y Belcredi. Se creyó desacreditarlos llamándolos *feudales;* les tenía sin cuidado, declarando que no querían restaurar la sociedad medieval, sino realizar su ideal social, que era el del Evangelio. Estos aristócratas incorporaron pronto a hombres nuevos, demócratas rebelados contra la plutocracia semita —ya lo recordamos a propósito de la política pontificia en Austria— y lograron se votasen leyes industriales que corregían ciertos abusos.

En Suiza el movimiento debió su impulso a Gaspar Decurtins, en quien la energía y la potencia del trabajo corrían parejas con la erudición más sólida. «*Ich bin ultramontan durch und durch* (soy archiultramontano)», decía, espantando a ciertos ultramontanos con sus convicciones democráticas y a demócratas con sus convicciones ultramontanas. Conquistó una situación inigualable entre los trabajadores suizos y, al mismo tiempo, se convirtió en el jefe de los católicos suizos. Suiza le debe el rápido avance de la legislación obrera, y fue él quien comprometió al Consejo Federal a tomar la iniciativa de la conferencia internacional del trabajo que, como vimos, el Emperador Guillermo II hizo transferir a Berlín. La sola idea de una legislación social aparecía entonces como inconveniente tanto a jefes católicos como a liberales en Suiza igual que en otros países. Fue un católico suizo quien afirmó: «A ningún Estado se le ha ocurrido todavía la idea de buscar la solución del problema social en la legislación y ninguno intentará hacerlo, pues sería poner en tela de juicio los principios en los que se apoya hoy toda la vida social del mundo civilizado.» (Hay que entenderlo de los principios de 1789.) Esos católicos, cuya buena fe es indiscutible, aún no habían podido liberarse del individualismo liberal ni de la doctrina del siglo de las luces: «dejad hacer, dejad pasar».

Llegaría el día en que los católicos sociales de los diferentes países pensarían en ilustrarse y convenir entre ellos; los estudios que comportaba su acción se hicieron internacionales. Era lo más natural que se iniciaran primero en Roma; Monseñor Domingo Jacobini y Monseñor Mermillod los dirigieron. El *Círculo Romano de Estudios Sociales* reunió a una *élite* de católicos italianos, los cuales, imposibilitados por el *non expedit* pontificio de tomar parte en la vida política, llevaron su ardor apostólico al terreno social. Se constituyó una *Unión para los estudios sociales* en el círculo y prestaron su colaboración personalidades extranjeras, como el Conde Kuefstein; el padre Denifle, futuro historiador de Lutero; Decurtins, H. Lorin, luego uno de los jefes del movimiento en Francia. Monseñor Mermillod era Obispo de Lausana y Ginebra, con residencia en Friburgo desde 1883. Al año siguiente, con la aprobación y aliento de León XIII, fundaba la *Unión de Friburgo*, a fin de coordinar todavía mejor los esfuerzos de todos los grupos nacionales.

Ya existían tres grupos: el de Roma, presidido por Monseñor Jacobini; el de Francfort, bajo la dirección del Príncipe de Loewenstein; el de Francia, con el Conde Alberto de Mun. Estos guías, recibidos en el obispado de Friburgo por el jefe de la Diócesis, «uno de esos hombres resueltos que polarizan y crean la vida en torno suyo», vieron juntárseles ilustres colaboradores (1).

Entre otros fueron los Condes Blome y Kuefstein ya mencionados, el Conde Pergen, un industrial francés; León Harmel, uno de los primeros fundadores de obras sociales de ayuda a los obreros; Enrique Lorin, G. de Verspeyen, un belga, el padre Denifle, dominico; el padre Lehkuhl, jesuita; el Conde Medolago-Albani; suizos como Gaspar Decurtins, Georges Pythou, el joven G. de Montenach; Teodoro de la Rive, ilustre converso de Ginebra, el padre Jaquet, franciscano, de Friburgo, más tarde Obispo de Jassy, en Rumania; el Marqués de la Tour du Pin era el secretario de la Unión. Tenían un mismo ideal: reconocer los males que padecía la sociedad civil y buscar los remedios. El método, asimismo, les era común: inspirarse en la filosofía de Santo Tomás de Aquino, rehabilitada por iniciativa de León XIII. Respecto a Monseñor Mermillod, que sabía entusiasmar a sus colaboradores y sostenerlos con su experiencia, era un veterano de la acción social. Evocaba con espíritu penetrante —uno de los rasgos sobresalientes de su personalidad —su famoso sermón pronunciado en 1868 en la iglesia de Santa Clotilde, en París, que mereció ser considerado como un socialista: «Me consolaba de mi socialismo. Mereció la bendición de Pío IX.»

La Unión de Friburgo no tenía que hacer proyectos de ley; su papel era fijar los principios en los que debían inspirarse las legislaciones sociales de los países civilizados. Desde 1887 el régimen corporativo, la protección legal al obrero, la estabilidad de la propiedad rural estaban casi en todas partes

---

(1) Sobre la *Unión de Friburgo* consúltese: Cirilo Massard, *L'oeuvre sociale du Cardinal Mermillod*, Lovaina, 1914, y Carlos Comte, *Le Cardinal Mermillod d'après sa correspondance*, París y Ginebra, 1924.

a la orden del día; «el mundo no duda de vuestra paternidad», decía De Mun a sus colegas. En 1885 la Unión había manifestado discretamente el deseo de ver al Papa hacer suya la causa de los trabajadores. Era adelantarse a sus deseos más caros, y dos años después Monseñor Mermillod podía asegurar a sus invitados que el Sumo Pontífice pensaba en escribir una encíclica, «pero que motivos de prudencia le obligaron a suspender dicha labor tan delicada consistente en precisar el punto exacto entre la justicia y la caridad» (1). En 1888 las instancias de la Unión se hicieron más apremiantes y Monseñor Mermillod remitió al Papa un escrito en tal sentido; en 1890 el Prelado suizo escribió al Obispo de Lieja, donde se celebraba un congreso de estudios sociales, una carta que resumía las conclusiones de la Unión de Friburgo; era como un prefacio a la encíclica.

Ya en el mes de marzo de 1885 un miembro de la Unión de Friburgo había dicho a León XIII que las ideas sociales cristianas eran consideradas como el peor de los socialismos por muchos católicos. «Pues no —respondió el Papa—, no es socialismo, es cristianismo... ¡Ah! Vuestros enemigos ignoran lo que es el orden social cristiano. Pues bien, nada temáis; esperad mi próxima encíclica; el Papa afirmará que existe un orden social cristiano.» El 5 de octubre de 1890 el Obispo de Lausana y Ginebra, ya Cardenal Mermillod desde el mes de mayo, anunciaba a la Unión que estaba preparada la encíclica. Apareció el 15 de mayo de 1891; era la *Rerum Novarum;* un año después la Unión de Friburgo celebraba su última sesión; su obra estaba cumplida. «Hay que pasar por la caridad —había dicho el Cardenal— para llegar hasta la justicia.» El 23 de febrero de 1892, consumido por una vida de trabajos, fatigas y luchas, se extinguió en Roma, a los sesenta y ocho años, con una dulce y radiante resignación, fiel a la promesa que se hizo a los veinticinco años cuando proclamó la necesidad de «convertir a los hombres del pasado y bautizar a los hombres del futuro» (2).

Por la misma época un incidente exigió la atención del Sumo Pontífice. En los Estados Unidos, la Noble Orden de los *Caballeros del Trabajo (Knights of Labor)* pretendía confederar a las masas obreras. No traía la paz, sino la guerra. Su presidente había dicho en 1885: «Esta guerra debe determinar quién reinará: el monopolio o el pueblo americano, el oro o el hombre... Cuando acabe el reino del monopolio, no nacerá un anarquista en nuestro suelo, pues la anarquía es su hijo legítimo.» El episcopado canadiense estaba contra ellos; casi todo el de los Estados Unidos, en su favor. Desde América el Cardenal Gibbons, desde Inglaterra el Cardenal Manning intervinieron en favor de los Caballeros del Trabajo ante León XIII, a quien se había transferido el asunto. Sobre la Noble Orden no cayó condena alguna, y este episodio adelantó la publicación de la encíclica.

---

(1) Comte, o. c., pág. 204.

(2) *Éloge du Cardinal Gaspard Mermillod*, por Monseñor Beaupin, «Les Amitiés catholiques françaises», París, 1924, pág. 24.

Ésta fue la génesis de la encíclica *Rerum Novarum.* Antes de exponer su doctrina importa señalar su filiación con el *Syllabus* y la encíclica *Aeterni Patris,* obra del Concilio Vaticano I. Los liberales se habían precipitado en concluir —como se recordará— que la Iglesia de Pío IX se había entregado a todas las reacciones. La masa que trabaja y sufre se quejaba del actual estado de cosas, de la ausencia de sindicatos obreros, de una falta de agrupaciones que la dejaba indefensa. A esas justas reclamaciones los liberales, hijos de la Revolución, oponían una barrera de prejuicios. En cambio los defensores del *Syllabus* —recuérdense las palabras de Luis Veuillot— comprendían espontáneamente las quejas y deseos de la masa. La encíclica de León XIII sobre la *cuestión social* fue un avance resultante de una reacción: «el *Syllabus* tenía que ser una reacción para que luego se realizase el avance. Pío IX tuvo la ingrata tarea y León XIII la grata» (1). La encíclica *Aeterni Patris,* que pareció señalar el momento de una reacción intelectual, fue, en realidad, la madre de la encíclica *Rerum Novarum,* carta cristiana del trabajo sobre «la condición de los obreros» —es su título—, «un gran acontecimiento en la historia de las sociedades modernas», son palabras del protestante Spuller, Ministro de la Tercera República.

VISIÓN DE CONJUNTO DE LA ENCÍCLICA

«La cuestión social es, ante todo, una cuestión moral», había dicho Ketteler, y el objeto del Papado siempre es la supremacía moral y el gran arbitraje de las crisis sociales de la humanidad.

El tema de la encíclica *Rerum Novarum* es la cuestión obrera planteada por los hechos económicos, sociales y morales, que el Papa tiene el deber de abordar. No considera en conjunto la *cuestión social,* que comprende todos los problemas relativos a la organización cristiana de las sociedades. El Papa había hablado de tal organización en tres encíclicas, a las que alude al principio de ésta: *Diuturnum illud* (1881), *Inmortale Dei* (1885), *Libertas* (1888). Se enfrenta inmediatamente con el problema estudiando el mal social que mina la sociedad contemporánea. No lo describe, como los socialistas, para agriar los ánimos, sino para proceder inmediatamente al examen de los remedios. La causa del mal es la desaparición de las antiguas corporaciones, no sustituidas por nada, que eran una protección para los obreros. Además, «todo principio y todo sentimiento religioso han desaparecido de las leyes e instituciones públicas, y así, paulatinamente, los trabajadores, solos e indefensos, se vieron con el tiempo entregados a merced de amos inhumanos y a la codicia de una concurrencia desenfrenada. A aumentar el mal vino la voraz usura». Estas últimas palabras significan que el capital no produce por sí mismo, sólo produce realmente y rinde legítimamente si va unido al trabajo.

---

(1) L. Grégoire, o. c., pág. 55.

El falso remedio es el socialismo, cuya aparición perjudicaría al obrero discutiendo el derecho de propiedad y sería injusto, pues el derecho de propiedad se funda en el Derecho natural y la Revelación y es anterior a la formación del Estado. El socialismo deforma las relaciones de la familia y del Estado respecto a la propiedad; la familia, anterior al Estado, tiene el derecho, en virtud de su fin, de poseer. El Estado posee cierto derecho de intervenir en la sociedad familiar, mas para proteger el derecho de propiedad y no para abolirle. La aplicación del socialismo acarrearía las peores consecuencias; los verdaderos remedios corresponde proponerlos a la Iglesia; sin ella no habría solución eficaz.

Los basa en dos principios: la necesidad de las desigualdades y sufrimientos y la necesidad de la unión. En virtud del primero el hombre debe aceptar «esa necesidad de su naturaleza que hace imposible en la sociedad civil la elevación de todos al mismo nivel...; contra la naturaleza todos los esfuerzos son inútiles». Lo cual equivale a decir que esta desigualdad necesaria proviene de la desigualdad de los dones recibidos y del rango ocupado en la jerarquía. Pero León XIII afirma, en cambio, que entre todos los hombres existe una igualdad esencial: «Todos tienen un solo Señor.» La necesidad de unión contradice el error capital que consiste «en creer que las dos clases son enemigos natos entre sí, como si la naturaleza hubiese armado a ricos y pobres para combatirse mutuamente... Tienen una necesidad imperiosa una de otra: no puede haber capital sin trabajo ni trabajo sin capital».

Las doctrinas de unión son la justicia y la amistad; el obrero y el patrono tienen cada cual deberes y derechos. El primero «debe rendir íntegra y fielmente todo el trabajo a que se comprometió por contrato libre y conforme a la equidad». Al segundo se le prescribe «tener en cuenta los intereses espirituales del obrero y el bien de su alma», y no imponer a los subordinados «un trabajo superior a sus fuerzas y contrario a su edad y sexo». Uno de los principales deberes del patrón es el «de dar a cada uno el salario conveniente» y permitirle crearse un ahorro. La amistad reinará gracias a las enseñanzas de la Iglesia. De aquí se sigue que el verdadero punto de vista para apreciar el valor de la riqueza es elevarse «hasta la consideración de esa otra vida que es inmortal».

Si la riqueza en sí misma es más bien obstáculo para «la bienaventuranza eterna», su dignidad estriba en el uso que de ella se hace. «El fundamento de esta doctrina está en la distinción entre la justa posesión de las riquezas y su uso legítimo.» Al ser la propiedad privada derecho natural, «es lícito al hombre poseer e incluso es necesario a la vida humana». Pero en lo concerniente al uso de esos bienes, «el hombre no debe tener por privadas las cosas exteriores sino por comunes, de tal modo que haga partícipe de ellas a los demás en sus necesidades». De aquí se deduce que, si «nadie debe vivir contra las conveniencias», en expresión de Santo Tomás, la caridad es un deber, el deber «de derramar lo superfluo en el seno de los pobres». Los dones de Dios son, por tanto, medios de servir. En cuanto a la pobreza, su dignidad proviene del

hecho de que «la verdadera dignidad del hombre y su excelencia estriban en sus costumbres, es decir, en su virtud». «Jesucristo proclama a los pobres bienaventurados..., abraza con una caridad más sensible a los humildes y oprimidos.»

«Pero —agrega el Padre Santo— no basta con la simple amistad; si se obedecen los preceptos del cristianismo, en el amor fraterno se operará la unión... Si sois hijos, seréis también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo.» Respecto a la Iglesia, «ésta no se contenta con indicar el remedio, sino que lo aplica al mal con sus propias manos». «Ella vivifica las almas, renueva la sociedad y alivia las miserias restaurando las costumbres y mediante innumerables instituciones de beneficencia.»

A continuación, la encíclica aborda la cuestión capital de la *intervención del Estado*. «Con todo, para obtener el resultado apetecido, es preciso sin duda alguna recurrir, además, a los medios humanos... Pues bien, ¿qué tenemos derecho a esperar del Estado para remediar la situación?» El Estado tiene derecho a intervenir en nombre del bien común y en nombre del interés de la clase obrera. «Lo llevará a cabo con todo el rigor de su derecho y sin tener que temer el reproche de injerencia, pues en virtud de su mismo cargo, el Estado debe servir al interés común.» El Estado ha de promover el bien de todas las clases, las cuales, en su totalidad, forman parte del cuerpo de la nación y, entre otras, el de la clase obrera, porque su trabajo, si bien no mira directamente al bien común, procura a la sociedad los bienes externos que le son necesarios. «Sin duda alguna, el bien común, cuya adquisición ha de tener por resultado perfeccionar a los hombres, es principalmente un bien moral. Pero en una sociedad bien constituida se han de hallar asimismo cierta abundancia de bienes materiales y exteriores cuyo uso se requiere para el ejercicio de la virtud.» El enunciado de este principio lo toma la encíclica del mismo Santo Tomás. Por consiguiente, el Estado debe obrar de suerte que los trabajadores reciban «una parte congrua de los bienes que proporcionan a la sociedad... y puedan vivir a costa de menos penas y privaciones».

Sin embargo, la intervención del Estado tiene sus normas y límites. El principio es que debe intervenir cuando lo exija el interés, ya de la comunidad, ya de sus partes. «La salud pública no sólo es aquí la ley suprema, sino la causa misma y la razón de ser del Poder civil.» Es necesario «que se observe religiosamente y nunca una clase pueda oprimir a otra impunemente»... La razón que motiva la intervención de las leyes determina sus límites, es decir, aquéllas no deben adelantarse ni emprender nada fuera de lo necesario para remediar los males y apartar los peligros. La naturaleza de las cosas exige que el Estado prodigue «atenciones y una especialísima solicitud a los trabajadores pertenecientes a la masa de los desvalidos».

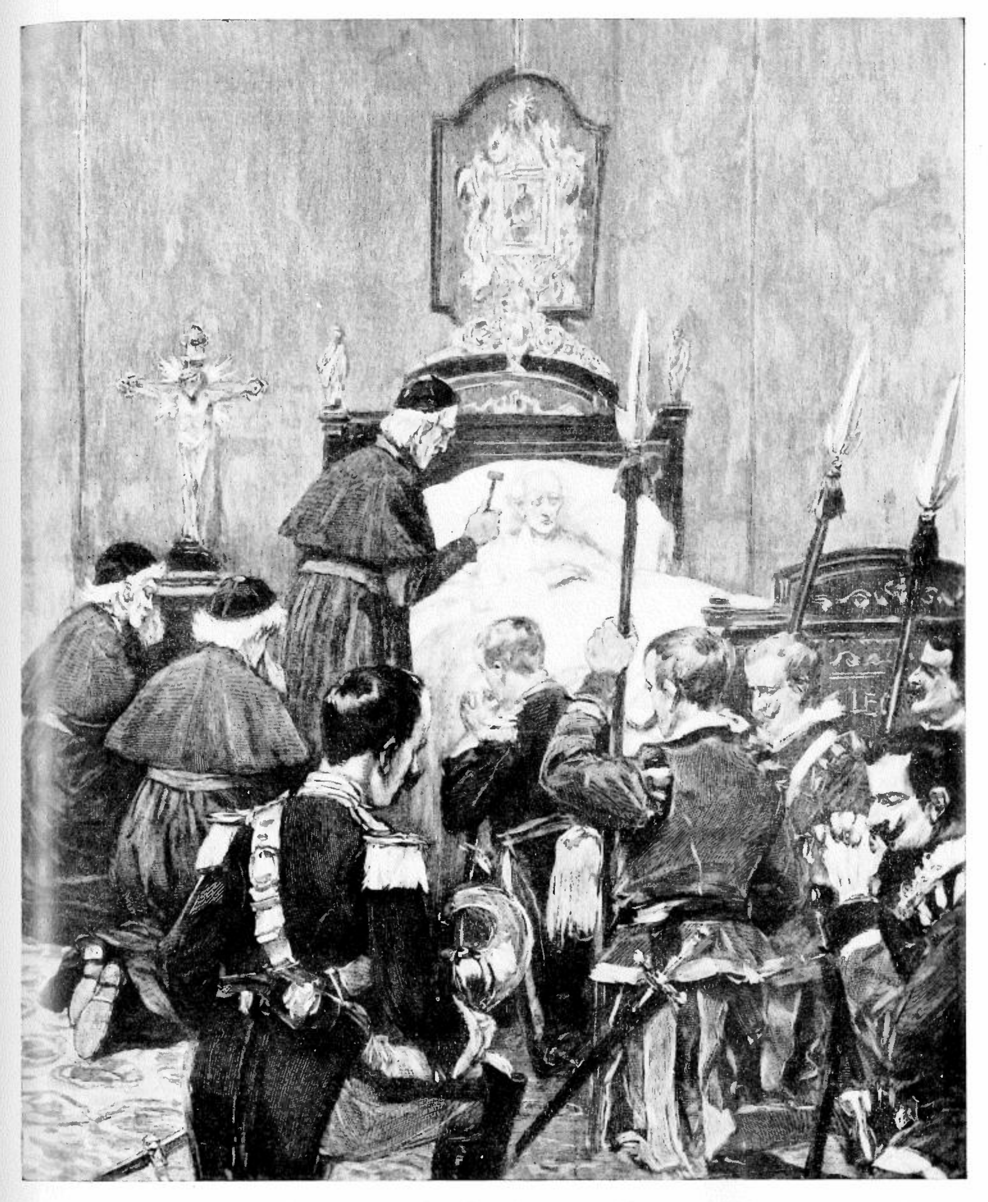
La carta cristiana del trabajo trata luego de algunos casos particulares de intervención: la protección de la propiedad privada y la protección al trabajo. El Papa enumera aquí los casos en que dicha intervención es necesaria: huelgas que amenazan la tranquilidad pública, violación de los derechos de

los obreros a cumplir sus deberes con Dios, peligros morales a que están expuestos los obreros en las fábricas, aplastamiento de los trabajadores bajo inicuas cargas y peligros resultantes para su salud. El Estado protegerá con la mayor eficacia la propiedad privada y el trabajo que previene el mal, es decir, eliminando las causas propias para producir conflictos entre patronos y obreros.

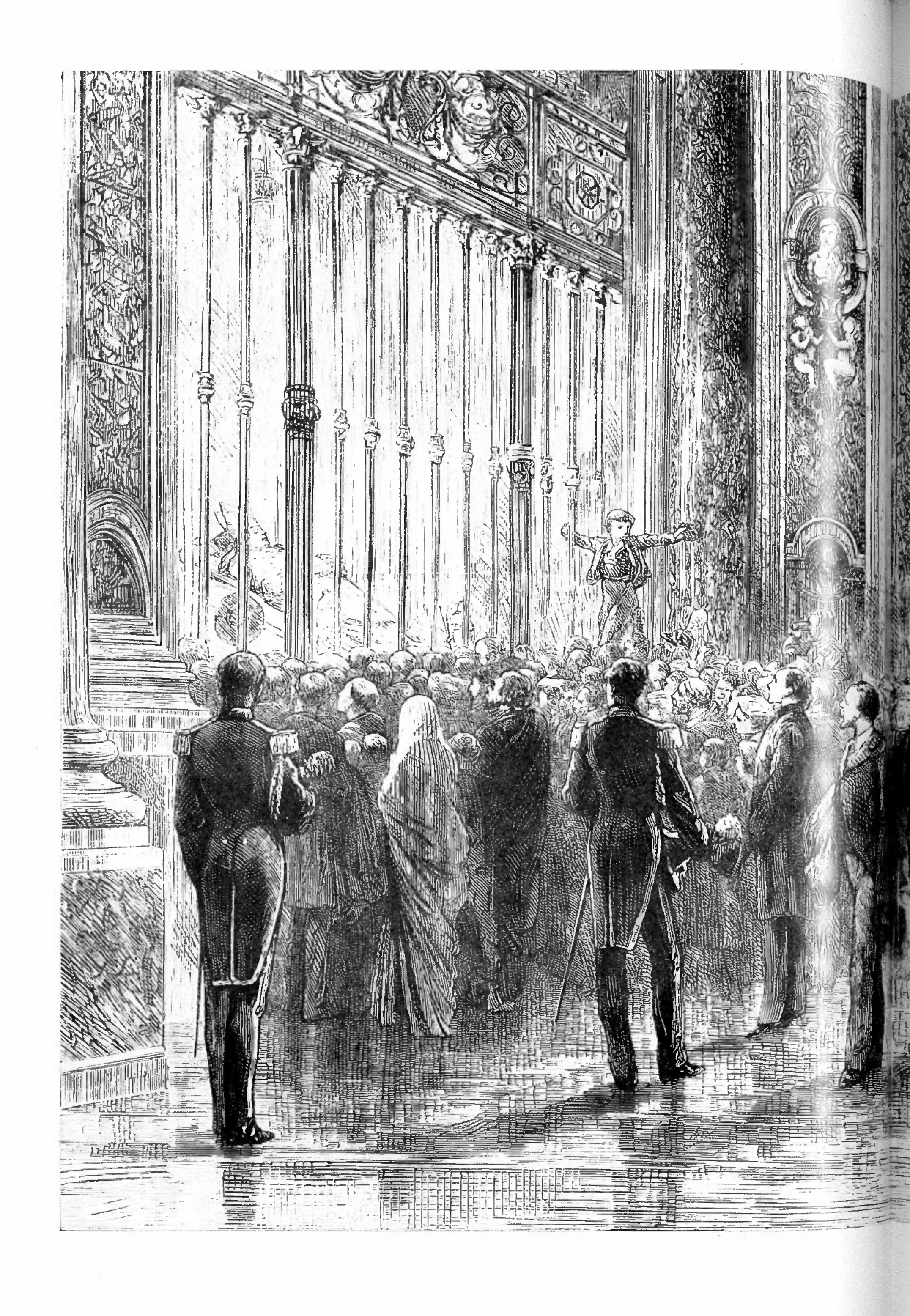
Después la encíclica aborda la cuestión, importante entre todas, de la *fijación del salario.* «Se pretende —afirma el Padre Santo— que la cuantía del salario se ha de precisar por el libre consentimiento de las partes, de tal suerte que el patrono, una vez pagado el salario concertado, ya ha cumplido su deber sin venir obligado a nada más.» Idea errónea, pues omite el punto esencial, consistente en fijar el *justo salario* por la consideración de la intención del trabajador. El salario es justo si equivale al valor del trabajo producido, puesto que un intercambio es justo si hay equivalencia entre lo que se da y lo que se recibe. Ahora bien, ¿qué vale el trabajo producido? El Papa indica aquí una base de apreciación para fijar directamente, al margen del valor del producto, el valor mínimo del trabajo humano. Es intención del trabajador vivir de su trabajo. De aquí se infiere que no es el precio de venta el que impone el precio de la producción, es decir, el precio del salario. Si, de hecho, ocurre así es porque se ha violado el orden natural, el trabajo se considera igualmente como una mercancía de la que uno se apropia lo más ventajosamente posible. Esto no es recto; el precio justo confiere al trabajo, del que procede el objeto, un valor mínimo; al menos expresa el valor de ese trabajo. Esta solución cristiana se distingue de todas las otras teorías que quieren fijar el valor del trabajo y el salario que le corresponde sin considerar la intención del trabajador.

«Y así aun admitiendo que el patrono y el obrero formen por consentimiento mutuo un pacto, y señalen concretamente la cuantía del salario, es cierto que siempre entra allí un elemento de justicia natural anterior y superior a la libre voluntad de los contratantes y que exige que el salario no ha de ser inferior al mantenimiento del obrero, con tal que sea frugal y de buenas costumbres. Si, obligado por la necesidad o por el miedo a lo peor, acepta pactos más duros, que hayan de ser aceptados —se quiera o no se quiera— como impuestos por el propietario o empresario, ello es tanto como someterse a una violencia contra la que se revuelve la justicia.» Entonces es deber del Estado intervenir, si bien es preferible dejar la solución a las «corporaciones o sindicatos» de que se ocupa la encíclica en la última parte.

El Papa espera mucho para la pacificación social de esas asociaciones profesionales. Son de derecho natural por ser natural su origen, y en la actualidad son muy oportunas; naturalmente, el Estado debe protegerlas, pero también puede disolverlas si persiguen «un fin en flagrante oposición con la probidad, la justicia y la seguridad del Estado». El sindicato libre en la profesión organizada parece ser el pensamiento pontificio sobre la organización profesional. Sus estatutos serán necesariamente muy variados; han de



León XIII en su lecho de muerte (20 de julio de 1903). El Cardenal-Camarero Oreglia comprueba el fallecimiento. Grabado de O. Gerlach, según un dibujo de M. de Bini. *Illustrirte Zeitung.* Leipzig, 1903





León XIII de cuerpo presente en la basílica de San Pedro, ante la multitud de los visitantes que vinieron a tributarle sus homenajes póstumos. Grabado procedente de *Illustrirte Zeitung*. Leipzig, 1903



Dormitorio de León XIII convertido en cámara mortuoria, en el Vaticano. Si exceptuamos el mobiliario adornado, aunque escaso, la desnudez de esta celda no evoca ni con mucho el fasto de la vida de un Papa. Fotografía

conciliar *perfectamente* los derechos y deberes de los obreros. La encíclica termina con un llamamiento a la acción a todas las clases sociales en la caridad evangélica, esa sublime virtud que San Pablo definía: «La caridad es paciente, benigna, desinteresada, lo sufre todo, lo soporta todo.»

Éstos son los principales rasgos de la célebre encíclica *Rerum Novarum*. León XIII daba por descontados grandes resultados; su repercusión fue profunda y universal; todo el mundo comprendió que la *cuestión social* ocupaba el primer plano en las preocupaciones de la Iglesia. Por él la Iglesia volvía a afianzarse en la sociedad contemporánea y los católicos tuvieron una parte considerable en las reformas sociales a finales del siglo XIX y principios del XX. Junto a las demostraciones de aprobación hubo, indudablemente, críticas más o menos malévolas y, como es natural, la encíclica suscitó controversias sobre los límites del derecho de propiedad, de lo superfluo, sobre la exacta medida del salario y respecto al salario familiar. La encíclica había establecido principios generales; no había de resolver problemas particulares. Las interpretaciones que de ella se dieron, como ciertas críticas, con harta frecuencia revelaron el egoísmo de clase. Si jefes de empresa, adversarios de la enseñanza de la Iglesia, opusieron una negativa a las directrices pontificias, demasiados patronos católicos tampoco se preocuparon de conformar su actitud social con su fe.

Tampoco faltaron políticos y pretendidos sociólogos —no se ha extinguido todavía la especie— que considerasen más fácil celebrar la encíclica con elocuentes discursos que conformar a ella los actos y leyes. Está bien citar las encíclicas, pero es mejor aplicarlas y, sobre todo, hay que tomarlas —como afirma un teólogo contemporáneo, el padre Sertillanges— por *faros* y no por *hitos*. Los Papas, con sus encíclicas, quieren iluminar, conducir e impulsar a los católicos por el buen camino. Tenemos, pues, que preguntarnos, valiéndonos de los textos pontificios, sobre el modo de realizarlos, y nada más contrario al espíritu del Sumo Pontífice que la actitud de los que creen haberlo dicho todo y hecho todo al citarlos, aunque fuese en un arrebato de lirismo y con la mano sobre el corazón.

El impulso dado al catolicismo social se transformó también, a veces, en un ardor demasiado impetuoso, que indujo a ciertos sacerdotes y seglares a traspasar los justos límites. La «democracia cristiana» dio lugar a equívocos lamentables. Desde 1898 el Papa declaraba a León Harmel, ese patrono modelo e irreprochable que le presentó a los peregrinos de la «Francia del trabajo»: «Si la democracia se inspira en las enseñanzas de la razón iluminada por la fe; si acepta con religiosa resignación y como un hecho necesario la diversidad de clases y condiciones; si, en una palabra, la democracia quiere ser cristiana, dará a vuestra patria un porvenir de paz, prosperidad y felicidad.» Llegó el día en que León XIII se percató de que ciertos hombres se apoyaban en sus enseñanzas para atacar injustamente a los regímenes fundados en otros principios distintos de los del gobierno popular. No vaciló entonces en disipar cualquier equívoco. Fue el tema de la encíclica *Graves de communi*, de 18 de

enero de 1901. En ella rechazaba los términos «socialismo cristiano» y «democracia social». En cambio aceptaba el de «cristianos sociales». La «democracia cristiana» no debe desviarse hacia un sentido político; no debe significar «otra cosa que la benéfica acción cristiana con el pueblo». Pues —agregaba el Sumo Pontífice— «al estar los preceptos de la naturaleza y del Evangelio por su autoridad propia por encima de las vicisitudes humanas, es necesario que no dependan de ninguna forma de Gobierno civil; sin embargo, pueden adaptarse a cualquiera de dichas formas con tal de que no se opongan a la honradez ni a la justicia».

No podía ser más claro ni más explícito, y el pensamiento del Papa —como se ve— no había cambiado; la justicia, respecto a cualquier régimen honrado, seguía siendo su norma inmutable. La intención del Papa de coordinar los esfuerzos de los católicos y de poner fin a sus disensiones, sobre todo en Francia, Austria e Italia, era evidente. Su sucesor Pío X se vería obligado —como expondremos— a intervenir otra vez en este debate y a condenar ciertas tendencias excesivas que se apartaban de las orientaciones del Vaticano. Cuarenta años después de la encíclica *Rerum Novarum,* el 15 de mayo de 1931, el Papa Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno,* de la que trataremos más tarde, declararía: «La encíclica de León XIII se ha revelado con el tiempo la Gran Carta que ha de ser el fundamento de toda actividad cristiana en materia social.» Las condiciones del mundo obrero se habían modificado profundamente durante esos cuarenta años, y Pío XI llevaría a cabo su puesta a punto, que era indispensable. «Si el mundo de hoy —escribía con razón, algunos años antes de la guerra actual un historiador citado con frecuencia— se debate en medio de convulsiones apocalípticas, es porque la sociedad, en conjunto, no ha querido escuchar la voz del Pastor y Padre que le señalaba el camino de la salvación» (1).

FIN DE LEÓN XIII

En los primeros días del mes de julio de 1903 el mundo supo la enfermedad del Papa, y el mundo sólo se interesó por las noticias del augusto anciano del Vaticano. Desde 1895 su salud declinaba, y León XIII se puso a hablar con frecuencia de su fin próximo. En 1899 sufrió la operación de un quiste en el costado extirpado por su médico, el doctor Lapponi. Aguantó tres años todavía. «Aunque su mucha edad basta para explicar la declinación de sus fuerzas, no es dudoso que la política sectaria del Gobierno francés contribuyese, en parte, a precipitar su fin.» El 3 de julio de 1903 León XIII bajó a sus jardines. Una corriente de aire demasiado fuerte azotó aquel cuerpo de noventa y dos años. El Papa volvió cansado, recibió a una peregrinación de jóvenes hungaros y se acostó. A la mañana siguiente la fatiga no le dejaba

(1) Hayward, o. c., pág. 233.

respirar. El domingo 5 de julio una crisis de asfixia reveló inopinadamente la gravedad del peligro; se le había declarado una pleuresía. Pidió y recibió la sagrada comunión como Viático (1).

«Entonces comenzó esa lucha de quince días entre la muerte y el organismo agotado del viejo Papa que sostenía aún una fibra de acero y una voluntad sobrehumana.» Los médicos le hicieron punciones, que le aliviaron, y el 7 continuó y acabó un poemita latino destinado a dom Pio de Hemptinne, Abad primado de la Orden benedictina. Por la noche recibió la Unción de los Enfermos y dijo al Cardenal Ferrata: «Eminencia, caminamos hacia la eternidad.» Al decirle el Cardenal que los fieles de todo el mundo oraban por él, especialmente en Francia, el Pontífice moribundo añadió: «Es un consuelo para Nos, Eminencia. Pedimos a Dios inspire a los hombres que la conducen y cesen las persecuciones contra la religión.» El Cardenal siguió diciéndole que por la impresión producida por su enfermedad, los mismos estadistas franceses se mostraban arrepentidos, al parecer. «Entonces, *felix infirmitas!*», murmuró el Papa. Días después, el Cardenal Rampolla, de rodillas ante el lecho, lloraba a lágrima viva y le pedía perdón por las faltas que había podido cometer a su servicio. El Papa, muy emocionado, le respondió: «Nada tenemos de qué arrepentirnos. Ambos hemos trabajado lo mejor posible por el bien de la Iglesia.» Expiraba el 20 de julio a las cuatro de la tarde. La emoción fue enorme en todo el mundo y el epitafio puesto sobre su sepulcro en San Juan de Letrán refleja fielmente el dolor del orbe cristiano: *Ecclesia ingemuit, complorante orbe universo:* «La Iglesia gimió y con ella el orbe entero.»

Diez días antes de morir aparecieron por orden suya, en un periódico de Perusa, cuyo pastor había sido, los últimos versos latinos inspirados por su piedad. Terminaban con estas palabras:

Christus adest miserans: humili veniamque roganti
Erratum, ah! fidas, eluet omne tibi.

(«Está presente Cristo, Dios de misericordia; ¡confianza! Perdonará a tu corazón humilde y suplicante todas sus culpas.»)

En ciertas vidas nada es inútil; nos instruyen incluso en los momentos en que ya no esperamos sus enseñanzas. León XIII gobernó la Iglesia durante veinticinco años. Acababa de extinguirse uno de los Pontificados más grandes por su duración, solicitudes y empresas, de cuya esterilidad no cesaron de

---

(1) La prensa mundial —periódicos y revistas— consagró innumerables artículos a León XIII a raíz de su muerte. En estas últimas páginas hemos utilizado los aparecidos en *Le Correspondant* de los días 25 de julio y 10 de agosto de 1903; H. de Lacombre, *León XIII*, y Étienne Lamy, *Notes de Rome*, así como la obra citada de Hayward, págs. 318-321, de quien tomamos igualmente, págs. 325-326, los últimos versos latinos del Sumo Pontífice sobre los pensamientos que le inspiraba su muerte inminente.

mofarse los adversarios sin que los mismos católicos estuviesen de acuerdo sobre su importancia. El espectáculo que había dado era sublime. El ser, débil frente a los poderosos, se había convertido en la mayor fuerza del mundo, como una predicación viva de la divinidad de la Iglesia, de la superioridad del espíritu sobre la materia, de la inmortalidad del alma. Había escuchado, respetado, dirigido las necesidades de las sociedades contemporáneas, sabiendo trabajar en todo y siempre por la paz. En honor de este Pontífice iniciador, dijo un día Windthorst: «Hay que procurar difundir la creencia de que ya no debe haber guerra en absoluto... Únicamente la mano del Papa puede garantizar la paz necesaria al mundo.» Y las palabras siguientes del Conde De Mun al Cardenal Mathieu resumían el sentimiento común de la Cristiandad: «Digan lo que quieran los políticos chatos de derecha e izquierda, la visión de León XIII se reveló en verdad como rasgo genial. Durante mucho tiempo ejercerá en los asuntos del mundo una poderosa acción, y estoy convencido de que aumentará a medida que se desarrollen los acontecimientos. La dirección pontificia, la orientación social, el impulso político dados por León XIII dejarán sentir más cada día sus irresistibles efectos. Es una honra para nuestra generación católica haber estado asociada, por poco que fuese, a esta gran obra» (1).

Pero el mundo, ni en el interior de los Estados ni en las relaciones entre los Estados quiso esta «paz romana» que habría realizado en su plenitud la *pacis romanae immensa majestas,* cuya gloria atribuía Plinio *el Joven* al Imperio de los Césares. La aurora del siglo XX en que expiraba León XIII era ya la vela de armas. La gran luz que habría podido conducir a los hombres al puerto de salvación acababa de extinguirse en la Tierra, pero seguía iluminando a los Hijos del Espíritu: *Lumen in coelo.*

---

(1) Edmond Renard, *La verdad sobre la elección de Pío X, según los recuerdos del Cardenal Mathieu,* en *Revue hebdomadaire,* 21 y 28 de julio de 1923, pág. 317.

CAPÍTULO II

PÍO X: 1903-1914

EL PAPADO EN EL SIGLO XX

De la muerte de León XIII —20 de julio de 1903— a la de Pío XI —10 de febrero de 1939— apenas si transcurrieron treinta y seis años, y se sucedieron tres Papas en la Cátedra de San Pedro: *Pío X* (1903-1914), *Benedicto XV* (1914-1922) y *Pío XI* (1922-1939). Aún no tenemos suficiente perspectiva histórica para escribir la historia completa de esos Pontificados, y la documentación de que disponemos es muy escasa. En consecuencia, nuestra exposición será más breve que la del siglo XIX y nos limitaremos a poner de relieve unos cuantos acontecimientos cuya importancia retuvo, especialmente, la atención de los contemporáneos (1).

Respecto al Pontificado de *Pío X*, su elección dio lugar a una competición diplomática señalada por la *exclusiva* pronunciada por el Emperador de Austria contra la candidatura del Cardenal Rampolla. Las constituciones sobre la elección pontificia, la lucha contra el *modernismo*, la ruptura de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Francia y la separación de la Iglesia y del Estado, la intervención del Papa contra las desviaciones del movimiento democrático y social, la restauración de la vida cristiana y la reforma del derecho canónico son los principales hechos de este reinado de once años.

Bajo *Benedicto XV*, la guerra mundial desencadenada durante los últimos días del Pontificado precedente hace estragos de 1914 a 1918. El Papa se esfuerza en remediar los males tomando generosas iniciativas para el intercambio y la visita de los prisioneros, toma la iniciativa de negociaciones de

(1) Para la bibliografía consúltese Mourret y Carreyre, *Précis d'histoire de l'Église*, tomo III, París, 1930, págs. 385-523; los tres últimos volúmenes de la obra citada de Schmidlin, *Tu es Petrus*, enciclopedia popular sobre el Papado, publicada bajo la dirección del Abate G. Jaquemet, París, 1934, y Maurice Pernot, *Le Saint-Siège, l'Église catholique et la politique mondiale*, París, 1924.

paz e intenta establecer sus normas. Tras el Tratado de Versalles (1919), que fundó la Sociedad de Naciones, el Sumo Pontífice sigue solícito los trabajos de las asambleas de Ginebra y no desaprovecha ninguna ocasión de acercar a los pueblos. Se restablecen las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Francia. En el orden jurídico entra en vigor (1918) el nuevo Código de Derecho Canónico. El mismo año Benedicto XV crea una nueva Congregación para las Iglesias Orientales.

Pío XI conoció la amenaza de un nuevo conflicto mundial que asoló a la humanidad de hoy y se esforzó por conjurarle. «Papa de las Misiones», también fue, como León XIII, el Papa de la acción social, cuyo estudio continuó, y preconizó las nuevas orientaciones. Al menos tuvo la dicha de resolver la *Cuestión Romana,* de acuerdo con el Gobierno italiano, mediante los *Pactos de Letrán* de 1929. Pío XI, asimismo, concibió el propósito de convocar en Roma a los Obispos del orbe católico con el fin de continuar los trabajos del Concilio Vaticano I, interrumpido en 1870.

La situación internacional, que no tardó en agravarse bajo su Pontificado, a pesar de las esperanzas puestas en la Sociedad de Naciones, le impidió reunir dicha asamblea del mundo católico. Con todo, se manifestaba el deseo de una paz internacional «justa y duradera» en ambientes cada vez más amplios, especialmente entre los católicos. Las rivalidades de intereses y el triunfo de doctrinas políticas *totalitarias* exaltadoras del orgullo de raza, el nacionalismo, la omnipotencia del Estado, la primacía de la fuerza, el *espacio vital* o la lucha de clases terminaron por prevalecer sobre la idea cristiana universalista y humana de la paz. El renacimiento del espiritualismo y de la fe entre las *élites* de los pueblos, que se perfilaba al otro día de la primera guerra mundial, parece que iba ampliándose mientras en la masa se manifiesta una gran licencia de costumbres. El desencadenamiento de los intereses y apetitos ha llevado al mundo, cuya ciencia y técnica centuplicaron las fuerzas del mal más que las del bien, al cataclismo que amenaza hundir a la civilización. Ésta sólo puede salvarse mediante el retorno de los pueblos e individuos a la ley moral, cuyo custodio supremo y fiel es el Papado.

LA ELECCIÓN

El 4 de agosto, tras un conclave de cuatro días, el Cardenal José Sarto, Arzobispo de Venecia, era proclamado Papa con el nombre de *Pío X* (1).

El conclave es una empresa «en la que lo divino y lo humano tienen su parte recíproca y mixta», una obra igualmente en la que los Estados han

(1) Sobre la elección de Pío X consúltese Edmond Renard, *La verdad sobre la elección de Pío X según los recuerdos del Cardenal Mathieu* (*Revue hebdomadaire,* 21 y 28 de julio de 1923), que completa el artículo firmado «Un testigo» (Cardenal Mathieu) intitulado «Los últimos días de León XIII y el conclave». (*Revue des Deux Mondes,* 15 de marzo de 1904) y rectifica el de Étienne Lamy, *El conclave* (*Le correspondant,* 10 de octubre de 1903).

comprometido sus intereses. León XIII y su Secretario de Estado, Rampolla, ejercieron continuamente respecto a Francia una política de conciliación y de espera. Confiaron en que los católicos se reconciliarían para admitir la República y le imprimirían un ritmo conservador tan alejado del radicalismo como del socialismo. De esta actitud de Francia esperaron terminar con la sospecha a que se había hecho acreedora desde su derrota de 1870, el pleno rendimiento de la alianza francorrusa, a cuya formación había contribuido León XIII, y el restablecimiento de Francia en su antiguo prestigio necesario a los ojos del Papa para el equilibrio europeo y mantenimiento de la paz. Esta política se había hecho más difícil a medida que se afirmaba el anticlericalismo de la República y, por otra parte, las complacencias del Papa con este país no eran del gusto de todos. No faltaron entre los adversarios de Francia quienes se impacientaban por la duración de un Pontificado que subsistía desde hacía veinticinco años y preveían con agrado el final del ilustre Pontífice y la retirada de su Secretario de Estado, fiel cumplidor de sus pensamientos.

A la muerte de León XIII, en tanto la opinión mundial calibraba el puesto ocupado por él en el mundo y el prestigio que había ganado para el Papado, dos partidos se enfrentaban ya en el seno del Sacro Colegio. Los Cardenales se agrupaban conforme a sus preferencias, inspiradas en sus convicciones políticas y en la visión propia del gobierno de la Iglesia, en torno a dos personajes que encarnaban dos estados de ánimo diametralmente opuestos. Uno de ellos, el Cardenal Rampolla, simbolizaba todo el programa del Papa difunto. El otro, el Cardenal Oreglia, camarlengo de la Santa Iglesia, personificaba la oposición a las ideas de León XIII. Su persona y opiniones significaban una reacción en el sentido de la intransigencia, un retorno a la política de Pío IX abandonada por León XIII.

En derredor del primero se agrupaban los Cardenales franceses, los españoles y cuantos le debían, más o menos, su promoción a la púrpura. En el partido contrario se contaban los que ya no querían la política de León XIII, bien por demostrar demasiada benevolencia con Francia, bien por parecerles sospechosa de cierto liberalismo —palabra que, como dijimos, se presta a tantos equívocos— ya, por último, por mostrarse el difunto Pontífice a sus ojos demasiado severo con el Gobierno italiano. Asimismo en torno al Cardenal Oreglia había Cardenales alemanes, por la lengua o la simpatía, quienes deseaban un Papa menos diplomático, y los que preconizaban un acercamiento al Quirinal. Estos últimos, con todo, hubieran preferido al Cardenal Serafino Vannutelli. Como no se podía pensar en hacer de Oreglia un Papa por su mucha edad, sus fieles pusieron los ojos en el Cardenal Gotti, Prefecto de Propaganda. Vannutelli aparecía como posible candidato de los sufragios de los que sospechaban, sin razón por supuesto, que Gotti era germanófilo.

El Gobierno de la República Francesa, en el que la cartera de Asuntos Exteriores la llevaba Delcassé, deseaba, naturalmente, la elección de Rampolla o la de uno de sus amigos, y actuó en tal sentido ante los Cardenales franceses

y, en particular, ante el Cardenal Mathieu. Si el Presidente del Consejo, Combes, ejecutor de bajas obras de la francmasonería, afectaba desinteresarse del conclave, Delcassé, en cambio, se ocupó con tanto tacto como discreción. Le secundaba perfectamente Nisard, Embajador de Francia ante el Vaticano.

Pronto se perfiló el plan de sus adversarios. La víspera de la apertura del conclave, el Cardenal Mathieu recibió la visita del Cardenal Kopp, Arzobispo de Breslau, entregado al Emperador Guillermo II. Propuso a sus colegas franceses descartar la candidatura de Rampolla, comprometiéndose a ponerse de parte del personaje que se designase en su lugar. Al mismo tiempo el Cardenal austriaco Puzina, Arzobispo de Cracovia, trabajaba en idéntico sentido al del Arzobispo de Breslau. «Me habló mucho del Espíritu Santo —observaba, no sin ironía, el Cardenal Mathieu—. Pero el Espíritu Santo le había inspirado, al parecer, una gran antipatía por el Cardenal Rampolla. Quiero, queremos —repetía— un Papa que haga de la política un medio, no un fin.»

El conclave se inauguró el 1 de agosto. Desde el primer escrutinio Rampolla reunió 24 sufragios frente a 17 de Gotti, pero esta superioridad estaba todavía muy lejos de la victoria, ya que se requería una mayoría de dos tercios, 42 votos de los 62 votantes; la misma tarde, Rampolla obtenía 29 votos. Al otro día, domingo 2 de agosto, ocurrió un acontecimiento sensacional. Al comenzar el escrutinio de la mañana, el Cardenal Puzina se levantó y leyó una declaración en italiano por la que, en nombre de Su Majestad Apostólica el Emperador de Austria, Francisco José, imponía oficiosamente la *exclusiva* al Cardenal Rampolla. Éste se levantó, lívido, y protestó con unas palabras firmes y dignas. «Efectivamente, esta intervención del Poder secular atacaba gravemente la majestad del conclave y la independencia de la Iglesia. Era, además, inútil, pues era tan tenaz la oposición al Cardenal Rampolla, que es probable no hubiera alcanzado nunca el volumen de votos necesarios para su elección. Inmediatamente se vislumbró en esta gestión intempestiva la mano de Alemania y algunos quisieron ver en ello la secreta hostilidad del Gobierno italiano frente al representante de una política que no había sido blanda con la Italia oficial» (1).

Fue inútil que el Cardenal camarlengo declarase que rechazaba la declaración del Cardenal Puzina, incluso a título oficioso, mas no por ello dejó de sembrar la confusión en el conclave. Rampolla fue a anunciar a la reunión de los Cardenales franceses que mantenía su candidatura; en el escrutinio vespertino obtuvo treinta votos. ¿Terminaría Rampolla por triunfar, favorecido por la indignación general contra el veto austriaco?

Entonces fue cuando se percataron, casi con asombro, que otra candidatura ganaba terreno: la del Cardenal Sarto, ayer todavía desconocido, que obtuvo de una vez veinticuatro votos. En cambio él, asustado por esta demostración en favor suyo, suplicaba a sus colegas que no le votasen, declarándose incapaz e indigno de ejercer el cargo de Pastor Supremo. Mientras el Cardenal Satolli

(1) Artículo citado por E. Renard, pág. 325.

se aplicaba a que aceptasen la nueva candidatura y a vencer los escrúpulos del Cardenal de Venecia, los franceses, Oreglia y el mismo Rampolla no se mostraban favorables. El lunes, 3 de agosto, el Cardenal Satolli anunciaba que el Cardenal Sarto abandonaba su elección en manos de la Providencia. Inmediatamente obtuvo treinta y cinco votos frente a los dieciséis de Rampolla. Desde ese momento su elección pareció cierta; los Cardenales franceses se pusieron de parte de Sarto y Mathieu, Cardenal de la Curia, fue a testimoniarle su adhesión. Finalmente, el martes por la mañana, 4 de agosto, el Cardenal Sarto fue elegido por 50 votos; Rampolla conservaba 10 y Gotti 2. «Así, pues, los más seguros amigos de Rampolla obraron razonablemente. Habían negado los sufragios a una candidatura que ya no tenía salida.»

Cuando el Cardenal camarlengo preguntó al electo cómo deseaba llamarse, éste respondió: «Confiando en los sufragios de los Santos Pontífices que honraron el nombre de Pío con sus virtudes y defendieron a la Iglesia con energía y dulzura, quiero llamarme Pío X.» Dios tiene los Papas que desea. El Sacro Colegio acababa de dar a la Iglesia uno de sus Papas «más enérgicos, valerosos, piadosos y, con ello, uno de los más poderosos y bienhechores. Pío X llevaba al Sumo Pontificado una evidente falta de preparación política, pero un temple de alma asentada en las más altas cumbres de lo sobrenatural, un alma aferrada al precepto y al consejo, una voluntad ajena a la intriga, un don de autoridad incomparable y una bondad compasiva» (1).

Diversas circunstancias habían contribuido a su elección. Ajeno a la Curia, el Arzobispo de Venecia no estaba implicado en ninguna de las luchas de principio ni en ningún partido, y se recordaba su cortesía y deferencia con los Soberanos de Italia, a quienes poco tiempo ha recibiera en su ciudad episcopal. Este Papa sería un apóstol de la fe, un «fuego ardiente», *ignis ardens* de la misteriosa profecía de Malaquías. Su primera encíclica, aparecida el 4 de octubre, dos meses después de su elección, no dijo una palabra de su programa político y sólo habló de restaurar el Universo en Cristo: *Instaurare omnia in Christo.* Escogió como Secretario de Estado a un español muy culto, tan piadoso como sagaz diplomático, Monseñor Merry del Val, tras haberle creado Cardenal, e hizo del Cardenal Mathieu su principal consejero en los asuntos franceses, nombrándole miembro de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. «He escogido a Monseñor Merry del Val —decía el Papa al Cardenal Mathieu— por ser políglota. Habla corrientemente cinco o seis lenguas. Nacido en Inglaterra, educado en Bélgica, diplomático en Viena, español por nacionalidad, ya conoce los asuntos de muchos países. Un santo sucede a otro santo. Es muy modesto.» Los que fingieron ver en el artículo firmado «Un testigo» —mencionado aquí mismo—, un panfleto destinado a representar a Pío X como criatura de la Triple Alianza, se equivocaron de medio a medio. Esas páginas, desbordantes de espíritu y de emoción a la vez, demostraban más bien que las cábalas de los adversarios de Francia habían fraca-

(1) Artículo citado, pág. 467.

sado con la elección del Cardenal Sarto; que el veto austriaco había perjudicado la causa que pretendía servir y desacreditado para siempre una práctica trasnochada que ni siquiera tuvo nunca apariencias de derecho. Pero ¿acaso fue el veto austriaco el verdadero motivo de la elección de Pío X? ¿No hay que buscarlo más bien en la idea tan extendida a la sazón de que hacía falta un Papa *religioso* —como se decía—, un Papa ajeno a la política, incluso extraño a la Curia Romana, el Obispo de una diócesis italiana y de una diócesis situada en la Italia del Norte? (1).

ANTES DEL PONTIFICADO

El Cardenal Sarto, Arzobispo de Venecia, era hijo de sus obras. No debió su elevación «ni a su nacimiento, ni a su ambición, ni a los manejos de un poderoso partido. Nació en un modesto pueblo; sus padres fueron honrados y cristianos artesanos; nunca hizo nada para alcanzar los honores; no representa a ningún partido y, desde luego, jamás intrigó para ceñirse la Tiara» (2). Humilde y modesto, siempre había pensado que cuanto más se elevaba en la jerarquía eclesiástica mayores eran sus responsabilidades, y se espantaba hasta el extremo de echar de menos el tiempo en que no era más que un coadjutor de pueblo.

José Sarto nació el 2 de junio de 1835 en el pueblo de Riese, provincia de Treviso, a la sazón austriaca, al pie de los Alpes Venecianos. Sus padres fueron pobres artesanos, y no le desagradaba que se supiese que su familia era modesta, aunque carecía de ese orgullo de plebeyo advenedizo que no suele ser más que vanidad aristocrática al revés. Esas buenas gentes no podían prever, sin duda, que entre su numerosa prole aquel hijo estaría llamado a un alto destino. El párroco de Riese había notado el talento y la aplicación del joven José. Le envió al instituto de Castelfranco, donde hizo excelentes estudios. Como sus padres eran demasiado pobres para tenerle interno, a diario recorría a pie los pocos kilómetros que separan Riese de Castelfranco y llevaba en un cestillo su frugal comida; por la tarde volvía a cenar a la casa paterna.

Los éxitos del joven llamaron la atención de dos poderosos protectores: Monseñor Farina, Obispo de Treviso, y el Cardenal Monico, cuyo sucesor en la sede patriarcal de Venecia sería José Sarto. Le metieron en el Seminario de Padua, donde se distinguió, y en 1858 el futuro Papa fue ordenado sacerdote. Pronto le envió su Obispo como coadjutor a Tombolo, pueblo grande de la campiña trevisana. Su párroco apreció su piedad, su afición al estudio, y se alegró de los resultados de su apostolado. En 1867, en el Véneto, otra vez

---

(1) Observación de un autor anónimo en el artículo *El Pontificado de Pío X* (*Revue des Deux Mondes*, 15 de septiembre de 1914).

(2) Comte J. Grabinski, *El Cardenal Sarto* (*Le Correspondant*, 10 de agosto de 1903). El autor conocía personalmente al Papa. René Bazin, *Pie X* (Colección «Les grands coeurs»), París, 1928.

italiano, el sacerdote Sarto fue nombrado párroco de Salzano, donde pronto se hizo —según sus propias palabras— «el hombre de todos sus feligreses». No tardó en hacerse proverbial su caridad, y se referían rasgos conmovedores. En 1876 fue designado canónigo de la catedral de Treviso, enseñó durante algún tiempo en el seminario y fue Canciller del obispado. Todos le querían, y una familia judía le confió la clase de literatura a uno de sus hijos. Vicario General de Treviso, el canónigo Sarto fue nombrado Obispo de Mantua en 1884 por León XIII.

La situación de la Iglesia mantuana era muy delicada. La inmoralidad de la familia reinante, los Gonzagas, había ejercido una nefasta influencia de los siglos XVI al XVIII, y la presencia de numerosos israelitas favoreció el avance de las ideas revolucionarias. Durante las luchas por la unidad italiana, Mantua se convirtió en un foco de liberalismo más progresista y, después de 1866, el radicalismo, socialismo y protestantismo hicieron crítica la situación religiosa de la diócesis. Al enviar a Monseñor Sarto a Mantua, León XIII declaró: «Si la diócesis de Mantua no quiere a su nuevo pastor, demostrará que es incapaz de amar a nadie, pues Monseñor Sarto es el más venerable y amable de los Obispos.» El nuevo Obispo pronto se hizo estimar y amar, como ocurrió en Treviso, y todos le rindieron sincera pleitesía cuando el Papa le nombró Cardenal en 1893.

El Cardenal Sarto dejó Mantua al año siguiente para tomar posesión de la Iglesia Patriarcal de Venecia. Acogido con alborozo por sus ovejas, que habían conservado un excelente recuerdo del Cardenal Monico, «fue pastor según el espíritu de Dios y siguió dando en un escenario más amplio los mismos ejemplos que en otros lugares le granjearon la estima y el afecto». Cuéntase que León XIII, ya viejo, llamaba en la intimidad al Cardenal de Venecia *il candidato de la Serenissima;* la Serenísima era el nombre que se daba antaño a la República de Venecia. La última vez que recibió la visita del Patriarca, le dijo: «Un presentimiento Nos dice que pronto deberemos obedecer la llamada del Señor... Podría ocurrir que fueseis nuestro sucesor.» Al manifestar el Cardenal Sarto su asombro y su disgusto ante semejantes palabras, León XIII agregó: «Sabemos que podríais prestar los mayores servicios a la Iglesia» (1).

En Venecia, frecuentada por numerosos extranjeros distinguidos y por la corte real de Italia, hacía falta mucho tacto para no ofender a la Santa Sede ni al Quirinal. El tacto del Patriarca veneciano tenía su origen en la caridad cristiana. Mantuvo la confianza del Papa, se granjeó la estima del Rey Humberto y de la Reina Margarita y fue muy prudente en los negocios políticos. A sus ojos, el Obispo y el clero no debían comprometerse en las luchas electorales. Se limitó a favorecer la alianza de los hombres honrados contra los partidos extremistas y tuvo la alegría de asistir a la victoria de los moderados en el Ayuntamiento y en la Diputación. Al abandonar Venecia el Cardenal

(1) René Bazin, o. c., pág. 114.

Sarto para echarse la pesada carga de Pastor Supremo, se llevó el respeto de los elementos honrados de todos los partidos. Sus cualidades de corazón y de alma eran apreciadas por todos, pero cada cual sabía también que no se podía contar con su indulgencia sino en la medida en que se respetaban sus derechos.

CONSTITUCIONES DE PÍO X SOBRE LAS ELECCIONES PONTIFICIAS

Pronto se tuvo la prueba de esta indulgencia, que exigía el respeto al Derecho, en la firmeza del Pontífice frente a las usurpaciones del Poder civil. En su primera encíclica *E supremi* —4 de octubre de 1903—, señaló la idea que se forjaba del Sumo Pontificado y trazó un programa en su alocución consistorial del 9 de noviembre: defender enérgicamente la integridad del dogma, regular la acción social de los católicos y fomentar el celo de los pastores. Prescindía de la política sin olvidar los deberes que le imponía.

Hablando de los hombres que «impulsados por el amor a la paz, es decir, a la tranquilidad y al orden», se asocian para formar el «partido del orden», el nuevo Papa escribía: «Partidos de orden, capaces de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas sólo hay uno: el partido de Dios... Restaurarlo todo en Cristo y llevar a los hombres a la obediencia divina son una sola y misma cosa. Pues bien, ¿cuál es el camino que nos acerca a Jesucristo? Está ante nuestra vista: la Iglesia.» Estas primeras palabras de un Papa que ya había llegado a las cumbres de la vida mística, eran todo un programa del que no se apartó nunca en las actuaciones de su Pontificado.

Su elección estuvo ensombrecida por el *veto* austriaco; Pío X debía rehabilitar los derechos de la Iglesia. Así lo hizo publicando la constitución e instrucción de León XIII sobre las elecciones pontificias. Tras las violencias populares que señalaron en Italia los primeros años de León XIII, este Papa había promulgado, el 24 de mayo de 1882, la constitución *Praedecesoris nostri,* acompañada de un reglamento sobre las normas a observar por el Sacro Colegio durante la Sede vacante. Esos documentos no fueron publicados por el autor, y fue Pío X quien los publicó con sus propias constituciones sobre la materia: *Commissum nobis* —20 de enero de 1904—, contra «el derecho de exclusiva», y *Vacante Sede Apostolica,* de 25 de diciembre del mismo año (1).

La constitución *Commissum nobis* tenía el propósito de condenar e impedir toda *exclusiva* o todo derecho al *veto,* es decir, toda pretensión por parte de las autoridades civiles, incluso las más altas, de rechazar a cualquier Cardenal como no grato a una Corona o nación, y de oponerse por tal procedimiento a su elección. Se condena el pretendido «derecho de exclusiva», no las indicaciones de la prudencia, que puede exigir que los Cardenales tengan en cuenta al elegir la oposición que encontraría tal o cual nombre en una parte notable de la Cristiandad.

---

(1) Sobre estas cuestiones consúltese *Tu es Petrus,* o. c., págs. 191-206, con ilustraciones.

La constitución *Vacante Sede Apostolica*, que trata del modo más minucioso de las normas a observar durante la vacante de la Sede Apostólica y en la elección del Sumo Pontífice, completaba los célebres documentos de Gregorio XV: la bula *Aeterni Patris* —15 de noviembre de 1621— y la constitución *Decet Romanum Pontificem* —12 de marzo de 1622 (1)—. Por los pormenores se valora una legislación de esa índole y por su lectura se da uno cuenta de la prudencia que presidió todas sus decisiones. Pero es imposible, habida cuenta de su extensión, exponerlas aquí; no exageramos al afirmar que todo estaba previsto en ellas. Pío XI sólo modificó ligeramente las constituciones de Pío X, prolongando en cinco días el plazo canónico para la apertura del conclave (Motu proprio *Cum proxime*, de 1 de marzo de 1922).

PÍO X Y LOS ESTADOS DE EUROPA

Las relaciones del Papa con los Estados y, especialmente, los sucesos de Francia, demostraron que estaba muy resuelto a responder con la afirmación decidida de los derechos de la Iglesia a las provocaciones de sus enemigos.

Al advenimiento de Pío X, la situación religiosa de Francia estaba preñada de amenazas, que no tardaron en realizarse. El Ministerio Combes se había creado el año precedente; se aferró dos años y medio al Poder, en el que le mantuvo contra viento y marea la francmasonería, más poderosa que nunca. «El plan de campaña, al que se asoció Jaurès, jefe y tenor de los socialistas, a la vez, consistía en sacar el mayor partido posible del *affaire* Dreyfus, que desencadenó una doble agitación: antimilitarista y anticlerical» (2). La ley Waldeck-Rousseau, de 1901, sobre las asociaciones creó —como vimos— un régimen de excepción contra las congregaciones religiosas, si bien su autor sólo habría querido hacer de ella una ley de control. La interpretación sectaria que dio Combes le permitió, con la complicidad de las Cámaras, proscribir a miles de religiosos y religiosas, cerrar innumerables escuelas libres y suprimir prácticamente toda enseñanza religiosa. Finalmente, una ley del 8 de julio de 1904 excluyó del orden docente a los miembros de congregaciones religiosas. Entretanto, no se desperdició ninguna ocasión de vejar a los católicos. Así fue cómo la inauguración en Tréguier, Bretaña, de la estatua de Renan —días 12 y 13 de septiembre— fue la causa de una verdadera provocación. Fue una manifestación del más violento y estúpido anticlericalismo. Protegidos por la fuerza armada contra la justa cólera de las poblaciones bretonas, profundamente católicas, los personajes oficiales se hartaron de escarnecer las más respetables creencias.

Pío X no podía engañarse. El 19 de marzo de 1904, ante los Cardenales que le presentaron sus votos por su santo, el Papa, tomando la palabra, salió de

(1) Véase nuestro volumen II.

(2) *Histoire de la Troisième République*, publicada bajo la dirección de Jean Héritier, tomo I, pág. 235.

su silencio y pronunció una alocución en la que, aludiendo a las graves preocupaciones que le venían de un país tan amado por él, denunciaba con palabras veladas pero claras a Francia. El Gobierno de París se mostró receloso de sus palabras y le sirvieron de pretexto para querellarse con el Sumo Pontífice.

Se caminaba a pasos agigantados hacia la separación de la Iglesia del Estado. Desde el mes de octubre de 1904 se presentaron a la Cámara y al Senado con tal objeto varios proyectos de ley; Combes resolvió precipitar los acontecimientos. Un viaje del Presidente de la República, Loubet, a Roma, y un par de intervenciones del Papa ante dos Obispos fueron explotados pérfidamente con tal motivo por el Presidente del Consejo. Desde el mes de julio de 1902 León XIII, previendo el viaje a Roma del Jefe del Estado francés, había llamado la atención de Delcassé, Ministro de Asuntos Exteriores, sobre las normas establecidas por la Santa Sede para una recepción eventual en el Vaticano al Presidente de la República. El 8 de julio de 1903, el mismo Papa, avisado de que la visita del Presidente al Rey de Italia sería el motivo de una manifestación masónica, había notificado al Gobierno francés «que una visita de esa índole sólo podía constituir en las circunstancias actuales, cualesquiera que fuesen las intenciones del visitante, una grave ofensa a la persona del Padre Santo».

El Gobierno de la República Francesa hizo caso omiso. La visita que efectuó a Roma el Presidente Loubet —24 a 29 de abril de 1904— para devolver la que Víctor Manuel le había hecho en París el año anterior, fue ocasión —como había previsto León XIII— para que la prensa impía hiciese manifestaciones hostiles a la Santa Sede. Pío X, mediante una nota destinada a permanecer secreta, pero divulgada por Jaurès en su diario *L'Humanité*, protestó ante el Gobierno de París. Inmediatamente los sectarios pusieron el grito en el cielo: se quería preparar a la opinión para la ruptura; el Embajador de Francia ante el Vaticano recibió la orden de marcharse de vacaciones.

Dos meses después, el Nuncio en París, Monseñor Lorenzelli, intimaba al Obispo de Laval, Monseñor Geay, la orden de acudir a Roma so pena de suspensión, y al Obispo de Dijon, Monseñor Le Nordez, la prohibición de que procediese a conferir las sagradas órdenes. Ello dio nuevo motivo al Gobierno francés para protestar contra una injerencia que se pretendía contraria al concordato y que, en realidad, sólo era una medida disciplinaria contra Obispos reconocidos culpables de faltas graves. Delcassé, quien, por otra parte, había prestado eminentes servicios a su país, denunció lo que él creía, injustamente, una doble infracción del concordato, y el 29 de julio de 1904 ponía fin «a relaciones oficiales que por voluntad de la Santa Sede no tenían objeto»; al otro día se despedía al Nuncio de París. La ruptura de las relaciones diplomáticas era un hecho consumado.

Le siguió de cerca la separación de la Iglesia del Estado. El proyecto de ley presentado en el mes de enero de 1905 bajo el Ministerio Rouvier, sucesor de Combes, al que su rastrera política anticlerical había hecho fracasar, lo adoptaron inmediatamente las Cámaras y lo promulgaron el 9 de diciembre

del mismo año. Se había roto el concordato celebrado entre Pío VII y Bonaparte. El ponente de la ley fue Briand, cuya exposición —en palabras del diputado católico Jacques Piou— fue «un relato fantástico de la historia de la Iglesia, una requisitoria contra el catolicismo dominador e intolerante, una apología de la Revolución liberadora del espíritu humano». «Tolerante en apariencia —escribe un historiador de la Tercera República— la nueva ley chocaría necesariamente con la intransigencia doctrinal de la Iglesia. Al tener que efectuarse la atribución de los bienes cultuales y la organización práctica del culto en virtud misma de la ley sin consultar a la Santa Sede..., dicha atribución de los bienes cultuales implicaba la negación de las relaciones entre lo espiritual y lo temporal, pues el carácter divino de la Iglesia cedía el puesto, para el legislador, a un carácter puramente humano. En lo sucesivo, la Iglesia sería considerada como una simple sociedad civil. A la burda persecución combista sustituía una voluntad de ignorar legalmente la primacía de lo espiritual. Sobre este punto, la Iglesia, por su misma naturaleza, no podía ceder» (1).

La Iglesia no cedió. Tras las tumultuosas escenas que señalaron los primeros inventarios de los bienes eclesiásticos, pronto se oyó la voz del Papa. A la República que «no reconoce, ni sostiene, ni subvenciona culto alguno», Pío X respondió con la encíclica *Vehementer Nos*, de 11 de febrero de 1906. Condenaba formalmente la ley del 9 de diciembre de 1905 en nombre de la constitución de la Iglesia, cuya jerarquía ignoraba. Al saber Pío X que la ley de separación había sido votada, alguien le preguntó: «Santísimo Padre, ¿qué habéis hecho, entonces?» El Papa dio esta admirable respuesta: «He rezado.» Luego condenó la ley con las siguientes palabras: «Nos reprobamos y condenamos la ley votada en Francia sobre la separación de la Iglesia del Estado como totalmente injuriosa a Dios, de quien reniega oficialmente, estableciendo el principio de que la República no reconoce culto alguno. La reprobamos y condenamos como violadora del Derecho natural, del Derecho de gentes y de la fidelidad pública debida a los tratados; como contraria a la constitución divina de la Iglesia, a sus derechos esenciales y a su libertad; como destructora de la justicia y aniquiladora de los derechos de propiedad que la Iglesia adquirió por múltiples títulos y, además, en virtud del concordato...» Concluía con palabras esperanzadoras: «Por consiguiente, estamos muy lejos de sentir el más mínimo temor por esta Iglesia. Su fuerza es divina, así como su estabilidad inmutable; la experiencia secular lo demuestra victoriosamente.»

El Padre Santo invitaba al mismo tiempo a los fieles a «defender la religión de una manera digna de ella», «respondiendo a la iniquidad con la justicia, a los ultrajes con la dulzura». Los Obispos franceses vacilaban sobre la actitud a tomar frente a las «asociaciones cultuales» previstas por la ley. Aunque eran de la opinión de que no se podían aceptar como tales, se inclinaban a

---

(1) *Histoire de la Troisième République*, ya citada, I, pág. 260.

pensar que sería posible establecer otras que, sin violar la ley, mantuviesen incólumes los derechos de la Iglesia.

El 10 de agosto de 1906, el Papa, mediante la encíclica *Gravissimo officii* prohibió las asociaciones cultuales, «mientras no constase de modo cierto y legal que se respetarían irrevocablemente en dichas asociaciones la divina constitución de la Iglesia, los derechos inmutables del Romano Pontífice y de los Obispos, así como su autoridad sobre los bienes necesarios a la Iglesia». Al mismo tiempo el Padre Santo exhortaba a los Obispos a «usar de todos los medios reconocidos por el Derecho a todos los ciudadanos para disponer y organizar el culto religioso». La ley, relativamente liberal, de 2 de enero de 1907, reguló definitivamente el ejercicio del culto; asimiló, en principio, las ceremonias religiosas a reuniones públicas, si bien eximiéndolas de ciertas formalidades previstas por las leyes anteriores que regulaban la materia. La jurisprudencia acentuó el carácter relativamente moderado de la ley. Era un paso hacia la pacificación, si bien resultaba exagerado concluir equivaliese al estatuto legal exigido por los católicos y el Derecho común. Eran precarias las garantías otorgadas a la Iglesia; dependerían del espíritu con que se aplicase la ley, y pasaron muchos años antes de que la equidad prevaleciese sobre el sectarismo de la gente del *Bloque* (1).

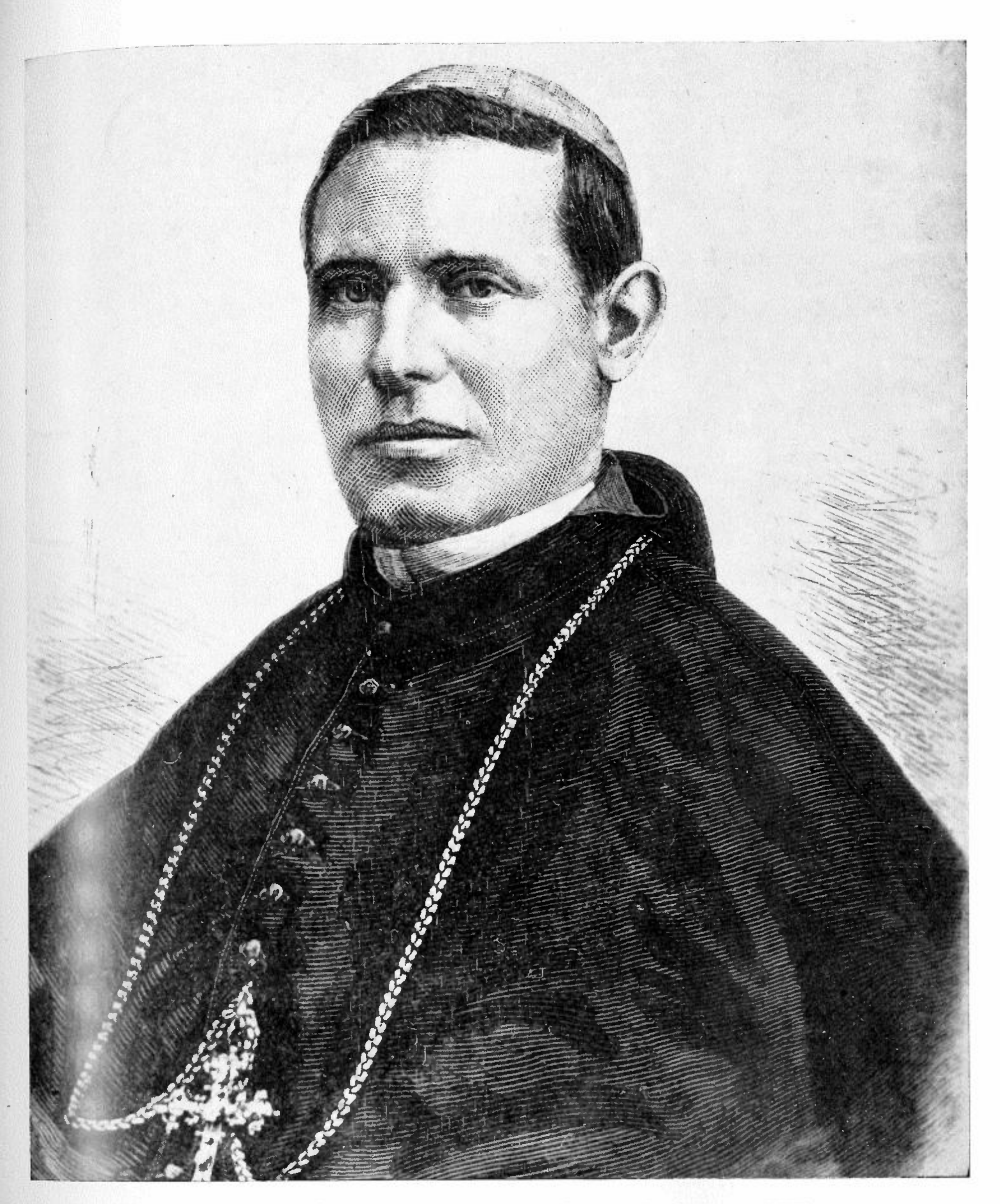
Aferrado a los principios, implacable con cuanto los contradecía, bueno y compasivo con las personas, indulgente con las almas heridas, Pío X tuvo que afrontar la más terrible de las situaciones que la Iglesia encontrase desde hacía mucho tiempo. Tuvo la desgracia de enfrentarse con el peor de los Gobiernos de la República, que no le escatimó ninguna afrenta. Los acontecimientos no le permitieron adaptarse a la habilidad política, la cual, por otra parte, no iba con su carácter ni con su temperamento.

En los demás Estados de Europa, la situación religiosa era muy diferente de un país a otro.

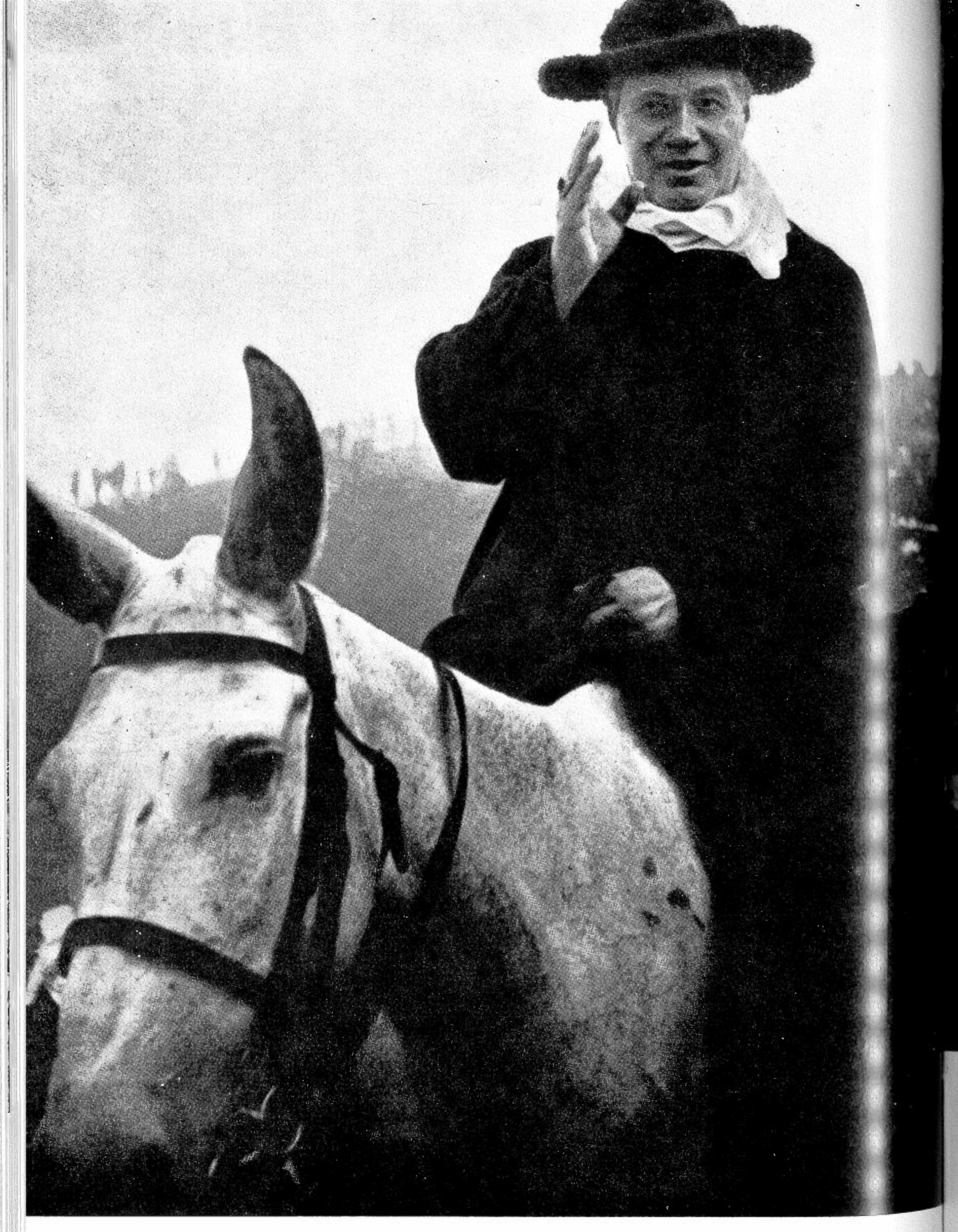
En Alemania, el Pontificado de Pío X no estuvo señalado por ningún incidente importante. Si el Padre Santo se encontró, a veces, apenado de ver al Centro, el antiguo partido del gran Windhorst, que se entendía muy a fondo con un Gobierno cuya política protestante contrarrestaba a menudo la acción de la Iglesia, al menos tuvo la alegría de comprobar que la masa de los católicos alemanes era, en ocasiones, más clarividente que sus jefes. Su actividad se reveló por la creación de imponentes manifestaciones de su fe y de su celo religioso y social. En cambio, el Papa se indignó por la prohibición del Gobierno imperial de publicar en Alemania la encíclica sobre San Carlos Borromeo, considerada injuriosa para los jefes del protestantismo.

Desde luego, las instituciones católicas alemanas eran florecientes. Pero las amenazaba un doble peligro por el hecho mismo de su prosperidad. El Poder imperial les prestaba su apoyo a fin de atraerlas a su política de

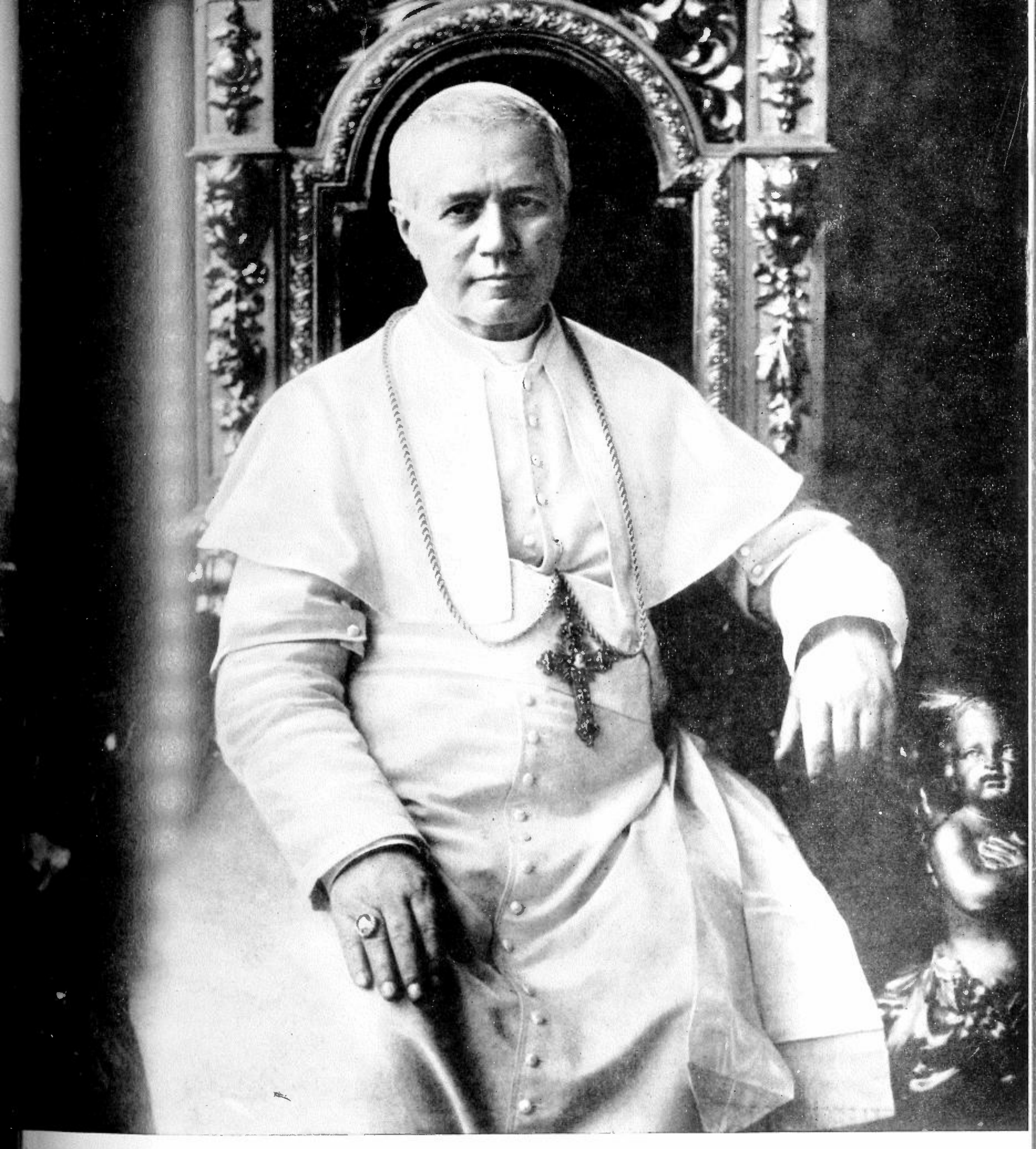
(1) Véase sobre estas cuestiones Y. de la Brière, *Les luttes présentes de l'Église*, 2.ª serie, París, 1916.



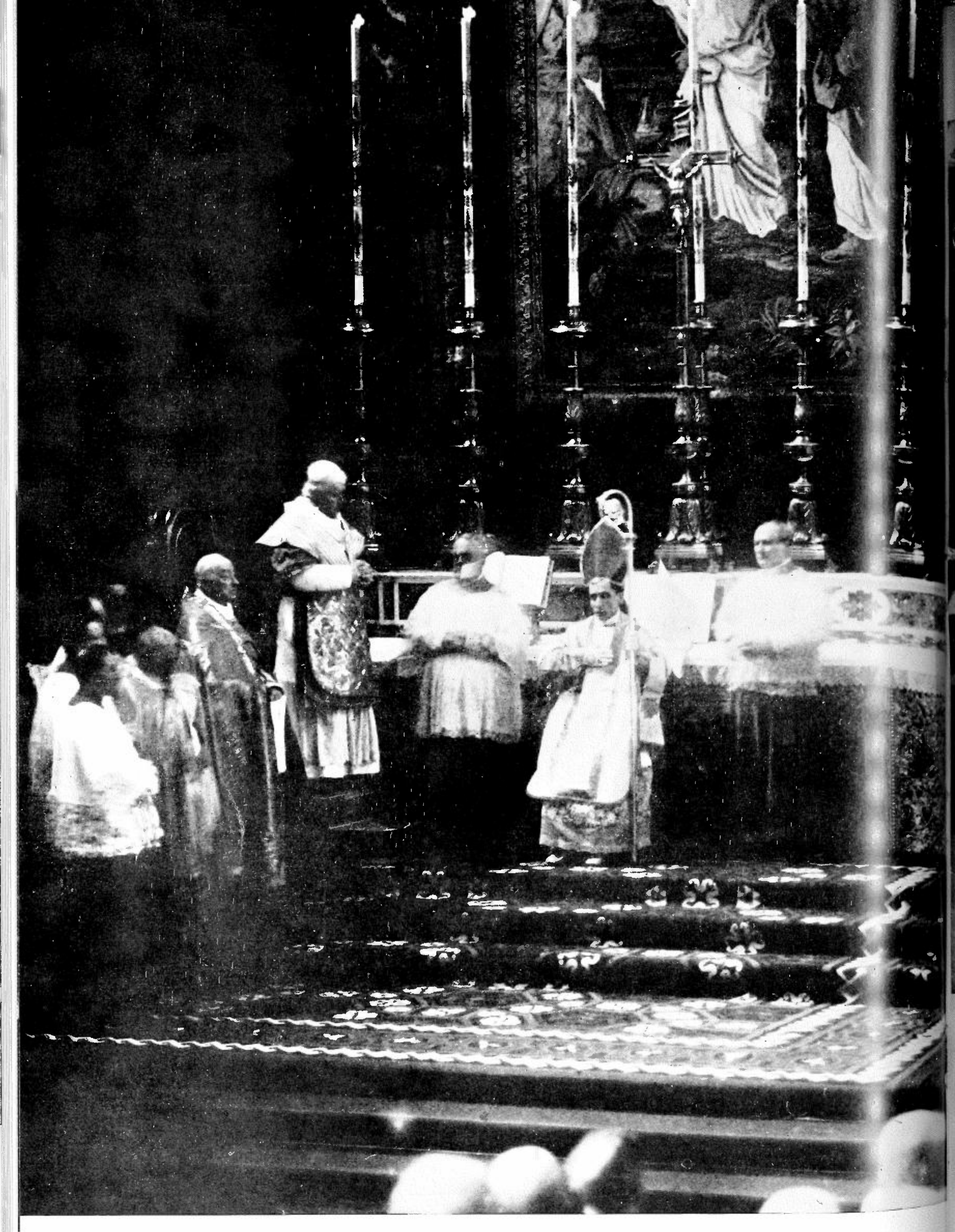
El Cardenal Mariano Rampolla, Cardenal Secretario de Estado de León XIII de 1887 a 1903, que recibió la mayoría de los votos al principio del conclave. El veto de Austria anuló su elección. Esto obligó al Papa electo, Pío X, a dictar nuevas normas electorales. Grabado de la época



Monseñor G. M. Sarto, Patriarca de Venecia, elegido Papa con el nombre de Pío X (1903-1914).
La fotografía le presenta sobre un mulo, cerca de Bassano del Grappa. Italia



Pío X (1903-1914), canonizado en 1954. Fotografía



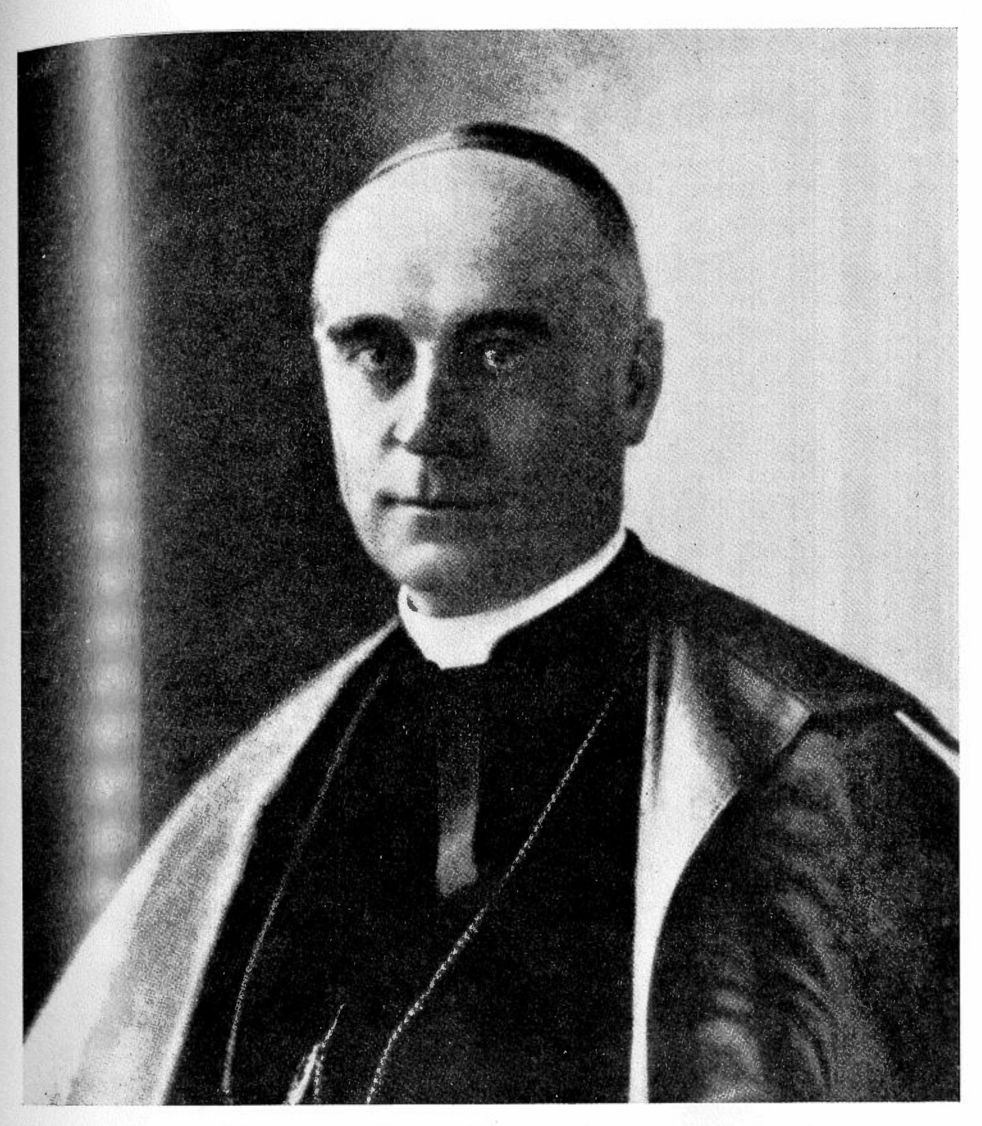
Pío X (arriba, en pie) consagra el 22 de diciembre de 1907 a Monseñor Della Chiesa (sentado, en el centro), luego Papa Benedicto XV, Arzobispo de Bolonia. Fotografía



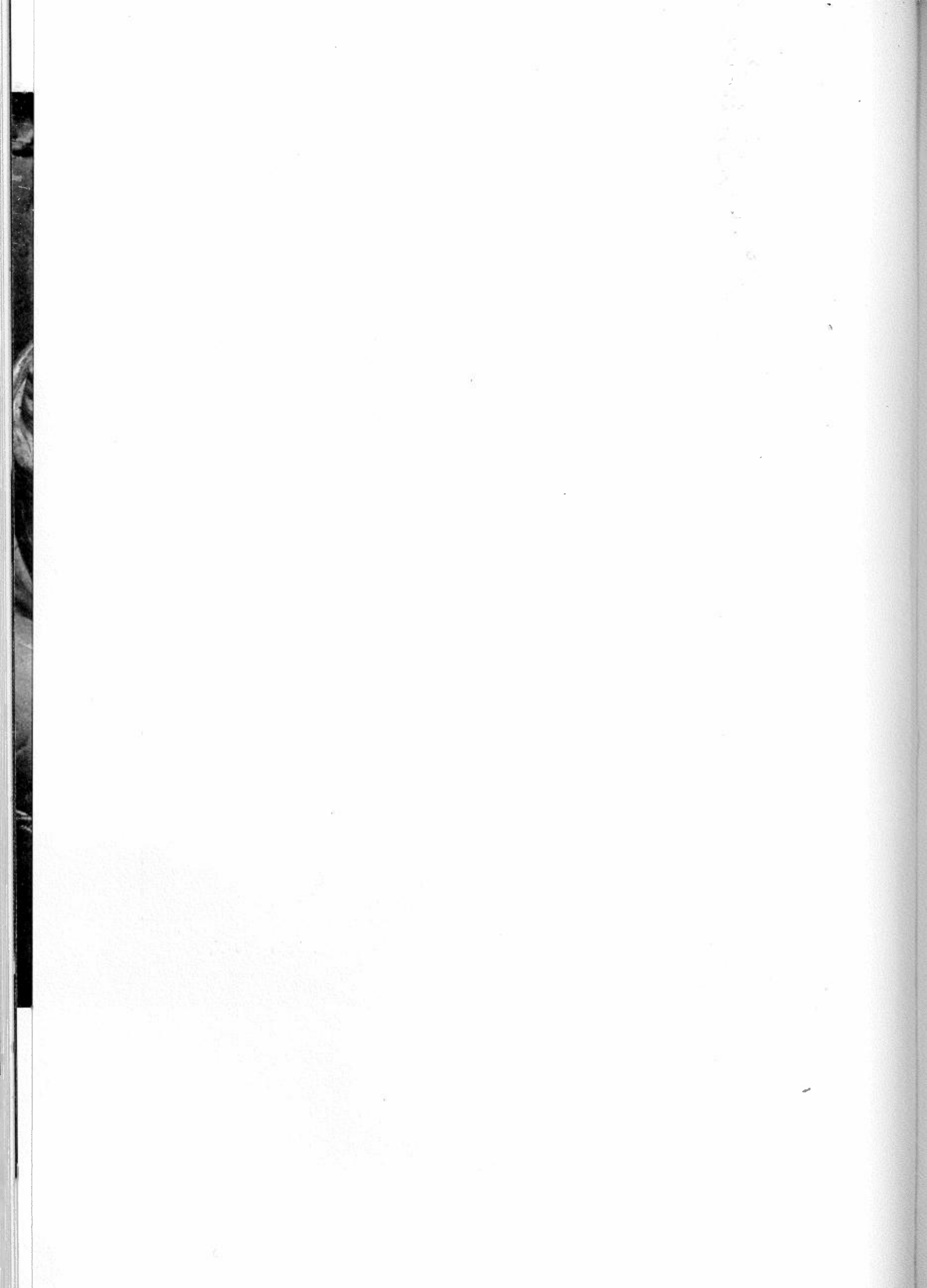
Pío X en la inauguración de la nueva Pinacoteca Vaticana, en Roma, el 29 de marzo de 1909. Fotografía



El cuerpo de Pío X es colocado en un altar lateral de la basílica de San Pedro; el rostro está cubierto con una mascarilla de plata. Fotografía



El Cardenal Merry del Val (1865-1930), Secretario de Estado bajo Pío X, de 1903 a 1914. Fotografía



expansión imperialista, de la que lo menos que se puede decir es no ser de inspiración católica. Por otra parte, los católicos alemanes estaban divididos acerca de la cuestión de la confesionalidad de los sindicatos obreros. Se enfrentaban dos escuelas: la de Colonia, que preconizaba las agrupaciones interconfesionales como únicas capaces de combatir eficazmente al socialismo, y la de Berlín, que recomendaba las asociaciones católicas como las únicas eficaces para salvaguardar la integridad de la fe. Pío X intervino con la encíclica *Singulari quadam* —24 de septiembre de 1912—: los sindicatos puramente católicos —declaraba— eran el ideal, por razón de su principio doctrinal. Pero los sindicatos mixtos podían dar, en ciertas circunstancias, buenos resultados; serían, por tanto, «tolerados y permitidos», a condición de que sus miembros se adhiriesen a una asociación católica en la que se les impartiría una formación religiosa dirigida por los Obispos, encargados asimismo de ilustrarlos sobre las decisiones sindicales, a fin de conformarlos con las enseñanzas de la Iglesia.

Alemania gozó, al parecer con frecuencia, de un trato de favor bajo el Pontificado de Pío X. Es que Roma se veía en la necesidad de condescender con el particularismo alemán en el momento en que el Imperio había adoptado frente a todos sus interlocutores el tono elevado que proporciona un Poder creciente.

Los católicos de Austria estaban también fuertemente organizados, y sus congresos, especialmente el congreso eucarístico de Viena de 1912, demostraron su vitalidad en la Doble Monarquía. Mas el Papa había discernido dos peligros amenazadores para la religión y para la patria austriaca a la vez. Se trataba de la acción de los judíos entregados a la francmasonería, que detentaban el gran comercio, la Banca, el teatro y una parte de la prensa. La vigorosa acción de los cristianosociales y de su jefe, el burgomaestre Lueger, de Viena, contrarrestaba sus intenciones dominadoras sin lograr, con todo, anular su influencia sobre el Gobierno imperial. Era, igualmente, el temor a ver la monarquía de los Habsburgos obligada a seguir las huellas del Imperio alemán, que la empujaba hacia los Balcanes. La gravedad del atentado de Sarajevo —28 de junio de 1914—, que costó la vida al heredero del Trono, Archiduque Francisco Fernando, no escapó a la perspicacia del Pontífice. Pero no estaba en su poder impedir el desencadenamiento de las hostilidades. Empujada por su aliada a la guerra mundial, la monarquía austrohúngara se derrumbó, y su desaparición debe enumerarse entre los acontecimientos que veinte años más tarde precipitaron al mundo a un nuevo cataclismo.

La situación de Italia preocupaba mucho al Sumo Pontífice. Miembro de la Triple Alianza, no dejaba por eso de afirmar cierta independencia, y condescendía a ojos vistas con las potencias de la Triple *Entente* de que necesitaba para proseguir su política de expansión colonial. No faltaban hombres en el Quirinal, la *Consultà* y Montecitorio que preconizasen un acercamiento a la Santa Sede, cuya acción podía favorecer la irradiación del reino en las

colonias y misiones católicas. El Vaticano, por su lado, veía no sin tristeza peligrar los intereses católicos en la Península a consecuencia del desacuerdo entre los dos Poderes residentes en Roma. En 1909 el Papa levantó la prohibición formulada por el *non expedit* en setenta y dos colegios electorales, y se eligieron veintidós católicos entre los que se contaba Filippo Meda, futuro Ministro de Hacienda. El acercamiento se acentuó en las elecciones de 1913, y muchos católicos fueron elegidos como «constitucionales católicos», e incluso *constitucionales* a secas.

La cuestión del *Poder temporal*, con todo, persistía íntegramente. Se acercaba, al parecer, a su solución cuando Monseñor Rossi, Obispo de Udina, y poco después el *Osservatore Romano* declararon que la «independencia del Romano Pontífice podía garantizarse sin necesidad de una soberanía territorial, por ejemplo, con una garantía de orden internacional». «En lo sucesivo se creyó admitido que únicamente se imponía a la conciencia de los creyentes el principio de la independencia soberana del Romano Pontífice con carácter de certeza teológica» y que los medios de garantizar esta independencia pertenecían a la categoría de las aplicaciones contingentes dejadas a la libre discusión (1).

Si los progresos políticos de los católicos en Bélgica resolvieron la cuestión escolar en un sentido favorable a la Iglesia y conveniente para todos, en cambio el anticlericalismo aumentaba en violencia en España y en Portugal. Aunque la población de ambos Estados fuese en su mayoría profundamente católica, la francmasonería era en ellos muy activa, y ya la trabajaban fuerzas revolucionarias. En Portugal, el asesinato del Rey Carlos II y del Príncipe heredero en 1908 inició una crisis que terminó en 1910 con la proclamación de una República anticlerical. Pronto la legislación sufrió las consecuencias, y en 1911 la separación de la Iglesia del Estado esclavizó y despojó a la Iglesia. El episcopado portugués protestó contra las injusticias de esta ley y fue apoyado por el Papa.

En Inglaterra, una serie de disposiciones legislativas completaron la obra de liberación de los católicos, inaugurada por el *bill* de 1829, cuyas disposiciones expusimos. Muchos católicos formaban parte de la Cámara de los Comunes y de los Lores. Las iglesias protestantes «no conformistas», sin embargo, no perdían ocasión para dificultar los progresos del catolicismo. El Derecho garantizaba a todos los ingleses la libertad religiosa con exclusión del Rey. Debía éste, so pena de destronamiento, profesar la fe anglicana y a su advenimiento jurar mantenerla.

En 1906, un proyecto de ley escolar anunció el principio de que la enseñanza impartida en las escuelas públicas debía limitarse a «lo que constituye el fondo común de todas las religiones cristianas», e hizo muy onerosas las

---

(1) Mourret y Carreyre, o. c., pág. 413. Y. de la Brière, *La independencia pontificia y la cuestión romana* (*Études*, 5 de febrero de 1914). Y la obra, citada con frecuencia, de Mollat, *La Question romaine de Pie VI à Pie XI.*

condiciones requeridas para la apertura de escuelas libres confesionales. Se retiró el proyecto de ley ante la resistencia fuertemente organizada de los católicos. Un segundo proyecto de 1909 pretendió excluir de la escuela pública toda enseñanza religiosa excepto la de la Biblia, y prohibir a los municipios subvencionar a escuelas confesionales. Los católicos, apoyados otra vez por los anglicanos conservadores, se disponían resueltamente a la lucha cuando la situación política desvió a los partidarios de la ley de sus preocupaciones hostiles a los católicos.

Al advenimiento del Rey Jorge V, sucesor en 1910 de Eduardo VII, se modificó la fórmula del juramento real en provecho de los católicos, bajo el ministerio liberal de Asquith. El mismo año, en el congreso nacional, Monseñor Bourne, Arzobispo de Westminster, podía comprobar los alentadores avances de los católicos: en 1850 la Iglesia de Inglaterra contaba con 788 sacerdotes, que desempeñaban su ministerio en 587 iglesias; 11.000 alumnos frecuentaban 99 escuelas. Bajo el Pontificado de Pío X, 3.687 sacerdotes ocupaban 1.760 iglesias, y en 1.064 escuelas se instruía a 333.000 alumnos. En 1911 Pío X nombró Cardenal a Monseñor Bourne y erigió en Birmingham y Liverpool dos nuevos obispados.

En tanto se producían numerosas conversiones al catolicismo —tales como los veintidós monjes anglicanos de la abadía de Caldey en 1913—, se agravaba la situación de Irlanda. El proyecto Asquith, que preveía la creación de un Parlamento irlandés en Dublín, provocó una violenta oposición por parte de los *unionistas,* partidarios de la anexión total de la isla a la Gran Bretaña, y de los protestantes de Ulster, en Irlanda del Norte. Numerosos irlandeses se agruparon en el partido del *Sinn Fein* (es decir, «nosotros mismos»), opuesto violentamente a Inglaterra, y que pedía pleno *Home Rule.* Los protestantes de Ulster respondieron creando un ejército *orangista,* en recuerdo de Guillermo de Orange, vencedor en 1688. En vísperas del conflicto mundial de 1914, la guerra civil tenía, al parecer, que estallar en Irlanda; se desencadenaría dos años más tarde, y sólo después de restablecerse la paz europea fue cuando la cuestión de Irlanda pudo hallar una solución que, por otra parte, no trajo la plena pacificación. Por último, se llegaría a una independencia casi total de Irlanda; en compensación el Ulster seguía siendo fiel a la Corona Británica.

En los Países Bajos y en los Estados Escandinavos, la situación del catolicismo mejoró notablemente durante el Pontificado de Pío X. Lo mismo podemos decir de Suiza, donde la pacificación religiosa avanzó mucho merced a la buena voluntad mutua de católicos y reformados. El magnífico desarrollo de la Universidad de Friburgo contribuyó en grado no despreciable a la irradiación del pensamiento católico, no sólo en Suiza, sino allende sus reducidas fronteras.

El Padre Santo sólo podía alegrarse de todos esos avances. Pero no pudo felicitarse de la actitud del Gobierno zarista de Rusia, quien volvía a perseguir a los polacos. En 1905 Pío X se vio obligado a protestar contra tales violencias, al mismo tiempo que recomendaba la calma a los oprimidos;

en 1911 se quejó al mismo Nicolás II, quien respondió invocando la necesidad de defenderse contra una propaganda que, de creerle, amenazaba la unidad rusa. Era todo lo contrario. Los polacos querían, a la sazón, simplemente defenderse contra los excesos del paneslavismo *ortodoxo* y conservar su fe, su lengua y su conciencia nacionales. El fin de la guerra de 1914-1918 les devolvió, por fin, la independencia que los inicuos repartos del siglo XVIII les habían arrebatado.

Por la misma época, congresos por la unión de las diferentes *Iglesias eslavas*, que proseguían el movimiento iniciado bajo el Pontificado precedente, dieron, al parecer, garantías de entendimiento. Pero las condiciones de esta unión de las Iglesias eslavas entre sí y con la Iglesia Romana necesitaban todavía puntualización; Pío X dio, en 1910, las precisiones necesarias. En 1913-14 se manifestó un movimiento hacia Roma en Bulgaria, y un concordato celebrado entre la Santa Sede y Servia fue ratificado en 1915 por Benedicto XV. Mas la guerra europea interrumpió el curso de las negociaciones; sólo pudieron reanudarse mucho más tarde en condiciones que la nueva situación política modificó profundamente.

En los Estados de América Pío X tuvo la alegría de verificar que la Iglesia continuaba progresando y las obras católicas proseguían el desarrollo iniciado bajo su predecesor. En los Estados Unidos los padres paulistas y los Caballeros de Colón no escatimaban esfuerzos en colaborar en el ministerio del clero parroquial; aumentaba el número de católicos; de cien mil en 1800 habían pasado a más de dieciséis millones bajo el Pontificado de Pío X. En el Estado del Canadá, el congreso eucarístico de Montreal, en 1910, daba nueva prueba de una vitalidad del catolicismo y de las excelentes relaciones que mantenía con el Gobierno del gran dominio británico. En América del Sur, pese a la incesante acción de la francmasonería sobre las clases dirigentes, la situación de la Iglesia era buena o, al menos, tolerable en la mayoría de los Estados, aunque siempre había que temer rebrotes de celo anticlerical en algunos de ellos, como se vio en Méjico, donde bajo el Pontificado siguiente la Iglesia tuvo que sufrir terribles persecuciones.

LUCHA CONTRA EL MODERNISMO

Cuando fue elegido Pío X estaba en peligro la misma sustancia de la fe. Lo estaba de modo muy especial, que agravaba y hacía más delicado el caso por el hecho de que los católicos profesaban doctrinas filosóficas y teológicas conocidas con el nombre de *modernismo*. Contra ellas el Papa usó sin vacilaciones de una autoridad que no había pretendido; puso en juego «ese poder de que se había visto investido de improviso y, por decirlo así, como por sorpresa». «¡Insoportable impresión para el defensor de una plaza sentir que le rodean hombres poco seguros y fieles, y que no puede contar del todo con los

que tienen la misión de defender las murallas y estar al acecho!» (1). Pío X se entregó al punto, sin reservas o retorno alguno, a la obra de defensa y depuración interna que creía indispensable. Fue la obra primordial de su Pontificado.

A principios del siglo XX, dentro de la Iglesia, a consecuencia de circunstancias complejas, se manifestaba una división bastante profunda entre los católicos cultos y, sobre todo, entre los sacerdotes encargados de la enseñanza. Entre las causas de este terrible malestar hay que enumerar la hegemonía de los métodos alemanes, la boga de las filosofías criticista y evolucionista, el éxito de las ciencias cultivadas según las reglas positivistas, la necesidad sentida de renovación en las diferentes ciencias religiosas y el progreso del laicismo revolucionario.

La inmensa mayoría continuaba adicta fiel a las doctrinas de la fe, pero había que estar de acuerdo en el modo de entenderlas y defenderlas. Unos, minoría conservadora en extremo, sólo querían advertir en el deseo de saber de las nuevas generaciones un llamamiento maléfico, y que no respondía a una necesidad real. Otros, más numerosos, se percataban, al menos vagamente, de que habían de hacerse progresos, comprobarse resultados, dominar o criticar métodos. Entre estos últimos, algunos ya habían puesto manos a la obra, pero sin un plan de conjunto ni previo acuerdo sobre el papel que desempeñarían en la proyectada y necesaria renovación los principios de la filosofía cristiana. Sin embargo, existían las grandes líneas maestras que habrían podido servir de plan para una acción de conjunto. El Concilio Vaticano I había formulado con claridad y fuerza magistrales, frente a filosofías dudosas, las verdades necesarias. León XIII había recordado en su encíclica *Aeterni Patris* que la filosofía escolástica debía servir de base a la enseñanza superior católica a manera de una doctrina, y no sólo de un sistema.

Todo eso no era suficiente, pues no se rehace una educación filosófica. «Entre la mayoría de los que entonces guiaban los espíritus, la inteligencia cordial, directa, personal de la doctrina escolástica no se combinaba con el gusto y conocimiento de las ciencias religiosas positivas... Muchos eruditos muy concienzudos, historiadores, exegetas, apologistas persistían en no ver en la filosofía medieval más que un episodio y un momento de la historia de las ideas. Como consecuencia, entre los dogmas que profesaban creer y los hechos que estudiaban en conciencia con todos los recursos modernos o modernizados de la crítica se abría una laguna, un vacío que habrían debido colmar los principios de una filosofía general» (2). A falta de soluciones escolásticas, el vacío fue colmado con hipótesis tomadas a los sistemas más heteróclitos y a obras científicas, instrumentos indispensables de trabajo, pero de inspiración no católica, incluso racionalista.

---

(1) Léon de Grandmaison, *Pío X y su obra* (*Études*, septiembre de 1914).
(2) Artículo citado, pág. 467.

Se apreció cierto dualismo entre esos sabios, cuya fe cristiana permanecía intacta. Divulgaron procedimientos y resultados científicos inspirados u obtenidos por hombres, en general, ajenos u hostiles al catolicismo, y no quisieron que sus adversarios les ganasen la delantera. Algunos llegaron hasta no ver ya la continuidad entre la fe cristiana y el empleo y resultado de los métodos críticos; pronto la fe había de parecerles una supervivencia o una inconsecuencia. Finalmente, otros, más audaces, se dejaron convencer de que el catolicismo, para conformarse con la ciencia moderna, necesitaba refundirse de modo radical. En consecuencia, desearon modificar profundamente una religión de autoridad empleando métodos propios del libre examen e ideas tomadas al individualismo protestante. Su grave pecado consistió en aprovecharse del prestigio que daba a esos hombres su posición de católicos y sacerdotes para conseguir su propósito. Las fluctuaciones de muchas conciencias y el prestigio de los métodos científicos dieron a este reducido grupo de *modernistas* una influencia considerable, tal vez desproporcionada para su ciencia y talento.

Así, en cuanto podemos asignarle una idea general, el modernismo fue una crisis provocada por el contacto del cristianismo con la ciencia moderna. Sin embargo —escribe un teólogo citado por uno de los mejores historiadores de esta crisis—: «Como a las doctrinas, tendencias y métodos que les acarrearon la condenación de la Iglesia, mezclasen los modernistas mucho de bien y de verdad —de donde nacían principalmente el peligro de la seducción y la dificultad de saber lo que se podía conservar y lo que había que rechazar— hay que tener cuidado de no incluir en la denominación de modernismo muchas cosas que nada tienen de común con él, como el amor a la verdad y a la investigación científica; el juicio crítico y la carencia de todo prejuicio; el sentido de la evolución y cuanto hay de subjetivo, relativo, limitado en nuestro conocimiento, especialmente en lo concerniente a Dios y a las cosas divinas; la preocupación por el método científico y el verdadero progreso en todos los órdenes, ciencias, filosofía, historia, mediante la asimilación e integración en nuestra teología y apologética de todos los resultados indudablemente sanos y buenos que contienen, ya la filosofía moderna, ya las ciencias históricas... El modernismo fue la desviación de un movimiento necesario e inevitable, en el que había mucho bueno y útil» (1).

La simple equidad nos impide imputar a la Iglesia la responsabilidad de esta confusión. Lo que Pío X condenó con el decreto *Lamentabili sane exitu* del 17 de julio de 1907 y, sobre todo, con la encíclica *Pascendi Domini gregis* —8 de septiembre de 1907— eran los errores enseñados en Alemania por el Profesor Hermann Schell, en Inglaterra por el padre Georges Tyrrell, en Francia por el Abate Alfred Loisy, en Italia por el Abate Romolo Murri y el

---

(1) La obra fundamental sobre el modernismo es la de Jean Rivière, Profesor de la Universidad de Estrasburgo, *Le modernisme dans l'Église*, París, 1929. Las citadas líneas son de J. V. Bainvel, y están en la pág. 556. Nuestra exposición se basa en dicha obra.

novelista Antonio Fogazzaro y sus discípulos. La encíclica, obra de exposición y esquematización, distingue claramente los principios fundamentales del *modernismo*, del cual todo lo demás no es sino su aplicación.

Como base de su filosofía religiosa, los modernistas establecen —afirma el Papa— la doctrina llamada comúnmente *agnosticismo*, en cuyo nombre se prohíbe a la razón traspasar la frontera de los fenómenos. Por consiguiente, Dios no podría ser objeto de ciencia y, consecuentemente, la teología natural, los motivos de credibilidad, la revelación externa pertenecen a un sistema trasnochado del intelectualismo. Declarar a Dios incognoscible es ignorar al hombre y a su razón. A todo lo largo de su historia la Iglesia enseñó lo contrario, defendiendo así la dignidad del hombre, y el Concilio Vaticano I ya había condenado formalmente el agnosticismo. Por ello, Pío X no tenía dificultad en demostrar la inconsecuencia de los modernistas.

No obstante, «el agnosticismo no es más que el lado negativo de la doctrina de los modernistas; el positivo lo constituye lo que se llama "la inmanencia vital"». Lo cual equivale a decir que la religión se explica por completo por la naturaleza del hombre, que es una «forma de vida». Existe en el fondo de nuestro subconsciente una «necesidad de lo divino», necesidad que se manifiesta de cuando en cuando en forma de un sentimiento particular, cuyo carácter propio es abarcar a Dios «tanto como objeto como causa íntima». Éste es, para los modernistas, el origen de la fe religiosa, cuya revelación no es más que otro nombre.

La inteligencia del hombre, quien debe también «pensar su fe», llega primero a fórmulas sencillas y vulgares; luego, con ayuda de la reflexión, a fórmulas más profundas. Éstas dan origen al dogma, que «proporciona al creyente el medio de percatarse de su fe». Las fórmulas dogmáticas que son, pues, un producto secundario de la inteligencia, con relación a su objeto, sólo tienen valor de «símbolos» y, respecto al creyente, el valor de «instrumentos». Este doble carácter les exige estar en perpetua evolución para responder a las necesidades del corazón, cuya vida tienen por finalidad expresar y alimentar.

A Dios, que la filosofía estudia como puro concepto psicológico, le considera el creyente como una realidad soberana. Esta certeza se apoya en «cierta intuición del corazón», merced a la cual el hombre capta la realidad misma de Dios. Y ello es una auténtica experiencia, superior a todas las experiencias racionales. De aquí se sigue que todas las religiones son verdaderas por ser generadoras de tales experiencias. A lo sumo se podrá decir de la religión católica «que es la más verdadera por ser más viva». La tradición en este sistema no es más que la experiencia reunida por las sucesivas generaciones y la vida juzga de su valor.

Con esto se explican igualmente las relaciones entre la ciencia y la fe, puesto que «la ciencia pertenece a los fenómenos» y «la fe a lo divino». Pero en realidad, la fe está subordinada a la ciencia, de la que dependen las fórmulas en que se expresa y la idea de Dios cuyo objeto es. Así, pues, la

libertad de la ciencia frente a la fe es total y, al contrario, la fe está sometida a la ciencia. Tal es la esencia misma de la exégesis e historia *modernistas.*

De esta filosofía se deriva una teología a base de inmanencia y simbolismo. «Dios es inmanente en el hombre», «las representaciones de la realidad divina son puramente simbólicas». La verdad absoluta es Dios, presente en lo más íntimo del hombre en virtud de la ley de inmanencia. Él dogma nace de la labor de la inteligencia sobre la fe por vía de desarrollo vital. La fe engendra el culto y, en particular, los sacramentos, a causa de la doble necesidad de «dar a la religión un cuerpo sensible» y propagarla. Los Libros Sagrados sólo son la colección de experiencias realizadas en una religión determinada; los libros cristianos son para el creyente la palabra de Dios «por vía de inmanencia y permanencia vital».

En virtud de los mismos principios, la Iglesia no es otra cosa que «el fruto de la conciencia colectiva», y no tiene otro papel que expresar los sentimientos de las conciencias individuales, cuya fuente y regla es a la vez. De aquí se deduce que la Iglesia nada tiene que ver con las cosas del Estado, lo mismo que la fe con las de la ciencia y, en cambio, ha de estar sujeta a él.

En los estudios históricos, la crítica de los modernistas es «mera obra filosófica». Rechazan todo lo sobrenatural de la Historia; del elemento humano que conservan, suprimen «todos los aditamentos, obra de la fe»; eliminan «todo cuanto no está en la lógica de los hechos».

Por último, idénticas tendencias en la apologética modernista; se trata «de inducir al incrédulo a hacer la experiencia de la religión católica, experiencia, único fundamento de la fe»; es el *pragmatismo.* Así, por doquier hallamos la doctrina de la inmanencia, la cual permite persuadir al hombre de «que en él, en las mismas profundidades de su naturaleza y de su vida, se ocultan la exigencia y el deseo de una religión, no de cualquier religión, sino de la religión específica que es el catolicismo, postulada absolutamente —afirman— por la plena expansión de la vida».

Las reformas prácticas que reclamaban los modernistas eran las de la filosofía, teología e historia en los seminarios; del catecismo, culto, gobierno eclesiástico para «conformarlo con la conciencia que deriva hacia la democracia». En moral hacían suyo el principio del americanismo sobre la superioridad de las «virtudes activas».

Después de esta exposición, la encíclica procede a la condenación del modernismo calificado, con razón, como «compendio de todas las herejías». Pío X no tenía dificultad en unir su veredicto a los que Gregorio XVI, Pío IX y León XIII dieron contra el agnosticismo, relativismo, fideísmo, el propio jansenismo, y en recordar la filiación del modernismo con el protestantismo. El Papa demostraba vigorosamente que los modernistas, «no sólo destruyen la religión católica, sino cualquier religión», y los racionalistas «proclaman en ellos sus más poderosos auxiliares». La encíclica *Pascendi Domini gregis* se situaba así junto a las encíclicas *Mirari vos, Quanta cura, Providentissimus* y, como ellas, zanjaba por el arbitraje soberano de la fe doctrinas opuestas a la

revelación divina, a la tradición y al magisterio de la Iglesia. El Papa no había querido resumir las concepciones de ningún autor modernista en particular, sino más bien, sacar una idea general contenida en múltiples casos individuales.

El alcance de la encíclica fue enorme. La cuestión del modernismo quedaba debidamente resuelta, pese a todas las protestas de los autores condenados que fundaron revistas y agrupaciones para organizar la resistencia. Con la encíclica y la condenación de Loisy, Tyrrell, Murri y Fogazzaro el modernismo estaba herido de muerte; en 1910 el mismo Loisy convenía en que el modernismo estaba «totalmente derrotado» y no parecía «incluso difícil de aniquilar». El 18 de noviembre de 1907 el motu proprio *Praestantia* reiteraba y confirmaba la encíclica *Pascendi* y el decreto *Lamentabili,* excomulgando a cuantos defendiesen cualquiera de las doctrinas condenadas por ambos documentos. En un extenso artículo publicado el 30 de septiembre de 1907, el gran diario inglés *The Times,* órgano de alcance mundial como pocos, escribía con esa libertad de espíritu que le caracteriza: «Ningún modernista tiene derecho a dejarse sorprender por esa encíclica, a no ser por el valor y la sencillez insólitos con que, dando de lado a la diplomacia y a los equívocos habituales, no teme presentar a un mundo asombrado todas las consecuencias lógicas, prácticas así como especulativas, de la teoría escolástica.»

Una nueva encíclica, *Communium rerum* —21 de agosto de 1909—, varios decretos del *Índice,* varias decisiones de la Comisión Bíblica, la fundación en mayo de 1909 de un *Instituto Bíblico* impidieron que el modernismo se rehiciese. Desgraciadamente, las exageraciones polémicas de «ciertos defensores a ultranza de la ortodoxia, cuya crítica no corría parejas con su celo» —recordamos a uno de ellos y su rigor en Suiza— proporcionaron a veces a los insurrectos «la ocasión de un fácil triunfo, pues denunciaban al modernismo casi por doquier y enjuiciaban sin competencia escritos cuyo propósito y método ignoraban» (1). A un soldado de antaño se atribuyen las siguientes palabras: «¡Señor, líbrame de mis amigos; yo me encargo de mis enemigos...!»

PÍO X Y EL MOVIMIENTO SOCIAL

El Papa era un hijo del pueblo, con quien se mezcló mucho tiempo en su ministerio sacerdotal. No ignoraba ninguna pena ni sufrimiento ni reivindicaciones de los trabajadores de las fábricas y de los campos. Mas la actitud que siempre mantuvo frente a los conflictos sociales, tan violentos en estos comienzos del siglo XX, dejaba vislumbrar que, al favorecer las obras sociales, se preocuparía por dirigirlas y contenerlas dentro de las normas de una prudente y firme disciplina. Patriarca de Venecia, había demostrado en varios discursos la experiencia de un problema vasto y difícil. Así fue como en 1896,

(1) Mourret y Carreyre, o. c., pág. 393.

al dirigirse a los católicos sociales de toda Italia, reunidos en Padua, dijo con energía e indignación: «¿De dónde proceden todos los errores llamados socialismo y comunismo, todas esas utopías de la emancipación de la carne, de la rehabilitación de la naturaleza, de la igualdad de condiciones, del reparto de los bienes, de la soberanía de la razón? Todas esas monstruosidades no admiten la caída del hombre y su degradación original, la existencia del mal y la necesidad del remedio; se rechazan todos estos puntos de la fe católica por nuestros modernos educadores y de esta negación se derivan todas las aplicaciones antisociales intentadas ante nuestros ojos.»

Continuando la obra y orientaciones de León XIII, Pío X, desde el principio de su Pontificado, subrayó vigorosamente la orientación de sus ideas sociales con tres importantes documentos: En su encíclica *E supremi* —4 de octubre de 1903—, el Padre Santo exhortó a los fieles «a confesar bien alto las verdades enseñadas por la Iglesia sobre la posesión y uso de los bienes temporales y el justo equilibrio que ha de haber entre las diversas clases sociales». En su alocución del 9 de noviembre del mismo año recordó a los católicos que el primer deber en todo es «proclamar la verdad», pues «Cristo es verdad» y «la verdad libera», paráfrasis de su lema: *Instaurare omnia in Christo.* El motu proprio del 18 de diciembre, finalmente, resumió en diecinueve proposiciones, extraídas de las encíclicas de su predecesor, las normas que habrían de regir las organizaciones sociales. Pío X declaraba en ellas que la democracia cristiana alentada por la Santa Sede debe limitarse a una acción benéfica para el pueblo; que la propiedad privada es de derecho natural imprescriptible; que la sociedad humana está compuesta de elementos desiguales; que la democracia cristiana no debe nunca inmiscuirse en la política y ha de depender de la autoridad eclesiástica.

Ya le vimos trabajar en Alemania interviniendo en la disputa que enfrentaba «la escuela de Colonia» con la de Berlín y, habida cuenta de la especial situación del Imperio, dar preferencia a los sindicatos confesionales, sin por ello ignorar que los sindicatos mixtos pueden dar, en ciertas circunstancias, excelentes resultados.

En Italia, aplicando las normas que acababa de establecer, la Santa Sede declaró disuelta la Obra de los Congresos, cuyos miembros habían afirmado con harta audacia la autonomía de su asociación. Solamente organizó un grupo con el nombre de Acción Popular Cristiana. Luego por la encíclica *Il fermo proposito* —11 de junio de 1905— el Papa insistió en una recomendación capital: los que asumen la dirección de las obras católicas han de ser «católicos a toda prueba, convencidos de su fe, instruidos sólidamente en las cosas de la religión».

Reconoció y declaró patrocinar tres obras: la Unión Popular, destinada a agrupar a los católicos de todas clases; la Unión Económico-social, procedente de un grupo de la antigua Obra de los Congresos; la Unión Electoral, encargada de preparar a los católicos para el ejercicio de sus derechos políticos con vistas a las elecciones municipales y provinciales y, allí donde los Obispos lo

juzgasen oportuno, a las elecciones legislativas de la Cámara. Tres grandes nombres emergen entre los del Estado Mayor católico: los del Profesor Toniolo, Medolano-Albani y Pericoli —los «triunviros»—, quienes elaboraron los estatutos de las asociaciones, aceptados por las mismas asociaciones y aprobados por el Papa el 24 de marzo de 1906. Algunos meses más tarde —28 de julio de 1906— por la encíclica *Pieni l'animo*, el Papa prohibió formalmente a los clérigos, «bajo pena de quedar inhábiles para las órdenes sagradas», y a los sacerdotes «bajo pena de suspensión *ipso facto a divinis*», ingresar en la Liga Democrática Nacional fundada por el Abate Romolo Murri, modernista, y por otros sacerdotes rebeldes. Las obras sociales italianas así organizadas conocieron sus mejores éxitos, y los trabajos doctrinales de «la Escuela de Bérgamo» se contaron entre los más notables del movimiento social católico en Europa.

Los acontecimientos que ocurrían en Francia ocuparon con igual atención el pensamiento y acción de Pío X, cuyas doctrinas sociales estaban estrechamente unidas a las preocupaciones políticas. Los principales centros del movimiento social eran la Asociación Católica de la juventud francesa, la Acción Popular de Reims, las Semanas Sociales y el *Sillon*. Las tres primeras sólo dieron las mayores satisfacciones al Sumo Pontífice, quien alentó y bendijo sus provechosos esfuerzos. En particular las *Semanas Sociales*, fundadas en 1904 por Henri Lorin, fueron una verdadera «Universidad ambulante». Cada año se trasladaban a otra ciudad con ocasión de sus sesiones, y su ejemplo fue seguido afortunadamente en otros países. Los trabajos que se presentaron sobre las principales cuestiones sociales, de orden doctrinal y práctico, constituyen una biblioteca selecta donde la vasta información corre parejas con la riqueza y seguridad doctrinales. Lograron plenamente su objetivo: formar una *élite* de cristianos sociales. Quien quiera estudiar el movimiento social católico contemporáneo no puede dejar de leer esa serie de excelentes y sólidos estudios que dieron sus frutos en las almas y deshicieron muchos prejuicios.

EL «SILLON»

El *Sillon* (surco) también tenía en su haber grandes obras, pero en un determinado momento desviaciones desafortunadas obligaron al Papa a intervenir. El *Sillon* fue el nombre primitivo dado a una revista fundada en 1894 por Paul Renaudin y Marc Sangnier. Fue ese último quien, habiendo dejado el Ejército en el que era oficial de ingenieros, fundó con el mismo nombre en 1899 un movimiento de educación popular. Pronto se desarrolló bajo el activo y generoso impulso de su fundador, alma de apóstol, inteligencia escogida y noble carácter. El objetivo del *Sillon* era demostrar a la democracia francesa que le es indispensable el concurso de fuerzas religiosas y morales para realizar sus aspiraciones legítimas. El movimiento tendía a cristianizar la democracia y, con ello, a formar en los círculos de estudio del *Sillon* una

élite social de jóvenes católicos que irradiase sobre la masa por medio de institutos populares y reuniones públicas la acción sindical y cooperativa, así como la acción cívica. La revista, ampliada en 1902, y un periódico semanal *l'Éveil démocratique*, dieron una gran difusión a las ideas de sus generosos fundadores.

El clero no escatimó sus estímulos al *Sillon*, que llevaba con orgullo la bandera católica; en los círculos de estudio, formados en gran mayoría en los patronatos dirigidos por sacerdotes, éstos ocupaban el puesto de consiliarios. Pero una nueva orientación lanzó al *Sillon* a la política militante, y pronto acentuó su autonomía democrática. Una nueva organización de los grupos *sillonistas*, o incluso simplemente animados del espíritu del *Sillon* —«el mayor *Sillon*»—, pretendió pronto reivindicar una más amplia libertad en el terreno económico y político. Esta nueva tendencia le enajenó la simpatía de una gran parte del clero, si bien ciertos Obispos siguieron prestándole su apoyo. Graves errores se fueron abriendo paso en las teorías sociales, impulsados por elementos no católicos o harto avanzados.

La Santa Sede intervino para condenar esta «falsa democracia» —la expresión es de Pío X—, y el 25 de agosto de 1910 una carta del Papa, dirigida al episcopado francés, daba la razón a los Obispos y publicistas entre los que se encontraba Charles Maurras, fundador de la *Acción Francesa*, quienes combatían al *Sillon*. «Debemos la verdad —escribió Pío X— a nuestros queridos hijos del *Sillon*, a quienes un generoso celo ha lanzado por un camino tan falso como peligroso. La debemos a muchos seminaristas y sacerdotes que el *Sillon* ha sustraído, si no a la autoridad, al menos a la dirección e influencia de sus Obispos. La debemos, por último, a la Iglesia, en la que el *Sillon* siembra divisiones y compromete sus intereses.»

La Santa Sede censuraba al *Sillon* de sustraerse a la autoridad eclesiástica y de asumir como ideal «la nivelación de las clases», que no es más que una concepción errónea de la democracia. El *Sillon* había ignorado el papel del sacerdote y entregado la religión al partido político democrático. Con ello se había desviado hacia el liberalismo arreligioso. Ahora bien, no hay acción social sin moral, ni moral sin verdadera religión; por consiguiente, la organización en común con incrédulos es errónea y mala. Es lícito ser católico y demócrata, pero es contrario a la verdad religiosa pretenderse demócrata por ser católico. El *Sillon* —observaba el Padre Santo— ya no es más que un afluente de la corriente de apostasía universal; su iluminismo místico le ha arrastrado hacia el falso evangelio y se ha entregado a «conciliaciones blasfemas» entre el Evangelio y la Revolución.

En consecuencia, el Papa exigió que los miembros del *Sillon* se distribuyesen «por diócesis para trabajar bajo la dirección de sus Obispos respectivos en la regeneración cristiana y católica del pueblo al mismo tiempo que en la mejora de su suerte». Estos grupos tomarían el nombre en lo sucesivo de «*Sillons* católicos». La carta de Pío X sería con la encíclica *Rerum Novarum*,

de León XIII, y el motu proprio de Pío X sobre la Acción Popular Cristiana, la norma de todo sacerdote y de todo católico que se ocupasen de acción social.

Los *sillonistas* no defraudaron las esperanzas del Sumo Pontífice. Sus jefes —Marc Sangnier a la cabeza— se sometieron humilde y lealmente, puesto que poseían —como esperaba el Papa— «la docilidad de corazón con la valentía de demostrar frente a la Iglesia la sinceridad de su fervor católico». El «*Sillon* católico» se caracterizó por la calidad de una *élite* más que por el prestigio de una masa. En 1925 Pío XI le felicitó por sus «santas instituciones» y «provechosas iniciativas». Marc Sangnier, de pleno acuerdo con la Santa Sede, continuó laborando por el bien de su país en el terreno de la política y de la economía pura, y fundó en 1910 el diario *La Démocratie*, que luego se transformó en revista mensual de doctrina y documentación. En 1912 fundó el partido de *La Jeune République* y formó parte de la Cámara de Diputados de 1914 a 1924. Después de la guerra, en la que se distinguió, fundó en 1921 con Georges Hoog, uno de sus mejores colaboradores de la primera hora, un «Comité Internacional de Acción Democrática por la Paz», cuyos esfuerzos y espíritu, profundamente cristianos, fueron muy apreciados por la Santa Sede.

LA «ACCIÓN FRANCESA»

Las tendencias y programa de la *Acción Francesa* eran muy diferentes y, en muchos puntos, absolutamente opuestos a los del *Sillon*. Había sido fundada a raíz del *affaire* Dreyfus con la muy laudable intención de defender la patria francesa contra las fuerzas disolventes del internacionalismo y antipatriotismo. Su revista, que llevaba idéntico nombre, se hacía pasar por el órgano del «nacionalismo integral». Pero pronto tomó aires combativos en exceso. La República era, a sus ojos, «un clericalismo judeo-hugonote-masónico», el reino del dinero y del extranjero; la soberanía nacional implica, infaliblemente, la venta de la nación al mejor postor. Había, pues, que restaurar la realeza «por todos los medios»; la Iglesia Católica y la realeza hicieron a Francia y deben seguir trabajando de consuno. Numerosos católicos declarados se contaban entre los jefes de la Acción Francesa, pero su principal fundador, Charles Maurras, era un agnóstico. El 29 de enero de 1914, Pío X condenó varias obras de Charles Maurras y la misma revista, aunque aplazó para una fecha ulterior la publicación de esta condenación. Estaba reservado a Pío XI —volveremos sobre ello— condenar y prohibir explícitamente, en 1926, un movimiento que había dividido profundamente la inteligencia francesa.

RESTAURACIÓN DE LA VIDA CRISTIANA, LAS MISIONES Y LAS OBRAS

Cuando se habla de Pío X hay que tener siempre presente en la memoria las palabras pronunciadas por él al día siguiente de su elección: «Nos declaramos que en el ejercicio de nuestro Pontificado nuestro único objetivo es restaurar todas las cosas en Cristo: *Instaurare omnia in Christo.*» En el terreno pastoral se efectuó la obra más duradera y más hermosa de su Pontificado intransigente y reformador. Lo que distingue a esta obra es su carácter de reforma deliberada, motivada, defendida por textos claros y perpetuada por instituciones invariables.

La restauración de la vida cristiana sólo puede llevarse a cabo por un clero instruido y celoso. Los documentos del Sumo Pontífice, inspirados en esta idea, fueron numerosos e importante. Entre ellos hemos de citar su carta del 16 de enero de 1905, que creaba seminarios regionales; su programa general de estudios para los seminarios mayores, del 10 de mayo de 1907; su exhortación al clero católico, del 4 de agosto de 1908; una carta de la Congregación de Estudios sobre el uso del latín en los seminarios, del 13 de julio de 1908; un decreto de la Congregación Consistorial, del 29 de junio de 1912, sobre la prohibición de ciertos comentarios de la Sagrada Escritura en dichos establecimientos; una circular de la misma Congregación, del 17 de octubre de 1913, sobre los libros permitidos a los seminaristas. No sería extraño que las medidas, cuyo objeto era la formación del clero, fuesen consideradas por el Padre Santo como las más importantes de todas. Las ciencias religiosas, la filosofía, los estudios clásicos, la música religiosa —volveremos sobre ello— y hasta la higiene, ocuparon la atención del supremo legislador.

Estas normas, así como las exhortaciones a los sacerdotes ya en su ministerio, están llenas de unción y de espíritu práctico. Pío X había vivido largos años en los primeros grados de la jerarquía, por donde apenas suelen pasar los eclesiásticos llamados a altas funciones. Sabía por experiencia —maestra de la vida— lo que es un coadjutor, un párroco rural, un rector que acumula varios cargos en un seminario, y un Obispo. Sus instrucciones lo reflejan, y siguen la línea de la gran tradición de las obras «más raras de lo que se piensa» —ha escrito un eminente religioso—, verdaderamente adaptadas a las necesidades del clero. Continuando la obra de León XIII, fundador del seminario pontificio de Anagni, Pío X organizó de arriba abajo y dotó de personal escogido varios seminarios regionales en el sur de Italia y en los arrabales de Nápoles. Estas fundaciones, muy interesantes en sí mismas, aún podían servir de modelo, adaptándolas a las necesidades de los diferentes países, para establecimientos análogos. ¿Qué mejor prueba puede darse de la importancia capital que adquiere a los ojos del Vicario de Cristo la vocación sacerdotal?

La exhortación al clero católico del 4 de agosto de 1908, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su sacerdocio, el mismo día en que comenzaba el sexto año de su Pontificado, se hizo célebre con toda justicia. Esa especie de homilía sobre el hombre de Dios —como se la llamó— es de una elevación, de una nobleza de pensamiento que hacen de ella uno de los más hermosos monumentos de la cátedra cristiana, donde descubrimos la preocupación tan eminentemente práctica de su autor. «El sacerdote —afirma— no puede ser bueno o malo para sí únicamente. ¡Qué consecuencias no tienen para el pueblo su manera de ser y su modo de vivir! Allí donde hay un buen sacerdote, hay un tesoro, y ¡qué valioso!» El mismo Cristo estableció «el modelo de los sacerdotes»; «hemos, pues, de desempeñar la misión de Cristo..., santo, inocente e intachable». La santidad se alcanza por la gracia y ésta por la oración. Evocando el ejemplo del santo cura de Ars, Juan Bautista María Vianney, el taumaturgo a quien Pío X declaró *beato* y sigue siendo uno de los ejemplos más extraordinarios de santidad sacerdotal, el Papa había añadido: «¡Cuántas ocasiones de elevarse a Dios se presentan cada día para un alma dominada por el deseo de su propia santificación tanto como de la salvación del prójimo!... En este torrente de crímenes que por doquier se derrama y se dilata, a nosotros corresponde implorar y desarmar a la divina clemencia... ¡Perdona, Señor; perdona a tu pueblo!» La meditación diaria, el «recogimiento del corazón» es para el sacerdote «la absoluta necesidad», sin la que resulta «la pobreza interior», que ningún pretexto puede excusar. El tono de afecto y severidad paternales que se transparentan en cada línea de esta exhortación, la vasta idea, siempre sencilla, son accesibles al más modesto cristiano. ¿Cómo dudar —tras su lectura— de la grandeza y santidad del Pontífice que se dirigía en un solemne momento en que celebraba su largo y piadoso sacerdocio a los sacerdotes y pueblo de Dios?

El Papa exhortaba a su pueblo a que rezase, pero quería que lo hiciese —son sus propias palabras— «bellamente». Esta idea inspiró el motu proprio del 22 de noviembre de 1903, día de la festividad de Santa Cecilia, sobre la *música sagrada*, sobre el uso y reforma del canto gregoriano. Su finalidad es mantener y promover «la dignidad de la Casa de Dios donde se celebran los augustos misterios de la religión» y eliminar los abusos que la influencia del arte profano y del teatro habían introducido en la música de Iglesia. La música sagrada, parte integrante de la liturgia solemne, ha de ser *santa*, «un auténtico arte», y «universal». «Si es lícito a cada nación adoptar en las composiciones eclesiásticas las formas particulares que constituyen, en cierto modo, el carácter propio de su música, esas formas, con todo, estarán subordinadas a los caracteres generales de la música sagrada, de suerte que nadie de otra nación, al oírla, pueda sentir una desagradable impresión.» Y ésta es la regla primordial: «Una composición musical eclesiástica es tanto más sagrada y litúrgica cuanto por su aire, inspiración y gusto se asimile más a la melodía gregoriana, y es tanto menos digna de la Iglesia cuanto más se aparte de tal

modelo supremo.» Evocando las cualidades de la polifonía clásica recuerda «el apogeo de su perfección gracias a la obra de Pier Luigi da Palestrina» (1).

Como tantos predecesores suyos, Pío X también quiso defender la *lengua litúrgica;* desea que sólo se emplee el latín, lengua de la Iglesia, «en las solemnes funciones de la liturgia», y prohíbe el uso de la lengua vulgar en las «partes variables o comunes de la misa y del oficio». Manda conservar en los himnos una forma tradicional, y «no componer el *Tantum ergo,* por ejemplo, de tal modo que resulte de la primera estrofa una romanza, cavatina o adagio y del *Genitori* un allegro». El canto debe predominar en todo; los instrumentos no lo dominan nunca. Para realizar esas reformas es necesario multiplicar las *Scholae catorum.* Conocida es la altura a que llegó la creada por Vincent d'Indy.

La iniciativa litúrgica de Pío X no se limitó a la música sagrada. Modificó la misma oración eclesiástica con la refundición del breviario, ya emprendida por otros Papas en el sentido correspondiente a los deseos de todos los amantes de la antigüedad cristiana (Constitución Apostólica *Divino Afflatu,* del 1 de noviembre de 1911). El nuevo breviario restableció cada semana todas las partes del Salterio, que se enriqueció con los trabajos de la erudita Comisión para la Revisión del Texto de la Vulgata, presidida por el Cardenal Dom Gasquet.

Sin embargo, la más importante reforma operada por Pío X dentro de la Iglesia es, indiscutiblemente, la refundición del *Derecho canónico.* Por un motu proprio —19 de marzo de 1904— instituyó una comisión cardenalicia encargada de llevarla a buen término. El *Codex iuris canonici,* casi acabado a la muerte de Pío X, pudo ser promulgado por su sucesor, Benedicto XV —24 de mayo de 1917—, quien declaró que sólo Pío X debía ser considerado como el autor del código, y le colocó entre los Papas ilustres: Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, quienes más contribuyeron a renovar la legislación eclesiástica. Esta inmensa obra data de los comienzos del Pontificado de Pío X y lleva la impronta de su genio positivo y claro; las primeras palabras del documento pontificio *Arduum sane* dejaban entrever que la labor sería larga y ardua.

Un jurisconsulto francés (2) no vaciló en llamarle «el esfuerzo legislativo más gigantesco que se haya intentado desde Justiniano», y con la inmensa labor hay que observar la preocupación de los miembros de la Comisión para enriquecer la empresa «con todos los perfeccionamientos técnicos introducidos por los juristas modernos en la codificación de las leyes». «La preocupación por la palabra adecuada, por la exactitud científica sustituyó al culto de la cláusula rítmica y elevación oratoria.»

---

(1) Véase, en nuestro vol. II, el capítulo «El renacimiento de la Iglesia, las obras y los hombres».

(2) Henri Auffray, en la revista *Études,* 20 de abril de 1914.

A esta obra jurídica genial irá unida la *reorganización de la Curia Romana*, mediante la bula *Sapienti Consilio*, de 29 de junio de 1908. Pío X reorganizó las Congregaciones, Tribunales y Oficinas que integraban la Curia con vistas a una mejor división del trabajo y a una centralización efectiva muy fuerte en beneficio de la Congregación Consistorial, de la que dependen los Obispos, cuya presidencia se reserva el Papa. El beneficio de aumento de poder recayó en aquel de quien las circunstancias y elección del Papa habían hecho un Cardenal muy joven y un Secretario de Estado, Merry del Val, su principal consejero político. Respecto a los asuntos religiosos y a la Teología, la influencia dominante correspondió al Cardenal Vives y al Cardenal De Lai, creado Secretario de la Consistorial.

Pero hay que buscar en otra parte la joya de la obra pastoral de Pío X; se la hallará en la *renovación eucarística*, que procuró deliberadamente. Se ha llamado a Pío X «el Papa de la comunión frecuente». Un decreto de la Congregación del Concilio —16 de diciembre de 1905—, ratificado el 20 de diciembre por el Papa, recordó que «al desear en sumo grado Nuestro Señor Jesucristo y la Iglesia Católica la comunión frecuente, ésta debe facilitarse a todos los fieles». La reforma —ha dicho un escritor francés— era «tan extensa y tan beneficiosa que nadie puede calcularla. El Papa ha deseado la renovación del mundo. Según su lema, se la ha pedido a Cristo». El jansenismo, herejía insidiosa y esterilizante, había pretendido que sólo hacía falta comulgar rara vez, porque no somos dignos. «Privarse de la comunión por respeto a Cristo era el fondo de esta maquinación contra el amor divino» (1).

A la cuestión de la comunión frecuente iba asociada la de la edad de la primera comunión. El decreto *Quam singulari*, de la Congregación de los Sacramentos, declaró el 8 de agosto de 1910 que «la edad de la discreción, tanto para la comunión como para la confesión, es aquella en que el niño empieza a razonar, es decir, hacia los siete años, poco más o menos», y que «el conocimiento de la religión exigido para la primera comunión es que el niño comprenda, conforme a su capacidad, los misterios de la fe necesarios con necesidad de medio, y sepa distinguir el Pan eucarístico del pan ordinario y corporal». Asimismo el decreto manifestaba la voluntad de la Iglesia, «tesorera de la Eucaristía», y anulaba así los pretextos y usos locales que se habían introducido contra las más venerables tradiciones de la Iglesia primitiva (2). «La experiencia ha demostrado —escribe un educador religioso— que esos pequeños, tras una seria formación, pero adaptada a su edad y relativamente fácil, distinguen muy bien el Pan espiritual de cualquier otro. Comprenden que es una acción sagrada, importante, divina y reciben al Buen Jesús misteriosa, pero verdaderamente. ¿Acaso captamos nosotros mucho más? Esta reforma por sí sola —pues hay otra muy grande— bastaría para glorificar a Pío X. Una vez más los sublimes pensamientos procedieron del corazón» (3).

(1) René Bazin, o. c., pág. 172.
(2) René Bazin, íd., pág. 177.
(3) *Études*, t. 140, 1914, pág. 449.

El éxito extraordinario y el esplendor creciente de los Congresos Eucarísticos de 1904 a 1914 fueron una de las grandes alegrías del Pontificado de Pío X. El de Lourdes, de 22 al 26 de julio de 1914, en el momento en que ya en Europa, en vísperas de la guerra, retumbaba el fragor de las armas, fue una impresionante y grandiosa manifestación de fe católica en la Presencia Real del Hijo de Dios. La doctrina de la «realeza social de Cristo» se afirmó con una fuerza y piedad que revelaron el sello divino del sacramento de la Redención; homenaje de adoración y obediencia que han de rendir a «Cristo Rey», no sólo los individuos, sino las sociedades humanas (1). Catorce años más tarde la encíclica *Miserentissimus Redemptor* —8 de mayo de 1928, que instituía la fiesta de Cristo Rey— completó la consagración del género humano al Sagrado Corazón por León XIII y la reforma de la piedad eucarística efectuada por Pío X, una de las mayores acciones del Papado de todos los tiempos.

Las *obras católicas* animadas por el celo apostólico del Papa conocieron un magnífico florecimiento bajo el Pontificado de Pío X. En Francia la ley de separación entre la Iglesia y el Estado obligó a los católicos a fundar nuevos órganos para la administración de los bienes eclesiásticos, y suscitó una pléyade de obras sociales filiales de «la Obra de los Círculos Católicos de obreros». En Alemania el *Volksverein,* con sus diferentes filiales, atestiguaba la fuerte vitalidad de las organizaciones católicas de allende el Rin. La Unión Popular Italiana prestaba brillantemente idénticos servicios, y hemos subrayado la importancia doctrinal de sus congresos sociales. Las obras de caridad dirigidas por los discípulos del bienaventurado Cottolengo obraban auténticos milagros. En Bélgica la preocupación dominante de los católicos fue la codificación de una legislación social completa, de inspiración netamente cristiana y democrática; sus esfuerzos fueron coronados por los más meritorios éxitos, y este pequeño país, ardoroso para el trabajo y nunca desanimado, puede estar satisfecho de sus leyes protectoras de los trabajadores. Suiza no se quedó atrás, y el desarrollo de todas las obras católicas, sin olvidar los institutos de enseñanza y educación, de la escuela a la Universidad, conoció un auge que no ha disminuido. Por otra parte y, en general, las Universidades católicas conocieron en todos los países una creciente actividad bajo el Pontificado de Pío X. A ellas se debe, en gran parte, el renacimiento de la filosofía tomista, de los estudios de mística, historia de las religiones y etnología llevadas a cabo con los más rigurosos métodos científicos y la más completa libertad espiritual.

La cuestión de las *misiones extranjeras* adquiría por la misma época una importancia particular a causa de la política colonial y de los acontecimientos de Asia: la victoria del Japón sobre Rusia en 1905, y la Revolución china en 1911, que terminó en la fundación de la República. El desarrollo del catolicismo fue floreciente en esos dos países bajo el reinado de Pío X, y la Universidad de *Aurora,* creada en Shangai por los jesuitas, fue, sin discusión, la

(1) Ibíd., págs. 516-545.

más importante de las fundaciones escolares. La exaltación del nacionalismo en Extremo Oriente podía inquietar a los cristianos, pero este peligro sólo fue un estimulante más para el celo de los misioneros. El temor al peligro socialista y racionalista impulsaba al mismo tiempo a orientales eminentes a acercarse al cristianismo. La guerra de 1914-1918 interrumpiría, en parte, la obra de evangelización; estaba reservado a Benedicto XV y a Pío XI reanudarla con celo y medios nuevos, y haciendo más fructífera que nunca la propagación de la fe por la formación de cleros nativos.

ÚLTIMOS DÍAS DE PÍO X

¡Había previsto y temido la guerra! «La gran guerra se acerca; no transcurrirá 1914 sin que estalle.» Se cuenta que la primera vez que pronunció dichas palabras fue en 1911, cuando los italianos desembarcaron en Tripolitania. Algunos meses antes de desencadenarse el cataclismo, dijo a Monseñor Bressan, uno de sus íntimos, aludiendo a la profecía de Malaquías: «Después de mi muerte habrá verdaderamente una *religio depopulata* (la Cristiandad despoblada)» (1).

Al Papa, corazón grande, cuyo rasgo dominante fue el espíritu de fe, le afectaron profundamente el sufrimiento y la muerte de sus hijos. «Daría con gusto mi vida para conjurar ese horrible azote», dijo al bendecir a los jóvenes extranjeros, alumnos del seminario de Roma, que iban a incorporarse a sus regimientos. Su último documento pontificio fue del 2 de agosto de 1914, una «exhortación a los católicos de todo el mundo», para pedirles que rogasen «a Cristo, Príncipe de la paz y mediador todopoderoso ante Dios».

Transcurrieron algunos días y se supo que el Papa estaba enfermo. Se le había declarado una bronquitis, que se consideró leve, pero que agravaba su avanzada edad —el 2 de junio cumpliría los ochenta años—, y hacia la mitad del mes su estado empeoró. «¡Cúmplase la voluntad de Dios —dijo—; creo que todo ha terminado!» «El 18 de agosto por la mañana pidió la Comunión como Viático. Inmediatamente después se sumió en silencio. Poseía aquella tranquilidad y aquella expresión angélica que impresionó a tantos cuando era tan fácil —creemos— ser "la Majestad misma". Esta hermosura del alma era tan admirable, que los médicos la consignaron en su último parte facultativo. Comprendía todo, pero ya no hablaba. A veces hacía lentamente la señal de la cruz, que es la de la espada y la de la fe.» Bendijo a sus amigos que rodeaban la cabecera y mantuvo entre las suyas la mano de su fiel Secretario de Estado, que tan bien le había servido. «El 19 de agosto, la campana mayor de San Pedro, que daba la señal a todas las de la ciudad,

---

(1) Bazin, o. c., págs. 251-252. Sobre Pío X y los comienzos de la guerra, cf. Conde Sforza, *Les bâtisseurs de l'Europe moderne*, París, 1931, págs. 121 y sigs.

tocó *pro Pontifice agonizante.* El 20 de agosto, antes del amanecer, Pío X entregó su alma a Dios» (1).

«Hubo mucho duelo en el mundo. Ni siquiera hubo cristiano u hombre recto que no sintiese dolor de que esta alma dejase de pertenecer a este mundo.» Entre la multitud de artículos dedicados por la gran prensa al ilustre difunto, los del *Times* de los días 20 y 21 de agosto fueron los más notables por la exactitud y elevación de miras (2). El primero, de autor católico, subrayaba: «Se ha hablado mucho desde los primeros días de su Pontificado de cambio en el espíritu del Papado. En el futuro —se decía— la Iglesia ha de tener un Papa piadoso, no un político. Las palabras *Papa piadoso* tomadas en ese sentido suscitaron en el nuevo Papa una viva indignación. Sería curioso ver a un Papa —decía un día cuando sólo era todavía Patriarca de Venecia—, sería curioso ver a un Papa que no fuese piadoso!» El autor añadía que Pío X había proclamado enérgicamente el deber político del Sumo Pontífice, el cual no debe tolerar ningún menoscabo de los derechos de la Santa Sede. En el segundo artículo —escrito por un protestante— se leía: «Todos los empeñados en honrar la religión y la santidad personal se unirán a la Iglesia Católica Romana para llorar al Pontífice que acaba de perder. La política de Pío X levantó muchas críticas..., pero nadie discutió nunca la evidente sinceridad de sus convicciones o se negó a admirar sus virtudes sacerdotales. La Iglesia Católica llora en él más que a un santo sacerdote, a un gran Obispo; llora también a un gran Papa.» Recordando la separación de la Iglesia y del Estado en Francia y Portugal y «la descristianización social, cuyo símbolo era esta separación», el escritor inglés agregaba: «Aquellos cuyo juicio no está ofuscado por los prejuicios, no pueden censurar al Sumo Pontífice por haber rechazado todo compromiso con una política que, por propia confesión de sus instigadores, tendía deliberadamente a destruir la fe cuya misión era preservarla. Se ha dicho que habría debido prestarse a compromisos, pero hay principios que Roma ni puede dar de lado momentáneamente ni suprimir de modo definitivo.» Y el autor concluía: «No es exagerado afirmar que José Sarto, hijo de un campesino y de una costurera, operó por propia iniciativa en la disciplina de la Iglesia Católica más cambios que ninguno de sus predecesores desde la época del Concilio de Trento.»

El noble espíritu que trazó estas líneas había comprendido que la vida y la acción del gran Papa procedieron de una fe ardiente secundada por un fuerte temperamento de hombre de acción y de hombre de corazón. «Soberano lleno de cortesía y de humildad», decía de él uno de sus íntimos, Pío X era enérgico, emotivo y voluntarioso. «Nadie vacilaba en abrirle su corazón, aunque todos los que le veían comprendiesen que hablaban a un ser superior.» Muy inteligente, pese a lo que diga una absurda leyenda, aunque en modo alguno *intelectual,* que se ocupaba de las realidades y no de los libros, Pío X

---

(1) O. c., págs. 253-254.
(2) Citados por el mismo autor —Bazin—, págs. 255 y sigs.

asió con mano firme y casi ruda el timón de la Iglesia. Impaciente ante los obstáculos, con la vista en lo real, en lo concreto y seguro, era invulnerable al miedo, al fingimiento y a la dilación. «Era fuerte por deber, después de haber orado. Daba gracias a Dios luego por haberle ayudado a actuar sin debilidad.»

«Los once años del Pontificado de Pío X —escribía a su muerte un autor que se ha mantenido en el anonimato, conocedor avisado de la gran política— dejarán huella para la Iglesia tras los Pontificados de Pío IX y León XIII que duraron treinta y dos y veinticinco años, respectivamente. El reinado mucho más breve de Pío X, Monarca sin reino, quien no quería política, no habrá sido menos importante. Y esos tres cuartos de siglo que abarcan tres Pontificados con sus alternativas, reacciones, cambios de dirección, forman una cadena que une estrechamente a Pío IX, León XIII y Pío X. Con ellos se inaugura una era que no se podrá decir cuándo terminará. La fuerza y autoridad por la que esos tres Papas, tan diferentes por su espíritu y carácter, fueron revestidos por la Iglesia, se revelan muy grandes» (1).

«El Pontificado de Pío IX es la disminución y luego el fin del dominio temporal; pero más todavía es la constante extensión del Poder espiritual y moral del Papado... Pío IX, encerrado en el Vaticano, que se atraía la veneración exaltada del mundo católico, despreocupado por encontrar la indiferencia u hostilidad en los Gobiernos que su política de misticismo intransigente no ganó para la Iglesia, muere en Roma al mismo tiempo que el primer Rey de Italia... Tras él, el Pontificado de León XIII continúa y acaba el de Pío IX, pareciendo a veces que le contradice: es el acercamiento y entendimiento con los Gobiernos, excepto uno solo; es la extensión del Poder moral del Papado y de su prestigio en el mundo... El carácter dominante del Pontificado de León XIII es la preocupación, que nunca le dejó, de manifestar y poner al Papado en contacto con el mundo, abrirle horizontes amplios, granjearle por doquier simpatías.» Italiano oriundo del Véneto arrebatado a Austria cuando ejercía su ministerio, Pío X amaba su país, que conocía mejor que los otros. Pero si no cerró los ojos ante las contingencias italianas, no por ello dejó de defender los derechos del Papa soberano con la misma firmeza que sus dos predecesores.

En el terreno político sería casi paradójico decir que la característica del Pontificado de Pío X fue la ausencia de política humana. Lo que se ha llamado la política de Pío X consistió, sobre todo, y a veces únicamente, en reivindicar los derechos de Dios y de la Iglesia sin reticencias ni contemplaciones, frente a Gobiernos asombrados y a pueblos casi siempre satisfechos en su sentido cristiano. «Si el liberalismo —se ha dicho— se define por el conocimiento de algún derecho, ya sea del error o de los prejuicios, es cierto que León XIII no fue más liberal que Pío X. Pero en el modo de tratar a los extraviados, guiarse por los hechos para hallar un *modus vivendi* entre partes que separan

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 de septiembre de 1914, págs. 147-149.

los principios y acercan grandes intereses, es indudable que ambos Papas tuvieron diferentes modos» (1). Uno con más flexibilidad, otro con más intransigencia, no cesaron nunca de oponer a las realidades, por apremiantes que fuesen, la inmutable definición del ideal cristiano.

En la historia de la Iglesia, los juicios son de más largo alcance que en la de las sociedades humanas. La oración del Pontífice arrodillado cuenta como una política de grandes designios. La piedad ferviente de un Pío X, su fe mística en lo absoluto, la reunión de fuerzas llevada a cabo en el catolicismo frente a errores que se engalanaban con las tintas seductoras del progreso moderno, son elementos cuya profunda significación e indeleble influjo en la existencia, casi dos veces milenaria, de la Iglesia ha conservado la Historia. La Historia ya ha ratificado las palabras de León XIII, a quien sucedería: «Sabemos que podríais prestar los mayores servicios a la Iglesia.» En Roma, el 13 de abril de 1923, veintiocho Cardenales firmaron una solicitud en pro de la beatificación de Pío X, y este gesto de piedad y gratitud filiales también pertenece a la Historia.

---

(1) L. de Grandmaison, artículo citado en *Études*, pág. 441.

CAPÍTULO III

BENEDICTO XV: 1914-1922

GIACOMO DELLA CHIESA

Al morir Pío X el 20 de agosto de 1914, la primera guerra mundial, prevista y temida por él, había estallado tres semanas antes. Al asesinato en Sarajevo —28 de junio— del Archiduque austriaco Francisco Fernando por un joven estudiante bosnio, sucedió un período de tensión política y diplomática. El mundo pasó de la esperanza de que se podría evitar el terror sangriento de una conflagración general al espanto provocado por la inutilidad de los esfuerzos en salvar la paz. El 25 de julio ocurrió la ruptura de Austria con Servia; el 28 de julio, la declaración de guerra de la Doble Monarquía al pequeño reino; el 30 de julio, la orden de movilización general en Rusia; el 1 de agosto, las órdenes de movilización general en Francia y en Alemania y la declaración de guerra de Alemania al Imperio del Zar; el 2 de agosto, las tropas alemanas invadieron el gran ducado de Luxemburgo y el Gobierno imperial conminó a Bélgica para que diese paso a sus ejércitos. A la negativa categórica del Gobierno belga siguió el ataque y la invasión, y al día siguiente la declaración de guerra de Alemania a Francia; el 4 de agosto fue la ruptura angloalemana.

Se enfrentaban dos coaliciones por el juego de las alianzas: de una parte los *Imperios Centrales* —Alemania y Austria—, de la otra, Rusia, Servia y Montenegro, Francia, Inglaterra y el Imperio británico, que formaban el grupo de los *aliados.* Posteriormente no cesó de aumentar el número de los beligerantes; Japón no tardó en alinearse junto a los aliados, Turquía al lado de Alemania y Austria; los Estados Unidos intervinieron en 1917 para defender la causa aliada. Italia, miembro de la Triple Alianza, permaneció neutral al principio, pero en 1915 se unió a los enemigos de los Imperios Centrales. Generalmente se creía, al comienzo de las hostilidades, que la guerra sería corta

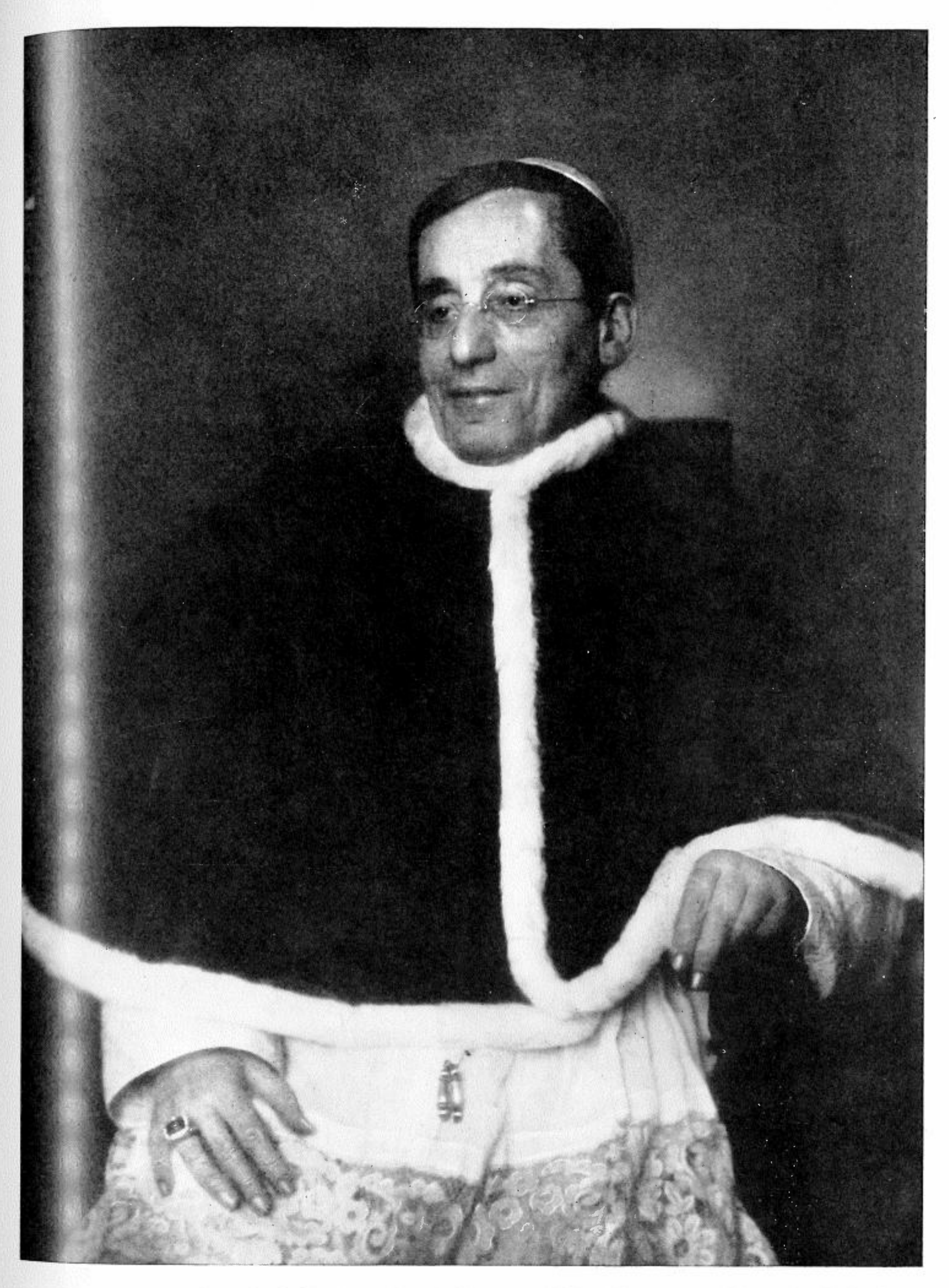
a causa del prodigioso esfuerzo militar y financiero que exigiría. Sin embargo, duró más de cuatro años; había comenzado una nueva Era de la Historia (1).

En estas circunstancias trágicas fue cuando se inauguró el conclave —31 de agosto de 1914— que daría sucesor al Papa difunto. Fue el primero que se desarrolló conforme a la legislación expuesta de Pío X. Al terminar la tarde se habían reunido cincuenta y siete Cardenales; otros tres sólo pudieron llegar después de la elección del Papa; cinco más se vieron impedidos en el último momento por su estado de salud. Los escrutinios de los días 1 y 2 de septiembre no dieron ningún resultado —el electo ha de reunir, por lo menos, los dos tercios de los sufragios—, pero el 3 de septiembre por la mañana, el Cardenal *Giacomo della Chiesa*, Arzobispo de Bolonia, fue elegido y declaró que deseaba tomar el nombre de *Benedicto XV*.

¿Sería para honrar la memoria de Benedicto XIV, el sabio Lambertini, amante de la conciliación y como él Arzobispo de Bolonia, por lo que el nuevo Papa había exaltado el nombre de Benedicto? Es legítimo suponerlo. Desde luego, Benedicto XV no evocaba por su aspecto exterior a su lejano predecesor. Lambertini era conocido por «su naturalidad alegre, sus modales comunicativos y conquistadores». El Cardenal Della Chiesa era bajo, «delgado, reservado, poco expresivo, mas de una distinción aristocrática, de una finura amable, de una bondad grave y delicada».

Era preciso buscar la semejanza más bien en «su valía intelectual y moral y en la dirección general de su existencia». Ambos eran patricios del norte de Italia, que habían hecho una larga carrera en las Congregaciones Romanas o en la Cancillería Pontificia. Los dos ejercieron el ministerio episcopal y, principalmente, en el mismo arzobispado de Bolonia. Como Benedicto XV no dispensó a los Cardenales del juramento de guardar el más absoluto secreto

(1) Sobre el Pontificado de Benedicto XV consúltese a G. Goyau, *Papauté et Chrétienté sous Benoît XV*, París, 1922. Francis Pichon, *Benoît XV*, París, 1940. Sergius, *Le pape d'hier et le pape d'aujour'hui*, París, 1922. *Peuples et civilisations*, vol. XIX. *La crise européenne (1904-1914) et la grande guerre*, por Pierre Renouvin, 2.ª ed., París, 1939. Ch. Appuhn, *La politique allemande pendant la guerre*, París, 1926 (uno de sus estudios se refiere al ofrecimiento de paz de la Santa Sede en 1917). Cf. documentos publicados en la *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, 1926, págs. 131-140, por Monseñor Pacelli (luego Su Santidad Pío XII), a la sazón Nuncio en Alemania, y por un Diplomático anónimo. Y. de la Brière, *Luttes présentes de l'Église*, 3.ª serie. Asimismo, *El advenimiento de Benedicto XV* (*Études*, julio-septiembre de 1914); *El reinado pontificio de Benedicto XV* (*Études*, 5 de febrero de 1922). H. le Floch, *La política de Benedicto XV* (*Le Correspondant*, 10 de marzo de 1919), respuesta a los artículos anónimos de la *Revue de Paris* de los días 15 de octubre y 1 de noviembre de 1918. Théllier de Poncheville, *L'action du pape pendant la guerre*, editado por «Frères d'armes», París, 1919. Paul Dudon, *L'action de Benoît XV pendant la guerre*, París, 1918. Charles Gallet, *Le pape Benoît XV et la guerre*, París, 1921. Sforza, o. c. Mourret y Carreyre, *Précis de l'histoire de l'Église*, t. III, dan en las págs. 449-467 una simple cronología del Pontificado con indicaciones bibliográficas sobre las cuestiones esenciales. Véanse asimismo, en el *Anuario Pontificio* de 1920, una bibliografía sobre el papel de Benedicto XV durante la guerra. *Tu es Petrus* (enciclopedia ya citada), especialmente en las págs. 708-712, y Schmidlin, o. c. Con el título *La mediación pontificia de 1917 por la paz* (discurso inaugural del Rector de la Universidad de Friburgo, 1944), volví sobre la cuestión de la tentativa de mediación pontificia.



El 3 de septiembre de 1914 el Cardenal Giacomo della Chiesa, Arzobispo de Bolonia, fue elegido Papa con el nombre de Benedicto XV (1914-1922). Fotografía

sobre el conclave, no se supo cuántos votos había obtenido en el transcurso de los diversos escrutinios. Pero antes de la elección, a los Cardenales Ferrata y Gasparri se los señalaba públicamente como los más probables candidatos a ceñirse la Tiara. Al dirigirse al conclave, el Cardenal Della Chiesa había dicho a sus íntimos: «Un conclave siempre es un enigma», dando a entender que se inclinaba por el Cardenal Maffi, Arzobispo de Pisa, quien hubiera podido muy bien llamarle a Roma como Secretario de Estado, función para la que estaba admirablemente preparado el Arzobispo de Bolonia.

Giacomo (Santiago) della Chiesa había nacido en Génova el 21 de noviembre de 1854. Su padre era el Marqués José della Chiesa, su madre la Marquesa Juana Migliorati, de una vieja noble familia de Sulmone que había dado a la Iglesia al Papa Inocencio VII (1404-1406). Ambas familias estaban emparentadas con parte de la nobleza de Italia del Norte; en el escudo de armas de los Della Chiesa figura un águila sobre una iglesia *(Chiesa)*. Al conocer la noticia de la elección de Benedicto XV, un miembro de un círculo romano exclamó ante uno de nuestros compatriotas que luego representaría a Suiza con la mayor distinción ante el Quirinal: «¡Es uno de los nuestros, es un caballero!» (1). Giacomo della Chiesa pasó sus primeros años en la propiedad paterna de Pegli, cerca de Génova, y en esta gran ciudad marítima hizo sus estudios literarios; siguió como externo los cursos de Filosofía del Seminario y los de la Facultad de Derecho. Tenía veintiún años y acababa de doctorarse en Derecho cuando, para responder a una vocación interior que se había afianzado en él desde hacía mucho tiempo, a la que su padre se opuso en un principio, ingresó en la clerecía y se preparó para el sacerdocio.

De 1875 a 1879 fue alumno del Seminario Capranica, uno de los más renombrados de Roma, donde tuvo por predecesores a los dos Cardenales Vannutelli y a sus futuros colegas del Sacro Colegio Rampolla, Bacilieri, Rinaldi, Bisleti. Como todos los alumnos de este instituto, el clérigo Della Chiesa siguió los cursos de Teología de los padres jesuitas en la Universidad Gregoriana. Ordenado sacerdote el 21 de diciembre de 1878, fue Doctor en Teología al año siguiente. El Neopresbítero pasó otros tres años —de 1879 a 1882— en la Academia de Nobles Eclesiásticos, especie de Escuela de Ciencias Políticas en la que los futuros dignatarios de la Cancillería y de la diplomacia pontificia reciben su formación profesional. Con el Derecho internacional y la historia diplomática aprendió las lenguas vivas y, en particular, el francés y el alemán, que hablaba corrientemente.

En el otoño de 1882, Don Giacomo della Chiesa ingresó en las oficinas vaticanas como agregado a la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, donde el personaje más prominente era Monseñor Rampolla del Tindaro. El futuro Secretario de León XIII apreció pronto los méritos excepcionales de piedad, inteligencia y laboriosidad del joven genovés y no tardó en asociarle a su persona mediante los lazos de una estrecha y afectuosa colabo-

---

(1) Georges Wagnière, *Dix-huit ans à Rome (1919-1936)*, Génova, 1944, pág. 61.

ración. Nuncio apostólico en España de 1883 a 1887, Monseñor Rampolla quiso que le acompañase Monseñor Della Chiesa, a quien León XIII acababa de nombrar Camarero secreto; Secretario de Estado y Cardenal en 1887, le conservó como Secretario y colaborador personal. La principal función de Monseñor Della Chiesa era la de redactor de la correspondencia ministerial y diplomática con el modesto título de *minutante* (copista) de 1887 a 1900, y luego *Sustituto* de la Secretaría de Estado y Secretario del Gabinete de Cifra. Así fue como en 1903, con ocasión de la visita de Guillermo II a Roma, el Emperador y el Canciller Von Bülow mantuvieron prolongadas conversaciones con el Sustituto Della Chiesa. Conservó sus atribuciones bajo el Pontificado de Pío X ante el Cardenal Merry del Val, amén de ser, desde 1901, Consultor del Santo Oficio. El 16 de diciembre de 1907, Pío X nombró a Monseñor Della Chiesa Arzobispo de Bolonia.

El nuevo Arzobispo no era «persona grata» al Gobierno italiano, a quien no gustaban los antiguos colaboradores de León XIII y de Rampolla; por ello sólo hasta dos meses después no recibió el *exequatur*. En su diócesis, extensa, poblada y considerada difícil, Monseñor Della Chiesa mantuvo relaciones correctas y frías con las autoridades civiles; su preocupación primordial era que no sufriesen menoscabo los intereses espirituales de sus fieles. Cumplió minuciosamente todos los deberes de su cargo, tratando personalmente todos los asuntos, visitando las parroquias más apartadas del Alto Apenino. Prescribió a los sacerdotes una mesa frugal para ayudar a los pobres, y su caridad supo adoptar todas las formas. Al estallar la guerra, los italianos se dividieron: los partidarios de la paz, de un lado; del otro, los intervencionistas, quienes pedían que el reino entrase en guerra contra los Imperios Centrales en nombre del irredentismo, para anexionar Trento y Trieste. El Arzobispo de Bolonia prohibió a sus sacerdotes entremeterse en querellas políticas y les ordenó que se uniesen en la oración por el inmediato retorno de la paz. Éste era ya el programa del futuro Pontífice.

Así Benedicto XV se había ocupado de los grandes asuntos que interesan a la Iglesia en el mundo y nadie estaba más al corriente que él de la situación diplomática y del estado interno de cada país. Durante varios años había ejercido el ministerio pastoral en una gran diócesis, y las obras de apostolado sacerdotal siempre habían ocupado un importante lugar en su vida. Confesor muy escuchado, asiduo a la adoración nocturna del Santísimo Sacramento, miembro de la Tercera Orden Franciscana, sabía, además, dar con la más delicada discreción o mostrarse espléndido como un gran señor. Pío X recompensó los servicios antiguos y recientes, así como los excepcionales méritos del Arzobispo de Bolonia, confiriéndole la púrpura cardenalicia en el consistorio del 25 de mayo de 1914. Tres meses después, el nuevo Cardenal le sucedería en la Cátedra de San Pedro.

En la historia de este corto Pontificado de ocho años, consternado por una terrible guerra que afligió su corazón de Padre Común de los fieles —la profecía de Malaquías le había designado con las palabras *religio depopulata*—,



Benedicto XV imparte su primera bendición. (Dibujo a pluma de F. Fay)

distinguiremos dos partes a tratar por separado en atención a la claridad expositiva. Pero quede bien claro que muchas de esas encíclicas u otros documentos de su ministerio pontificio se aplican a los remedios a emplear para abolir o, al menos, atenuar el azote de la guerra y a las enseñanzas doctrinales a la vez.

CABEZA DE LA IGLESIA

El primer documento público del nuevo Papa fue el llamamiento *Ubi primum* —8 de septiembre de 1914—, dirigido a los católicos de todo el mundo en favor del restablecimiento de la paz; en él recomendaba acudir a la Santísima Virgen. El 13 de octubre Benedicto XV escogió como Secretario de Estado al Cardenal Gasparri, en sustitución del Cardenal Ferrata, designado el 6 de septiembre y ya arrebatado por la muerte el 8 de octubre.

El Cardenal Gasparri, nacido en 1852, cursó excelentes estudios coronados con los doctorados en Filosofía, Teología y Derecho canónico. Muy laborioso, como el mismo Papa, que, de aspecto frágil, poseía una capacidad de trabajo poco común, el Secretario de Estado había sido Profesor en el Apolinar y en la Propaganda, luego en el Instituto Católico de París, Universidad libre. Había publicado notables obras sobre la Eucaristía, la ordenación sacerdotal y el matrimonio. Arzobispo titular de Cesarea en 1898, se le designó delegado apostólico del Perú, Ecuador y Bolivia, y pasó tres años en América del Sur. De regreso a Roma fue nombrado Secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Cuando en 1904 Pío X decidió la codificación del Derecho canónico, fue a Gasparri a quien encargó de dirigir la gran empresa. Le nombró Cardenal el 16 de diciembre de 1907, el mismo día en que nombró a Monseñor Della Chiesa Arzobispo de Bolonia. Así, pues, el nuevo Secretario de Estado era un teólogo más que un diplomático. No por ello dejó de cumplir sus funciones, con tanto celo y acierto, que el sucesor de Benedicto XV, Pío XI, le conservó como Secretario de Estado hasta 1930. En esta fecha pidió le relevara de sus funciones en atención a su avanzada edad. «Con Benedicto XV como con Gasparri —se ha dicho— volvía al Vaticano el *espíritu* de León XIII y de Rampolla.»

Al advenimiento de un Papa o de un estadista, la opinión mundial se plantea la cuestión de saber qué política seguirá. Benedicto XV subía a la Cátedra de San Pedro en circunstancias tan excepcionales, que el mundo se preguntó especialmente cuál sería su actitud frente al conflicto. En efecto, si el Papa había de preocuparse de la guerra que enfrentaba a los cristianos unos contra otros, no por ello descuidó las enseñanzas doctrinales al mismo tiempo que las asociaba, cuando lo consideraba oportuno, a su obra de paz.

En su primera encíclica, *Ad Beatissimi* —1 de noviembre de 1914—, en la festividad de Todos los Santos, víspera del Día de los Difuntos, promulgada el 16, Benedicto XV señaló las principales causas de la guerra y distinguió «cuatro motivos de desorden: ausencia de benevolencia mutua en las relaciones

de los hombres entre sí, desprecio a la autoridad, injustas luchas de las diferentes clases de ciudadanos, apetitos desordenados de los bienes perecederos como si no existieran otros, superiores con mucho, ofrecidos a la actividad humana». El Papa se insurgía enérgicamente contra «esa depravación en las ideas y de la conducta» y recordaba «esta doctrina que ninguna voluntad humana podría modificar: Todo poder viene de Dios y los existentes han sido instituidos por Dios». Invitaba a los Gobiernos a considerar «si es conforme a una avisada política querer excluir la doctrina del Evangelio y de la Iglesia del Gobierno e instrucción pública de la juventud... La autoridad de los hombres carece de fuerza allí donde falta la religión». Contra la lucha de clases provocada por la ausencia de caridad y el desprecio de la autoridad, el Papa, evocando las «memorables encíclicas» de León XIII, proponía como remedio «la práctica de la caridad fraterna», la cual hará que «los más altos» traten a «los humildes» conforme a la justicia y «con benevolencia, dulzura y paciencia».

Tras haber elogiado a su predecesor, Benedicto XV insistía en la necesidad de «terminar con las disensiones y discordias entre los católicos, de cualquier índole que fuesen». La sumisión a la autoridad legítima, deber de conciencia, es la norma a seguir para que renazca la paz y la confianza; la cortesía fundada en la caridad cristiana debe regular todo debate legítimo sobre cuestiones en las que la Santa Sede no decidió nada. Sus palabras sobre la fe católica son categóricas: «La fe católica es tal que nada se le puede añadir ni quitar; o la posee uno íntegra o no la posee de ninguna manera... Basta con decir: mi apellido es cristiano y mi nombre católico.»

Semejante afirmación abogaba por una reiteración en la condena del modernismo, «fuego que devora hasta la raíz y destruye todos los gérmenes»; «nada se innove, a no ser en el sentido tradicional». El Papa terminaba su encíclica protestando, como sus predecesores desde Pío IX, contra «la condición anormal» de la Cabeza de la Iglesia, privada de la libertad plena que le es necesaria. Era el lenguaje de un Jefe y de un padre, y como una síntesis del pensamiento de León XIII y de Pío X.

Además, el Papa tenía otros motivos de inquietud, y en grado sumo el desenfrenado nacionalismo que enfrentaba a los cristianos unos con otros. Apenado por los sermones de ciertos predicadores, quienes se entregaban con harta facilidad a hablar como «hombres del siglo», «ciudadanos», más que como «Apóstoles de Cristo», publicó en plena guerra —15 de junio de 1917— la encíclica *Humani generis* sobre la *predicación.* Sin apartar los ojos del espectáculo pavoroso de la guerra, estableció las reglas de la verdadera predicación cristiana a la luz de la enseñanza del Evangelio y de los Padres de la Iglesia.

No faltan los predicadores, pero ¿acaso la predicación no ha perdido su eficacia por haber perdido «algo de su primitiva integridad»? A los «orgullosos» que se preocupan de buscar la estima «por el brillo de las cátedras famosas» más que por el fondo de sus sermones, y tratan temas «que no incluyen nada sagrado», les recuerda el ejemplo del Apóstol San Pablo, que se aban-

donaba completamente a la voluntad divina. La ciencia, para el que habla en la cátedra cristiana, es «el conocimiento de sí mismo, de Dios y de sus deberes»; su único objetivo ha de ser Dios, «y no él mismo». El Apóstol decía —y esta norma vale para todos los pueblos—: «Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado.» El 28 de junio siguiente, la Congregación Consistorial establecía las normas prácticas de la predicación derivadas de las palabras del Padre Santo y prohibía a cualquier predicador «que tratase en las iglesias temas políticos».

La encíclica *Humani generis* fue completada en cierto modo el 30 de noviembre de 1919 mediante la carta apostólica *Maximum illud* sobre la *propagación de la fe* por todo el mundo. Al día siguiente del conflicto, el Papa opinaba que los misioneros necesitaban especiales consejos cuando había que convertir a «mil millones de paganos». Después de haber expuesto las directrices a seguir en la formación de los cleros nativos que han de igualar en ciencia y virtud a los sacerdotes de los países civilizados, Benedicto XV iba a lo esencial. «Convencidos de que a cada uno de vosotros se dirige la llamada del Maestro: "Deja tu tierra y tu parentela", recordad que debéis extender un reino, no el de los hombres, sino el de Cristo; poblar una patria, no la de la Tierra, sino la del Cielo.» El Padre Santo no vacilaba en confesar que el celo patriótico excesivo de ciertas publicaciones consagradas a las misiones le causaba «una honda pena». Reiterando las palabras de San Pablo recordaba que no hay «ni gentil ni judío ni circunciso o incircunciso, ni bárbaro ni escita, ni esclavo ni libre, sino Cristo todo en todos». El llamamiento del Papa a los fieles para que apoyasen las obras misionales correspondía a su preocupación dominante: disponer de sacerdotes sabios y piadosos que predicasen, sobre todo con el ejemplo, la más convincente elocuencia, aunque también la más difícil y rara.

«Luego de haber dicho a los sacerdotes: "Predicad como San Pablo", Benedicto XV les dijo: "Estudiad como San Jerónimo." Y en su encíclica *Spiritus Paraclitus*, que publicó el 15 de septiembre de 1920 con ocasión del quince centenario de la muerte de San Jerónimo, Doctor de la Iglesia y autor de la Vulgata, el Papa esta vez puso el acento en la ciencia más que en la virtud» (1). En ella expondría, en pos de León XIII y de Pío X, su enseñanza sobre el estudio de la Sagrada Escritura. Aquí hallamos de nuevo sus ideas de buen sentido y doctrina segura como en sus predecesores, que fijan los justos límites a los métodos críticos modernos al mismo tiempo que se apoyan en la más depurada tradición, así como la apremiante recomendación de beber copiosamente en la fuente incomparable de los Libros Sagrados. Las observaciones hechas por el Papa sobre el método histórico demuestran que conocía sus límites como cualquiera que lo ha manejado mucho. Lo que hay que buscar ante todo en la Escritura es «un alimento para la vida espiritual y la perfección moral de cada cual; argumentos para conservar y defender los dogmas

---

(1) F. Pichon, o. c., pág. 61.

de la fe». Los sacerdotes deben explicar en un lenguaje sencillo, desnudo de toda retórica. Benedicto XV pensaba, como el mismo San Jerónimo, que el predicador que comenta la Escritura no debe procurar agradar al *mundo*, sino promover la gloria de Dios; la encíclica se asociaba así a las normas dadas por él a los Ministros de la Divina Palabra.

Benedicto XV terminaba la encíclica *Spiritus Paraclitus* con un magnífico elogio del Doctor dálmata y un llamamiento a la unión para «que sólo hubiese un solo rebaño y un solo pastor». Tres semanas después —2 de octubre de 1920—, el Sumo Pontífice lanzaba otro llamamiento a la unión, dirigido a las *Iglesias Orientales* separadas de Roma. Por la encíclica *Principi Apostolorum*, que colocaba entre los Doctores de la Iglesia a San Efrén, sirio, monje de Edesa, sacaba de su vida una lección de universalismo católico tanto más oportuna cuanto que surgían de las ruinas del Viejo Mundo destruido por la guerra nuevos y agresivos nacionalismos.

No era la primera vez que Benedicto XV extendía su solicitud a las Iglesias orientales. Desde el 15 de octubre de 1917 había creado un instituto pontificio para los estudios sobre el rito oriental por el motu proprio *Orientis catholici*. No fue culpa del Padre Común de los fieles no haber podido realizar su sueño de unidad católica.

El mismo pensamiento de unión de todos los cristianos le movió a consagrar la encíclica *In Praeclara* —30 de abril de 1921— al sexto centenario de la muerte del Dante. En ella recordaba oportunamente que el genial poeta de la *Divina comedia* estudió con detenimiento los Libros Sagrados y los Padres, que su obra fue la exaltación sublime «de la justicia y de la Providencia de Dios» y, «a través de todo el poema, el más avisado sentido preside la exposición de los dogmas católicos».

Idéntica preocupación por la unión en la unidad de la Iglesia y en la observancia de la ley divina fue la que inspiró a Benedicto XV sus enseñanzas sobre la cuestión social, remozadas de la encíclica *Rerum Novarum*. Sus ideas sociales eran las de León XIII y Rampolla, cuyo colaborador había sido, y no desperdició ninguna ocasión de exponerlas y difundirlas.

El 10 de marzo de 1919, al recibir a la sociedad obrera de San Joaquín, Benedicto XV habló de la encíclica *Rerum Novarum* y la llamó la *carta magna del trabajo*. Sus ideas sobre la justicia social se correspondían con sus preocupaciones sobre la justicia internacional: «Nunca —decía— dejará la Iglesia de prestar su colaboración a cuanto esté vinculado al bien material y a la elevación moral de los pueblos. Así hablaba León XIII hacia el final de su encíclica. Hacemos nuestra la promesa de nuestro glorioso predecesor.» El mismo año, respondiendo a la carta colectiva del episcopado francés, escribía el 2 de septiembre: «¿Quién no ve que desde este momento existe por doquier una corriente cada vez más fuerte hacia la democracia? Las clases proletarias —como se las llama—, al ocupar en la guerra un puesto preponderante, desean obtener en cada país las mayores ventajas.» Y concluía con la necesidad de «favorecerlas con tal de que se mantengan en los límites de lo justo y de lo

honesto que la inmortal encíclica de León XIII *Rerum Novarum* trazó claramente».

El año siguiente, a principios de 1920, cuando los conflictos sociales devastaron la ciudad de Bérgamo, Benedicto XV escribió el 11 de marzo a Monseñor Marelli, su Obispo, una carta en la que censuraba los disturbios y violencias e imponía a los sacerdotes el deber de estudio y acción en los terrenos económico y social. El 5 de enero de 1921 le tocó el turno a la nobleza y al patriciado romano de oír al Padre Santo destacar el papel social de las clases que pretenden ser dirigentes y deben merecer el título por sus «cualidades personales» y su «benéfico patronazgo». Hasta el séptimo centenario de la fundación de la Orden Tercera Franciscana, de la que era miembro, proporcionó al Papa la ocasión de insistir sobre la cuestión social al elogiar el espíritu de pobreza tan querido al *Poverello* de Asís; fue el tema de la encíclica *Sacra Propediem,* de 6 de enero de 1921.

El nombre de Benedicto XV va asociado igualmente a un documento legislativo de la mayor importancia: la promulgación el 24 de mayo de 1917 por la constitución *Providentissima Mater* del nuevo *Código de Derecho Canónico,* que entraría en vigor en el próximo Pentecostés, el 19 de mayo de 1918. Ya en su alocución consistorial del 4 de diciembre de 1916, el Padre Santo había subrayado el sentido de la reforma y caracterizado el inmenso trabajo de simplificación, coordinación y adaptación de las leyes eclesiásticas, tarea emprendida y casi terminada bajo los fuertes impulsos de Pío X y realizada bajo la magistral dirección del Secretario de Estado de Benedicto XV, el Cardenal Gasparri. Monumento de eminente y benéfica sabiduría cristiana, el Código es también una obra científica que ha merecido la aprobación de los técnicos del Derecho. Asegura a Pío X y a Benedicto XV un puesto de honor junto a los Pontífices reformadores de la legislación eclesiástica, después de Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX, Pío V, Benedicto XIV y León XIII.

EL PAPA Y LA PAZ

«El Pontificado de Benedicto XV —se ha dicho— se revelará tan importante desde el punto de vista de la reconciliación cristiana de los pueblos como el de León XIII desde el punto de vista de la reconciliación cristiana de las clases.» En esta apreciación hay una gran parte de verdad. La cuestión internacional le absorbió, especialmente antes y después de la guerra de 1914-1918, en medio de las más terribles angustias y, la mayoría de las veces, de las más dolorosas incomprensiones. En la acción de la Santa Sede en el curso del conflicto mundial hay que distinguir las enseñanzas religiosas y doctrinales de Benedicto XV sobre la paz y la guerra y sus gestiones diplomáticas ante las potencias.

En cuanto fue elevado a la suprema dignidad, Benedicto XV comprendió toda la magnitud del desastre que asolaba a la Cristiandad y entendió las

increíbles dificultades de la tarea confiada por la Providencia. Como en el momento de la segunda guerra mundial en que escribimos estas páginas, una oleada de odio de amplitud y violencia sin parangón estallaba en la mayor parte de Europa, y los corazones cristianos se habían cerrado casi todos a la llamada de la razón y al perdón. Desde el 8 de septiembre de 1914 —como ya recordamos—, festividad de la Natividad de la Santísima Virgen, quiso dirigir una exhortación paternal a los católicos de todo el mundo. Cuando oradores sagrados no retrocedían ante la celebración de la gloriosa hermosura y utilidad purificadora de las hecatombes, el Papa no vacilaba en afirmar públicamente su «horror» a la guerra, que calificaba de «monstruosa». La guerra, a sus ojos, no era más que un odioso crimen, indigno de los pueblos sustentados con el Evangelio. El Papa se colocaba en la tradición inmortal de la Iglesia. ¿Acaso no fue Bossuet quien escribió ayer: «La guerra es algo tan horrible que me extraña cómo su solo nombre no inspira horror»? Y Fenelón: «La guerra es un mal que deshonra al género humano.» «Nos hemos recibido de Jesucristo, el Buen Pastor, cuyo puesto ocupamos en el gobierno de la Iglesia —escribía Benedicto XV— el deber de abrazar con amor paterno a todos los que son corderos y ovejas de su rebaño.»

Todos sin excepción. ¿Podía un Papa expresarse de otro modo? Sin duda no ignoraba que los beligerantes se acusaban los unos a los otros de ser responsables de la matanza. Pero personalmente, como diplomático, sabía también qué derroche de ingenio emplea la diplomacia para achacar la culpa al adversario. Todos los cristianos creyeron en 1914, como en 1939, que su patria era atacada por vecinos sin escrúpulos. Nadie, pues, podía pedir al Papa que dividiese a los cristianos en lobos y ovejas; sólo le importaba una cosa: el restablecimiento de una paz justa que tuviese en cuenta los derechos de cada cual. «Pedimos y conjuramos encarecidamente a los que dirigen los destinos de los pueblos —afirmaba— que en adelante inclinen sus corazones al olvido de sus litigios con miras a la salvación de la sociedad humana.» No se hizo caso a su llamamiento.

En sus palabras de las festividades de Todos los Santos y de Navidad volvió sobre el mismo tema: constituyen su primera encíclica, *Ad Beatissimi*, ya mencionada, y su alocución al Sacro Colegio del 24 de diciembre que transcendía, con mucho, al auditorio reducido que le escuchaba. Con ese mismo fin había propuesto a los Gobiernos beligerantes una especie de tregua de Dios durante el día de Navidad, en el que se impusiese un alto el fuego. «Querida esperanza» y «dulce ilusión» —decía en la alocución de la víspera de Navidad—, defraudadas sin que el Pontífice se desanimase en lo más mínimo, puesto que declaró: «Queremos perseverar en nuestros esfuerzos para acelerar el fin de esta calamidad increíble o, por lo menos, paliar sus tristes consecuencias.» Ya había pasado a los hechos al escribir al Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas, la carta *Cum de fidelibus* sobre la desgracia de Bélgica, dejando para los belgas las cantidades reunidas en dicho país para el óbolo de San Pedro.

Otras iniciativas sobre el intercambio universal de heridos graves, la liberación de prisioneros civiles y el intercambio de ciertas categorías de soldados enfermos o padres de familia fueron coronadas sucesivamente por el éxito de 1915 a 1918. Desde el 19 de diciembre de 1914 propuso el intercambio de heridos incapaces de incorporarse al servicio, y el 6 de enero de 1915 los Jefes de Estado beligerantes dieron respuestas favorables. Esta iniciativa, y las siguientes, las apoyaron Alfonso XIII, Rey de España, y el Consejo Federal Suizo. El 11 de enero de 1915 el Papa obtenía la liberación de diversas categorías de prisioneros civiles: las personas con menos de diecisiete años y más de cincuenta y cinco, todas las mujeres, todos los sacerdotes, todos los hombres declarados inútiles para el servicio. El 14 de mayo de 1915 fue la propuesta de internar a los prisioneros enfermos en territorio neutral —Suiza o Dinamarca—, propuesta a la que siguió de hecho el internamiento en Suiza. No es el momento de narrar aquí lo que hizo dicho país por los internados militares y civiles ni de recordar las obras surgidas en su territorio para aliviar la suerte material y moral de los prisioneros de guerra. En 1915 el Conde Santucci fue enviado a Suiza en calidad de representante de la Santa Sede para proponer al Consejo Federal la creación en común de una obra en favor de las víctimas de la guerra. De tales conversaciones salió la obra de los internados, a la que miles de soldados debieron su salvación. Consuela pensar que la acción del Sumo Pontífice se conjugase con la del país donde se fundó la Cruz Roja. Uno y otra, en nombre de Cristo y de la humanidad, ponían en práctica todos sus recursos para realizar la divisa: *Inter arma, caritas.* El 23 de agosto de 1915, la Santa Sede hacía a los beligerantes una nueva proposición, tendente a garantizar el descanso dominical a los prisioneros de guerra. Dos días después otra gestión diplomática se proponía prohibir toda medida de represalia sin antes indicar los motivos; era una iniciativa muy señalada en la historia del Derecho de gentes.

Desde el principio del mismo año 1915, Benedicto XV había unido la oración a la acción. El 22 de enero, en una alocución consistorial, deploró una vez más los males de la guerra y declaró era su deber observar la más absoluta imparcialidad en su calidad de Vicario de Cristo muerto por todos los hombres. Evidentemente era una respuesta a las calumnias que le presentaban en ciertos medios de la *Entente* como entregado a los Imperios Centrales. Proclamaba su solicitud por todos los beligerantes, en particular por Bélgica, y pedía oraciones porque cesasen las hostilidades. El 7 de febrero el Papa presidió en San Pedro oraciones por la paz; personalmente había compuesto una nueva plegaria para suplicar al «Rey Pacífico» que se compadeciese de su pueblo. El 20 de mayo reprobaba el empleo de medios contrarios a las leyes de la humanidad y del Derecho internacional. El 28 de julio, con ocasión del primer aniversario de la declaración de guerra de Austria a Servia, lanzaba una nueva exhortación apostólica en favor de la paz; el 17 de agosto, una carta al episcopado suizo, en la que reiteraba su vivo deseo de promover la paz y disminuir los males de la guerra; el 6 de septiembre, una carta al episcopado

alemán sobre los males de la guerra y los que añaden los católicos cuando con sus palabras y escritos critican a los católicos de otras naciones. El 27 de octubre, el Padre Santo ordenaba llevar a cabo una cuestación en toda la catolicidad en favor de Polonia. El 6 de diciembre, en una alocución consistorial, expresó su deseo de una paz duradera conforme a la justicia —*quae justa scilicet et stabilis sit*— y reclamaba la independencia de la Santa Sede desprovista de toda garantía internacional. Precisamente por esa época los ambientes católicos alemanes preconizaban tal garantía.

Bajo el Pontificado de Pío X, la *Cuestión Romana* evolucionaba insensiblemente, cuando estalló la guerra mundial. Al abandonar Italia su neutralidad —24 de mayo de 1915— «inmediatamente el Vaticano midió las consecuencias de una posible victoria de las potencias centrales» (1). Pese a las garantías dadas por el Gobierno italiano, era manifiesta la insuficiencia de la ley de garantías. La presencia en Roma de los Embajadores de los Imperios Centrales acreditados ante la Santa Sede se hacía difícil. La *Consultà* estaba dispuesta a tolerarla; Benedicto XV tuvo la prudencia de no aceptar tal ofrecimiento; los diplomáticos se establecieron en Lugano, territorio suizo. El Padre Santo se veía reducido a una situación poco envidiable; no obstante, no quiso abandonar el Vaticano, y no aceptó el caballeroso ofrecimiento del Rey de España, que le invitaba a acogerle en El Escorial, el 28 de mayo de 1915.

En ese momento comenzaba en Alemania, Austria y Baviera una campaña por el restablecimiento del Poder temporal. Se proponía ya la internacionalización de la ley de garantías, ya la creación de un minúsculo Estado pontificio con salida al mar o bien la concesión a la Santa Sede de un capital que le asegurase la independencia económica. El Cardenal Secretario de Estado definió entonces claramente el pensamiento pontificio: el Papa «esperaba el arreglo conveniente de la situación de la Santa Sede no de las armas extranjeras, sino del triunfo de los sentimientos de justicia, cuya difusión desea cada vez más amplia en el seno de la nación italiana».

Sin embargo, el Vaticano siguió considerando la conveniencia de reconocer el hecho consumado en 1870 o intentar una transación, incluso a costa de renunciar definitivamente a los territorios usurpados. La comisión cardenalicia no logró ponerse de acuerdo más que sobre el punto de que se imponía una sanción internacional en cualquier hipótesis. Fue entonces cuando Erzberger, jefe del Centro Alemán, estableció un proyecto que fijaba los límites de un Estado pontificio al que las potencias garantes reconocerían la neutralidad e independencia. Pero el proyecto aprobado por Alemania y Austria era frágil, pues suponía la previa aquiescencia de Italia. Ahora bien, en el mismo instante, por el artículo 15 del tratado secreto de Londres de 26 de abril de 1915, Francia, Gran Bretaña y Rusia se habían comprometido a

(1) Sobre estos acontecimientos véase Mollat, *La Question romaine de Pie VI à Pie XI* (ya citada), págs. 408-412.

apoyar «la oposición que Italia formulase contra cualquier propuesta tendente a introducir un representante de la Santa Sede en las negociaciones por la paz y la solución de las cuestiones suscitadas por la guerra». Erzberger había imaginado, incluso, atribuir al Papado el principado de Liechtenstein, contiguo a Suiza; no había contado con la casa principesca, la cual rehusó despojarse de su propiedad.

El año 1916 estuvo señalado por una nueva propuesta pontificia, que halló favorable acogida, para hospitalizar en territorio neutral a prisioneros militares, padres de tres hijos y cautivos desde dieciocho meses antes. Se creó en el Vaticano una agencia de información sobre los prisioneros de guerra; delegados pontificios visitaron a numerosos prisioneros en los dos campos. A partir de ese año Benedicto XV encomendó a Monseñor Marchetti la misión de residir en Berna para negociar permanentemente con los dos grupos beligerantes y la Confederación Suiza, los asuntos relativos a los prisioneros de guerra y detenidos civiles. Desde el 14 de marzo de 1918, Monseñor Marchetti tuvo por sucesor a Monseñor Maglione, luego Nuncio apostólico en Berna —se restableció la nunciatura en Suiza en 1920—, más tarde en París. Contribuyó discretamente a celebrar dos convenios francoalemanes —26 de abril de 1918— referentes a la repatriación u hospitalización en territorio neutral de nuevas categorías de prisioneros de guerra y detenidos civiles. Esta constante actividad diplomática y caritativa granjeó a Benedicto XV, como a Suiza, la denominación de «Buen Samaritano de Europa».

MEDIACIÓN PONTIFICIA DE 1917

El Padre Santo obtuvo menos éxito inmediato en sus tentativas para celebrar el fin de las hostilidades, ofreciendo sus buenos servicios con miras a la pacificación general.

Acabamos de mencionar su exhortación apostólica del 28 de julio de 1915. En ella había recordado que la vida de su predecesor se acortó «por la lucha fratricida que acababa de estallar en Europa». A continuación, tras haber repetido su dolor personal ante la terrible matanza, pronunció estas proféticas palabras: «Reflexiónese bien; las naciones no mueren; humilladas y oprimidas llevan, trémulas, el yugo impuesto, preparan el desquite y se transmiten de generación en generación una triste herencia de odio y de venganza.» «¿Por qué —proseguía el Sumo Pontífice— no ponderar desde ahora con una serena confianza los derechos y justas aspiraciones de los pueblos? ¿Por qué no iniciar con deseo sincero un intercambio de opiniones directo o indirecto con el fin de tener en cuenta, en la medida de lo posible, esos derechos y aspiraciones y poner así término a esa horrible contienda, como ocurrió en otras circunstancias análogas?» Y las siguientes palabras, condena de la paz armada: «El equilibrio del mundo, la próspera y segura tranquilidad de las naciones se apoyan en la benevolencia mutua y en el respeto a los derechos y dignidad

ajena más que en la multitud de hombres armados y en el formidable cerco de los armamentos.» Terminaba así su exhortación: «Sigan los pueblos unidos por un amor fraterno con las rivalidades pacíficas del estudio, artes e industria y, una vez restaurado el imperio del Derecho, decídanse a confiar en lo sucesivo la solución de sus divergencias particulares, no ya al filo de la espada, sino a los argumentos de la equidad y de la justicia examinados con la calma y ponderación debidas. ¡Ésa será su más hermosa y gloriosa conquista!» Ningún eco tuvo la voz del Padre Común de los pueblos; cada cual pretendía llevar la lucha «hasta el final» y siguió la matanza con medios de destrucción en continuo aumento.

No sólo no se escuchaba al Papa, sino que también se deformaba su pensamiento. En ciertos ambientes franceses se acusaba al Vaticano de germanofilia, y se le reprochaba por no ponerse moralmente al lado de los aliados, quienes afirmaban ser los defensores del Derecho, la justicia y la civilización. Una entrevista concedida por Benedicto XV en los comienzos de 1915 a un periodista francés se presentó con tanta inexactitud en *La Liberté* de París, que la Santa Sede tuvo que poner las cosas en su punto (1). Ni la rectificación del Cardenal Gasparri, Secretario de Estado, ni las cartas del mismo Sumo Pontífice al Cardenal Amette, Arzobispo de París, a los Obispos alemanes y al Cardenal Vicario Pamfili desarmaron la calumnia. *L'Osservatore Romano* publicaba en vano mentís o puntualizaciones en los comienzos del año 1916, pero seguían acusando al Papa entre los aliados de procurar obtener de los beligerantes una paz de compromiso, insegura, favorable a Alemania. Lo que el Padre Santo deseaba, en realidad, era una paz justa y digna en la que no hubiese vencidos, que terminase con «esta guerra que nos parece —escribía al Cardenal Pamfili— un suicidio de la Europa civilizada» y, como afirmaba ante una peregrinación de niños, «la más sombría tragedia del odio humano y de la humana demencia».

A fines del año 1916, en el momento en que las dos coaliciones rivales habían sentido graves decepciones y se vislumbraban dificultades de política interna, uno de los grupos beligerantes pronunció por primera vez la palabra *paz*. El ofrecimiento de las potencias centrales del 12 de diciembre de 1916, al parecer, sólo tendió a mejorar la situación moral de Alemania y de Austria-Hungría frente a los neutrales y, especialmente, al mayor de ellos: los Estados Unidos. Por su parte, el 18 de diciembre, el Presidente Wilson comunicaba una nota a los beligerantes en la que les pedía formulasen claramente sus puntos de vista; el 22, el Consejo Federal Suizo comunicó que apoyaba «con alegría» la iniciativa americana. Ni la oferta de paz alemana ni la propuesta de mediación americana tuvieron el éxito esperado, y la segunda despertó, incluso, la desconfianza en ambos campos.

---

(1) Sobre este asunto véase Pichon, o. c., págs. 116-150, y Le Floch, artículo citado, página 759.

No por ello dejó de trabajar la diplomacia. «En este turbulento período, en que parecía debilitarse la fuerza de las armas y la voluntad de vencer vacilante, gana terreno la idea de una paz de compromiso» (1). Entre todas esas negociaciones no es fácil discernir si se trata de sondeos, manejos, ofertas de paz separadas o de tentativas de paz general. No las referiremos aquí, sino solamente las mencionaremos, pues en cierto modo pudieron determinar la gestión pontificia del mes de agosto de 1917. Es todavía muy incompleta la información sobre el ofrecimiento de paz de la Santa Sede, así como sobre las negociaciones efectuadas por Austria-Hungría con la *Entente*, que fracasaron, y sobre las de Alemania con Rusia, que desembocaron al año siguiente en la paz separada de Brest-Litowsk.

Había estallado la revolución rusa, que abría el camino al bolchevismo, y los Estados Unidos habían entrado en el conflicto en la primavera de 1917, cuando Benedicto XV publicó su *Nota pontificia por la paz*, fechada el 1 de agosto de 1917. Desde hacía mucho tiempo —como es sabido— alimentaba el deseo de reconciliar a los adversarios, y el fracaso de sus primeros llamamientos no desalentaron a tan grande alma. La paz no debería ser «hija de la violencia, sino de la razón». Los soberanos intereses de la Iglesia concordaban con los de la humanidad; la guerra había roto la solidaridad de los fieles, exasperado el nacionalismo y, por lo mismo, debilitado la gran fuerza internacional que es la organización católica. Era muy natural que la Cabeza Visible de la Iglesia desease representar un papel en el futuro congreso de la paz, a fin de afirmar la misión universal del catolicismo, y precisamente la Internacional Socialista acababa de anunciar la reunión en Estocolmo de una conferencia que estudiaría las condiciones de aquélla.

Antes de emprender nada, la Santa Sede sabía que una manifestación de sus sentimientos sería bien acogida por los pueblos beligerantes, que daban claras muestras de cansancio. Por otra parte, el diputado Erzberger, instigado por el Conde Czernin, Ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, solicitó la intervención pontificia. Asimismo, el político alemán desencadenó en Suiza «un movimiento católico de carácter internacional que hacía juego y contrapeso al movimiento socialista de idéntica índole que la socialdemocracia alemana puso en marcha en Estocolmo» (2).

Después de entrar en guerra los Estados Unidos contra Alemania, a primeros de abril de 1917 —acontecimiento preñado de consecuencias para el desarrollo del conflicto—, fue cuando la Santa Sede comenzó a hacer sondeos con vistas a una mediación por la paz. En primer lugar, el Papa ordenó el 5 de mayo oraciones por la paz en todas las iglesias del mundo. Al mismo tiempo nombraba Nuncio en Munich a un prelado «estimado por su habilidad diplomática», Monseñor Eugenio Pacelli, Secretario de la Congregación de

---

(1) Renouvin, o. c., pág. 449.

(2) *Revue d'histoire de la guerre mondiale*, 1926, pág. 135. Se trata de la *Unión Católica Internacional*.

Asuntos Extraordinarios, luego Su Santidad Pío XII, contento de «trabajar en la obra de pacificación». El 29 de mayo Monseñor Pacelli presentaba sus cartas credenciales al Rey de Baviera, recordando la necesidad «de reconstruir el mundo sobre las bases sólidas de la prudencia cristiana». Al final del mes de junio, el Nuncio celebró conversaciones con el Canciller alemán Bethmann-Hollweg, con el Emperador Guillermo y con Carlos, Emperador de Austria. Las respuestas recibidas podían adaptarse, a decir verdad, a soluciones muy diversas, mas al no ser negativas, Monseñor Pacelli mostró su satisfacción por su primer cóntacto con los dirigentes de los Imperios centrales. La crisis alemana de julio —cuya consecuencia fue la sustitución de Bethmann-Hollweg por Michaelis, y de Zimmermann por Kühlmann, como Secretario de Estado en Asuntos Exteriores—, interrumpió las conversaciones por algún tiempo. Michaelis, protestante pietista de la más estricta observancia, era el hombre de confianza de la Liga Evangélica y del Estado Mayor. Se esforzaría por entorpecer la política pacifista del Reichstag —que había votado el 19 de julio una resolución en favor de una paz sin anexiones— y la mediación pontificia. El 24 de julio, el Nuncio entregó al Gobierno alemán una nota en la que enumeraba las condiciones de paz que la Santa Sede estaba dispuesta a sugerir. Berlín prometió una respuesta. Mas al retrasarse, el Nuncio se inquietó con razón. Temió ver que la Wilhelmstrasse, presionada por los ambientes militares, manifestase pretensiones excesivas. Entonces, sin esperar la respuesta de Alemania, la Santa Sede se decidió el 9 de agosto a lanzar la nota preparada por ella, que lleva fecha del 1 de agosto.

En este memorable documento, redactado en francés, el Papa comenzaba por recordar que siempre se había esforzado por «mantener una perfecta imparcialidad frente a todos los beligerantes, como conviene a quien es el Padre Común y ama a todos sus hijos con igual afecto». Evocaba la desolación sangrienta de la guerra: «Europa, tan gloriosa y floreciente, presa de una locura universal, ¿correrá, pues, hacia el abismo y contribuirá a su propio suicidio?» «Nos, sin ninguna pretensión política particular, que no escuchamos las sugerencias ni los intereses de ninguna de las partes beligerantes..., reiteramos un urgente llamamiento a los que tienen en sus manos el destino de las naciones.» Pero —y esto era una innovación— «para no limitarnos ya a generalidades, como aconsejaron las circunstancias pasadas, queremos ahora descender a proposiciones más concretas y prácticas e invitar a los Gobiernos de los pueblos beligerantes a ponerse de acuerdo sobre los siguientes puntos que son, al parecer, las bases de una paz justa y duradera, con el encargo de precisarlas y completarlas».

¿Cuáles eran esas bases? «En primer lugar... sustituir la fuerza material de las armas por la fuerza moral del Derecho; de donde se infiere un acuerdo justo de todos en disminuir simultánea y recíprocamente los armamentos conforme a las normas y garantías por establecer, en la medida necesaria y suficiente al mantenimiento del orden público en cada Estado; en segundo lugar, en sustitución de los ejércitos instituir el arbitraje con su alta función paci-

ficadora según las normas por convenir y sanciones por determinar contra el Estado que se negase, ya a someter las cuestiones internacionales al arbitraje, ya a aceptar las decisiones.» An todo, pues, hay que procurar el desarme; el arbitraje se seguirá naturalmente y la seguridad se deducirá de esos dos primeros términos. A continuación, el Papa subraya que «una vez así establecida la supremacía del Derecho, se elimina cualquier obstáculo a las vías de comunicación de los pueblos, garantizando, con normas a establecer, igualmente, la verdadera libertad y comunidad de los mares...». Luego venía la cuestión de la «reparación de daños» y de los «gastos de guerra». «No vemos otro medio de resolver la cuestión sino establecer como principio general una condenación total y recíproca justificada, por lo demás, por los inmensos beneficios que reportaría el desarme, tanto más cuanto que sería incomprensible continuar semejante carnicería únicamente por razones de orden económico.» Era negarse a asociar la cuestión de las *reparaciones* con la de las *responsabilidades*, la más candente de todas, revelada hasta el presente casi insoluble, si bien la mayoría de los historiadores tiende a admitir hoy la tesis de las responsabilidades compartidas.

Después el documento pontificio abordaba las cuestiones territoriales; ya que esos «acuerdos pacíficos» no eran «posibles sin la mutua devolución de los territorios ocupados en la actualidad». O sea: «por parte de Alemania, evacuación total de Bélgica con garantía de su plena independencia política, militar y económica frente a cualquier potencia; asimismo, evacuación del territorio francés; del lado de las demás partes beligerantes, análoga restitución de las colonias alemanas». Respecto a los litigios territoriales que la guerra había planteado ante la opinión —la vuelta de Alsacia y Lorena a Francia y la anexión de Trento y Trieste a Italia—, el Papa proponía: «En lo concerniente a las cuestiones territoriales así como a las que se discuten entre Italia y Austria, Alemania y Francia, hay motivos para esperar que, habida cuenta de los inmensos beneficios de una paz duradera con desarme, los bandos en conflicto tendrán a bien examinarlas con disposiciones conciliadoras, teniendo en cuenta dentro de los límites de lo justo y de lo posible —como ya dijimos otrora— las aspiraciones de los pueblos y, llegado el caso, coordinar los intereses particulares con el bien general de la sociedad humana.» «Idéntico espíritu de equidad y justicia —añadía— habrá de presidir el examen de las otras cuestiones territoriales y políticas y, especialmente, las relativas a Armenia, los Estados balcánicos y los territorios que forman parte del antiguo reino de Polonia...»

La nobleza y altura de miras del mensaje, dirigido «en nombre del Divino Redentor, Príncipe de la Paz», que hoy nos parece justo y profético al mismo tiempo, no afectaría, en resumidas cuentas, ni a los Gobiernos ni siquiera a los pueblos en conjunto; peor aún, se sospechó al punto, sobre todo en Francia e Italia, que la Santa Sede había intentado condescender con los Imperios centrales.

La intervención del Papa, con todo, había encontrado, al parecer, en los primeros momentos una acogida favorable en Berlín, que respondió oficiosamente el 11 de agosto a la nota entregada por el Nuncio el 24 de julio. La Wilhemstrasse empleaba fórmulas generales como las usadas por el Papa, si bien se mostraba reservado respecto a Bélgica. En conjunto la respuesta no parecía, sin embargo, desalentadora. Mas ¿cuál sería la respuesta de la *Entente?* La Santa Sede estaba impaciente por conocerla. La cuestión de la independencia belga, a la que la nota pontificia daba especial preferencia, siempre tuvo particular importancia para la política británica. El 23 de agosto el Conde de Salis, Encargado de Negocios de Su Majestad Británica ante el Vaticano, se presentó al Cardenal Gasparri, Secretario de Estado, y le entregó la respuesta oficiosa del Gabinete de Londres. No descartaba de buenas a primeras la idea de una mediación, y se limitaba a observar que las potencias centrales nunca habían dado a conocer oficialmente sus objetivos bélicos, y respecto a Bélgica «nunca comunicaron con claridad su propósito, ya en cuanto a devolverle su plena independencia, ya en reparar los daños que le causaron».

La Santa Sede dedujo de esta respuesta que «si Alemania consintiese en hacer una declaración satisfactoria sobre la independencia de Bélgica, Inglaterra se prestaría a negociaciones de conjunto para concertar la paz» (1). Entretanto, el Gobierno francés, que ya no estaba representado en el Vaticano desde la ruptura de las relaciones diplomáticas en 1904, había manifestado a Londres su disgusto por no haber sido consultado y su deseo de unirse a la conferencia; quería evitar que el asunto belga fuese únicamente el tema de la discusión. El Gobierno de la República, con todo, expresaba el deseo de asociarse a la gestión hecha por su aliado ante la Santa Sede; el Conde de Salis informó de ello al punto al Cardenal Gasparri.

El Vaticano, deseoso de aprovechar las disposiciones inglesas, encargó inmediatamente al Nuncio en Alemania que presionase al Gobierno imperial para que diese a conocer de modo preciso sus intenciones acerca de «la plena independencia de Bélgica»; fue el tema de la carta de Monseñor Pacelli del 30 de agosto al Canciller Michaelis. Éste se hizo la cuenta de considerar la carta como un mensaje particular, y la silenció. La Wilhemstrasse no ignoraba la importancia del asunto belga; podía esperar, ya que abriría el camino a la paz general, puesto que rompería la solidaridad de la *Entente.* En el Reichstag, la nota pontificia despertaba más interés que en los círculos rectores, políticos y militares; con todo, excepto los socialistas, nadie pidió al Gobierno que entregase a la Santa Sede una declaración precisa. El 11 de septiembre, en el Consejo de la Corona reunido en el Palacio de Bellevue, en Berlín, bajo la presidencia del Kaiser, el Estado Mayor hizo que prevaleciesen las tendencias anexionistas; el Ministro de Asuntos Exteriores no había obtenido la autorización deseada de renunciar a Bélgica si este abandono podía servir de *compensación* en eventuales negociaciones con Inglaterra.

---

(1) *Revue d'histoire de la guerre mondiale* (ya citada), pág. 138.

En tales condiciones, la respuesta alemana al Papa —19 de septiembre— no podía por menos de ser imprecisa y dilatoria; no decía una palabra sobre Bélgica. La respuesta de Michaelis —24 de septiembre— a la carta del Nuncio del 30 de agosto fue tal vez menos satisfactoria aún. Se limitaba a declarar que no se habían cumplido todavía «ciertas condiciones previas». Pero al mismo tiempo intentó conferenciar con Inglaterra por mediación de España; se desconocen aún cuáles fueron sus sugerencias. El Gobierno inglés advirtió a sus aliados, que coincidieron en que el objetivo perseguido era separar a Gran Bretaña de la contienda. Por lo cual Londres respondió al mediador español que sólo podría considerar propuestas determinadas. La maniobra alemana había fracasado. Las respuestas austriaca y búlgara se limitaron a hacer honor a la iniciativa pacífica de la Santa Sede.

El texto de las respuestas alemana y austriaca fue transmitido el 28 de septiembre al representante británico en el Vaticano por el Cardenal Gasparri. El Secretario de Estado las acompañaba de algunos comentarios interpretativos muy benévolos; tan grande era su deseo de poner fin a la guerra. Al mismo tiempo insistía en los principios del desarme y del arbitraje, estimando, con razón, que era el único camino salvador para la humanidad. Pero las respuestas de las potencias centrales —como dijimos— se mantenían en generalidades. En efecto, no bastaba con «saludar con especial simpatía las ideas principales del llamamiento a la paz con las que Su Santidad expresa claramente su certeza de que en el futuro la potencia material de las armas ha de ser sustituida por la fuerza moral del Derecho». Por parte de la *Entente*, Benedicto XV no recibió nunca respuesta oficial a la nota del 9 de agosto de 1917, pues Inglaterra y sus aliados estimaron que la respuesta de Washington los dispensaba de cualquier otra gestión ante el Vaticano. El Presidente Wilson, efectivamente, había enviado el 27 de agosto la respuesta de los Estados Unidos, publicada el 30 por Inglaterra, incluso antes de hacerla llegar al Cardenal Secretario de Estado. El Jefe de la gran república anglosajona rendía un emocionado homenaje a la noble inspiración a que había obedecido la gestión de Benedicto XV. Declaraba que su país también estaba deseoso de fundar sólidamente una paz justa y duradera. Empero, al mismo tiempo que establecía una diferencia entre el pueblo alemán y el Gobierno alemán, añadía que semejante paz, respetuosa con el derecho de todos los pueblos, era imposible de concertar con los actuales amos de Alemania. La Santa Sede esperaba, al parecer, una respuesta muy diferente, ya que se había inspirado en su nota en las ideas del Presidente Wilson.

El llamamiento pontificio sin previo acuerdo con los Imperios centrales, pese a lo que se ha dicho, no le escucharon ni los Gobiernos ni los pueblos. Hasta suscitó críticas en Francia, críticas tan vivas que algunos Obispos se hicieron intérpretes de dichas protestas en el Vaticano. El Cardenal Gasparri, en una carta al Obispo de Valence, se cuidó de justificar la actitud del Papa. «Si en la carta pontificia —escribía— se favorece de modo particular a una nación, es Bélgica y Francia.» Añadía que el llamamiento del Papa no im-

pedía en modo alguno la reparación de los daños de la guerra ni una solución equitativa de la cuestión de Alsacia-Lorena: «En verdad, no se comprende cómo podrían esos deseos ofender al patriotismo francés; al contrario, si esta cuestión... pudiera arreglarse pacífica y satisfactoriamente para ambas partes (y nadie dirá que es imposible tal solución), ¿no sería mejor no sólo para Alemania y para Francia, sino para toda la humanidad?» Pero Alemania, que ni siquiera quería renunciar expresamente a Bélgica, aún estaba menos dispuesta a ceder las dos provincias conquistadas en 1870, mientras Francia pretendía recuperarlas a toda costa. El Cardenal Secretario de Estado insistió algo más tarde en sus argumentos en una carta al Arzobispo de Sens. Sus alegatos no apaciguaron las polémicas suscitadas en Francia. Seguían siendo tan ásperas, que en 1918 el Obispo de Orleáns, Monseñor Touchet, al volver de Roma, se creyó en la obligación de publicar un fogoso comentario a la nota del Papa, y refirió la conversación sostenida con el Cardenal Gasparri sobre el desarme. «¿Sueños? Y ¿por qué? —escribía el Obispo—. ¿Qué imposibilidad hay en ello? La clave está en la supresión del reclutamiento. Se dirá que no puede abolirse. Grandes pueblos vivieron sin él y se proponen seguir su vida sin él... El Papa es quien ha afirmado una cosa tan sencilla, generosa, humana y considerable; se afecta indiferencia, incomprensión y se murmura. No hay motivos.»

Otra pluma francesa autorizada, da la misma nota de imparcialidad (1). Destaca, con justicia, que la acción pontificia en favor de la paz era una exigencia de las convenciones internacionales de La Haya de 1907 mencionadas en uno de los capítulos consagrados al Pontificado de León XIII, tras haber recordado la conferencia de 1899 por la paz y el desarme. El mismo autor subraya que Benedicto XV no hacía otra cosa que reivindicar el respeto al Derecho y que la transación propuesta por él nada tenía de perjudicial para Francia. Nadie se negará a admitir que los intereses de este último Estado hayan podido sufrir por el hecho de no estar ya representado en el Vaticano desde la ruptura de las relaciones diplomáticas en 1904, resultado de una política anticlerical nefasta y limitada. Pero de tal estado de cosas, del que la Santa Sede no era, desde luego, responsable, no se podría deducir que el Papa quería favorecer a las potencias centrales con detrimento de una gran nación católica, incluso su predilecta. No es menos digno de señalar, que un diputado socialista en el Parlamento italiano pudiese afirmar en el mes de febrero de 1918: «Entre la nota del Papa y los últimos discursos de Lloyd George y de Wilson no hay diferencias sustanciales.» «Un mediador —concluía el mismo publicista francés— no habla como uno de aquéllos a quienes ofrece sus buenos oficios. Su lenguaje no puede conformarse exactamente con las conveniencias ni con las legítimas exigencias de un solo interlocutor. Faltaría a su misión si hiciese proposiciones en términos que provocasen necesariamente una negativa.» «¿Acaso Benedicto XV se desanimó por el fracaso de sus

(1) Thellier de Poncheville, o. c., págs. 34-45.

esfuerzos en favor de una paz inmediata, justa y duradera? El caso es que, a raíz de su gesto del 1 de agosto de 1917, ya no dirigió llamamientos a los pueblos beligerantes ni a sus jefes. Durante tres años fue la encarnación de la conciencia y de la razón humanas al mismo tiempo que de la fe cristiana... Tras haber cumplido su deber de hombre y de Papa Benedicto XV esperó silenciosa y dolorosamente el fin de la carnicería» (1).

LA PAZ

Por fin el 11 de noviembre de 1918 cesó el fuego en el inmenso frente de batalla que iba desde los Vosgos al mar; se había firmado el armisticio. Fue precedido de un acuerdo semejante austroitaliano, y al derrumbarse la monarquía de los Habsburgos, poco faltó para que ciertos exaltados pretendiesen que la victoria italiana entristecía al Papa. Benedicto XV, en una carta del 8 de noviembre, tuvo que manifestar al Cardenal Gasparri la pena que le causaban las absurdas sospechas. Y añadía: «Saboreamos de antemano las dulzuras del día no lejano en que la caridad reine entre los hombres y la concordia universal una las naciones en una liga fecunda para el bien.» El 1 de diciembre, la encíclica *Quod iam diu* ordenó oraciones públicas por el congreso de la paz, cuyos trabajos comenzarían. «Pronto los delegados de diversas naciones se reunirán en congreso para dar al Universo una paz justa y duradera. Se enfrentan a un reglamento que se diría no hubo nunca otro más importante y difícil para una asamblea humana. Por eso, necesitan más la ayuda de la luz divina en una medida que les permita cumplir bien su mandato.» Y al mismo tiempo el Papa ordenaba oraciones públicas para que «de la próxima conferencia salga ese don de Dios que es la auténtica paz establecida sobre los principios de la justicia cristiana».

Rebasa los límites de este libro exponer lo que fue el tratado de Versalles firmado el 28 de junio de 1919. No se invitó a la Santa Sede a dejar oír su voz, pues desde 1915, por el famoso tratado secreto del 26 de abril, Inglaterra, Francia y Rusia se comprometieron «a apoyar a Italia en oponerse a toda propuesta eventual de admisión de un representante del Sumo Pontífice en la Conferencia por la paz, al terminar la presente guerra». Se quiso evitar se suscitase en ella la *Cuestión Romana* y, quizá también, precaverse contra una influencia que sólo hubiera podido ejercerse en el sentido de la más estricta justicia. Volveremos más tarde sobre los principios de la *Sociedad de Naciones,* cuyo pacto se unió al tratado de Versalles.

Firmada la paz, Benedicto XV no perdió un instante para laborar por la reconciliación de los hombres. Había comprendido que la paz de 1919 sólo sería una tregua si el espíritu de los beligerantes no se transformaba por completo, «si las mentes seguían armadas cuando los brazos habían depuesto

---

(1) Pichon, o. c., págs. 183-184.

las armas» (1). Por lo cual, desde el 15 de julio de 1919 se dirigía a los Obispos de Alemania sobre la reparación de los males causados por la guerra: «Hay que rechazar todo sentimiento de odio, tanto frente a los extranjeros contra los que se combatió como entre los conciudadanos de los diversos partidos. Debéis sustituir el odio por la caridad fraterna que emana de Jesucristo; no conoce ni barreras, ni fronteras, ni luchas de clase»; sin ella —añadía el Pontífice— «cualquier tratado de paz será letra muerta». Volvió sobre el mismo precepto de caridad en una carta del 7 de octubre al Cardenal Amette, Arzobispo de París, insistiendo en el ejemplo que ha de dar el clero. No sin motivo el Padre Santo desconfiaba del nacionalismo que exaspera y falsea el auténtico patriotismo. La carta apostólica *Maximum illud,* sobre la propagación de la fe, ya había aludido y condenado —como vimos— la malsana exageración del sentimiento nacional.

El 16 de mayo de 1920, año en que la Sociedad de Naciones inició sus trabajos en Ginebra, Benedicto XV canonizó a Juana de Arco con una solemnidad de impresionante grandeza. Al otro día, en la basílica de San Pedro, el Obispo de Orleáns, Monseñor Touchet, le presentó a los peregrinos franceses y leyó al Padre Santo un saludo en el que exaltó la obra de caridad realizada por la Santa Sede durante la guerra. «Conviene —dijo el Obispo— no ocultar al mundo los dos consejos de vuestra prudencia: aprovechar cualquier ocasión de deshacer el duelo, y si disponiendo sólo de vuestra voz de Soberano inerme, de Padre de los combatientes, no lo lográis, mitigar al menos las heridas que causen.» Aludiendo al tratado secreto de los aliados de 26 de abril de 1915, el orador añadía: «Un pacto diplomático que la historia juzgará severamente —creo yo— condenó previamente a la ineficacia toda tentativa pacificadora del Pontífice. Cerrar una sola puerta, y ¡qué puerta!, a toda probabilidad de arreglo, es realmente una política gravemente peligrosa para los pueblos y dolorosamente detestable para las madres.» Paráfrasis muy elocuente y acertada de las célebres palabras de Horacio: «*Bella matribus detestata!*»

El Obispo de Francia concluía: «Verdaderamente habéis sido el Vicario de Cristo, de Aquel que se compadeció de la multitud. Vuestro corazón ha sido ecuánime con la indecible calamidad... Habéis sido el Buen Samaritano de la humanidad. Jesucristo, vuestro único Señor, debe de estar contento de vos; nosotros, vuestros hijos, estamos orgullosos. ¡Gracias, Santísimo Padre, gracias!»

LA ENCÍCLICA «PACEM DEI...»

Sin embargo, el Papa no se ilusionaba sobre el estado de ánimo de los pueblos, y comprobaba con pena que las pasiones fratricidas seguían haciendo estragos. Por este motivo quiso hablar en forma solemne a la Cristiandad y

(1) Pichon, o. c., pág. 193.

trató de detener a Europa en la pendiente peligrosa por la que la veía deslizarse otra vez. Fue el tema de la encíclica *Pacem Dei munus pulcherrimum*, de 23 de mayo de 1920, día de Pentecostés. «La doctrina de la encíclica se ha tomado de la sustancia misma del Evangelio. Es la doctrina de la paternidad universal de los hombres en Jesucristo, su redentor. Es el mandamiento nuevo de la caridad sobrenatural, del perdón de las injurias y del amor a los enemigos» (1). «Si casi por todas partes —decía el Padre Santo—, se ha puesto de alguna manera fin a la guerra, si se han firmado tratados de paz, no se han extirpado los gérmenes de las antiguas discordias; y no dudéis, Venerables Hermanos, de que toda paz es inestable, todos los tratados son ineficaces, pese a las largas y laboriosas negociaciones de sus artífices y del carácter sagrado de las firmas intercambiadas, mientras una reconciliación inspirada en la caridad mutua no apague los odios y enemistades.»

Dando ejemplo de perdón, el Augusto Pontífice añadía: «Perdonamos desde lo íntimo del corazón a todos y a cada uno de nuestros enemigos que a sabiendas o inadvertidamente dirigieron o dirigen todavía contra nuestra persona o nuestra obra los dardos de injuriosas acusaciones; a todos los abrazamos en un mismo sentimiento de afectuosa benevolencia, no desperdiciando ocasión alguna de colmarlos de beneficios en la medida en que nos es dado hacerlo. De este modo los cristianos dignos de este nombre han de comportarse con aquellos que en el transcurso de la guerra cometieron injusticias con ellos.» Acompañaba la encíclica con apremiantes recomendaciones a todas las categorías de cristianos, y más encarecidamente a los sacerdotes, publicistas y escritores, responsables del estado de ánimo que crean o desarrollan entre sus lectores. Si todos los que con su pluma ejercen una influencia en la opinión pública hubiesen seguido los consejos del Papa, tal vez el mundo no hubiera conocido por segunda vez en un cuarto de siglo el sangriento horror de la guerra. Pues el Evangelio consagra el amor a la patria con el ejemplo mismo de Cristo, «el cual amó a su patria terrena hasta derramar lágrimas pensando en las desgracias que amenazaban caer sobre ella» (2), pero nos enseña igualmente un deber de amor al prójimo que rebasa los límites de la patria.

El deber de la caridad no elimina las legítimas reivindicaciones de la justicia. Benedicto XV aprovechó la oportunidad de la encíclica *Pacem Dei...* para reivindicar los derechos sagrados de la Santa Sede. «Aprovechamos esta oportunidad —dijo— para reiterar, por propia iniciativa y por idénticos motivos las protestas elevadas en diversas circunstancias por nuestros predecesores movidos, no por razones humanas, sino por un sagrado deber, esto es, defender los derechos y dignidad de la Sede Apostólica. Y hoy que la paz se ha restablecido entre las naciones, pedimos de nuevo y más expresamente

---

(1) Reverendo padre Yves de la Brière, *La encíclica «Pacem Dei...». El mensaje romano de la paz internacional* (*Études*, 5 de agosto de 1920, págs. 352-367).

(2) Oración por Suiza, compuesta por Su Eminencia Monseñor Besson, Obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, 25 de enero de 1939.

que el Jefe de la Iglesia salga ya de esa condición anormal en que se encuentra, la cual, por muchas razones, es también funesta para la tranquilidad de los pueblos.» Si entendemos bien el pensamiento del Sumo Pontífice, el Vaticano trataba de internacionalizar el problema de las garantías, mientras que el Gobierno de Roma persistía en darle una solución de legalidad meramente italiana.

Pero Benedicto XV anunciaba al mismo tiempo su intención de «atenuar un tanto las severas condiciones establecidas legítimamente por sus predecesores, a raíz de la supresión del Poder temporal de los Sumos Pontífices, con el propósito de hacer imposibles las visitas oficiales de los Príncipes católicos a Roma y al Rey de Italia». En adelante se regularon las audiencias de los Soberanos católicos en el Vaticano hasta los acuerdos de Letrán del 11 de febrero de 1929, celebrados entre Su Santidad Pío XI y el Gobierno italiano, con el mismo protocolo que las audiencias de los Soberanos no católicos. No podían acudir a la audiencia papal desde el Quirinal o desde algún edificio ocupado por el Estado italiano, sino que habían de salir del domicilio oficial de su representante diplomático ante la Santa Sede o, en caso de no existir, de un establecimiento religioso de su nacionalidad, e incluso del domicilio oficial de su representante diplomático en el Quirinal. Así se consideraba que el Jefe del Estado extranjero venía de su propio territorio al Vaticano, y durante una hora se ignoraba que existiese en Roma otra personalidad soberana distinta del Papa. El sentido diáfano de esta ficción diplomática no podía escapar a ningún observador atento.

La última parte de la encíclica *Pacem Dei...*, en 1920 tenía un carácter de actualidad, puesto que atañe al papel de la Iglesia Católica en la obra de la paz de los pueblos y sugería la participación efectiva de la Santa Sede en la Sociedad de Naciones. Benedicto XV, en su mensaje del 1 de agosto de 1917, había dicho lo esencial: la fuerza moral del Derecho debe reemplazar a la fuerza de las armas. Si hay un objetivo conforme a la moral cristiana es ése. El Padre Santo exponía en su encíclica la cooperación de la jerarquía católica en la obra permanente de pacificación en los siguientes términos: «A las naciones unidas en una liga fundada en la ley cristiana, la Iglesia será fiel en prestar su colaboración activa y solícita con todas sus empresas inspiradas en la justicia y en la caridad. Por eso, ella es el más acabado modelo de la sociedad universal y dispone por su misma organización e instituciones de una maravillosa influencia para acercar a los hombres, con miras no sólo a su salvación eterna, sino incluso a su prosperidad material. Pues enseña a usar de los bienes temporales de suerte que no se pierdan los bienes eternos.» Y el Pontífice evocaba las palabras de San Agustín dirigidas a la Iglesia: «Tú eres la que acercas los ciudadanos a los ciudadanos, las naciones a las naciones, y por el recuerdo de su común origen agrupas a todos los hombres, no sólo en una sociedad, sino en una especie de fraternidad.»

Así, pues, todo designaba a la Iglesia Católica para prestar una colaboración de importancia capital para la organización de la paz. Cuando el Consejo

de la Sociedad de Naciones celebró su reunión en Roma el mes de mayo de 1920, un estadista anglicano, el filósofo de las *Bases de la creencia*, Arthur Balfour, delegado de la Gran Bretaña, fue al Vaticano. Propuso espontáneamente al Consejo la participación pontificia, sacando la conclusión de los enormes obstáculos que se oponían en todos los países a la obra pacificadora de la Sociedad de Naciones. Concluía, con razón y rectitud, que no podía menospreciarse un concurso tan sincero y desinteresado, de valor moral tan alto como el del Sumo Pontífice. Pero la sugerencia fue rechazada por el representante de Italia, Nitti, y por el de Francia, León Bourgeois, alto dignatario de la francmasonería, «por motivos fáciles de entender y que sería vergonzoso confesar» (1).

La objeción de que la Santa Sede en 1920 ya no era un Estado, no era válida. Se podía muy bien prever la admisión de *Potencias* soberanas y no sólo de *Estados, dominios* o *colonias autónomas*. ¿Acaso los delegados pontificios no habrían podido hallar un lugar en el Tribunal de Justicia Internacional que crearía la Sociedad de Naciones? Y si la participación de los representantes pontificios en la obra de justicia represiva contra las potencias violadoras del Derecho topaba con las mismas dificultades que su colaboración en los trabajos del Consejo o de la Asamblea, el arbitraje internacional, y más todavía la determinación doctrinal o interpretación equitativa de los principios jurídicos en los casos litigiosos, habrían respondido favorablemente al carácter distintivo de la Santa Sede. Hubiera sido la realización del deseo que José de Maistre formuló un siglo antes en su célebre libro *Del Papa*, en el que llamaba «mediador nato» al sucesor de San Pedro. La Iglesia se fiaba de la Sociedad de Naciones exigida por la ley moral y la fraternidad cristiana. Ilustres pensadores católicos, como el padre Taparelli, de la Compañía de Jesús, en su *Ensayo teórico sobre el Derecho natural*, publicado en 1848, presentaron una teoría razonada de una asociación entre los pueblos fundada en la filosofía cristiana (2). Tres siglos antes dos españoles —el dominico Victoria y el jesuita Suárez—, fueron, el primero, teórico de la guerra justa;

(1) Yves de la Brière, la encíclica *Pacem Dei...* (artículo citado, pág. 362).

(2) Monseñor Julien, Obispo de Arras, «Teoría católica de la Sociedad de Naciones» (*Le Correspondant*, 25 de junio de 1919). En la misma revista —10 de abril—, el artículo de Monseñor Chapon, Obispo de Niza, «La Sociedad de Naciones y el ideal cristiano».

El problema de la participación de la Santa Sede y de los católicos en la Sociedad de Naciones fue estudiado desde el primer año de su existencia por una asamblea de escritores y profesores, la *Unión Católica de Estudios Internacionales*, que continuó sus trabajos durante varios años. El movimiento tuvo su origen en Friburgo (Suiza) gracias a la acción perseverante de hombres de ánimo, de fe y de ciencia como el Barón Georges de Montenach, su iniciador; S. E. Monseñor Besson, Obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo; el Consejero de Estado E. Perrier, hoy Dom Nicolas, que viste el sayal benedictino; Gonzague de Reynold; los Profesores franceses G. Gariel y A. Chérel; Monseñor Beaupin; el Abate J. Grémaud y otros sacerdotes, religiosos y seglares. La asociación incluía a grupos nacionales y celebraba anualmente asamblea general en distinto país. Fue como la réplica de lo que había sido la *Unión de Friburgo* en los años que precedieron —como ya vimos— a la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*.

el segundo, teórico de la Sociedad Internacional. Los principios del Derecho de gentes como los del Evangelio justificaban la presencia de la Santa Sede en la nueva organización de la paz. Pero otras *potencias* y otros principios prevalecieron; se excluyó al Papa de la Sociedad de Naciones. Conocidos son el idealismo, los generosos esfuerzos, pero también la rápida desintegración y fracaso final de la institución de Ginebra.

Tras la encíclica *Pacem Dei...*, Benedicto XV tuvo todavía ocasión de volver por dos veces sobre la necesidad para los pueblos de ejercer una «política caritativa». Fue el 13 de junio de 1921, con motivo del nombramiento de tres Cardenales —el 21 de noviembre del mismo año— al reunirse la conferencia naval de Washington que estableció las relaciones numéricas de las flotas de guerra en provecho de Gran Bretaña y de Estados Unidos.

Por lo menos el Padre Santo tuvo algunas satisfacciones hacia el fin de su Pontificado. En 1920, el establecimiento de una nunciatura en Berna reanudó las relaciones entre Suiza y el Vaticano, que habían terminado de conocerse mejor durante la guerra colaborando en ayudar a la humanidad. En una recepción ofrecida al nuevo Nuncio, Monseñor Maglione, por los católicos de la ciudad federal, el Consejero federal Motta, ese gran cristiano y gran europeo, declaró que todos los miembros del Gobierno suizo, sin distingos de confesionalidad, habían decidido reanudar las relaciones con Roma, y que Suiza había sentido satisfacción en trabajar durante la guerra en la «misión de paz y amor» que había asignado la Santa Sede. Así, con Benedicto XV desaparecían los últimos vestigios del *Kulturkampf* que habían sobrevivido a la política pacificadora de León XIII y a la diplomacia de Monseñor Ferrata.

La reanudación de relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano, interrumpidas desde 1904, ocurrió en 1921. A pesar de la oposición de la vieja guardia anticlerical de la Cámara y del Senado, que nada aprendió ni olvidó nada, ambas Asambleas votaron los créditos necesarios a la Embajada. Los republicanos más prudentes habían comprendido lo que Francia, ausente de Roma, había perdido y lo que podía ganar con su presencia; Briand, ayer relator de la Ley de Separación de la Iglesia y del Estado, fue uno de los agentes más activos de la reanudación. Monseñor Ceretti fue nombrado Nuncio en París y el Senador Charles Jonnart, Embajador de la República ante la Santa Sede. El 28 de mayo de 1921, el nuevo Embajador presentaba sus cartas credenciales a Benedicto XV. El 6 de agosto, Monseñor Ceretti era recibido en solemne audiencia por el Presidente de la República, M. Millerand, y se dirigía a él en estos términos: «Su Santidad, movido por esta benevolencia especial de que siempre ha estado animado hacia la gloriosa nación francesa, recibió con vivísimo placer la invitación que vos y vuestro Gobierno le dirigisteis, convencido de que la reanudación de las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Francia tendrían por resultado grandes ventajas recíprocas.» El Presidente respondió declarando que la separación de la Iglesia y del Estado había «creado un régimen de libertad que permite al Gobierno mantener con las autoridades eclesiásticas relaciones de cortesía, estima y confianza recí-

procas. Bajo este nuevo régimen, por consiguiente, los Poderes públicos pueden colaborar, como bajo el antiguo, con la Santa Sede allí donde los intereses de Francia coinciden con los de la Iglesia Católica».

En el terreno social, las nuevas perspectivas abiertas a una Internacional obrera cristiana fueron otro motivo de alegría para el Padre Santo. El congreso de las asociaciones cristianas de obreros —católicos y protestantes— en La Haya el mes de junio de 1920, reveló la existencia, en las once naciones representadas, de cerca de tres millones y medio de adeptos. Había aparecido una fuerza a la que Benedicto XV había expresado el deseo de que actuase como «promotora de los verdaderos intereses de la clase obrera».

La resurrección de dos naciones católicas, Polonia e Irlanda, hijos suyos predilectos, con Francia, fue todavía más grata para su corazón de Padre Común de los cristianos. Polonia debió su renacimiento a la victoria de la *Entente.* En Irlanda, el estado de guerra, el terrorismo y las represalias aún se recrudecían al final del Pontificado de Benedicto XV. *L'Osservatore Romano* escribía: «¡Ojalá el Gobierno de la Inglaterra civilizada y liberal haga por Irlanda lo que ha hecho muchas otras veces en circunstancias análogas por otros tantos pueblos, y lo que ha prometido antes y durante la guerra a todas las pequeñas naciones!» El Cardenal Logue protestaba contra «la opresión tiránica de la Corona británica» y reivindicaba para su pueblo «el derecho imprescriptible» de elegir la forma de Gobierno con que deseaba vivir. El Papa intervino personalmente con una carta al Cardenal y conjuró a Inglaterra e Irlanda a «que consintiesen en examinar en un espíritu de justicia si no había llegado la hora de poner fin a las violencias e iniciar negociaciones».

ÚLTIMOS DÍAS DE BENEDICTO XV

Algunas semanas antes de morir se iniciaron las negociaciones; unos días antes de su fin, la aurora de la paz iluminaba el cielo de Irlanda y Benedicto XV, en su agonía, pudo tener la visión de un pueblo que renacía a la libertad.

En los comienzos del año 1922 una violenta epidemia de gripe causó muchas víctimas en Roma; el Padre Santo sería una de ellas. El 18 de enero, *L'Osservatore Romano* anunciaba que el Sumo Pontífice padecía «un catarro bronquial gripal que, por lo demás, no presenta ningún carácter grave». Pero dos días después se declaró la pulmonía, y pronto empeoró el estado del augusto enfermo. El 20 pidió se le administrase el Santo Viático, «aunque sólo fuese —decía— para dar buen ejemplo». Y añadió: «Si Dios quiere que sigamos trabajando por el bien de la Iglesia, estamos dispuestos. Pero si, por el contrario, Dios estima que nuestra vida ya ha dado su medida, conformamos de antemano nuestro juicio con el suyo.» Recibió la comunión, luego retuvo junto a sí al Cardenal Gasparri y le entregó su testamento.

Tras una leve mejoría, se agravó el mal; el 21 de enero la situación era desesperada; el enfermo recibió la Unción de los Enfermos y la noticia de la muerte prematura del Papa se difundió incluso por Alemania e Inglaterra. Hacia el final de la tarde, el Padre Santo reiteró al médico mientras los asistentes rezaban por la paz: «Ofrendamos gustosamente nuestra vida por la paz del mundo.» El domingo 22 de enero, muy temprano, asistió a misa, celebrada en su aposento, y comulgó por última vez. A las tres, los médicos observaron los signos precursores de la muerte; el moribundo sufría mucho, al parecer. Hacia las cinco y media, el Cardenal Giorgi le impartió la última absolución y le dijo: «Bendecid otra vez a los presentes, y cuando estéis en el Cielo pedid a Dios que otorgue la paz al mundo, por la que habéis ofrecido vuestra vida.» El Papa, en un supremo esfuerzo levantó la mano y bendijo por tres veces a los asistentes. A las seis y cinco el médico sentenció: «¡Su Santidad ha dejado de existir!»

«Ofrendamos gustosamente nuestra vida por la paz del mundo.» Éstas fueron algunas de las últimas palabras de Benedicto XV. Tan generoso sacrificio era la expresión de un alma y el resumen de su Pontificado. Pero no basta con llamar a Benedicto XV «el Papa de la paz». Fue también «el Papa de la Caridad». Pues la paz predicada por él y que hubiera deseado forjar con sus manos paternales es la paz «fundada en la Justicia y cimentada en el Amor» (1). Fue el Padre abatido por una humanidad maltrecha, y su corto Pontificado como «la irradiación de un gran sufrimiento». Aquí y allá, amigos y enemigos de la Iglesia, al comparar el Papado de 1914 con el de 1919-1922, comprobaban que el Poder pontificio había ganado una inesperada influencia y nuevas fuerzas de atracción. En 1938, con ocasión del decimosexto aniversario de su muerte, en una Europa amenazada por una nueva conflagración, *L'Osservatore Romano* observaba: «El tiempo que pasa, la Historia que se desarrolla, se diría que agrandan como una lupa el pensamiento y la obra de Benedicto XV... Releemos y meditamos el llamamiento lanzado por él... Ya no es un documento de política contingente, es un documento de política cristiana constructiva... El llamamiento del gran Pontífice reaparece y vive, oportuno y providencial, en el lema y programa de Pío XI, único horizonte para las naciones, supremo refugio de la paz. No ha terminado su misión.»

Meses más tarde, en el otoño del mismo año, el sucesor de Benedicto XV lanzaba también un llamamiento angustioso a los pueblos y gobernantes para salvar la paz, otra vez amenazada, y ofrendaba su vida por su salvaguardia. Siguió una breve calma, aunque ya amenazada por los signos precursores de la tempestad. Igualmente Pío XI había bajado al sepulcro cuando un nuevo cataclismo cayó sobre el mundo superando en horror, crueldad y destrucción al que su predecesor quiso poner fin recordando a los hombres la Ley Divina del Evangelio.

---

(1) François Veuillot en *La Libre Parole*, 23 de enero de 1922.

CAPÍTULO IV

PÍO XI: 1922-1939

LA ELECCIÓN

El mundo no se llamó a engaño al saludar en el nuevo Papa, elegido el 6 de febrero de 1922, a un gran artífice de la paz. Con motivo de su primera encíclica, *Ubi arcano Dei* —23 de diciembre del mismo año—, tomó por lema *Pax Christi in Regno Christi,* la Paz de Cristo en el Reino de Cristo. Toda la historia de su Pontificado se compendia en estas palabras, a las que los acontecimientos dan su pleno significado: Pío XI fue, en toda la fuerza de la expresión, el testigo y mensajero de la Paz de Cristo, cuya «soberanía universal» se complació en celebrar instituyendo la fiesta de «Cristo Rey» (1).

---

(1) Sólo podemos dar algunas notas bibliográficas sobre el Pontificado de Pío XI. La mejor exposición, en alemán, es la de Monseñor Schmidlin en la obra ya citada frecuentemente. Mourret y Carreyre, *Précis de l'histoire de l'Église,* t. III, dan en las págs. 469-505 una simple cronología que se termina el 15 de junio de 1930. Los libros de G. Goyau, *Sa Sainteté le Pape Pie XI* y de Monseñor Fontenelle (mismo título) publicados en París, el primero en 1937; el segundo, sin fecha, no van más allá del año 1937. Consúltese también Reverendo padre Y. de la Brière, *El advenimiento del Papa Pío XI* (*Études,* 20 de febrero de 1922); del mismo autor, *Reino de Cristo y Paz de Cristo. Mensaje de Pío XI* (*Études,* 20 de febrero de 1939) y *Pie XI et les problèmes contemporains (1922-1939). Études,* 5 de marzo de 1939. G. Goyau, *Papauté et chrétienté sous Benoît XV,* París, 1922, págs. 211-241. Del mismo autor, *La idea religiosa en la vida internacional. La primera encíclica de Pío XI* (en *Catholicisme et politique,* París, 1923, págs. 308-318. Barón Beyens, Embajador de Bélgica en el Vaticano, *El conclave. El advenimiento de Pío XI* (*Revue des Deux Mondes,* 1 de enero de 1927). François Charles Roux, Embajador de Francia en el Vaticano, *Recuerdos de Pío XI* (misma revista, 1 y 15 de julio, 1 de agosto de 1943). Sobre los Pactos de Letrán, 11 de febrero de 1929: G. Mollat, *La Question Romaine de Pie VI à Pie XI,* París, 1952. Y. de la Brière, Victor Bucaille, Louis Le Fur, Louis Misserey, Édouard Trogan, G. Vanneufville, *Les Accords du Latran,* París, sin fecha. Y. de la Brière, *La communauté des Puissances,* París, 1932. Del mismo autor, *Historia religiosa de hoy. Segundo aniversario de los Pactos de Letrán* (*Études,* 5 de febrero de 1939). *Sa Sainteté Pie XI,* 1857-1939. Album fuera de serie editado por la *Illustration, Tu es Petrus,* enciclopedia ya citada, *passim.* Una serie de los principales docu-

Los Cardenales entraron en conclave el jueves 2 de febrero de 1922, la tarde de la festividad de la Virgen de la Candelaria, en número de cincuenta y tres. Un conclave, con arreglo a la etimología latina *cum clave*, con llave, es encerrarse con llave, clausura a buen recaudo, en parte de los aposentos de los palacios del Vaticano, de los Cardenales residentes o llegados a Roma hasta la elección por ellos del Jefe Supremo de la religión e Iglesia Católica. Toda comunicación con el exterior les está prohibida; cartas e impresos se someten a una rigurosa censura, y desde la legislación de Pío X, se les exige mutismo absoluto, al salir de su reclusión, sobre los votos y candidatos a quienes dieron los sufragios. Un Gobernador, que es el mayordomo o Prefecto del palacio, y un Mariscal del conclave, cuyo cargo es hereditario en la familia de los Príncipes Chigi Albani, están encargados de la custodia y vigilancia del Sacro Colegio. Deben atestiguar, a fuer de juramento, que los accesos al conclave están cerrados y la puerta cerrada con triple llave antes de iniciar las operaciones de la elección, para proseguirlas con plena seguridad *tuto et legitime*, conforme a las prescripciones del Derecho canónico y de los Romanos Pontífices.

En los medios políticos empeñados en los intereses de los pueblos, entre los diplomáticos acreditados ante el Vaticano, todos suspiraban unánimemente «por un Papa de espíritu abierto y conciliador, afanoso por contribuir desde la atalaya de la Cátedra de San Pedro, por la profunda resonancia de su palabra, a la pacificación de Europa, todavía perturbada por los torbellinos de la guerra, víctima, además, de la crisis material y moral más terrible que la Historia haya consignado» (1). Los italianos ni siquiera ponían en duda que el nuevo Papa fuese su compatriota. Y en esto tenían razón; no era momento de innovar. Entre el público romano se repetía resueltamente que la elección se efectuaría en el terreno político de la reconciliación con la monarquía de Saboya. Se afirmaba existían en el seno del Sacro Colegio dos bandos opuestos...: los *intransigentes*, hostiles al gobierno real, y los *innovadores*, quienes querían que «el Papado caminase con el siglo y aceptase el hecho consumado, mediante sólidas garantías para su independencia». El Cardenal Maffi, Arzobispo de Pisa, eliminado en el conclave anterior, pasaba por el candidato de los segundos. En cuanto al de los primeros, «apenas si estaban de acuerdo para designarle». Pero ya se había pronunciado un nombre: el del Cardenal Ratti, Arzobispo de Milán, «como el de un eminente Prelado que bien podría, en resumidas cuentas, agrupar en torno suyo a la mayoría del conclave». «Era probable que la lucha fuese dura, que las fuer-

---

mentos sobre la *Enseñanza política y social de los Papas* de León XIII a Pío XII se encuentra en la obra muy reciente de E. J. Chevalier y E. Marmy, intitulada *La communauté humaine selon l'esprit chrétien*, documentos, Friburgo, Edic. de la Imprenta Saint-Paul, 1944. Se trata de un verdadero tratado de sociología cristiana con ayuda de los textos, precedida de una introducción sustancial en la que no se contentan con palabras. Libro indispensable para el jurista, el historiador y toda persona culta.

(1) Barón Beyens, artículo citado, págs. 173-175.

zas de los partidos se equilibrarían primero y, luego de disputarse la victoria, terminarían por entenderse en el nombre de un candidato de transición y conciliación que ejercería una política prudente de acercamiento a Italia, consagrando sus esfuerzos a la obra de pacificación y caridad emprendida por Benedicto XV con las naciones probadas por la guerra.» El resultado del conclave daría razón a los pronósticos del eminente diplomático representante en el Vaticano de Su Majestad Alberto I, el heroico y caballeresco Rey de los belgas.

Los escrutinios comenzaron al otro día, 3 de febrero, en la Capilla Sixtina, tras la celebración de la misa del Espíritu Santo. Se tuvo una sesión matinal y otra vespertina, con dos escrutinios cada vez. Después de la sesión se queman en una estufa las papeletas de la votación con paja húmeda, que produce humo negro —*fumata nera*— que sale por el tubo de la chimenea de la Capilla Sixtina, y cuya señal negativa conoce la multitud apiñada en la inmensa plaza de San Pedro. Por fin, el lunes 6 de febrero, a las 11,45, apareció la *fumata bianca:* ya había Papa. El Cardenal Bisleti, primer Diácono, apareció media hora después en la logia exterior de San Pedro y anunció la noticia esperada con impaciencia: «Os anuncio una gran alegría. Tenemos Papa. Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Aquiles Ratti, que ha tomado el nombre de *Pío XI.*»

«Si hemos de creer ciertas indiscreciones —ya del dominio público— procedentes de los papeles testamentarios de uno de los Cardenales difuntos que tomó parte preponderante en el conclave de 1922, la lucha fue viva desde un principio. Se enfrentaban dos grupos: el binomio Merry del Val-La Fontaine obtuvo veintitrés votos; la otra tendencia reunía veinticuatro con el binomio Gasparri-Maffi. Ninguno de los dos bandos tenía probabilidades de reunir los dos tercios de sufragios prescritos para la elección pontificia, es decir, treinta y seis votos. Un nombre que, en un principio, no obtuvo más que cinco o seis votos, se impuso pronto al asentimiento general. El Cardenal Ratti obtuvo el tercer día del conclave once, catorce, veinticuatro y veintisiete votos; el cuarto, treinta y cuarenta y dos votos. Se había superado el *quantum* en seis puntos. El conclave no había supuesto menos de catorce escrutinios. «¡Tantos como estaciones del Viacrucis —replicó el Cardenal Gasparri— hasta situar al Papa en el Calvario!» (1).

Concluida la elección, se abatieron los baldaquinos de los Cardenales para dejar levantado sólo el del electo. En torno suyo formó círculo el Sacro Colegio. El Cardenal Aquiles Ratti, solo en su sitial, en pie, la cabeza baja, se recoge. «*¿Aceptas* —le dice el Cardenal decano— *la elección que te designa para el Supremo Pontificado?* Un silencio de humildad, de pavor, sin duda; de fe también y de confianza, así lo esperamos —escribe el Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas († 1926), en su impresionante relato del conclave de 1922—, nos mantiene en suspenso, anhelantes...

---

(1) Monseñor Fontenelle, o. c., págs. 69-71.

»Quedamente profiere una respuesta en estos términos más o menos: "No quiero se pueda decir que me he negado a conformarme con la voluntad divina; no quiero se pueda decir que he evitado una carga pesada sobre mis hombros; no quiero se pueda decir que no he apreciado en su valor los votos de mis colegas. Por eso, pese a mi indignidad, de la que estoy penetrado, acepto."

»*Y ¿qué nombre deseas adoptar?* —añade el Cardenal decano—. El nuevo Papa sentía su voz ahogada por la emoción: "Bajo el Pontificado de Pío IX me incorporé a la Iglesia Católica y di mis primeros pasos en la carrera eclesiástica. Pío X me llamó a Roma. Pío es mi nombre de paz. Por tanto, deseoso de dedicar mis esfuerzos a la obra de pacificación mundial a la que se consagró mi predecesor, Benedicto XV, he escogido el nombre de Pío XI." Luego, tras una pausa: "Deseo, además —dijo—, añadir unas palabras: Protesto ante los miembros del Sacro Colegio que estoy empeñado en salvaguardar y defender todos los derechos de la Iglesia y todas las prerrogativas de la Santa Sede, pero asentado esto, quiero que mi primera bendición, cual prenda de paz por la que aspira la humanidad, sea no sólo para Roma e Italia, sino para toda la Iglesia y el mundo entero. La impartiré desde el balcón exterior de San Pedro."» Por primera vez desde 1870 un Papa apareció en la gran *loggia*, en presencia de una muchedumbre innumerable y trepidante y de las tropas italianas que le presentaban armas. Y Pío XI impartió, así, su primera bendición sobre la Ciudad y el Orbe, *Urbi et Orbi.*

AMBROSIO, DAMIÁN, AQUILES RATTI

Había nacido, como cuarto y penúltimo hijo, de una honrada y laboriosa familia, en Desio, pueblo importante de los alrededores de Milán, el 31 de mayo de 1857. Aquiles, su nombre habitual, no lo tomó del héroe de la *Ilíada*, sino del Santo mártir Aquileo, cuya fiesta se celebra el 12 de mayo, con las de Nereo, Domitila y Pancracio. A los diez años, por mediación de un tío suyo cura, don Damiano, ingresó en el Seminario Menor de San Pedro Mártir, de Milán, donde fue alumno modelo, que se distinguió por sus dotes. Terminados los estudios en el Seminario Mayor, Diácono a los veintidós años, su Arzobispo, Monseñor De Casabiana, que le llamaba por su precoz seriedad «su joven viejo», le envió a Roma en 1879 para seguir los estudios en el Colegio Lombardo y en la Universidad Gregoriana; aquí fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre del mismo año. Doctor en Derecho canónico y Teología, a su regreso a Milán en 1882, a don Ratti, primero coadjutor de una pequeña parroquia, se le confió la cátedra de Oratoria Sagrada y de Teología en el Seminario Mayor de la capital lombarda. Aquí dio muestras de una notable capacidad de trabajo, riguroso método ajustado a los textos, exactitud y ponderación.

Una vacante entre los *doctores* (bibliotecarios) de la Ambrosiana de Milán decidió en 1888 su destino de sabio; presentó su candidatura y fue elegido. La Ambrosiana, por el nombre de San Ambrosio, el gran Obispo del siglo IV, es una de las más hermosas bibliotecas del mundo. Tuvo como fundador al Cardenal Federico Borromeo, primo y sucesor de San Carlos en la sede de Milán; en 1907 el doctor Ratti se convertía en su *prefecto* (director). Durante treinta años fue un gran bibliotecario, descubridor de manuscritos, editor de textos antiguos, correspondiente de los más célebres eruditos de Europa, como un Leopoldo Delisle, un Omont, un Emilio Châtelain. Profesaba verdadero culto a su profesión, que exige una vasta cultura y total desinterés, elevándola a categoría de sacerdocio. «Las bibliotecas bien llevadas —decía en sus lecciones de biblioteconomía— contribuyen a formar sacerdotes amantes del estudio y capaces de hacer mayor bien a las almas.» Continuamente se inspiraba en unas palabras de San Francisco de Sales —más tarde se le daría como patrono a los escritores católicos—, quien afirmaba que «el sacramento de la ciencia» es, «por excelencia, el octavo sacramento de los sacerdotes». Los libros son —como gustaba repetir Monseñor Ratti— «el indispensable servicio de aprovisionamiento» de los «soldados de la verdad».

En 1912 Pío IX le llamó al cargo de Subprefecto y, dos años después, de Prefecto de la Biblioteca Vaticana, ese tesoro único en el mundo. Un gran bibliotecario es por el mero hecho un historiador, y la erudición le conduce, si es capaz, a la visión de conjunto y a la síntesis, sin las que no hay verdadera historia.

«La Historia —escribía el futuro Papa— es la trama viva de los hechos, tejido en el que los pensamientos y acciones de los hombres y de Dios se unen, enredan y, a veces, parecen confundirse, penetrarse, dificultarse sucesivamente, pero siempre con el resultado de que componen ese admirable plan providencial en el que domina como indiscutible soberano y se manifiesta a todas luces el amor de Dios por los hombres.» Y ¡qué espléndida lección de metodología histórica daba indicando en otro lugar las partes respectivas de los detalles y del conjunto! «Del mismo modo que las líneas están formadas de puntos, así también las líneas históricas de una época y de un país no pueden traducirse de forma más verídica y eficaz sino por aquel que, abarcando un inmenso material de detalles, sabe fundirlos en una síntesis luminosa y vital, reduciéndolos a las causas de donde proceden y a las leyes que los rigen.» Asimismo, ¡qué estupenda justificación del puesto que ha de ocupar la historia en las *Humanidades* por razón de su «virtud humanizadora»!, como gustaba de reiterar un gran historiador de la Iglesia (1).

La actividad científica de Monseñor Ratti hubiera sido incompleta de no haber comprendido la influencia expansiva de la Universidad. Al inaugurar —diciembre de 1921— la Nueva Universidad Católica de Milán, cuyo Arzobispo era a la sazón, la cual debe sus fundamentos al sabio padre Gemelli, fran-

(1) P. Mandonnet, O. P., Profesor en la Universidad de Friburgo.

ciscano, se dedicó a completar la obra de los congresos científicos católicos internacionales. «Una Universidad Católica —escribía a su valiente y sabio fundador— es la fe y la ciencia unidas en una realidad viva y fecunda; por sí misma será tan clara y triunfal apología de la fe, una elevación y santificación tan sublime y, por lo mismo, tan auténtica y alta perfección de la ciencia, será tan gran honor para la religión y Dios, que huelga recurrir a otras consideraciones para demostrar su oportunidad y necesidad.» Era el programa de generosidad científica, del valor social y del deber social de la ciencia, tan caros al que al año siguiente se ceñiría la Tiara; el «Papa de los Estudios» nunca lo olvidaría.

No sólo hacia las cumbres del pensamiento se dirigían las miradas del futuro Pío XI. Le gustaba escalar las más altas y escarpadas cimas de los Alpes. Aquiles Ratti fue un gran alpinista, que practicaba, como expresó donosamente uno de sus biógrafos, G. Goyau, la «oxigenación de un bibliotecario». Así como las revistas incluyen eruditas memorias del erudito de la Ambrosiana y de la Vaticana, asimismo la *Revista Mensual del Club Alpino Italiano* contiene el relato de sus ascensiones al Mont Rose, al Cervino, al Mont Blanc. Demostró esa resistencia tenaz, esa audacia deliberada, esa sangre fría a toda prueba características del auténtico alpinista, que le ayudaron a salvar por dos veces la vida de sus camaradas. Esta alma grande había sabido discernir cuánto eleva el espectáculo grandioso de las altas montañas disciplinando el cuerpo y la voluntad. Supo pintar en páginas vibrantes de poesía la visión inolvidable del Mont Rose «resplandeciente entre el fulgor rosado de los primeros rayos del sol». Un temperamento y corazón de este temple hacen que todo contribuya a la exaltación del hombre y a la gloria del Creador.

En el silencio de las grandes salas de la Biblioteca Vaticana, Monseñor Ratti se disponía para administrar el «sacramento de la ciencia» hasta que Dios le llamase, cuando en la primavera de 1918 Benedicto XV le convirtió en Nuncio en Polonia. La heroica nación de las Marcas del Este acababa de resucitar, y el Sumo Pontífice pensó tal vez que un gran humanista, maestro en *diplomática* —la ciencia de los viejos *diplomas*—, podría muy bien ser, como en tiempos del Renacimiento, un buen diplomático. Benedicto XV envió, por tanto, al Prefecto de la Vaticana a Varsovia como «intermediario entre la Sede Apostólica y los Obispos de Polonia». Lo que hicieron un Eneas Silvio Piccolomini y un Besarión en el siglo XV, acercando el humanismo oriental y el occidental, lo realizaría Monseñor Ratti en la *Polonia restituta.* Su primer gesto fue el de un eclesiástico; el segundo, el de un científico. Inauguró su estancia yendo a venerar a la Virgen de Czentochowa, patrona de Polonia, luego se ocupó de que se crease por el episcopado un foco de ciencia y cultura: la Universidad de Lublin.

Su tarea no era fácil. De los antiguos copartícipes de Polonia se había hundido el Imperio zarista, el Imperio austrohúngaro vacilaba, pero Alemania todavía estaba en pie. El Estado resucitado por el Mariscal Pilsudski buscaba a tientas su camino; peligrosas rivalidades le enfrentaban con los

lituanos, checoslovacos y alemanes; ya el bolchevismo amenazaba con devorarlo todo y la situación religiosa sufría las consecuencias de la larga opresión con que, amos preocupados únicamente por sus intereses, abrumaban al país. «Hay situaciones que no se resuelven sino a fuerza de santidad» (1). Monseñor Ratti, orando y actuando sin descanso, tuvo la dicha de ver cómo el éxito coronaba su misión. Su jurisdicción se había extendido a los territorios resultantes de la dominación rusa, luego a la misma Rusia; el eslavismo se había convertido para el enviado del Papa en una realidad con la que tomaba contacto y cuyas aspiraciones y vida profunda podía estudiar como hombre de ciencia. No necesitaba que le enseñasen lo que era el despotismo asiático o los intentos de germanización inspirados en el *Kulturkampf*.

El 5 de febrero de 1919 Monseñor Ratti asistía en la catedral de Varsovia a la solemne ceremonia con la que el Estado polaco, antes de inaugurar la Dieta Constituyente, daba gracias e invocaba al Altísimo. El 3 de junio, Benedicto XV, que le preconizó Arzobispo de Lepanto, le nombraba Nuncio en Polonia. Se hallaba en Varsovia cuando al año siguiente la horda bolchevique fue detenida ante las murallas de la capital por el heroísmo del joven ejército polaco y el genio militar de Weygand, enviado como consejero político por el Mariscal Foch, generalísimo de los aliados. «Todo está dispuesto —le dijo una tarde el General francés—, sólo nos resta pedir la ayuda de vuestras oraciones.» Al otro día, 15 de agosto de 1920, día de la Asunción, una contraofensiva cogía por la retaguardia al invasor y, días después, el ejército rojo vencido se batía en retirada. En la capital amenazada el Nuncio apostólico, cual Obispo de la Edad Media ante los bárbaros, había representado el papel de *Defensor civitatis*. Años más tarde, ya Pío XI, manifestó claramente su convicción de que Varsovia debía su salvación a la acción y operaciones del General Weygand (2).

Al año siguiente el Sumo Pontífice elevó a Monseñor Ratti a nuevos honores. Al morir el santo Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán —febrero de 1921—, Benedicto XV le dio por sucesor al Nuncio en Varsovia, a quien el mismo día, 13 de junio, nombró Cardenal. Al imponerle la birreta cardenalicia, Benedicto XV subrayó con mucha agudeza e ingenio que el nuevo *porporato* había demostrado tanto dominio como *diplomatista* que como diplomático. En la conversación que siguió con los tres Cardenales nombrados ese día, el Padre Santo añadió: «Hoy os he vestido de rojo, pero pronto uno de vosotros se vestirá de blanco» (3). Un retiro en el venerable monasterio de Montecasino —derruido entre los horrores de la segunda guerra mundial, hoy afortunadamente restaurado— y una peregrinación a Lourdes prepararon al Cardenal Ratti para sus altas funciones, coronadas el 8 de septiembre, festividad de la Natividad de Nuestra Señora, con su entrada solemne en Milán, al regresar de un corto viaje a Desio, su pueblo natal. El mismo día, el Arzo-

(1) Monseñor Fontenelle, o. c., pág. 51.
(2) Fr. Charles-Roux, artículo citado, pág. 119.
(3) Monseñor Fontenelle, o. c., pág. 59. Como es sabido el Papa lleva sotana blanca.

bispo bendijo la primera piedra de la Casa del Pueblo en la *Obra Cardenal Ferrari* y dirigió un emocionado llamamiento a las clases trabajadoras: «Venid todos a mí... —dijo—. Mi palabra sólo será un eco de la del Redentor. Venid a mí vosotros que trabajáis y sufrís. Tenéis derecho especial a que vuestro Padre os abra los brazos.»

EL PONTÍFICE

El blasón de los Ratti, en el que campea un águila, lleva la divisa *Raptim transit.* En efecto, el Cardenal Ratti poco duró en la sede de San Ambrosio, puesto que menos de ocho meses después subía a la Cátedra de San Pedro. La ocuparía durante diecisiete años.

El nuevo Papa escogió como Secretario de Estado al Cardenal Gasparri, quien ocupó el mismo cargo con Benedicto XV. En atención a su mucha edad y a petición suya, fue sustituido, a partir de 1930, por el Cardenal Pacelli, luego Su Santidad Pío XII.

El mejor de sus biógrafos, quien tuvo el privilegio de tratarle en frecuentes ocasiones, describe a Pío XI con estas palabras: «Bajo el blanco solideo su frente ancha y alta ofrece una superficie impresionante, en la que el trabajo de reflexión ha dejado como huellas, y que revela la extensión y potencia del espíritu. Es la frente de un pensador, despejada y noble frente, en vigoroso realce, que se encorva de modo suave en los arcos ciliares enmarcados por las gafas de oro. Tras los cristales cóncavos su mirada es precisa y lejana a la vez, y en ella la firmeza no excluye una compasión infinita... En pie, Pío XI se revela de estatura mediana, en actitud erguida. Es corpulento, rechoncho, cargado de espaldas. Todo su físico dio siempre la impresión de una robustez y vigor extraordinarios, así como de poder, tanto en el orden espiritual y moral como en el físico... *Wonderfully balanced* (admirablemente equilibrado), decían los Cardenales americanos. A los ojos de los observadores de paso, esta moderación perfecta, este soberano dominio de sí mismo pudieron hacerle pasar por un tanto frío y distante. Mas habría que haber cerrado los ojos en esas circunstancias ante la contracción de su rostro y no haber oído a veces su voz entrecortada para decir que Pío XI ¡no tenía un corazón de carne! Sin embargo, su emotividad es viril, interior, profunda y, a menudo, contenida. Y la razón tiene en él la última palabra» (1).

Su palabra era siempre «sencilla, natural, ecuánime»; se apartaba «deliberadamente de los efectos oratorios», sin por ello dejar de estar «atento a los matices», gustando de «las variaciones sobre un mismo tema». Humanista e historiador que manejó mucho los textos, gran admirador de Dante y Manzoni, Pío XI no sacrificaba nunca la idea a la forma.

---

(1) Monseñor Fontenelle, o. c., págs. 74 y sigs.

Su primera encíclica *Ubi arcano Dei* —23 de diciembre de 1922—, es como el programa de su Pontificado; al echar las bases de la Acción Católica, pronto dio muestras de su genio. Todos han reconocido que la Acción Católica ocupó un lugar privilegiado entre las creaciones y preocupaciones del Pontificado. El mismo Papa declaró repetidas veces en público que le era tan querida como las niñas de sus ojos. Más tarde veremos qué elemento nuevo introdujo, pero debemos subrayar que su pensamiento ya se halla íntegro en su primera encíclica referente a la idea religiosa en la vida internacional, pues la Acción Católica exige que se cumplan las condiciones morales por las cuales surgirá el espíritu de paz entre las naciones. El Papa comprueba que las fuerzas hostiles opuestas al espíritu de fraternidad se reducen a la necesidad exagerada de goces materiales. Sólo refrenándola los pueblos, en colaboración con la Iglesia, recuperarán la verdadera paz. Quiere rectificar las ideas de las naciones, porque es evidente para él que continúan creyendo en el derecho a la fuerza. «Por un pacto solemne —escribe—, los beligerantes concertaron la paz, pero... no lo grabaron en las almas; existen todavía entre ellos espíritus belicosos, y esta funesta reacción sobre la vida civil se acentúa cada día.»

Pío XI declaró más de una vez que prefería ser historiador a profeta. Con todo, ¡cuán proféticamente suenan sus palabras escritas en los comienzos de su Pontificado a nuestros oídos aterrorizados por el estruendo de las armas! Y ¡qué visión de los acontecimientos originados por el ilimitado imperialismo de déspotas sin escrúpulos! Las conciencias harto han olvidado que «los pueblos son hermanos de la gran familia de la humanidad y que otras naciones tienen derecho a vivir y a prosperar». «Los profetas —añadía— poseen palabras que convienen maravillosamente a nuestra época: Esperábamos la paz y nada hemos conseguido.» Continuaba —aunque habría que citar toda la encíclica— que «a las amistades exteriores entre los pueblos se añaden —azote todavía más triste— las discordias intestinas que ponen en peligro los regímenes políticos y la misma sociedad». La guerra actual, que quiso conjurar, ¿acaso no es esencialmente una revolución total?

La raíz del mal la veía justamente Pío XI en la exclusión de Dios y de Jesucristo. Por eso, a restaurar el reino de Cristo en la sociedad y en los individuos se aplicaría el sucesor del Príncipe de los Apóstoles. ¿De qué forma? Sin duda, la jerarquía eclesiástica debe encargarse de esta reconquista, pero ha de ser ayudada por los seglares, investidos igualmente de una misión de apostolado. Por lo cual erigió la Acción Católica en institución orgánica de la Iglesia, «la cual detenta la verdad y el poder de Cristo». La generalización de la Acción Católica proviene de las condiciones infinitamente complejas de la sociedad contemporánea y de la multitud de las influencias nocivas y hostiles a las ideas y a la vida cristiana. Por ello, al Padre Santo le era familiar una concepción: la del apostolado del semejante por el semejante. De ella emanó el método de los «movimientos especializados», según la diversidad de ambientes sociales y profesionales en la ciudad, el campo, en las escuelas en todos los niveles, en cada categoría de trabajadores manuales e

intelectuales. Los movimientos *jocistas, jecistas* y otros más deben el origen de toda su acción fecunda al sucesor de Benedicto XV.

«Aquí discerniremos —escribe un eminente religioso— un gran éxito moral de Pío XI en estrecho contacto con el más excelente carácter específico de la Iglesia: su virtud santificante» (1). «La Acción Católica —afirmará diez años después el Sumo Pontífice en su encíclica *Quadragesimo Anno*— será tanto más fuerte y eficaz cuanto los individuos se apliquen con mayor fidelidad a ejercer su especialidad y a sobresalir en ella.» Un día dijo al canónigo Cardijn, entusiasta promotor de los grupos especializados: «La mayor desgracia de la Iglesia en el siglo XIX es haber perdido a la clase obrera» (2). Efectivamente, se trata nada menos que de reconstruir una Cristiandad en el siglo XX, y todas las clases sociales deben participar en esta reconstrucción necesaria de la sociedad.

La realeza de Cristo en las almas y la sociedad, Cristo nexo de la comunidad humana, los proclamó Pío XI en términos inolvidables, llenos de fuerza, dulzura y majestad en su encíclica *Quas primas,* de 11 de diciembre de 1925. Instituyó la fiesta de Cristo Rey celebrada el último domingo de octubre, «que precede inmediatamente a la solemnidad de Todos los Santos». Tras haber demostrado que en el abandono de la sumisión a Cristo están las causas profundas de las calamidades humanas, recordaba los títulos de Cristo a la realeza, la índole y transcendencia de esta realeza, sus beneficios, los medios de asegurarlos y la necesidad para el Estado de obedecer a las leyes cristianas, lo cual implica la condena del laicismo, y para los fieles la obediencia total a la realeza de Cristo.

El Padre Santo seguía en la misma línea de pensamiento y de acción, cuando al año siguiente dio una orientación memorable al *Apostolado misionero.* La encíclica *Rerum Ecclesiae* —28 de febrero de 1926— sobre el desarrollo de las misiones y la constitución de Iglesias indígenas autónomas, venía a completar así, ampliando magníficamente la obra de su predecesor expuesta en la carta *Maximum illud,* de 30 de noviembre de 1919. Conforme a la tradición constante de la Iglesia, pero acentuándola decisivamente, Pío XI suscitó un esfuerzo perseverante «interesando provechosamente a los fieles de todos los países de la vieja cristiandad en las condiciones de existencia y en las necesidades espirituales de cada una de las nacientes cristiandades de los lejanos continentes y tierras de infieles». Nada se olvidó para promover y proseguir metódicamente la conquista de las almas «según la catolicidad de la Iglesia»: estudios, enseñanzas, exposiciones, congresos misionales se sucedieron y se prestaron mutua cooperación. El efectivo en sacerdotes, religiosos y religiosas se aumentó en tierras de infieles, y la contribución de los seglares se afianzó en las instituciones médicas, escolares y científicas. La iniciativa

---

(1) Reverendo padre Y. de la Brière, en *Études,* 5 de marzo de 1939, pág. 582.

(2) Citado por el Abate Ch. Journet, en *Nova et Vetera,* 1943, núm. 4, pág. 324.

pontificia supo proveer a todo cuanto ampliaría la influencia moral, intelectual y social del cristianismo.

Innovación audaz y fecunda. Pío XI quiso también en esto promover «el apostolado del semejante por el semejante»; el clero y episcopado nativos conocieron desde entonces un florecimiento inédito y creciente. Así el catolicismo se naturalizó en cada territorio nacional adaptado plenamente a la fisionomía y psicología de cada pueblo. Las concepciones del Sumo Pontífice se emparentaban y adaptaban a la inmensa evolución del mundo contemporáneo y es fácil reconocer en ellas «el genio realizador de un gran conductor de pueblos, así como de un poderoso pastor de almas» (1).

Por la misma razón, el *Oriente Cristiano* ocupó un lugar tan importante en el Pontificado de Pío XI. Acabó la gran obra iniciada por Benedicto XV, quien había erigido la Congregación de la Iglesia Oriental y echado los cimientos del Instituto Oriental Pontificio. El Año Santo de 1925 trajo un gran jubileo oriental, el decimosexto centenario del concilio de Nicea (325), celebrado con gran pompa en San Juan de Letrán y en San Pedro del 7 al 15 de noviembre, donde se vio el espectáculo único en el mundo de celebrar por turno todas las liturgias orientales los Sagrados Misterios ante el célebre y venerable icono del Salvador llamado *Acheropita,* al que la piedad romana atribuye un origen milagroso. Tres años después, la encíclica *Mortalium animos* —6 de enero de 1928— sobre la unidad de la Iglesia dirigía un patético llamamiento a las Iglesias separadas que habían buscado en vano las bases de un Credo único en las conferencias de Estocolmo y Lausana.

Entre las múltiples actividades del Sumo Pontífice en lucha con los problemas contemporáneos paralelamente a la Acción Católica y al Apostolado Misionero, también hemos de recordar sus relaciones con los poderes temporales y sus principales enseñanzas apropiadas a nuestra época o sobre los ídolos por derribar. En el terreno de las relaciones con las potencias temporales, el acontecimiento más considerable fue, sin discusión, la solución de la Cuestión Romana por los *Pactos de Letrán,* el 11 de febrero de 1929. La originalidad del sistema estriba en la conjunción de un tratado diplomático y de un concordato político-religioso mediante el cual cada una de las altas partes contratantes obtenía el beneficio tangible que más respondía a sus respectivas preocupaciones.

SOLUCIÓN DE LA CUESTIÓN ROMANA: LOS PACTOS DE LETRÁN

Desde el 20 de septiembre de 1870, día en que, a favor de las derrotas de Francia, las tropas italianas mandadas por el General Cardona se habían apoderado de Roma por la brecha de la Porta Pia, el problema de las franquicias temporales e independencia de la Santa Sede había permanecido inso-

(1) Y. de la Brière, ibíd., pág. 583.

luble. Al protestar contra la expoliación de que eran víctimas, los Papas rechazaron sucesivamente la ley de garantías del 13 de mayo de 1871 sobre las prerrogativas del Sumo Pontífice y de la Santa Sede, así como las relaciones de la Iglesia y del Estado que el Gobierno italiano había tratado de imponerles unilateralmente, y adoptaron el encierro voluntario en el Vaticano. Durante más de medio siglo fracasaron todas las tentativas hechas para arreglar la *Cuestión Romana* de manera aceptable para ambas partes. La elección de Pío XI reanimó las esperanzas de los partidarios de la reconciliación. El nuevo Pontífice deseaba una verdadera paz con Italia, una paz que en nada se desviase de la justicia, de suerte que se pudiese decir que «la paz y la justicia se abrazaron».

Las negociaciones entre el Vaticano y el Quirinal, sin embargo, sólo comenzaron el mes de agosto de 1926 entre el abogado Francisco Pacelli, quien gozaba de la confianza de la Santa Sede, y el Consejero de Estado Domingo Barone; sólo revistieron carácter oficial a partir del 31 de diciembre de 1926, después de que Víctor Manuel III autorizó su apertura. Las negociaciones dificultadas por incidentes causados por ciertas medidas de tendencia totalitaria del gobierno fascista duraron más de dos años. El 7 de febrero de 1929 el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado, convocaba en el Vaticano a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede para comunicarles una información memorable. Largas negociaciones acababan de llegar a una conclusión de la *Cuestión Romana.* Finalmente, Benito Mussolini, en nombre de Italia, y el Cardenal Gasparri, representante de la Santa Sede, firmaron el 11 de febrero de 1929, entre las once y las doce, en el Palacio de Letrán, tres convenios que comprenden un tratado político, un acuerdo económico y un concordato destinado a fijar la situación de la religión católica en Italia y las relaciones de la Iglesia con el Estado. El intercambio de instrumentos de ratificación ocurrió el 7 de junio siguiente en el Vaticano. El Duce Benito Mussolini y el Cardenal Gasparri se hicieron mutua entrega de dos ejemplares auténticos redactados en pergamino artísticamente encuadernados y blasonados, uno firmado por Pío XI y el otro por Víctor Manuel III.

El *Tratado diplomático* se compone de un preámbulo y veintisiete artículos. El preámbulo, que comienza invocando a la Santísima Trinidad, testifica la designación de dos plenipotenciarios encargados de negociar el acuerdo, el cual solucionará la *Cuestión Romana* y restablecerá el buen entendimiento y las relaciones normales entre la Santa Sede y el reino de Italia. El pacto crea un nuevo Estado independiente, en cuyo territorio la Santa Sede posee, no sólo el derecho de propiedad, sino el derecho de jurisdicción soberana; los artículos del tratado determinan las peculiares modalidades, según las cuales, en adelante se ejercerá la independencia pontificia con sus condiciones y nuevas garantías. Los artículos 1 y 2 enuncian los supremos principios que ilustran y dominan la solución dada por los acuerdos de Letrán a la *Cuestión Romana.* La religión católica, apostólica y romana se declara única religión del Estado italiano, y se reconoce la soberanía de la Santa Sede en el dominio

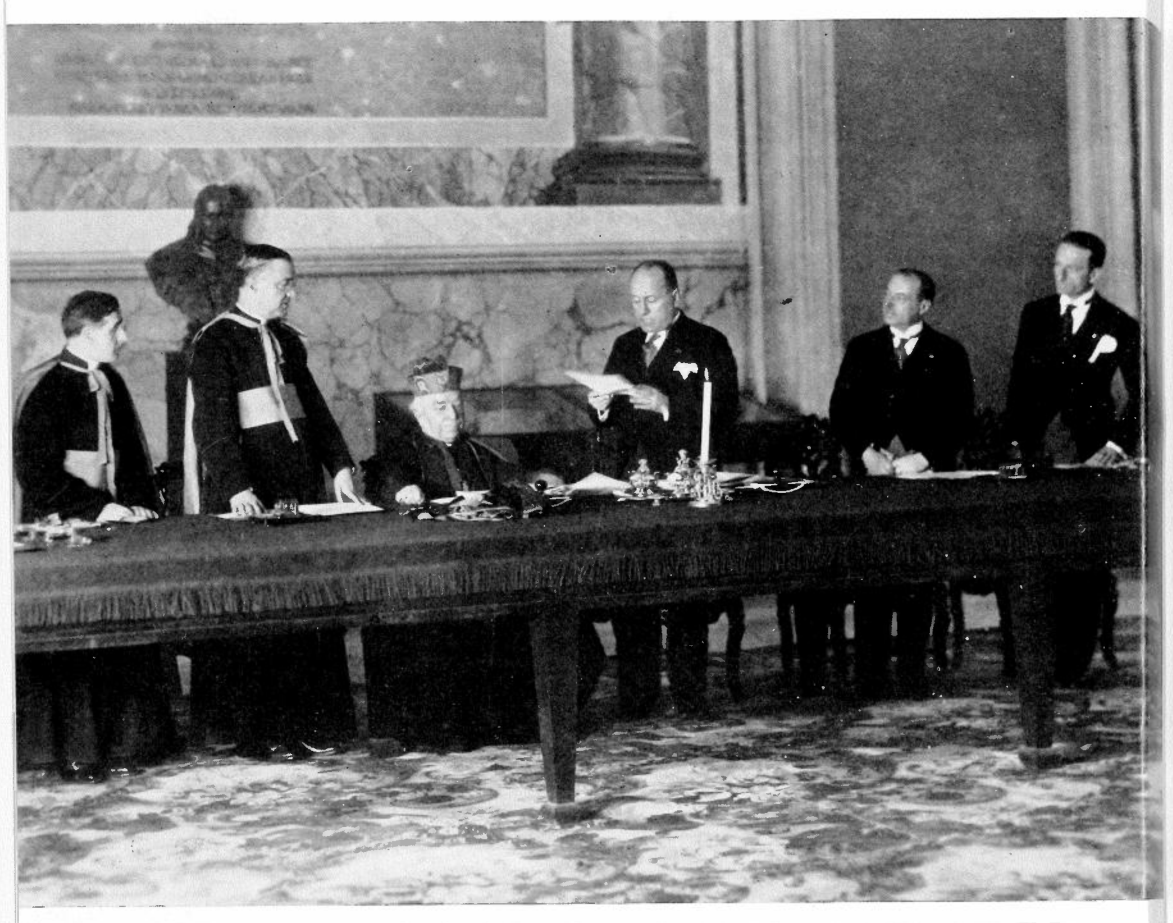
internacional «como atributo inherente a su naturaleza, de conformidad a su tradición y a las exigencias de su misión en el mundo».

El territorio del pequeño Estado Pontificio se designa en el artículo 3 del tratado *Ciudad del Vaticano;* sus fronteras están trazadas en un mapa oficial que constituye el Anexo I del tratado. Tal territorio, de cuarenta y cuatro hectáreas, comprende la basílica de San Pedro y la columnata, el palacio del Vaticano, sus museos, galerías, biblioteca y jardines, el cuartel de los suizos, la plaza de San Pedro con una superficie en torno a la basílica por el lado opuesto al del Vaticano, que comprende la sacristía, el palacio del Cardenal-Arcipreste, el hospicio de Santa Marta y los diversos edificios contiguos. La plaza de San Pedro está sometida a un régimen especial: si bien constituye una parte integrante del territorio de la Ciudad del Vaticano, las autoridades italianas conservan en ella el poder de policía, a menos que la Santa Sede decida, en consideración a ceremonias particulares, sustraer momentáneamente la plaza a la libre circulación del público. Italia se compromete por el tratado a proporcionar una traída de agua, que será propiedad de la Ciudad del Vaticano, construir a sus expensas una estación de ferrocarril con vía férrea que enlace con la línea de Viterbo y a garantizar a los vagones pontificios la libre circulación por toda la red italiana. Asimismo, y siempre en el plazo de un año desde la entrada en vigor del tratado, el Estado italiano proveerá a que la Ciudad del Vaticano esté en comunicación directa con los países extranjeros por los servicios postales, telegráficos, telefónicos, radiotelegráficos y radiotelefónicos. Tras haber regulado las relaciones con el exterior, el artículo 6 establece que se concertarán ulteriores acuerdos para dirigir, no sólo la circulación de los vehículos terrestres de la Ciudad del Vaticano en territorio italiano, sino también para fijar las disposiciones relativas a la navegación aérea. Se prohíbe volar sobre el territorio pontificio a los aviones italianos por el artículo 7, que determina las obligaciones del Estado para impedir que mejoras urbanas o construcciones emprendidas en la ciudad de Roma puedan causar algún perjuicio a la Ciudad del Vaticano. Mientras los artículos 3, 4, 5, 6 y 7 se refieren al estatuto territorial del Estado pontificio, los artículos 13, 14 y 15 atribuyen a la Santa Sede la plena propiedad de cierto número de iglesias, palacios y propiedades situados en territorio italiano, a los que se reconocen las inmunidades consagradas por el Derecho de gentes a las residencias diplomáticas de los Estados extranjeros. Esos inmuebles, que se benefician con el doble privilegio de la extraterritorialidad diplomática y de la exoneración fiscal, se enumeran en el anexo 2 del tratado. Otros inmuebles situados en la ciudad de Roma, cuya lista se incluye en el anexo 3, el artículo 16 los declara exentos de cualquier impuesto, directo e indirecto, aunque no gocen de la extraterritorialidad diplomática.

Las cláusulas territoriales del Tratado de Letrán reconocen al Sumo Pontífice la propiedad y jurisdicción soberana sobre el pequeño territorio de la Ciudad del Vaticano, declarado neutral e inviolable. Comparado con el territorio temporal de los Papas antes de 1870, éste parece muy minúsculo, mas



Pío XI (1922-1939). Fotografía



Firma de los Tratados de Letrán el 11 de febrero de 1929. Palacio de Letrán, Roma. El Presidente del Consejo, Benito Mussolini, rodeado de sus Ministros, relee el texto del Convenio. Sentado, el Cardenal Secretario de Estado, Gasparri. Fotografía

TRATTATO

FRA LA SANTA SEDE E L'ITALIA

Con quattro allegati

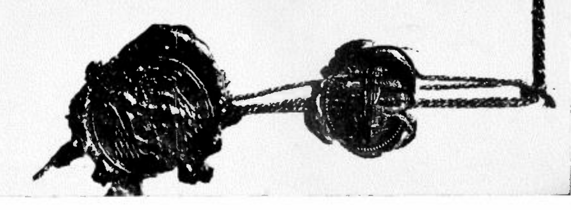
Pietro Card. Gasparri

Benito Mussolini

Roma, undici febbraio millenovecentoventinove.

Pietro Card. Gasparri

Benito Mussolini



Primera página (arriba) y última (abajo) del Tratado de Letrán, con las firmas de Mussolini y del Cardenal Gasparri y los sellos del Vaticano (centro) y de Italia (derecha). Fotografía



Pío XI, el Cardenal Secretario de Estado Pacelli (luego Pío XII) y el inventor G. Marconi inauguran la emisora de Radio Vaticano el 12 de febrero de 1931, en Roma. Fotografía

por confesión de Pío XI, basta para garantizar la independencia de la Santa Sede, procurándole un soporte material para su soberanía espiritual. Al reivindicar un territorio que le pertenece en plena propiedad y sometido a su jurisdicción soberana, el Papa no buscaba el Poder temporal para sí mismo; sólo tenía puesta la mira en salvaguardar su autoridad e independencia espirituales. Por lo cual Pío XI podía decir de su pequeño territorio: «este pedazo de tierra es, en realidad, inmenso, puesto que encierra tesoros únicos en el mundo, tesoros de ciencia y de arte, la Biblioteca vaticana, la columnata del Bernini, la cúpula de Miguel Ángel y el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles... Por otra parte, nos complace ver las cosas tal y como estaban en San Francisco: el mínimo de cuerpo para contener el máximo de espíritu, el territorio material reducido a tan mínimas proporciones que pueda y deba ser considerado como espiritualizado por el inmenso, sublime y realmente divino Poder espiritual al que está destinado a sostener».

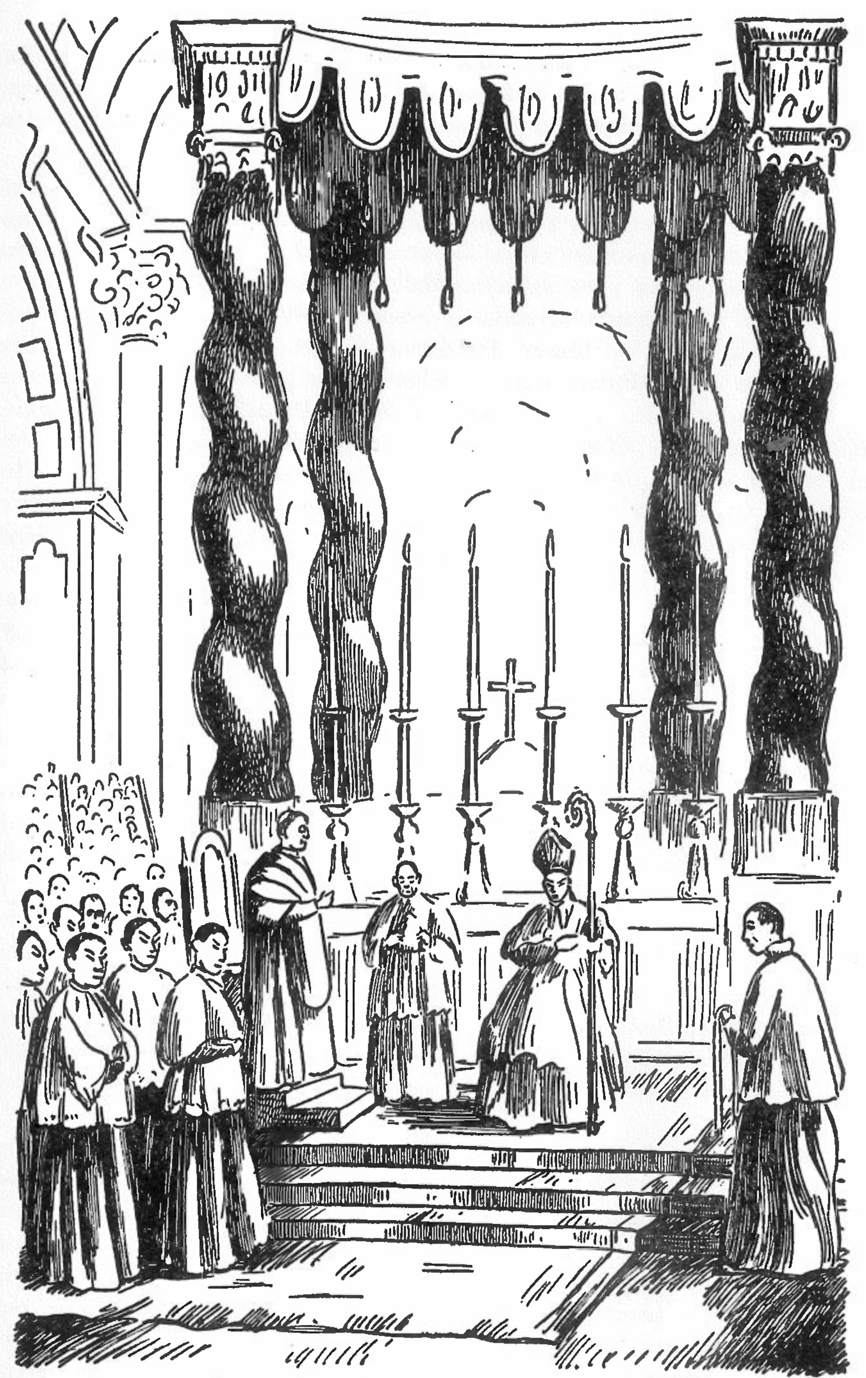
Tras haber fijado el estatuto territorial de la Ciudad del Vaticano, el Tratado de Letrán regula en los artículos 8, 9, 10 y 11 la condición de las personas. En primer lugar, se declara la persona del Papa sagrada e inviolable. El atentado, provocación a perpetrarle, las ofensas e injurias públicas efectuadas en el territorio italiano contra la persona del Papa son susceptibles de penalidades establecidas para los mismos actos cometidos contra la persona del Rey.

Una de las creaciones más curiosas e interesantes del tratado es la ciudadanía vaticana. El Estado pontificio comprende una población de unas mil personas, de las cuales ochocientas son ciudadanos y doscientas residentes. El artículo 9 regula la condición jurídica de estos ciudadanos. Todas las personas que tengan su domicilio en la Ciudad del Vaticano están sometidas a la soberanía de la Santa Sede, y poseen así un estatuto internacional distinto. La ciudadanía vaticana se adquiere por la residencia estable en la Ciudad del Vaticano y para los Cardenales en la ciudad de Roma. La residencia sólo es posible si la prescribe un texto legal o la autoridad competente. Si ocurriese que las personas dotadas de la nacionalidad vaticana abandonasen temporalmente el territorio pontificio, conservan su condición particular todo el tiempo mientras no abandonen su domicilio en la Ciudad del Vaticano. Las personas de origen italiano que se hacen ciudadanos de la Ciudad del Vaticano, pierden su nacionalidad primera. Si el súbdito no es italiano de origen, al convertirse en ciudadano del Vaticano adquiere la nacionalidad vaticana en lo concerniente a sus relaciones con Italia. El tratado entre la Santa Sede e Italia no regula, naturalmente, las relaciones de los súbditos no italianos convertidos en ciudadanos del Vaticano con sus países de origen. Éstos conservan, además de la nacionalidad vaticana, la primitiva, con relación a sus países de origen y, en consecuencia, gozan de doble nacionalidad. El Estado italiano exime del servicio militar, del jurado y de cualquiera otra prestación personal a los dignatarios de la Iglesia y a los miembros de la Corte pontificia que no disfrutan de la ciudadanía vaticana, pero figuren inscritos en una lista

a confeccionar anualmente y de consuno por las altas partes contratantes. Para completar las disposiciones precedentes, el artículo 11 decide que los órganos centrales de la Iglesia, que tengan su sede en el territorio italiano, están libres de toda injerencia por parte del Estado, así como de la conversión en lo referente a los inmuebles.

La situación internacional del Sumo Pontífice responde a la soberanía del Papa como Cabeza de la Iglesia Católica, y no en calidad de Soberano de la Ciudad del Vaticano. En efecto, las relaciones diplomáticas se mantuvieron entre la Santa Sede y numerosos Estados del antiguo y del nuevo mundo, incluso durante los sesenta años en los cuales el Papa ya no tenía ningún Poder temporal ni territorial. El artículo 12 del Tratado de Letrán toca los problemas de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con objeto de establecer las condiciones de hecho y de derecho que le garanticen una absoluta independencia en sus relaciones con las potencias extranjeras. Este artículo reconoce a la Santa Sede el derecho de legación activo y pasivo. El Gobierno italiano, por lo demás, no hace sino comprobar un hecho existente, puesto que durante la cautividad del Papa en el Vaticano nunca se interrumpió el intercambio de embajadas y legaciones entre la Santa Sede y numerosos Estados. Pero el artículo 12 estipula nuevas garantías para la absoluta independencia internacional de la Santa Sede. Italia se compromete a reconocer a los enviados de los Gobiernos extranjeros ante la Santa Sede las perrrogativas e inmunidades consagradas por el derecho de gentes, incluso en el caso de residir en territorio italiano y de no mantener los Estados que representan relaciones diplomáticas con Italia. Además —y esta disposición es de gran transcendencia para la libertad de acción del Papa, desde el punto de vista internacional— dicho artículo garantiza la libre correspondencia de la Santa Sede con todos los países extranjeros, aun cuando se encuentren en estado de guerra con Italia, así como el libre acceso de los Obispos de todo el mundo a la Sede Apostólica. Finalmente se decide que las altas partes contratantes establezcan entre sí relaciones diplomáticas normales, acreditando un Embajador italiano ante la Santa Sede y un Nuncio apostólico ante Italia, quien será el decano del Cuerpo Diplomático conforme a la costumbre internacional reconocida por el Acta Final del Congreso de Viena del 9 de junio de 1815.

Al restablecer así las relaciones con la Santa Sede, el Gobierno italiano reconoce, pues, oficialmente la condición internacional de independencia y de soberanía que pertenece por derecho al Jefe Supremo de la Iglesia. Otras disposiciones relativas a las relaciones diplomáticas del Papa con las potencias extranjeras están contenidas en los artículos 19, 20 y 24 del tratado. No se exigirá formalidad alguna por las autoridades italianas para los dignatarios eclesiásticos y agentes diplomáticos de la Santa Sede o acreditados ante la misma. Bastará con que estén provistos de un pasaporte pontificio en regla si vienen de la Ciudad del Vaticano y de un pasaporte de su país de origen visado por los representantes pontificios de ir al Vaticano. Las mercancías



Consagración de los primeros obispos asiáticos en la basílica de San Pedro, en Roma, el 26 de octubre de 1926. (Dibujo a pluma de F. Fay)

procedentes del exterior y destinadas a la Ciudad del Vaticano y a los Institutos y Oficinas de la Santa Sede, se declaran en el artículo 20 exentas de cualquier derecho de aduana o de consumos en su paso a través del territorio italiano.

El artículo 24 es de la más considerable importancia para la situación de la Santa Sede en materia de relaciones internacionales. Ésta declara ser ajena a las rivalidades temporales entre los otros Estados y a las reuniones internacionales convocadas para solucionarlas. La misión espiritual del Jefe de la Iglesia está ya bastante cargada de responsabilidades como para añadirle aún la preocupación de tomar decisiones en las disputas de las potencias seculares. Este abstencionismo frente a los litigios políticos que puedan surgir entre los Estados dota, por lo demás, al Sumo Pontífice, de un ascendiente moral y de una independencia espiritual muy grandes, los cuales le permitirán cumplir mejor que cualquier otro medio su tarea de pacificación. Efectivamente, el artículo 24 reserva al Papa el derecho a intervenir de modo eventual en un litigio temporal cuando las partes hagan «un llamamiento unánime a su misión de paz».

Los artículos 22 y 23 del tratado regulan diversos problemas de Derecho penal e internacional. Se capacita a las autoridades italianas, en virtud de una delegación permanente particular en cada caso, para perseguir y juzgar los delitos cometidos en territorio pontificio. Si el autor del crimen se refugiase en Italia, las autoridades del reino procederán, sin más formalidad, según las leyes italianas. Las personas que cometieran en territorio italiano actos punibles a tenor de las leyes italianas y vaticanas y se hubiesen refugiado en la Ciudad del Vaticano, serán entregadas por los agentes pontificios a las autoridades italianas. En cuanto a las sentencias dictadas por los tribunales de la Ciudad del Vaticano, se ejecutarán en territorio italiano conforme a las normas y costumbres del Derecho internacional tocantes a la ejecución de los juicios extranjeros. Las sentencias y medidas promulgadas por las autoridades eclesiásticas relativas a eclesiásticos y religiosos, y que afecten a materias espirituales y disciplinarias, gozarán en territorio italiano de plena eficacia jurídica con todos los efectos civiles, a condición de que el Poder eclesiástico lo comunique oficialmente a las autoridades seculares competentes para recibir notificación.

La liquidación de créditos de la Santa Sede con Italia constituye el tema del artículo 25, que prevé la conclusión de un *Convenio económico* que forma el anexo número 4 del tratado. A tenor de este convenio, Italia se compromete a abonar al Tesoro pontificio, desde el intercambio de instrumentos de ratificación, la suma de setecientos cincuenta millones de liras, y a entregarle al mismo tiempo títulos de renta consolidados al 5 por 100, al portador, por el valor nominal de un millar de millones de liras. El preámbulo al acuerdo financiero advierte atinadamente que esas cantidades son muy inferiores al valor de las confiscaciones territoriales cuya víctima fue el Papado cuando

la caída del Poder temporal, e incluso al valor de lo que habría debido pagar Italia en virtud de la ley de garantías del 13 de mayo de 1871.

Por el artículo 26, el Sumo Pontífice reconoce que en adelante gozará de las garantías e inmunidades indispensables para atender «con la libertad e independencia necesarias al Gobierno pastoral de la diócesis de Roma y de la Iglesia Católica en Italia y en el mundo». Sigue la declaración histórica que confiere al tratado una importancia tan considerable: El Papa «declara definitiva e irrevocablemente resuelta y eliminada la *Cuestión Romana* y reconoce al Reino de Italia bajo la dinastía de la Casa de Saboya, con Roma por capital. Por su parte, Italia reconoce al Estado de la Ciudad del Vaticano bajo la Soberanía del Sumo Pontífice. Se abroga la ley de mayo de 1871, número 214, así como toda otra disposición contraria al presente tratado».

El artículo 27, último del tratado, que sigue al texto anterior, de transcendencia decisiva, se refiere al intercambio de ratificaciones. Establece que el tratado será sometido, en un plazo de cuatro meses después de su firma, a la ratificación del Sumo Pontífice y del Rey de Italia, y «entrará en vigor en el mismo momento del intercambio de ratificaciones». El intercambio de instrumentos de ratificación se celebró el 7 de junio de 1929 en el Vaticano, gracias al espíritu de conciliación de la Santa Sede, con la solución esperada tanto tiempo de la *Cuestión Romana.*

El concordato anexionado al tratado político, y al que va unido así indefectiblemente, tiene por objeto regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado italiano. Italia se compromete a garantizar a la Iglesia «el libre ejercicio del culto, así como de la jurisdicción en materia eclesiástica», conforme a las normas del concordato. Lejos de limitarse a entorpecer el ministerio espiritual, el Gobierno civil promete, además, al Poder eclesiástico allí donde fuere necesario, ayuda y colaboración para el cumplimiento de su misión.

El concordato contiene disposiciones destinadas a garantizar la independencia de la Iglesia, determina las exenciones de que se beneficiarán los Ministros católicos, prevé el modo como se efectuarán los nombramientos de los Obispos, regula la situación de las Órdenes y congregaciones religiosas y fija, por último, las condiciones de la enseñanza religiosa en las escuelas.

El Gobierno italiano garantiza a la Santa Sede la libertad de comunicarse y corresponderse sin injerencia alguna del Poder civil con los Obispos, el clero y todo el mundo católico. A los clérigos ordenados *in sacris* y a los religiosos que hayan pronunciado votos se los declara exentos del servicio militar. Por otra parte, el concordato atiende a la organización del servicio de capellanes castrenses para las fuerzas armadas. Estipula que ningún eclesiástico puede ser llamado a un empleo o cargo público sin permiso del Ordinario diocesano, y excluye la creación de cualquier impuesto especial a cuenta de los bienes de la Iglesia. La elección y nominación de los Arzobispos y Obispos corresponde, a tenor del artículo 19, a la Santa Sede, que se pondrá en contacto con el Gobierno para cerciorarse de que éste no tiene motivos de carácter político contra el nombramiento. En lo concer-

niente al matrimonio, el Estado italiano reconoce al sacramento del matrimonio regulado por el Derecho canónico los efectos civiles, con tal de que el párroco asistente envíe una copia de la partida al municipio para su transcripción en el registro civil. La enseñanza de la doctrina cristiana, reconocida por el Gobierno italiano en el artículo 36 del concordato como el fundamento y coronación de la instrucción pública, se confía en las escuelas primarias y secundarias a sacerdotes o religiosos aprobados por la autoridad eclesiástica, o a profesores seglares que han de estar provistos de un certificado de capacidad expedido por el Ordinario diocesano.

Los acuerdos de Letrán solucionaron adecuadamente el problema de la independencia de la Santa Sede, adjudicándole un territorio como soporte material de su autoridad espiritual, «puesto que una soberanía territorial es la condición reconocida universalmente como indispensable a toda verdadera soberanía de jurisdicción» (1), recibieron un espaldarazo internacional antes de firmarlos. Las misiones diplomáticas acreditadas ante la Santa Sede por las potencias temporales fueron invitadas —como dijimos— al Vaticano por el Cardenal Gasparri, Secretario de Estado del Papa Pío XI, quien les comunicó la noticia del arreglo amistoso y satisfactorio de la *Cuestión Romana.* El 9 de marzo siguiente, el mismo Cuerpo Diplomático recibido en solemne audiencia por el Sumo Pontífice vino a dar las gracias al Padre Santo por la comunicación del 7 de febrero y a felicitarle por la conclusión de los acuerdos de Letrán, levantando acta en la memorable circunstancia, en nombre de la comunidad internacional, del nuevo estatuto temporal del Papado soberano y de la regulación de las relaciones con el reino de Italia.

Si bien su territorio se reducía a muy modestas proporciones, el Papado salía victorioso y engrandecido de las pruebas atravesadas desde 1870. El deseo de Pío XI y de sus predecesores se cumplió: gracias al espíritu conciliador del Sumo Pontífice y del Gobierno italiano, la solución dada a la *Cuestión Romana* por los pactos de Letrán garantizaba a la Santa Sede la independencia necesaria al cumplimiento de su misión espiritual; garantizaba la paz, al mismo tiempo que no se apartaba en nada de la justicia. La paz y la justicia se abrazaron...

Mas la tendencia *totalitaria* del régimen fascista terminó por no transigir «con la libre existencia de todo un conjunto de instituciones que ejercían sobre sus propios miembros una notable influencia moral y psicológica en una zona de actividad en la que el régimen quería ejercer más su dominio soberano sobre el pueblo, la *élite,* la juventud y el alma nacional» (2). Si en lo tocante al estatuto internacional de la Ciudad del Vaticano no podríamos censurar en modo alguno al Estado italiano, no ocurría lo mismo en el terreno de la Acción Católica y de las obras juveniles. A veces se veían estallar las pasiones mal reprimidas de las facciones anticlericales, de resabio garibaldino,

---

(1) Discurso de Pío XI al día siguiente de firmar los Pactos de Letrán.

(2) Y. de la Brière, *Études,* 5 de febrero de 1939, pág. 389.

que la sabiduría política de los gobernantes del Estado no lograba siempre calmar. A veces también los dirigentes afanosos por no enajenarse esta clientela turbulenta, a menudo brutal, transparentaban irritación o impaciencia contra la Acción Católica. En 1931 se produjeron violentas escenas con la complicidad del Estado o, más bien, del partido.

Dieron al Papa la oportunidad para la memorable encíclica del 29 de junio de 1931, *Non abiamo bisogno* («No necesitamos enseñaros...»), contra la concepción *totalitaria* de los derechos y papel del Estado. «Concepción difundida por el fascismo, pero que no inventó él, que le es común, no sólo con el nazismo —aun no dueño del poder en Alemania—, sino también con el bolchevismo, jacobinismo y con las demás ideologías estatolátricas» (2). Del documento pontificio se infería a todas luces que el acuerdo se hacía imposible entre la Iglesia Católica y un Estado *totalitario,* a menos que éste, por un acertado ilogismo, se moderase a sí propio.

Una nueva complicación se produjo en 1938, cuando la política del Eje Roma-Berlín introdujo allende los montes la propaganda del racismo alemán e hizo que Italia abrazase como doctrina oficial una interpretación un tanto mitigada, por lo demás, de la ideología racista de la Alemania hitleriana. Pronto surgieron dificultades en el terreno de la Acción Católica y de las obras juveniles. Más todavía: la nueva legislación fascista pretendió prohibir y anular todo matrimonio entre un cónyuge *ario* y otro *no ario,* incluso bautizado. Era una manifiesta violación del artículo 34 del concordato de Letrán. La Santa Sede protestó, pero en vano, y por la meritoria sugerencia del Rey fue como el reglamento interpretativo de la legislación *aria* mitigó esencialmente las abusivas exigencias del Estado fascista, harto dócil imitador de su nuevo aliado. El procedimiento fue muy complicado, pero al menos abandonó la pretensión de prohibir e invalidar civilmente un matrimonio canónicamente válido y lícito ante la Iglesia.

CONCORDATOS Y ENCÍCLICAS

Entretanto, el Papa había condenado el racismo y el comunismo. Antes de exponer estas encíclicas, no podríamos dejar de mencionar que el concordato italiano de 1929 constituye la pieza clave de todo un *Derecho concordatorio* elaborado durante el Pontificado de Pío XI. Casi todos los pactos concertados entre la Iglesia y el Estado resultan de las transformaciones territoriales y políticas de Europa tras la guerra 1914-1918 y los tratados de 1919 y 1920. El Código de Derecho canónico elaborado bajo Pío X y Benedicto XV introdujo, por vía concordataria, varias reglas eclesiásticas que tenía en la legislación secular de cierto número de Estados del mundo contemporáneo. ¿Quién hubiera concebido diez años antes un evento de tamaña transcendencia cuando

(1) Ibíd., pág. 390.

la evolución general de las instituciones caminaba en una dirección completamente opuesta? Los Estados signatarios de semejantes acuerdos fueron Letonia en 1922, Polonia en 1925, Lituania en 1927, Rumania en 1927, Checoslovaquia en 1928, Yugoslavia en 1935, Baviera en 1924, Baden en 1932, el Reich alemán en 1933, Austria en 1933-1934, Ecuador en 1937. Francia en 1926, para el Próximo Oriente, y Portugal en 1928, para las Indias Orientales, firmaron pactos inspirados en idéntico espíritu. Otro acuerdo fue concertado desde 1923 entre la Santa Sede y el Gobierno francés referente al estatuto legal de la propiedad eclesiástica mediante las asociaciones diocesanas. Completaba el arreglo que medió, bajo Benedicto XV, al día siguiente de restablecerse las relaciones diplomáticas entre Francia y el Vaticano. El 13 de diciembre de 1923 el Consejo de Estado publicaba un aviso oficial declarando que el texto de los estatutos de asociaciones diocesanas era compatible con la legislación francesa. El 24 de enero de 1924 Pío XI promulgaba la encíclica *Maximam gravissimamque*, en la que, tras haber condenado otra vez las leyes laicas, reconocía el carácter canónico de las asociaciones diocesanas y autorizaba a los Obispos y a los fieles de Francia a constituir tales asociaciones.

Antes de decretar la condena del totalitarismo fascista, Pío XI pronunció su veredicto sobre la *Acción Francesa* y, a raíz de su encíclica *Non abiamo bisogno*, condenó con igual energía al racismo y al comunismo. Se remonta a Pío X —como se recordará— el principio de la condena, en 1914, de las doctrinas de Charles Maurras y de su escuela. La guerra desencadenada algunos meses después no permitió a Benedicto XV continuar el asunto. Pío XI reanudó su estudio y luego consideró llegada la hora de intervenir. El 5 de septiembre de 1926 aprobó una carta del Cardenal Andrieu, Arzobispo de Burdeos, en la que denunciaba en líneas generales los errores doctrinales de la *Acción Francesa*. Era una primera alerta que habrían debido comprender los dirigentes del movimiento. Persistieron, y entonces se produjo la solemne alocución consistorial del 20 de diciembre de 1926. Finalmente, al orgulloso *non possumus* de los campeones del nacionalismo integral, el Padre Santo respondió en una condenación en forma impuesta a los dirigentes ateos o agnósticos del movimiento, luego a los miembros de la Liga y a los lectores del periódico. «Terminamos allí donde Pío X comenzó», concluye el Sumo Pontífice. ¿No debía condenar Roma un sistema religioso, moral y político que pretende reconstituir el Estado según datos contrarios a los principios del orden cristiano?

El mundo tuvo nuevas pruebas de esto cuando en el mes de marzo de 1937, Pío XI, curado de una enfermedad grave de varios meses, que dio origen a las mayores angustias por su persona, condenó la ideología nazi y el comunismo ateo. *Mit Brennender Sorge* («Con viva inquietud»), son las palabras con las que comienza la encíclica del 14 de marzo de 1937 sobre las pruebas de la Iglesia Católica en Alemania. La Pascua de 1937 es la Pascua de tres encíclicas: la del racismo germánico y neopagano, la del comunismo cosmopolita y ateo, la de la persecución religiosa en Méjico. «De vigorosa concepción,

de admirable trabazón, las tres encíclicas de la Pascua de 1937, obras de un anciano en lucha con la muerte, caracterizan en gran parte el genio de Pío XI y la acción de su Pontificado» (1). Para rectificar las aberraciones del racismo hitleriano, el Padre Santo opuso a los ídolos y falsos dioses la auténtica creencia en un solo Dios verdadero, en Cristo, la Iglesia y el Primado romano. Rechazaba el abuso de términos sagrados cuya significación desfigura, pérfidamente, la mitología racial, atribuyéndoles una acepción «naturista, naturalista y sacrílega»: revelación, fe, inmortalidad, redención, gracia, así como desnaturaliza los conceptos tradicionales de la moral y del deber.

El pensamiento pontificio reivindicaba al mismo tiempo brillantemente «el valor del Derecho natural al fundar el Estado, la ley y todo el orden social en las exigencias auténticas de la naturaleza razonable, naturaleza del hombre y de las cosas, que reflejan la intención cierta y soberana del Creador. Contra el mito de la sangre y de la raza, el Papa defendía no sólo la revelación sobrenatural, sino que atestiguaba decisivamente en favor de la razón natural, la libertad y la dignidad de la persona humana» (2).

La encíclica *Divini Redemptoris* —19 de marzo de 1937— pronunció la sentencia de la Iglesia Católica sobre el comunismo ateo, doctrina de los *sin Dios.* Es una obra maestra. «Acerca de las responsabilidades contraídas en el avance del comunismo, a cada uno le dice las verdades, como siempre: tanto a los patronos como a los obreros, al liberalismo como al socialismo», con una independencia e imparcialidad dignas de la Cátedra Apostólica. La encíclica completa, incluso otra, que analizaremos más tarde en atención a su inmensa transcendencia social: *Quadragesimo Anno,* desarrollando la justicia conmutativa y la retribución del trabajo. El Papa subraya sobre todo con energía que la reprobación del comunismo no obedece a causas accidentales, sino que por su naturaleza es antirreligioso, intrínsecamente perverso, y que los católicos no pueden colaborar con él.

El año 1937 fue, por doble motivo, como el apogeo del Pontificado. Trajo la curación tras prolongada enfermedad del Sumo Pontífice, quien pudo presidir el día de Pascua —28 de marzo— en San Pedro la admirable liturgia de la función pontificia. Fueron también las inolvidables fiestas de Lisieux para consagrar la basílica de *Santa Teresita del Niño Jesús.* Pío XI profesaba una especialísima veneración a la santita carmelitana francesa. El 29 de abril de 1923 la declaró beata, diciendo: «La hemos invocado como nuestra Patrona y Abogada por esa *lluvia de rosas* que no cesa de derramar sobre los hombres.» El 17 de mayo de 1925 el Padre Santo presidía las fiestas de la canonización —cuatro días antes de la de San Pedro Canisio— y, en diciembre de 1936, durante su enfermedad, el Papa, alzando la mirada a la imagen de la Santa, exclamó: «¡Ella es nuestro médico!» En Lisieux, el Cardenal Charost,

(1) Y. de la Brière, último artículo citado, págs. 578-579.
(2) Ibíd., págs. 591-592.

legado del Papa, puso, el 30 de septiembre, la primera piedra de una basílica. En 1937 estaba terminada y Pío XI envió a Lisieux al Cardenal Pacelli, Secretario de Estado, como legado suyo. Fue recibido por el Gobierno de la República con los honores otorgados a los Soberanos. El anticlericalismo reinante desde hacía tiempo había caído decididamente en un innegable descrédito, incluso bajo el régimen del Frente Popular. La política religiosa en Francia, en los días de Pío XI fue, indiscutiblemente, mejor de lo que habría sido justo esperar.

Entre las encíclicas del Papa de Santa Teresita del Niño Jesús, hay tres que merecen superior mención considerada su importancia capital como documentos doctrinales del Pontificado. Se trata de la encíclica *Divini illius Magistri* —31 de diciembre de 1929—, sobre la educación seguida a un año de distancia —31 de diciembre de 1930— de la que lleva por título *Casti connubii,* sobre los derechos y deberes de los esposos cristianos. Por último, en el cuarenta aniversario de la *Rerum Novarum,* la encíclica *Quadragesimo Anno* —15 de mayo de 1931— sobre un orden económico cristiano, que analizaremos de forma algo más pormenorizada.

La primera, que tiene por objeto la educación cristiana de la juventud, es un verdadero código de los deberes de la conciencia católica en las cuestiones escolares. Todos los problemas tocantes al papel de la familia, del Estado, de la escuela católica —interconfesional o neutra—, las escabrosas cuestiones del naturalismo pedagógico o de la coeducación, se exponen en ella con una riqueza y profundidad de miras que no dan lugar a ningún equívoco. «El fin propio de la educación cristiana —escribe el Sumo Pontífice— es concurrir a la acción de la gracia divina en la formación del verdadero y perfecto cristiano, es decir, en la formación del mismo Cristo en los hombres regenerados por el bautismo.» La educación cristiana hace un hombre completo, el cual, «lejos de renunciar a las obras de la vida terrena y disminuir sus facultades naturales, las desarrolla y perfecciona coordenándolas con la vida sobrenatural, de suerte que ennoblece la misma vida natural y le proporciona una ayuda más eficaz, no sólo en las cosas espirituales y eternas, sino también en las materiales y temporales».

La segunda, sobre el matrimonio cristiano, plantea y resuelve los más delicados problemas, «en los que hartos sofismas complacientes tratan de evitar el justo rigor» de las determinaciones explícitas de la moral cristiana (1). El Padre Santo expone la doctrina de la Iglesia sobre el carácter sagrado del matrimonio y su indisolubilidad, el divorcio, la disciplina de las relaciones conyugales, el eugenismo, los atentados contra la vida naciente, la responsabilidad de los confesores y de los médicos, la emancipación de la mujer, así como de las garantías legislativas y sociales que han de hacer posibles la fecundidad del hogar y, por lo menos, tolerable la condición de las familias numerosas.

---

(1) Último artículo citado del padre Y. de la Brière, pág. 590.

La misma franqueza y vigor hallaremos en la encíclica *Quadragesimo Anno*, que la candente cuestión social, en el momento de su publicación, y en el que nosotros escribimos, nos determina a exponer con cierta amplitud.

LA ENCÍCLICA «QUADRAGESIMO ANNO»

La encíclica *Quadragesimo Anno* se publicó el 15 de mayo de 1931 con ocasión del cuarenta aniversario de la *Rerum Novarum*, la carta magistral de León XIII sobre la condición de los obreros, cuando el mundo católico conmemora brillante y entusiásticamente este documento tan importante en la historia de la doctrina social de la Iglesia. Preparada por los trabajos de los católicos sociales y por otras cartas de León XIII, la *Rerum Novarum* dio «a la humanidad directrices muy seguras para resolver los difíciles problemas que plantea la vida en sociedad» (1), indicando los medios de levantar a la clase obrera y de mejorar su suerte. Como afirma Pío XI, la *Rerum Novarum* es «la Carta Magna en la que debe fundarse toda actividad cristiana en cosas sociales». Sin embargo, en el espacio de cuarenta años habían evolucionado las condiciones económicas; por lo cual, sin dejar de repetir con impresionante modestia que su doctrina no sustituye a la de León XIII, sino que la completa solamente en ciertos aspectos, Pío XI, en la *Quadragesimo Anno*, puntualiza, desarrolla y adapta a las nuevas circunstancias la doctrina de su predecesor. El tema de la encíclica de Pío XI es, además, de mayor amplitud que el abordado por León XIII. Mientras la *Rerum Novarum* estudia uno de los principales aspectos de la cuestión social, la condición de los obreros, la *Quadragesimo Anno*, como lo indica su título, abarca toda cuestión social y se refiere a «la restauración del orden social en plena conformidad con los preceptos del Evangelio». Pío XI creyó deber suyo ampliar el planteamiento del problema. En apoyo de este modo de proceder, declara: «Pero el régimen económico *capitalista* se ha extendido muchísimo por todas partes, después de publicada la encíclica de León XIII, a medida que se extendía por todo el mundo el industrialismo; tanto, que ha llegado a invadir y penetrar hasta en las condiciones económicas y sociales de quienes se encuentran fuera de su esfera de acción, comunicándoles así las ventajas como las desventajas y deficiencias propias, y estampando en ellas su propio carácter. Así, pues, cuando invitamos a estudiar las transformaciones que el orden económico capitalista ha experimentado desde el tiempo de León XIII, no sólo nos fijamos en el bien de los que habitan en los países dominados por el capital y la industria, sino en el de todos los hombres.»

Al leer la encíclica *Quadragesimo Anno*, descubrimos al antiguo bibliotecario que gusta de la precisión, de las explicaciones metódicas y de los libros

(1) Todas las citas sin referencia están tomadas de la encíclica *Quadragesimo Anno*, Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, edic. A. C. E., Madrid, 1955. *(N. del T.)*

provistos de un índice detallado y sistemático. Luego de haber recordado las circunstancias que motivaron la publicación de la *Rerum Novarum*, cuyo aniversario celebraba el mundo católico, Pío XI resume su doctrina en una poderosa síntesis, a continuación indica los tres temas que tratará en los tres capítulos de su carta: «Creemos oportuno aprovechar la ocasión para recordar los grandes bienes que de ella (la *Rerum Novarum*) brotaron en favor de la Iglesia Católica y aun de la sociedad humana; para defender la doctrina social y económica de tan gran maestro contra algunas dudas y desarrollarla más en algunos puntos; por fin, para descubrir, tras un diligente examen del moderno régimen económico y del socialismo, la raíz de la presente perturbación social y mostrar al mismo tiempo el único camino de salvadora restauración, o sea la reforma cristiana de las costumbres. Todas estas cosas, que nos proponemos tratar, constituirán los tres puntos cuyo desarrollo ocupará toda la presente encíclica.»

Se compendian los frutos de la *Rerum Novarum* en tres capítulos correspondientes a los tres principales remedios preconizados por León XIII para restaurar el orden social: la acción de la Iglesia, la intervención del Estado y la acción de los mismos interesados agrupados en asociaciones profesionales. La Iglesia, por boca de León XIII y de sus sucesores, no ha cesado de predicar la doctrina social y económica de la *Rerum Novarum* y de recomendar su aplicación, al mismo tiempo que defendían con especial solicitud a los pobres y débiles. Los Obispos, por su parte, interpretaron esta misma doctrina adaptándola a las condiciones de los diversos países, en tanto que bajo la dirección de la jerarquía eclesiástica, hombres de ciencia, sacerdotes y seglares prosiguieron sus investigaciones para «aplicar a necesidades nuevas los principios inmutables de la doctrina de la Iglesia». «Así nació bajo los auspicios y a la luz de la encíclica de León XIII una ciencia social católica que creció y se enriqueció cada día más.» La doctrina de la Iglesia ha terminado por penetrar insensiblemente en esos mismos que no reconocían su autoridad, si bien «los principios del catolicismo en las cosas sociales se han convertido paulatinamente en patrimonio común de la humanidad». A este propósito Pío XI subraya que, después de la guerra mundial de 1914-1918, los estadistas de las principales potencias que «trataron de consolidar la paz con una profunda reforma de las condiciones sociales», adoptaron gran número de disposiciones «tan acordes con los principios y directrices de León XIII, que se diría las han copiado expresamente». En el terreno de las aplicaciones, la Iglesia, por mediación de los miembros del clero, se consagró a promover a los obreros que no habían conseguido aún en la sociedad un puesto equitativo y estaban abandonados. En un esfuerzo perseverante con miras a penetrarlos de espíritu cristiano, la *Rerum Novarum* «contribuyó a que recabaran conciencia de su verdadera dignidad, a ilustrarlos sobre los derechos y deberes de su clase» y prestó su colaboración en la fundación de nuevas asociaciones de ayuda y colaboración mutuas dirigidas con frecuencia por sacerdotes.

Pasando luego a la intervención del Estado en el terreno económico desde la publicación de la *Rerum Novarum*, el autor de la *Quadragesimo Anno* recuerda que León XIII, traspasando audazmente las barreras entre las cuales el liberalismo había intentado confinar el papel de los Poderes públicos, no temía enseñar que «el Estado no es sólo el custodio del orden y del Derecho, sino que debe trabajar enérgicamente para que la totalidad de las leyes e instituciones, la constitución y administración de la sociedad procuren naturalmente la prosperidad así pública como privada». Merced al llamamiento lanzado por León XIII, los estadistas ejercieron una amplia y comprensiva política social y se dictaron leyes protectoras del trabajo. Si estas disposiciones no siempre están en perfecto acuerdo con las normas de la encíclica *Rerum Novarum*, en ellas, con todo, solemos percibir el eco de los principios manifestados por ella, y a cuya influencia podemos atribuir, en gran parte, la mejora de la condición de las clases trabajadoras.

El tercer remedio indicado por León XIII para restaurar el orden social era la acción de los mismos interesados. El sabio Pontífice había demostrado «que los patronos y obreros podían contribuir a resolver la cuestión social con todas las obras aptas para remediar la indigencia y acercar a las dos clases». Preconizaba la fundación de asociaciones compuestas ya sólo de obreros o que reuniesen patronos y obreros a la vez. Venciendo la oposición que hallaban esos grupos ante los Gobiernos imbuidos de liberalismo, las directrices de León XIII animaron a los trabajadores cristianos a crear organizaciones profesionales cristianas, las cuales, amén de la defensa de los intereses económicos y sociales, tendiesen el perfeccionamiento moral y religioso de sus miembros. Los principios de la *Rerum Novarum* se cumplieron de diversas maneras, según los lugares y circunstancias. «En ciertas regiones una sola y misma asociación se propuso lograr todos los objetivos señalados por el Pontífice.» En otras se confió a grupos especiales el cuidado de defender en el mercado de trabajo los derechos de los asociados; en algunas, la tarea de organizar la ayuda y colaboración mutuas, mientras en unas terceras, por último, se consagraban únicamente a las necesidades religiosas y morales de sus miembros. En ciertos casos en que la fundación de sindicatos católicos era imposible, obreros católicos con permiso de sus Obispos se afiliaron a sindicatos neutros y se esforzaron por insuflarles el espíritu cristiano. Paralelamente a las organizaciones obreras, nacieron grupos entre los agricultores y clases medias, en tanto que, desgraciadamente, dificultades muy grandes impidieron a menudo la creación de asociaciones patronales.

Al concluir esta primera parte de su encíclica, en la que esbozó a grandes rasgos los beneficios debidos a la *Rerum Novarum*, eterno documento que constituye el fundamento de toda actividad cristiana en materia social, Pío XI observa que, con el tiempo, surgieron dudas sobre la legítima interpretación de ciertos principios deducidos por León XIII o sobre las consecuencias a sacar de ellos. Los cambios ocurridos en la situación exigen explicaciones y complementos. El segundo y tercer capítulos de la *Quadragesimo Anno* estarán dedi-

cados a responder «en lo posible a esas dudas y a las cuestiones que se plantean actualmente».

Antes de pronunciarse sobre las diversas interpretaciones de ciertos pasajes de la encíclica *Rerum Novarum* o dar nuevas directrices, exigidas por la evolución de las condiciones economicosociales, Pío XI tiene empeño en definir, en perfecto acuerdo con la doctrina de sus predecesores, la razón de su intervención. Si la Iglesia «no se reconoce el derecho de inmiscuirse sin razón en la dirección de los negocios temporales» (1), tiene el derecho y el deber, igualmente, de pronunciarse con soberana autoridad sobre los problemas economicosociales, pues la ciencia económica, si bien depende en su esfera de principios y métodos propios, está subordinada a la ley moral. Ahora bien, incumbe a la Iglesia «promulgar, interpretar y predicar la ley moral», que manda y armoniza todas las actividades del hombre en consideración a su fin último, Dios «Soberano e inagotable Bien». En esta subordinación lógica de todas las actividades humanas a la ley moral, la Iglesia funda su derecho a intervenir en materia de economía social. Si se quiere instaurar un orden económico justo y estable, es necesario respetar semejante jerarquía de valores. Del fiel cumplimiento de la ley moral «resultará que todos los fines particulares que se persiguen en el terreno económico, ya por los individuos, ya por la sociedad, se armonizarán perfectamente en el origen universal de los fines» y ayudarán eficazmente a los hombres a llegar, «como por grados, al término de todas las cosas: Dios».

Abordando en detalle las cuestiones que se propone tratar, el Sumo Pontífice comienza por el derecho de propiedad y recuerda con cuánta energía León XIII «se erigió en defensor de la propiedad privada contra los errores socialistas, demostrando que la supresión de la propiedad privada habría de redundar, no en utilidad, sino en daño extremo de la clase obrera. Pero no faltaron quienes con la más injuriosa de las calumnias afirman que el Sumo Pontífice, y aun la misma Iglesia, se puso y continúa de parte de los ricos contra los proletarios, y como no todos los católicos están de acuerdo sobre el verdadero y auténtico sentir de León XIII, Pío XI reitera la cuestión «para rebatir las calumnias contra su doctrina, que es la católica en esta materia, y defenderla de falsas interpretaciones». Subraya el doble carácter individual y social del derecho de propiedad privada que los hombres han recibido de la naturaleza y, por tanto, del Creador, «para que cada uno pueda proveer a su subsistencia y a la de los suyos, así como para que, gracias a esta institución, los bienes puestos por el Creador a disposición de la humanidad cumplan efectivamente su cometido»: servir al mismo tiempo al bien común. De aquí se deduce el deber de respetar la propiedad privada ajena, pero también la obligación del propietario de hacer de sus bienes un uso conforme al interés general. El Estado a regular el uso del derecho de propiedad y a conciliarle con las exigencias del bien común. Los títulos originarios que justifican la

(1) Encíclica de Pío XI del 23 de diciembre de 1922, *Ubi Arcano.*

adquisición de la propiedad, son: la ocupación de una cosa sin dueño y el trabajo transformador de la materia.

En cuanto al trabajo contratado para otro y aplicado a la cosa suya, no confiere un derecho de propiedad sobre el objeto resultante de ese trabajo, sino el derecho a una remuneración justa. «Salvo el caso en que alguno dedicase su esfuerzo a un objeto de su pertenencia, el trabajo de uno y el capital del otro han de asociarse.» Pero en tal caso hay que garantizar una justa distribución, entre el capital y el trabajo, del producto de su colaboración: remuneración equitativa del capital, salario suficiente del obrero para que pueda vivir de modo humano y asegurar la subsistencia de los suyos. Gracias a este sistema se alcanzará, respetando las normas de la justicia social, una distribución equitativa de las riquezas que promoverá al proletariado haciendo posible su acceso a la propiedad. El pauperismo y la miseria que todavía reinan hoy desaparecerán el día en que los bienes de este mundo se distribuyan conforme a los preceptos de la justicia y de la caridad que predica la Iglesia.

Esta mejora de la suerte de los obreros sólo será una realidad cuando, al percibir un salario justo y equitativo, se los ponga en situación de formar con su industria y ahorro un modesto caudal. Al subrayar que el trabajo efectuado por el obrero presenta un doble aspecto, individual y social a la vez, Pío XI señala los puntos que han de considerarse en la fijación del justo salario: la subsistencia del obrero y la de su familia, la situación de la empresa y las exigencias del bien común. «Al obrero se le debe dar una remuneración que sea, en verdad, suficiente para su propia sustentación y para la de su familia.» Con todo, habrá de tenerse en cuenta, asimismo, en la determinación de los salarios, las necesidades de la empresa y las de los responsables. «Sería injusto pedir salarios desmedidos, que la empresa sin grave ruina propia y, por tanto, de los obreros, no pudiera soportar.» Sin embargo, «no debe reputarse causa legítima para disminuir a los obreros el salario si la ganancia menor es debida a la incapacidad, pereza o descuido en atender al progreso técnico y económico». La fijación del justo salario se inspirará, además, en las necesidades de la economía general. Efectivamente, hay que garantizar «a los que pueden y deben trabajar la posibilidad de emplear sus fuerzas». Ahora bien, esta posibilidad depende, en gran medida, de la cuantía de los salarios. Un nivel demasiado bajo o excesivamente alto de salarios produce también el paro; por lo cual se han de respetar las exigencias del bien común en esta materia.

Para completar la restauración del orden social iniciado por la Iglesia sobre la base de una justa noción del derecho de propiedad y de una distribución equitativa de los bienes de este mundo, Pío XI pide que, para acabar con el conflicto que divide a las clases, se restablezcan las corporaciones profesionales, que facilitarán una fecunda colaboración entre patronos y obreros. «El orden, como egregiamente dice el Doctor Angélico, es la unidad resultante de la conveniente disposición de muchas cosas; por esto el verdadero y genuino orden social requiere que los diversos miembros de la sociedad se junten en uno con algún vínculo firme. Esta fuerza de cohesión se encuentra, ya en los mismos

bienes que se producen o en los servicios que se prestan, en lo cual, de común acuerdo, trabajan patronos y obreros de una misma *profesión*, ya en aquel bien común a que todas las *profesiones* juntas, cada una por su parte, admirablemente deben concurrir.»

El orden social fundado en las organizaciones profesionales no podría llevarse a cabo en la anarquía de una competencia sin límites. La economía necesita un principio rector, que ha de buscarse en la justicia y en la caridad. «Por tanto, las instituciones públicas y toda la vida social de los pueblos han de ser informados por esa justicia; es conveniente y muy necesario que ésta sea verdaderamente eficaz, o sea que dé vida a todo el orden jurídico y social y la economía quede como imbuida de ella. La caridad social debe ser como el alma de ese orden; la autoridad pública no deberá desmayar en la tutela y defensa eficaz del mismo.» Este sistema económico-social informado por la justicia y la caridad comportará, para mayor bien de la humanidad, una venturosa y benéfica colaboración económica internacional.

Tras haber expuesto en la segunda parte de su encíclica la doctrina social de la Iglesia, la única que permite establecer un orden que proporciona a cada hombre los medios necesarios para alcanzar su fin, Pío XI procede en el tercer capítulo a estudiar los cambios ocurridos después de León XIII. En primer lugar, el régimen económico se ha transformado. La concurrencia mata a la concurrencia, y la dictadura de algunos, unidos por intereses, ha sustituido a la libre competencia. Los recursos financieros y las riquezas se han acumulado en manos de muy pocos, quienes una vez dueños de un poderío económico considerable, han adquirido predominio en el plano político. De esta batalla por la conquista del Poder surgieron conflictos, e incluso se entablaron en el terreno internacional. Para remediar tal situación anárquica, no hay más que un medio: procurar llevar a la práctica la doctrina social de la Iglesia expuesta en la segunda parte de la encíclica. El régimen capitalista, sin ser malo en sí, ha de organizarse con arreglo a justicia y caridad, y la libre concurrencia, contenida dentro de límites razonables, se acomodará a las exigencias del bien común.

Paralelamente a los cambios ocurridos en el régimen económico, el socialismo ha sufrido, después de León XIII, profundas transformaciones. Podemos distinguir diversas tendencias: el partido de violencia pretende «la lucha de clases encarnizada y la desaparición completa de la propiedad privada», en tanto el partido más moderado, que se ha quedado con el nombre de socialismo, es menos intransigente respecto a la lucha de clases y a la abolición de la propiedad privada. No puede, por consiguiente, conciliarse la doctrina social cristiana con ese socialismo moderado, pues sólo consideran el fin material del hombre sin preocuparse por su fin último. Socialismo cristiano son dos términos contradictorios, porque la teoría socialista de la sociedad, basada en una concepción materialista del hombre, no puede conciliarse con el auténtico cristianismo. Pío XI, luego de haber demostrado el antagonismo entre la doctrina socialista y los principios sociales de la Iglesia, lamenta que algunos, que

siguen llamándose católicos, hayan abrazado las teorías que acaba de condenar. Los invita a volver al seno de la Iglesia, «a la casa paterna, y a que perseveren en ella en el lugar que les pertenece, a saber: entre las filas de los que, siguiendo con entusiasmo los avisos promulgados por León XIII y renovados solemnemente por Nos, procuran restaurar la sociedad según el espíritu de la Iglesia, afianzando la justicia y la caridad sociales».

Toda renovación de la sociedad sería imposible e inútil sin una profunda reforma de las costumbres. Por ello las últimas páginas de la *Quadragesimo Anno* están consagradas a esta etapa fundamental «de la restauración del orden social en plena conformidad con los preceptos del Evangelio». «Si consideramos este asunto con diligencia e íntimamente —declara el Sumo Pontífice— descubriremos con claridad que a esta restauración social tan deseada debe preceder la renovación profunda del espíritu cristiano, del cual se han apartado, por desgracia, tantos hombres, entre los inclinados a los problemas y a las cosas económicas; de lo contrario, todos los esfuerzos serán estériles y el edificio se asentará, no sobre roca, sino sobre arena movediza.» Únicamente el cristianismo puede «traer el remedio eficaz a la solicitud excesiva por las cosas caducas, que es el origen de todos los vicios; sólo esto puede hacer que la vista fascinada de los hombres, fija en las cosas mudables de la Tierra, se separe de ella y se eleve a los Cielos». El mayor desorden del régimen económico actual es la ruina de las almas. El remedio a tal situación es la vuelta franca y sincera a la doctrina del Evangelio, sin la cual todo esfuerzo de regeneración social estará condenado a esterilidad. La caridad, vínculo de perfección, garantizará con plenitud dichas reformas, pues únicamente ella une las voluntades y los corazones, creando una verdadera colaboración entre los que están «íntimamente convencidos de ser miembros de una gran familia, hijos de un mismo Padre, de formar un solo cuerpo, cuyos miembros son entre sí». Al finalizar la encíclica, Pío XI no disimula la dificultad de la tarea; por eso invita a todos los cristianos a que contribuyan a la construcción de un orden social cristiano, y les pide para ello unidad y cooperación estrecha.

Abarcando en una vasta y poderosa síntesis los problemas que plantea la restauración del orden social de acuerdo con los principios cristianos, la *Quadragesimo Anno*, que sigue la tradición de la Iglesia, dio al mundo nuevas orientaciones ajustadas a las transformaciones ocurridas en el régimen económico después de León XIII, y permitió a las organizaciones católicas y al movimiento social cristiano continuar su acción al objeto de introducir en la sociedad el reinado de la justicia y de la caridad de Cristo.

Menos de un año después —3 de mayo de 1932—, una auténtica voz de alarma impulsaba al Sumo Pontífice a escribir su nueva encíclica, *Caritate Christi compulsi*, en la que se ha querido ver justamente «los pródromos de la catástrofe». En ella el Papa señala con energía y ciencia consumadas las causas de la doble crisis económica y moral: las especulaciones de unos pocos inmensamente ricos, el afán de dinero con su secuela de desórdenes, el sórdido egoísmo y el odio, la destrucción de los fundamentos del Derecho y la lealtad,

el ateísmo militante y organizado. Los remedios, amén de recurrir a todos los medios humanos legítimos, son la oración, la penitencia y la acción católica. Diez años después, durante el segundo conflicto mundial, Su Santidad Pío XII, en el radiomensaje de Pentecostés —1 de junio de 1941—, volvía sobre las directrices de León XIII y de Pío XI e indicaba los principios del régimen comunitario como fundamento de un nuevo orden social, fraternal y cristiano.

ÚLTIMOS AÑOS DEL PONTIFICADO

El año 1937 fue testigo de la curación del Sumo Pontífice y de la «Pascua de las tres encíclicas». El siguiente se señaló por el comienzo de las angustias de Europa ante las crecientes exigencias del imperialismo germánico. Tras la anexión de Austria, le llegó el turno a la región alemana de los sudetes, y en el otoño de 1938 faltó poco para que estallara la guerra. La conferencia de Munich, a finales de septiembre, reunió al Führer alemán, al Duce italiano y a los primeros Ministros de Francia y Gran Bretaña; reflejó el éxito de la política del Tercer Reich, y Checoslovaquia tuvo que plegarse a las duras condiciones que le fueron impuestas.

El 29 de septiembre, cuando los árbitros del mundo decidirían sobre la paz o la guerra, ante la perspectiva de una inaudita catástrofe, la que, desgraciadamente, sólo se demoró un año, las palabras del Papa Pío XI difundidas por radio provocaron la emoción admirativa del mundo entero, por encima de las barreras nacionales, e incluso de las confesionales. El Sumo Pontífice conjuraba al Cielo por la paz con un acento de sinceridad y desinterés difícil de hallar en ninguna otra parte en tal grado. Testigo y mensajero de la «Paz de Cristo», Pío XI —como ayer su predecesor Benedicto XV— ofrendaba de todo corazón su misma vida «por la salvación y la paz del mundo ya quisiese el Señor de la vida y de la muerte poner un término al inestimable don de una vida ya larga, ya quisiese prolongar todavía la jornada de labor del obrero afligido y cansado». Y ¿quién no recuerda con punzante tristeza que la fórmula de la bendición apostólica terminó con un sollozo? Los millones de oyentes, a la escucha aquella tarde del 29 de septiembre de 1938, ¿olvidarán nunca la sublime ansiedad que atravesó a todo el universo, tal vez él mismo asombrado de su misma emoción? El universo había reconocido de repente en el alma pontificia, libre de las torpezas y bajezas terrenas, la viva encarnación de su ardiente deseo de sabiduría, nobleza, pureza y paz.

El dolor unánime y la unánime gratitud que ensalzaron meses más tarde la memoria de Pío XI difunto, iban dirigidos ante todo al testigo y mensajero de la «Paz de Cristo». El viernes 10 de febrero de 1939, a las cinco y treinta y un minutos de la mañana, el Papa había entrado en la Eternidad. El mundo quedó sumido en el estupor, pues los telegramas que hablaban de una nueva indisposición del Sumo Pontífice estaban concebidos en términos tranquilizadores. Se aseguraba que el Papa padecía un simple resfriado y que las fiestas

del aniversario de su coronación, a celebrar dos días después, domingo, se efectuarían conforme a la alegre expectación de los fieles. Durante la tarde del 9 de febrero, el Padre Santo sufrió una violenta crisis de asma hasta hacerle perder el conocimiento. Una breve mejoría alimentó durante unas horas la esperanza de que el augusto enfermo superase la crisis como otras había remontado igualmente agudas. Después de una noche angustiosa, el médico anunció que ya no había esperanzas. Monseñor De Romanis, Sacristán y Vicario de Su Santidad para la Ciudad del Vaticano, le administró la Unción de los Enfermos; el Cardenal Lauri confesó por última vez al Vicario de Cristo. Hasta el último momento conservó la lucidez; por el movimiento de sus labios se vio que acompañaba la oración que recitaban los asistentes. Segundos antes de dar el último suspiro, hizo ademán de bendecir.

La emoción fue profunda y universal, y no faltaron los más elogiosos testimonios de admiración a la venerada memoria de Pío XI. Uno de los más nobles fue probablemente el del Presidente Herriot en la Cámara Francesa, quien se inclinó «con respeto y reconocimiento ante el Pontífice que dio todo su sentido al evangelismo, defendió los derechos del espíritu contra las pretensiones de la materia y es, según la tradición de los grandes Papas, uno de los más altos y representativos de ese poder invencible: la conciencia».

Acababa de desaparecer una de las personalidades más poderosas de nuestra época: Pío XI fue un carácter, un Jefe. Lo más impresionante en este Soberano era la autoridad que emanaba de su persona, «una autoridad sin rigidez ni tirantez, que no tiene que esforzarse para imponerse, hasta tal punto sabe que no lo necesita, sino que está segura de sí misma y dueña de sí misma» (1). Gobernar era para él natural, y gobernó mucho por sí mismo; la expresión pontificia *motu proprio* adquiría en él su pleno sentido. Una mente poderosa de hombre de estudios, que al mismo tiempo era hombre de acción, con el gusto que la acción exige para la iniciativa, e incluso la innovación. Todo lo intelectual y científico atraía a Pío XI, obediente a la inclinación de su naturaleza, siendo él mismo su Ministro de Instrucción Pública, aunque un gran maestro de altos estudios enamorado de la cultura y cuya firme autoridad se ilustraba con la ciencia.

Papa de los estudios, Papa de las Misiones, Papa de la cuestión social, Pío XI quiso ser el Papa de la *conciliazione*, la reconciliación del Vaticano con el Quirinal. Italiano, profundamente patriota —durante la guerra de 1914 había dicho: «Si los alemanes entran en Milán, moriré» (2)—, no hizo concesiones al Gobierno italiano porque él era italiano, sino porque había discernido el provecho de la Santa Sede y de la religión. Para cerrar una época y abrir otra, aprovechó la ocasión que tal vez ya no se presentaría, y sólo podía presentarse bajo un Gobierno italiano de forma autoritaria. Con este acto,

---

(1) F. Charles-Roux, artículo citado en los que nos hemos inspirado para las últimas páginas de este capítulo.

(2) Barón Beyens, artículo citado, pág. 192.

tratado y concordato a la vez, el Sumo Pontífice había demostrado mejor su audacia intelectual, su iniciativa y su decisión.

Laborioso, aplicado, severo consigo mismo, gran trabajador, exigente con sus colaboradores, Pío XI profesaba plena confianza y gran afecto a su Secretario de Estado, el Cardenal Pacelli. La estima de sus servicios se manifestó en las brillantes misiones que le confiara en el extranjero: Buenos Aires, Lourdes, Lisieux, Budapest, América. ¿No era, acaso, una indicación para que le eligiesen sus iguales cuando se reuniesen en conclave? El Secretario de Estado sabía dulcificar la amargura que las decepciones o disgustos por las decisiones del Papa causaban a los interesados. Ambos no tenían prevenciones. Admitían la situación tal y como era, no desperdiciando las oportunidades de mejorar la posición de la Iglesia en los Estados en que había sufrido, pero nunca eran esclavos de la confianza depositada en ellos.

Pío XI poseía el método del verdadero estadista, consistente en formarse una opinión con arreglo a los hechos conocidos más que con previsiones que no ofrecen garantías. Y lo expresaba así: «Prefiero ser historiador a Profeta.» Muy pronto presintió la llegada del huracán, que por segunda vez en veinticinco años asolaría al mundo. «Había confiado en morir sin volver a ver la guerra; ahora ya no lo espero.» Y un Embajador de Francia escribe: «Tuve la impresión de que, sin calibrar el grado de nuestro debilitamiento interior —ni siquiera nosotros lo sospechábamos—, se percataba de las etapas de nuestra decadencia exterior» (1). «En cada fase preparatoria de la crisis final vio a dónde caminaba el universo, conoció el paso dado hacia un final fatal. No le engañó ni tregua ni componenda.» Al enumerar las grandes fortunas políticas y las grandes potencias terrenas que había visto derrumbarse en el curso de su larga vida, el Papa no señaló la grandeza humana destinada, a su juicio, a desaparecer en breve; dejaba la respuesta en manos de la Providencia, tras haber hecho cuanto estaba en su mano por salvar la paz. Definió a menudo lo que entendía por la «paz de Cristo», para que nadie se llamara a engaño: la paz auténtica es la tranquilidad del orden y el orden es la armoniosa disposición de las partes de un mismo todo que mantiene cada cosa en su debido lugar. Y como Cristo amó a los hombres, el Papa amó con amor paternal a todas las naciones del universo. «Un padre de familia con un corazón delicado —decía un día— siente un afecto especial por cada uno de sus hijos.»

Al menos no sufrió el dolor póstumo de ver rasgarse esta paz por la que había ofrendado su vida. Para los pueblos, Pío XI seguirá siendo su eminente mensajero, el Papa de corazón viril y sensible, el verdadero guía que distinguió los peligros del camino, el que nunca tuvo miedo de decir a todos la verdad, porque hablaba en nombre de Aquel que vino a traer al mundo la verdad y la paz.

---

(1) F. Charles-Roux, artículo citado, pág. 270.

CAPÍTULO V

PÍO XII: 1939-1958

ELECCIÓN DEL PREDESTINADO

El jueves 2 de marzo de 1939, el Cardenal Gaccia-Dominioni, Primer Cardenal-Diácono, pronunciaba desde la logia de San Pedro la fórmula consagrada: «Os anuncio una gran alegría. Tenemos Papa; el eminentísimo Cardenal Eugenio Pacelli, que ha tomado el nombre de Pío XII.»

Secretario de Estado del difunto Papa y camarlengo de la Santa Iglesia, Pío XII fue elegido el día aniversario de su nacimiento —2 de marzo de 1876—, a los sesenta y tres años. El Sacro Colegio, en conclave la tarde del 1 de marzo, contaba con 62 Cardenales. La candidatura del Cardenal Pacelli prevalecía sobre todas las demás y algunos incluso pronosticaban su elección desde el primer día. Se aseguraba que había sido elegido por unanimidad, en el tercer escrutinio, después de que él mismo diese su voto al Cardenal decano, Granito di Belmonte. Fue el conclave más breve desde hacía tres siglos. Únicamente el conclave que eligió a Gregorio XV duró un día. Pío XII era también el primer Papa nativo de Roma desde hacía dos siglos, pues el último Papa romano fue el Cardenal Conti, elegido en 1721, quien tomó el nombre de Inocencio XIII.

Esta elección correspondía a la expectación universal. Para la inmensa mayoría, el Cardenal Pacelli parecía predestinado a los honores de la Tiara, centrando en su persona la atención de todos como presunto sucesor del gran Papa a quien había servido tan admirablemente. No es conforme a la tradición que el Cardenal Secretario de Estado suceda a su Soberano en la Cátedra de San Pedro. Pero los «purpurados electores» estimaron que había que continuar la obra de Pío XI en sus líneas generales, y confiaban el encargo —escribía el *Giornale d'Italia*— a «aquel que consideraron y, evidentemente es, el más digno».

SU FORMACIÓN

Pío XII pertenecía a una familia de juristas conocida por su adhesión inquebrantable a la Santa Sede. Su abuelo, Mercantonio Pacelli, abogado consistorial, sirvió a Pío IX en las más difíciles circunstancias. Su padre, Filippo, fue distinguido abogado y el Marqués Pacelli, hermano del Pontífice, uno de los negociadores de los Pactos de Letrán firmados el 11 de febrero de 1929. Su madre, Virginia Graziosi, dulce y angélica criatura, procedente igual que su marido de la aristocracia romana era, como él, de una piedad ardiente. La misma concepción religiosa de la vida unía a los esposos tan íntima y perfectamente, que su hijo Eugenio, ya Papa, al dirigirse a los esposos de todo el mundo, no tendrá más que evocar el ambiente donde vivió para indicar el camino a seguir.

El joven Eugenio Pacelli hizo sólidos y brillantes estudios secundarios en el liceo público Visconti —el antiguo Colegio Romano, fundado por Gregorio XII—, luego siguió cursos de Letras en la Universidad de Roma, de Filosofía y de Teología en la Gregoriana y en el Seminario Romano. Doctor en Derecho y en Teología, fue ordenado sacerdote el 2 de abril de 1899, en la fiesta de Pascua. Su vocación religiosa fue espontánea, desarrollándose en medio del mundo sin coacciones ni trabas, en una familia ejemplar en la que cada cual podía seguir su camino con toda libertad.

Enseñó Derecho canónico en el Apolinar cuando ingresó, a los veinticinco años, en la Secretaría de Estado. Fue el Cardenal Vicenzo Vannutelli quien dirigió al joven sacerdote hacia la carrera que realmente respondía a su vocación cuando los éxitos como Profesor, tan celebrados por sus alumnos, parecían abrirle de par en par las puertas de la enseñanza superior. El estudio de las lenguas vivas, para el que estaba muy dotado, y que siempre procuró hablar mejor, le convertiría en un políglota aún más notable que Pío XI. Sus nuevas funciones, no por ello le alejaron de su ministerio. Durante esos años y mientras le fue posible, «el aprendiz» de la Secretaría de Estado predicó, confesó y enseñó el catecismo en las diversas instituciones en las que religiosas educaban a chicas jóvenes pertenecientes a los más diversos ambientes.

Cuando el sacerdote Pacelli entró en la Secretaría de Estado, el Jefe de la diplomacia pontificia era el Cardenal Rampolla, íntimo colaborador de León XIII, y Monseñor Giacomo della Chiesa —luego Benedicto XV— trabajaba en ella desde hacía muchos años. Empero, antes de que Benedicto XV le distinguiese y luego le asociara a su obra de pacificación durante la primera guerra mundial, Eugenio Pacelli fue el Secretario del Cardenal Gasparri, al ser éste encargado —1904— por Pío X de la codificación del Derecho canónico. Se entregó a la gran obra con idéntico espíritu, con idéntica energía en el trabajo que el mismo Cardenal. La experiencia adquirida, el celo de que estaba animado le permitieron aceptar más tarde la presidencia de la Comisión

encargada de elaborar la codificación del Derecho de las Iglesias orientales. El Secretario de Estado de Pío X, Cardenal Merry del Val, gran señor, de cultura angloespañola, entretanto confió a Gasparri la redacción del *Libro Blanco* al romper sus relaciones diplomáticas Francia y la Santa Sede, en 1904. Pacelli fue llamado a colaborar. «Al lado de Monseñor Gasparri —escribe un biógrafo de Pío XII—, la vocación de Pacelli se desarrolló en su elemento. La Iglesia y sus derechos fue, pues, el tema constante de su espíritu» (1). Y, paralelamente a la redacción de un código que formulaba con mayor precisión estos derechos, la evolución de una crisis diplomática, la más grave desde la Revolución, que afectaba a las relaciones de la Sede Apostólica con la «Hija Mayor de la Iglesia» y al año siguiente desembocaba en la separación de la Iglesia del Estado.

NUNCIO

Vino la guerra de 1914. Benedicto XV sucedió a Pío X el 3 de septiembre y tomó como Secretario de Estado al Cardenal Gasparri, a la muerte del Cardenal Ferrata, acaecida un mes después de su nombramiento.

Hay mucha semejanza entre el Pontificado de Benedicto XV, que duró ocho años, y el de Pío XII. Ambos se ciñeron la Tiara en los comienzos de un conflicto mundial, ambos multiplicaron sus esfuerzos para mitigar sus horrores, ambos laboraron con sus enseñanzas doctrinales por la reconciliación cristiana de los pueblos. Asimismo ambos fueron juristas y diplomáticos de carrera. El primero no tardó mucho, al subir al trono, en distinguir como persona selecta, con tantas dotes espirituales como grandeza de carácter, a quien veinticinco años más tarde empuñaría el timón de la Nave de Pedro.

Benedicto XV nombró a Monseñor Pacelli Arzobispo, y el 21 de abril de 1917 Nuncio en Munich. La capital del reino de Baviera era entonces para la Santa Sede un puesto diplomático de capital importancia. Ya no quedaba nunciatura en Berlín, y la católica Baviera era el único país de Alemania donde residía permanentemente un representante del Vaticano.

El nuevo Nuncio tuvo que preparar el terreno en Alemania para la iniciativa de paz que el Papa adoptó el mes de agosto de 1917. Tarea difícil, de la que salió honrosamente. No fue sin dificultad como obtuvo en un principio, del Gobierno imperial, un asentimiento reticente ante el proyecto de las condiciones de paz a incluir en la nota pontificia y que comportaban la liberación de Bélgica. En realidad, el Canciller imperial Michaelis y los militares pretendían torpedear la obra de paz, y las potencias de la *Entente*, desconfiadas, apenas si estaban dispuestas tampoco a iniciar conversaciones. Un año después, los ejércitos alemanes se batían en retirada, y el 28 de junio de 1919 los vencidos se resignaban a firmar el Tratado de Versalles.

---

(1) Nazareno Padellaro, *Pío XII.*

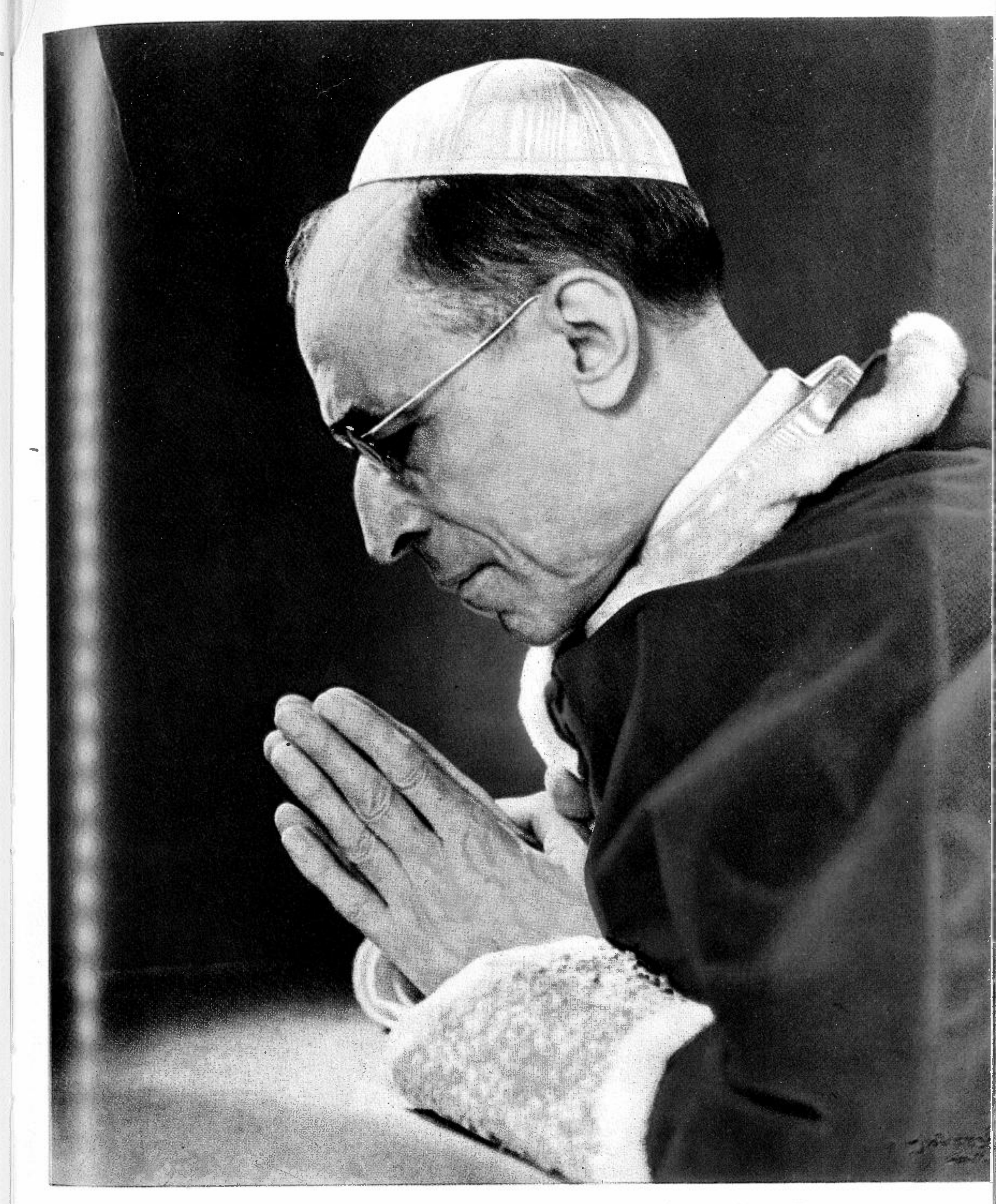
La derrota de los Imperios Centrales determinó entre ellos una revolución política y social que justificaba los temores de la Iglesia Católica. Se había derrumbado el régimen imperial y la dinastía real de Baviera daba paso a instituciones republicanas. Correspondía a Monseñor Pacelli demostrar que el Papado no excluye regímenes políticos en sus relaciones con los Estados y se adapta a la forma republicana tan bien como a la monárquica con tal de que se respeten los derechos esenciales de la Iglesia.

El Nuncio Pacelli actuó tan bien, que al cabo de poco tiempo su situación personal ante el Gobierno republicano de Munich era tan buena como lo fue en la corte de los Wittelsbach. Podía intentar establecer sobre nuevas bases el régimen de la Iglesia Católica en el Estado donde estaba acreditado; se concertó un concordato entre la Santa Sede y Baviera. En ocho años el Nuncio creció en autoridad y simpatía en los medios políticos y en el Cuerpo Diplomático. Mejoró tanto las disposiciones de la República de Weimar con la Iglesia, pese a las crisis que minaban al Estado democrático alemán, que el Papa Pío XI —sucesor de Benedicto XV— pudo pensar en crear una nunciatura en Berlín. Ni que decir tiene que Monseñor Pacelli fue nombrado su titular. Así, pues, la Santa Sede contó con dos nunciaturas en Alemania: una, en Munich; otra, en Berlín. Al mismo tiempo dos misiones diplomáticas alemanas eran acreditadas ante el Vaticano: un Embajador de Alemania, a la vez Ministro de Prusia, y un Ministro de Baviera.

No fue mediocre el resultado si recordamos que los católicos apenas si representaban el tercio de la población del Reich alemán, que contaba con más de sesenta millones de habitantes. La actividad del Nuncio Pacelli no fue menos provechosa en Berlín que en Munich. Se concertó un concordato entre Prusia y la Santa Sede paralelamente al que se había celebrado con Baviera. La firma del tratado fue un nuevo éxito para el Nuncio; hecho sorprendente para cuantos evocaban el pasado y conocían el inveterado espíritu prusiano del *Kulturkampf*. Decano del Cuerpo Diplomático, el Nuncio había afianzado su autoridad en un vasto escenario político en el que encontraba a los Embajadores y Ministros de todo el mundo y se había granjeado su estimación tanto por su conocimiento de los problemas internacionales como por su elevación de miras y nobleza de carácter.

SECRETARIO DE ESTADO

Pío XI le recompensó nombrándole el 16 de diciembre de 1929 Cardenal-Presbítero con el título de los Santos Juan y Pablo. La elevación a la púrpura pondría fin, en breve plazo, a su misión diplomática. Pero el Cardenal Pacelli no se incorporaba al Sacro Colegio para abandonar la política. Cuando el Cardenal Gasparri celebró el 11 de febrero los tratados del Letrán con Italia, y cuyo carácter compaginaba difícilmente con el del Papa, considerando terminada su tarea, renunció a sus funciones, el Padre Santo pensó, naturalmente,



Pío XII (1939-1958). Fotografía de Ediciones Stauffacher, S. A. Zurich

confiarlas al hombre que en Munich y Berlín había dado la medida de su capacidad. El 7 de febrero de 1930 el Cardenal Pacelli fue Secretario de Estado.

Si las atribuciones de un Secretario de Estado son idénticas en todos los Pontificados, su papel varía, en cierto modo, con el carácter, temperamento y hábitos de trabajo de cada Pontífice. La fuerte personalidad de Pío XI, el sentido tan firme que poseía de la autoridad, le inclinaban irremediablemente a asumir el Poder supremo en toda su plenitud. El Cardenal Pacelli tenía una conciencia demasiado elevada de su deber y de sus responsabilidades como para no adaptarse fácilmente a una colaboración que se revelaría tan estrecha como fructífera. Supo, con flexibilidad, ejecutar los vivos impulsos del Jefe de la Iglesia y gozó constantemente de su plena y entera confianza. La estima que inspiró al Papa su nuevo Secretario de Estado «fue tal que a todas luces le deseó como sucesor. Al no poder designarle para los votos, se las compuso al menos para que no ignorasen su deseo y, sobre todo, para que su colaborador se enriqueciese con una experiencia verdaderamente mundial de los asuntos así como de una influencia universal» (1).

Varias misiones, tanto religiosas como diplomáticas, pusieron en evidencia su dominio. Legado pontificio en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires en 1934, luego en Londres en 1935 en las fiestas del triduo de clausura del Jubileo de la Redención; en los Estados Unidos en 1936, a donde realizó un viaje de información en el momento en que Roosevelt fue elegido Presidente; por segunda vez legado en Francia para las inolvidables fiestas de Lisieux en 1937, pronunció en Nuestra Señora de París un discurso muy celebrado; legado otra vez en el Congreso Eucarístico de Budapest en 1938, el Cardenal Pacelli aparecía en el momento del escrutinio —2 de marzo de 1939— «como el hombre indiscutido e indiscutible en el que el Sacro Colegio reconocería la señal de las intenciones divinas» (2).

Por estas fechas el mundo era víctima de un siniestro frenesí de armamentos, y luego de tomar Hitler el Poder, seis años antes, había entrado en el círculo infernal del miedo.

Los asuntos de Alemania eran ya objeto de las más graves preocupaciones de la Santa Sede en el momento en que el Cardenal Pacelli asumió las funciones de Secretario de Estado. El catolicismo alemán, principalmente el episcopado, fueron alertados por las doctrinas del nacionalsocialismo. Al menos los dos concordatos con Baviera y Prusia parecían constituir una salvaguardia contra las posibles intenciones de un Gobierno nazi. La misma víspera del triunfo electoral de Adolfo Hitler, un tercer concordato con otro Estado alemán, Baden, reforzó las garantías convencionales.

La brutal usurpación del Führer, triunfante de todas las fuerzas políticas del Reich, la supresión de todos los partidos sembraron la desmoralización entre los católicos alemanes. Pero Hitler, a quien no le interesaba enemistarse

(1) Daniel-Rops, *La vie de l'Église sous Pie XII*, pág. 25.
(2) Ibíd.

con ellos de buenas a primeras, ofreció a la Santa Sede un concordato con el Reich aplicable a toda Alemania. Se negoció y concertó el 20 de julio de 1933 entre el Cardenal Pacelli y Von Papen, pero el tratado estaba destinado a que no lo cumpliesen los amos absolutos del Tercer Reich. De aquí nació un conflicto y nuevas negociaciones, cada vez más difíciles, que no habían dado resultado ni con mucho en el momento en que el Cardenal Secretario de Estado se ceñía la Tiara. Sabido es que en ese intervalo Pío XI había condenado sucesiva e inequívocamente las tres formas del Estado Totalitario; comunismo, nacionalsocialismo y fascismo.

Otros concordatos negociados por el Cardenal Pacelli con Rumania, Austria, Ecuador, Letonia y Polonia, los acuerdos establecidos con Italia sobre la Acción Católica pusieron otra vez en evidencia su absoluta buena fe, su benevolencia y un espíritu juicioso de transacción y equidad.

PAPA DE LA PAZ

Pío XII adoptó por lema: *Opus justitiae pax* («la paz es obra de la justicia»), y su escudo llevaba una paloma con una ramita de olivo. Una divisa para un Papa no es sólo una bella fórmula, es un programa, un principio de acción y como el enunciado de una filosofía. Pío XII quiere ser el custodio de la moral internacional, «garantizar el respeto a la virtud fundamental en el orden natural: la justicia». Fue el Papa de la paz y el Doctor del orden internacional. Será el tema de las páginas siguientes. A continuación expondremos la obra del Doctor de la fe y del teólogo, que no revela menos la extensión y profundidad de su genio como el afecto de su corazón de Pastor y Padre.

Escogió por Secretario de Estado al Cardenal Maglione, Nuncio en París, diplomático de la mayor prestancia, quien desde hacía mucho tiempo había demostrado su valía en las más difíciles circunstancias, y cuya identidad con sus propias ideas, tanto en el orden del pensamiento como en el de la acción, conocía el Papa.

Al día siguiente de su elección —3 de marzo de 1939—, el Papa dirigió al mundo, en latín, su primer mensaje radiofónico. En él decía: «Nos invitamos a todos los hombres de la paz, la paz de las conciencias tranquilas en la amistad con Dios, la paz de las familias unidas y concordes en el único amor de Cristo; paz, por último, entre las naciones mediante la mutua ayuda fraterna, amistosa colaboración y entendimiento cordial por los supremos intereses de la gran familia humana bajo la mirada y la protección de la divina Providencia y en estas horas agitadas y difíciles, la paz, la más honda aspiración de los corazones» (1).

---

(1) *Acta Apostolicae Sedis* (A. A. S.), t. XXXI, págs. 86-87.

Diez días después, el 13 de marzo, Hitler, violando los frágiles acuerdos de Munich, se anexionaba Bohemia y Moravia. Un año antes, día a día, el 13 de marzo de 1938, se había anexionado Austria. Mussolini y Ciano no quisieron ser menos, y el 7 de abril de 1939, Viernes Santo, las tropas italianas desembarcaban en Albania. Dos días después —9 de abril— Pío XII aprovechó la oportunidad de su alocución de Pascua para denunciar la mala fe de los dictadores de Roma y Berlín: «¿Cómo sería posible la paz si... los pactos sancionados solemnemente y la fe jurada pierden ese valor y seguridad, bases indispensables de toda confianza mutua?» (1). Alusión perfectamente clara y tanto más oportuna cuanto que la Iglesia sólo salía ganando con la ocupación de Albania por una potencia católica.

La amenaza de guerra mundial se perfila. El 14 de abril de 1939 el Presidente Roosevelt dirige al Führer y al Duce un mensaje que proponía una tregua a las agresiones y una conferencia internacional. Su llamamiento queda sin respuesta y Hitler se burla, incluso en el Reichstag, el 20 de abril. No por ello deja el Papa de intentar el 2 de mayo un nuevo esfuerzo en favor de la paz, a pesar de la evidente mala voluntad de los dictadores. El tiempo apremia y la diplomacia vaticana ha sido informada de la inminencia de una alianza militar entre Alemania e Italia, el futuro *Pacto de acero*. El Cardenal Maglione envía, por consiguiente, instrucciones a los Nuncios en Berlín, Varsovia, París, Londres y Roma para llamar la atención de los estadistas sobre los problemas de la paz, «cada vez más comprometida». Los cinco Gobiernos afirman que no desean la guerra. Pero, cuando el 9 de mayo los diplomáticos del Vaticano insisten ante los responsables en ambos campos, los Jefes de Estado se limitan a corteses respuestas y, en resumidas cuentas, negativas.

Al hablar la prensa de esas gestiones pontificias, el Papa puntualiza en su alocución del 2 de junio. Como algunos se preguntasen si esta iniciativa pontificia era compatible con el artículo 24 del Tratado de Letrán, que especificaba que la Santa Sede no debe interesarse en los conflictos y congresos sino después de un «llamamiento unánime de las partes interesadas», Pío XII responde que «en momentos en que la paz corre los mayores peligros» la Iglesia no puede «renunciar a ofrecer maternalmente sus servicios para impedir la inminente intervención de la fuerza». Subraya también que «obtuvo garantías de buena voluntad y compromisos con vistas a mantener la paz». Mas no se contenta con palabras, y recuerda enérgicamente a los estadistas sus deberes para que sean «conscientes de la ineludible responsabilidad en que incurren ante Dios y ante la Historia».

Entretanto se había efectuado la firma del pacto italogermano el 22 de mayo. El Papa se esfuerza por inducir a la prensa polaca a cesar en sus ataques contra el Reich y, negándose al desespero, dando de lado a «cualquier otra preocupación», trata de lograr que Mussolini se sirva de su influencia con su aliado. El 24 de julio, al recibir al nuevo Embajador de Polonia, Papée, hace

(1) A. A. S., t. XXXI, págs. 145-151.

«una clara alusión» a la amenaza hitleriana, denunciando los tres errores característicos nazistas: ateísmo, culto a la fuerza y racismo.

La situación seguía empeorando. El 11 de agosto se celebra la entrevista Ciano-Ribbentrop en Salzburgo y los días 12 y 13 en Berchtesgaden con Hitler. Pío XII encarga al Nuncio en Roma, Monseñor Borgongini-Duca que sugiera a Mussolini que insista ante Hitler. El Führer se niega a plegarse a los argumentos italianos; días después, en Berlín, el Embajador de Italia y Ciano se las ven y desean para defender la tesis de la neutralidad de Italia.

Tres días más tarde, al dirigirse a dos mil peregrinos del Véneto, el Papa pone en guardia contra una guerra que «superaría en destrucción y ruinas materiales y espirituales a la precedente». Quiere creer que «los jefes de los pueblos... se negarán a asumir la inconcebible responsabilidad de un recurso a la fuerza», pero «si todavía habla de esperanza, uno siente que únicamente la pone en Dios, pues humanamente la situación es casi desesperada; y pone cuidado en distinguir los Gobiernos de sus pueblos para dar a conocer mejor a los jefes responsables la aspiración universal a la paz».

El 23 de agosto se firma el acuerdo germano-soviético —Pío XII sabía que era inminente—, que significaba la sentencia de muerte para Polonia. Al día siguiente, el Padre Santo dirige al mundo un emocionado mensaje en el que suplica por la sangre de Cristo que se renuncie a la fuerza como solución de conflictos: «Por la fuerza de la razón, y no por la fuerza de las armas, es como progresará la justicia. Los Imperios que no se fundan en la justicia Dios no los bendice... El peligro es inminente, pero todavía hay tiempo. Nada se pierde con la paz y todo puede perderse con la guerra. Vuelvan los hombres a comprenderse. Vuelvan a negociar.» Uno recuerda, al releer con emoción ese documento, el llamamiento dirigido al mundo por el predecesor de Pío XII la tarde del 29 de septiembre de 1938, cuando los Jefes de Gobierno se habían reunido en Munich; Pío XI, «el obrero afligido y fatigado», había ofrecido su vida «por la salvación y la paz del mundo».

Francia, Gran Bretaña y Bélgica dieron las gracias al Papa por su llamamiento «emocionante y lleno de dignidad»; el Führer, el Duce y el Presidente de la República de Polonia guardaron silencio.

La última semana del mes de agosto la emplea Pío XII, sin cejar, en las últimas gestiones por salvar la paz. Los Nuncios en Berlín, Varsovia y Roma reciben nuevas instrucciones; Polonia, en la cuestión de Dantzig, haría algo que se parece a una concesión, y Hitler transigiría en bien de la paz. Pero Varsovia rehúsa y Hitler «disimula en declaraciones de pura forma su decisión inquebrantable de guerra». Únicamente Monseñor Borgongini-Duca puede aprovecharse de un último cambio brusco de Mussolini, muy molesto el 27, al conocer de fuente inglesa «la alianza o casi alianza» ofrecida por Hitler a Londres (1). El Duce propone entonces una conferencia cuatripartita. En el

(1) Paul Duclos, S. J., *Le Vatican et la seconde guerre mondiale*, París, Pedoni, 1955, página 109. Cf. Padellaro, pág. 283, y Charles-Roux, *Huit ans au Vatican*, pág. 330.

mismo momento el Papa alienta vivamente la iniciativa de la Reina de los Países Bajos, del Rey de Bélgica y de los Soberanos escandinavos de intentar una suprema mediación. Los tres llamamientos del Papa, de Leopoldo III y del Presidente Roosevelt concluyen —afirma *L'Osservatore Romano*— en la necesidad de «afirmar... que el recurso a las armas queda suspendido de todos modos».

No obstante, la situación se agrava de hora en hora. El «Supremo Pastor» se dirige entonces «en nombre de Dios» el 31 de agosto, mediante una nota diplomática urgente a los Embajadores de Alemania, Polonia, Gran Bretaña, Francia e Italia.

Esta nota —según el corresponsal del *Times* en Roma— iba acompañada del siguiente proyecto diplomático explícito: «Una corta tregua de diez a catorce días, durante la cual el Reich y Polonia se comprometerían a no agravar la tensión; se convocaría una conferencia general durante ese tiempo, en la que estarían representados los Estados limítrofes de Polonia y Alemania y los Estados neutrales (Bélgica, Países Bajos y Suiza). Los Estados Unidos y el Vaticano enviarían igualmente delegados; en fin, el programa ampliado de la conferencia sería la revisión del Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919 con el propósito de preparar un pacto colectivo de no agresión. Audaz iniciativa, gestión única en la que el Papa se apoya justamente en el artículo 24 del Tratado de Letrán que se le oponía tres meses antes, recordando que la cláusula final del mismo reservaba a la Santa Sede «en cada caso servirse de su poder moral y espiritual». Éste es «el punto culminante al que el Papado, después del Tratado de Letrán, creyó haber llegado en sus esfuerzos de pacificación» (1). Escarmentado del fracaso de la mediación de paz de Benedicto XV en 1917, en la que tuvo la parte importante que se sabe, Pío XII «se abstendrá, una vez declarada la guerra, de toda ofensiva diplomática en favor de la paz» (2).

En esa misma tarde del 31 de agosto, Mussolini proponía a Francia e Inglaterra una conferencia cuatripartita a celebrar el 5 de septiembre. ¿Permitiría esta iniciativa realizar el proyecto pontificio? Francia e Inglaterra dan respuesta favorable al mensaje del Papa y su acuerdo, en principio, a la propuesta italiana. Pero Hitler, en el delirio de su orgullo, resuelto a la agresión, manda atravesar el 1 de septiembre la frontera polaca a sus bombarderos y carros blindados. «Basaba su gigantesco plan en la confianza que ponía en la bajeza de los hombres» (3). El domingo 3 de septiembre Francia e Inglaterra, fieles a sus compromisos con Polonia, declaran la guerra a Alemania. Europa había bajado a la sangrienta palestra.

Al no poder evitar el desastre, la Santa Sede se esforzará por limitar su extensión y, principalmente, en mantener a Italia y España neutrales.

---

(1) Duclos, págs. 118-120.
(2) Ibíd.
(3) Charles de Gaulle, *Memorias de guerra*, III, 174.

El 1 de septiembre de 1939, un comunicado del Gobierno fascista anunciaba la «no beligerancia» de Italia, éxito del que la Santa Sede podía «vanagloriarse —escribe el Embajador Charles-Roux— por haber tenido en él una parte considerable». Sin embargo, no era más que un *statu quo* cuya fragilidad no podía disimularse, y había que transformar en una declaración formal de neutralidad. Muchos indicios podían ya hacer suponer que Mussolini, impaciente por desempeñar un papel correspondiente a su ambición, no vacilaría en atacar a Francia si Alemania llegase a infligirle serios reveses.

El Padre Santo multiplica, pues, los mensajes y misiones al Duce, a Ciano, al Rey, al nuevo Embajador de Italia ante el Vaticano, Alfieri, durante el otoño e invierno 1939-1940. Lo mismo en un plano más elevado todavía, en su primera encíclica *Summi Pontificatus* —20 de octubre de 1939—, Pío XII insiste en los beneficios que la paz procura a Italia y refuta el totalitarismo hitleriano para aumentar la desconfianza que el *Pacto de acero* inspira al Rey, a Ciano y a la inmensa mayoría del pueblo italiano. Tampoco habría que olvidar las condenas pontificias de las agresiones y atrocidades alemanas perpetradas durante el mismo período. Los días 21 y 28 de diciembre de 1939, cuando el Sumo Pontífice y la pareja real italiana, acompañada de Ciano, se hacen mutuas visitas, la opinión de Italia y la mundial no se engañan sobre el alcance solemne de esos gestos protocolarios.

La diplomacia vaticana encuentra al mismo tiempo un valioso aliado y de importancia en el Presidente de los Estados Unidos. El Papa acoge con profunda alegría el envío de un representante personal de Roosevelt ante la Santa Sede, Myron C. Taylor. Tres años antes, con motivo de la legación del Cardenal Pacelli a los Estados Unidos, ambos estadistas habían manifestado la identidad sustancial de sus opiniones sobre la reconstrucción del mundo. ¿Acaso Roosevelt no había calificado al legado de «bueno y viejo amigo»? Pío XII subraya «su alegría agradecida y creciente confianza» en su mensaje de Navidad de 1939. La iniciativa americana —dijo— es «un gesto ejemplar de solidaridad calurosa y fraternal entre el Nuevo y el Antiguo Mundo para oponerse al viento helado de las tendencias ateas y anticristianas, agresivas y destructoras». Myron C. Taylor llega a Roma a fines de febrero de 1940, y el 18 de marzo Sumner Welles, Vicesecretario de Asuntos Exteriores, celebra una entrevista con el Sumo Pontífice. Se concierta un plan de acción para mantener al Gobierno italiano neutral.

Mas el 17 de marzo, a raíz de la entrevista de Brennero entre los dos dictadores, Mussolini está casi decidido a la guerra; más delirante de orgullo y más anticlerical que nunca, ya no escucha los consejos de su yerno. La victoria alemana en Noruega aumenta más su belicismo y eleva una protesta oficial contra el pacifismo de la Santa Sede, la cual no se deja intimidar. Finalmente, el 24 de abril, Pío XII realiza una suprema tentativa: escribe a Mussolini una carta autógrafa para suplicarle que ahorre a Europa y a Italia —«nuestro amado país»— «tan gran calamidad» *(una così grande calamità)*. Las protestas del Gobierno italiano contra las manifestaciones pontificias por la paz no im-

piden que el Padre Santo se una el 5 de mayo a una inmensa muchedumbre que ora por la paz en la iglesia de Minerva. Al otro día aprovecha la visita del Príncipe Humberto, General del Ejército, para exponerle que Francia está dispuesta a ciertas concesiones y que los Estados Unidos ofrecen a Italia ventajas económicas.

Pero la suerte estaba echada y Mussolini resuelto a participar en la pitanza con su cómplice. El desastre francés le dio la oportunidad, tan impacientemente esperada: el 10 de junio de 1940 Italia declaraba la guerra a Francia. Para desgracia de Italia, los esfuerzos del Padre Santo habían fracasado por culpa del dictador.

La Santa Sede se esforzaría ahora en persuadir a España que mantuviese la neutralidad, tan querida para el corazón del Papa como preciosa para los adversarios del Eje. La guerra civil había terminado el 1 de abril; había durado novecientos ochenta y seis días y causado 1.200.000 muertos. Jefe victorioso de una nación exhausta, el General Francisco Franco Bahamonde levantaría un Estado «que aplicará —declaró desde 1937— las fórmulas corporativas y terminará con las instituciones liberales que envenenaron al pueblo». Después de terminar las hostilidades, Pío XII le dirigió un mensaje personal y un llamamiento en favor de la pacificación. El Caudillo condujo la guerra como paladín de la Iglesia, pero se había beneficiado de la amplia ayuda del Reich. Su reconocimiento al Führer no era obstáculo para honrar al Papa.

La «España Católica» y su Jefe sólo podían sentir aversión hacia la doctrina nacionalsocialista, tan pagana, que la encíclica *Summi Pontificatus* condenaría una vez más directamente. Franco y su pueblo tampoco eran insensibles a la desgracia de Polonia, Estado y nación católicos. La prensa española era su caluroso intérprete; al rechazar la agresión soviética, su blanco era tanto el aliado de Stalin como el mismo dictador rojo. Finalmente, España que salía de una guerra atroz, necesitaba reponer sus fuerzas y no se sentía muy dispuesta a correr una nueva aventura uniendo sus armas a las del Eje, por apremiantes que fuesen las invitaciones que le llegaban de Roma y de Berlín.

Ni el protocolo firmado en Hendaya el 23 de octubre de 1940 por los dos estadistas, ni las conversaciones de Bordighera el 21 de febrero de 1941 entre el Caudillo y el Duce llamado en auxilio de su socio alemán, no consiguieron decidir a España a consentir que los ejércitos alemanes atacasen Gibraltar desde el territorio español. Tampoco tuvieron éxito otras gestiones, con gran contrariedad, e incluso furor de Hitler y de Himmler, los cuales atribuyeron su fracaso a la «nefasta influencia de la Iglesia [que] se manifiesta en España donde el Vaticano orienta al país en un sentido hostil al Eje» (1). Esta declaración, por amarga que sea, es preciosa y constituye una prueba, entre tantas otras, de la actividad de la Santa Sede en favor de la paz.

Cuando vemos que en mayo y junio de 1941 Ciano insiste ante Serrano Suñer, Ministro español de Asuntos Exteriores, para intentar en vano atraer

---

(1) Padellaro, o. c., págs. 308-309.

a España al juego del Reich que se preparaba para atacar a la U. R. S. S., su aliada de ayer, y a la Santa Sede otorgar en ese mismo momento al Caudillo el privilegio de presentación al Papa en el nombramiento de los Obispos, en atención a «los méritos contraídos por la nueva España con la Iglesia», «uno está naturalmente obligado a pensar... que conviene, para explicar la neutralidad española, considerar en su justo valor la acción diplomática discreta de la Santa Sede mantenida perseverantemente de 1937 a 1942» (1).

¿Se forjó Pío XII algunas ilusión sobre la eficacia diplomática? No es imposible. Había participado en la diplomacia de la Santa Sede en primer plano bajo Benedicto XV como Nuncio en Alemania y como Secretario de Estado de Pío XI. Su propia elección fue como un triunfo, pues tantas esperanzas se ponían en él para asegurar la paz; nunca se vieron tantas misiones extraordinarias ante la Santa Sede, codo a codo con las embajadas y legaciones de los Estados que mantenían relaciones normales. Si el Pontífice elegido el 2 de marzo de 1939 «podía sentir la tentación de exagerar un tanto su influencia real..., se percataba del crédito moral de que gozaba la Santa Sede y de la obligación que tenía de utilizarlo al máximo para conjurar esa calamidad» (2).

Por ello, declarado el conflicto, el Papa se abstiene de toda «ofensiva diplomática» en favor de la paz, pero por discreta que sea su actitud, quiere esforzarse por conducir a los pueblos «a concertar una paz honrosa para todos conforme a la conciencia humana y cristiana, una paz que proteja los derechos vitales de cada uno y salvaguarde la seguridad y tranquilidad de las naciones» (3). Dicho texto data de los primeros días de la guerra. La misma idea fundamental la hallamos en todos los documentos, tanto diplomáticos como doctrinales, de su Pontificado desde el comienzo de las hostilidades hasta el final, e incluso después. A medida que transcurrían los meses y luego los años, «ofensivas de paz» —si ambas palabras no son incompatibles— acompañaron en la oscuridad a las de los ejércitos y mediaciones pontificias, recordaron que condiciones demasiado rigurosas sólo pueden inspirar el odio a quienes se quiere imponerlas. Así es como en el momento en que la Wehrmacht retrocede en todos los frentes, *L'Osservatore Romano* del 5 de agosto de 1944 se pregunta qué impide detener la contienda. Pero no es para tratar de salvar al Reich, puesto entre la espada y la pared, pues el Sumo Pontífice añade al punto que «la espada puede y, a veces, desgraciadamente, debe abrir el camino que lleva a la paz», y «la amenaza de la espada... puede parecer inevitable..., incluso después de concertar la paz para garantizar el cumplimiento de las obligaciones justas y prevenir nuevos conflictos» (4). El mismo pensamiento se encontrará en los mensajes pontificios en los que se enuncian los principios de una paz

(1) Duclos, o. c., págs. 117-118.

(2) Aubert, *Su Santidad Pío XII* (La *Revue nouvelle,* noviembre de 1958).

(3) Respuesta al Embajador de Bélgica ante el Vaticano, 14 de septiembre de 1939, citada por Duclos, o. c., págs. 120-121.

(4) Citado por Duclos, o. c., pág. 127.



Pío XII (1939-1958), noble, de una austeridad monacal, dotado de una capacidad poco corriente de trabajo, el Papa de la soledad al mismo tiempo que de las innumerables audiencias, en el momento de un paseo por los jardines del Vaticano. Roma



Pío XII recibe a los fieles en audiencia. Vaticano. Roma. Fotografía



Pío XII en la procesión del Corpus del Año Santo de 1950. Roma. Fotografía



La más alegre audiencia de un Papa, como jamás la hubo, reunió a todos los colegiales romanos en el patio del Belvedere, en el Vaticano, con ocasión de los cincuenta años de sacerdocio de Pío XII. Cada niño ofrendó a Su Santidad un ramo de flores. Fotografía León de Matt. Buochs



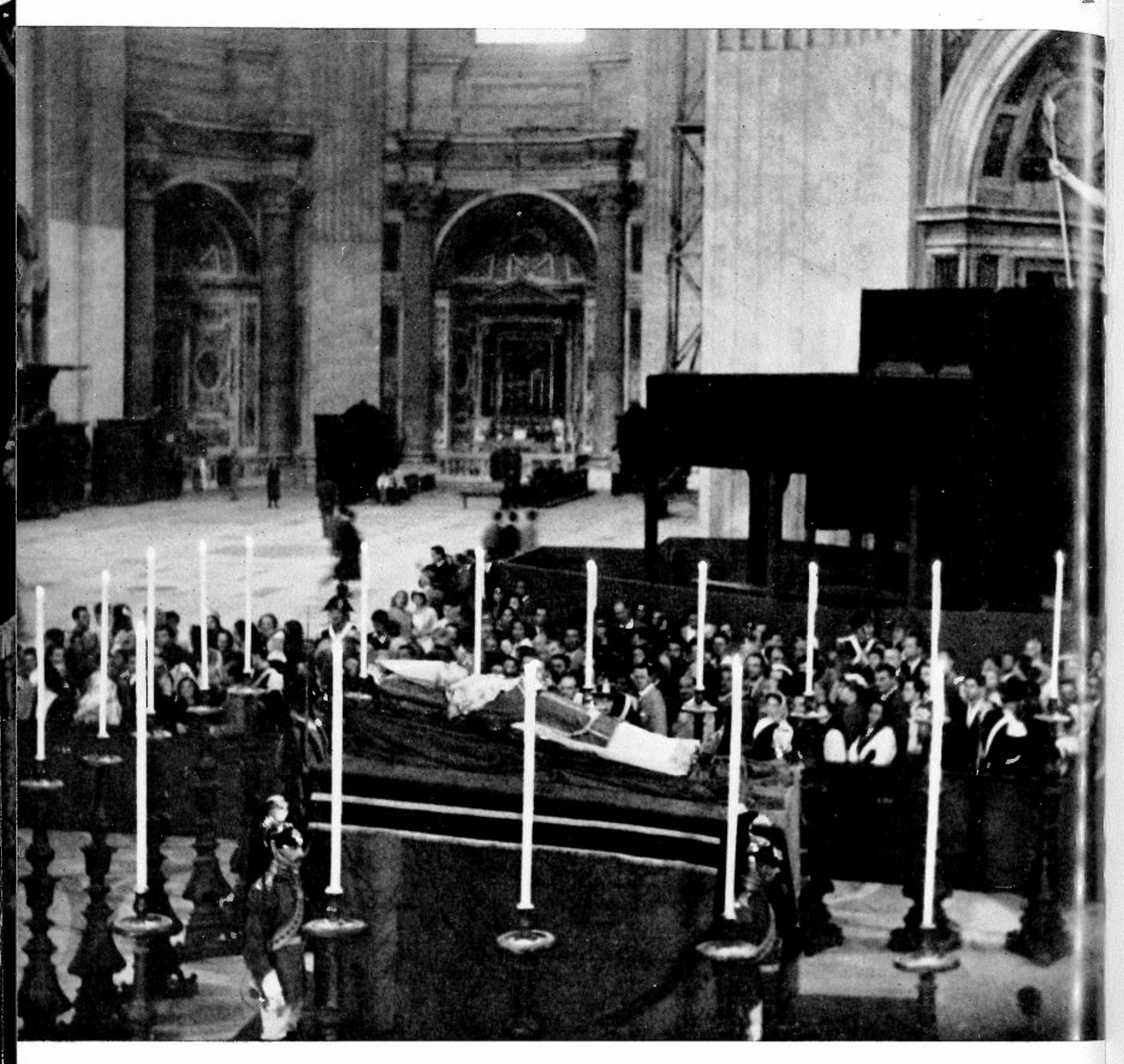
Pío XII recibe la visita de tres diplomáticos en funciones (de rodillas) con ocasión del Año Nuevo. Fotografía de León de Matt. Buochs



Pío XII canta en el coro de San Pedro de Roma la oración con motivo de una de tantas canonizaciones del Año Santo de 1950. Fotografía de León de Matt, Buochs



Última fotografía de Pío XII tomada en la residencia pontificia estival de Castelgandolfo, el verano de 1958, con ocasión de una audiencia de peregrinos



El cadáver de Pío XII fue expuesto en la basílica de San Pedro del 10 al 12 de octubre de 1958. Más de medio millón de fieles desfilaron ante el catafalco

justa y duradera y la necesidad de las sanciones prescritas por una comunidad orgánica de pueblos. «Una paz verdaderamente digna de Dios y de los hombres», como todavía manifiesta el Papa en junio de 1947, ha de inspirarse en la caridad, pero exige la justicia.

Por idéntica razón y, aunque a primera vista parezca lo contrario, el Vaticano se abstuvo de iniciar contra cualquiera «cruzadas ideológicas», antibolcheviques o antinazis. Sin volver a examinar tales ideologías, condenadas explícitamente por Pío XI, nos limitaremos a recordar que Pío XII se opuso a ello por doble motivo: «Sin duda, el Papa discierne mejor que nadie el aspecto ideológico y religioso del conflicto. Pero sabe también que este aspecto, lejos de ser exclusivo, va unido a un conjunto de móviles de orden político, económico y militar. ¿Puede comprometer la causa de la Iglesia con intereses estrictamente temporales? Suponiendo, incluso, que pudiera aislarse el punto de vista netamente religioso, ¡cuántas conciencias turbadas, cómo se rompería la unidad católica y, todo ello, provocado por una condenación cuya víctima sería uno de los bandos! Considerándose libre de toda responsabilidad, el otro bando explotaría el veredicto para minar la moral de los adversarios. En la nación condenada, clero y fieles se hallarían ante el cruel dilema de tener que desautorizar al Sumo Pontífice o renegar de los jefes de su patria» (1).

Se ha censurado al Papa haber sido más severo con el bolchevismo que con el nazismo. Un atento examen de las protestas y condenaciones pronunciadas contra los excesos y atrocidades de los soviéticos y del Tercer Reich demuestra que las circunstancias y situaciones jurídicas diversas de la Santa Sede frente a los dos Estados bastan para explicar su actitud (2).

En conjunto, en sus esfuerzos por impedir la guerra y por humanizarla; con su condena absoluta de la guerra de agresión de 1941; en su lucha incesante contra la guerra *total* y las persecuciones *totalitarias;* al conseguir que Roma fuese declarada «Ciudad abierta» y, ejerciendo el derecho de asilo en la Ciudad del Vaticano durante la ocupación alemana, por todas sus obras y misiones caritativas, sus orientaciones morales para un orden internacional —que expondremos más abajo—, el Sumo Pontífice cumplió sin desfallecer su triple misión de testigo de la verdad, custodio del Derecho y de la moral y de Apóstol de la caridad supranacional.

DOCTOR DEL ORDEN INTERNACIONAL

La doctrina de Pío XII y su acción política nunca pueden disociarse. Nos hemos visto obligados por el orden cronológico de los acontecimientos a exponer aquí las tesis fundamentales de su primera encíclica, *Summi Pontificatus,* publicada menos de dos meses después de comenzar las hostilidades, y la alo-

(1) Ibíd., pág. 128.
(2) Ibíd., pág. 129 y *passim.*

cución del 24 de diciembre de 1939 que la completa; mensaje al mundo en el que el Papa expone por primera vez los postulados de una paz justa y duradera. El pensamiento de Pío XII expresado en dicho documento —que desarrollará en muchos otros mensajes— constituye un sistema teológico, filosófico, jurídico y moral riguroso, matizado y sin fisuras. La tarea que se había asignado y la gran miseria del mundo exigía construir un verdadero *orden internacional.* Con razón se aclamó a la *Summi Pontificatus* como la verdadera «carta de la moral internacional», que echa las bases del edificio doctrinal del Pontífice en los mismos comienzos del conflicto universal. Los mensajes de Navidad y otros documentos más que se añadirán a la encíclica serán otros tantos «fundamentos sucesivos» del mismo y grandioso monumento. *Opus iustitiae pax,* ¿no es acaso la regla de oro del Pontificado? (1).

Pío XII pone la *Summi Pontificatus,* su primera encíclica, «bajo el signo de Cristo Rey» en un espíritu de *comunidad humana.* Al denunciar los estragos del agnosticismo religioso y moral, recuerda los principales errores y sus consecuencias: la negación de una regla de moralidad universal, la exclusión de Cristo de la vida pública y la reaparición del paganismo, la imposibilidad de restablecer un orden estable por falta de un ideal común. Dos errores capitales son especialmente nocivos para la sociedad: el funesto olvido de la ley de solidaridad humana y de la de caridad, la independencia absoluta de la autoridad civil respecto a Dios, cuyas consecuencias son el absolutismo y, pese a todo, la ruina de la autoridad. «La concepción que atribuye al Estado una autoridad es un error, no sólo nocivo a la vida interna de las naciones..., sino perjudicial también a las relaciones entre los pueblos, pues rompe la unidad de la sociedad supranacional, quita su fundamento y valor al Derecho de gentes, abre la puerta a la violación de los derechos ajenos y dificulta el entendimiento y la vida común en paz. El género humano... está unido por lazos mutuos, morales y jurídicos en una gran comunidad ordenada al bien de todas las naciones y regulada por leyes especiales que protegen su unidad y desarrollan su prosperidad.» Y prosigue: «El nuevo orden del mundo, de la vida nacional e internacional, una vez apaciguadas las amarguras y crueles luchas actuales, ya no deberá asentarse en la arena movediza de normas cambiantes y efímeras dependientes de las decisiones del egoísmo colectivo o individual. Esas normas habrán de apoyarse en el fundamento inquebrantable, en la roca infrangible del Derecho natural y de la Revelación divina... La reeducación de la humanidad, si ha de tener alguna eficacia..., ha de partir, por consiguiente, de Cristo como de su fundamento indispensable, realizarla la justicia y coronarla la caridad» (2).

Un homenaje a Polonia se desprende de las últimas páginas de la encíclica: «La sangre de innumerables seres humanos, incluso no combatientes,

(1) Hemos seguido los textos y comentarios del Abate Émile Marmy, *La Communauté humaine selon l'esprit chrétien,* Friburgo-París, 1949.

(2) Duclos, o. c., pág. 70, y todo el cap. II de la 1.ª parte.

levanta un punzante grito de dolor, especialmente en una querida nación, Polonia, que por su fidelidad a la Iglesia, sus méritos en la defensa de la civilización cristiana... tiene derecho a la simpatía humana y fraterna del mundo.» Lo cual era, aun sin decirlo expresamente, la condena de la acción nazi como injusta agresión; los pueblos situados en ambos bandos no se engañaron (1).

Esta «paz de Cristo en el reino de Cristo», que invocaba el predecesor de Pío XII tras la primera guerra mundial, es proclamada otra vez al principio de la segunda hecatombe. La noción de «bien común» se deduce de las palabras pontificias y se identifica con la «verdadera paz», «tranquilidad en el orden», según San Agustín y Santo Tomás, destinada a garantizar la seguridad de los Estados y a promover un orden de Derecho. Por eso las directrices de Pío XII para un orden internacional pueden agruparse «en torno a tres elementos del bien común o de la paz verdadera: el ideal internacional, la existencia y seguridad de las naciones, la instauración de un orden jurídico reconocido por todos los pueblos» (2).

Éste es «el nuevo orden del mundo» y no el que prometían a los pueblos los tiranos idólatras del Estado o del mito de la raza y de la sangre. Y ¿cómo no sentirse impresionados por la evidencia de que la unidad del género humano, tema de una parte de la *Summi Pontificatus*, adquiere una nueva y persuasiva hondura con el dogma del Cuerpo Místico de Cristo? La encíclica *Corporis Mystici* es del 29 de junio de 1943, pero toma su principio y sustancia de la epístola de San Pablo a los colosenses I, 24: «Confiamos en que, incluso a los separados del seno de la Iglesia Católica, no desagradará ni será inútil nuestra exposición del Cuerpo Místico de Cristo. Pues... si dirigen su mirada a la Iglesia, si contemplan la unidad que tiene de Dios —y une a Cristo con vínculo fraternal a los hombres de cualquier raza— se verán obligados entonces a admirar esta sociedad inspirada por el amor y se sentirán atraídos, impulsados por la gracia divina, a unirse a esta unidad y caridad» (3).

El bien común, fin esencial de la sociedad —la familia, el Estado, la Sociedad de los Estados—, la unidad del género humano, la solidaridad universal es tema constante en la pluma del Sumo Pontífice durante y después de la guerra. Los radiomensajes de Navidad de 1939 a 1944 constituyen «un cuerpo homogéneo de doctrina política internacional» (4). Son *In questo giorno* (1939), *Grazie* (1940), *Nell'alba* (1941), *Con sempre* (1942), *Benignitas* (1944). Los tres primeros tienen por objeto el orden cristiano internacional; el cuarto está consagrado al orden cristiano interior de las naciones. Cada mensaje, exceptuando *Benignitas*, contiene cinco puntos (5): era la primera vez que un Papa de los tiempos modernos abordaba cuestiones con tanta amplitud y precisión.

(1) Marmy, o. c., pág. 818. Duclos, o. c., pág. 55.
(2) Duclos, o. c., pág. 70, y todo el cap. II de la 1.ª parte.
(3) Marmy, o. c., pág. 716, y nota de las págs. 852-853.
(4) Ibíd., pág. 851.
(5) Monseñor Charles Journet, *Exigences chrétiennes en politique*, París, 1945.

El mensaje de Navidad de 1939 enuncia cinco puntos fundamentales para una paz justa y duradera: 1.°, el derecho a la vida y a la independencia de todas las naciones, grandes y pequeñas, poderosas o débiles; 2.°, la reducción progresiva de armamentos, no sea que la fuerza material, en vez de servir al Derecho, se erija en tiranía; 3.°, la creación de instituciones jurídicas aptas para garantizar la fiel y leal aplicación de los convenios y en caso de necesidad para revisarlas y corregirlas; 4.°, un examen benévolo de las verdaderas necesidades y justas demandas de las naciones, así como de las minorías étnicas; 5.°, la aparición en los que dirigen los destinos de los pueblos y en éstos, de un espíritu nuevo, capaz de dar fuerza obligatoria a la letra muerta de los reglamentos internacionales y de disponer las constituciones humanas conforme a las normas santas e inquebrantables del Derecho divino. El mensaje se termina con calurosas acciones de gracias al Presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, que acababa de designar a Myron Taylor representante suyo ante la Santa Sede. El Papa proclama, en este «gesto noble y generoso del Jefe eminente de nación tan grande y poderosa», una «contribución importante y alentadora para nuestros esfuerzos por establecer una paz justa y honrosa» (1).

(El 24 de diciembre de 1945 el radiomensaje al Sacro Colegio, *Negli ultimi*, repite el tema de 1939 y recuerda en su última parte los tres presupuestos morales fundamentales de una paz cierta y duradera: buena voluntad recíproca; no crear artificialmente una opinión pública; renunciar al totalitarismo. Se reprueba igualmente la injusta y dura condición de innumerables prisioneros de guerra y detenidos políticos. Leyéndolo se piensa inevitablemente en el lema *Opus justitiae pax*, que expresa toda la obra de un Pontificado dedicado a restaurar el orden. Cuanto más se meditan los documentos pontificios, tanto más se evidencia la síntesis y unidad de su pensamiento) (2).

En 1940, el Papa enuncia las cinco condiciones indispensables del orden nuevo: 1.ª, victoria sobre el odio: deber de amor fraterno; 2.ª, victoria sobre la desconfianza: deber de fidelidad; 3.ª, victoria sobre el principio de que la utilidad es la norma y la fuerza la causa del Derecho: deber de honradez; 4.ª, victoria sobre las desigualdades económicas demasiado escandalosas: deber de equidad; 5.ª, victoria sobre el egoísmo: deber de solidaridad. «Sólo con tales disposiciones de ánimo se podrá dar a la fascinante expresión de *orden nuevo* un contenido hermoso, digno, estable, apoyado en las normas de la moral. Únicamente en esas condiciones se evitará el peligro de concebir y de formar este orden nuevo como un mecanismo puramente externo, impuesto por la fuerza, un orden insincero, carente de pleno consentimiento, alegría, paz, dignidad y valor» (3).

He aquí, en 1941, los cinco presupuestos de una organización internacional fundada en principios morales: 1.°, no agresión contra las libertades y la vida

(1) Marmy, o. c., pág. 646.
(2) Ibíd., págs. 660 y sigs.
(3) Ibíd., pág. 656.

de los Estados, incluso los débiles; 2.°, no oprimir minorías nacionales; 3.°, ni egoísmo acaparador de las riquezas económicas; 4.°, terminar con la carrera de los armamentos; 5.°, acabar definitivamente con la persecución religiosa. «Dios nos es testigo —concluye el Pontífice— de que amamos con igual afecto a todos los pueblos, sin ninguna excepción, y para evitar hasta las apariencias de que nos guía el espíritu partidista es por lo que hasta ahora nos hemos impuesto la mayor reserva, pero las disposiciones contra la Iglesia y los fines que se proponen son tales actualmente, que Nos nos sentimos obligados, en nombre de la Verdad, a decir unas palabras para evitar también que se vean desgraciadamente perturbadas las almas de los fieles» (1).

El mismo año 1941, el 1 de junio, en la fiesta de Pentecostés y para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la encíclica *Rerum Novarum*, el Papa dirigía al mundo un radiomensaje *(La Solennità)* en el que recordaba que la sociedad está al servicio del bien común y que la riqueza pública no proviene tanto de la abundancia de los bienes cuanto de su justa distribución (2).

El *orden interior de las naciones*, en el que la paz social entra como elemento esencial, va unido indisolublemente a las relaciones internacionales. Es el tema que Pío XII desarrolló la víspera de Navidad de 1942 exponiendo los cinco puntos fundamentales para el orden y pacificación de la sociedad humana: 1.°, el respeto a la dignidad y derechos de la persona humana; 2.°, la defensa de la unidad social y especialmente de la familia; 3.°, la dignidad y prerrogativas del trabajo; 4.°, la reconstitución del orden jurídico; 5.°, la concepción cristiana del Estado. «El origen y fin esencial de la vida social es la conservación, desarrollo y perfeccionamiento de la persona humana» (3).

La defensa de la dignidad y derechos de la persona humana, de la unidad social y, especialmente, de la familia, la hallamos en la alocución pontificia *Questa grande* del 21 de octubre de 1945 a las mujeres italianas, que complementa el documento de Navidad de 1942. El papel de la mujer en la vida social y política, su deber de participar en ella en la hora presente, en la que se trata de reformar los fundamentos de la sociedad, su influencia mediante el voto son elementos esenciales de la realización de la paz social. La dignidad de la mujer y de la familia, lejos de sufrir detrimento, será realzada, por el contrario, si las condiciones sociales y políticas son las exigidas por la moral y el Derecho natural (4).

En la misma perspectiva del mensaje de Navidad de 1942 se sitúa la alocución consistorial *La Elevatezza*, de 20 de febrero de 1946. Al saludar a los treinta y dos nuevos Cardenales de la promoción de Navidad de 1945, en la que estaban «representados el mayor número posible de procedencias y pueblos», afirmando así «la universalidad de la Iglesia» (5), Pío XII ensalza dos

(1) Ibíd., págs. 686-687.
(2) Ibíd., págs. 433 y sigs.
(3) Ibíd., pág. 509.
(4) Ibíd., págs. 490 y sigs.
(5) Radiomensaje del 24 de diciembre de 1945, Marmy, o. c., pág. 771.

meses después su supranacionalidad y unidad universal. Queda establecido el número de Cardenales fijado en setenta por Sixto V en 1586, y el número de los no italianos prevalece con mucho sobre el de los italianos. La influencia de la Iglesia sobre el fundamento de la sociedad humana en las múltiples relaciones de la solidez, seguridad, cohesión, equilibrio, igualdad y desarrollo normal de las naciones en el espacio y en el tiempo, aparece así muy consolidada. ¿Acaso el mismo Cristo, Fundador de la Iglesia, no es el supremo garantizador de esta influencia e irradiación sobre la sociedad humana y sobre la civilización? Esté, pues, siempre presente en el hombre «el recuerdo del Gólgota, el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad» (1).

La condición humana, la dignidad humana consideradas en todos sus aspectos —personal, social, nacional e internacional— son objeto de las consideraciones expuestas y, ¡con qué fuerza persuasiva!, en la encíclica *Summi Pontificatus*, así como en todos los mensajes e intervenciones de diversa índole de Pío XII. Con motivo de la solemnidad de Navidad de 1944, la sexta Navidad de guerra, el Padre Común de los fieles, al comprobar que «la tendencia hacia la democracia penetra cada vez más en los pueblos y logra, en gran medida, el sufragio y consentimiento de los que aspiran a colaborar más eficazmente en el destino de los individuos y de la sociedad», dirige el radiomensaje *Benignitas* a los pueblos de todo el mundo (2). Evocando la encíclica *Libertas*, de León XIII —20 de junio de 1888—, Pío XII cita estas líneas: «No es ilícito preferir los Gobiernos moderados de régimen popular, con tal de que se respete la doctrina católica concerniente al origen y uso del Poder público», y «la Iglesia no rechaza ninguna forma de Gobierno con tal de que sea apta para procurar el bien de los ciudadanos».

Enumerando luego las condiciones de la *verdadera democracia* por parte de los ciudadanos y de los detentadores del Poder, y disipando todo equívoco, Pío XII distingue precisamente el *pueblo* de la *masa* y destaca la *consciencia* del primero y la *inconsciencia* de la segunda, insistiendo en la madurez moral de los ciudadanos. También señala con no menor fuerza que la organización internacional de los pueblos es una exigencia interna de la democracia: «¿Hasta qué punto estarán penetrados los representantes y adelantados de la democracia, en el curso de sus deliberaciones, de la convicción de que el orden absoluto de los seres y de los fines, que tan reiteradamente hemos recordado, incluye asimismo una exigencia moral y, como coronamiento del desarrollo social, la unidad del género humano y de la familia de los pueblos?» E insiste: «Del reconocimiento de este principio depende el futuro de la paz.»

Para dar a la paz una organización eficaz, el Papa pide que la comunidad orgánica de los Estados por crear, ejerza sobre los Estados una autoridad real, pero de tal modo que cada miembro conserve el mismo derecho a una soberanía relativa. La condición, *sine qua non*, de esta organización de la paz es

(1) Marmy, o. c., pág. 783.
(2) Ibíd., o. c., págs. 525 y sigs.

la *supresión de la guerra de agresión:* «Un deber, por lo demás, se impone a todos, un deber que no admite ningún retraso, ninguna tergiversación: hacer todo lo posible para excluir y desterrar de una vez para siempre la guerra de agresión como solución legítima de las controversias internacionales y como instrumentos de las aspiraciones nacionales. Hemos visto en el pasado muchas tentativas en ese sentido. Todas fracasaron. Todas fracasarán siempre hasta que la parte más sana del género humano tenga por fin la firme voluntad sanamente obstinada como un deber de conciencia de realizar la misión iniciada en épocas pasadas, pero sin suficiente espíritu de decisión» (1). No se puede ser más explícito ni apremiante.

Habiendo evocado a continuación el ardiente deseo de paz de una humanidad atormentada por la guerra —«si alguna generación sintió en el fondo de su conciencia el grito de "guerra a la guerra" es, sin duda, la actual»—, el Papa formula la tarea primordial del presente: «la formación de un organismo encargado de mantener la paz, organismo investido por el consentimiento común de una autoridad suprema y cuyo cometido sería también ahogar en germen toda amenaza de agresión aislada o colectiva». Y descubriendo todo su pensamiento, afirma: «Nadie podrá saludar esta evolución de la realidad con más alegría que quien desde hace mucho tiempo defiende el principio de que *la teoría de la guerra como medio idóneo y adecuado a la solución de los conflictos internacionales ya está superada*» (2).

Empero, el Sumo Pontífice se cuida de no olvidar que la organización internacional, aunque esté en vías de realizarse, aún no es más que un ideal: la Sociedad de Naciones, fundada en 1919, había muerto, y la Organización de las Naciones Unidas (O. N. U.) nació en 1945 en la conferencia de San Francisco. La perspectiva del orden futuro no puede ser, por consiguiente, la única válida, y Pío XII no podrá por menos de indicar en ulteriores mensajes orientaciones sobre el *derecho de la guerra* contemporáneo referente a las situaciones actuales, aunque superadas *de iure.* Por eso, en sus mensajes de la posguerra, sobre todo el de Navidad de 1948, considera la amenaza de guerra contemporánea en sus dimensiones *atómicas;* y ante esa pavorosa realidad, lejos de complacerse en las visiones reconfortantes del orden futuro, se lanza al combate contra los perturbadores actuales de la frágil paz mundial... Cerrando el paso tanto al belicismo como al pacifismo ingenuo, Pío XII afirma claramente la *Voluntad cristiana* de paz que pone la fuerza al servicio del Derecho (3).

---

(1) Ibíd., pág. 536.

(2) Ibíd., pág. 536.

(3) Duclos, o. c., pág. 207: «¿Se puede hablar todavía de guerra justa?» Véase, asimismo, en la revista *Documents,* París, mayo-junio, 1959, el artículo del reverendo padre Grundlach, S. J., *Su Santidad Pío XII y la guerra atómica,* y la réplica de Peter Nellen, Diputado cristiano-demócrata del Bundestag de la República Federal Alemana: *Al margen del armamento atómico.*

En todo este asunto de la organización de la paz se repite continuamente el mismo pensamiento: la guerra sólo es comprensible en cuanto camino que lleva de un orden de paz perturbada a un orden de paz por edificar; no puede comprometerse sino en relación con la violación del Derecho (1).

Así, «el Papa que más contribuyó a la instauración del orden internacional, es también el que más insistió en el deber, terrible pero necesario, de oponerse por la fuerza a las agresiones injustas. Pero si se puede afirmar que el principio de la guerra defensiva parece reforzado, su aplicación se hace cada vez más difícil. Ante los estragos de la segunda guerra mundial y de las perspectivas atómicas, los moralistas exigen condiciones *cada vez más rigurosas.* Pueden agruparse en torno a tres nociones: injusticia, necesidad y proporción» (2). Desde luego no está vedado esperar que un día se verá libre de la guerra, y uno de los más imperiosos deberes de todos los hombres de «buena voluntad» es trabajar sin descanso para extirpar esta peste. Pero la diplomacia sola no podría evitar su execración; hay que repetir con Pío XII, doctor del orden internacional, que el *problema es ante todo de orden moral.*

Del análisis de los mensajes que acabamos de apuntar, se infiere a todas luces que Pío XII se sitúa a *escala mundial.* El pensamiento fundamentador que se deduce es que «el género humano debe unirse en el plano del Derecho natural, y que los cristianos animados por la caridad de Cristo deben ser los primeros en promover esta acción... Es una idea muy nueva y todavía no se ha comprendido su novedad». Aparece como trama de toda su obra, tanto doctrinal como política, y el Papa creyó un deber suyo estar presente «en todas las circunstancias del tiempo».

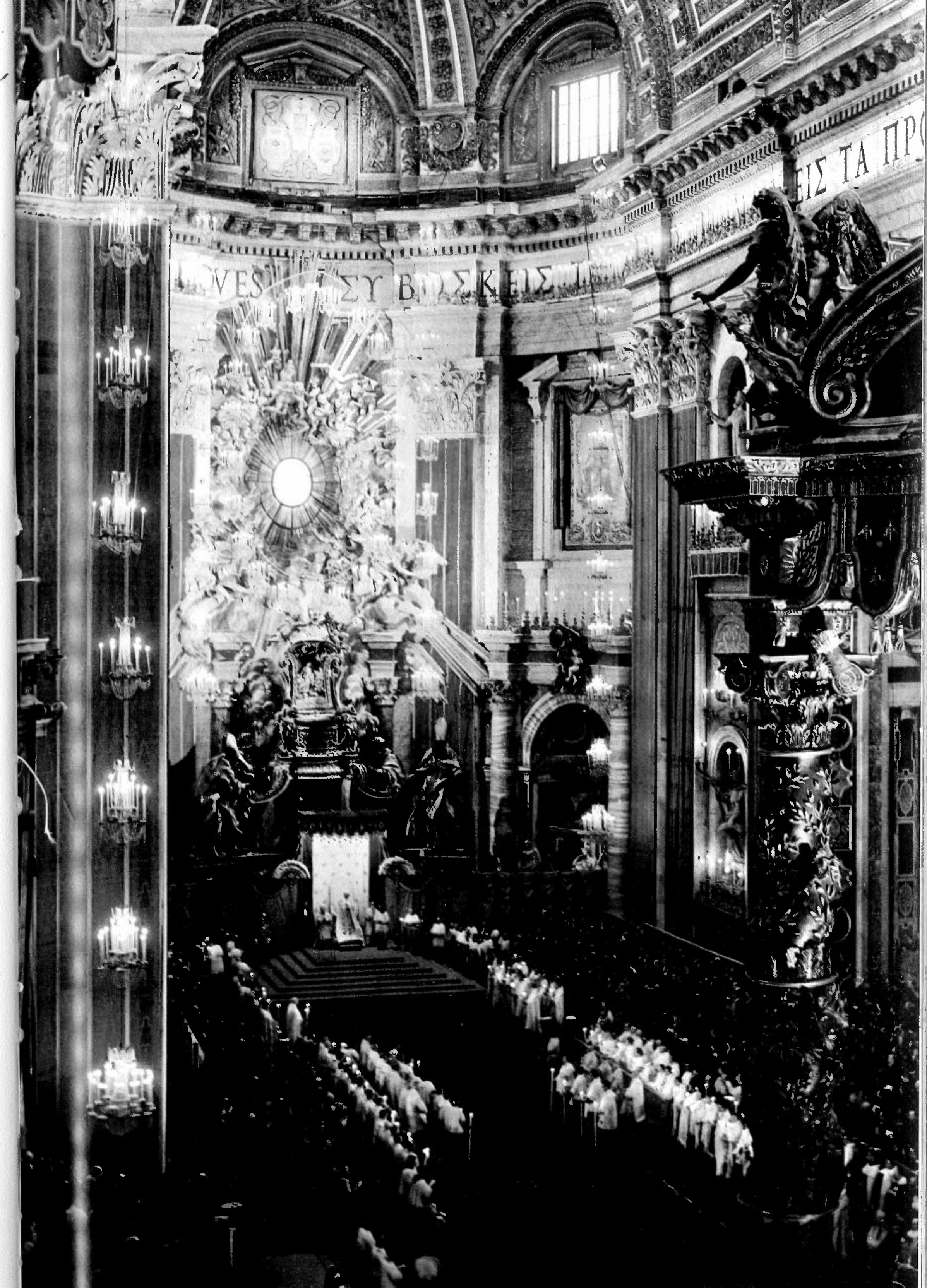
El problema de una comunidad de pueblos ya no es hoy el de una *República cristiana,* de un *orden cristiano* presididos por el Papa y el Emperador, idea que Europa se forjó en la Edad Media. «Estamos en presencia del *género humano,* del cual las cuatro quintas partes son extrañas a la Iglesia, y las circunstancias de nuestro tiempo exigen la pronta unión de todos esos pueblos, so pena de hundirse la civilización.» Europa, por otra parte, perdió la hegemonía tras dos guerras mundiales. Se la ha excluido, prácticamente, de Asia y de África; los imperios coloniales ya no son más que un recuerdo; acontecimientos de una amplitud y de un alcance sin precedentes en la perspectiva abierta por la física atómica se desarrollan ante nuestra mirada en todo el globo, a ritmo acelerado.

No ocurría así hace medio siglo. Todos los Papas de la época contemporánea trabajaron, sin duda, por la paz. Pero cuando León XIII, a fines del siglo pasado, daba su adhesión moral a la primera Conferencia de la Paz —de la que influencias hostiles a la Iglesia le mantenían al margen—, cuando

---

(1) Pío XII insistió una vez más en esta cuestión al recibir a los partidarios en el VI Congreso Internacional de Derecho penal, reunido en Roma en octubre de 1953, cf. *Documents,* pág. 276.

(2) Duclos, o. c., pág. 212.


ΕΙΣ ΤΑ

Pío XII (1939-1958) crea veinticuatro nuevos Cardenales. Fotografía de León de Matt. Buochs

Benedicto XV intentaba en vano su mediación por la paz en 1917 y Pío XI exhortaba a restaurar la paz de Cristo, ellos aún hablaban «de un punto de vista europeo, en función de una Europa de tradiciones cristianas, infiel quizá a sus tradiciones, pero a las que se la podía invitar a volver». Pío XII, situándose a escala mundial, piensa que la mayor parte del género humano «no puede ser invitado a volver a las tradiciones cristianas porque nunca fue cristiano» y que —como acabamos de poner de relieve—, *el género humano debe unirse en el plano del Derecho natural*, y los cristianos señalar el camino. En todos los terrenos —social, político, económico, nacional e internacional— se trata de una *doctrina del hombre*.

Es verdad, se dirá. Estamos de acuerdo, Pío XII es el «Papa de la Paz», pero nada consiguió; su diplomacia no impidió la guerra, sus protestas contra la violencia y la injusticia surtieron muy poco efecto, sus enseñanzas no fueron escuchadas, fue un fracaso en todos los órdenes.

¿En todos los órdenes? Sería un juicio demasiado simplista; sería admitir que el papel de un hombre se mide únicamente por los resultados tangibles e inmediatos conseguidos. Nos hallamos aquí en otro plano que en el de la política, donde ya subrayamos que Pío XII, por razón precisamente de su actividad diplomática, e incluso antes de ceñirse la Tiara, pudo hacerse ilusiones. «Las influencias morales sólo se perciben a lo largo de los siglos», y en el plano moral «apelando a los hombres de buena voluntad», ante los que se hace intérprete a la vez que les marca el camino, es como la Iglesia ejerce su acción. Bajo su Pontificado, la situación de la Santa Sede no tiene parangón, y en materia internacional impartió unas enseñanzas únicas en la Historia, una luminosa síntesis.

«La Iglesia —dijo su sucesor, Juan XXIII— siembra en un siglo y cosecha en el otro.»

PASTOR Y TEÓLOGO

Los ocho últimos años del Pontificado de Pío XII se señalaron por una especie de prudente reserva debida, en realidad, a nuevas investigaciones en el dominio del pensamiento católico. Entre 1943 y 1950 se sitúan las etapas más importantes del desarrollo teológico de la Iglesia: en 1943, la *Mystici Corporis* y *Divino Afflante Spiritu*, la *Mediator Dei* en 1947, la *Munificentissimus Deus* y *Humani Generis*, finalmente, en 1950.

La primera de estas encíclicas corona, en cierto modo, un período de desarrollo intenso de la doctrina del Cuerpo Místico. Pío XII se puso de parte de la mayoría de los teólogos, quienes consideraban al Cuerpo Místico como una doctrina de fe. Iglesia-Cuerpo Místico de Cristo: la verdadera doctrina, tal y como se infiere de la *Mystici Corporis*, «subraya la visibilidad de la Iglesia con ayuda del simbolismo de un cuerpo; excluye el naturalismo puro por su referencia a Cristo como Cabeza de la Iglesia y defiende el poder de jurisdicción de la Iglesia como plenamente compatible con su carácter es-

piritual» (1). La encíclica *Mystici Corporis* —29 de junio de 1943— no sólo recomendaba esta doctrina, sino que la explicaba y la establecía plenamente relacionándola con las fuentes mismas de la Revelación. Con relación a la Teología anterior, el Sumo Pontífice pondría de manifiesto dos características: por un lado, Pío XII insistirá en la unidad que se establece entre todos los miembros del Cuerpo, amén de la que existe entre cada uno de ellos y la Cabeza. Por otro, pondrá de relieve el hecho de que no sólo el Cuerpo necesita de la Cabeza, sino que la Cabeza necesita de la ayuda del Cuerpo. Así planteaba el problema de la participación de las responsabilidades del Sumo Pontífice por un sabia distribución de las tareas y por la oración de toda la Iglesia. La *Mystici Corporis* es un análisis teológico de las multiformes relaciones de la Iglesia en cuanto Cuerpo con Cristo, su Fundador y Cabeza, que la gobierna exteriormente por la jerarquía, e interiormente con su luz y santidad. La nueva aportación de Pío XII estribaba en el hecho de que las relaciones entre los miembros de este Cuerpo y, especialmente, entre la jerarquía y los laicos, pertenecían a la esfera de influencia de Cristo. La adhesión a Éste significaba, por lo mismo, sumisión leal a su Vicario en la Tierra. La encíclica definía, además, las condiciones de pertenecer plenamente a la Iglesia y dejaba abierto un camino que permitía expresar la relación de los no católicos con Roma; de hecho, el Papa deseaba salvaguardar la posibilidad de salvación para todos los hombres de buena fe, incapaces de modo insuperable de reconocer la necesidad de ingresar visiblemente en la Iglesia Católica.

Cuatro años más tarde —20 de noviembre de 1947—, con la encíclica *Mediator Dei*, Pío XII tenía empeño en tributar un homenaje al interés creciente suscitado por el auge de la Teología eucarística y el de la Liturgia. Pío XII realizó en este campo una serie de reformas y una obra que supera a la de todos sus predecesores. El punto más importante está en la definición misma de liturgia, y la encíclica *Mediator Dei* sustituye la antigua visión, según la cual la liturgia se reducía a una simple reglamentación ceremonial, por una nueva definición: liturgia es «el culto sacerdotal de Cristo que continúa la Iglesia, el culto público e íntegro del Cuerpo Místico en la Cabeza y los miembros» (2). La encíclica enumera, además, los elementos constitutivos de la liturgia como el sacrificio del altar, los sacramentos y la divina alabanza. Al perder su carácter meramente ceremonial, la liturgia se hace participación activa, que se dirige tanto a los pastores como a los fieles. Son también importantes los esclarecimientos que da acerca de las misas rezadas y celebraciones, que suscitaron algunas controversias en su tiempo —así como las orientaciones respecto al sacramento del Orden— y la posibilidad para un sacerdote de confirmar en caso urgente.

Seguirían a esta importante encíclica una larga serie de reformas: restablecimiento de la Vigilia Pascual *ad experimentum* (1951), obligatoria al mismo

---

(1) Monseñor H. Francis Davis, *La vida de la Iglesia bajo Pío XII*, pág. 51.
(2) A. M. Roguet, O. P., *La Pastorale liturgique*, pág. 115.

tiempo que se restauraba toda la Semana Santa por el decreto *Maxima Redemptionis Mysteria*, de 16 de noviembre de 1955; la constitución *Christus Dominus*, de 1953, que modificaba la legislación del ayuno eucarístico y autorizaba las misas vespertinas. Mencionemos también la importante encíclica *Musicae Sacrae* —25 de diciembre de 1955— y la instrucción de la Congregación de Ritos —3 de septiembre de 1958— que contenía el dispositivo práctico de la aplicación de esta última encíclica y de la *Mediator Dei*. Desde la *Mediator Dei* a esta Instrucción, Pío XII no cesó de dar a la liturgia un sentido pastoral, es decir: sin olvidar que la liturgia tiene como fin la gloria de Dios, se esforzó «por revalorizar más su alcance pedagógico para la formación cristiana de los fieles y la creación de comunidades orantes, unidas y vivas» (1).

Al proclamar el dogma de la Asunción por la *Munificentissimus Deus* —1 de noviembre de 1950—, Pío XII no tenía que arbitrar ninguna polémica entre católicos ni que rebatir ninguna negación o solucionar alguna duda; fue una definición de lo que constituía ya la fe explícita de la Iglesia. No por ello deja de ser verdad que puso de manifiesto la importancia del Pontificado del Papa teólogo. La Asunción se nos revela, en frase del reverendo padre M. J. Nicolas, O. P., como «una verdad teológica y no histórica, aunque se trate de un hecho acaecido realmente» y nosotros la conozcamos por la tradición viva de la Iglesia incluida en otras verdades —la Maternidad Virginal y la Inmaculada Concepción— que son de fe. La definición del nuevo dogma era, en realidad, la consecuencia lógica, la coronación y consagración de los privilegios de María; encadenamiento que la razón teológica había evidenciado laboriosamente, pero que la fe percibió antes muy intuitivamente.

La encíclica *Humani Generis*, «sobre ciertas opiniones erróneas que amenazan con minar los fundamentos de la doctrina católica», es del 12 de agosto de 1950. En la inmediata posguerra ciertos intelectuales católicos habían sentido la necesidad de una renovación general y se orientaban —a menudo exageradamente— hacia una más amplia apertura a los valores de fuera, las más de las veces «situados al margen del ámbito histórico privativo de la tradición católica y latina» (2). Por eso la encíclica, al mismo tiempo que subrayaba la apertura que han de tener los espíritus a las investigaciones e invenciones modernas, tenía empeño en precisar ciertas constantes de la fe cristiana frente a las filosofías modernas. Corresponde a la Iglesia —afirma el Papa, entre otras cosas— «no sólo custodiar e interpretar el depósito de las verdades reveladas por Dios, sino velar también sobre las ciencias filosóficas para que los dogmas religiosos no sufran menoscabo alguno de las falsas doctrinas». Según este modo de ver, la *Humani Generis* prescribe a la razón humana un cuádruple deber: demostrar con certeza la existencia de Dios, del Dios personal;

---

(1) Ibíd., pág. 118.

(2) Olivier Lacombe, *La vie de l'Église sous Pie XII*, pág. 83 (Edic. A. Fayard, París, 1959).

probar, partiendo de los signos divinos, los fundamentos de la fe cristiana; expresar la ley moral inscrita por el Creador en el corazón de los hombres y, finalmente, ponerse al servicio de la fe para facilitar cierto conocimiento de los misterios. «Pero este oficio sólo será cumplido bien y seguramente cuando la razón esté convenientemente cultivada, es decir, si hubiere sido nutrida con aquella sana filosofía, que es como un patrimonio heredado de las precedentes generaciones cristianas y que, por consiguiente, goza de una mayor autoridad, por que el mismo Magisterio de la Iglesia ha utilizado sus principios y sus principales asertos, manifestados y precisados lentamente, a través de los tiempos, por hombres de gran talento, para comprobar la misma divina revelación.» Sin suscitar el problema de la «filosofía cristiana», la *Humani Generis* establecía el principio de la formación de la razón por la *filosofía tradicional* y demostraba de modo oportuno que esta última, aunque fijaba los límites a la razón amplia, audaz y moderadamente, no por ello había de tildársela de racionalismo, como algunos afirmaban. Además, se afana por demostrar que esta filosofía tradicional es una verdadera *philosophia perennis,* realmente homogénea en su continuidad y perennidad y que progresa de manera incesante, de suerte que en el transcurso de los tiempos «la verdad contribuye a la verdad», lo cual se diferencia de una tendencia moderna que induciría a pensar que la filosofía progresa únicamente oponiendo inventos nuevos a los descubrimientos antiguos. Se reconoce igualmente una función privilegiada a la obra de Santo Tomás de Aquino en la elaboración de la *philosophia perennis.* En este sentido, Pío XII insiste en la formación de los jóvenes sacerdotes en las disciplinas filosóficas, definiendo la filosofía como «muy eficaz así para salvaguardar los fundamentos de la fe como para recoger útil y seguramente los frutos de un sano progreso».

ECUMENISMO

Para quien desee tener una visión global de las preocupaciones y realizaciones de la Iglesia en el terreno del ecumenismo bajo el reinado de Pío XII, ha de remitirse a lo hecho durante el Pontificado anterior. En lo tocante al Oriente, Pío XII hizo del retorno de las Iglesias separadas a la unidad cristiana, en especial de las ortodoxas, uno de los puntos esenciales y dominantes del programa de su Pontificado. Reorganizó el *Pontificio Instituto Oriental,* con la finalidad precisa de familiarizar al clero y al pueblo cristiano de Occidente con un conocimiento veraz de las tradiciones de nuestros hermanos orientales. Estimuló gran cantidad de obras con el propósito concreto de establecer contactos directos con nuestros hermanos separados: *los monjes de la Unión de Chevetogne,* el *Russicum* dirigido en Roma por padres jesuitas, el centro de estudios *Istina* y la no menos importante *Sagrada Congregación para la Iglesia Oriental,* proveniente de la *Congregación de Propaganda Fide* —al frente de la cual Pío XI puso a un Prelado de altos vuelos, Su Eminencia el

Cardenal Eugenio Tisserant, quien será su ferviente animador durante el Pontificado de Pío XII— y muchos otros más. Estas obras creadas se habían hecho cada día más conscientes de los datos esenciales del problema al que se enfrentaban.

Respecto a las confesiones separadas de Roma después de la Reforma y, más especialmente, el Movimiento Ecuménico, del que estaba naciendo el *Consejo Ecuménico,* la Iglesia mantenía una actitud de distanciamiento, si no de desconfianza, sancionada por la encíclica *Mortalium animos.* En cambio se observaba entre los numerosos teólogos de diversos países un serio afán de repensar la Teología de la Iglesia apoyándose en esta encíclica, de modo que pueda atraer la atención de los hermanos separados y ayudarles en su búsqueda de la unidad.

En ambos terrenos, el Pontificado de Pío XII puede revelársenos como un tiempo de maduración de los problemas. Es verdad que se caracterizará más como un freno que como una excitación a la acción, y faltarán las espectaculares iniciativas en este campo, propias del reinado de Pío XI. En muchos lugares, ciertas intervenciones del Papado darán la impresión, incluso, de cierto retroceso con relación al estado de cosas anterior. Sin embargo, las obras iniciadas se desarrollarán de modo sensible, sobre todo con la Instrucción del Santo Oficio *Ecclesia Catholica.*

Es difícil dar un juicio de conjunto sobre la obra ecuménica de Pío XII sin recurrir a ejemplos concretos, a hechos históricos que motivaron decisiones o actitudes de la Santa Sede.

En 1951, una gestión de nuestros hermanos ortodoxos habría podido dar lugar a una sensible mejora de las relaciones entre las dos Iglesias. La Iglesia ortodoxa de Grecia, efectivamente, había invitado a todas las confesiones cristianas del mundo a participar en las solemnes conmemoraciones del 1900 aniversario de la llegada de San Pablo a tierras de Europa. Esta peregrinación de carácter ecuménico por su composición, no había de dar motivo a ninguna discusión o encuentro entre teólogos. «Al parecer, la Iglesia Romana no tenía razón alguna para estar representada. De hecho, declinó la invitación que le fue dirigida, pretextando la negativa del Gobierno griego a facilitar cualquier visado permanente a un delegado apostólico con residencia en Grecia» (1). Esta respuesta tuvo dolorosas repercusiones en los medios eclesiásticos, e incluso en la opinión pública. Así se eludieron varias otras ocasiones de acercamiento directo por instigación de Roma.

Con todo hay que notar los reiterados esfuerzos por la unidad mediante un desarrollo cada vez mayor de los centros de estudios y publicaciones de toda índole, ya en Wurtzburgo con la revista *Ostkirchliche Studien,* o en España con *Oriente Cristiano,* órgano de los padres jesuitas, y en Holanda *L'Orient chrétien* y *La réunion,* de los padres asuncionistas, para citar sólo las más importantes que se añadirían a las realizaciones iniciadas con Pío XI.

---

(1) C. J. Dumont, O. P., *L'oecuménisme,* pág. 105.

La postura de Roma ante los protestantes no presentaba, de hecho, caracteres muy diferentes. Sin duda los trágicos acontecimientos de la guerra contribuyeron a un acercamiento entre católicos y protestantes con su resistencia, a menudo heroica, a la presión del Poder hitleriano —de esta época datan los encuentros clandestinos entre los representantes de ambas confesiones, animados a la resistencia espiritual por la encíclica *Mit brennender Sorge*—, pero una vez pasado el peligro, a raíz del derrumbamiento del régimen nazi, las relaciones se hicieron cada vez menos frecuentes y cordiales.

No obstante había madurado la idea de unidad. El movimiento de oraciones —nacido gracias al impulso del padre Couturier— se había intensificado y difundido ampliamente. Otros movimientos nacidos antes de la guerra y por iniciativa protestante, como *Fe y Constitución, Vida y Acción,* darían origen en Amsterdam, en 1948, al *Consejo Ecuménico de las Iglesias.* Muchos fueron los católicos que vieron en esta realización la esperanza de una renovación en las relaciones entre Iglesias separadas, y formularon el voto de asistir como observadores a las conferencias organizadas en el seno del Consejo. En estas circunstancias se publicó un aviso del Santo Oficio, advirtiendo que estaba prohibido a todo católico participar en semejantes discusiones sin autorización de la misma Santa Sede, que no se dio, por otra parte, para la Asamblea de Amsterdam. Al parecer, el Papa veía en ello un peligro y tenía empeño en hacerse personalmente con la situación.

El 1 de marzo de 1950, en efecto, se publicaba la Instrucción *Ecclesia Catholica,* con fecha del 20 de diciembre de 1949. La Instrucción reconocía que se pueden esperar beneficios de las reuniones entre católicos y no católicos. Tales reuniones, en caso de proponerse la *discusión,* en un plano de igualdad, de cuestiones de fe y moral, se llevarán a cabo con previa autorización de la autoridad competente, del Ordinario si se trata de discusiones locales o de la Santa Sede en caso de encuentros interdiocesanos, nacionales o internacionales. Además se habría de exponer la doctrina católica «total e íntegramente». *Ecclesia Catholica* significaba, de hecho, que la suprema autoridad de la Iglesia asumía el trabajo iniciado del lado católico por muchos adelantados del ecumenismo. Mejor informada sobre la naturaleza de los contactos establecidos, sobre la competencia de las personalidades comprometidas y el grado de confianza que tenían ante la jerarquía local, la Santa Sede se mostró favorable al mantenimiento y desarrollo de tales contactos.

Después de una reunión del Comité Central del *Consejo Ecuménico de las Iglesias* (Toronto, agosto de 1950), que elaboró una declaración en la que subrayaba que dicho Consejo no tenía interés en desempeñar el papel de *Superiglesia* y deseaba abrirse a cualquier comunión no protestante, otra asamblea de importancia se inauguró en 1952 en Lund (Suecia). Se trataba de la Conferencia Mundial de la Comisión *Fe y Constitución,* «incorporada después de la de Amsterdam al Consejo Ecuménico, pero que conservaba en el seno de dicho organismo cierta autonomía que le permitía reunir asambleas pro-

pias» (1). Por primera vez se autorizó a observadores católicos la asistencia a los trabajos con permiso de Roma. Era un acontecimiento importante. En primer lugar, los teólogos católicos podían informarse en la misma fuente sobre el movimiento de ideas en el seno del Consejo Ecuménico. Luego, la autorización pontificia permitía una eventual rectificación de las opiniones erróneas y falsas que pueden surgir en el curso de los debates sobre la doctrina católica.

Por eso, la presencia oficial de la Iglesia no contribuyó poco al fomento de las relaciones futuras entre esos ambientes y algunos teólogos católicos. Éstos comprendieron muy pronto la necesidad de concertarse entre ellos acerca de los numerosos problemas que habrían de tratar durante dichas reuniones. Así es como nació, días antes de la conferencia de Lund, la *Conferencia Católica para las Cuestiones Ecuménicas,* agrupación internacional de estudio y acción en favor de la unidad cristiana, que reuniría en torno a Monseñor François Charrière, Obispo de Lausana, Ginebra y Friburgo, a algunos teólogos católicos de diversos países. Cada año, o poco menos, reuniría teólogos, exegetas, historiadores de la Iglesia y abordaría problemas puestos en el orden del día de las comisiones de estudio del Consejo Ecuménico.

La postura de la Iglesia bajo el Pontificado de Pío XII frente a las cuestiones ecuménicas se señaló, desde luego, por la cautela, hasta por la reticencia y la desconfianza. Pero ¿acaso no fuimos también testigos del nacimiento de nuevos movimientos y de su desarrollo, movimientos más adaptados a las circunstancias, mejor informados y, en adelante, sancionados por la suprema autoridad de la Iglesia, la que repensaría, gracias al impulso dado por la *Ecclesia Catholica,* los problemas más técnicamente para mayor provecho de la Iglesia y de las confesiones separadas en su búsqueda de la unidad proclamada por el mismo Cristo?

ORIENTACIONES MISIONERAS

En todas las grandes encíclicas de Pío XII vemos surgir constantemente la preocupación misionera. De aquí se infiere que el Papa la consideraba, no una función particular de la Iglesia, sino, en verdad, un elemento esencialmente constitutivo de su vida y que ningún problema puede plantearse ni resolverse si no es en la perspectiva de la catolicidad. En esta perspectiva podemos llamar a Pío XII *el Papa de la Catolicidad,* pues nadie mejor que él puso de relieve el intercambio vital del que viven los miembros de Cristo.

Los mismos predecesores de Pío XII no cesaron de invitar a los cristianos a colaborar en el apostolado universal y a trabajar por poner cada vez en mayor evidencia la tradición misionera de la Iglesia. Las encíclicas *Maximum*

---

(1) C. J. Dumont, O. P., *L'oecuménisme,* pág. 105.

Illud (1919) de Benedicto XV y la *Rerum Ecclesiae* (1926) de Pío XI son sus evidentes pruebas.

Desde su elevación al Supremo Pontificado, Pío XII, al trazar su programa, afirma su voluntad de seguir resueltamente los pasos de su predecesor. En esa ocasión se trataba de desarrollar cada vez más la formación del clero nativo y de crear así Iglesias locales. Pío XII no vacilará en confiarles responsabilidades cada vez mayores; siguiendo el ejemplo de Pío XI, ¿no consagrará el nuevo Papa doce Obispos en este primer año de guerra, entre los que se contaban un hindú, otro de Uganda y, junto a ellos, un malgache y un chino? Pero el Padre Santo insiste con idéntica energía en la esencial unidad de la Iglesia en Cristo, quien derriba toda barrera de razas, países y clases.

El nuevo cariz que Pío XII imprime al apostolado podría expresarse en la identidad que establece entre católicos y misioneros. Benedicto XV y Pío XI se percataron de ello y, sin embargo, la idea de obligación misionera aún estaba demasiado asociada al deber de caridad con el prójimo, y a muchos les parecía un simple acto de generosidad. La encíclica *Mystici Corporis* —29 de junio de 1943— terminaría con esas ilusiones. Proclamó que no somos plenamente cristianos sino por «razón de nuestra comunión redentora con Cristo, de nuestra participación común en la vida que brota de Cristo y a esta redención, a esta vida, sólo llegamos por la Iglesia, Cuerpo de Cristo». Por tanto, a cada cristiano incumbe compartir con toda la jerarquía eclesiástica la responsabilidad de difundir la vida divina en las dimensiones de la humanidad.

«Toda la Iglesia para todo el mundo», decía ya Pío XI. Esta consigna se actualiza cada vez más en la Iglesia contemporánea. Pío XII reconoce su urgente necesidad y no cesa de lanzar llamamientos a la Cristiandad para que cada uno se haga disponible, directa o indirectamente, al llamamiento misionero que puede dirigirle el Espíritu Santo. Son a veces gritos de alarma ante la inmensa labor que resta por hacer en un período tan breve, tanto en África como en Asia. Se trata de poner a toda la Iglesia en estado de misión. Pío XII no se contenta solamente con pedir la movilización de las fuerzas misioneras y el apostolado de la oración; también llama la atención de los Obispos de Europa y de América sobre la ayuda que deberán prestar a los numerosos jóvenes venidos de África y de Asia a sus diócesis para iniciarse en las ciencias modernas.

En diversas partes, el Papa se esforzó por definir y caracterizar la evolución sufrida por la *misión* con *la Iglesia* «Allí donde terminan las misiones comienza la misión de la Iglesia», ha dicho un autor. En efecto, las *misiones* se caracterizan por una organización transitoria, variable según épocas y lugares, cuyo rasgo principal es «la estrecha unión de las comunidades neófitas con las iglesias madres, es decir, con las iglesias que les proporcionaron misioneros y sostienen con sus oraciones y donativos». Por eso su fin último es que «la Iglesia se establezca firme y definitivamente en nuevos pueblos y pueda vivir en ellos lo más pronto posible y florecer sin ayuda de las obras misionales» (Encíclica *Evangelii Praecones*, de Pío XII). Esta meta está más cer-



Pío XII (1939-1958) anuncia la canonización de Emilia de Rodat, fundadora francesa de una Orden religiosa

cana a nuestros días. Pío XII lo subraya multiplicando los nombramientos de Obispos autóctonos. Bajo su Pontificado los territorios confiados a Ordinarios nativos pasan de 48 a 139. Esta obra de catolicidad iniciada en su Pontificado adquiere su máxima expresión con la elevación a la púrpura cardenalicia de un Obispo indio, el Cardenal Valeriano Gracias, Arzobispo de Bombay, en 1946, y del Cardenal chino Tomás Tien, Arzobispo de Pekín, el mismo año, así como de otros más.

Según Pío XII, misioneros de origen extranjero y clero, religiosos, religiosas y seglares oriundos del país, no forman más que un solo y mismo clero en torno a su Obispo propio, sean cuales fueren el color y la nacionalidad de éste. ¿No es esto acaso poner de manifiesto espléndidamente la unidad de la Iglesia con esa igualdad de las iglesias locales y análoga responsabilidad en la vida total de la Iglesia? También debemos a Pío XII una nueva orientación de la misión de la Iglesia en el terreno apostólico. Así es como el Sumo Pontífice, sin dejar de hacer suya la definición clásica de las misiones —«plantar la Iglesia donde no lo está»—, propone otra, más flexible, más conforme con las exigencias de los tiempos: «Los misioneros han acometido la empresa de extender a un ritmo cada vez mayor el reinado del Divino Redentor de una región a otra, hasta la vivienda más alejada y desconocida» (encíclica *Evangelii Praecones*). En esta misma encíclica insiste en la educación de la juventud en esos lejanos países; educación que será de tipo moderno y de espíritu cristiano; en la ayuda social y sanitaria, que de día en día constituyen las preocupaciones capitales de la Iglesia misionera; en los problemas de las culturas propias de las jóvenes Iglesias en sus relaciones con la liturgia y el pensamiento de la Iglesia universal; el Papa no silencia ningún problema, ninguna dificultad en su solicitud por dar a conocer a todos los hombres el mensaje del Verbo Divino en su propia lengua y en la perspectiva viva de su propia cultura (1).

ESTUDIOS BÍBLICOS

Pío XII poseía «una conciencia aguda de su responsabilidad de doctor y pastor» y es impresionante la lista de documentos en los que abordó con altura de miras y admirable ciencia los más diversos campos del pensamiento y de la acción humanos. Recordemos con toda brevedad —pues habría que ser un especialista para hablar competentemente— la parte de su obra referente a la exégesis y a los estudios escriturísticos.

Lo realizó con su encíclica *Divino Afflante Spiritu* —30 de septiembre de 1943—: adoptar una postura de tanta importancia que se ha podido decir que la encíclica «marcó una fecha capital en la historia de la exégesis católi-

---

(1) Todos los pasajes citados en este párrafo, a excepción de los textos pontificios, están tomados del artículo del padre Ch. Couturier, S. J., *Orientaciones misioneras*, en *La vie de l'Église sous Pie XII.*

ca», y que fue «para la exégesis católica lo que la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII para la cuestión social». Con el «mensaje personal» dirigido al primer Congreso Bíblico Internacional de los católicos, celebrado en Bruselas —Lovaina, del 25 al 30 de agosto de 1958, revelador del pensamiento rector del Papa—, la *Divino Afflante Spiritu* constituye la suma y el estado actual de la doctrina. Efectivamente, ambos documentos precisan el problema capital de la libertad de la exégesis católica. ¿Acaso no fue saludada la encíclica como una *encíclica liberadora?* Su publicación, cuya ocasión fue el cincuentenario de la encíclica *Providentissimus Deus,* de León XIII —18 de noviembre de 1893—, pudo precipitarla tal vez un libelo *oscurantista* puesto en circulación por Italia entre los miembros de la Curia y los Obispos, el cual atacaba el estudio científico de la Biblia, el estudio de las lenguas orientales y el estudio crítico de los textos.

Su Santidad Pío XII escribió en la Introducción a la *Divino Afflante Spiritu:* «Hemos juzgado que sería muy conveniente, de una parte, el *confirmar* e *inculcar* todo cuanto nuestro predecesor (se trata de León XIII) sabiamente estableció y lo que sus sucesores añadieron para reforzar y perfeccionar la obra; y, de otra, *enseñar* lo que *al presente parecen exigir los tiempos,* para más y más incitar a todos los hijos de la Iglesia que a estos estudios se dedican a labor tan necesaria como laudable.»

Entre tales cuestiones sobresale, evidentemente, la del carácter y valor del testimonio evangélico en favor de la Persona de Jesús. «Los Evangelios, en los que se funda la fe cristiana, nos hablan de Jesús, de su vida, de sus palabras y milagros. Mas ¿qué crédito hemos de dar en nombre de la Historia a ese relato? Ese Cristo que nos presentan los Evangelios, ¿no fue obra total o parcial de los que pretenden dárnosle a conocer? ¿Podemos todavía saber con certeza quién fue realmente Jesús? Este "Jesús de la Historia" —como la crítica gusta de apellidarle—, ¿puede liberarse del "Cristo de la fe", de Aquél que desde los orígenes adoptaron los creyentes y del que los Evangelios pretenden dar testimonio? Si es posible teóricamente esta disociación, ¿es realmente fundada?» (1).

Ahora bien, la crítica moderna tiende más y más a dejar vislumbrar la identidad entre el Cristo de la fe y el Jesús de la Historia, y todo el mundo sabe que esta identidad ha sido siempre una de las tesis esenciales de la exégesis católica. «Esta identidad es la condición necesaria para eludir un racionalismo que reduce el cristianismo a una realidad más de la Historia, así como a un fideísmo, el cual, al hacer de la fe la expresión de un movimiento incontrolable del alma, impulsa pronto a ver en ello algún producto ilusorio de la naturaleza. En otros términos, sólo ella permite afirmar que la fe cristiana no se apoya en una superchería o ilusión» (2).

---

(1) Reverendo padre René Marlé, S. J., *El Cristo de la fe y el Jesús de la Historia,* en *Études,* número de julio-agosto de 1959.

(2) Ibíd.

La encíclica *Divino Afflante Spiritu* es, precisamente, un acto de confianza en la conciliación cristiana cierta de la fe y de la Historia, escribe un exegeta, y sigue: «Los modernistas desesperaron de poder lograrlo; había que distinguir en adelante entre el Cristo de la fe y el de la Historia. Este peligro ya está superado. Lleno de confianza en el futuro, el Papa pide a los exegetas que sean como historiadores más objetivos, más sinceros, más exigentes que nunca; únicamente una ciencia histórica más profunda, completa y verdadera se armonizará con la fe en una síntesis cristiana sinceramente científica» (1). Cuando Pío XII proponía un nuevo texto del Salterio, ya había pasado una época de la historia de la exégesis. «El desarrollo de la ciencia permitía asegurar a la Iglesia del beneficio de un texto más claro y, en muchos puntos, auténtico. Pío XII no vaciló allí donde todo el mundo había retrocedido desde hacía siglos; otorgó a los suyos el derecho de renunciar a la versión secular» (2). ¿No se había «harto olvidado que una teoría bíblica digna de ese nombre depende intrínsecamente de la exégesis filológica?» (3).

Las iniciativas de Pío XII dieron, pues, a la exégesis católica amplitud y precisión sin precedentes. Como se trata al mismo tiempo de la misma concepción de la fe y de lo que constituye su objeto más esencial, toda esa labor exegética efectuada durante su Pontificado es una sólida garantía de acercamiento entre los cristianos de diversas confesiones y prueba de que la unidad del Cristo de la fe y del Jesús de la Historia es también la de la Iglesia «que confiesa a su Señor y de la Cabeza por la que se reúne sin cesar» (4).

IGLESIA Y LAICADO

Pío XII dedicó una atención particular a lo largo de su Pontificado al problema del apostolado seglar. Con otras palabras: supo comprender la importancia de las relaciones entre la Iglesia y el mundo, que pide e incluso exige la intervención de esas fuerzas auxiliares de la Iglesia: los «apóstoles seglares».

Pío XII consideró un deber situar a los laicos en la Iglesia. Con ocasión de un consistorio, en 1946, subrayó que «los seglares son también Iglesia: los fieles y, más concretamente, los laicos, están en las avanzadillas de la vida de la Iglesia; por ellos, la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Por consiguiente, ellos en especial deben tener una conciencia cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser Iglesia, es decir: la comunidad de los fieles en la Tierra bajo la égida del Jefe Común, el Papa, y de

---

(1) J. Levie, *La Biblia, palabra humana y mensaje de Dios*, pág. 210, en *Museum Lessianum*, París-Lovaina, 1958.
(2) Monseñor Garrone, *El Pastor*, en *La vie de l'Église sous Pie XII*, pág. 19.
(3) Reverendo padre Ceslas Spicq, de la Fac. Teol. de Friburgo en *Agape*, París, 1959.
(4) Marlé, o. c., pág. 76.

los Obispos en comunión con él». Así, miembros de la Iglesia por el bautismo, participan con plenitud de su vida, con el mismo derecho que un órgano esencialmente ligado a la vida del cuerpo humano. Asociados al progreso y victorias de la Iglesia, lo son con mayor razón todavía en los incesantes combates que libra. Son sus verdaderos *soldados*. Precisamente el Papa ha podido situar a los seglares en primera línea y en vanguardia de la lucha, por estar en contacto permanente con el mundo, la incredulidad, el ateísmo, la herejía y el marxismo; con todos esos hombres que sufren y buscan.

Respecto a la índole misma de este apostolado, Pío XII lo definió en términos muy claros en mayo de 1951: «El apostolado no sólo consiste en anunciar la Buena Nueva, sino también en conducir a los hombres a las fuentes de la Salvación, respetando plenamente su libertad; en convertirlos y preparar a los bautizados en un esfuerzo perseverante para ser perfectos cristianos.» Dicho de otro modo: el apostolado de los laicos no es nada más que una obra de colaboración con la jerarquía; por el apostolado están íntimamente asociados a la misión de la Iglesia.

Pero el Papa no se contentó con asociar a los seglares a la misma vida de la Iglesia, con subrayar la importancia de un apostolado de los laicos, precisando su naturaleza. Al mismo tiempo tuvo empeño en definir las diferentes formas de tal apostolado; en el curso de múltiples audiencias durante las cuales tomaba contactos directos con los cristianos de todos los países, profesiones y condiciones de vida. Dos grandes definiciones se perfilan así en el espíritu del Sumo Pontífice: el apostolado en sentido *lato* y el apostolado en sentido *estricto*.

El primero se dirige a todos los cristianos. Es necesario hacer apostolado por la oración y por el testimonio. «Así, pues, es concebible que haya como un mínimo de apostolado que responda a la obligación pontificia, y Pío XII le atribuye tan grande importancia que consideró tener que insistir en esas dos formas de apostolado por la oración y por el testimonio. A sus ojos son de tal valor, tan insustituibles, que a quienes se entregan a un apostolado más oficialmente se los invita con encarecimiento a «imbuirse de un auténtico espíritu de oración y a dar cabal ejemplo de vida cristiana auténtica» (1).

El segundo —el apostolado en sentido *estricto*— consiste «en que los laicos asuman tareas resultantes de la misión confiada por Cristo a su Iglesia». Esta definición la da el mismo Pío XII. En el marco de dicho apostolado es donde hay que situar la Acción Católica, la cual «lleva siempre el carácter de un apostolado oficial de los laicos» sin monopolizarlo por ello. Junto a la Acción Católica se da lo que el Padre Santo llama «el apostolado seglar libre»: «individuos o grupos pueden ponerse a disposición de la jerarquía y confiarles durante un período fijo o indeterminado ciertas tareas para las que reciben el mandato». No obstante Pío XII no pierde de vista que la Acción Católica es en verdad «el apostolado oficial de la Iglesia: efectivamente, no sólo la je-

---

(1) Henri Rollet, *L'apostolat des laïcs.*

rarquía nombra a sus principales dirigentes, sino que también ésta controla más de cerca sus orientaciones y les da consignas generales» (1).

El Papa llama la atención de los cristianos sobre el hecho de que esas dos clases de apostolado exigen, por parte de los laicos, altas cualidades, tacto y conocimientos precisos. «En la hora actual —dice—, incluso el apóstol seglar que trabaja entre los obreros en fábricas y empresas necesita sólidos conocimientos en materia económica, social y política, y también en doctrina social de la Iglesia.» El cristiano militante se verá obligado más pronto o más tarde a dar testimonios más delicados y difíciles; es necesario, pues, que esté a la altura de su misión.

Hemos de notar aquí, asimismo, el impulso dado por Pío XII al apostolado seglar en el plano internacional y mundial. Las Organizaciones Internacionales Católicas —*Pax Romana* en primera fila—, sus centros ante los grandes servicios de la ONU conocieron bajo su Pontificado un auge considerable. Además, Congresos regionales y nacionales extenderían el apostolado por Asia, África y Oceanía.

DOCTRINA SOCIAL

Si la Iglesia posee hoy lo que llamamos una verdadera *doctrina social* es, sin duda, a Pío XII a quien se la debe. Tal juicio no disminuye en nada los méritos de sus ilustres predecesores en este campo. En el ánimo del Papa dicha doctrina designa «el aspecto bajo el cual la doctrina de la Iglesia por su misma cohesión interna es, al mismo tiempo, lo que el Magisterio de la Iglesia dijo ayer y lo que todavía puede informar el presente» (2).

Lo que constituye la originalidad de la enseñanza de Pío XII es que resulta, no de grandes síntesis doctrinales comparables a la *Rerum Novarum* o a la *Quadragesimo Anno,* o sea una exposición ordenada, sino de documentos muy concisos que tratan de los problemas particulares surgidos según las circunstancias. Así, queda evidenciada una vez más la preocupación de ese gran Pontífice por aplicar sin cesar a la actualidad los grandes principios generales y permanentes de la doctrina de la Iglesia.

Pío XII se planteó problemas nuevos. El contraste entre ricos y proletarios en el seno de la sociedad industrial (que en su tiempo atrajo plenamente la atención de León XIII) da paso en nuestros días al existente entre los países ricos y los países subdesarrollados; a la crítica de las situaciones injustas se añade ahora la crítica de las soluciones insuficientes o malas. Pío XII situó, en general, «la cuestión social en el nivel de las soluciones propuestas para re-

(1) Ibíd.

(2) Véase en *La vida de la Iglesia bajo Pío XII,* 1959, el artículo de Pierre Vallin, S. J., página 178. Es indispensable recurrir a *Relations humaines et société contemporaine, Syntèse chrétienne, Directives de S. E. Pie XII* (traduc. franc. según los documentos originales por Allain Savignat, conforme a la edición alemana de los Profesores A. F. Utz, O. P., y J. F. Groner, O. P., Edic. Saint-Paul, Friburgo-París, 1959).

solverla, aprobándolas o corrigiéndolas, esforzándose por juzgarlas en un nivel técnico suficiente para que los mismos especialistas pudiesen informarse con sus enseñanzas» (1). Si su doctrina se impone a los fieles en primer lugar, también se dirige, después de los católicos, a cuantos proponen sinceramente un avance o restauración social, y tiende así a alcanzar lo que el reverendo padre Vallin llama una *validez universal.* Esta enseñanza, por depender en su mayoría del Derecho natural, es válida para toda conciencia humana y cualquier inteligencia, y constituye un punto esencial en el que el Sumo Pontífice ha insistido con frecuencia.

En lo referente a la misma doctrina, Pío XII no dejó nunca de insistir vigorosamente en la subordinación de las cosas de la naturaleza al hombre, fin transcendente. Su naturaleza es servir al hombre, ser *usadas* por él: «El conjunto de la economía, lejos de ser un fin en sí mismo, está subordinado a un fin más alto, el del alma humana y el de los valores transcendentales del espíritu» (2). Y en un Mensaje fechado el 1 de junio de 1941, el Papa declaraba también: «El punto capital [de la doctrina social] consiste en afirmar la imprescriptible exigencia de que los bienes creados por Dios para todos los hombres estén igualmente a disposición de todos según el principio de la justicia y de la caridad.» Estas reglas generales constituyen las *normas universales* «que expresan la naturaleza del hombre en su relación con las cosas y en su existencia social» (3), primer aspecto bajo el que se presenta la actualidad al Sumo Pontífice.

El segundo aspecto en que se ofrece la actualidad social —la colectivización de la vida— reclama otra norma que brota de la relación persona-sociedad. El derecho fundamental al uso de los bienes materiales nos procura un principio que puede expresarse así: la sociedad está hecha para la persona, no la persona para la sociedad. A este principio negativo conviene añadir una norma positiva tendente a mantener el equilibrio: así la sociedad es y debe ser *para* el hombre: «La sociedad económica será lo que debe ser en la medida en que permita a todos los hombres comprometidos en ella ser artífices libres de su destino, si es una sociedad cuyo objeto no sea el hombre sino verdaderamente el *sujeto* de ella» (4). En este sentido conviene comprender la famosa expresión de Pío XII: «El hombre es el sujeto de la economía», que precisa esta otra: «La doctrina católica nos recuerda que el progreso económico de una nación sólo se realiza plenamente por la acción conjugada de todas sus fuerzas vivas con una cooperación de las voluntades, porque respecto al fin de la economía social, todo miembro productor es sujeto y no objeto de la vida económica.» Ambas declaraciones pueden considerarse como

---

(1) O. c., pág. 182.
(2) Alocución de Pío XII al Congreso Internacional de Crédito Popular, 9 de junio de 1956.
(3) O. c., pág. 180.
(4) O. c., pág. 190.

constitutivas de la norma general que defiende, en el orden económico, la dignidad del hombre en su existencia social.

Ahora se trata de pasar de esta norma a las determinaciones prácticas, a las estructuras económicas propiamente dichas, concretas. Estas estructuras elementales ya las habían definido los predecesores de Pío XII en su mayoría. Habían hablado de la familia, la propiedad, la organización profesional, la política social, el orden político, el Estado, la comunidad nacional, etc. El Padre Santo rememoró estas enseñanzas, las subrayó y precisó. Podemos intentar deducir de sus numerosas intervenciones dos líneas de fuerzas, referentes a los dos aspectos de la norma general resultante de las relaciones de la persona y de la sociedad: «De una parte, hay que defender contra una colectivización indebida las libertades y derechos individuales; de la otra, hay que sacar a las personas de sus repliegues egoístas negadores del bien común y de los derechos ajenos» (1). La defensa del derecho de propiedad privada es, al parecer, la expresión clásica de la defensa de los derechos personales contra la colectivización en el orden económico. Sin dejar de considerar este derecho como inscrito en la naturaleza del hombre, el Papa tuvo empeño en precisar que la propiedad no está verdaderamente al servicio de la persona sino cuando, tanto en su distribución como en su uso, es tal que constituye el bien de todos. En este sentido es como el Padre Santo pudo declarar que «los bienes creados por Dios para todos los hombres han de llegar equitativamente a todos y alcanzar un orden económico en el que cada cual tenga la posibilidad concreta de asegurarse la propiedad de los bienes» (2).

El Sumo Pontífice se ocupó asimismo de la cuestión del dominio de algunos en todo un sector de la economía, ya se trate de la concentración de la propiedad, de los bienes productivos en manos de un capital anónimo o de la nacionalización. A este respecto, el Papa preferiría que se hablase de *cooperación,* entendiendo por ella la creación de estructuras diversas que permitan la participación del mayor número posible en las responsabilidades reales. Pues, en definitiva, es necesario que «los colaboradores de la producción ejerzan una responsabilidad efectiva frente al proceso productivo en el que se han comprometido» (3), y esto negando el derecho a la *cogestión.*

Al estudiar la empresa en su completo desarrollo, Pío XII subraya que no sólo es productora para sus miembros, sino para toda la sociedad, para un conjunto más vasto que ella, sometido a la acción de los hombres que están comprometidos en ella respetando el bien común. En este marco, Pío XII se ve impulsado a fijar el programa de la organización profesional. Lo que propone es que todas las profesiones, todos los conjuntos que aparecen dentro del proceso de producción, tengan una organización propia, de suerte que puedan

---

(1) O. c., pág. 191.
(2) Carta de Pío XII a la XXIX Semana Social de Italia, 23 de agosto de 1956.
(3) O. c., pág. 193.

garantizar a cada miembro (aportador del capital o del trabajo) la responsabilidad real respecto a los servicios que la comunidad espera de ellos.

Éstas son las líneas generales del pensamiento social de la Iglesia tal y como se deducen de las enseñanzas de Pío XII, con quien la doctrina alcanza ya una verdadera unidad, una madurez real. Este método de análisis proyecta la luz «sobre las condiciones mismas de la persona en la Historia»; sólo halla su plena expresión en la acción de quienes en esta perspectiva laboran eficazmente para responder «al grito que sube desde la tierra y reclama en el mundo, de un Dios justo, justicia y fraternidad» (1).

LECCIÓN DE UN GRAN PONTIFICADO

El jueves 9 de octubre de 1958, con más de ochenta y dos años de edad, Su Santidad el Papa Pío XII pasó a la eternidad tras haber sufrido una congestión cerebral el 4 de octubre de 1958, en su residencia de Castelgandolfo.

Acababa de concluir un Pontificado de cerca de veinte años. La fuerte personalidad de Pío XII dominó, en verdad, ese medio siglo que muchos de entre nosotros hemos vivido. Se hizo escuchar por una humanidad «en vías de autodestruirse», recordándole casi todos los días «las eternas exigencias divinas y humanas de la vida colectiva y personal». A su muerte —escribe el mismo cronista— «todo el mundo, Jefes de Estado y de Gobierno, católicos o no católicos, dirigentes de las Iglesias separadas de Roma, políticos de todos los matices, cristianos y no cristianos, directores de orquesta de la opinión, todos a una sola voz, cuya sinceridad se percibía, proclamaron su respeto hacia la gran figura del Papa Pacelli (2).

«El mundo reconoció en él, ante todo, a un hombre de Dios y a un defensor desinteresado de los valores espirituales únicamente... Fue ante todo un hombre espiritual, a buen seguro un santo hombre y, probablemente, sin adelantarnos al juicio de la Iglesia, un Santo, sencillamente. Un Santo humano. Coincidían en él esa sensibilidad emotiva y fuerte voluntad que forma uno de los tipos de carácter más ricos y atractivos.» Por ello ese Pontífice, cuya persona era «como una visión de paz», causaba tanta impresión por su aspecto hierático, su porte de profunda *consagración* en los que le trataban (3).

Consagración —se ha notado justamente— es la palabra exacta, es decir, «una conciencia agudizada de las responsabilidades y deberes de su cargo más todavía que la incomparable dignidad del Sumo Pontificado y Vicariato de Cristo que calibraba en su exacta medida». Lo que dominó en Pío XII y se repite como una obsesión en sus encíclicas y discursos es «la *angustia pasto-*

---

(1) Mensaje de Navidad de Pío XII, 1942.

(2) Seguimos citando un artículo de la revista *Études,* intitulado: «Pío XII, el Buen Pastor», t. 299, año 1958. La expresión *un hombre de Dios* se repite con frecuencia en diversos artículos.

(3) Ibíd.

ral ante la desespiritualización del mundo y su secuela de males». Quien quiera remitirse a nuestro análisis y a los extractos de su obra doctrinal, fácilmente se convencerá que denunció los males que abruman a la humanidad, las guerras internacionales y los conflictos sociales como resultado de la descristianización con sus desastrosas consecuencias, incluso desde el punto de vista temporal.

Por lo demás, Pío XII no da «una apreciación sobre tal período de la Historia comparado con otro», sino «un juicio general sobre la Historia considerada en conjunto». ¿Nos es permitido concluir, por graves y obsesionantes que sean nuestros temores, que «las catástrofes de hoy son peores que las del pasado»? El mal, la guerra, la injusticia social nunca estuvieron ausentes de la historia del hombre. No por ello niega Pío XII «la realidad de un progreso, más real aún que relativo..., y, lejos de condenarlo, impone a los cristianos la obligación de promoverlo». La *angustia pastoral* no fue obstáculo para esa «síntesis de confianza en el hombre y de fe en los destinos sobrenaturales que explican el asombroso optimismo que conservó Pío XII hasta su último día, si bien tuvo, tal vez más que nadie, hasta la angustia, la visión de los males que amenazaban al hombre de hoy».

En este progreso de la humanidad, «real, aunque relativo», Pío XII subrayó la parte de los «maravillosos progresos técnicos de que se gloría nuestra época», que supo construir «la admirable y compleja máquina del mundo moderno sometiendo a su servicio enormes fuerzas de la naturaleza». En más de una ocasión volvió con deliberada insistencia sobre el progreso humano, ley de naturaleza: el mensaje de Navidad de 1952, la encíclica *Miranda prorsus* —8 de septiembre de 1957— sobre el cine, la radio y televisión. Ocho días antes de morir, al dirigirse a unos ingenieros, les decía: «El hombre se ve obligado por la naturaleza a progresar continuamente. Detenerse es para él decaer. Tiene que elevarse; se encamina hacia horizontes siempre nuevos, hacia síntesis más y más vastas.» Pero el hombre no debe olvidar que esos frutos de su genio y de su trabajo son ante todo «dones de Dios, nuestro Creador, y en sí no son medios de salvación para la humanidad». Por no recordarlo, «corre el riesgo de verse arruinada y aplastada» por fuerzas cuya «marcha se mostraría incapaz de dominar».

Este interés siempre renovado por lo humano, este optimismo transcendental no están en absoluto en contradicción con la *angustia pastoral* ante la descristianización del mundo, causa de todos los males. Para compenetrarse con el pensamiento del Romano Pontífice, que inspiró su grandiosa obra, expuesta en unas cuarenta encíclicas, sin contar los innumerables documentos y discursos de todo género, hay que buscar indudablemente el móvil en ese gran tratado dogmático que es la encíclica *Mystici Corporis,* de 1943: ¿No ha «afirmado explícitamente el Papa que sintió el impulso interior de escribirla con la consideración del estado del mundo en plena guerra y las necesidades espirituales del tiempo»? El breve análisis que dimos de tal suma mística, que sitúa al cristiano frente al misterio de la Iglesia, permite al menos captar

que la Iglesia es «algo más que una institución sociológica o una yuxtaposición de individuos», y que sin el reconocimiento de ese Cristo cuyo Cuerpo Místico es, «la búsqueda de un destino colectivo de la humanidad terminaría en un aniquilamiento de la persona».

Siempre hallamos en Pío XII «ese impulso apostólico, ese ardiente afán por la paz temporal y por la salvación eterna de la humanidad». Su última encíclica, tres meses antes de su muerte, *Meminisse juvat* —14 de julio de 1958— es como su última prueba. En ella se reitera un tema capital, que ya encontramos en la *Summi Pontificatus* y en otras encíclicas: «Las decisiones, las fuerzas e instituciones humanas están irremediablemente condenadas al fracaso, mientras se desprecie, se niegue el honor que le es debido, e incluso se suprima la autoridad de Dios, que es luz de las almas con sus mandamientos y prohibiciones, principio y garantía de la justicia, fuente de la verdad y fundamento de las leyes... Es necesario, pues, volver a la ley cristiana si se quiere constituir una sociedad sólida, justa y equitativa...» Sólo con esa condición «el reinado de la paz irá camino de establecerse; reinado siempre deficiente y siempre perfectible en este mundo».

Dicho tema, central en el pensamiento del Sumo Pontífice, no debería estar sujeto a errores de interpretación, harto frecuentes, que deformasen totalmente su sentido. El mundo de hoy, considerado en «sus costumbres individuales y colectivas, las relaciones entre los hombres, la marcha de las instituciones» no es «manifiesta ni ampliamente peor» que en los pasados siglos, «en los que la legislación y la mentalidad colectiva eran cristianas». Y «de que la justicia y la paz no puedan establecerse sólidamente si no se respeta exteriormente la ley creadora de Dios, no concluyamos de modo abusivo que la virtud de los individuos o colectividades será recompensada necesariamente con un logro material». La Historia se ha dado prisa en deshacer esta ingenua concepción, tan peligrosa para los pueblos como para los individuos, a quienes persuade de su excelencia y convence de su predestinación...

Pastor y teólogo, misionero y reformador, Papa de la paz y Doctor del orden internacional, Pío XII ha enseñado que el reino de Dios «sólo puede ser espiritual y espiritual la actividad que le construye», que sin «la santidad efectiva de los cristianos» no podría edificarse la Ciudad humana ni asegurar su felicidad, incluso temporal. Todo el espíritu de ese gran Pontificado se anuncia como un prefacio en estas palabras de la *Summi Pontificatus*, su primera encíclica: «Sentimos un íntimo consuelo... al observar en todas las regiones del mundo católico evidentes señales de un espíritu que valerosamente arrostra las gigantescas tareas de la época actual, y que con generosidad y decisión se afana por juntar en fecunda armonía su primer y esencial deber de la propia santificación con la actividad apostólica para acrecentar el reino de Dios» (1).

---

(1) Colec. de enc. y docum. pont. de A. C. E., Madrid, 1955, pág. 173, y Marmy, *La communauté humaine selon l'sprit chrétien*, pág. 812.

Pío XII invitó a los fieles y a todos los hombres de buena voluntad a un esfuerzo de santificación, comprensión y caridad. Comprensión con los hombres, comprensión con las ideas en un momento en que el mundo del siglo XX asiste a una renovación de todos los problemas, al derrumbamiento de tantas posiciones que las generaciones pasadas creían inmutables, y amenazado en su misma existencia aspira, con mayor ardor que nunca, a la paz. En medio de los riesgos, peligros, conflictos que angustian a los hombres hasta la desesperación, es honor y gloria del Papado contemporáneo proponer un ideal de paz desinteresada; trabajar sin cesar en el advenimiento de una comunidad fraterna de los pueblos en la que ya no se manifestaría la enemistad de una humanidad dividida consigo misma; de una paz basada en la justicia: *Opus justitiae pax.*

CAPÍTULO VI

JUAN XXIII: 1958-1963

LA ELECCIÓN

Veinte días después de la muerte de Pío XII, la Iglesia Católica tenía un nuevo Papa. La importancia mundial que ha tomado la sucesión romana, la atención universal que suscita en un mundo laicizado, en la época de la bomba H, atrajeron de nuevo la atención. El Papado sigue siendo «una potencia espiritual efectiva en el seno de nuestras civilizaciones de la materia» (1).

El conclave se inauguró el 25 de octubre de 1963. El Sacro Colegio contaba cincuenta y cuatro miembros de un total de setenta, fijado por las Constituciones Apostólicas, de los cuales cincuenta y uno estaban presentes en el conclave (diecisiete italianos y treinta y cuatro de otras nacionalidades).

Los primeros escrutinios se celebraron el domingo 26, y el martes 28 de octubre, a las 17,10 horas se anunciaba la elección del Papa. A las 18,05, el Cardenal Canali, decano de los Cardenales-Diáconos y Penitenciario Mayor, proclamaba el nombre del electo, pronunciando en latín las palabras rituales: «Os anuncio un gran gozo. Tenemos Papa. Es el Cardenal *Angelo Giuseppe Roncalli,* que ha tomado el nombre de *Juan XXIII.*» La inmensa muchedumbre, calculada en un millón de personas apiñadas en la plaza de San Pedro, le aclamó largo rato. A las 18,17 horas, Su Santidad Juan XXIII aparecía en la *loggia* de la basílica e impartía su primera bendición *Urbi et Orbi.* Una hora después, *L'Osservatore Romano,* en edición especial, subrayaba que «el Sumo Pontífice toma de nuevo el nombre de los compañeros del Apóstol Pedro». En efecto, la Iglesia no conoció ningún nombre de *Juan* desde que Jerónimo de Ossa se ciñó la Tiara el 17 de agosto de 1316, tomando el nombre de Juan XXII. Era el hijo de un zapatero remendón de Cahors, cuya vida

---

(1) Revista *Études,* t. 299, pág. 397.

sencilla y mortificada, su celo apostólico, su inteligencia y energía designaron en una Cristiandad dilacerada para empuñar a los setenta y dos años el timón de la Iglesia, y fue el más notable de los Papas de Aviñón.

VIDA DEL ELECTO

El Sumo Pontífice elegido el 28 de octubre de 1958 había nacido el 25 de noviembre de 1881 en Sotto il Monte, diócesis de Bérgamo, de una familia de agricultores. Estudió en el Seminario Diocesano de Bérgamo, luego en el Seminario Romano, donde en 1904 obtuvo brillantemente el grado de Doctor en Teología; el 10 de agosto del mismo año fue ordenado sacerdote. Secretario de su Obispo, Monseñor Radini Tedeschi, gran animador de obras sociales y Profesor de Historia Eclesiástica y de Apologética de 1905 a 1914 en el Seminario del que fue alumno, fue llamado a filas como sargento de sanidad y pronto como Capellán de diversos hospitales. Terminada la guerra fue destinado a la Acción Católica de la diócesis de Bérgamo, y se distingue por su caridad y espíritu de iniciativa; funda la primera *Casa de los Estudiantes* de Italia.

Benedicto XV le llama a Roma en 1921 al servicio de la Congregación de la Propagación de la Fe y le encarga reorganizar su actividad en relación con la cooperación misional; su celo caritativo y sus cualidades de organizador impresionan a los que le ven trabajar. Monseñor Roncalli ejerce al mismo tiempo un ministerio muy activo en todos los ambientes, amén de desempeñar la cátedra de Patrología del Seminario Lateranense.

El 3 de marzo de 1925 Pío XI nombra a Monseñor Roncalli Visitador Apostólico en Bulgaria y Arzobispo de Areópolis; recibe la consagración episcopal el 19 de marzo. Delegado Apostólico desde 1931, permanece en Bulgaria hasta 1935, se entrega a los estudios sobre las Iglesias orientales y aprende para ello el ruso, que conoce perfectamente; políglota como Pío XII, habla siete lenguas. Siguiendo su carrera en los confines del Oriente y Occidente, es Delegado Apostólico a partir de 1935 en Turquía y Grecia, y Administrador del Vicariato Apostólico del rito latino de Constantinopla.

El último año de la segunda guerra mundial Pío XII confía, el 22 de noviembre de 1944, a Monseñor Roncalli las difíciles funciones que exigían las más eminentes cualidades de diplomático, de Nuncio Apostólico en Francia en el momento de forjarse los nuevos destinos de Francia y del mundo. El 1 de enero de 1945 presentaba sus cartas credenciales al General De Gaulle, Presidente del Gobierno Provisional de la República Francesa. El 12 de enero de 1953 Pío XII elevaba al Nuncio de París al cardenalato, y el 15, el nuevo Cardenal recibía la birreta de manos de Vincent Auriol, Presidente de la República. Se trata de un privilegio reservado otrora —como es sabido— al Rey de Francia y recuperado luego por el Jefe del Estado francés. El mismo día el Cardenal Roncalli era nombrado Patriarca-Arzobispo de Venecia. Al ser

elegido Papa era la segunda vez, desde comienzos del siglo, que un Patriarca de Venecia subía al Sumo Pontificado; el primero había sido el Cardenal Sarto, luego Papa en 1903 con el nombre de Pío X.

Unos meses antes de su elevación a la Cátedra de Pedro, el Cardenal Roncalli presidía —25 de marzo de 1958—, en calidad de Legado Pontificio, la inauguración del Año Jubilar de las Apariciones de Lourdes, procediendo a consagrar la basílica de San Pío X de la Ciudad Mariana.

Juan XXIII era autor de eruditos estudios históricos, de los cuales el primero apareció en 1908. Sus investigaciones sobre San Carlos Borromeo, cuyo más autorizado biógrafo fue, le pusieron en contacto con Monseñor Aquiles Ratti, Prefecto de la célebre Biblioteca Ambrosiana de Milán, erudito de gran mérito, que gobernó la Iglesia de 1922 a 1939 con el nombre de Pío XI.

El conclave del 28 de octubre de 1958, al recurrir a un hombre que poseía un vasto conocimiento de la Historia, de las relaciones internacionales, del Oriente y de sus Iglesias, así como del Occidente y de sus naciones más representativas, además de las tareas ecuménicas del Papado, demostró una vez más el carácter universal de la Iglesia del Verbo Encarnado.

La divisa de Juan XXIII era *Oboedientia et Pax*, obediencia y paz. Indudablemente, necesitó mucho valor y obediencia para aceptar a los setenta y siete años la abrumadora carga que le confió el Sacro Colegio. En el momento de aceptar su elección como deseo divino, gimió: «Bajo la cabeza y me inclino ante el amargo cáliz y el peso de la cruz.» Y en el discurso pronunciado con motivo de su coronación, repite: «El número y amplitud de las cargas que pesan sobre nuestros hombros Nos sumen en angustia y perplejidad» (1). No son tópicos literarios o exigencias estilísticas: «Esta vocación suprema es abrumadora para la fragilidad humana, la tremenda responsabilidad que comporta ante Dios y los hombres.» Buscó en su bondad, energía y humildad unidas a la clara visión de las tareas necesarias la fuerza para cumplirlas reuniendo —como afirmaba en su encíclica *Princeps Pastorum*— a toda la Iglesia de Dios que confiaba soberanamente en la victoria. Y en su primer mensaje difundido por radio al mundo —29 de octubre de 1958—, al otro día de su elección, dirigiéndose «a los que en todas las naciones tienen en sus manos el destino, la prosperidad y la esperanza de los pueblos», les decía: «Dirigid vuestras miradas a los pueblos confiados a vosotros, escuchad sus voces. ¿Qué os piden y suplican?... Piden la paz, la paz por la que la familia humana puede vivir, expandirse y prosperar libremente. Quieren la justicia que pueda, al fin, reivindicar las exigencias y deberes de las clases por una solución equitativa. Por último, piden la tranquilidad y la concordia, las únicas que pueden constituir la fuente de una prosperidad verdadera.» Impresionante paráfrasis del lema de su predecesor: *Opus justitiae pax.*

---

(1) *Juan XXIII, Obispo universal.* Revista *Études*, t. 299, noviembre de 1958.

EN BUSCA DE LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

La preocupación por la *unidad* era una de las ideas capitales y de las angustias de Juan XXIII. Desde 1953, con ocasión de su promoción al patriarcado de Venecia, escribía en una nota íntima que se acaba de revelar: «La Providencia me sacó de mi pueblo natal y me hizo recorrer los caminos del mundo por Oriente y Occidente, poniéndome en contacto con pueblos de religión e ideología diversas; con los problemas sociales acuciantes y amenazadores, manteniéndome la calma y equilibrio de juicio; *siempre preocupado*, sin menoscabo de la firmeza en los principios del Credo católico y de la moral, *más por lo que une que por lo que separa* y origina contrastes» (1). Es una preocupación puramente religiosa, que revela lo más hondo de su psicología. Se había evidenciado claramente en el comportamiento de Monseñor Roncalli, Visitador, luego Delegado Apostólico en Bulgaria, después en Constantinopla. El acercamiento entre ortodoxos y Roma se efectuaría por doble conducto: el estudio serio y objetivo de la ortodoxia y el establecimiento de relaciones amistosas. El pastor y hombre de acción se beneficiaban con las cualidades del erudito y del diplomático (2).

El Papa Juan XXIII no tardaría en dar una magnífica e inesperada prueba de su preocupación por la unidad. El 25 de enero de 1959, en una alocución ante los Cardenales solos, anunció la próxima reunión de un *Concilio Ecuménico* que, según el explícito pensamiento del Sumo Pontífice, será «una invitación especial a las otras comunidades cristianas separadas de Roma para buscar la unidad». *Era un evento histórico de inmensa transcendencia*, que el comunicado oficial calificaba en estos términos: «Referente a la celebración del Concilio Ecuménico, éste no concierne solamente a la edificación del pueblo cristiano, sino que quiere ser también una invitación a las comunidades separadas para buscar la unidad que tantas almas desean hoy en todas las partes del mundo.»

El 5 de junio de 1960, en la fiesta de Pentecostés, en un motu proprio, *Superno Nutu*, y en un discurso pronunciado el mismo día, Juan XXIII daba importantes precisiones sobre el espíritu del futuro concilio. Se había creado un *Secretariado para los no católicos* —novedad muy importante—, cuya presidencia fue confiada al Cardenal Bea, exegeta alemán de extraordinario mérito, uno de los impulsores del renacimiento bíblico actual. En su discurso, Juan XXIII insistió en la catolicidad de la Iglesia: «El Concilio Ecuménico será consecuencia de la presencia y participación de los Obispos y Prelados, quienes serán la representación viva de la Iglesia Católica diseminada por el mundo entero.» Y evocó signos eficaces y recientes de este ecumenismo: crea-

(1) Revista *Études*, t. 300, marzo de 1959, pág. 398.
(2) Según la biografía de Juan XXIII por Leone Algisi, Marietti, editor, Roma, 1959.

ción de Cardenales de remotas y nuevas regiones, consagración por manos del Papa de Obispos de todas las razas y colores, recepción por el Sumo Pontífice «de representantes del pueblo auténtico que diariamente piden ver al Papa y hablar familiarmente con él», visitas de peregrinos internacionales, entre los que se cuentan muchos fieles procedentes de comunidades cristianas separadas (1). También el mismo día —y esta manifestación está en la misma línea ecuménica y apostólica— el Papa, a petición de veintitrés estaciones de radio de África que emiten en lengua francesa, dirigía un radiomensaje a los católicos de este inmenso continente: «Nos complacemos —decía— en expresaros de nuevo, como lo hicimos hace poco con ocasión de las fiestas de la independencia de Togo, nuestra gran satisfacción al ver que progresivamente se va alcanzando la soberanía. La Iglesia se alegra de ello y confía en la voluntad de esos jóvenes Estados de ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones» (2).

El *hecho* de la división de los cristianos es patente. La Iglesia Católica no lo considera, desde luego, irremediable, ni se complace «en la conciencia orgullosa de poseer para sí la plenitud de la verdad». Al contrario, manifiesta la preocupación fundamental de estrechar los lazos de su propia unidad, pero la preocupación por su unidad interna está «íntimamente ligada a la que se ha de buscar en el seno de todo el mundo cristiano». *Recogimiento,* según su propia etimología, no significa solamente reagrupación, sino también invocación y oración para que un día, que para las miradas humanas puede estar todavía muy lejano, se cumpla la promesa de un solo Redil y un solo Pastor (3).

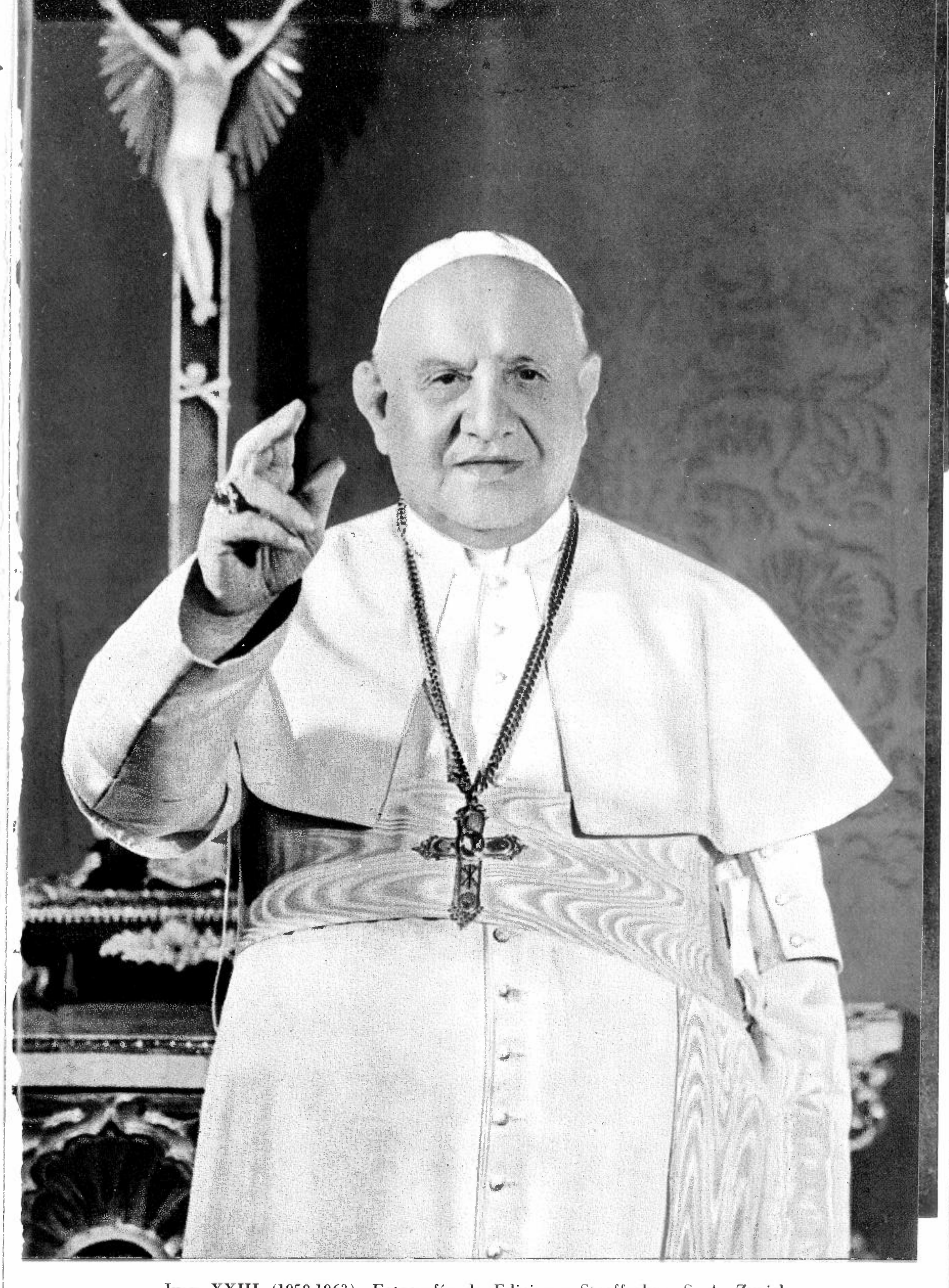
El Concilio Universal serviría, pues, a la unidad de los cristianos, y este problema, así como el de la unidad del mundo, serían tratados por el Papa en su primera encíclica, *Ad Petri Cathedram* —29 de junio de 1959—, en términos llenos de un hondo espíritu de paz, complaciéndose en subrayar los valores cristianos de las comunidades separadas de Roma, recurriendo a la oración de todos los que «respetan a Dios», y no olvidando mencionar los méritos del Consejo Ecuménico de las Iglesias. Pero el Sumo Pontífice no podía silenciar que la unidad efectiva y completa de los cristianos supone «una verdadera unidad de fe, de disciplina y de culto», sin dejar por ello de reconocer que esta unidad comporta «una sana diversidad de formas culturales», expresivas de una idéntica concepción, sacramental y sacrificial, de las relaciones del hombre con Dios, y admite «una libertad de búsqueda y discusión» que no compromete el sentido original y el desarrollo homogéneo del depósito revelado. Sin precisar las formas de una eventual reunión, afirmaba con sus propias palabras: «Os ruego os fijéis en que nuestro afectuoso llamamiento a la

---

(2) *Études,* t. 306, julio-agosto de 1960, págs. 110-112.

(2) Ibíd., pág. 29, nota.

(3) Juan XXIII lo ha recordado en su encíclica *Grata Recordatio,* de 29 de septiembre de 1959, sobre el Rosario, en la que invita a la catolicidad a orar por el Sínodo Romano y el Concilio Ecuménico.



Juan XXIII (1958-1963). Fotografía de Ediciones Stauffacher, S. A. Zurich



El *Peregrino de Dios*, Monseñor Angelo Roncalli (luego Juan XXIII). Fotografía tomada en 1925, cuando fue designado visitador apostólico en Bulgaria. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



Juan XXIII (1958-1963) con ocasión de uno de sus paseos por los jardines del Vaticano, durante el cual trataba siempre de despachar algún asunto. Fotografía de León de Matt. Buochs



En Navidad de 1958 Juan XXIII visitó la cárcel central de Roma, *Regina Coeli*, para conversar durante hora y cuarto con los 1.300 detenidos. Fotografía



En 1960 Juan XXIII recibe en el Vaticano a la pareja de recién casados Balduino I de Bélgica y la Reina Fabiola. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra





Entrada solemne de Juan XXIII (1958-1963) en la basílica de San Pedro. Roma, 1958.
Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



Visita de Juan XXIII a su antiguo Arzobispado de Venecia, donde besa el arca con las reliquias de San Pío X, trasladadas provisionalmente a esta ciudad. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



Juan XXIII conversa con el Presidente indonesio Sukarno con ocasión de su visita al Vaticano.
Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra

Concilio Vaticano II en Roma (1962-1965). Placa conmemorativa de la inauguración del concilio el 11 de octubre de 1962, con las armas de Juan XXIII, en la basílica de San Pedro. Ya al otro día de su elección Juan XXIII decía: «Convocaré un concilio.» Fotografía del doctor Schwabik. Roma



El Concilio Vaticano II en Roma (1962-1965). Última sesión pública de la primera congregación en la basílica de San Pedro, el 8 de diciembre de 1962. Juan XXIII en el momento de su discurso de despedida dirigido a los Padres del concilio. Fotografía del doctor Schwabik. Roma

unidad de la Iglesia no os invita a entrar en una casa extraña, sino en la común, la casa del Padre.» Es la voz apremiante y amante de un padre que sabe muy bien que el camino hacia la unidad será largo y difícil, pero que espera que el Concilio será una incitación a la búsqueda para todos los que llama sus «hermanos e hijos» (1).

El Papa había aludido con frecuencia al concilio en alocuciones, y repitió que decidió convocarle «por una súbita inspiración». Al dirigirse en el mes de agosto de 1959 a los seminaristas de Bérgamo, confesó que le sostiene una fuerza: «El ideal de la absoluta sencillez en obedecer las inspiraciones divinas y una pronta sumisión a las exigencias apostólicas de la hora...» A los dirigentes de la Acción Católica Italiana reveló —escribe *L'Osservatore Romano* del 10-11 de agosto de 1959— que, habiendo accedido a clausurar el octavario de oraciones por la unidad de la Iglesia en la basílica de San Pablo el 25 de enero, «pensó insistentemente en que el objeto de tal oración es propiamente el *Unum sint* de Nuestro Señor Jesucristo».

Tras haber reflexionado en ese fenómeno sociológico que constituye la generalización de los grandes congresos internacionales de todo orden, Juan XXIII se preguntaba: «¿Por qué no reunir a los que están de acuerdo en exaltar la fe más memorable de la historia humana, a saber: la victoria de la civilización en la luz de Cristo?» Y para preparar dicha asamblea «Juan XXIII quiere proceder a una verdadera reforma del catolicismo». «La Divina Providencia —son sus palabras— está elucidando uno de los mayores misterios de la Historia, que será el misterio de la misericordia del Señor con todos los pueblos» (2). Nos situamos aquí en el plano más elevado de la Historia.

La preocupación ecuménica del Sumo Pontífice la hallamos muy acentuada en su encíclica *Princeps Pastorum* —28 de noviembre de 1959— sobre las *misiones.* Aprovechaba la oportunidad del cuadragésimo aniversario de la Carta Apostólica *Maximum Illud,* de Benedicto XV, para dar una magnífica síntesis de las enseñanzas misionales de los tres últimos papas —Benedicto XV, Pío XI y Pío XII— y para seguir el mismo camino. Juan XXIII subrayó la importancia del considerable auge del clero y de la jerarquía nativa en los países de misión: hasta 1959 hubo 68 Obispos en Asia, 28 en África; unos mil sacerdotes en Asia en 1918, seis mil en 1959; cien en África en 1918, cerca de dos mil en 1959. Referente a la formación del clero autóctono, el Papa afirma, entre otras cosas, la necesidad de la apertura hacia un mundo moderno, «aceptando de buen grado y con benevolencia todo cuanto en las cosas exteriores han adoptado el mundo actual y el progreso como patrimonio común de todas las naciones».

---

(1) Según el análisis de la *Ad Petri Cathedram,* en *Études,* t. 302, septiembre de 1959, páginas 260-262.
(2) Misma revista, t. 303, octubre, págs. 93-94.

La enseñanza de los futuros sacerdotes de esas regiones, ayer lejanas y hoy próximas, merced al extraordinario desarrollo de las comunicaciones, ha de ser, desde luego, conforme a la tradición, pero hay que poner también a los alumnos en condiciones de «juzgar exactamente la civilización particular de su patria, sobre todo respecto a las ciencias filosóficas y teológicas y a las conveniencias especiales existentes entre ellas y la religión cristiana» (1). La encíclica evoca a este propósito la gran figura del jesuita Mateo Ricci, verdadero fundador de las misiones en China, a comienzos del siglo XVII, cuyos métodos en el asunto de los ritos chinos fueron tan discutidos en su tiempo. La formación de un laicado y las atenciones a prodigar en la formación de los estudiantes de ultramar en Occidente, han de retener de igual modo la perseverante atención de sus maestros y de todos los fieles.

¿Quién no calibraría la importancia capital de esas cuestiones misionológicas que comprometen el porvenir mismo de la civilización en una hora en que Asia y África se enfrentan con la propaganda subversiva del comunismo ateo, así como con los problemas suscitados por el auge de nuevas nacionalidades promovidas a la independencia? La angustia apostólica del Papa y su obra inmensa de evangelización no deben dejar indiferentes a los cristianos.

Las *promociones cardenalicias* durante el Pontificado de Juan XXIII atestiguan idéntico sentido del ecumenismo, análogo afán apostólico y pastoral. Se elevó el número de los miembros del Sacro Colegio a ciento ocho, cifra nunca alcanzada hasta hoy. Las razas no europeas están representadas en él; por primera vez un negro africano, un japonés, un filipino se incorporan al Consejo Supremo de la Iglesia. Plugo al Papa ver en esta promoción una señal de la juventud y poder de evolución de la Iglesia. Así se acentúa la internacionalización del Sacro Colegio, más y más necesaria en el mundo actual. Es probable que el concilio amplíe esta internacionalización a semejanza de la catolicidad.

Una representación real de las diversas naciones al frente y en el seno de los discasterios romanos parece desearla toda la catolicidad (2). Parece cierto que una internacionalización más a fondo de la Curia Romana favorecerá un acercamiento con nuestros hermanos separados, a condición de hallar en esos ambientes, dilatados hasta los confines del mundo, los hombres competentes.

Hay una precisión importante: en su *Mensaje de Navidad*, de 1959, consagrado a la *paz*, Juan XXIII insistió en que la unión de los cristianos y la pacificación del mundo deseada por la Iglesia «no pueden confundirse en absoluto con una concesión o debilitamiento de su firmeza frente a ideologías o sistemas de vida en oposición declarada e ineluctable con la doctrina católica, ni tampoco significa indiferencia ante las quejas que llegan a Nos de esas desgraciadas regiones donde se desprecian los derechos del hombre, donde la

---

(1) *Études*, t. 304, enero de 1960, págs. 101-102.
(2) Misma revista, t. 305, abril de 1960, pág. 100, y mayo, pág. 242.

mentira se erige en sistema. Menos todavía se podría olvidar el doloroso calvario de la Iglesia del silencio, en la que los confesores de la fe, émulos de los primeros mártires cristianos, son el blanco de sufrimientos y tormentos interminables por la causa de Cristo».

NUEVO ESTILO DEL PONTIFICADO

Cuando fue elegido, Juan XXIII se acercaba a los setenta y siete años y, prácticamente, era desconocido para el gran público. La prensa habló un tanto precipitadamente de «un Papa de transición», destinado a conservar el puesto para un sucesor más joven y de fuerte personalidad. Incluso en los círculos religiosos se deploraba la avanzada edad del elegido, como si la historia de la Iglesia no hubiera registrado nunca Papas que realizaron grandes cosas a una edad avanzada.

Pero pronto las voces críticas enmudecieron cuando Juan XXIII empuñó el timón de la nave de Pedro. Inmediatamente dio pruebas de una asombrosa vitalidad. Desde los primeros días sus decisiones sorprendieron al mundo. Pío XII había dejado vacantes puestos de la Curia de importancia. Así fue como, por ejemplo, tras el fallecimiento del Cardenal Maglione en 1944, la función de Secretario de Estado ya no tuvo titular. Juan XXIII confirmó inmediatamente al Prosecretario de Estado en el oficio, Domenico Tardini, antes de hacer de él, posteriormente, Secretario de Estado y su colaborador íntimo. A la muerte de Tardini, el 30 de julio de 1961, el Papa encargó del oficio al Cardenal Amleto Cicognani, quien durante largos años fue Delegado apostólico en los Estados Unidos.

El Colegio Cardenalicio, bajo Pío XII, se había anquilosado seriamente y envejecido un tanto ya. El 15 de diciembre de 1958, Juan XXIII celebró su primer consistorio secreto y nombró, de un golpe, veintitrés Cardenales. Aparte los antiguos Prosecretarios de Estado, Montini y Tardini, confirió la púrpura al Arzobispo König de Viena, de cincuenta y tres años, y al Obispo de Berlín, Döpfner, que sólo contaba cuarenta y cinco. Juan XXIII fue, así, el primer Papa que rebasó el número de setenta Cardenales fijado por Sixto V.

En tres ocasiones más nombró nuevos Cardenales. Entre los nombrados el 28 de marzo de 1960 se encontraban tres hombres de color: el primer japonés, el Arzobispo Pedro Tatsuo Dio, de Tokio; el primer filipino, Arzobispo Rufino Santos, de Manila, y el primer Cardenal nativo de África, Obispo Laureano Rugambwa, de Rutabo, en Tanzania. Por primera vez en la historia de la Iglesia, figuraban en el Supremo Senado representantes de todos los continentes.

No contento con conferir al Colegio Cardenalicio su plena vigencia, Juan XXIII devolvió sus antiguas funciones a las Congregaciones Romanas, tan poco valoradas bajo Pío XII. Si su predecesor, autoritario, tuvo empeño en tomar él solo todas las decisiones importantes, Juan XXIII sólo intervenía

cuando, en tal o cual cuestión, se tomaba una decisión opuesta a su voluntad. Así, en poco tiempo descentralizó la administración eclesiástica.

Salvo esto, Juan XXIII se diferenció también de su predecesor por su estilo humano y personal. Es significativo que dijese a sus colaboradores del Vaticano desde los primeros días de su reinado: «No soy un Papa importante, como mi predecesor. No soy un Papa apuesto, como veis por mis orejas, pero conmigo tendréis una vida buena.»

Por su sencillez y su bondad se propuso humanizar el Papado. Así fue como el 15 de agosto de 1961 anotaba en su Diario: «¿Vicario de Cristo? ¡Ah!, yo no soy digno de ese título; yo, pobre hijo de Bautista y Mariana Roncalli. Sin duda, eran cristianos, pero ¡tan modestos y humildes!»

OBISPO DE ROMA

Desde los tiempos más antiguos, el Papa es también Obispo de Roma. Por este motivo, desde un principio Juan XXIII atribuyó mucha importancia al oficio histórico del sucesor de Pedro. No intervino en lo propiamente administrativo de su diócesis, dejándolo a su Cardenal-Vicario y a su Obispo sufragáneo. Pero tomó personalmente contacto con los sacerdotes y fieles de su circunscripción. Con todo y con eso, tenía su estilo propio, abandonando continuamente los estrechos límites del Vaticano para visitar, como verdadero Papa preocupado por las almas, una de las mil iglesias de la Ciudad Eterna y para participar en alguna fiesta.

Los romanos quedaron sorprendidos en un principio al encontrarse con el «Papa simpático», como pronto le llamaron, que recorría en coche las calles de la ciudad y saludaba a los que encontraba con una amistosa sonrisa. Era insólito ver a un Papa preocuparse así tan de cerca por su diócesis, que quería verlo todo por sí mismo. Durante el primer año de su Pontificado Juan XXIII salió sesenta veces del Vaticano...

Fue sensacional en todo el mundo ver al Papa Juan, elegido apenas hacía dos meses, visitar el segundo día de Navidad de 1958 la prisión central de Roma, Regina Coeli, en la que vivían 1.300 detenidos. A petición suya se abrieron incluso las celdas de malhechores peligrosos. El Papa predicó un sermón navideño a «sus buenos hijos y queridos hermanos en Cristo», antes de conversar con ellos. Estrechó contra su corazón a dos asesinos. A continuación continuó sus visitas por los hospitales y establecimientos de la Ciudad Eterna.

No era extraño, pues, que conquistase en poco tiempo el corazón del pueblo. Hay que haber conocido personalmente al Papa Juan cerca del pueblo para forjarse una idea del amor que sentían por él, especialmente las gentes sencillas. En la iglesia de un barrio obrero del suburbio romano, dijo al pueblo que le rodeaba manifestando su alegría: «Soy uno de vosotros.» Este amor al pueblo no era fingido ni estudiado; le era natural. El Papa que iba



Juan XXIII (1958-1963) en la Procesión de Ramos. Roma, 1962.
Fotografía del doctor Schwabik. Roma

a ver a los prisioneros en sus celdas, consolaba a los enfermos en los hospitales, visitaba a los pobres, no tenía sino una bondad paternal; era, además, un guardián celoso de su sector. Como en Venecia, quiso celebrar en Roma un sínodo diocesano. Lo convocó el 25 de enero de 1959. El Papa, director de conciencia, con su intuición penetrante de la realidad, había reconocido la necesidad y las ventajas que se podían sacar de este medio al que tantas veces se recurrió en la historia del Papado para remozar la vida de la Iglesia, así como de la actualidad que tenía. Los reformadores, como Carlos Borromeo, se sirvieron preferentemente de los sínodos diocesanos, amén de las visitas a su diócesis, para introducir las reformas previstas.

Era otra innovación la que Juan XXIII preparaba en Roma. La Ciudad Eterna aún no había conocido ningún sínodo diocesano suyo específico. En cambio, en los siglos pasados hubo concilios provinciales. El último fue convocado por Benedicto XIII en el año jubilar de 1725; de él salieron una serie de leyes precisas para la cura de almas. Pero ¡cuántos cambios ocurridos desde entonces, y qué profundos fueron esos cambios! La población de la Ciudad Eterna, de tan rápido crecimiento, se había multiplicado por diez desde 1871, pasando en el transcurso de los cincuenta últimos años de 400.000 almas a más de dos millones. En el centro viejo de la ciudad se alineaban las iglesias; tres cuartas partes de sus iglesias están dentro de las murallas, mas tres cuartos de la población viven fuera. Ya Pío X, el gran Papa pastor, había modificado la distribución de las parroquias romanas para adaptarlas al nuevo plano de la ciudad; empero, tras la segunda guerra mundial, en los suburbios se construyeron nuevos barrios con gigantescos bloques de viviendas que carecían de iglesias y de sacerdotes. Bajo Pío XII se crearon numerosas parroquias en los nuevos barrios de viviendas. Roma posee actualmente 200 parroquias.

Por todo ello, los problemas de la cura de almas eran más que suficientes para agotar las decisiones y discusiones del primer sínodo diocesano romano. Juan XXIII designó la comisión que había de preparar dicho sínodo, y ésta creó ocho subcomisiones. El motor que impulsaba los trabajos era el mismo Papa. Finalmente, de los trabajos preparatorios salió un proyecto de estatuto que llenaba tres volúmenes, con más de 700 artículos. La sección principal la constituía el capítulo «De la actividad pastoral». Él solo incluía 500 artículos.

La preparación del sínodo diocesano ocupó el primer año del Pontificado de Juan XXIII. Se inauguró el 24 de enero de 1960 por el Papa en la basílica de Letrán, su propia iglesia episcopal, y continuó durante los tres días siguientes en el Vaticano. Las intervenciones del Papa estuvieron penetradas de una preocupación pastoral efectiva. Continuamente insistió en el problema esencial para la cura actual de almas en su diócesis; Roma necesitaba un número sensiblemente progresivo de clérigos sanos «de espíritu, de cuerpo y de lengua». Realista imparcial, declaró: «Encarémonos con la dura realidad: la ciudad de Roma tiene, globalmente, dos millones de habitantes. Su cura de

almas está confiada a 220 sacerdotes seculares y 370 regulares, en total 590 sacerdotes. Corresponde, pues, por término medio un sacerdote por 3.300 fieles.»

Se emitieron juicios críticos contra el sínodo diocesano de Juan XXIII: que no se había preparado suficientemente. Pero la existencia de tal sínodo, en el que no pensara ningún otro Papa, preparado en un lapso de tiempo tan breve, ya era en sí una gran cosa. Entre las 755 conclusiones que entraron en vigor el 1 de noviembre de 1960, los periodistas aquejados de sensacionalismo sólo retuvieron las puramente externas y las decisiones accidentales para los sacerdotes —normas sobre atuendo, prohibición de frecuentar los teatros y cines, etc.—, las que atañen a la reglamentación de cualquier estamento social. Pero el Papa fue mucho más lejos. Tales sacerdotes, clérigos, monjas y fieles fueron aquellos a quienes quiso demostrar que es posible, hasta en nuestro tiempo, ir a contrapelo de la época y tender a la santidad. También en este campo Juan XXIII dio un impulso cuyos efectos tal vez no aparezcan sino en el futuro.

EL PAPA DEL CONCILIO

La mayor obra acometida por Juan XXIII durante su breve Pontificado fue el Concilio Vaticano II. Pocos meses después de subir al Trono de Pedro, el 25 de enero de 1959 —último día del octavario de oraciones por la unidad de los cristianos—, reveló su proyecto de convocar un Concilio Ecuménico, al terminar un oficio divino, en la basílica de San Pablo extra muros, ante los Cardenales reunidos. Éstos quedaron perplejos al oír al viejo Papa. Desde que la guerra franco-alemana de 1870 interrumpió el Concilio Vaticano I reunido por el Papa Pío X, a ningún Pontífice siguiente se le ocurrió la idea de convocar otro, y se cree que Pío XII dijo que reunir un concilio exigiría veinte años...

¿Cómo llegó a esta resolución Juan XXIII? Más tarde hizo una confidencia a un grupito de peregrinos venecianos de que la idea de un concilio se le ocurrió por primera vez en una conversación con el Cardenal Secretario de Estado, Tardini, sobre los problemas y necesidades de nuestro tiempo. Es cierto, por consiguiente, que el proyecto del concilio nació en el corazón del Papa desde las primeras semanas de su Pontificado.

El anuncio del concilio tuvo gran repercusión en el mundo. Desde el Concilio Vaticano I (1869-1870) habían transcurrido casi noventa años. En el intervalo el mundo había cambiado extraordinariamente. Una reunión de la Iglesia que abordase los problemas de los tiempos nuevos era de urgente necesidad.

Las tareas del nuevo concilio las determinó Juan XXIII en su encíclica *Ad Petri Cathedram* —29 de julio de 1959— con estas palabras: «Su principal objetivo será la consolidación de la fe católica, la renovación de las costum-

bres cristianas así como la adaptación de la vida eclesiástica a los tiempos actuales.»

El concilio sería «un grandioso espectáculo de la verdad, de la unidad y del amor», «al mismo tiempo que una invitación amistosa a los que viven separados de esta Sede Apostólica», decía. Asimismo, según los planes del Papa, el concilio prepararía el camino para la unidad de los cristianos. La realización del concilio exigió su tiempo, sin embargo, y tropezó con muchos obstáculos. Juan XXIII halló oposición incluso entre sus colaboradores más inmediatos. Pero ninguna dificultad consiguió desviar al Papa del camino que se había trazado.

El 17 de mayo de 1959, en la fiesta de Pentecostés, se reunió la *Primera Comisión Preparatoria.* Confió la presidencia a su Secretario de Estado, el Cardenal Tardini, en tanto que el Secretario fue Pericles Felici, uno de los Prelados más capacitados de la Curia Romana. Se había encargado a la comisión que preguntase a los 2.500 Obispos de la Iglesia, así como a los Superiores de Órdenes masculinas, de las Facultades de Teología y de las Universidades católicas sobre los problemas que consideraban más importantes para la Iglesia. Antes del Vaticano I se interrogó solamente a 34 Obispos. Ahora se interrogaba al episcopado mundial. Se recibieron cerca de 2.000 respuestas. El ingente material fue examinado y distribuido en casi 2.000 volúmenes.

Una vez que dicha comisión preparatoria cumplió su misión, el Papa instituyó en Pentecostés de 1960 diez comisiones especiales y dos secretariados. La *Comisión Central* era la más importante. La dirigía personalmente el Papa, con el cometido de inspeccionar y coordinar la labor de las otras comisiones. En las comisiones y secretariados trabajaban más de 800 teólogos calificados, procedentes de todos los países y de todos los grados de la jerarquía. Su tarea era la de preparar las bases de discusión (esquemas) partiendo del material recibido.

Con su celo casi juvenil y con su tenacidad característica, Juan XXIII apremió a las comisiones. Esta prisa tal vez tuviese un carácter premonitorio, ya que si no tal vez el concilio se hubiera quedado en mero proyecto. En Navidad de 1961 se publicó la bula *Humanae salutis,* por la que el Papa anunciaba la apertura del concilio para 1962, fecha que concretó el 2 de febrero: sería el 11 de octubre. ¡En tres años completos se preparó la mayor asamblea eclesiástica celebrada jamás! En ella se debatirían no menos de setenta esquemas dispuestos para ser discutidos por los Padres conciliares.

En una fiesta grandiosa, *Juan XXIII declaró abierto, el 11 de octubre de 1962, la XXI Reunión Ecuménica de la Iglesia.* Nunca había visto Roma tal número de dignatarios eclesiásticos reunidos: 2.540 Padres conciliares con ornamentos de fiesta se dirigieron a las ocho de la mañana, en fila de a seis, del Palacio Apostólico a la gigantesca plaza de San Pedro. Entre las blancas mitras sobresalían pintorescamente las redondas cabezas de los Obispos orientales, tocadas de negro. Un número impresionante de Obispos de color caminaba en el cortejo.

Cuando el Concilio Vaticano I, los 700 Padres conciliares provenían, en su mayor parte de Europa. Esta vez sólo el 37 por 100 eran europeos; el 33 por 100, oriundos de América del Norte, de las Américas Central y del Sur; el 30 por 100 de África, Asia, Australia y Oceanía. Entre ellos se contaban unos 855 obispos misioneros. Por primera vez el orbe católico estaba realmente representado en un Concilio Ecuménico. Y por primera vez en la historia de la Iglesia 40 representantes de las comunidades cristianas no católicas asistían como observadores a la apertura del Concilio Ecuménico. Se los consideraba como invitados de honor «en la casa del Padre», en expresión del Papa Juan.

Una vez que los Padres conciliares se hubieron instalado en la basílica de San Pedro, se vio llegar el cortejo papal. Desde la silla gestatoria llevada a hombros por la Plaza de San Pedro, Juan XXIII bendecía a los asistentes. Dejando la sede y a sus portadores a la entrada de San Pedro, atravesó a pie, entre las hileras de Obispos que llenaban con sus filas hacia la derecha e izquierda, la enorme nave transformada en aula conciliar.

La ceremonia de apertura duró alrededor de cuatro horas y media. Ofrecía un aspecto impresionante contemplar al Papa con sus casi ochenta y un años, tras haber pedido las luces del Espíritu Santo en la misa a él ofrecida, arrodillarse para hacer profesión de fe ante toda la asamblea. En su discurso inaugural, Juan XXIII puso de relieve el hecho de que no había reunido el concilio «para discutir ante todo algunos puntos doctrinales capitales» suficientemente conocidos, sino para profundizar en ellos y actualizarlos, como exige nuestro tiempo. E insistió en el grave deber pastoral de la nueva asamblea de la Iglesia, diciendo: «La Esposa de Cristo debe recurrir hoy, mucho más que a las armas de la severidad, al remedio de la caridad.» Denominó al concilio «reunión fraterna de los Obispos», y les dejó discutir en plena libertad. Por este motivo no traspasó las puertas del aula de la basílica de San Pedro ni durante una congregación general, hasta el final del concilio.

Los Padres conciliares formaron antes que nada las *comisiones conciliares.* Su resolución de ir adelante con independencia, ya se manifestó en el curso de una sesión de trabajo el 13 de octubre de 1962. Rechazaron la lista *romana* que se les proponía, escogiendo durante las sesiones siguientes, de una lista unificada de diversos grupos nacionales que se llamó «europea del Centro y del Norte», dieciséis miembros de cada comisión. El Papa nombró nueve miembros suplementarios para cada una de ellas. Estas comisiones, órganos de trabajo del concilio, realizaban importantes funciones: debían incorporar los votos orales o escritos de los Padres conciliares a los esquemas retenidos y, en caso necesario, hacer nuevas propuestas.

Sólo entonces comenzaron las discusiones propiamente dichas del concilio. De los 70 esquemas, únicamente se discutieron algunos en las primeras sesiones. Durante tres semanas, del 22 de octubre al 14 de noviembre de 1962, los Padres conciliares discutieron la renovación litúrgica, el *Esquema de la liturgia.* Se pronunciaron 329 discursos, mientras llegaban 625 proposiciones escritas antes de terminarse la primera sesión conciliar, y aun mucho después.

Sesión inaugural del Concilio Vaticano II en la basílica de San Pedro en Roma, el 11 de octubre de 1962. Fotografía Del Priore. Roma


NON DEFICIAT
CAELORVM ✠ TV ES
FIDES



El segundo esquema versaba *Sobre las fuentes de la Revelación.* Presentado por el Cardenal Ottaviani, dicho esquema fue blanco, desde un principio, del fuego graneado de la crítica. No hacía una semana que se dialogaba, cuando se evidenció que la mayoría de los Padres conciliares rechazaban dicho esquema en su totalidad. Al reunirse la 23 congregación general —20 de noviembre de 1962—, llegó a su punto culminante el dramatismo del primer período de sesiones. Al votar la propuesta de terminar la discusión del esquema, faltaron 105 votos únicamente para alcanzar la mayoría requerida de los dos tercios. El Papa en persona fue quien lo zanjó al decidir que el tema se retirase de los debates. De este modo Juan XXIII se colocaba manifiestamente al lado de la mayoría progresista. Se instituyó una nueva comisión, a la que se encomendó reexaminar la propuesta combatida y elaborarla otra vez para una sesión ulterior.

En el transcurso de las dos últimas semanas de la primera sesión se discutieron también acerca de los *medios de influir en la masa* y sobre la *unidad de la Iglesia.* A la XXXVI y última sesión de trabajo —7 de diciembre de 1962— asistió el Papa en persona. Aunque convaleciente hacía muy poco de una grave enfermedad, quiso dirigir una breve alocución a los Padres conciliares para agradecerles la labor realizada.

Al otro día se efectuó la solemne clausura oficial de la sesión en San Pedro. Otra vez asistió Juan XXIII y dirigió un último discurso. Sería su última aparición ante los Padres conciliares. Luego se aplazó el concilio casi un año.

No se había llegado a un acuerdo sobre ninguno de los puntos particulares al separarse los Padres el 8 de diciembre de 1962. Exceptuando el mensaje a la humanidad y la conclusión del primer capítulo del esquema de la liturgia, no llevaban a casa ninguna conclusión definitiva. Si apreciamos por sus resultados concretos la primera sesión, fue un fracaso. El exceso de temas tuvo la culpa, escollo en el que ya tropezó el Concilio Vaticano I. El tiempo consagrado a las comisiones estuvo muy medido para poder examinar todas las cuestiones con la misma eficacia prestada al esquema litúrgico.

Mas esta deficiencia no obstó para que el balance de la sesión fuese positivo. Nunca antes se había presentado la Iglesia en tal grado como Iglesia del mundo. Por primera vez en su historia, el episcopado del orbe entero se reunía en tan gran número. Los Obispos de diversos países aprendieron a conocerse. Pudieron intercambiar sus pensamientos y experiencias, lo que los acercó más. Las preocupaciones de unos las hicieron suyas los otros. Se sintieron más miembros de la gran comunidad que engloba la Tierra. Así es como la primera etapa, que representaba solamente el inicio del concilio, se llevó a buen fin. También resultó un gran paso la presencia de observadores no católicos, que siguieron todas las sesiones de los Padres conciliares. Fue una acción histórica muy importante, cuya transcendencia sólo se comprenderá más tarde, que Juan XXIII abriese las puertas del concilio a los no católicos.

ÚLTIMOS MESES HASTA LA MUERTE DE JUAN XXIII

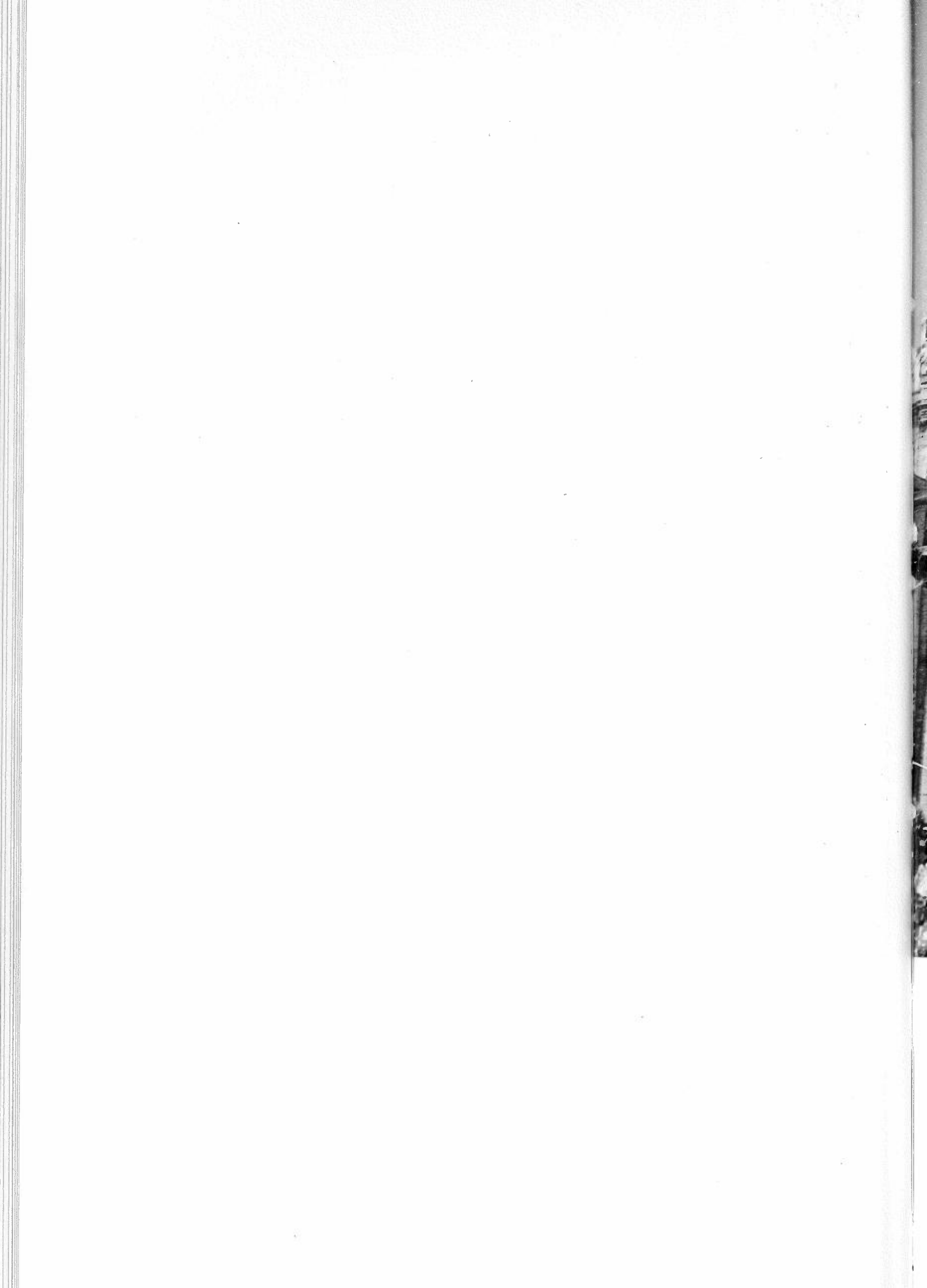
Al dejar la Ciudad Eterna, de regreso a sus diócesis, los Padres conciliares ya temían por la vida del Papa, corazón espiritual del concilio, aunque no hubiese seguido personalmente las sesiones. Juan XXIII siguió trabajando no menos infatigablemente mientras sus fuerzas se lo permitieron. Fijó el comienzo de la segunda sesión conciliar para el 8 de septiembre de 1963. Además, encargó a una comisión cardenalicia específica de vigilar los trabajos de las comisiones en cada campo. Tal comisión coordinadora redujo de setenta a diecisiete el número de proyectos. Ya condenado a muerte, el Papa no dejó de trabajar personalmente en doce de los esquemas. Los Obispos, de vuelta a sus diócesis, ofrecieron colaborar por escrito en la preparación de la segunda sesión.

Enfermo de muerte, el Papa envió en Pentecostés de 1963 una carta emocionada a los Obispos, en la que pedía en esos días anteriores a Pentecostés que orasen por la continuación del concilio y por la renovación de la Iglesia. Luego se acostó para morir. Cuando comprendió que se acercaba el final de su vida terrena, pidió se le administrase la Unción de los Enfermos en plena lucidez. A los Cardenales que rodeaban su lecho les dijo que ofrecía su vida en el altar por la Iglesia, por el concilio y por la paz. Siempre que recuperaba el conocimiento durante su dolorosa agonía, que se prolongó durante días, renovó su sacrificio. Se le oyó musitar: *Ut unum sint* (¡que sean uno!). La tarde del 3 de junio de 1963, Juan XXIII cerró los ojos a este mundo. En aquella hora se manifestó la profunda y dolorosa participación del mundo entero en el duelo y hasta qué extremo era amado y admirado este Padre de la Cristiandad por todos los hombres, por encima de confesiones y fronteras. De hecho, Juan XXIII fue un hombre extraordinario. No sin razón se le ha llamado «el Papa carismático» de nuestro siglo. Todo su estilo era más pastoral que dogmático, y esta línea de fuerza fue también la de sus ocho encíclicas. Señaló la última, *Pacem in Terris,* la gran encíclica de la paz que compuso algunos meses antes de morir, como su «regalo de Pascua a la humanidad».

Juan XXIII pensaba y actuaba como pastor. Éste es el motivo por el que deseaba ayudar también a los cristianos tras el *telón de acero.* Muchas de sus acciones criticadas vivamente en vida sólo podrán apreciarse más tarde con conocimiento de causa, cuando se revelen los móviles. Así, por ejemplo, sus tentativas de ponerse en contacto con Moscú, Budapest y otros centros del mundo comunista o de la recepción, llena de sentido, de Adyubei, yerno del ex Ministro-Presidente Kruschef, continuada en cierto modo en la conversación de Pablo VI con el Ministro de Asuntos Exteriores Gromyko en Nueva York. Con todo, existen muchos gestos y planes de Juan XXIII que la Historia utilizará un día para esclarecer sus ideas y propósitos. La concesión

del Premio Balzan no fue la última, ni tampoco el deseo expresados por él privadamente de ir a orar en 1966, en el milenario de la evangelización de Polonia, al Santuario de la Virgen Negra de Czestochowa, así como la aceptación insólita de las insignias de una corporación católica de estudiantes alemanes, Sigfridia, de Bonn, con motivo de su audiencia general del Jueves Santo de 1960 en la basílica de San Pedro. Las innovaciones del Papa en todos esos casos no perjudicaron nunca, en lo más mínimo —y esto es muy significativo—, la claridad de sus ideas y de su ardiente celo por la cura de almas.

Es probable que se designe posteriormente a Juan XXIII como *el primer Papa de los tiempos nuevos*. Este Papa, que por naturaleza era más conservador que revolucionario, puso en marcha mediante la convocación del Concilio Vaticano II un movimiento que tal vez marque el mayor viraje en la vida eclesiástica de nuestra época. *En este sentido* se puede hablar de él como de un Papa de transición.





La plaza de San Pedro, en Roma, el día de la elección de Pablo VI, 21 de junio de 1963.
Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra

ficia. Durante seis meses sirvió en la nunciatura de Varsovia, en 1923, pero su delicada salud no se adaptó al duro clima polaco. Llamado a Roma, fue designado, a los veintisiete años, en 1923, para la oficina de la Dirección de la Iglesia en la Secretaría de Estado. Durante tres decenios permaneció en dicho puesto al inmediato servicio del Papa. En esta oficina compartió Montini el deber pastoral en la Ciudad Eterna. Al confiársele la asistencia espiritual a la juventud estudiantil del distrito romano, recibió un cargo que correspondía plenamente a sus disposiciones personales. Semana tras semana visitó con grupos de estudiantes las chabolas de la zona romana, y los domingos iniciaba a los jóvenes estudiantes en la liturgia del día. Por este motivo Pío XI llamó después a este joven sacerdote celoso a la asistencia general de la juventud universitaria.

En la Secretaría de Estado pontificia fue donde —como dijimos— Montini encontró su vocación propia. Aquí se convirtió muy pronto en la mano derecha de Pío XII. Como sustituto, estaba encargado de despachar día tras día los asuntos corrientes de la sala de recepción. Luego, en el piso superior, en su despacho, había de ocuparse de la Secretaría Particular del Papa. Su trabajo diario consistía en contestar a los miles de cartas en las que se planteaban los más diversos asuntos al Papa sobre sus decisiones. Durante la segunda guerra mundial se trataba, especialmente, de gritos de dolor y de angustia, de llamadas de socorro dirigidas al Papa. Se creó en el Vaticano, como durante la primera guerra mundial, una oficina de información para prisioneros y deportados. Y a propuesta de Montini se creó la Comisión Pontificia para los Refugiados. Luego dicha comisión se convirtió en la Ayuda Pontificia a Italia. Esta actividad junto al Papa agudizó en Montini el sentido de los sufrimientos de la época y de las necesidades de la Iglesia mundial.

En enero de 1953 Pío XII anunció la creación de veinticuatro nuevos Cardenales. Reveló entonces que quiso elevar a la púrpura a los dos Prelados que dirigían las secciones de la Secretaría de Estado, pero que ambos le habían rogado desistiese de conferirles tal dignidad. En ese momento Montini fue nombrado Prosecretario de Asuntos Corrientes, mientras Tardini —luego Secretario de Estado de Juan XXIII— fue nombrado Prosecretario de Asuntos Extraordinarios.

El 1 de noviembre de 1953 Pío XII designó a quien le sucedería, Arzobispo de Milán. Fue el Cardenal Tisserant quien le confirió la consagración episcopal el 12 de diciembre siguiente en la basílica de San Pedro. El ex Prosecretario del Papa se convertía en el pastor de una de las diócesis más importantes y difíciles.

El nuevo Arzobispo tomó posesión de su diócesis el 5 de enero de 1954. Dirigió su primera alocución en el barrio *rojo* de San Juan, comunista en gran parte, y supo caer tan bien al mundo obrero en el lenguaje del pueblo, que muy pronto se le llamó «el Arzobispo de los trabajadores». Aparte de esto, visitó las 125 parroquias de la ciudad, las 700 parroquias rurales o de montañas dependientes de su arzobispado. Ordenó una gran misión para

el año 1957. Su preparación llevó dos años. 24 Arzobispos y Obispos y 600 sacerdotes, seculares y regulares, tomaron parte en ella. No se extendió únicamente a las iglesias y organizaciones católicas, sino también a las 150 explotaciones industriales de la ciudad, entonces de un millón de habitantes. Se predicaron 7.000 sermones de misión. El Arzobispo se dirigió diariamente por radio a sus fieles. Monseñor Montini continuó, asimismo, en enormes proporciones la construcción de iglesias en su circunscripción eclesiástica: se consagraron bajo su administración 100 iglesias y capillas. Juan XXIII, que era amigo suyo, le confirió la púrpura cardenalicia poco después de su elección, el 15 de diciembre de 1958.

CONTINUACIÓN DEL CONCILIO

La muerte de Juan XXIII interrumpió el concilio. Esta obra, saludada con tantas esperanzas e impaciencia, ¿quedaría inacabada? Algunos periódicos italianos escribieron abiertamente que la continuación del concilio se había aplazado indefinidamente; no hacían más que exteriorizar lo que ciertos círculos eclesiásticos deseaban en secreto.

Mas Pablo VI hizo acallar tales rumores. Apenas veinticuatro horas después de su elección, anunciaba en su primer mensaje radiofónico que deseaba continuar el concilio. A él dedicaría sus mejores energías. Inmediatamente mandó proseguir los trabajos preparatorios de la segunda sesión. Las tareas preparatorias ya estaban casi terminadas en su mayoría a la muerte de Juan XXIII. En primer lugar, el ingente material tuvo que reducirse y reelaborarse. Era muy necesario, ya que los proyectos dimanaban de los teólogos, representantes de una parte de la Teología católica, a la que se adhería, a lo sumo, un tercio de la asamblea conciliar. Pablo VI fijó la reapertura del concilio para el 29 de septiembre de 1963, sólo tres semanas después del plazo previsto por el Papa Juan.

Una semana antes de que los Padres conciliares recomenzasen las sesiones en la basílica de San Pedro, el nuevo Papa recibió en audiencia a los miembros de la Curia Romana. En su discurso preconizó una *reforma de la Curia.* Había de descentralizarse e internacionalizarse, dijo el Papa. Invitó al concilio a abordar dicha cuestión y a presentarle sus propuestas, estudiando la posibilidad de crear un organismo nuevo, una especie de *Consejo Episcopal* capaz de representar al Episcopado mundial. Esta invitación se apartaba radicalmente de la posición de los Papas en el transcurso de los siglos anteriores. Otrora los Papas se habían reservado expresamente la reforma de la Curia, y el temor no era ajeno a la actitud de ver a los concilios erigirse en superiores, no sólo de la Curia, sino del mismo Papa. Pero habiendo puesto suficientemente el acento el Concilio Vaticano I en el poder primacial del Papa para asegurarlo, Pablo VI podía invitar a los Padres a preparar un proyecto de reforma de la Curia sin temor a un renacimiento del *conciliarismo.*

El 29 de septiembre de 1963, los Padres conciliares se hallaban en la basílica de San Pedro para la *solemne apertura de la segunda sesión*, en número de más de 2.400. El punto culminante de la fiesta —cuatro horas de duración— fue un discurso programático del Papa, de una duración insólita. En él Pablo VI agradecía a su predecesor la idea del concilio. En términos calurosos dio las gracias a Juan XXIII por haber obedecido la inspiración divina convocándole. En forma conmovedora, el Jefe de la Iglesia consagró el concilio a Cristo: «¡Que en esta asamblea no brille ninguna luz que no sea de Cristo, Luz del mundo. Que ninguna palabra nos interese que no sea la del Señor, nuestro único Maestro.» Al final de su discurso insistió en el exordio: «¡Presida Cristo esta asamblea!» *(Christus praesideat.)* Como ya había hecho Juan XXIII, Pablo VI definió las tareas concretas del concilio: 1.ª La necesidad evidente de la Iglesia. 2.ª La reforma de la Iglesia. 3.ª La restauración de la unidad cristiana. 4.ª El diálogo con el mundo de hoy.

En la mayoría del mundo no católico, la oración del Papa se relacionó con la separación de los cristianos. Fue el punto central de la parte ecuménica del discurso. Los que le oyeron sintieron una emoción profunda cuando Pablo VI recalcó solemnemente que «si alguna culpa tenemos, sea cual fuere, en esta separación, pedimos a Dios humildemente que nos la perdone y, al mismo tiempo, pedimos a nuestros hermanos separados su perdón en el caso de sentirse ofendidos por nosotros.» Igualmente la Iglesia Católica perdonaba todas las ofensas recibidas en el curso de la Historia.

Al día siguiente —30 de septiembre de 1963— el concilio reanudó sus trabajos con su XXXVII congregación general. Sobre la base de las experiencias realizadas durante la primera sesión, el Papa había modificado previamente el reglamento de la asamblea en algunos puntos esenciales, fundamentalmente respecto a la dirección del concilio. El *presidium* anterior, con sus once Cardenales, era demasiado grande e incoherente para ejercer una dirección espiritual. Fue sustituido por un nuevo Comité de cuatro *moderadores* que dirigían sucesivamente las sesiones de trabajo.

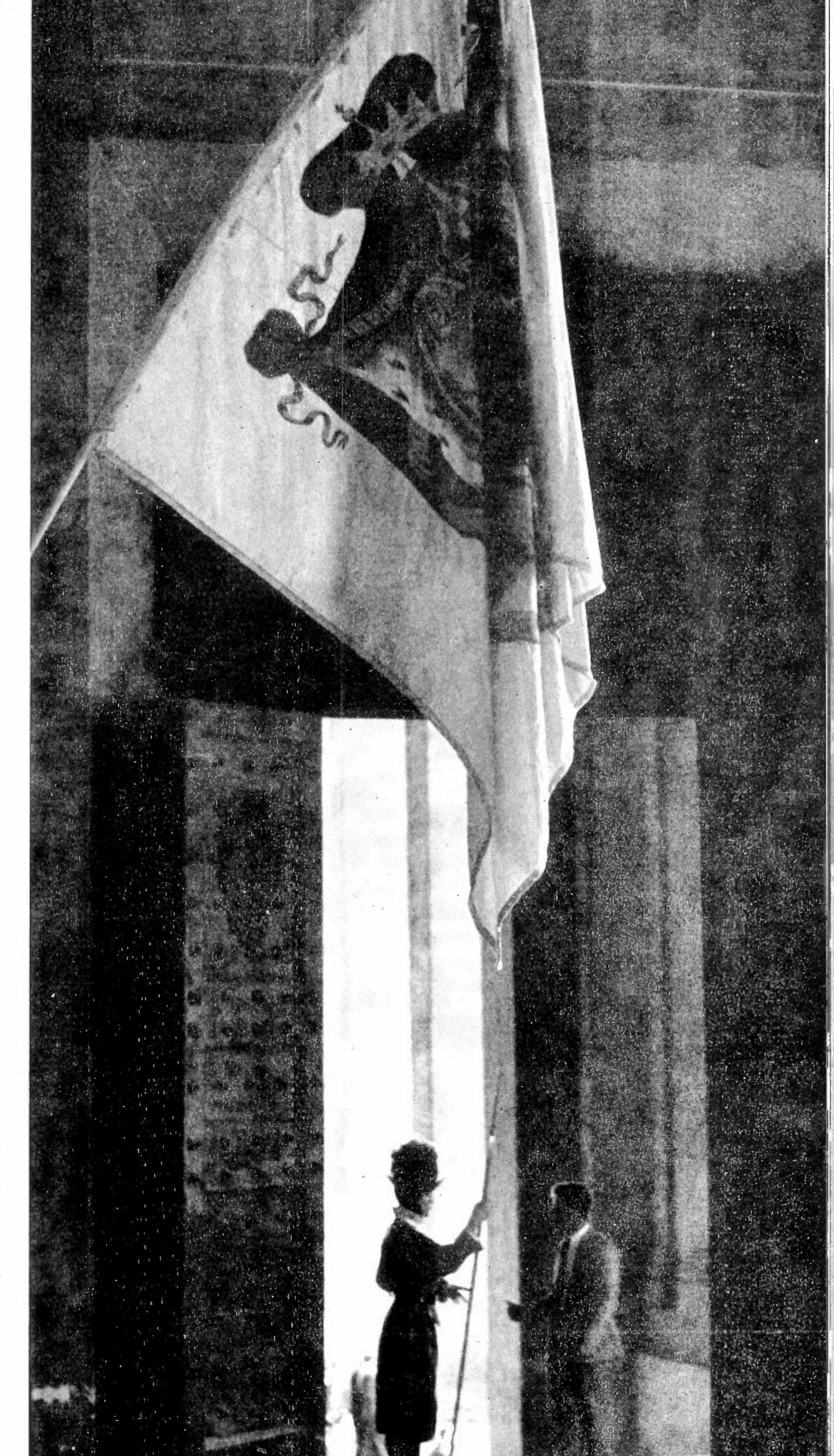
Además, por primera vez se invitó a los seglares en calidad de observadores a todas las sesiones del concilio. También se ofreció a los mismos la posibilidad razonable de discutir antes del Pleno del concilio. Esta representación del laicado fue muy puesta de relieve por la opinión, así como el número sensiblemente mayor de observadores no católicos con respecto a la primera sesión. En el diálogo de las sesiones de trabajo de ésta y de las siguientes (la *tercera* duró desde la mitad de septiembre hasta diciembre de 1964, y la *cuarta* desde la mitad de septiembre hasta mediado diciembre de 1965) siguió reinando el mismo espíritu de libertad y de apertura que los Padres conocieron bajo Juan XXIII. Incluso no era raro observar polémicas oratorias entre Cardenales y Obispos.

PEREGRINO DEL MENSAJE DE CRISTO POR EL MUNDO

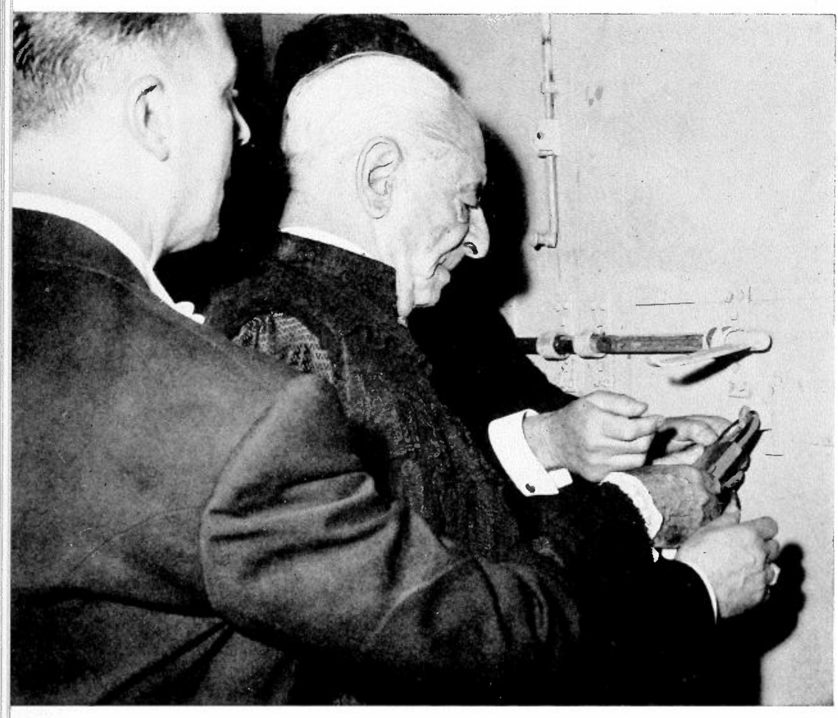
Cuando el concilio terminó, la estima, no sólo por la Iglesia, sino también por el Papado, alcanzó un nuevo punto culminante en este siglo. Infatigablemente, Pablo VI consagró todas sus energías a destruir el odio y el desacuerdo entre los pueblos, así como en llevar al mundo a una auténtica paz fundada en la justicia y en el amor recíproco, así como a reunir los materiales con vistas a la meta lejana de una reunión de todos los cristianos, en la que había puesto tanto empeño. Esos viajes por sí solos, emprendidos incluso durante el período del concilio, eran testimonio del ardor, la entrega y la diafanidad con que se empeñaba en realizar su vocación, como decía él mismo. En vez de esperar a que los creyentes, los jefes de las Iglesias y los hombres de Estado fuesen a él, salió al mundo para ir él mismo a su encuentro y ser el pregonero del mensaje de Cristo. Por primera vez en la Historia dio el espectáculo de un Papa en peregrinación a *Tierra Santa,* en 1963, y seguía las huellas del Salvador con el jefe de la Iglesia separada de Oriente. Fue el primer Papa que pisó tierra de la India, en 1964, para orar entre centenares de miles de personas en el Congreso Eucarístico de Bombay. Por primera vez el Representante de Cristo en la Tierra partió para América, donde lanzó el 4 de octubre de 1965 un desgarrador llamamiento por la paz y el bienestar de toda la humanidad a los dirigentes de los países reunidos en la asamblea general de las *Naciones Unidas.*

De esos viajes, la *peregrinación a los Santos Lugares* fue, sin duda, el más importante, pues simbolizaba la voluntad de este Papa y contenía en germen cuanto significarían y contendrían sus ulteriores viajes. No fue casual la gran sensación causada por las palabras de Pablo VI al evocar este peregrinaje con ocasión de la clausura de la segunda sesión conciliar el 4 de diciembre de 1963. Dijo: «Está tan viva en nosotros la convicción de que para la feliz conclusión del concilio es necesario intensificar las oraciones y las obras, que hemos decidido, tras madura reflexión y abundante plegaria, Nos mismo hacernos peregrino a la tierra de Jesús Nuestro Señor. Así, pues, si Dios nos asiste, queremos ir en el próximo mes de enero a Palestina, para venerar personalmente, en los lugares santos donde Cristo nació, vivió, murió, resucitó y subió al Cielo, los misterios principales de nuestra salvación: la Encarnación y la Redención. Veremos aquella tierra bendita, de la que Pedro salió y a la que ninguno de sus sucesores ha vuelto. Iremos humildemente y, en seguida, regresaremos haciendo un viaje de oración, de penitencia y de renovación para ofrecer a Cristo su Iglesia, para llamar a esta Iglesia única y santa a los hermanos separados, para implorar la divina misericordia en favor de la paz que en nuestros días aparece todavía tan débil y temblorosa, para suplicar a Cristo Señor por la salvación de toda la Humanidad» (1).

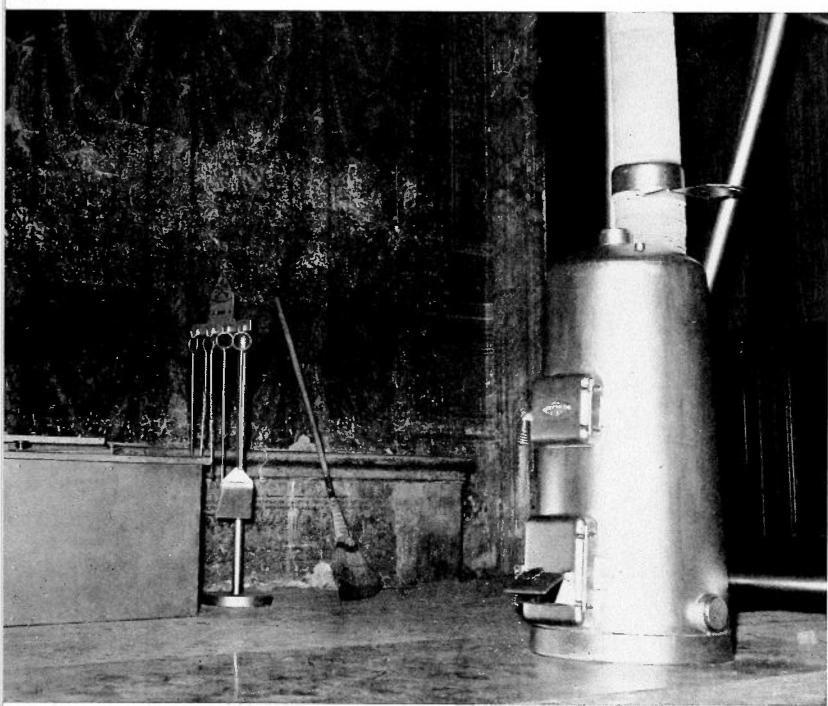
(1) Revista *Ecclesia,* sábado 7 y 14 de diciembre de 1963, núms. 1.169-1.170. *(N. del T.)*



Durante el conclave del 19 al 21 de junio de 1963, del que saldría elegido Pablo VI, era izada la bandera del Príncipe Chigi della Rovere Albani, Mariscal del conclave, en el portón de bronce del Vaticano. Fotografía del doctor Schwabik. Roma

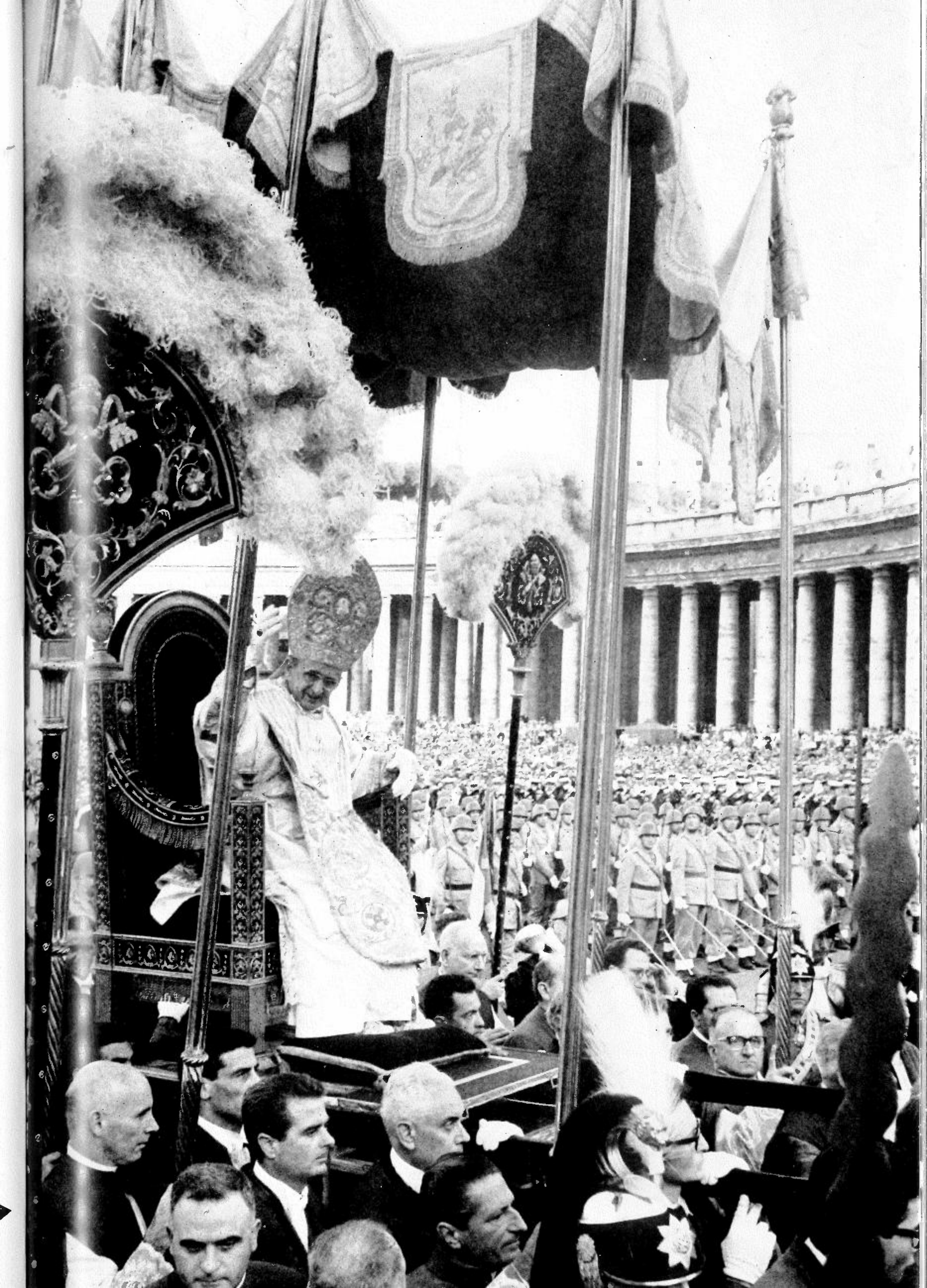


El conclave del 19 al 21 de junio de 1963. El Mariscal del conclave, Príncipe Chigi della Rovere Albani, una vez efectuada su entrada los Cardenales, cierra las puertas del patio del Vaticano. Fotografía del doctor Schwabik. Roma



El conclave del 19 al 21 de junio de 1963. Estufa de la Capilla Sixtina en el Vaticano, por cuya chimenea sale el humo negro si el escrutinio es nulo, y blanco si es elegido Papa, según la tradición. Fotografía del doctor Schwabik. Roma

Coronación de Pablo VI el 30 de junio de 1963, en Roma. El Papa es llevado por la plaza de San Pedro. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra ▶

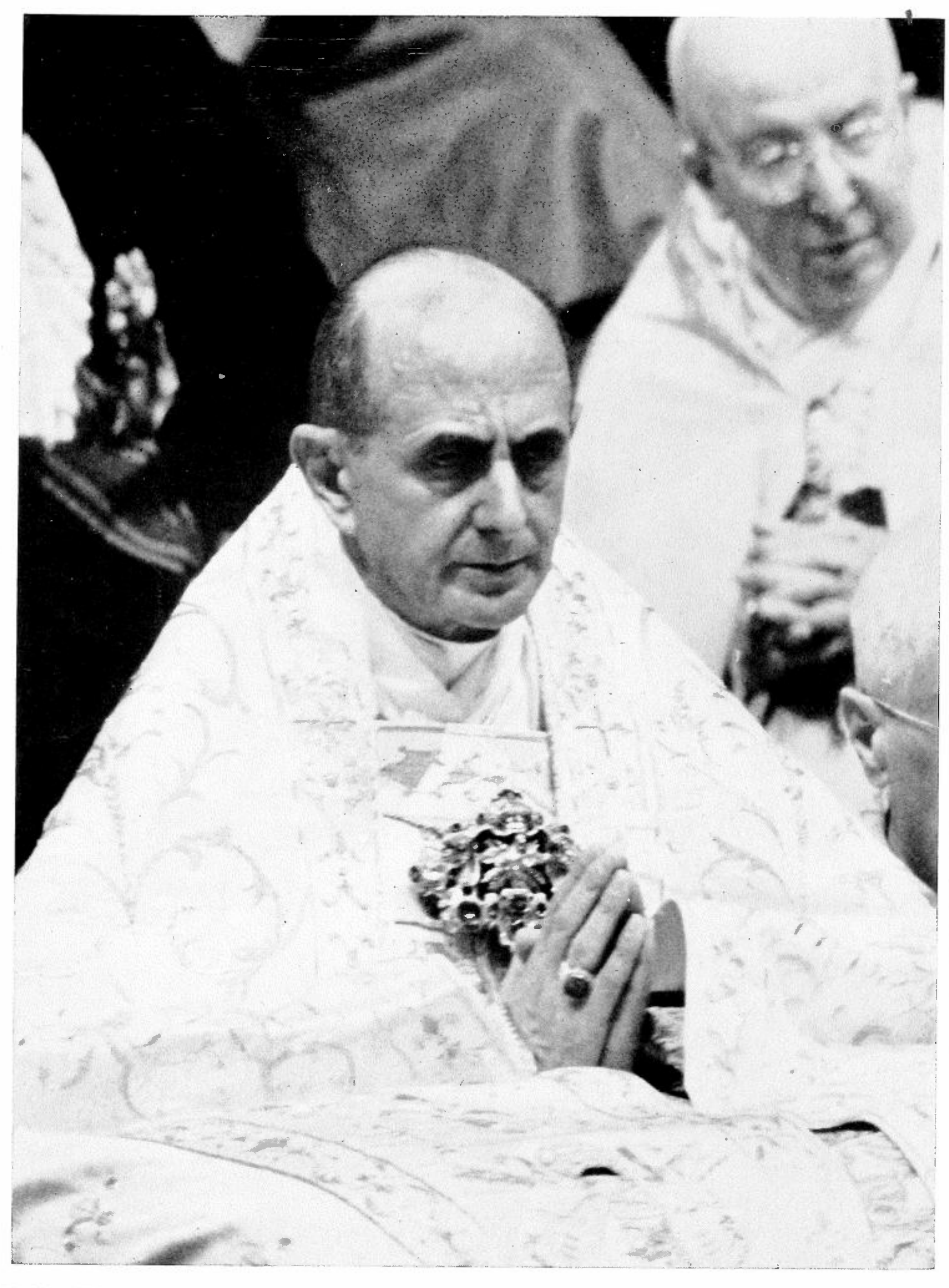


Coronación de Pablo VI el 30 de junio de 1963 en la basílica de San Pedro, Roma. El Papa recibe la tiara, triple corona pontificia. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



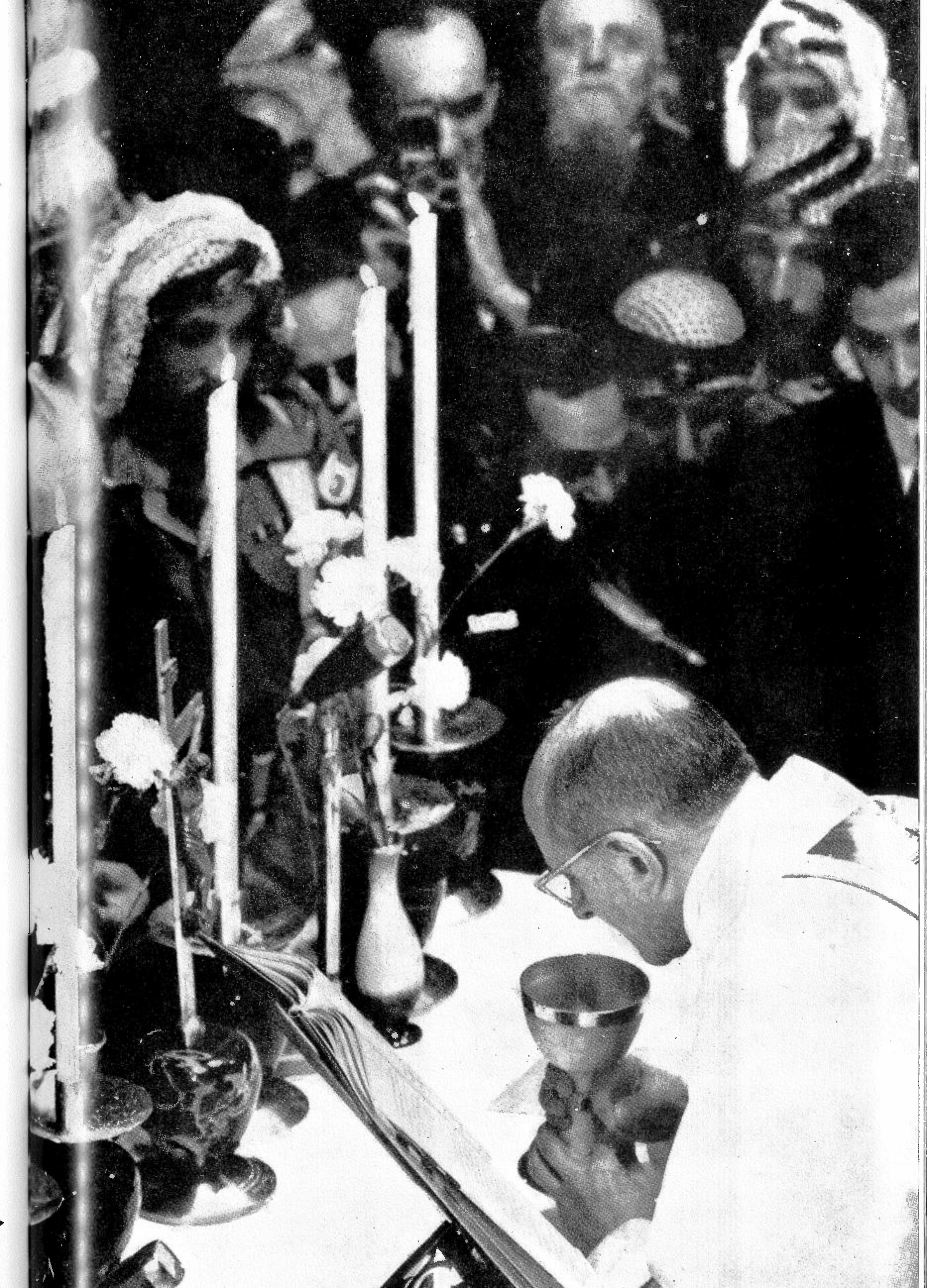


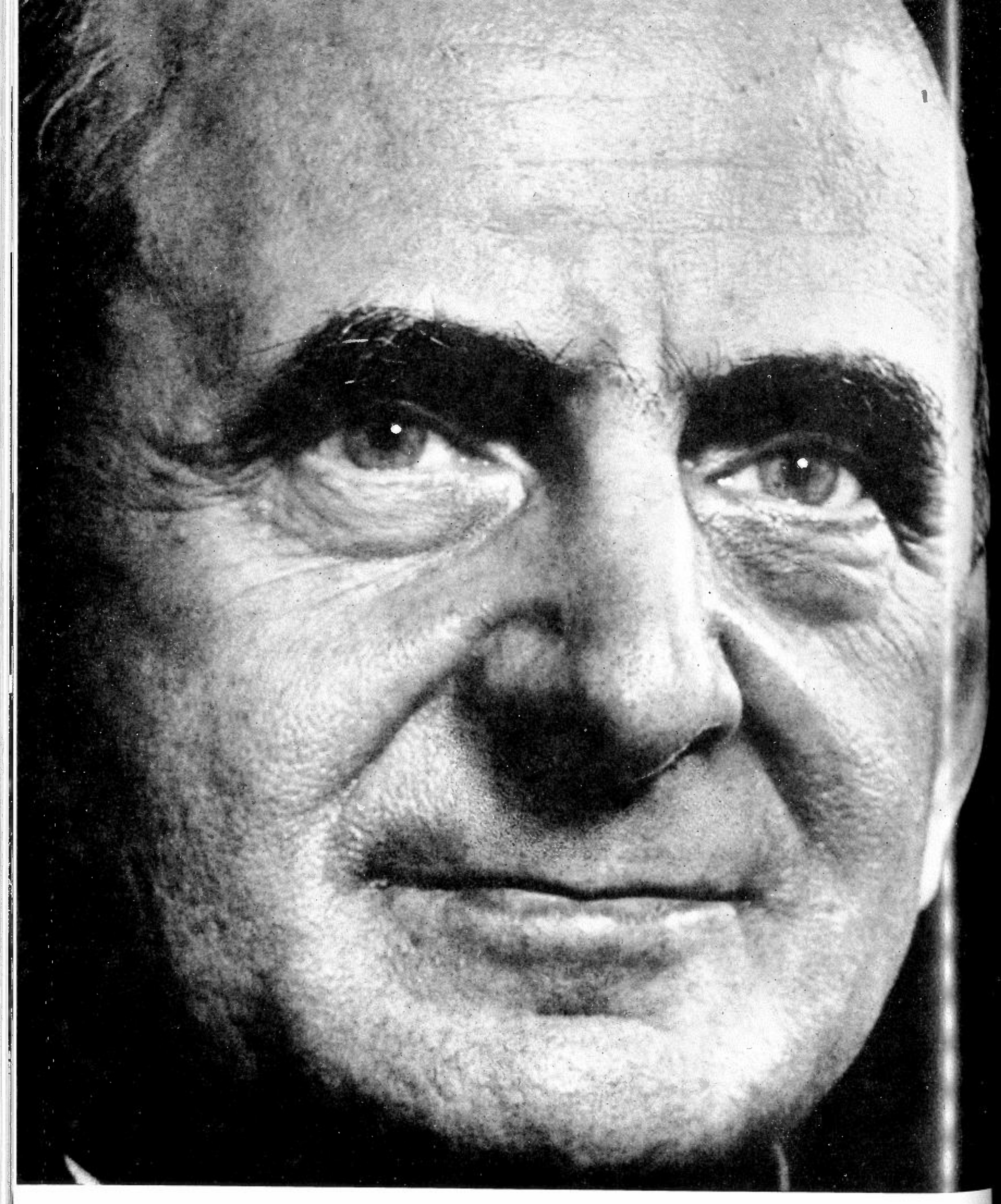
Peregrinación de Pablo VI a Tierra Santa del 4 al 6 de enero de 1964. Por primera vez desde un cisma de quinientos años, el Patriarca de la Iglesia ortodoxa griega se entrevistaba con el Papa de la Iglesia Romana el 5 de enero de 1964 en Jerusalén. El Papa da al Patriarca Atenágoras de Constantinopla el abrazo de la paz. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



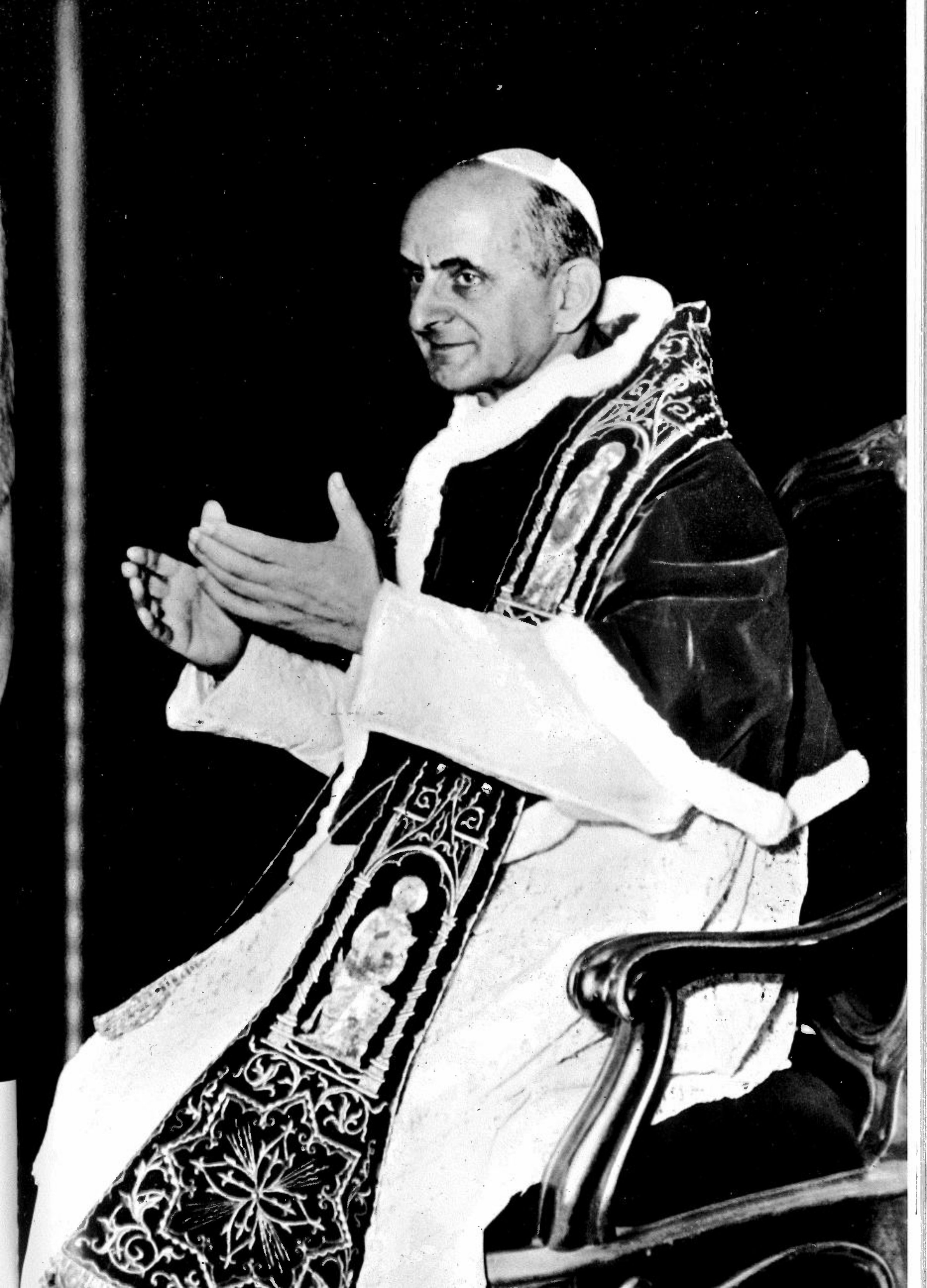
Pablo VI con ocasión de su peregrinación a Tierra Santa. En oración en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, el 4 de enero de 1964. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra

Pablo VI con motivo de su peregrinación a Tierra Santa. Celebración de la Santa Misa en la iglesia de la Natividad, en Belén, el 6 de enero de 1964, entre los fieles y la guardia de honor beduina del Rey de Jordania. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra ▶





El rostro de Pablo VI. Este estudio fotográfico de L. Karsh, de Ottawa, con fecha del año 1964, revela a todos aquellos a quienes la fisonomía del Papa es familiar, mucho más de la personalidad y bondad del Padre Santo de lo que cien libros podrían decir. Fotografía de Len Sirman Press. Ginebra



Pablo VI (1963 ad multos annos). Fotografía de Ediciones Stauffacher, S. A. Zurich

El objetivo perseguido por Pablo VI en este peregrinaje era doble, segun propia confesión: Deseaba, como peregrino orante, visitar los Santos Lugares, divididos hoy en dos Palestinas, que el Señor santificó con sus sufrimientos y su muerte. Luego, deseaba un encuentro con los Patriarcas de la Iglesia ortodoxa de Oriente, pero en especial con el Patriarca ecuménico de Constantinopla, Atenágoras I. ¿Acaso podía haber un lugar más escogido y digno que este encuentro en la Ciudad Santa, considerada cuna común de la Cristiandad? Ambos motivos se confundían hasta el extremo de resultar difícil decir cuál predominaba.

La peregrinación sólo duró tres días, del 4 al 6 de enero. Pablo VI se preparó para ella con tres días de oración y de ejercicios espirituales. En la mañana del 4 de enero, a las 8,55, el avión especial fletado para él y su séquito despegó del aeropuerto de Fiumicino, cerca de Ostia. A las 12,16 horas aterrizó en el campo de aviación de la capital de Jordania, Ammán, donde el Rey Hussein dio la bienvenida a su ilustre huésped «en nombre de los musulmanes y cristianos, en nombre de todos los que creen en Dios».

Las calles hormigueaban de una multitud jubilosa. La caravana pontificia de coches salió para Jerusalén, distante ochenta y siete kilómetros. En el río Jordán, cerca del sitio en que Juan Bautista bautizaba, en el puente de Jordania, hizo un alto. Otra vez se detendría a unos kilómetros de Jerusalén, en Betania. Estaba previsto que el Papa sería recibido oficialmente en Jerusalén, en la Puerta de Damasco, donde fue colocada una gran cruz para él, y que se dirigiría a pie, llevándola, hasta la Vía Dolorosa, para participar en el viacrucis que su mismo Señor realizó cargado con la cruz.

Pero todo ocurrió, en cambio, de modo diferente. En la Puerta de Damasco la recepción fue tal, que dio al traste con el protocolo y las medidas policiales. El pueblo jubiloso, cristianos y musulmanes confundidos, que esperaban desde hacía horas la llegada del Papa, se precipitó hacia la calzada cuando llegó su coche. Prisionero del entusiasmo popular, Pablo VI logró, por fin, desembarazarse a duras penas y salir de su coche. Empujado y llevado de un lado a otro, entró por la Puerta de Damasco en la Ciudad Santa. A lo largo de la historia de la Iglesia nunca hubo procesión pontificia comparable a la que Pablo VI conoció en Jerusalén. Para él fue un verdadero Calvario. Protegido por la guardia de corps del Rey Hussein, llegó con muchos trabajos a la Vía Dolorosa y, por último, agotado, a la iglesia del Santo Sepulcro. Ante la capillita funeraria, bajo la alta cúpula, celebró la Santa Misa antes de pronunciar un discurso oratorio. La misma tarde se entrevistaba con el Patriarca ortodoxo griego Benedictos, con el Patriarca armenio Dederian y con los altos dignatarios del rito católico oriental, antes de dirigirse a Getsemaní y pasar allí una hora en oración hasta cerca de la medianoche.

El segundo día, 5 de enero, el Papa visitó los Santos Lugares en Israel. En la capilla de la Anunciación en Nazaret celebró la Santa Misa y predicó un sermón. Luego la caravana de automóviles salió hacia Tiberíades y el mar, bordeando el cual llegaron a Tabgha, Cafarnaum, a la montaña de las Bien-

aventuranzas y, finalmente, al Monte Tabor. De vuelta a Jerusalén, el Papa visitó el Cenáculo en la colina de Sión.

Ya tarde, en el ocaso del 5 de enero, en la Delegación Apostólica del Monte de los Olivos, se celebró el *encuentro entre el Papa y el Patriarca ecuménico* de Constantinopla. Por primera vez, tras una separación de quinientos años, se encontraban los Jefes de las Iglesias de Oriente y de Occidente. Atenágoras I, uno de los militantes más notorios de la reunión entre los Patriarcas de la Iglesia de Oriente, es considerado, al ser Patriarca ecuménico de los ortodoxos, como *primus inter pares.* La cristiandad ortodoxa se presenta hoy como una red laxa de Iglesias independientes. Engloba a los viejos patriarcados de Constantinopla, Antioquía, Jerusalén y Alejandría. Además le pertenecen las Iglesias más recientes de Rusia, Yugoslavia, Rumania, Grecia, Bulgaria, Albania, Chipre, Sinaí y Georgia. Cuando Atenágoras fue elevado en 1948 a la sede patriarcal de Constantinopla, se esforzó por reunir a las Iglesias ortodoxas con vínculos más estrechos. Trató, asimismo, de trabar relaciones con la cristiandad de Occidente. Por este motivo deseaba desde hacía muchos años un encuentro con el Papa. Ante los visitantes de Occidente resaltaba siempre la obligación que tenía de intentar la reunificación de las Iglesias. Cuando se conoció la decisión pontificia de peregrinar, primero pidió autorización al Santo Sínodo de Constantinopla para entrevistarse con el Papa. Luego se dirigió a los dirigentes de las iglesias ortodoxas, quienes también dieron a conocer su acuerdo. Únicamente el Arzobispo Crisóstomos, de Atenas, se negó, y ordenó a sus centenares de monjes que orasen a Dios para que «se dignase proteger de todo mal a la ortodoxia amenazada».

La entrevista del Papa y del Patriarca ecuménico encontró otras dificultades por parte de los orientales. Así, el Patriarca Benedictos, de Jerusalén, insistió en su deseo de ser recibido por el Papa en esta ciudad, mientras dicho Patriarca le devolvería la invitación. Durante siglos, los Papas no concedieron nunca tal honor a los Jefes de Estado o a los Príncipes de la Iglesia. Y, sin embargo, Pablo VI, que tenía a la vista pensamientos más grandes, aceptó el proyecto en sus líneas generales.

El encuentro histórico entre Pablo VI y Atenágoras comenzó a las 21,30 horas, cuando el Patriarca, de setenta y seis años, se vio ante el Papa en el estrecho corredor de la Delegación Apostólica. Ambos Príncipes de la Iglesia se abrazaron y se dieron el ósculo de paz antes de entrar cogidos de la mano en el salón de la Delegación. La conversación privada entre el Papa y el Patriarca duró veinte minutos. A continuación entraron sus acompañantes y Atenágoras dirigió un discurso en griego que luego se leyó en francés. Pablo VI donó al Patriarca un cáliz, «símbolo de nuestra fraternidad». Después, todos, cada uno en su respectiva lengua, recitaron el *Pater Noster.*

En la mañana del tercer día de peregrinación —6 de enero, fiesta de la Epifanía—, el Papa salió para Belén, celebró la Santa Misa del día en la basílica de la Natividad, antes de difundir su gran mensaje de paz. De vuelta a Jerusalén, Pablo VI devolvió al Patriarca Atenágoras su visita de la víspera,

en la residencia patriarcal del Monte de los Olivos, y dio las gracias en latín a la Providencia, que condujo a ambos Patriarcas de Roma y de Constantinopla hacia el lugar del encuentro. Aunque los caminos que llevan a la unidad parecen largos y difíciles por una y otra parte, se puede considerar como buen augurio el que este encuentro se haya celebrado en Tierra Santa, donde Cristo fundó su Iglesia y derramó su Sangre por ella. Atenágoras ofrendaba al Papa y a cada uno de los tres Cardenales acompañantes un *encolpión,* cadena de los Obispos de la Iglesia de Oriente con su medallón. Luego los dos Príncipes eclesiásticos leyeron juntos el capítulo XVII del Evangelio según San Juan, pidiendo al Señor por la unidad y recitando el Padrenuestro cada uno. Tras un último abrazo, el Patriarca acompañó al Papa a su coche.

Todos los asistentes al encuentro entre Pablo VI y Atenágoras estaban profundamente conmovidos, y vieron en aquél el signo precursor de una completa unidad de la Iglesia. El mismo Atenágoras dijo: «El Papa me ha regalado un precioso cáliz. Era un gesto simbólico que todos hemos comprendido... El cáliz es el símbolo de la comunión. Con su presente, el Papa ha querido significar que podríamos encontrarnos en una única comunión y en una común oración. Ésta ha de ser la meta de nuestros esfuerzos... El diálogo iniciado ya no debe interrumpirse. El Papa me ha dicho: "¡Hasta la vista!" No se refería a mí, ya viejo; se refería a nuestras Iglesias. Trabajaremos entre nosotros para que nos volvamos a ver pronto.»

Cuando la tarde del mismo día, a las 18 horas, el avión pontificio se posaba en el aeropuerto romano de Fiumicino, concluía uno de los acontecimientos más consoladores y esperanzadores de nuestro tiempo, un peregrinaje sin igual. Desde entonces acapara la atención del mundo eclesiástico y todavía lo hará más cada vez. Es la clave del Pontificado de Pablo VI.

CAPÍTULO VIII

EL CONCILIO, ENCRUCIJADA DE DOS ÉPOCAS

«Con un espectáculo de esplendor incomparable, el Concilio Vaticano II ha terminado esta tarde.» Estas palabras de los periódicos del 8 de diciembre de 1965 describían la solemnidad festiva que señaló la clausura del concilio en San Pedro. Cuando los 2.400 Padres conciliares abandonaron sus sitiales para dirigirse en fastuosa procesión ante la fachada de San Pedro, más de doscientas mil personas se habían apiñado en la gigantesca plaza bajo la columnata de Bernini y aún más lejos. Los representantes de los ochenta y nueve Estados asistían a la grandiosa ceremonia al aire libre. En un altar levantado expresamente ante la escalinata exterior de la basílica, el Papa Pablo celebró el Sacrificio Eucarístico. Su discurso culminó en la salutación que dirigió a toda la humanidad. Al final de la Misa, siete Cardenales leyeron los mensajes del concilio a los responsables de las naciones, a los intelectuales, artistas, mujeres, trabajadores, pobres, enfermos, y a la juventud. Resonaron cánticos y oraciones en la vasta plaza, donde nunca se presenció la clausura de ningún concilio. «¡Comience una nueva Era feliz! ¡Llegue la paz de Cristo! ¡Venga el Reino de Cristo!» El Papa impartió las últimas solemnes bendiciones, y con los brazos extendidos se dirigió a los Padres conciliares: «¡En nombre de Nuestros Señor Jesucristo, id en paz!»

Estas palabras señalaban el fin de la más grande reunión eclesiástica que nunca haya conocido el mundo.

Hemos vivido esos acontecimientos. Están demasiado cercanos a nosotros para que podamos tener una visión de conjunto del Concilio Vaticano II o para realizar el balance de sus resultados. Sólo más tarde se podrá trazar la historia interna del concilio. Solamente se conocen sus manifestaciones externas (1).

(1) *Actas de la Iglesia Católica Romana; participación en el Concilio,* París, 1964; Cardenal Cl. Rocques, *Un concilio para nuestro tiempo,* París, 1961; reverendo padre Y. Congar, *El Concilio día a día,* París, 1965; A. Wenger, *Vaticano II, 2.ª Sesión,* París, 1965. Cf. Decretos y Constituciones del Concilio Vaticano II, B. A. C., Madrid. *(N. del T.)*

CIRCUNSTANCIAS EXTERIORES FAVORABLES

El Concilio Vaticano II se llevó a cabo en circunstancias exteriores excepcionalmente favorables. El de Trento tuvo que ser interrumpido y aplazado dos veces presionado por los acontecimientos. El Vaticano I se había disuelto incluso antes de haber iniciado realmente los trabajos, porque había estallado la guerra franco-alemana. El Concilio Vaticano II estuvo a cubierto de la malicia de los tiempos.

Pero aún había más. La opinión mundial era favorable al concilio. No ocurría lo mismo nueve decenios antes, cuando Pío IX inauguró el Vaticano I en 1869. Esta mudanza se debió, en parte, a Juan XXIII, que supo crear un clima nuevo, aún vivo durante las sesiones siguientes, incluso cuando el entusiasmo de las primeras etapas disminuyó de tiempo en tiempo.

Desde el primer día, el Concilio gozó de una publicidad inesperada que persistió hasta su clausura. Lo que contribuyó a hacerlo posible fue, ante todo, el haber sabido dar a la Prensa el papel determinante que le corresponde. En ello se seguía, en gran medida, el consejo del historiógrafo del Concilio Vaticano I, el inglés Cuthbert Butler, según el cual, un futuro concilio deberían seguirle los periodistas, para que pudiesen informar a la opinión sobre sus trabajos (1).

El secreto conciliar estricto sobre los textos de las propuestas y trabajos de las comisiones fue muy restringido. Teólogos que siguieron los trabajos en el aula conciliar luego de la segunda sesión, facilitaron información sobre los votos de los Padres conciliares, lo que permitió una rápida información. De este modo, los debates, en vez de ser conocidos únicamente por los Padres conciliares y por las personas acreditadas, se desarrollaron, por decirlo así, a la vista de todo el mundo. No se ocultó nada de lo que se desarrolló bajo la cúpula de Miguel Ángel. Por este motivo, por primera vez también en la historia de la Iglesia, un concilio mantuvo en suspenso durante más de tres años a la opinión pública.

LÍNEAS DE FUERZA DEL CONCILIO

Un concilio ecuménico, por su misma composición, es un organismo multiforme y complejo. Se vio de modo muy claro en el Concilio Vaticano II. En él convergieron diversas líneas de fuerza y colaboraron varios grupos, mezclándose. Si no se admite esta premisa, no se puede entender el funcionamiento de un concilio en la medida en que resulta obra humana.

---

(1) G. Dumeije, S. J., *Histoire des conciles oecuméniques, Vatican I*, París, 1965.

El colegio episcopal.

Una vieja tradición quiere que los concilios ecuménicos sean reuniones de Obispos. Éstos participan en ellos como maestros. Su magisterio no se le confiere el Papa, sino la sucesión apostólica que los vincula al mismo Cristo. Son jueces de la verdad y del error.

El Concilio Vaticano II fue una reunión episcopal que, por el número de sus participantes, superó con mucho a los concilios anteriores. Las estadísticas nos revelan que 2.860 Padres tomaron parte en dicha reunión de la Iglesia. Aunque todos no se hallasen al mismo tiempo en el aula de San Pedro, no bajó mucho la cifra. Durante las 168 congregaciones generales, de las que la mayor parte reunieron entre 2.100 y 2.200 Padres conciliares (1). Por sí solas estas cifras hicieron de tal reunión del episcopado mundial un evento eclesiástico sin precedentes.

El colegio episcopal no era, con todo, un organismo homogéneo. Las situaciones, las lenguas y formaciones distintas diferenciaban a unos de otros. Allí se encontraban pastores responsables de millones de fieles y de miles de sacerdotes, así como otros cuyas diócesis comprendían algunos centenares de fieles y escasos sacerdotes. ¡Cuántas diferencias aun dentro de ese colegio en el que el más joven consagrado gozaba del mismo derecho al voto que un Cardenal o Patriarca! Fraternalmente, los representantes de todas las razas, que hablaban todas las lenguas, hasta los más altos grados de la jerarquía, tomaban parte en la sesión unos junto a otros.

El colegio había logrado superar las divergencias entre el Oeste y el Este. Había Padres conciliares procedentes de más allá del telón de acero. Precisamente la influencia del concilio sobre esos Obispos y sus Iglesias es aún inestimable.

Las discusiones conciliares se desarrollaron en completa libertad. La necesidad de conservar el depósito revelado de la Iglesia no impidió en absoluto las divergencias de los Padres conciliares en muchas cuestiones. Así ocurrió, a veces, que una mayoría se opuso a una minoría que defendía violentamente su punto de vista. Desde las primeras sesiones se perfilaron algunas corrientes: una mayoría progresiva y un ala tradicionalista y conservadora. A esta última pertenecían Cardenales italianos tan conocidos como Ottaviani, Siri, Ruffini, en tanto que los Cardenales Bea, Lercaro, Frings, Meyer, Suenens, Döpfner, König, Alfrink y Léger eran los portavoces de las fuerzas progresistas. El punto de vista de la Iglesia de Oriente fue defendido de modo principal por el Patriarca Máximos IV, Primado de Antioquía. Cabeza de la Iglesia uniata melquita, de más de ochenta años de edad, supo con sus palabras

---

(1) En cada una de las sesiones, el número exacto de padres y de intervenciones lo consigna el número especial *El Concilio Ecuménico Vaticano II*, de *L'Osservatore della Domenica*, Roma, 33-66, 52-53.

llamar la atención y el respeto sobre la peculiaridad y justificación del rito oriental ante los Padres de obediencia latina. No es extraño que el voto de Obispos aislados haya influido decisivamente en los debates.

Sin embargo, no tenemos derecho a reducir el papel de la minoría a una reacción «partidaria del pasado». Su contribución histórica hay que buscarla más bien en la necesidad que impuso a los *progresistas* de profundizar continuamente en las cuestiones, de plantearse otras interminables, lo que impidió que el concilio tomase decisiones precipitadas. La unanimidad moral con que se votaron los textos dimanantes del concilio en la mayor parte de los casos fue el resultado, muchas veces, de duras batallas y de tensiones, de acciones y reacciones. Una propuesta recorría un largo y penoso camino hasta que, finalmente, se convertía en texto listo para ser sometido al concilio. Quien tuvo el privilegio de ver a los Padres conciliares en sesión, sabe con qué seriedad consideraron cuanto se les sometió. La apertura de miras con que ese Parlamento único estudió las cuestiones, incluso las más candentes de nuestro tiempo —como la limitación de la natalidad y los matrimonios mixtos—, causó una profunda impresión en los observadores de otras confesiones.

El Papa.

El Papa pertenece al concilio como Primado del colegio episcopal. Conforme al Derecho actual, lo convoca, preside y determina su fin. Su especial posición reside en el estatuto legado por el Fundador de la Iglesia. Desde la promulgación del dogma de la infalibilidad por el Concilio Vaticano I, ya no es posible el conciliarismo tal y como fue aceptado por muchos teólogos del siglo XV. Los Obispos no pueden decidir en contra del Papa.

Esta situación privilegiada no constituye al Papa en dictador. Mientras no hace uso de su derecho al veto, el concilio es libre. Como Juan XXIII, Pablo VI respetó esta libertad. Se vio de forma muy notoria en la tercera sesión. Se trataba de una propuesta sobre la actividad misionera de la Iglesia. El proyecto constaba de seis párrafos, y con motivo de su visita a la congregación general del 6 de noviembre de 1964, el Papa Pablo VI recomendó se adoptase la propuesta sintetizada conciliar. Al cabo de dos días de intensos debates, no por ello dejó de rechazarla el concilio por 1.601 votos frente a 311, considerando que el proyecto no constituía una *Charta Magna* para las Misiones, sino más bien un esqueleto cuidado en exceso. Esta votación causó sensación entre el público; sin embargo, no demostraba sino la aptitud de los Padres para defender su libertad decisoria sin dejar de reconocer la primacía papal.

Es verdad que en otros asuntos se registraron tensiones entre la mayoría del Concilio y el Papa, en especial durante la última semana de la tercera sesión, cuando Pablo VI intervino personalmente en los debates. La primera vez dio lectura a una «nota explicativa» en el tercer capítulo del esquema

relativo a la Iglesia sobre el punto discutido de la «colegialidad de los Obispos compartida con el Papa»; nota destinada a defender la primacía del Papa romano contra las interpretaciones erróneas. La segunda fue el 19 de noviembre de 1964: el anuncio que el Cardenal Tisserant comunicó a los Padres conciliares, extrañados, por orden de la Junta Presidencial: aplazamiento para la sesión siguiente de la votación relativa a la libertad religiosa, cuya decisión habría debido ocurrir ese mismo día. En el curso de la última sesión de trabajo, el 20 de noviembre de 1964, el Secretario general dio a conocer una tercera comunicación: se pedía que en varios puntos de la mayor importancia se efectuasen enmiendas al texto, prácticamente adoptado, del decreto sobre el ecumenismo. Faltaba tiempo para discutirle; habría de promulgarse el decreto al otro día, en el momento de la sesión oficial de clausura.

Se ha criticado vivamente a Pablo VI por esas intervenciones suyas. Se ha pretendido que *atascó* al concilio. ¿Qué hay de verdad en ello?

Una solución fácil hubiera consistido en dejar que la mayoría dominase a la minoría en la cuestión de la naturaleza colegial del episcopado. Esto es lo que el Papa quiso evitar. Su intención era recabar el acuerdo de los Obispos minoritarios también en la constitución capital «de la Iglesia». Tal fue la razón por la que intentó dispersar sus objeciones con una «nota explicativa». De hecho, consiguió que la votación capital del 17 de noviembre de 1964, relativa al capítulo tan combatido de la Iglesia, fuese aceptada por el 97 por 100 de los votantes (2.146 *placets* contra 46 *non placets* solamente). El corresponsal de *La Croix* de París calificó este resultado de milagro.

Lo mismo ocurrió con la discusión del esquema, tan discutido igualmente, de la libertad religiosa. Sólo un año después se anunció oficialmente el motivo de haber aplazado a última hora esta votación determinante para la cuarta sesión. Un grupo de 150 Obispos habían pedido que el nuevo texto, ya muy modificado, se discutiese otra vez por el concilio antes de proceder a su votación. Apelaban al orden del día al dirigirse al tribunal conciliar. Los jueces les dieron la razón. Al faltar tiempo para discutirlo, la votación tuvo que ser diferida. Los Cardenales de América del Norte reunieron a este respecto las firmas de varios centenares de Obispos. El Papa debió de alarmarse ante el hecho de que la votación se efectuase el último día de la sesión conciliar. Pablo VI se negó a oponerse a la decisión de los jueces al mismo tiempo que defendía a la minoría: «Debemos tener en cuenta el sentir de todos los Obispos —declaró—; si juzgan necesaria una mayor demora, debemos concedérsela.»

El mismo Pablo VI escribió a un observador que durante esos días de tensión habían ocurrido cosas *penosas* que tuvo que sufrir. Pero no cambiaron el éxito feliz del concilio. Y el Papa cuidó de que no se reprodujesen durante la cuarta sesión. Evitó imponer, como era su estricto derecho, proyectos mejorados, pero propuso esquemas revisados una vez más. Pese a ello, supo llevar con energía las riendas de las cuestiones en litigio. Así es como, todavía en la

última semana conciliar, expresó su deseo de que no se discutiese públicamente en la Iglesia de San Pedro la cuestión del celibato clerical (1).

Pero todo esto demuestra, asimismo, hasta qué punto fue difícil para el Papa mantenerse al margen de los partidos y equilibrar el fiel de la balanza. También él era responsable de sus opiniones. Históricamente el mérito de Pablo VI habrá sido el de mantener unidas, con su papel de mediador, las dos tendencias del concilio. Así evitó al mundo espectáculos dolorosos, como los ocurridos en el Vaticano I cuando una minoría notable se negó a comparecer en la sesión determinante del 18 de julio y abandonó la Ciudad Eterna.

La Curia romana.

En la dirección de la Iglesia el Papa tiene el apoyo de un Estado Mayor de Prefectos, integrado por las congregaciones de los Cardenales y Jueces.

En el transcurso de la Historia, la Curia pontificia se desarrolló de modo extraordinario. Principalmente en el momento de la Contrarreforma, en el siglo XVI, fue cuando recibió su forma, bajo el reinado de Sixto V. En nuestro siglo ha sido reorganizada por Pío X.

Cuando el concilio, la Curia representó una fuerza eclesiástica interior muy importante. Los Cardenales de cada congregación ocupaban los puestos clave en las comisiones, así como en los órganos conciliares, presidencia y secretariado, por ejemplo. Se fusionaron en la Curia oficinas conciliares importantes. Sin duda, cuando en Pentecostés de 1960 Juan XXIII instituyó la Comisión Preparatoria del Concilio, precisó: «El Concilio Ecuménico posee su propia estructura y organización propia, y éstas no han de confundirse con las tareas especiales de los diversos organismos que forman la Curia romana.» Pero en la práctica no se atuvieron a esta diferenciación. Con el Cardenal Ottaviani al frente, la Comisión Preparatoria Teológica era, en gran medida, idéntica al Santo Oficio, autoridad pontificia para defender la doctrina y los ritos, la más alta función de la Curia. La comisión encargada de las cuestiones misionales correspondía a la Congregación de la Propagación de la Fe *(Propaganda Fide)*, la Comisión del Orden a la Congregación del Orden, etc.

La confusión de las diversas instancias fue la causa por la que, durante la primera sesión, se produjese un violento contraste entre el concilio y el Santo Oficio. El Cardenal Ottaviani, Secretario de dicho Oficio, defendió el proyecto sobre «Las fuentes de la Revelación», que precisamente era examinado por el concilio. Lo había preparado la Comisión Teológica, pero la mayoría de los

(1) La cuestión del celibato de los sacerdotes latinos saltó otra vez a la palestra de la opinión pública cuando se publicó un *desiderátum* del Obispo brasileño Koop, publicado por Henri Fesquet, enviado de *Le Monde* de París al Concilio. El Obispo propuso que en su país se pudiese conferir el sacerdocio a hombres casados, para ser sacerdotes auxiliares al margen de su empleo remunerado. La intención del Obispo no era, en absoluto, atacar al celibato clerical.

Padres lo rechazaron, considerándolo muy poco ecuménico. El Cardenal Ottaviani vio en esa negativa una falta de consideración al Papa, que había aprobado el proyecto. Se produjo una grave crisis. Se resolvió al retirar el Papa el proyecto el 21 de noviembre de 1962 (1). Lo cual no significaba, desde luego, que el concilio se dirigiese contra la Curia a la que pertenecían y gobernaban hombres de valía. Éste fue el motivo por el que el Papa designó a una comisión mixta presidida conjuntamente por los Cardenales Ottaviani y Bea, dotados de iguales derechos. Dicha comisión elaboró un nuevo proyecto intitulado «Sobre la Revelación Divina», constitución dogmática, que en la cuarta sesión fue adoptada casi por unanimidad.

Pero a la misma dirección de los asuntos por la Curia se la atacó en diversas ocasiones por el concilio. No debemos ni subestimar las intervenciones de esta autoridad sobre el concilio ni ver en la Curia únicamente fuerzas reaccionarias. Pablo VI tomó varias veces su defensa y, de modo especial, durante la sesión oficial del concilio el 18 de noviembre de 1965: «Injustamente se la considera vetusta, inadaptada, egoísta y corrompida, cuando deberíamos darle un certificado de lealtad en el servicio.»

Órganos conciliares.

Un concilio de la transcendencia del Vaticano II necesitaba sus órganos propios. Éstos fueron los que determinaron, en su mayoría, el curso y evolución del mismo. Existía un reglamento que determinaba el modo de cumplir su misión dichos órganos. Juan XXIII lo había promulgado poco antes de comenzar el concilio y se completó de sesión en sesión para adaptarse al cariz de los debates.

Al frente del concilio se había colocado un *Consejo Presidencial*. Durante la primera sesión dirigió los debates en las sesiones. A partir de la segunda, la tarea se confió a cuatro *moderadores* elegidos por el Papa; los Cardenales Agagianian (Armenia), Döpfner (Munich), Lercaro (Bolonia) y Suenens (Malinas-Bruselas). Presidieron, por turno, el concilio y dirigieron los trabajos de los Padres conciliares. Pablo VI aumentó el número de miembros componentes del Consejo a doce. El Consejo veló en adelante por el orden externo de la gran asamblea.

Al discutirse cada uno de los proyectos, los Cardenales gozaban siempre de precedencia y, en una gran medida, determinaban el proceso de los debates. Los Obispos y superiores de Órdenes sólo tomaban la palabra después de ellos. Los moderadores velaban por que se respetase rigurosamente el tiempo concedido a las intervenciones. Muchos oradores célebres, incluidos los Cardena-

---

(1) Se ha creído que este suceso ha señalado un viraje en la historia de los concilios. En cualquier caso, fue un acontecimiento ver al Papa tomar posiciones en favor del concilio contra las tendencias dominantes de las autoridades de la Curia. Cf. canónigo Lochet, *Le concile dans la vie de l'Église et dans la nôtre*, París, 1962.

les, debieron escuchar, cuando hablaban más de la cuenta, las inexorables palabras del moderador: *Tempus tuum exhaustum est* (ha expirado tu tiempo). Los moderadores podían igualmente acallar las discusiones de los Padres cuando consideraban terminado el debate, pero era necesario que la mayoría de la asamblea aprobase dicha medida (Juan XXIII mandó modificar el orden del día en tal sentido en la primera sesión).

La lengua oficial del concilio era el latín. Entre la multiplicidad de lenguas nacionales modernas se reveló una vez más como la lengua supranacional común unificadora de los pueblos. Según el ejemplo dado por los anteriores concilios, los Padres votaban con un *placet* (sí) y *non placet* (no), o también con *placet juxta modum* que correspondía a una aceptación con reservas, ya que la modificación deseada aparecía en breve en la papeleta de votación. Con ayuda de un cerebro electrónico se procedía luego al escrutinio de votos.

Un puesto clave era desempeñado por el *Secretario general del Concilio*, el Obispo titular Pericles Felici, Prefecto de Curia. Latinista de mérito, tenía como misión traducir en un latín fácil de comprender, a la vez que elegante, las diversas comunicaciones hechas a los Padres conciliares, así como los resultados de los votos. La voz más escuchada en el concilio fue la de Pericles Felici, y con la diplomacia innata en los romanos supo allanar muchas situaciones tensas. Cinco Vicesecretarios le secundaban en su tarea. Uno de ellos pertenecía a la Iglesia uniata de Oriente, mientras que los otros cuatro representaban a los grandes grupos lingüísticos: español, inglés, francés y alemán.

Entre los órganos conciliares estaban, asimismo, las diez *comisiones* encargadas de los asuntos pertenecientes a cada terreno especial. Cumplieron la mayoría del trabajo, pero al efectuarlo bajo el sigilo del secreto conciliar, la opinión tuvo pocas noticias. Cada comisión se dividía a su vez en numerosas subcomisiones, que realizaron durante años el trabajo de la preparación de los proyectos. A éstos se añadieron las enmiendas y propuestas que votaron los Padres. En la elaboración de los textos definitivos hubo que tener en cuenta, igualmente, los *placets juxta modum*, que a veces llegaron al centenar.

Entre las fuerzas internas del concilio también hay que incluir a los *teólogos conciliares (periti)*. Su número aumentó de una sesión a otra. Es difícil valorar la influencia de dichos teólogos especializados. Pertenecían a diversas tendencias y su colaboración resultó beneficiosa por los avances de la ciencia teológica en los diversos documentos dimanantes del Concilio.

PECULIARIDADES DEL CONCILIO VATICANO II

Ninguno de los veintiún concilios ecuménicos en que se desarrolla la historia de la Iglesia se parecen. Cada cual tuvo su misión y su estilo. Así, el Vaticano II se diferenció del Vaticano I tanto en su aspecto exterior como en su orden del día.

Un concilio ecuménico.

Desde el principio, el Vaticano II tendía al gran objetivo que representa la búsqueda de la unidad. Juan XXIII ya le había designado este cometido. Por primera vez se vieron en él representantes de otras confesiones cristianas invitadas como observadores a las discusiones de los Padres; acontecimiento nunca visto en la historia de la Iglesia. El número de observadores no católicos aumentó de una sesión a otra hasta llegar a sobrepasar el centenar. Representaban a veintinueve Iglesias y comunidades y asistían en lugar privilegiado sito en el interior del Aula conciliar. El Secretario para la Unidad Cristiana sirvió de intérprete entre ellos y el colegio episcopal. A este organismo, fundado por Juan XXIII, se le llamó la «conciencia ecuménica» del concilio.

La presencia de esos observadores no católicos influyó, en gran medida, en la amplitud de miras ecuménicas del concilio. Entre sus filas se contaban no sólo eclesiásticos activos, sino también dirigentes ortodoxos y protestantes. Su significado no se limitaba únicamente al hecho de poder hablar del concilio por haberle vivido; su influencia era un enriquecimiento más profundo: por sus conversaciones particulares con los Padres conciliares y teólogos, las conferencias celebradas al margen del Aula conciliar y escuchadas por los Padres contribuyeron a impregnar las sesiones de un espíritu ecuménico. El vivo contacto entre Padres y observadores fue en aumento. Si durante la primera sesión los encuentros se caracterizaron por la reserva y timidez —como hacía notar un observador—, luego se vio aparecer y desarrollarse un comportamiento realmente fraternal. Se entablaron relaciones que sin el concilio ni siquiera se hubieran imaginado. En la modesta vivienda alquilada que los hermanos protestantes de Taizé ocupaban en el corazón de Roma, se reunieron todas las noches, durante el concilio, teólogos y Padres conciliares, entre los que se contaban a menudo Cardenales, en coloquios llenos de libertad (1). Tranquilamente y en forma muy discreta, los hermanos de Taizé ejercían un apostolado ecuménico cuyos frutos deben madurar todavía.

La presencia de los observadores dejó sentir su influencia en el concilio. Si en las congregaciones generales los representantes de otras iglesias no disponían de voto, en compensación podían discutir fuera del Aula y, de hecho, así lo hicieron. Muchas de las mejoras en el texto final de los documentos conciliares se deben a sus intervenciones y observaciones. Pero en el Aula misma ya actuaban con su sola presencia. La invitación a esos «hermanos observadores», que seguían los debates, era para los Padres conciliares una constante advertencia a sus responsabilidades ecuménicas en el momento de votar.

---

(1) Véase a este respecto mi comunicación *Bei den Brüdern von Taizé in Rom* («Con los hermanos de Taizé en Roma»), en *Schweizerische Kirchenzeitung*, Lucerna, 133 (1965), 117-118.

La mejor manifestación de la voluntad ecuménica del concilio es el decreto «Sobre el ecumenismo». Con motivo de la clausura oficial de la tercera sesión —21 de noviembre de 1964—, se adoptó casi por unanimidad (2.137 votos positivos contra 11 negativos), el Papa lo ratificó. Era un acontecimiento histórico. Por primera vez un texto oficial conciliar fijaba la actitud católica respecto a la Iglesia ortodoxa de Oriente y a las demás comunidades cristianas (1). Ha de ser la Carta Magna de un nuevo espíritu ecuménico destinado a irradiar en toda la Iglesia. Óscar Cullmann, Profesor protestante de Teología, ha dicho de este texto que supera las más audaces esperanzas (2).

Idéntico espíritu ecuménico hallamos en otros textos dimanantes del concilio, en especial en la constitución de base dogmática «Sobre la Iglesia». Ambos documentos, decreto ecuménico y constitución eclesial, fueron elaborados casi al mismo tiempo. Aunque emanasen de diferentes comisiones, están animados del mismo espíritu.

Fue un acto excepcionalmente ecuménico el oficio religioso celebrado por el Papa el 4 de diciembre de 1965, días antes de clausurar el Concilio, con 103 observadores no católicos en la basílica de San Pablo extra muros. El Papa y los observadores imploraron en común la unidad de Cristo. Hecho lo cual, Pablo VI pronunció estas hermosas palabras: «Podemos comprobar un resultado al final del concilio: hemos empezado a amarnos. ¡Quiera Dios que el mundo reconozca, al menos, que somos verdaderamente sus servidores, pues hemos resucitado el amor entre nosotros!»

Carácter pastoral del concilio.

Desde el Concilio de Trento ninguno tuvo un cometido tan extenso como el Vaticano II. No se trataba de librar a la Iglesia de herejías y escisiones. Ya no se presentaban estos motivos, que en la historia de la Iglesia provocaron las más de las veces las reuniones conciliares. Con su profunda intuición, Juan XXIII había asignado al concilio un objetivo muy amplio. Acuñó entonces una palabra que, prácticamente, ha pasado a la Historia: *aggiornamento* o modernización. El Papa del concilio no pretendía, en absoluto, con ello la transformación pura y simple del espíritu de la Iglesia en el de una época de transición. Se conservaría lo que tiene de esencial e inmutable en ella, poniendo «al día» lo secundario que condiciona la época, es decir, adaptándolo a necesidades nuevas. El Vaticano I ya se propuso un fin semejante, sin encontrar, es verdad, una expresión de igual valor. Este concilio halló, principalmente, una justificación en la represión de las desviaciones modernistas. Sabido es que la guerra franco-alemana de 1870 lo interrumpió antes de haber iniciado realmente sus trabajos.

---

(1) Cardenal Loren Jaeger, *Le décret conciliaire «Sur l'oecuménisme»*, Tournai, 1965.
(2) Servicio conciliar de la Kipa, Friburgo, núm. 1.118, del 26 de diciembre de 1965.

Pero ¡qué evolución después del Vaticano I! No sólo cambió el medio ambiente, sino que la misma Iglesia era otra, aunque la esencia de su fe hubiese permanecido idéntica. En la Iglesia se habían perfilado movimientos no impuestos desde arriba, sino irrumpidos desde los estratos profundos. Queremos referirnos aquí a los movimientos bíblicos y litúrgicos, a la promoción constante de la misión y valor de los seglares y, tal vez, primordialmente, al movimiento ecuménico. La Iglesia se hallaba y se halla todavía en una etapa de transición hacia una época nueva que la mirada aún no puede abarcar. Los problemas planteados al concilio fueron, principalmente, de los que no pueden resolverse por procedimientos rápidos. Por eso fue testigo de grandes tensiones y serias polémicas.

En su alocución en el momento de la apertura del concilio, Juan XXIII esbozó el camino a seguir: no hundir los puentes, sino buscar otros. El Vaticano II cumplió con rigor la consigna y se diferenció con ello de las precedentes reuniones de la Iglesia. La mayoría de los Padres conciliares rehuyó siempre pronunciar una condena, incluso cuando una importante minoría intentó, algunas semanas antes de que la asamblea se disolviese, recabar una sentencia contra el comunismo. Al mantener este principio, se salvaguardó así el carácter pastoral del concilio hasta el fin.

¿Entonces el concilio sólo se preocupó de cuestiones pastorales y no de doctrina? Admitirlo sería entender mal el llamamiento a la cura de las almas que el Papa Juan hizo al concilio. El Vaticano II abundó mucho en doctrina. Es un tesoro de pensamiento bíblico y teológico el que se revela en las grandes constituciones relativas a la liturgia, la Iglesia y la revelación divina. Este tesoro queda por transfundir a la vida de la Iglesia. El carácter pastoral del concilio no quiso estar en oposición a la vertiente doctrinal. El sentido es más hondo: los documentos dimanantes del concilio están deliberadamente impregnados de carácter pastoral. Cuanto elaboró el concilio se inspira en las necesidades pastorales del hombre moderno.

Con ello también el Vaticano II difiere de sus predecesores. Lo humano fue como nunca objeto de sus preocupaciones. «El fenómeno humano en conjunto —dijo el Papa Pablo VI la víspera de la ceremonia de clausura el 7 de diciembre de 1965—, en las facetas de sus innumerables manifestaciones, siempre estuvo presente ante los Padres conciliares, que también son hombres y, por lo mismo, pastores atentos y hermanos llenos de amor: el hombre trágico con su destino propio, el superhombre de ayer y de hoy, que por ello es siempre frágil y leal, egoísta y apasionado, luego insatisfecho de sí mismo, que ríe y llora, el hombre múltiple, siempre dispuesto a desempeñar cualquier papel, el hombre obstinado, que sólo se preocupa por la realidad científica, el hombre tal y como es, que vive, piensa, trabaja..., el hombre consagrado por la inocencia de su infancia, por el misterio de su pobreza y el dolor de su penitencia..., el hombre pecador y el hombre santo.»

Y cuando el concilio tuvo que formular un juicio, el Papa se inspiró en el mismo pensamiento, insistiendo siempre en el lado bueno del hombre más

que en el malo. Hubo que perseguir los errores porque el amor y la verdad lo exigían, mientras que «para la persona sólo había comprensión, atención y amor. Remedios estimulantes en vez de diagnósticos deprimentes; en lugar de pronósticos amargos, se dieron al mundo actual los preceptos de la confianza». Siempre, con sus preocupaciones pastorales, fue como el concilio enunció, durante su última sesión en la basílica de San Pedro, la constitución pastoral «La Iglesia en el mundo de hoy». Intencionadamente se llamó esta constitución *pastoral*, ya que, basándose en principios doctrinales, define de modo claro la conducta de la Iglesia con el mundo y con las personas.

MIES ABUNDANTE

Dieciséis textos conciliares.

Dieciséis textos conciliares son los resultados tangibles del Vaticano II. Se seleccionaron, examinaron y promulgaron entre setenta propuestas. Se necesitaron tres años de trabajo intenso para llegar a este resultado. De las cuatro sesiones conciliares, la última fue la más fecunda en logros. Durante la misma se pusieron a punto y se publicaron once documentos. Los dieciséis textos conciliares (constituciones, decretos y declaraciones) son, por sí solos, una obra considerable, que colocan al Vaticano II entre los grandes concilios de la Iglesia. Por la extensión de la materia abarcada, sólo ha sido superado por el Concilio de Trento.

PROMULGACIONES DEL CONCILIO VATICANO II, POR ORDEN CRONOLÓGICO

Tema	Título latino	Índole del documento	Promulgación
1. Sagrada liturgia	*Sacrosanctum concilium*	Constitución	4-12-1963
2. Medios de comunicación	*Inter mirifica*	Decreto	4-12-1963
3. Iglesia	*Lumen gentium*	Constitución dogmática	21-11-1964
4. Iglesia oriental	*Orientalium ecclesiarum*	Decreto	21-11-1964
5. Ecumenismo	*Unitatis redintegratio*	Decreto	21-11-1964
6. Apostolado de los Obispos	*Christus Dominus*	Decreto	28-10-1965
7. Adaptación de la vida religiosa	*Perfectae caritatis*	Decreto	28-10-1965
8. Formación sacerdotal	*Optatam totius ecclesiae renovationem*	Decreto	28-10-1965
9. Educación cristiana	*Gravissimum educationis momentum*	Declaración	28-10-1965
10. Religiones no cristianas	*Nostra aetate*	Declaración	28-10-1965

Tema	Título latino	Índole del documento	Promulgación
11. Revelación divina	*Dei Verbum*	Constitución dogmática	18-11-1965
12. Apostolado seglar	*Apostolicam actuositatem*	Decreto	18-11-1965
13. La Iglesia en el mundo moderno	*Gaudium et Spes*	Constitución pastoral	7-12-1965
14. Actividad misionera de la Iglesia	*Ad gentes*	Decreto	7-12-1965
15. Vida sacerdotal	*Presbyterium ordinis*	Decreto	7-12-1965
16. Libertad religiosa	*Dignitatis humanae personae*	Declaración	7-12-1965

CONSTITUCIÓN: Documento básico de carácter doctrinal o pastoral que trata de una cuestión del modo más exhaustivo posible.

DECRETO: Las instrucciones particulares o generales a un círculo determinado de personas.

DECLARACIÓN: Postura del concilio ante una cuestión netamente definida.

No todos los documentos publicados son de igual importancia (1). Entre los textos publicados, los más controvertidos en el curso de los debates aparecen como los más logrados en el fondo y en la forma. Comprenden textos retocados más de una vez hasta hallar su formulación moderada actual. Es evidente que una demora contribuyó siempre a mejorar más la redacción definitiva de un documento discutido. Podemos enumerar entre tales textos conciliares las constituciones dogmáticas «Sobre la Iglesia» y «Sobre la revelación divina», la declaración sobre «La Iglesia y las religiones no cristianas» (con la sección retocada a menudo sobre los israelitas), así como la concerniente a «La libertad religiosa». Estos dos últimos documentos fueron designados desde un principio *candentes.*

Los documentos conciliares tratan de comunicar las verdades de fe en una lengua comprensible para el hombre de hoy y adaptada a él. Por ello se sitúan bajo el signo de una lengua neutral y realista. Se ha prescindido de fórmulas extremas. Los dieciséis textos adoptados dan la impresión de una transición interna que apareció con el concilio (2). Con ellos la Iglesia reconoce estar al servicio del mundo. Habla menos de sus derechos que de los deberes impuestos por este servicio.

---

(1) Así, el decreto ratificado al final de la segunda sesión sobre «Los medios de comunicación social», fue considerado desde un principio como inacabado. En el momento de la votación final una importante minoría (503 votos) se pronunció contra la propuesta, pero no por ello dejó de adoptarse dicho decreto el 4 de diciembre de 1963. Hoy se admite —como lo hace el Cardenal Lorenz Jaeger en el *Boletín* conciliar de la Agencia Kipa, de Friburgo, número 1.118, del 26 de diciembre de 1965— que faltó la colaboración, siempre fecunda, entre Obispos y publicistas.

(2) Cf. René Laurentin, *L'enjeu du concile,* París, 1965.

La Iglesia, tema principal del concilio.

Cuando el concilio comenzó sus trabajos en otoño de 1962, nadie sabía aún cómo lograr un camino en esta mole de materiales. Sólo hacia el final de la primera sesión se vislumbró el tema central. Fueron, principalmente, los Cardenales Suenens y Montini quienes plantearon la pregunta con sus votos: «¿Qué es la Iglesia?» A partir de este momento el concilio había descubierto su tema principal y el principio de la unidad.

Por primera vez en un concilio, la Iglesia se definía a sí misma. Cuando el Concilio de Trento, la discusión versó sobre los sacramentos y el sacerdocio. El Vaticano I definió la infalibilidad pontificia, pero se suspendió sin haber podido dar una verdadera doctrina de la Iglesia. El Vaticano II continuó dicha tarea y en el marco de una copiosa enunciación de los misterios eclesiales. El fruto de tal toma de conciencia de Iglesia tiene un nombre: *Lumen gentium.*

La constitución *Sobre la Iglesia* es el centro mismo de todos los textos conciliares. Aun cuando el concilio sólo hubiese dejado este documento, habría realizado una gran obra. Los ocho capítulos de la constitución testimonian un inmenso trabajo teológico. Su articulación ya es significativa. La constitución no se inicia con la jerarquía para descender por todos los grados hasta los laicos. Se consagra más bien desde el principio al misterio de la Iglesia e, impulsada por la riqueza de parábolas y definiciones bíblicas, a delimitar una imagen de la Iglesia-Cuerpo de Cristo. Si hasta entonces se había considerado a la Iglesia institución, aquí se la contempla comunidad. Así es como precisamente se definió en el segundo capítulo: «El pueblo de Dios». El «pueblo de Dios» es la totalidad de Obispos y de laicos. El tercer capítulo habla de la constitución jerárquica de la Iglesia y, en particular, del episcopado. Dicho capítulo es de particular importancia: completa la enseñanza primordial del Vaticano I con la doctrina de la colegialidad episcopal. El colegio episcopal aparece en su institución divina y en su responsabilidad ante la totalidad de la Iglesia. Se consagra un capítulo especial al laicado, a su dignidad y misión: en la Iglesia todos son llamados a la santidad, y el camino de la santidad puede hallarse en toda profesión y estado. Una división ulterior habla del clero regular. Los consejos evangélicos se sitúan bajo el signo del servicio total. La constitución habla también de la «Iglesia peregrinante»; es la Iglesia de los pecadores que han de buscar continuamente su camino hacia Dios. En un último capítulo se evidencia la misión de la Madre de Dios en la obra salvadora de Cristo. María se nos presenta bajo un doble aspecto: humana en la Iglesia, pero al mismo tiempo llena de gracia y perfecta «por encima de la Iglesia».

Los otros quince textos conciliares giran igualmente en torno al mismo tema básico. Profundizan en la toma de conciencia de la Iglesia y miran a nuestro hoy. Lo hacen desde un doble punto de vista: la Iglesia y su *aggiornamento* o puesta al día, el diálogo entre la Iglesia y los *otros.*

La Iglesia y su «aggiornamento».

El Vaticano II se refirió continuamente al principio: *Ecclesia semper reformanda* (la Iglesia siempre es reformable). Por lo cual incluyó prácticamente el *aggiornamento* de la jerarquía, que constituye la estructura visible de la Iglesia. Entre los textos conciliares hay no menos de nueve concebidos con esas disposiciones de palpitante actualidad.

Teológicamente hablando, el decreto sobre la misión pastoral de los Obispos es el que más se acerca a la constitución «Sobre la Iglesia». Contiene el desarrollo práctico dimanante del principio de la colegialidad tal y como debe aparecer en la estrecha colaboración entre el Papa y los Obispos en los sínodos episcopales y conferencias episcopales en sus respectivos países lo mismo que en los consejos diocesanos.

Un decreto, «Vida y actividad de los sacerdotes», se ocupa de los sacerdotes como auxiliares más estrechos de los Obispos. Fue examinado en varias ocasiones, para promulgarlo solamente en la última reunión oficial de la última sesión. Un decreto breve y significativo se consagra a la formación sacerdotal que impone la teología fundada en la historia de la salvación como norma de la enseñanza teológica. Por procedimientos estimulantes, el decreto trata de conciliar las cosas antiguas y experimentadas con los conocimientos de los tiempos nuevos. Bien que la opinión pública no lo haya observado suficientemente, este texto se tiene por uno de los más importantes que nos haya legado el concilio.

El decreto sobre «La adaptación de la vida religiosa al mundo de hoy» ya demuestra su *aggiornamento* por su mismo título.

El decreto «La actividad misionera de la Iglesia» se funda, teológicamente, en la constitución eclesial. Con sus instrucciones concretas quiere dar a la obligación permanente de la misión de Cristo una orientación nueva: la Iglesia transciende el *colonialismo* occidental y prepara una introducción a la independencia de las iglesias nativas de Asia y de África.

Con este mismo espíritu de *aggiornamento* recreó el concilio el diaconado como un grado independiente y perpetuo de la jerarquía. Si se dio este importante paso, se debe a las grandes necesidades pastorales de las áreas de la Iglesia latina aquejadas de escasez de clero. «Con el consentimiento del Obispo de Roma, ese diaconado se podrá conferir también a hombres casados de edad madura, luego a jóvenes designados al efecto, para quienes la ley del celibato seguirá vigente.» Así lo decidió el concilio.

Por el decreto pormenorizado sobre «El apostolado de los laicos», la Iglesia definió por primera vez la posición del laicado ante ella. Con lo que se cumplió uno de los deseos más perseverantes del concilio: la revalorización de los seglares en la Iglesia. Cuentan como miembros de pleno derecho y realizan su apostolado en el mundo en el lugar que les corresponde. El concilio precisó que debe hacer presente a la Iglesia allí donde es inaccesible a los sacerdotes.

Diálogo de la Iglesia con los «otros».

La Iglesia vive hoy en un mundo en transformación. Hacerla visible a los *otros*, a los que viven fuera de ella, es uno de los grandes deberes que correspondieron al concilio. Se debía dar un segundo paso: la Iglesia entraría en contacto con los *otros*, debería estar dispuesta a un diálogo con el mundo actual. Esta predisposición a la discusión la ilustran varios documentos; las declaraciones sobre las religiones no cristianas, la libertad religiosa y la educación cristiana, pero ante todo la constitución pastoral «La Iglesia en el mundo de hoy».

Aun siendo el más breve de los documentos, la declaración sobre «La actitud de la Iglesia frente a las religiones no cristianas» aparece como una de las manifestaciones más importantes del concilio. Reconoce, no sólo los elementos determinantes en las religiones no cristianas —hinduismo y budismo en particular—, sino también la comunidad de origen que la unen con el Islam y el judaísmo, y ello de forma muy clara.

Apoyándose en el pensamiento paulino, se ven pervivir en la religión hebraica las promesas hechas a los Profetas y Patriarcas. La «Declaración sobre las religiones no cristianas», no contenta con condenar el antisemitismo y las luchas religiosas, enseña asimismo la fraternidad universal humana, que rechaza, por inconciliable con la fe, cualquier discriminación racial o religiosa.

La libertad de religión se basa en la dignidad de la persona humana. Es un punto en el que la «Declaración sobre la libertad religiosa» pone el acento de forma mucho más amplia. En el terreno religioso, los hombres han de estar libres de coacción. En cambio, a nadie debe impedírsele, «dentro de los límites de su vida particular o pública, individualmente o en colectividad, comportarse de acuerdo con sus creencias». La «Declaración sobre la libertad religiosa» es una culminación del pensamiento de León XIII, Pío XI y Pío XII (1).

Separada de los sistemas sociales hereditarios, la Iglesia definió su posición y acción en las sociedades pluralísticas modernas.

La constitución pastoral «La Iglesia en el mundo de hoy» expresa su disposición al diálogo con el mundo. El «Esquema XIII», como se denominó al proyecto en el lenguaje conciliar, es el más rico en documentos conciliares por su extensión (2). Se examinó el último, y también fue el último en votarse. Es digna de admiración la valentía de los Padres conciliares al haberse atre-

---

(1) Documentos Conciliares, t. I, *Iglesia-Ecumenismo-Iglesia Oriental*, Tomo II, *Los cinco decretos del concilio*, París, 1965. Cf. *Decretos y Constituciones del Concilio Vaticano II*, B. A. C., Madrid, y *Ecclesia*, núms. 1.169-1.170, 7 y 14 de diciembre de 1963, y núms. 1.220-1.221, de 28 de noviembre de 1964. *(N. del T.)*

(2) El texto comprende 100 páginas, divididas en 93 artículos.

vido a abordar un tema tan multiforme. Era una *terra incognita.* Nunca se había encomendado a una asamblea eclesiástica tarea semejante.

La constitución «La Iglesia en el mundo de hoy» está imbuida de los principios de Juan XXIII: ver lo que une más que lo que separa. Por eso se preocupa, primordialmente, de delimitar el vasto ámbito que los hijos de la Iglesia tienen de común con todos los humanos: profunda evolución en la vida espiritual, orden social, psicológico, moral y religioso, necesidad de una vida libre y digna. Cada vez más, los pueblos aspiran a una comunidad que abarque los diversos campos de su vida. En la primera de las partes principales de la constitución pastoral, el concilio contempla esta visión de la dignidad de la persona humana, pero también el peligro del ateísmo, que destruye tal dignidad. Considera la comunidad humana, obra del hombre en el mundo, así como las tareas de la Iglesia en el mundo de hoy.

En la segunda parte principal, la constitución pastoral está dedicada a algunos de los problemas más urgentes: dignidad de la familia y del matrimonio, auténtico estímulo a los progresos culturales, vida económico-social, vida de comunidad política. Los fundamentos de la ética social católica se orientan por caminos adecuados a la época en la vida económico-social. Las cuestiones candentes de nuestro tiempo son tratadas en él: tiempo de trabajo y ocio, conflictos laborales y derecho a la huelga, inversiones y garantías monetarias. «Los cristianos —se afirma, en síntesis— han de tomar parte activa en los progresos económicos y sociales; deben convencerse de que pueden contribuir al bien de la humanidad y a la paz del mundo.»

Por lo que respecta a la forma de las comunidades políticas, la constitución pastoral esboza, asimismo, las bases de un diálogo. Éste vale para el Estado tanto como para el individuo. El cristiano ha de tomar parte activa en la vida política. Defender la paz ha de ser un sagrado objetivo de la comunidad de los pueblos. Aun cuando se tenga en cuenta «que la guerra no se ha desterrado por completo de la Tierra», la guerra total con las nuevas armas científicas no deja de ser condenada. El concilio estigmatiza la carrera de armamentos de los Estados modernos como «una llaga excepcionalmente grave de la humanidad y un atentado intolerable contra los pobres» (1).

El candente problema del crecimiento de la población mundial tampoco es soslayado en la constitución pastoral. Pone en guardia contra la intervención radical del Estado. En la cuestión tan controvertida del control de la natalidad, la decisión sobre el número de hijos es privilegio de los padres y, en ningún caso, puede serlo del Estado.

Finalmente, la constitución pastoral recuerda que todos estamos llamados a ser hermanos unos de otros. «Por ello podemos y debemos colaborar por vocación humana y divina en edificar un mundo verdaderamente pacífico.»

---

(1) Constitución pastoral «La Iglesia en el mundo de hoy», núm. 80, B. A. C., Madrid: «Todo acto de guerra que vaya dirigido, sin discriminación, contra ciudades enteras o extensos territorios y sus habitantes, es un crimen contra Dios y los hombres y debe ser rechazado absolutamente y sin vacilaciones.»

PRIMEROS FRUTOS DEL CONCILIO

Un último balance del concilio no ha de limitarse a las conclusiones de los textos oficiales ni al resultado notable de los documentos. Tanto, por lo menos, como ellos, cuenta el espíritu del concilio, del que dimanan. Durante tres años, los Obispos de todo el mundo se han mantenido *in statu concilii.* No estaban solos. Teólogos de diversas escuelas y diversas tendencias se mantenían en estrecho contacto con ellos, lo mismo que la opinión pública. El espíritu resultante —que animaba a los Padres conciliares durante esos años decisivos— transciende con mucho la letra de los textos. En diferentes campos vislumbramos ya los primeros resultados.

Renovación litúrgica.

El primer fruto del Concilio Vaticano II es la constitución «Sobre Sagrada Liturgia». Se adoptó el 4 de diciembre de 1963, al final de la segunda sesión, exactamente 400 años después de clausurarse el Concilio de Trento. Fue la primera decisión adoptada por los Padres, confirmada por el Papa y con fuerza de ley.

Dicho texto conciliar fue, entre todos los proyectos, el que se trató con más tranquilidad, ya que procedía del movimiento litúrgico de los últimos decenios. Las primeras tentativas decisorias de reforma litúrgica en la Iglesia latina se remontan a la época de Pío XII. En un principio se restituyó la Vigilia Pascual a su primitiva forma en 1951. Luego se renovó la liturgia de la Semana Santa en 1955, y el código de rúbricas en 1960. El movimiento litúrgico conquistaba sectores cada vez más extensos en Europa Central. El concilio pudo, así, trabajar sobre cuanto había comenzado a resurgir con tantas esperanzas.

La constitución a que nos referimos es uno de los documentos más importantes del concilio. Va directamente al corazón de la vida litúrgica eclesial y afecta a todos los miembros de la Iglesia más que ninguna otra manifestación del mismo. En ocho capítulos articulados en 130 párrafos breves se organiza la renovación litúrgica. En la primera parte, la más rica, se exponen los fundamentos pastorales y teológicos de la renovación. La gran ambición del concilio es formar a todos los fieles para una participación total y activa en la liturgia. Hay que devolver al pueblo de Dios su papel básico en el servicio divino. No debe permanecer mudo en el Divino Sacrificio; ha de participar activamente. Para que la liturgia sea comprensible a todos, se autoriza la lengua vernácula en la Misa, pero se mantiene el latín sacral. En la renovación litúrgica, la Sagrada Escritura adquiere un significado muy particular. Según estos principios, toda la liturgia ha de renovarse: celebración de la Misa (capítulo II), administración de los sacramentos y rito sacramental (cap. III),

horas canónicas (cap. IV), año litúrgico (cap. V), música sagrada (cap. VI) y arte religioso (cap. VII).

La constitución no fue letra muerta. Mientras el concilio celebraba sesiones, se instituyó un Consejo para realizar las primeras reformas litúrgicas. El resultado práctico de los trabajos preparatorios fue la «reforma menor litúrgica», que entró en vigor el 7 de marzo de 1965. La reforma versaba sobre dos puntos: la liturgia dialogada recobraba su primitivo puesto en la celebración de la Misa, autorizándose la lengua vernácula. La parte central del Sacrificio Eucarístico quedaba intacta, es decir, el canon que se remonta a la época de la Iglesia primitiva. Además, se reza en latín (1).

La liturgia en su nueva forma restituía a la Iglesia latina dos hermosos ritos antiguos aún vivos en la Iglesia de Oriente: la concelebración y la comunión bajo las dos especies. En adelante, los sacerdotes latinos pueden también concelebrar juntos el sacrificio de la Misa, acentuando así, de modo significativo, la unidad del clero. Los clérigos y religiosos, al igual que los seglares, también pueden, en ciertas solemnidades, comulgar bajo ambas especies.

Los primeros ecos de tal reforma, procedentes del mundo entero, fueron positivos y estimulantes. En otros ambientes, la renovación de la liturgia despertó viva inquietud en las filas de sacerdotes y seglares, como se debía esperar tras un largo período de estancamiento. El uso de la lengua vernácula situó a los sacerdotes y músicos de la Iglesia frente a problemas nuevos. Del mismo modo, la adaptación arquitectural de los coros planteó arduos problemas, especialmente en las iglesias antiguas. Se necesitará todavía mucho amor y paciencia hasta que estos candentes problemas hallen su exacta medida y su forma satisfactoria.

La reforma toma buen rumbo.

El dinamismo del Concilio Vaticano II tendía a la renovación de cuanto se reconoció como reformable. En las primeras sesiones del concilio se produjeron abiertas críticas contra algunas administraciones centrales romanas. Determinadas formas y ciertas prácticas resultantes de la época postridentina debían adaptarse al aspecto transformado del presente. También aquí se imponía un *aggiornamento* o puesta al día. Pablo VI tomó por sí mismo la iniciativa, acometiendo, al cabo de tres meses de su elección, la reforma de la Curia y pidiendo a los Padres conciliares que le presentasen proyectos pertinentes.

No se atuvo a hermosos discursos. Incluso antes de que el concilio iniciase su cuarta sesión, el Papa dio un paso que podemos calificar de revolucionario: anunció el 14 de septiembre de 1965 la institución de un sínodo episcopal.

(1) Últimamente se han publicado varias anáforas o cánones en lengua vernácula para ser recitados en la Misa, a elección del sacerdote. *(N. del T.)*

Así, iba mucho más lejos de lo que el concilio le había pedido proponiendo un consejo episcopal.

Ya al día siguiente Pablo VI dio a conocer la estructura de las nuevas disposiciones (1). El sínodo episcopal se compondría de 150 Obispos provenientes de todo el mundo, elegidos por las 53 conferencias episcopales existentes, pero no de por vida. Su elección se verificará de un sínodo a otro. Los miembros directivos de la Curia son miembros de oficio del sínodo, y así la Curia estará representada en él. Pero el sínodo es superior a ella. Ha de ser una auténtica representación de los Obispos, y el Papa sólo puede nombrar hasta el 15 por 100 de sus miembros. Pero será él quien lo convoque, presida y proponga los temas. Su principal función será la de un órgano consejero junto al Papa.

Es lícito considerar este sínodo episcopal como la más importante de las reformas realizadas hasta ahora por Pablo VI. En la historia de la Iglesia es una novedad revolucionaria. Sin menoscabar la primacía del Papa romano, Pablo VI hizo real la colegialidad en el plano superior. Según el Cardenal Suenens, el sínodo debe ser «el diálogo fraternal del Papa con los Obispos», iniciado tan calurosamente por el concilio, y que aún sigue. Será «el puente que una al concilio con la Iglesia del futuro».

En la reforma de la Curia se ha hecho mucho hasta el final del concilio, sin que la opinión pública haya prestado mucho cuidado. La antigua Congregación de Ritos tiene al frente ahora una oficina planificadora. Se compone de Obispos diocesanos del mundo entero. La Congregación de Ritos posee, así, el carácter de un poder meramente ejecutivo. En este mismo sentido deben reorganizarse las Misiones. Al frente preside la «Congregación para la propagación de la fe» *(Propaganda Fide)*. A esta Oficina rectora central de las Misiones han de ser llamados en el futuro Obispos de todo el mundo, así como los directores de institutos misioneros. El propio Santo Oficio, que vela por la pureza de la doctrina, no se ha librado de la puesta al día. Ha sido transformado en «Congregación para la enseñanza de la Fe», y se le ha dotado de nuevos estatutos.

Apenas había terminado el concilio sus últimas sesiones cuando el Papa anunciaba las etapas de los trabajos posconciliares durante una de sus intervenciones más importantes de este período. En principio prometió crear inmediatamente los órganos encargados de expedir los trabajos del concilio. Y cumplió su palabra: desde entonces se designaron varias comisiones. Se nombró una comisión *ad hoc* para revisar el Derecho canónico. Este hecho indica por sí solo que el impulso de la reforma prevista por el concilio ya comienza a actuar.

En los países y obispados vistos individualmente podemos advertir igualmente que maduran los primeros frutos del concilio. En cada pueblo, los Obispos se reúnen para examinar las modalidades aplicables a las decisiones

(1) Motu proprio *Apostolica sollicitudine*, 15 de septiembre de 1965.

conciliares en su círculo de acción. En tal terreno diocesano es donde el pensamiento colegial se manifiesta más claramente. Se crean Consejos presbiterales, órganos consultivos que apoyan a su superior en las cuestiones graves. Pero también los seglares son llamados a las parroquias y diócesis a una colaboración cada vez mayor, valiosa ayuda para intentar promover el Reino de Dios.

Se eliminan los obstáculos contra la unidad.

En la sesión de clausura del Concilio Vaticano II —7 de diciembre de 1965— fuimos testigos de un acontecimiento único en la historia de los concilios. Antes de que el Papa comenzase la Misa concelebrada en el altar en que culmina el sepulcro del Apóstol Pedro, se dio lectura a una declaración común del Papa y del Patriarca ecuménico Atenágoras I de Constantinopla. Contenía, en especial, estas palabras: «Entre los obstáculos que surgen contra el desarrollo de las relaciones fraternas, la confianza y la estima recíprocas, existe asimismo el recuerdo de lamentables decisiones, actos y acontecimientos que llevaron en 1054 a la excomunión del Patriarca Miguel Cerulario y a las otras dos personalidades por los legados de la sede romana presididos por el Cardenal Humberto, los cuales fueron igualmente condenados por los Patriarcas y concilios de Constantinopla.» Los sucesos de una época tan turbulenta de la Historia, que se remontan a 900 años, no pueden dejar de considerarse como ocurridos. Pero el Papa Pablo y el Patriarca Atenágoras deploran profundamente «las palabras lamentables, los reproches infundados», así como la excomunión, «consecuencia de ello, y que todavía hoy se revelan como obstáculos a un acercamiento lleno de caridad». Desean «se borre del recuerdo y ámbito de la Iglesia y se sepulten en el olvido». En señal de mutua reconciliación, el Papa y el metropolita Melitón, de Hierópolis, uno de los delegados del Patriarca ecuménico venido exprofeso a Roma, se abrazaron. Por un acto jurídico, un breve de Pablo VI, se abolió formalmente la excomunión de 1054.

Casi al mismo tiempo análoga manifestación se producía en Fanar, residencia actual del Patriarca ecuménico de Constantinopla. En presencia de un Cardenal enviado por el Papa, y de su séquito, durante una solemne ceremonia *(Tomos)*, se levantó la excomunión fulminada en 1054 contra la Iglesia latina.

Sin duda, no por ello se verificó la unidad entre la Iglesia Católica y la ortodoxa. El levantamiento de la excomunión de 1054 sólo concierne a la Iglesia Católica y a la de Constantinopla. *A posteriori* veremos si las demás iglesias-hermanas ortodoxas seguirán el movimiento, pero se ha dado un paso importante en esta dirección. Ambas Iglesias coinciden en su deseo de olvidar los acontecimientos de 1054 y, por consiguiente, de crear una situación nueva.

Pocos meses después asistimos una vez más a un acontecimiento análogo en la Ciudad Eterna. El 23 de marzo de 1966, Pablo VI recibía en la Capilla

Sixtina al Arzobispo de Canterbury, Michael Ramsey, primado de la Iglesia anglicana. El primado anglicano no estaba allí a título de primer Obispo de la Iglesia anglicana únicamente, sino como Jefe de la comunidad anglicana, que cuenta actualmente con unos cuarenta millones de fieles diseminados por toda la Tierra. El Arzobispo de Canterbury leyó un discurso al Papa. En su contestación de bienvenida, el Papa calificó la visita del primado como «hora de significado histórico». Al día siguiente, el Papa y el primado de Inglaterra se reunieron en una paraliturgia común en la basílica de San Pablo extramuros. Se sucedieron lecturas, salmos y plegarias. Al terminar el oficio se leyó una declaración conjunta en inglés y en latín, que firmaron el primado y el Papa. Una vez más ambos Jefes de Iglesias se dieron el abrazo antes de despedirse.

Por primera vez desde el cisma del siglo XVI, las dos Iglesias separadas se encontraban oficialmente. El Arzobispo de Canterbury recabó previamente el consentimiento de las subdivisiones eclesiásticas anglicanas. También aquí pesa el pasado para ambas Iglesias, y sólo con el perdón cristiano podrá anularse. Por este motivo el Papa y el primado dieron gracias a Dios «por haber hecho que renaciera durante esos últimos años, a impulsos del Espíritu Santo, un espíritu nuevo entre las Iglesias Católica Romana y la anglicana, con el que podrá desarrollarse la fraternidad». El Papa y el primado se asignaron idénticas tareas para el futuro: iniciar un auténtico diálogo entre las comunidades católica y anglicana, que se enraizará tanto en las Sagradas Escrituras como en las verdaderas tradiciones comunes, englobando el dato práctico al par que teológico de ambas Iglesias.

Las reconciliaciones del Papa con Constantinopla y Canterbury son dos significativos acontecimientos que se sucedieron en muy poco tiempo. Ambas eliminan los obstáculos que desde hacía siglos impedían el acercamiento. Hace una decena de años no se hubieran imaginado ni siquiera tales gestos. Mas en ese lapso de tiempo también en la Iglesia Católica ha aparecido un espíritu nuevo.

PERSPECTIVAS

El Concilio Vaticano II fue el evento eclesiástico más importante de nuestro siglo. Convocado por iniciativa de un Papa carismático, su sucesor le continuó y llevó a feliz término. Con esto se vincula ya estrechamente a la historia pontificia de los tiempos nuevos.

A este concilio le correspondieron tareas colosales. No podía responder a todas las esperanzas puestas en él entre los primeros entusiasmos de dicha reunión eclesiástica. se plantearon importantes cuestiones en el curso de sus cuatro sesiones, y siguen todavía planteadas: el derecho a los matrimonios mixtos, la moral matrimonial, el estatuto del perdón, la renovación penitencial, etcétera.

Pero incluso con todo lo realizado concretamente, el concilio no señala más que un punto de partida. Todo depende de saber si los decretos y el espíritu del mismo serán permanentes y si salen al encuentro de las formas externas de la Iglesia y del pensamiento de los fieles. Se necesitaron siglos para que la Iglesia se impregnase del espíritu del Concilio de Trento. Para promoverle hubo necesidad de grandes Papas, de Obispos ávidos de reformas, fundadores de Órdenes y Príncipes, mas sobre todo de Santos. El Vaticano II necesitará igualmente de tiempo, de mucho tiempo, probablemente, y de todas las energías del Papa y de los Obispos, de los sacerdotes y de los seglares, para realizarse plenamente; para que la Iglesia, a la que Dios dio un Vaticano II sea la Iglesia del Concilio Vaticano II» (1).

---

(1) Carlos Rahner, *Das Konzil, ein neuer Beginn (El concilio, un comienzo)*, Friburg en Brisgau, 1966, pág. 21.

Como bibliografía general aconsejamos las obras citadas en este capítulo así como los documentos siguientes:

ACTAS de la Iglesia Católica Romana, Constitución «Sobre la Iglesia», *Lumen Gentium*, París, 1965. B. A. C., Madrid, *Ecclesia*, núm. 1.220-1.221, 28 de noviembre y 5 de diciembre de 1964.

Cardenal Agustín Bea, *El concilio y la unidad de los cristianos*, París, 1965.

Canónigo A. Bellanger, *Le peuple de Dieu au concile*, Alençon, 1965.

Abate V. A. Berto, *Sur la collégialité épiscopale*, París, 1965.

A. Capereau, *À l'écoute du concile*, París, 1962.

Reverendo padre Cocagnac, *Note sur la nouvelle liturgie*, París, 1965.

P. Corval, *Le concile et les hommes de notre temps*, París, 1962.

Monseñor A. Couderc, *Le prochain concile oecuménique*, París, 1962.

J. Daniélou y Marc Boegner, *Où en est l'oecuménisme à la veille de la 4e session du concile?* París, 1965.

G. Dejaifve, S. J., *Le pape, les évêques, la collégialité. Analyse du chap. III de la constitution de Ecclesia*, París, 1965.

S. Desternes, *Petite histoire des conciles*, París, 1963.

Dossier de sermones sobre el concilio, Montpellier, 1962.

Reverendo padre Dumeije, S. J., *Histoire des conciles oecuméniques*, 12 vols., París, 1962-1966.

A. Dvornic, *Histoire des conciles*, París, 1963.

Canónigo Jarry, *Les Conciles de Nicée à Vatican II*, París, 1962.

Reverendo padre Salles-Dabadie, *Les conciles oecuméniques dans l'histoire*, París, 1964.

CRONOLOGÍA DE LOS PAPAS DE SAN PEDRO A PABLO VI (1)

1. San Pedro, muerto en 64 ó 67.
2. San Lino, 64 ó 67 a 79 (?).
3. San Cleto o Anacleto, 79 a 90 (?).
4. San Clemente, 90 a 99 (?).
5. San Evaristo, 99 a 107 (?).
6. San Alejandro, 107 a 116 (?).
7. San Sixto o Xisto I, 116 a 125 (?).
8. San Telesforo, 125 a 136 ó 137 (?).
9. San Higinio, 136 ó 137 a 140 (?).
10. San Pío I, 140 ó 141 a 154 ó 155 (?).
11. San Aniceto, 155 a 165 ó 166 (?).
12. San Sotero, 166 a 174 (?).
13. San Eleuterio, 174-189.
    A partir de este momento la cronología es segura.
14. San Víctor, 189-198.
15. San Ceferino, 198-217.
16. San Calixto I, 217-222.
    Hipólito, 217-235.
17. San Urbano I, 222-230.
18. San Pontiano, 230-235.
19. San Antero, 235-236.
20. San Fabián, 236-250.
21. San Cornelio, 251-253.
    Novaciano, 251-258 (?).
22. San Lucio I, 253-254.
23. San Esteban I, 254-257.
24. San Sixto o Xisto II, 257-258.
25. San Dionisio, 259-268.
26. San Félix, 269-274.
27. San Eutiquio, 275-283.
28. San Cayo, 283-296.
29. San Marcelino, 296-304.
30. San Marcelo I, 307 ó 308-309.
31. San Eusebio, 18 abril-17 agosto 310.
32. San Milciades o Melquiades, 311-314.

(1) Esta nómina se ha fijado según la de Cristiani, decano de la Facultad de Letras en la Universidad Católica de Lyón, publicada en la Enciclopedia *Tu es Petrus*, págs. 491-524; de F. J. Seppelt, Profesor de la Universidad de Breslau, y de Löffler, Director de la Biblioteca de la Universidad de Colonia en *Papstgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart (Historia del Papado desde sus comienzos hasta nuestros días)*. Los nombres de los Antipapas colocados más abajo van en letra *cursiva*. La presente lista incluye el mismo número de Papas, o sea 260, que la de Sppelt y Löffler, mientras que la de Cristiani sólo cuenta 254.

33. San Silvestre I, 314-335.
34. San Marcos, 18 enero-7 octubre 336.
35. San Julio I, 337-352.
36. San Liberio, 352-366.
Félix II, 355-365.
37. San Dámaso I, 366-384.
Ursino, 366-367.
38. San Siricio, 384-399.
39. San Anastasio I, 399-401.
40. San Inocencio I, 402-417.
41. San Zósimo, 417-418.
42. San Bonifacio I, 418-422.
Eulalio, 418-419.
43. San Celestino I, 422-432.
44. San Sixto III, 432-440.
45. San León I Magno, 440-461.
46. San Hilario, 461-468.
47. San Simplicio, 468-483.
48. San Félix III, 483-492, se debería llamar Félix II, ya que el Félix sucesor de Liberio no pudo ser Papa legítimo.
49. San Gelasio I, 492-496.
50. San Anastasio II, 496-498.
51. San Simmaco, 498-514.
Lorenzo, 498-505.
52. San Hormisdas, 514-523.
53. San Juan I, 523-526.
54. San Félix IV, 526-530. Debería llamarse Félix III; véase Félix III, núm. 48.
55. San Bonifacio II, 17 septiembre 530-octubre 532. Tuvo que luchar contra el antipapa Dióscoros.
Dióscoro, 530.
56. San Juan II, 2 noviembre 532-8 mayo 535. Se llamaba Mercurio; es el primer Papa que cambió de nombre.
57. San Agapito I, 535-536.
58. San Silverio, 536. Muerto por hambre en el destierro, en fecha desconocida. Vigil se hizo entronizar en su lugar el 29 de marzo de 537.
59. Vigil, 537-555. Fue reconocido universalmente como Papa a la muerte de Silverio.
60. Pelagio I, 555 ó 556-561.
61. Juan III, 561-574.
62. Benedicto I, 575-579.
63. Pelagio II, 579-590.
64. San Gregorio I Magno, 590-604.
65. Sabiniano, 604-606.
66. Bonifacio III, 19 febrero-12 noviembre 607.
67. San Bonifacio IV, 608-615.
68. San Diosdado, 615-618.
69. Bonifacio V, 619-625.
70. Honorio I, 625-638.
71. Severino, 28 mayo-2 agosto 640.
72. Juan IV, 640-642.
73. Teodoro I, 642-649.
74. San Martín I, 649-653.
75. San Eugenio I, 654-657.
76. San Vitaliano, 657-672.
77. Adeodato II (véase Diosdado, número 68), 672-676.
78. Dono o Donno, 676-678.
79. San Agatón, 678-681.
80. San León II, 682-683.
81. San Benedicto II, 683 (684)-685.
82. Juan V, 685-686.
83. Conón, 686-687.
Teodoro, 687.
Pascual, 687-692.
84. San Sergio, 687-701.
85. Juan VI, 701-705.
86. Juan VII, 705-707.
87. Sisinio, 18-enero-4 febrero 708.
88. Constantino, 708-715.
89. San Gregorio II, 715-731.
90. San Gregorio III, 731-741.
91. San Zacarías, 741-752.

92. Esteban II, 752-757. Sucedió a un Esteban II, quien sólo sobrevivió cuatro días a su elección y no fue consagrado y tenido por Papa por los contemporáneos. Se le llamó inexactamente Esteban III en ciertas nóminas.
93. San Paulo I, 757-767.
Constantino II, 767-768.
Felipe, 768.
94. Esteban III, 768-772.
95. Adriano I, 772-795.
96. San León III, 795-816.
97. Esteban IV (sin razón Esteban V; véase Esteban II, número 92), 816-817.
98. San Pascual I, 817-824.
99. Eugenio II, 824-827.
100. Valentín, agosto-octubre 827.
101. Gregorio IV, 827-844.
Juan, 844.
102. Sergio II, 844-847.
103. San León IV, 847-855.
104. Benedicto III, 855-858.
Anastasio, 855.
105. San Nicolás I Magno, 858-867.
106. Adriano II, 867-872.
107. Juan VIII, 872-882.
108. Marino I, 882-884. Llamado sin razón Martín II en ciertas nóminas.
109. Beato Adriano III, 884-885.
110. Esteban V, 885-891.
111. Formoso, 891-896.
112. Bonifacio VI, 896. Murió al cabo de quince días. Ciertas nóminas (Cristiani) no le catalogan como Papa.
113. Esteban VI, 896-897.
114. Romano, agosto-octubre o noviembre 897.
115. Teodoro II, 897. Reinó veinte días.
116. Juan IX, 898-900.
117. Benedicto IV, 900-903.
118. León V, 5 agosto-5 septiembre 903.
119. Cristóforo o Cristóbal, 903-904. Cristiani no le cuenta como Papa legítimo.
120. Sergio III, 904-911.
121. Anastasio III, 911-913.
122. Landón, 913-914.
123. Juan X, 914-928.
124. León VI, 928-929.
125. Esteban VII, 929-931.
126. Juan XI, 931-935.
127. León VII, 936-939.
128. Esteban VIII, 939-942.
129. Marino II, 942-946.
130. Agapito II, 946-955.
131. Juan XII, 955-964.
132. León VIII, 963-695. Cristiani no le cuenta como Papa legítimo.
133. Benedicto V, 964. Cristiani: 964-966.
134. Juan XIII, 965-972.
135. Benedicto VI, 973-974.
Bonifacio VII (Franco), 974.
136. Benedicto VII, 974-983.
137. Juan XIV, 983-984.
138. Bonifacio VII, 984-985. Cristiani no le cuenta como Papa legítimo.
139. Juan XV, 985-996. Cristiani le llama Juan XVI diciendo que debería llamarse Juan XV, pero al que «las antiguas nóminas nombran así nunca existió».
140. Gregorio V, 996-999.
Juan XVI, 997-998.
141. Silvestre II, 999-1003.
142. Juan XVII, 13 junio-6 noviembre 1003.
143. Juan XVIII, 1003-1009.

144. Sergio IV, 1009-1012.
145. Benedicto VIII, 1012-1024.
Gregorio, 1012.
146. Juan XIX, 1024-1032.
147. Benedicto IX, 1032-1044.
Silvestre III, 1045.
148. Gregorio VI, 1045-1046. Cristiani no cuenta ni a Silvestre III ni a Gregorio VI como Papas legítimos.
149. Clemente II, 1046-1047.
150. Dámaso II, 17 julio-9 agosto 1048.
151. San León IX, 1049-1054.
152. Víctor II, 1055-1057.
153. Esteban IX, 1057-1058.
154. Benedicto X, 1058-1059. Cristiani le considera un Antipapa.
155. Nicolás II, 1058-1061.
156. Alejandro II, 1061-1073.
Honorio II, 1061-1072.
157. San Gregorio VII, 1073-1085.
Clemente III, 1084-1100.
158. Víctor III, 1086-1087.
159. Urbano II, 1088-1099.
160. Pascual II, 1099-1118.
Teodorico, 1100-1102.
Alberto, 1102.
Silvestre IV, 1105-1111.
161. Gelasio II, 1118-1119.
Gregorio VIII, 1118-1121.
162. Calixto II, 1119-1124.
163. Honorio II, 1124-1130.
Celestino II, 1124.
164. Inocencio II, 1130-1143.
Anacleto II, 1130-1138.
Víctor IV, 1138.
165. Celestino II, 1143-1144.
166. Lucio II, 1144-1145.
167. Eugenio III, 1145-1153.
168. Anastasio IV, 1153-1154.
169. Adriano IV, 1154-1159.
170. Alejandro III, 1159-1181.
Víctor IV, 1159-1164.
Pascual III, 1164-1168.
Calixto III, 1168-1179.
Inocencio III, 1179-1180.
171. Lucio III, 1181-1185.
172. Urbano III, 1185-1187.
173. Gregorio VIII, 21 octubre-17 diciembre 1187.
174. Clemente III, 1187-1191.
175. Celestino III, 1191-1198.
176. Inocencio III, 1198-1216.
177. Honorio III, 1216-1227.
178. Gregorio IX, 1227-1241.
179. Celestino IV, 25 octubre-10 noviembre 1241.
180. Inocencio IV, 1243-1254.
181. Alejandro IV, 1254-1261.
182. Urbano IV, 1261-1264.
183. Clemente IV, 1265-1268.
184. Gregorio X, 1271-1276.
185. Inocencio V, 21 enero-22 junio 1276.
186. Adriano V, 11 julio-18 agosto 1276.
187. Juan XXI, 1276-1277 (*).
188. Nicolás III, 1277-1280.
189. Martín IV, 1281-1285.
190. Honorio IV, 1285-1287.
191. Nicolás IV, 1288-1292.
192. San Celestino V, 5 julio-13 diciembre 1294.
193. Bonifacio VIII, 1294-1303.
194. Benedicto XI, 1303-1304.
195. Clemente V, 1305-1314.

(*) Juan XX falta en la lista de los Papas. Esta laguna se explica porque antiguamente se intercalaba entre Bonifacio VII y Juan XV a otro Papa Juan. Cuando se dieron cuenta del error, se dejó el número de orden a los Papas de los siglos X y XI, pero para Juan XXI y los sucesores suyos se conservó la numeración anterior. Es muy poco probable que se pueda explicar esta laguna por la fábula admitida durante mucho tiempo de la Papisa Juana.

196. Juan XXII, 1316-1334.
Nicolás V, 1328-1330.
197. Benedicto XII, 1334-1342.
198. Clemente VI, 1342-1352.
199. Inocencio VI, 1352-1362.
200. Urbano V, 1362-1370.
201. Gregorio XI, 1370-1378.
202. Urbano VI, 1378-1389.
Clemente VII, 1378-1394.
203. Bonifacio IX, 1389-1404.
Benedicto XIII, 1394-1417.
204. Inocencio VII, 1404-1406.
205. Gregorio XII, 1406-1415.
Alejandro V, 1409-1410.
Juan XXIII, 1410-1415.
206. Martín V, 1417-1431.
Clemente VIII, 1424-1429.
Benedicto XIV, 1424.
207. Eugenio IV, 1431-1447.
Félix V, 1439-1449, último Antipapa.
208. Nicolás V, 1447-1455.
209. Calixto III, 1455-1458.
210. Pío II, 1458-1464.
211. Paulo II, 1464-1471.
212. Sixto IV, 1471-1484.
213. Inocencio VIII, 1484-1492.
214. Alejandro VI, 1492-1503.
215. Pío III, 22 septiembre-18 octubre 1503.
216. Julio II, 1503-1513.
217. León X, 1513-1521.
218. Adriano VI, 1522-1523.
219. Clemente VII, 1523-1534.
220. Paulo III, 1534-1549.
221. Julio III, 1550-1555.
222. Marcelo II, 9 abril-1 mayo 1555.
223. Paulo IV, 1555-1559.
224. Pío IV, 1559-1565.
225. San Pío V, 1566-1572.
226. Gregorio XIII, 1572-1585.
227. Sixto V, 1585-1590.
228. Urbano VII, 15-27 septiembre 1590.
229. Gregorio XIV, 1590-1591.
230. Inocencio IX, 29 octubre-30 diciembre 1591.
231. Clemente VIII, 1592-1605.
232. León XI, 1-17 abril 1605.
233. Paulo V, 1605-1621.
234. Gregorio XV, 1621-1623.
235. Urbano VIII, 1623-1644.
236. Inocencio X, 1644-1655.
237. Alejandro VII, 1655-1667.
238. Clemente IX, 1667-1669.
239. Clemente X, 1670-1676.
240. Inocencio XI, 1676-1689.
241. Alejandro VIII, 1689-1691.
242. Inocencio XII, 1691-1700.
243. Clemente XI, 1700-1721.
244. Inocencio XIII, 1721-1724.
245. Benedicto XIII, 1724-1730.
246. Clemente XII, 1730-1740.
247. Benedicto XIV, 1740-1758.
248. Clemente XIII, 1758-1769.
249. Clemente XIV, 1769-1774.
250. Pío VI, 1775-1799.
251. Pío VII, 1800-1823.
252. León XII, 1823-1829.
253. Pío VIII, 1829-1830.
254. Gregorio XVI, 1831-1846.
255. Pío IX, 1846-1878.
256. León XIII, 1878-1903.
257. Pío X, 1903-1914.
258. Benedicto XV, 1914-1922.
259. Pío XI, 1922-1939.
260. Pío XII, 1939-1956.
261. Juan XXIII, 1956-1963.
262. Pablo VI, 1963-

ÍNDICE ONOMÁSTICO

(Los números romanos remiten a los tomos; los arábigos, a las páginas)

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

Ll

M

*

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z

ÍNDICE DE LÁMINAS

Páginas

ÍNDICE DE MATERIAS